This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Span 40.1.5

The gift of

James Russell Lowell

HARVARD COLLEGE LIBRARY

MEMORIAL HISTÓRICO ESPAÑOL:

COLECCION

DE DOCUMENTOS, OPÚSCULOS Y ANTIGÜEDADES,

QUE PUBLICA

LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA.

TOMO XI.

MADRID,
EN LA IMPRENTA NACIONAL.
1859.

~~VIII, 469~~
Span 40.1.5

1885, June 29,
Gift of
James Russell Lowell,
of Cambridge.

MISCELÁNEA DE ZAPATA.

MISCELLANEOUS

INTRODUCCION.

Don Luis Zapata, señor de los lugares del Cehel, autor de esta *Miscelánea*, era ya conocido en la república de las letras por su *Carlo Famoso*, poema épico de grandes dimensiones (1), consagrado á recordar las hazañas del invicto Cárlos V, é impreso en Valencia por Juan Mey, 1566, 4.° Como de la mayor parte de nuestros ingenios y poetas en aquel siglo de oro de nuestra literatura, nada sabriamos de su persona y familia, á no ser por las escasas noticias que él mismo nos proporciona, así en su citado poema como en la obra que sale ahora á la luz pública. Vástago de la nobilísima extirpe de los Zapatas de Calatayud (2), D. Luis parece haber nacido en Llerena, villa de Extremadura, á 16 de Noviembre de 1532. Fué hijo de D. Fran-

(1) Consta de 50 cantos y unas 2,800 octavas.

(2) Puede verse á Zurita, lib. X, cap 99, y Sandoval, lib. I, capítulo LIX.

cisco Zapata, caballero comendador de la Órden de Santiago, y de Doña María Portocarrero, hija de D. Juan Portocarrero, segundo conde de Medellin. Su abuelo D. Luis Zapata, mas conocido en nuestras historias (1) por el licenciado Zapata, fué del Consejo y Cámara de los Reyes Católicos, quienes cometieron á su cuidado la recopilacion de las *Leyes y Privilegios de la Mesta*, y mas tarde, en 1505, la de las *Leyes de Toro*; siendo además uno de los jurisconsultos á quienes el Rey Católico encargó en Madrigalejos la redaccion de su testamento y última voluntad, y recibiendo por fin de Cárlos V, cuya confianza y aprecio supo granjearse, el espinoso encargo de apaciguar los alborotos causados por las comunidades de Castilla. En la guerra que con este motivo se encendió, D. Francisco, padre de nuestro autor, sirvió hasta lo último con las tropas leales, asistiendo despues al sitio de Fuenterrabía, recuperada del francés por el condestable D. Iñigo de Velasco.

Apenas contaba D. Luis once años cuando el crédito de su familia y los eminentes servicios de su padre y abuelo le valieron el entrar de page de la emperatriz Doña Isabel, en cuyo servicio continuó hasta que cumplidos los diez y siete, y hullendo ya en su pecho los generosos sentimientos heredados de sus mayores, se alistó en uno de los tercios que pasaban á Italia, y allí y en Flandes contribuyó con su esfuerzo é hidalguía á mantener el buen nombre de las armas españolas. De vuelta á España, D. Luis contrajo matrimonio con su prima Doña Leonor Portocarrero, hija de

---

(1) La mia que de Aragon procede y viene
Gastada ya del tiempo antiguo y cano.

Carlo Famoso, octava segunda del canto XXIX.

D. Rodrigo Jerónimo Portocarrero, tercer conde de Medellin, á la cual tuvo el sentimiento de perder un año despues (1), si bien le dejó un hijo llamado D. Francisco Zapata Portocarrero, de quien trata á menudo en esta *Miscelánea*, complaciéndose en elogiar su grande habilidad en «correr lanzas y rejonear toros,» gentil pasatiempo y noble ejercicio, en que, segun se verá mas adelante, fué él mismo aventajado maestro. Casó D. Luis en segundas nupcias con una dama portuguesa, hija de los condes de Tentugal, emparentados con la ilustre casa de los Braganzas, aunque no consta tuviese en ella sucesion.

Llerena, donde su padre y abuelo habian fijado su domicilio, sin duda por ser capital de la provincia de Leon en la Órden de Santiago, en la que ambos obtuvieron dignidades y cargos, parece haber sido tambien la residencia ordinaria (2) de D. Luis, aunque pasaba temporadas largas con sus parientes en Portugal; en Valencia, donde dió á la imprenta su *Carlo Famoso*, y por último en Talavera, donde tenia una hermana, Doña María de Toledo, casada con Hernan Alvarez de Meneses, caballero principal de dicha

(1) A ella y á su muerte alude en una octava del doceno canto con estas palabras:

Vete con Dios y en paz, alma hermosa,
Dejando al triste estar con los contentos;
Y si para llorar mi propia cosa
Pueden algo mis versos y lamentos;
Siempre el mundo tendrá piedad llorosa
De qu' este año de mil y de quinientos
Y de cincuenta y ocho, á tres de Enero
Perdí á Doña Leonor de Portocarrero.

(2) Véase la pág. 57, donde dice con cierta complacencia que la mejor casa de caballero de toda España, y aun mejor que la de muchos grandes, era la suya de Llerena. Y en efecto, aun se conserva en dicha villa una casa-palacio, de sólida construccion, que se sabe haber pertenecido á los Zapatas.

ciudad. Allí durante trece años consecutivos y sin mas descanso que el que le proporcionaba el noble ejercicio de la altanería y caza de azor (1), á que fué en extremo aficionado, parece haberse ocupado en componer el extenso poema épico ya citado y otras obras de que hay noticia cierta.

Su *Carlo Famoso* no es un libro notable bajo el punto de vista literario; lejos de ajustarse á las severas reglas de la epopeya clásica, en la cual nuestros ingenios no fueron tan felices como en otros géneros, es mas bien una crónica rimada del Emperador desde 1522 hasta su muerte en 1558, con la circustancia de tener las fechas en lo alto de cada página, como si fuera un libro de cronología, y referir en estilo asaz prosáico y con escrupulosa exactitud hasta los mas pequeños incidentes de sus viajes y gloriosas campañas. Aun los recursos poéticos de que echó mano, como son el viaje aéreo del mágico Torralva á Roma, acompañado de su familiar Zaquiel, están introducidos con poco tino y señalados además con astéricos, como si el autor se hiciese escrúpulo de mezclar lo fabuloso é imaginativo con lo histórico y verdadero (2). Así y con todo hay en el poema trozos de mucha valentía, y descripciones muy animadas que pintan los sentimientos y costumbres de su época. Si á esto se agrega que da noticias muy circunstanciadas de Garci Laso de la Vega, de Juan de Urbina, y Diego García de Paredes, del coronel Zamudio, del Sr. de Alarcon, del mar-

(1) D. Fadrique de Zúñiga en el libro que escribió de *Cetrería y caza de azor* (Salamanca 1565, 4.°) dice que D. Luis era uno de los mas entendidos cazadores de su tiempo.

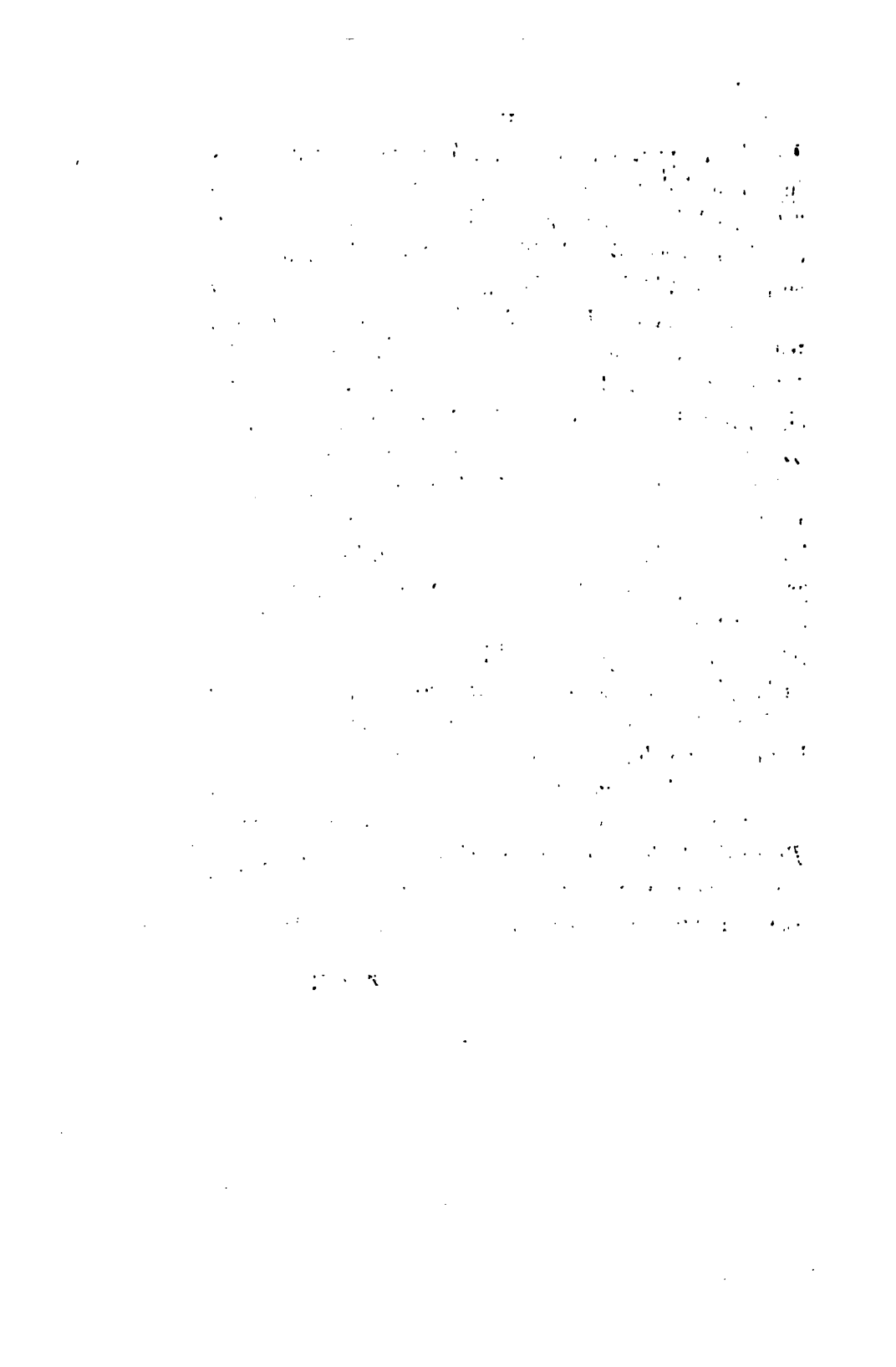
(2) Entre la verdad de esta historia, como V. M. verá, mezclé muchos cuentos fabulosos y muchas fábulas por deleitar y cumplir con la poesía. Dedicatoria á Felipe II.

qués de Pescara, de D. Alvaro de Luna, de D. Beltran de la Cueva, de Pedro Navarro y de otros muchos capitanes, honra y prez de España en aquel siglo, á todos los cuales conoció y trató, será preciso confesar que ya que no alcance grandes quilates como obra literaria, su *Carlo Famoso* es un libro entretenido y lleno de provechosa instruccion. Hízolo imprimir á su costa, pero aunque dedicado á Felipe II, y tratando un asunto tan nacional, debió gustar poco, pues se queja en su *Miscelánea* de que habiendo gastado mas de cuatrocientos mil maravedís en la impresion no fué remunerado ni de su Rey ni del público (1).

Tambien escribió D. Luis un *Libro de Cetrería* en verso, que no llegó á imprimirse, y del cual se conservan ejemplares en la Biblioteca Nacional de esta córte, en la L. 88 y 174 y T. 296. Dedicólo á D. Diego de Córdoba, ilustre caballero, con quien parece haber tenido particular amistad, elogiándole en varios lugares de su poema. Es una especie de Manual del Cazador, en el que D. Luis propone las reglas y preceptos del arte, describiendo las condiciones y propiedades de todas y cada una de las aves de rapiña que entonces se usaban, así como el modo de criarlas, amaestrarlas, y curarlas en sus dolencias, señalando además el tiempo y lugar oportuno para todo género de caza. Concluye así:

«Ya acaba aquesta obra, y á Dios ruego,
Caro señor Don Diego, que lo hecho
Sea de algun provecho á mis señores
Y á cuantos cazadores el sol baña;
Y no cace en España quien negocio
Tiene, y quien no tiene ocio, y quien no puede,

(1) Véanse las páginas 230 y 304.



MISCELANEA DE ZAPATA.

De cómo no tienen los hombres culpa de sus dolencias tòdas veces.

Aunque por la mayor parte vengan las dolencias por su culpa á los hombres por sus excesos y desórdenes y *nonnunquam infirmitas corporalis ex peccato proveniat*, con todo eso vemos muchas dolencias en nuestros tiempos del inficionado aire, y son tan inevitables que por muy bien recogido que un hombre sea, no se puede á ladron tan de casa, que es el aire, desviar ni dejar de tenerle siempre la puerta abierta: quel coraçon con gran alegría le resçibe en su aposento y los fuelles de los livianos le estan siempre llamando, y que pasando por la puerta de la boca y pór las almenas de los dientes no paga portazgo, y sin él el coraçon no podria vivir ni pasar.

Por burla se tuvo el aire que año de ochenta corrió de romadizo, en general, desde el Mar Negro al de Caliz, de que murió infinidad de gente; que provino del corrompido aire de los cuerpos muertos de una batalla entre el Sophi y el Turco, que quedaron tendidos por esos campos. Desto dice Plutarco que se doblan los frutos en-

grasada la tierra el tal año; mas digo yo que tambien los frutos se doblan porque se muere por ella la mitad de los que han de gastarlos, y que tambien subiendo en gruesos vapores á la region del aire se hacen lluvias y aguas.

Despues, año de ochenta y dos, corrió de pestilencia otro terrible y contagioso aire.

Despues otro aire de la del monte, de se hinchar los rostros y las gargantas, año de ochenta y cuatro.

Despues, año de noventa, vino otro de calenturas y modorras, de que murieron no pocos, y fueron infinitos los que enfermaron. ¿Pues qué hará para la defensa desto y conservacion suya un triste cuerpo humano? si ni sabe de qué color es y de dónde le viene el daño, como las ricas minas de plata, que de todos colores son las piedras de que corre el metal como agua.

Mas que de la negra cueva de Eolo salgan generales edictos de unas y otras dolencias ó diferenciadas contra todos los mortales, esto es causa de inintelegible admiracion y espanto. Bien proveyó Nuestro Señor contra este nuestro linaje soberbio é indomable, que adolezcan y mueran de un aire los que con desobediencias hacen cada hora guerra al cielo como los gigantes.

De un suceso de un caballero, á que siguió despues una cortesía honrada.

Las mas de las cosas que yo escribo son para que los buenos espíritus, deseosos de acertar, las tengan en la recámara de su memoria guardadas para cuando viniere el caso.

Don Frances de Beamonte, que fué despues capitan de la guardia española del Emperador, paseábase un dia

por la corredera de Valladolid, solo en su caballo, á vista de las damas, y á un su lacayo tráensele, retrayendo á cuchilladas otros cuatro ó cinco lacayos hasta dar con él en las camas del freno de su caballo. Entonces Don Frances apéase con mucha ira, pone mano al espada, é hiriendo dos ó tres dellos, por donde habian venido vuélvelos á cuchilladas hasta hacerlos huir; ellos corriendo á gran priesa y dellos por donde huian corriendo mucha sangre. Fué esto hecho en un punto; ellos desaparecerse como encanto, y él, aunque vitorioso, quedar muy desbaratado, solo, á pié, sin gorra y sin capa, con su espada en la mano á vista de muy altos hombres y de las damas.

Entonces apéase el duque de Alva Don Fadrique, viejo, y de suma autoridad, y pónese al lado del caballero mançebo hasta que se compuso, embainó su espada, cobró su gorra y su capa, y le truxeron su caballo, en lo que hay que notar la valentía de Don Frances, la cobardía de los contrarios, la diferencia que hay de la buena sangre á la mala, el pagar la recíproca obligacion qúe tiene un caballero en el socorro de su criado, la cortesía del gran grande de España, y como la honra que sale de un príncipe destos en semejantes casos se queda en él, como cuando de una gran lumbre sale una gran llama.

De una vibora racional.

Cuando se juntan dos cosas que es una estrañeza grande y ser grandísima verdad, eso es materia de mi pluma y su natural pasto y vianda, asi como Nuestro Señor dió un manjar propio á los hombres, otro á las aves, otros á

cuantas cosas vivas hay; porque yo á solas de cada cosa por si, que sea verdad comun, ú que sea cosa rara, sin averiguar que es verdad para escrebirlo, no hago caso, y porque en esto que diré concurren ambas calidades, ser cosa estraña y verdad, será bien aqui contarlo.

Hubo en Usagre, pueblo de la provincia de Leon, año de noventa, dos hermanas de honesta generacion y fama; adolesció la una dellas de enfermedad mortal, aunque al principio fué una erisipela liviana que en pocos dias cresció á hincharsele un pedaço de la garganta y de la cara; y estando ya muy al cabo, que no podia pasar por los dientes nada, la otra su hermana á fuerça le abrió la boca y le metió en ella el manjar; y como con violencia le abrió los dientes que tenia apretados, con violencia los tornó á cerrar, y cogió dentro, con gran dolor della, el dedo de su hermana, como las ostias de la mar con sus enemigos los pulpos hazen, que entrandoles ellos á comerlas, aprietan las conchas tan rezio las ostias, que entre ellas los matan y comen despues á su voluntad.

Pues mordido el dedo de la hermana (como si una víbora la picara), al momento se le hinchó el braço, y luego toda ella, y murió dentro de veinte y cuatro horas, con grandes congojas y ansias, y aun antes que su hermana, que estaba en lo último y de camino para partir de este mundo, hubiese salido de la posada.

De dos galanos epitafios.

No se pueden quejar de la fama despues de muertos el marques de Pescara y Vitoria Colona, su muger, que á ambos se les pusieron dos epitafios en sus sepolturas,

al talle de lo que merescieron ambos: que al Marques hizo el famoso Ariosto este epitafio:

¿Quis jacet gelido hoc sub marmore? Maximus ille
Piscator, belli gloria, pacis honos.
Numquid et hic pisces cepit, non ergo quid urbes:
Magnanimos reges, oppida, regna, duces.
¿Quæ tantum rapuere virum? Duo numina Mars, Mors.
¿Ut raperent quidnam compullit? Invidia.
Nil nocuere sibi, nam vivit fama superstes,
Quæ Martem, et Mortem, superat et invidiam.

Otro de la Marquesa, su muger, de autor hasta agora incierto para mi.

Non vivam sine te, mi Brute, exterrita dixit
Portia, et ardentes sorbuit ore fasces.
Da valete extincto, dixit Victoria: vivam!
Perpetuo mœstos sic dolitura dies.
Utraque romana est, sed in hoc victoria maior;
Mortua dolere non potest, viva dolet.

De un temblor de tierra admirable.

Aristóteles escribió veinte mil cosas notables por cuenta, ayudado de la riqueza y gran poder de Alexandre, que envió muchedumbre de personas á saberlas de infinitas partes, mas á mi sin esas ayudas ha sido gran dicha venirseme tantas á la mano.

En las Indias, año de ochenta é siete, en el nuevo reino de Granada, acaesció un temblor de tierra muy grande, y á estos puede atribuirse el hallarse navios debajo de tierra, que tal vez se abre y se cae un monte encima de un braço ú seno de mar, y cogió algun navio debajo, que despues hallarse en gran hondura de tierra

metido paresció milagro, y fué esto y no hay para que se atribuya la causa al placido diluvio general, que se quedaron las cosas como antes estaban.

Pues deste espantable temblor que digo, fué esto mas de espantar, que una iglesia toda se quedó enhiesta con todos sus edificios sin caerse una teja della y metida una vara de medir en hondo en la tierra, en el mismo sitio en que estaba por igual.

Puede ser tambien que permitido por Nuestro Señor haga el demonio estos juegos por ver los errados juizios de los hombres, haciendo burla de á los que se pican de tan sabios, verlos en sus opiniones y juizios desvariar.

De una vengada castidad.

En la provincia de Leon, en la honrada villa de Rivera, hubo una donzella que pretendiendo dos su casamiento, casó con el uno dellos por voluntad de sus padres, sin tener ella en esto otra voluntad. Pues el que quedó sin ella, desque al casamiento ni á ella pudo ser en cargo de la satisfaçion de su deseo, acudió á satisfazerle por engaño; espia cuando el marido una mañana nublosa habia salido al campo, y quita el cerrojo de la agena casa, y acuéstase en la cama agena de la casta muger casada, y al momento tornase á salir vendimiada la viña agena y cogido el fruto que deseaba. Vuelve el marido incontinente á su casa, que halló como amargo jarabe violada; ella le preguntó como habia vuelto tan presto, y él dijo que no habia vuelto nunca, y ella que entendió el mal recado, no quiso por ser tan á su costa apurar mas. «Digo, dijo ella, que no pensé que volvierades hasta la tar-

de», y quedó con aquella ansia de saber quien la habia burlado para vengarse.

Pues un dia en un baile de moços y moças en general, salió el engañador entre ellos y díjole dos ó tres vezes bailando: «marido, cómo venis frio?» Las palabras què ella dijo cuando aquel entró á hurtar en su casa, y conocido asi el adúltero de ella, llena muchos dias de lágrimas, hallóle un dia dormido par de una fuente, donde ella se iba hilando, y saca el hilado del huso, y con una piedra martillando en él triste, le pasó con el huso el un oidq á la otra parte, diziendo: «dormida me quitaste la honra, dormido te quito yo la vida que no vale tanto.»

De la muerte de aquel jamas supo el autor hasta que despues ella á la muerte, que murió de su enfermedad, llamó á su marido y parientes, como Lucrecia á los suyos, y contó el caso, pues no tenia hijos en quien quedase esta mancha, diciendo que lo decia para que avisasen las mugeres honradas que viviesen con recato, cuando sus maridos no estan en casa, y á la postrer parte de su narracion llorosa se le salió el alma.

De descuidados.

Tener mucho cuidado en las cosas, en especial de las que no importan nada, arguye en la estimativa del hombre gran necesidad, que pesa con mayor peso la cosa de lo que su importancia vale, como los que en pulirse, en traer altos los cuellos, en andar con buen aire, ponen toda su felicidad, siendo como Nuestro Señor dijo solo una cosa necesaria: que es los hombres salvarse y ser sabios. Mas como aquel que se salva sabe que el otro no sabe nada, viene á parar todo á lo que Nuestro Señor dixo *porro unum necessarium est*, que es la salvacion del alma; y

así mucho cuidado en el vestido, sino los que son enamorados, superflua cosa es y vana; otros en nunca salir de las caballerizas de sus caballos, cuando van los viajes con el Rey; otros madrugan muy muchas horas por hallar en sus posadas sus camas, que antemano pierden mucho tiempo de su reposo por hallarse un poco antes acomodados.

Por el contrario, mucho descuido estraña, que todo estremo se debe evitar; aunque en menudencias ha habido hombres sabios muy descuidados, haciendo una cuenta que si fácil es *jactura pulchri* que es lo mas (á tan terrestre cosa como el cuerpo) lo menos será muy menos importante; asi los sabios no labraron casas para tan pocos dias, y vivieron muchos cientos de años.

Julio Cesar, como atendia á cosas mayores, andaba mal çeñido en su mocedad; del que dijo Silla *cavete à puero malè præcincto*, que dice en español, «guardaos del moço mal ceñido». Gente baja ande una vez el camino, jamas otro le errara, como perros, puercos y gatos y otros animales que çinco ú seis leguas volverán por donde vinieron sin errar, y acaece aun metidos en un costal; mas el sabio que va discurriendo por otras cosas no ve á las veces lo que tiene delante. De nuestros lacayos me maravillaba yo en la çiudad de Colonia en Alemania, que siendo alli todas las casas islas, atinaban sin errar muy lejos desde Palaçio á nuestras posadas.

En Sevilla un gran predicador se salia sin bonete hasta gradas, donde caia en la cuenta que habia muchos á quien era menester quitársele; y tal vez hubo que leyendo en un aposento bajo, subia á mojar la pluma arriba para poner escolios en sus libros, y acotar algo, y iba y venia muchas veces, pudiendo traerse el tintero en la mano á lo bajo: otras veces salia con el manteo al revés, yendo apriesa para predicar, y otras puesto á su mula un gran freno de la brida, afirmador, que halló á mano.

Ejemplo de gran descuido fué un caballero clérigo de Ciudad-Robrigo, que acabando de beber con la copa de vidrio, pensando que era hueso, la arrojaba y hacia pedaços, y excede á todo, que diciendo misa erraba en el Evangelio, y decia que diga esto ú estotro, cometiendo por descuido sacrilegio, donde una sílaba solo no se puede añadir ni quitar.

Otro caballero en la córte, con quien yo caminé algun dia, y era muy discreto y muy valiente, cuando teniamos á vista el lugar donde iba la gente, se acordaba y enviaba á pedir posada, y el criado volvia: «Señor, no la hay ya.» Anda y dí que me la den, que la he menester, y el otro revolvia: «Todo está ya dado, que era menester haber venido seis horas antes;» y el caballero se quedaba á beneficio de ser huéspede de otro que hubiese tenido mejor cuidado y madrugado mas. Otras veces convidaba á algun caballero, que paséandose dos horas con él ante Palaçio, caia en la cuenta que no era él el que pensaba, y quisiera convidar, y tornaba á desconvidarle, pidiéndole perdon, y con muy corteses palabras, cuando ya no habia plato enhiesto en la córte, y todos eran ya acabados. Otras, yendo con sus comensales legítimos, pasaba gran trecho adelante de su posada, hasta que le volvian del camino, donde con poco cuidado suyo hallaban la comida con mucho cuidado aparejada.

Así que, ni tener mucho cuidado en las cosas chicas, ni poco en las cosas grandes es conveniente, sino la prudençia, que es el repeso para pesar y estimar cada cosa en lo que vale, teniendo en filo y en medio las balanças: que *medio tuti sumus, Ibis*, dice Ovidio; y *fortunæ cætera mando.*

De un gran conocimiento de una bestia fiera, y de un gran esfuerzo de un grande.

Habia salido de su casa el duque Don Iñigo en Guadalajara, hijo del duque Don Diego, el que hizo las gentileças y las guerras que yo he escrito en mi libro *Carlo* (1), en el hospedaje del rey de Françia, y á la vuelta á ella halló toda su plaça llena de gente alborotada y atemorizada, que estaba suelto adentro un gran leon, que andaba acá y allá por el patio, las puertas cerradas, sin le osar esperar naide, y el leonero puesto en salvo. Sabe la nueva el Duque; hace abrir las puertas, entra y ve el leon á un rincon heriçado y regañando; vase para él el Duque, y hace ir tras sí por fuerça al leonero que iba aun detrás dél temblando; tienta su espada estando çerca, y llegase á él paso, y el leon le conoçió que era su señor, y con aquel respeto espérale coleando. Entonçes pónele el Duque la mano en la cabeça y traésela por el çerro, y vuelve otra mano atrás, y toma una trailla del leonero, y metésela en la cabeça y llévale á la leonera, como si llevara así de trailla á un manso lebrel ó á un galgo, y como el Çid encerró tambien el leon que en Valençia se habia salido á su sala.

De joyas de gran valor y precio.

Porque en el mundo hay varios gustos, y yo deseo de darle á todos en esta mi nueva historia, y muchos le resçiben de ver joyas preçiosas, les pondré aquí delante

(1) Cárlo Famoso de Don Luis Zapata, Valencia, Joan Mey, 1566, 4.°
El Canto XXV está todo consagrado á la prision del rey Francisco I, y su recibimiento en Guadalajara por el duque del Infantazgo.

dos recámaras, una del tiempo antiguo, y otra del moderno, para que los codiçiosos y avaros harten su hambre con verlas, pues con poseerlas tampoco la podrian hartar; ni seguiré órden en el tiempo ni en las cosas, como tampoco se guarda en una recámara al mostrarlas.

La primera sea aquella mesa de oro que hallaron en Grecia pescadores, que habiéndoseles comprado el lançe, el comprador la pidió por derecho al tirar las redes, y los pescadores lo negaron, diciendo que peçes y no oro era lo que ellos vendieran. Con el cual pleito fueron los unos y los otros al oráculo de Delphos y Apollo, y el demonio en figura dél, respondió que se diese al mas sabio de toda Grecia, y por consentimiento de todos se llevó á Thales, uno de los siete sabios que floreçian en aquel tiempo, que tal debia él de ser escogido en los escogidos siete, en cuantos habia en aquella tierra fertilísima entonçes dellos y abundante, como dice la poesía española:

Mi amiga escogida en çiento,
y el çiento en mill escogidas,
y el mill escogido en cuento,
y el cuento entre las nasçidas.

Y eran estos siete que digo: Solon, Chilon, Cleobulo, Thales, Bias, Pittaco y Periandro, que demas de sus sabidurías, eran virtuosísimos y exçelentes capitanes, y muy señalados en gobiernos y cargos. Asi que se llevó la mesa á Thales, de lo que hubo vergüenza que le llamasen sabio (sabiendo que todos los sabios no saben nada), y que le tuviesen por tal, y por mas codiçioso que naide, y no la aceptó, ni otro dellos ni otro; y asi anduvo la mesa por todos, que rehuyeron á una vez de paresçer ricos ni sabios, á lo que agora corren todos con tanta ansia de serlo ú ser por tales estimados. Pues vuelta la

mesa al primero, la envió al cabo al oráculo, echando de sí todos el peso (mayor que el de la mesa de oro), de las obligaçiones que el mucho tener acarrea y trae.

Tal debia de ser la otra mesa de oro que hubo de Dario el gran Alexandre que, poniendo sobrella él los pies, como tan sabio y poco estimador de las riquezas como los otros, lloró un cativo de ver pisada y tenida en poco la gran riqueça y potencia de su amo.

Tambien debió de ser exçelente el escritorio de oro y piedras preciosas de Dario que le hizo Alexandre, caja de la Iliada de Homero, estimando en mas la poesia que el oro, pues que es mas de estimar cualquier gran joya que su caja. El mismo ponia sillas de plata á mil convidados, y cargadas de vasos de oro las mesas, que se llevaban despues los comensales. Y á Úmenes, un caballero particular suyo, porque le pidió prestados tresçientos talentos una vez, y no le dió mas de çiento, le hizo con desimulacion poner fuego á sus tiendas, que se quemaron todas, y le hallaron derretido mas de mil talentos de oro en los que no le tocó, antes de la ropa quemada y de lo demas le mandó reparar el daño.

Pues ¿qué diremos de la plata que hubo en Jerusalen en tiempo de Salomon, que dice la Santa Escritura que era tanta como un grande y pedregoso cauchal? ¿Pues dónde se ha huido tanto oro y plata, produciendo cada dia la tierra mas? Yo pienso que aunque la mar ha sorbido gran parte, dorados y plateados han consumido y consumen mas. Por lo que á mi me parece que en las republicas no se habia de consentir dorar otra cosa sino las imagenes y retablos, eçeptando, como las Personas Reales en las prematicas, la Real y Divina Persona, que todo lo cria y dá; y que tan comunmente no consumiese dorados la gente baja, y á la rica seria mas útil tener una espada de oro que quedase para sus herederos, que haber gastado cin-

cuenta doradas, que como *flos quæ eraditur et conteritur* se cae, y lo que se habia de gastar en dorados y plateados, que fuese con chapería de oro y plata que no se gasta, donde para siempre permanece y se está. Mas dejemos este cuidado á los que gobiernan, que harta merçed hace Dios al que no tiene voto en nada.

Harto preçiosa de hechura debió de ser la cadena de oro que hizo á Hieron, rey de Çiçilia, un platero, en que mezcló plata, aunque por ser tal no la consintió de hacer el Rey; de la que el sotil Archimedes halló el hurto, de que por ser cosa tan sabida no trato.

El carro en que los reyes godos salian á la guerra era de precio inestimable, que al del sol, que dice Ovidio, se paresçia algo; pues dice Eleastres (1) que el timon y la escalera eran de oro, y el eje de plata; las ruedas de marfil con clavazon de oro; que el marfil es colmillos de elefante (de los que dos en Benavente hacen la portada de una gran sala); en que iba una gran tienda, el mástil de oro lleno de piedras inestimables y una silla de lo mismo, y las guarniciones y ropa de la tienda cubiertas con compases artificiosos de grhesas orientales perlas; en el que el rey Don Rodrigo no quiso entrar en las batallas, sino á caballo, de pesar de la muerte de su sobrino, el infante Don Sancho, y de ver ir sus cosas ya cuesta abajo.

Pues la gran mesa de oro que Tarif (2) hubo en los despojos de España, que fué del rey Salomon, todo el mundo á una parte y ella á otro no la podia en valor

(1) El sabio que se supone autor de la Crónica fabulosa y caballeresca de Don Rodrigo, último rey godo.

(2) No fué Tarif, sino Táric, el que al decir de los escritores árabes halló la célebre mesa de Salomon, que se llevaban á Astúrias los cristianos escapados de Toledo. Sobre su material y forma puede verse á Al-makkarí, que reunió cuanto los historiadores de su nacion han dicho acerca del orígen, calidad y destino de tan preciosa reliquia. Tom. 1.° pp. 47 *et seq.*

igualar; pues demas de sus piedras preciosas, allí como naçidas engajadas dicen (si esto se puede creer) que en ella se vian cuantas guerras movian á sus señores los reyes godos y los que en ellas les habian de ser traidores ú leales. *Sed non augurio potuit depellere pestem.* Y como esta se perdió, digo mas, como los godos la hubieron, seria largo de contar; y yo volveré al cuento (encomiendo), que entre tantas riquezas como Midas, tengo hambre, y mal fingió el poeta, que por tener tantas, murió hambriento Midas, que por no las tener se han muerto tantos necesitados de hambre.

De harto preçio decian ser las ricas guarniçiones y silla que contra Sertorio traia Pompeyo, pues derribado del caballo y çebados en ellas y por las haber, se les fué de entre las manos á los sertorianos soldados.

Aquella suma fué inestimable (pues como los ricos, de una joya en otra he saltado en riquezas, que de unas en otras quieren los ricos mas), la que juntó y trujo en un triunfo Pompeyo al erario del pueblo romano, que cuenta Plutarco (fól. 273, letra b.) A esto se ayuntaba que antes de aquella guerra y destruiçion de Mitrídates todas las rentas y tributos de Roma eran *quinquagies decies centena millia*, y despues con lo que en esta guerra Pompeyo le ganó tuvo *octuagies et quinquies decies centena millia* que montan agora en la moneda de nuestro tiempo.....
..... (1).

Vengamos agora á las joyas y riquezas de nuestros tiempos, que como he dicho, tanto la mar y los dorados y plateados gastan. Y el primero sea un adereço de la brida, de oro y piedras y perlas, de los reyes de Portu-

(1) Es decir, ochenta y cinco millones (de sextercios?) Hay un claro en el manuscrito, por haber sin duda el autor dejado para mejor ocasion el calcular lo que dicha suma importaba en la moneda corriente de su tiempo.

gal, que hubo el escandaloso Don Antonio, y que se dejó por ahi cuando de junto á Lisboa se huyó desbaratado por el duque de Alba, que dicen que valdria un millon y cuatroçientos mil ducados. Hallólo un ginete de los que estan á la guardia de la costa de Granada, junto á la ciudad de Oporto; puso su caballo las manos en una canasta de mimbre, cubierta de cuero, barreada, que estaba en un arenal; bajóse del caballo por ella, y embrazóla y cubrióla con el adarga, y desvióse de la banda sin haber visto lo que llevaba. Desque se vió seguro apeóse, y rompiéndola con una daga catá la caja, de la cual, asombrado, sacó las pieças inestimables que cada virey de la India habia hecho á las riquezas y grandes maestros de labrarlas de allá; hinchóse el pecho, calçones y faltriqueras de todas ellas, y dejóse por ahi la caja, y turbadísimo se fué á su posada y métese en una cámara; hinchó los colchones de lo que valia mas que una ciudad, y hizose malo y estuvo para perder el seso sin dormir y sin tener que comer con tanta riqueza, como el otro quitándole el sueño, como á tantos por la haber se le suele quitar, y quitábasele tambien, que andaban los pregones al çielo que matarian á quien para vivir habia hallado bien tan grande. En fin, como pudo llegó con tanto secreto á Málaga, y con temor registrólo ante el obispo, el cual lo recogió en un arca de tres llaves por inventario, y dió de ello aviso á su Magestad: llevároulo allá con muchos arcabuceros de guarda, y diósele hallazgo bastante, y no se perdió una tan sola pieça de cosa tan señalada.

Muy mucho debió de valer otro jaez de oro que cobraron en Córdova los Fucares, que diçen despues dieron al gran Turco: que siete años tardaron en hacer unos plateros.

Yo vi un grano tosco en Sevilla, traido de las Indias, que entre las otras arenas echó un rio á la orilla, tan

grande como un membrillo, que para arena era monstruosísimo, que pesaba mas de seis mil ducados.

Y asi vi y se vió de los dias de San Clemente cada dia la espada con que ganó á Sevilla el rey don Fernando el Santo la guarniçion de tres piedras, un diamante, una esmeralda y un rubí; el pomo y la cruz y la empuñadura de un valor inestimable.

De otra esmeralda tienen un plato en Génova que dicen fué el catino (1) en que, segun el Evangelio, cenó la postrer cena N. S. Jesucristo. Dicen que venecianes les han ofrecido por él un admirable preçio y nunca han querido darle. Yo diré acerca de esta tan notable alhaja lo que en nuestras historias he leido. El año de 1148 ganó el emperador Don Alonso el VII á Almería, ayudado de Don Ramon, Conde de Barcelona, y de los genoveses, y entre los despojos que se hallaron habia este plato de esmeralda, y el Emperador le presentó á los genoveses en agradecimiento. El vulgo dice que Christo Nuestro Señor cenó en él la postrera vez con sus discípulos; el padre Joan de Mariana dice que es opinion sin autor ni fundamento, y cita á Clemente Alejandrino que dice lib. 2, *Pedag.*, cap. 3, que Christo Nuestro Señor çenó en un plato de poca estimaçion. Otros dicen que este plato se halló en la guerra cuando por fuerça se tomó Cesárea. Los autores de lo referido son Mariana en su *Historia de España*, lib. 10, pág. 504, cap. 17. Sandoval en la *Chron. del Emp. Don Alonso el VII. Chron. de los Reyes de Castilla* por Don Alonso Nuñez de Castro, con la vida de Don Sancho el Deseado, cap. 2, folio 12.

Albi, aquella rica ciudad, presentó al Rey cuando llegó alli una alfombra de seda con las labores de las co-

(1) Del latin *catinus* plato.

lores de innumerable pedrería, que á lo musáico haçian unas y otras pinturas muy galanas.

Y la ciudad de Plasencia en Italia le presentó de planta, al petipie, la ciudad misma de plata con sus torres y baluartes y fortificaçion, como era ella misma fabricada.

Al conde de Niebla, que fué por virey del Perú, al desembarcar en tierra dende la mar á su casa, que habria mas de mil pasos, le enladrillaron con ladrillos de plata el camino y las calles de mas de veinte piés de ancho.

Aquellas fueron grandes joyas y vasos de oro y plata de que llenas grandes salas tomaron Cortés y sus soldados á Monteçuma, supremo rey de las Indias, las que dejaron al salir de allí, como todos al salir deste mundo han de dejar; y los que quisieron llevarlas consigo no se pudieron salvar, como los que las quieren llevar hasta la muerte sin haçer bien con ellas, los cuales murieron demasiadamente ricos como Creso.

Tambien no se pueden contar las riquezas que los caballeros Piçarros hallaron al rey del Perú, Atabalipa, en cuya casa lo que acá se usa de hierro y de palo y barro, todo era de oro y plata: mesas, camas, sillas, rejas, puertas y ventanas y otros usos comunes de ollas y cántaros, de cerraduras y aldabas.

El aparador del gran conde de Benavente, Don Antonio Pimentel, estando él y la córte en Toledo año de sesenta y nueve, valia mas de sesenta mil ducados; mas esto era nada con sus calidades y grandezas, de quien un dia cierto predicador dijo antel Rey por exageracion hablando de uno: «como si fuera un conde de Benavente.»

Sesenta mil ducados valia un gran brasero de plata que dió el señor Don Juan de Austria á un huéspede suyo, que era harto mejor que el vaso de Perseo que

trujo al triunfo Paulo Emilio, que pesaba mil marcos de plata, que llamaban *plata*.

La custodia de Sevilla valdrá sesenta mil ducados.

Las riquezas del Escurial, San Lorenzo el Real, son sin número.

Tiene el Rey N. S. una flor de lis, que era de los condes de Flandes, que los reyes de Françia tenian empeñada, que se cobró en la batalla de Paris; y es tan rica, que casi se podrá comparar en valor con la libertad de Flandes que se hubo en aquella batalla. Es de altura de una vara de medir, toda de cristal, de finísimo oro el pié y los remates, llena de piedras preciosas inestimables. En el tronco alto de la flor está una cruz de un palmo del santísimo palo de la Vera Cruz, y en lo que atraviesa y ciñe la flor un clavo de los de donde colgó nuestra redencion, y por la misma flor otras reliquias santas venerables.

Mas con reyes, con iglesias, con príncipes no hay que ejemplar, pues son las fuentes destos metales que corren. Solo diré de la braveça de España, con lo que concluyo, que un caballero particular estando, cuando dije, la corte en Toledo, se deshizo de pieças de plata, que no habia menester, por valor de 16,000 marcos, sin lo muy mucho que valian las hechuras y dorados.

Los collares del tuson, que es imitado del vellocino dorado, en cuya conquista fueron los anteçesores del Rey N. S. de la casa de Austria, cuyo patron es de esta militar órden es de la última estima, que si no es á reyes y príncipes el Rey N. S. á naide los da, y siempre los collares están en pié de un uno en otro cuando vaca.

Mas aquel fué el mejor collar del mundo y la mejor joya; el que de oro traia puesto el Don Fernando, el Católico, cuando le dió una cuchillada en él y en la garganta

un loco, que le valió la vida; que á no dar en el collar la furiosa espada le cortara la cara segun la herida fué.

Hé aquí las riquezas del tiempo antiguo y del moderno y del mundo viejo y del mundo, que impropiamente llaman nuevo, que poco mas tuvieron los poseedores que los que no las poseyeron. Ellas se quedaron todas acá trabajosas de ganar, cuidadosas de guardar, que sino las buenas obras nada le valió mas á sus dueños; los que las gastaron no las tenian; los que las guardaban no las tenian tampoco, pues usaban dellas, y poseyentes y no poseyentes fueron iguales al nacer, al sueño y á la muerte, Como de una gran música de una iglesia catedral igual es el ciudadano que la oye que la dignidad que juntó los músicos á gran trabajo y por gran presçio, y de un esplendidísimo triunfo, santa gloria de aquella dignidad, lleva el soldado, como el Capitan general que estuvo en los peligros y trabajos en la delantera, y le costó tanta vigilia y cuidados y por quien se hace.

De cuanto obliga el pan comido.

Como por el comer en esta vida nos sustentamos, que sin comer no hay jardin ni recreacion de que no se canseu, y por esto sirven los hombres unos á otros y les dan su libertad, y los moros, cuando los juran sus vasallos por reyes, por obligarles al juramento mas, hácenlos á manadas encerrar en sus palacios, y allí darles solamente pan; ni los tienen por obligados á serles leales los que no han comido su pan, aunque sean sus naturales, ni del gran señor y de gran renta no dicen que tiene bien de qué vestir, ni para jugar, ni pasearse, ni para dar á damas, sino que tiene bien de comer, y de lo demas no se

haze caso. Y como por el comer se amansan los animales, las aves y aun los peçes (que Sergio Crata, romano, tuvo una lamprea, entre otras muchas que le criaban en un estanque, que le tomaba el pan de la mano), obliga muy mucho el pan comido de solo un dia cuanto mas de muchos años, como lo miró bien un caballero bien conaiderado que, habiendo un dia comido con otro y saliéndose ambos á pasear, y él muy descuidado, topáronse ambos con otro hermano suyo, y aquel con quien iba y con quien habia comido en su casa echaron los dos mano á las espadas, y el caballero huéspede començó á acuchillarse por el que le habia dado aquel dia de comer con su propio hermano, el cual muy engañado de que habian de ser contra uno dos hermanos, se puso en paz viendo lo contrario, y diciéndole el huéspede: «teneos, sino mataros hé, que hoy soy de quien me ha dado de comer, y no vuestro hermano.»

De un fiero encuentro de lança.

Aunque los libros de caballerías mienten, pero los buenos autores vanse á la sombra de la verdad, aunque de la verdad á la sombra vaya mucho. Dicen que hendieron el yelmo, ya se ha visto; y que cortaron las mallas de las lorigas, ya tambien en nuestros tiempos se ha visto. Juan Fernandez Galindo cortó á uno á çerçen un braço con una manga de malla, y no le dejó sino en las postreras mallas, y quien lo vió me dijo que Ramiro de Cárdenas y un su hermano, caballeros de Eçija, ambos en una revuelta entre españoles é italianos en Nápoles, dió á un napolitano una cuchillada sobre un casco, que le cortó el casco y los cascos, y le derribó muerto de

aquel golpe bravo, y luego de una estocada á otro que traia una cota de malla pasarle la cota y el cuerpo, y echarle un palmo de espada por las espaldas. Y el duque de Bejar, Don Francisco I, cortaba un pescueço de un toro que no le quedaba sino en el gaznate, y un cuero de viento en el aire cortando el hilo de que colgaba, y revolver de revés, como he dicho, antes que cayese cortado. Cortaba ansimesmo muchas hachas de cera juntas, y una vez cortó veinte y una velas de cera á la hila en sus candeleros, y abajó un poco al cabo la mano, y llevóse del mismo revés el cañon del candelero de plata.

Y asimismo ha habido muchos grandes encuentros de lança, pero excede al de los mentirosos antiguos uno que agora diré con mi acostumbrada verdad. Estaba de general el duque de Sesa en Lombardía, y el marqués de Pescara moço, hijo del marqués del Gasto y sobrino del famosísimo de Pescara general de la caballería, y á vista él ejército de Francia; pues por gentileza concertáronse de tres á tres caballeros correr cada uno tres lanças, sin sacar las espadas de la vaina, y sin que hubiese prisionero ninguno de una á otra parte. Fué el general de los caballos ligeros françeses y otros dos caballeros señalados de la nuestra, el marqués de Pescara y Don Jorge Manrique y otro caballero milanés que se llamaba fulano del Nero, que pues le escogió el Marqués entre todos no debia de ser mala lança. Corrieron todos cada uno sendas carreras, sin que en ellas hubiese cosa que de contar sea, como diçen los libros, A la segunda dió Don Jorge tal encuentro á su contrario que le pasó peto y espaldar y cuerpo de parte á parte, y el acerado arçon trasero de la silla, y aun hirió al caballo en las ancas, una higa para todos los golpes que fingen de Amadis y los fieros hechos de los gigantes, si hubiese en España quien los de los españoles celebrase; que si yo quiero no puedo arribar con

mis deseos donde merecen sus valentías y hazañas; y el Marqués hirió malamente al que en su opusicion le estuvo delante.

De ingratitud.

Toda definicion debe de tener tres cosas: que sea particular, dócil y propia; particular que arme á una especie y no á otras, que le venga al justo á lo definido; dócil que declare la sustancia y condicion de la cosa, y así philosophos dieron diversas definiciones del hombre. Unos que era risible, otros que era de dos piés, otros de rostro levantado; mas como vieron que las monas rien cuando regañan, y que andan en dos piés las aves y los sátiros, de los que Sant Antonio vió uno vivo, y otro que se tomó en Arcadia lo trujeron á Silla en sal; y que los leones, perros y gatos y onças y tigres tienen los rostros levantados, y no estas cosas los hombres solos, todos se redujeron á llamar al hombre animal racional, no porque le vean mas puesto en razon que los otros, sino porque segun su talento y libre albedrío y tres divinas potencias, memoria, entendimiento y voluntad lo debia de ser mas.

Y digo que usan menos de razon que todos, porque los animales guardan inviolablemente sus atributos; todos caminan cuando deben á diferentes regiones á un tiempo; todos guardan sus compañías y consorcios y se allegan y juntan para su seguridad: un lobo ni un oso no mata á otro, no comen por gula, no beben por vicio y regalo, aunque vean las mas lindas y corrientes aguas; no lujurian sino á sus tiempos para su procreacion natural; mas los hombres comen y beben harto; van y vienen acá y allá sin entender ellos mismos aun sus fines y voluntades; nunca tienen firmeça en nada; mañana aborrecen lo que hoy aman. Cada hora parece que beben de aquellas dos fuen-

tes de la selva de Ardena, «de amor y desamor contrarias.» Y por concluir con todas sus sinrazones, si un pasagero viera en Pharsalia cuarenta mil hombres á una parte de Pompeyo y veinte y dos mil á la otra de Cesar, para pelear con las armas en la mano, y preguntara qué quieren, qué pretenden tantos hombres, tantas banderas, tantas machinas, y le respondieran matarse unos á otros, padres á hijos, y hijos á padres, y hermanos contra hermanos, todos de un pueblo, tornará á preguntar: ¿Es sobre salvar las almas? no, que esa verdad aun no la saben. ¿Es á dicha sobre la salud? no, que esa Dios la quita y Dios la da. Pues ¿es sobre comer el pan ó beber el agua sin lo que no se pueden pasar? no, que de comer tienen para muchos años. Pues ¿sobre qué, preguntaria aquel? Responderia el otro: no, sino sobre quién ha de mandar mas en una ciudad. ¿Y han de mandar todos en veneiendo? no, sino uno. ¿Y el mandar ha de ser para siempre? no, sino por un poco de tiempo, y el que ha de mandar mañana se morirá, que es ya viejo, ú le matarán los mismos por lo que agora unos y otros se matan. A esto volveria el pasagero diciendo: ¿Pues á esos llamais racionales? dígolos yo mas fieras y mas sin razon que las bestias bravas.

Por lo que la propia definicion del hombre dirá que es ser ingrato. ¿Quién paga ó agradesce á Dios lo que le debe? ¿Quién lo que debe á sus padres? ¿Quién á sus maestros? ¿Quién á sus amos? A Dios ofenden cada hora, que ese es de criacion, de redencion, de conservacion, de salvacion el pago. A los padres que les dieron todo cuanto en este mundo hay, antes de tiempo los desean sacar dél por heredarlos; pues ¿quién es grato á su maestro que le avisó de tantas verdades? ¿Quién á su señor que le dió de comer y honra muchos años? Pues dicen que los enemigos del hombre son sus criados, y ¿sus maestros? á Séneca mató Neron su discípulo, y de quien tantos bienes

habia reçibido; Aristóteles dió órden para matar á Alexandre, su amo, y le hizo matar Antipater, su mayor privado y le queria matar Parmenion, á los que sobre todos él habia en la cumbre levantado; y Bruto mató á Çesar que le tenia por hijo; y Tulia pasó con su carro por çima del cuerpo muerto de su padre.

Mas dejando las sinraçones del hombre, tornar quiero á los animales y á su agradeçimiento para avergonçar mas del poco suyo á los hombres: dígalo el leon, fiel compañero de San Jerónimo, dígalo el leon de Don Alonso Perez de Guzman, por quien mató la sierpe en Africa; dígalo el del gladiador, que porque le sacó una espina de una mano lo defendió de otras animalias bravas, y le fué fiel criado; dígalo Buçefalo el caballo de Alexandre, que herido de muchas heridas de muerte, le sacó de la batalla; y el elefante de la India al rey Poro, que caido en tierra, con la trompa le tornó á levantar. Pues el de los perros dicen que es el mas agradeçido pan que se da, y las cigüeñas mantienen en su vejez á sus viejos padres.

Y porque los desagradeçimientos de los hombres son sin número, solo uno (que es á lo que desde el prinçipio deste capítulo voy) quiero contar. Pocos años ha, y yo estoy agora en el de quinientos é noventa é uno, pasaba á media noche un hidalgo muy valiente, en su caballo, por Tablada; y oyó gemir y quejarse en la horca que allí está. A él se le heriçaron los pelos, y su caballo aun pasó bufando, las orejas adelante y las nariçes abiertas é hinchadas. El hidalgo, que se llamaba Berzano, como animoso, se llegó á la horca, y vió que le llamaba y le decia que se llegase á él un famoso ladron que aquel dia habian ahorcado. Pues certificado que era hombre y no fantasma, se llegó á él y le halló vivo; que acáso metió la barba en el laço de la justiciera cuerda, y todos teniéndole por muerto, le dejaron perneando. Él le suplicó

por amor de Dios le quitase de allí, ó por sacarle de pena le matase con su espada. Berzano se apeó, quitóle de la horca; y dejándole tomar aliento en tierra algun rato, tómale á las ancas de su caballo, y llévale cuatro leguas de allí; vístele y cálçale por serviçio de Dios, y dale de comer, y poco á poco vuélvele al mundo, y llévale á las ancas, mudando su camino á Ayamonte, para que pasando á Portugal, se pusiese en salvo, con pensamiento de darle algo de cien escudos que le mostró, con que se remediase.

¡Oh fiero é ingrato linage humano! Pues este que resçibió tantos beneficios de quien no le debia nada; que le redujo la vida de las puertas de la misma muerte antes de su tenebrosa casa; llevado así á las ancas, da de puñaladas al piadoso Berzano, quítale la vida y la ropa, y el dinero y el caballo, y vase por allá delante.

Pero dejemos al matador ir su camino; al ladron, al casi muerto, y al ahorcado; al homicida, al traidor, al salteador, al sicario: que á la justicia de Dios ha dado fianças de se la hacer á quien tan mal hace. A la mañana amanece el cuerpo del ahorcado ido, y muerto y desnudo en otro lugar el del hidalgo Berzano, sin poder dar de los dos casos nueva nadie. Mas á cabo de tres ú cuatro años volvió el ladron á Sevilla, rico con los despojos de semejantes asaltos, como sacre que vuelve al repasto, donde se le tiene armado el lazo; hablan algunos con él; conóçele otro; dan con él en la cárçel, su posada vieja; hallan en su persona conocidas señales; confiesa aquel y otros muchos malos casos; hace él la razon á la horca, y fué cortado manos y piés, y descuartiçado.

El desdichado padre de Berzano tuvo en su casa tan crueles aspectos de planetas malévolos y malvados, y sobre todo la eterna disposicion de la Divina voluntad, que de tres señalados hijos que tuvo, el uno murió en

un desafío en Italia; el otro le mató en Osuna un caballo, y este tercero en que pudiera descansar el lastimado viejo y sus cansados años, de tan atroz muerte como se ha contado.

De mala crianza.

Fué á ver Don Gonçalo Mariño á un regente recien venido á Sevilla (que están los hombres para rebentar de autoridad con los nuevos oficios, y ansi no tenia en su cámara mas de una silla); entró, y hechas sus cortesías y recibido el huésped con gran sequedad, y sin pararse á conversacion con él, preguntóle de ahí á un poco, ¿qué quiere? Y entróse en su aposento sin mas oirle; como cuando Pilatos preguntó á nuestro Señor: *¿quid est veritas?* sin esperar á oirla dél. Don Gonçalo visto esto, siéntase en la ajena silla; sale el regente luego, estáse él en ella muy firme. Entonces viéndole estar quedo, díjole, ¿quién es? y ¿qué quiere? Yo soy Don Gonçalo Mariño de Rivera, hijo de Don Pero Ponce de Leon, nieto del duque de Arcos, y biznieto del marqués de Cáliz, maestre-escuela desta santa iglesia de Sevilla y canónigo della; y si esto no basta para darme una silla, baste la misericordia de Dios, y sin quitarse el bonete, levántase, y dejándole muy arrepentido y confuso, se sale por la puerta afuera.

De sufrimiento.

El mucho sufrimiento pienso yo que es como arco de acero que cuanto mas dobla y flecha, tanto mas tira y hiere: y así tras mucha paciencia y mansedumbre y serenidad sucede bien la tempestad de la valentía fiera.

Acaeció desta manera á un buen hidalgo en Madrid,

que se llamaba Negrete, y era de la cámara del Rey. Pasaba por una calle de las mas lodosas que hay allí, en un caballo muy hollador, sin poderlo él sosegar por ninguna manera; y tambien iban por la misma calle dos capitanes muy honrados á pié, que Negrete los salpicó de lodo sin quererlo él hacer, ¡Cuerpo de Dios con el caballo, dijeron ellos, y con el que va en él! «Señores, dijo él, Vuesas mercedes me perdonen que yo no pude mas, ni lo quisiera hacer.» Ellos replicaron: «Habeis de poder ó apearos ó echaros á rodar antes que venir en tal caballo como ese;» y esto dijeron muy bravos y muy fieros. Él se apeó, mas no como ellos quisieran, sino poniendo mano á la espada, y ellos tambien á las suyas. Tuvo mucho mejor dicha Negrete, que los mató á entrambos, aunque él no quedó sin algunas heridas, y acogióse allí luego á una iglesia, y despues vista su ninguna culpa, fué perdonado de la justicia brevemente, y de las partes tambien.

De un súbito remedio en un caso de honra árduo.

Un gran señor destos reinos, y un pobre y moço caballero muy principal, jugaban á la pelota gruesa en Madrid; y sobre una pelota dijo el gran señor á uno de los suyos: «Dígalo, dígalo, si era falta.—No lo diga,» dijo el caballero algo desentonado, sino dígalo Vd., señor juez, porque tiene aquí el Duque cien criados que todos dirán por su parte.» El juez por su paraçer sentençió la pelota contra el grande; el señor de haber perdido y del desentono del caballero quedó muy enfadado, y dijo: «Yo no juego mas;» y trujéronle de vestir sus criados, que despues de aquella tentaçion muchos le administraban, y al caballero tambien le dió luego de vestir un pequeño paje;

y el gran señor despues de vestido, váse para el caballero muy mesurado, diciendo que otro dia mirasen los caballeros como trataban con los grandes. El caballero, por atajar palabras y porque sobre su respuesta no le dijese el señor alguna incurable, le dijo: «Ea, ya basta, señor Duque,» y diciendo y haciendo echó mano á su espada, que fué súbito aviso en tal punto, porque no hay afrenta ni injuria con la espada en la mano, y grandísimo esfuerço ponerse contra tan gran poder, que tenia allí en torno cien criados. El señor, muy principalísimo y valiente, y muy cuerdo, no sacó la suya de la vaina con tanta ventaja; y con gran furia apartó los suyos, que iban ya sobre él multitud de espadas. El caballero esperó, y esperó un poco; y vista la cosa así en paz, torna á envainar su espada, y con el pajeçillo solo, y con su honra y vida, se sale del juego de la pelota en salvo, quedando el señor muy honrado por la gentileza que usó de no matarle por tan liviana causa de mostrarle los filos de su espada.

A la Serenísima Infanta.

Como invoqué el real nombre de Vuesa Alteça, metido en el alto mar desta mi varia historia (1), plugo á Dios de me arribar á la orilla: que quien tanta edad tiene, no fuera mucho quedarme entre las fluctuosas ondas de mis años y de mis daños anegado. Ya que me veo en tierra, y casi tierra, suplico á Vuesa Alteça se sirva de cuanto en el navío va, que pues se registró al salir del puerto por suyo, por suyo lo reçiba Vuesa Alteça en el aduana de su bondad.

---

(1) Esta Infanta no puede ser otra que Doña Isabel Clara Eugenia, hija de Felipe II.

De una estraña habilidad en escribir.

Entre tras su general en la historia un forçado, porque parezca que va su misma galera donde yo le ví estar.

Fué un hombre en estos reinos del Andaluçia, natural de Huelva, de baja suerte, hijo de un cardador que se llamaba Buitrago, á quien llamaron Elmicio (1), persona por este nombre conoçida asaz; de fisonomía y figura rústica, de una caraza ancha y abobada, de donde infiero yo que en todas figuras y rostros hay mucha y poca calidad, que el alma es la que obra en cualquier funda; que esta parte adquiere el saber por influençia de las estrellas; parte se hereda de los padres; parte causa la doctrina; parte la inclinaçion que tiene á saber. Como no hay mala tierra ninguna que esté bien cultivada, fué el tal de tan alto ingenio y tan hábil en lo que lo quiso emplear, que fué hacer letras en çifra, que á emplearlo en otras cosas fuera por demas: cosa admirable que pues la fortuna no le hiço de mayores prendas, ni puso á su cargo grandes negoçios, él quiso ser su misma fortuna y enmendarlo.

Dió en contrahaçer y falsear bulas del Papa, y las firmas públicas y rúbricas de sus datarios; haçese Nuncio apostólico, y sabido que allá no lo habia, entra á serlo en Portugal; despacha sus correos y aposentadores, y á fama

(1) Ignoramos de dónde tomó el autor esta noticia, pues la comun opinion es que este impostor se llamó Saavedra, y fué natural de Jaen. Corre entre los curiosos una relacion que se dice escrita por el mismo, por mandato expreso del juez que entendió en su causa, y en la cual se dice hijo del capitan Saavedra y de Doña Ana de Guzman, y hermano de Juan Perez de Saavedra, veinticuatro de Jaen y de Córdoba. Dice que fué escribiente del Dr. Latorre, en cuya casa y la del licenciado Polanco, hubo en su poder las firmas de los principales consejeros, y aun del mismo monarca, ejercitándose en secreto á imitarlas, hasta que logró hacerlo con gran perfeccion.

del título busca dineros prestados. Llega á dos leguas de Lisboa; enviale á visitar el Rey con un señor muy principal, despues de buscar quien lo supiese hacer y representase bien la persona del Rey y su pio celo con el Vicario de Dios anté el hijo del cardador miserable, y la voluntad del servicio á la Santa Iglesia, y en cuanto tenia la merçed que su Santidad le hacia de enviar tal persona á aquel reino, que de aquel beneficio y remedio tenia tanta necesidad. Conçiertase la ida á Lisboa; tratan de que el Rey le saldrá reçibir á la puerta de palaçio.—No, señor Conde, dice él muy gravemente; si S. A. manda, los Nuncios de Su Santidad no hemos de ser asi tratados; no por mí sino por quien me envia y por mi dignidad. Su Alteza ha de salir á la mitad del camino de aquí por la mar, sino yo me volveré con mi embajada.—Yo le diré á S. A., dijo el Conde, y enviaré la respuesta á V. S., replicó el Rey; á esto porfió el Nuncio, y estuvieron en puntos de honra del salir, y donde se habian de ver el Rey y el picaronazo.

En fin venció el Nuncio, y como era el Rey tan católico y tan gran cristiano, sale en una galera, y en otras muchas con él sus señores y grandes; cuájase de barcas la mar; húndese la artillería toda al afrontarse, y los menestriles andan por alto; desembarca junto á Palaçio; lea él mucho á Lisboa al pareçer; ofreçesela el Rey, que toda está á su mandado; tráenle mulas y caballos muy adereçados en que se vaya el Nuncio á su posada; están en cortesías él y el Rey, cual dejaria al otro en su casa; en fin él va, deja al Rey muy contento, y todos alaban su discreçion y cortesanía, y que se le pareçia bien la buena casta.

Así quedó allí el invencionero donde estuvo dos años; puso en órden y conçierto lo eclesiástico; reformó las religiones; hiço hacer al Rey monesterios y grandes y buenas

obras pias; puso en aquel reino el santo oficio de la Inquisicion; nadie administró como él su legacía; nadie la impetró tan mal.

Tenia de esta manera los despachos que iban y venian de Roma; hiço que fuesen siempre á su casa y cuanto allí ponia, y falseaba todas las cartas y bulas á su beneplácito; daba y negaba dispensaciones, y trujo allí al rededor todas las cosas. Ni se supiera la trama en muchos mas años sino que riñó un dia con un su ministro de aquellos negoçios, su datario, y desde la mesa le tiró un plato, de lo que el otro afrentado descubrió la verdad, y fué mas difícil de creer el desengaño verdadero, que habia sido de introducir la falsedad, segun en los ánimos de todos estaba asentada; y pienso yo que muchos personages andan entre nosotros falsos que por la autoridad de sus oficios nadie les examina los títulos.

Al cabo él fué preso, y sus oficiales que tambien vivian engañados dados por libres, y el descubridor solo muy mal açotado, que murió de los açotes, y el falso nunçio echado á galeras perpetuas, donde yo le yi en la galera capitana del príncipe Andrea Doria en el bogavante, en la que pasó el Rey á Italia; y porque administró lo mejor del mundo aquel no su oficio, é porque hiço mil cosas santas y pias no fué descuartizado, aunque tenia pena de la vida si tomase pluma en la mano. Escribia con el remo en su lugar, y dada licençia por tal vez por el Rey, contrahizo su firma, que todos quedaron espantados, la que obedescieran cuantos bancos y tratantes habia; y si no le hallaron riquísimo destas cosas, fué porque era tan gastador que no le bastaba cuanto habia para sostener su mentirosa autoridad.

De un increible caso.

Hasta aquí he pedido siempre creençia al auditorio; agora les ruego que no crean esto que hombres muy verdaderos me contaron por verdad.

En un arroyo grande que se llama Sorbe, que entra en Henares á tres léguas de Guadalajara, entró un vecino de Uceda, pescador, en una cueva del dicho arroyo á tomar peces, donde andando por ella habia en poco espaçio una bovedilla natural donde estuvo sin acertar á salir nueve dias, bebiendo del agua del arroyo y comiendo peces crudos, que por donde llegaba el agua ellos llegaban allí, y al cabo entró un rayo de sol en la cueva, á la luz del cual salió de allí á nado y desnudo, que le llevaron la ropa y le tenian por muerto; fuese luego á la ciudad, donde afirman muchos el cuento por verdad.

De una habilidad bestial.

Un vizcaino de Don Luis Enriquez, almirante, tomaba brasas vivas en la boca, y las mascaba como si fuera pan, y sin ningun detrimento las volvia á echar, que ningun avestruz le podia en esto hacer ventaja.

De un discreto consuelo.

Venido el Emperador de Argel, muy enfadado de que por el tempestuoso tiempo se le hubiese ido de las manos, entró Don Juan Manuel, criado viejo de su padre el rey Don Felipe y su privadísimo, y á quien el Emperador tenia

gran respeto por lo dicho, y ya tan viejo que no salia de casa ni saliera, sino para besar las manos al Emperador, y así le metieron por los braços, dejando á la entrada una silla en que le traian á mano; y mandado ante sí sentar y cubrir, como su edad requeria, esperando todos la larga plática de quien era tenido por tan sábio, dijo solamente: «Señor, quien no se pone á nada, nunca le acaesçe nada.»

De una naval de naves á las islas de los Açores.

No le bastó al escandoloso Don Antonio ser vençido junto á Lisboa, en la batalla del duque de Alba por tierra, sino que quiso aun serlo por mar; y esto fué que entendiendo que habia de venir la armada de la India oriental, y muy rica, él con ochenta y siete naos inglesas y francesas, se puso á las islas de los Açores á la esperar, donde allí las naves de unas Indias y otras siempre hacen escala. Salió á la defensa á gran priesa el valeroso marqués de Santa Cruz, Don Alvaro de Bazan, en su venturoso galeon *San Martin*, con otras veinticinco naves; tópanse á la isla de San Miguel con tanta desventaja; pelean cinco dias y noches, creo, llegándolos y desviándolos el viento sin se poder aferrar; mas el inalabable (1) Marqués, segun su valor y bondad, acometió, quemó, echó á fondo, rindió y vençió tan desigualmente los contrarios, y Don Antonio mirando su misma derrota, se tuvo en el alto, y cuando le pareçió huir alçó velas, que al que huye nunca le falta viento á las espaldas.

(1) Entiéndase, «el que no puede ser bastantemente alabado.»

De un buen hombre de armas.

Blasco Nuñez Vela, que despues fué virey y capitan general en el Perú, fué primero en España veedor general de las guardas, que son los hombres de armas que siempre tienen los reyes como de presidio; y aunque pocos para cualquier invasion de enemigos, todavía es levadura para llegarse al real estandarte otros muchos mas. Pues visitando una compañía de ellos, que es preguntar qué armas, qué caballos, qué adereços á punto traen; como era hombre áspero, hizo cortar á un buen hombre de armas las çinchas por pareçerle que las traia rüines ó delgadas. El hidalgo, como avergonçado de aquello, así como estaba armado y sin çinchas, en un furioso caballo arremétele reçio y para, y pasa luego con su lança á toda furia una larga carrera; despues de acá y de allá galopéale y manéjale con la espada en la mano, poniendo á todos maravilla y espanto. Despues sosegó su caballo, y metió su espada en la vaina, y viniéndose luego para el veedor general le dijo: «Porque Vmd. vea que yo no traigo por neçesidad, sino por bien pareçer, las çinchas, he hecho lo que Vmd. ha visto: agora mande Vmd. proveer mi lança en otro en quien se emplee mejor, que yo no quiero estar mas en la compañía. Pesóle al veedor muy mucho, porfió á halagarle; mas no hubo remedio para que dejase de hacer lo que dijo.

Hé aquí cómo la raçon y justiçia no van siempre juntas, que algunas veces se apartan y echa cada una por su camino, que aunque era justiçia traer en su caballo buenas çinchas, no era razon que á tan gentil hombre de armas en niñerías se le mirase.

De cómo la respuesta mansa quebranta la ira.

Ya he dicho cuán fiero, cuán animoso, cuán valiente soldado fué Ramiro de Cárdenas; Luis Zapata, su primo (1), como dicen no lé iba en çaga, antes era tan valiente como él y mas desaforado. Venidos ambos á la Oliva, donde estaba el comendador Rodrigo de Cárdenas, padre del uno y tio del otro, no sé qué dijo Ramiro de Cárdenas que le pesó á Luis Zapata, y ardiéndole las orejas, dijo á Ramiro de Cárdenas: «Vámonos á Llerena,» sin causa. El primo, que ningun mal tenia pensado, dijo: «Cuando mandaredes.» Llegados á una venta en el camino, sacó á Ramiro muy al descuido su primo Luis Zapata paseando, y díjole: «A qué propósito me dijistes aquello el otro dia? Parece que me teneis en poco, pues aquí os habeis de matar conmigo.»

Ramiro de Cárdenas de tal movimiento espantado de Luis Zapata, su primo, su amigo y con quien juntos habian venido de Italia, le dijo: «Vos estais loco, ó ¿qué disparate es este tan grande que sabeis en cuanto yo os tengo, que por vos me mataré con toda España?—No basta eso, dijo Luis Zapata, que nos hemos vos y yo de acuchillar;» y desque Ramiro de Cárdenas vió que sus descargos no aprovechaban, saca por los gavilanes su espada, y dijo: «He ahí mi espada, con la vuestra y con la mia me matad, y esto no sois vos sino el diablo que os engaña.» Entonçes Luis Zapata viendo esto, saca tambien la suya, y dásela por la punta, las rodillas hincadas, pidiéndole perdon de á sin razon haberle enojado, y abrázanse entrambos sin ningun terçero como verda-

(1) No se halla en lo que precede mencion alguna de estos dos caballeros; pero es de presumir que el último nombrado sea el autor de esta Miscelánea.

deros hermanos. Hé aquí como «cuando uno no quiere dos no barajan,» y cómo se verifica la sentençia de Salomon tan sábio: «Quebranta la ira la respuesta blanda.»

De una hazaña de españoles.

Cáda vez que tomo la pluma para tratar cosas de españoles, no vuela mas ni corre ni trota un paso, segun son ellas grandes; así diré lo que pudiere á vuelapié y cojeando.

Estaban nuestros campos en Flandes, en tiempo que el duque de Alba la rigió, á frente del de los flamencos, y ya he dicho de la manera que con los luteranos se gobernó, no darles batalla á banderas desplegadas (como dicen), sino irles deshaciendo en correrías y escaramuzas y en refriegas. Pues estando çerca los dos campos en tierra de Frisia, salió Don Lope de Figueroa á escaramuçar con ellos con tresçientos de sus arcabuceros, y tantos fué matando de ellos é hiriendo, que cuando quiso volver, sin que le matasen á él y á todos los suyos, no pudo dar la vuelta. Pues perdido así, mas quiso perderse osando que habiendo miedo; arremete á todo el escuadron de ellos, gánales siete pieças que tenian de artillería, vuélvela y hácela disparar contra ellos; y viéndolos temerosos y en desórden arremete toda su gente, y con tan pocos suyos degüella doçe mil dellos, y á los otros hace que á espaldas vueltas le dejen el campo.

De cómo la conciencia es mal testigo.

Un caballero prinçipal y muy valiente y muy emparentado en la córte, habiéndole en una ciudad un corregidor ofendido, no pudiendo satisfacerse dél en su

corregimiento, esperó lançe en la córte, donde los corregidores son corregidos; pero no de este arte:

Come nom che in qualche tempo è loço aspetta,

segun dice Petrarca, y una noche en una calle, dióle una gran cuchillada en la cabeça, mayor que él quisiera, como para estas cosas no hay peso justo ni medida; y porque el otro no quedó para acuchillarse, que le esperó un poco, revuelve el caballero corriendo por no ser conoçido ni oido, ni visto de las justiçia, y por el laberinto de la turbaçion va y vuelve y da mil vueltas sin salir del compás de la misma calle, y torna donde le habia herido. Topa con él un pajecillo del Corregidor, y latiendo y ladrando el gozque, aquel leon animoso, azórase y métese en una casilla, y el mayor amigo que tenia el caballero, llega á las voces del muchacho á la dicha, y sin conoçerle dice el amigo: «Aquí, aquí se ha encerrado; aquí, aquí.» Acude luego el alano tomador, que era el alcalde Ronquillo; sácale de una parte oscura, y á la lumbre de dos hachas, conoçe al buen caballero, el cual quisiera antes ser muerto que habello visto. ¡Oh señor! dijo: «Vmd. es, oh! mal haya quien tiene ofiçio, que como médico han de morir en sus manos las grandes personas y sus mayores amigos,» porque se vea lo que puede la Divina justiçia, que sin quererle acusar, le acusó su muy amigo, y sin quererle prender, le prendió el Alcalde, y con dolor de todo el mundo cumplió lo que nuestro Señor dice: «Que quien á hierro mata, muere á hierro el mismo;» porque el Corregidor murió de la herida, y el gran caballero que se la dió por le haber herido, fué degollado.

De la incertidumbre de la muerte del hombre y de la sepoltura mucho mas.

Una de las grandes merçedes que Dios al hombre hace es que no sepa cuándo ni cómo ha de morir; y la sepoltura es donde toma la muerte á todos los mas, aunque despues se llevan á sus tierras sus reliquias. Bien que el que anda en la mar pareçe que ha de morir allí; y el que anda en la tierra que no morirá en la mar; mas Don Iñigo de Mendoça, tan plático en las galeras, quién pensára que habia de morir por no traer en la que iba buen recaudo? Navegaba él por la ribera de Génova en una galera sola que traia mal estampada, que es con poco lastre, como la corcha sobre el agua. Pues con fresco viento manda alçar la vela, pasa por la boca de un rio, sale dél, y de tierra de viento una gran grupada; y sin se poder remediar, vuelvésele á la galera lo de arriba abajo; allí fué el doloroso son de los gemidos de los tristes que se ahogaban: muchos que no sabian nadar oprimidos debajo, y muchos que sabian atados á los duros bancos; otros desclavando las tablas, sacando las cabeças por la quilla de la galera que asomaba á veces sobre el agua.

Don Iñigo, que nadaba muy bien, nadó entonçes mal, que bebió juntamente el agua que ahogaba y lavaba los piés de sus forçados; y no se supo dél mas que dende á pocos dias se tomó en Córçega un pescado que se halló en el cuerpo un hombre en calças y en jubon, y diez escudos en una escarçela, que decian que Don Iñigo estando en calças y en jubon en la galera llevaba; y así fué del honrado caballero la patria el mar, la galera casa y un peçe la sepoltura. Del ahogarse se hizo gran sentimiento dél por todo el mundo, mas de no enterrarse

ninguno, que Virgilio dice: *facilis jactura sepulchri*, al de Mecenas hay otro sino este verso, por donde pareçió discretíssimo: *Nec tumulum curo, sepelit natura relictos*, que quiere decir: «De mi enterramiento no curo, que la naturaleza entierra á los desamparados.

De la incierta vida de los tiranos.

¡Oh miserable estado el del tirano, que si espantables y bravos, de tantos han de temer cuantos á ellos les tienen miedo, y si mansos la muerte tienen en la mano, ni se pueden fiar de los amigos ni deudos, ni de los propios de sus casas!

Al prínçipe de Orange, capitan y cabeça de los rebeldes de Flandes, le mató por servir á Dios un soldado con un pistolete, al darle unas cartas; tomóle luego su gente, hicieron en él cuantas justiçias y crueldades puede imaginar la vengança. Él dijo luego: «Yo hice á lo que vine, graçias á Dios; vosotros haced en mí lo que quisierdes.» Llamábase Guiarrás el soldado, y el Prínçipe y él murieron en poco tiempo; mas aunque partieron casi juntos fueron los viajes diferentes: el uno *sursum*, y el otro *deorsum;* el Prínçipe adonde todo es noche, todo horror espantable y todo tormento, y Guiarrás, segun se cree, á los elísios campos del cielo.

El mismo suceso tuvo el reyecillo de Granada Don Hernando de Valor, morisco alçado contra el Rey nuestro Señor, que nunca los tiranos mueren de viejos; que un dicho alguacil hiço que le matasen turcos, porque le tomó una morisca, su amiga; al que los moros tenian mucho respeto, por ser desçendiente de los reyes de Córdoba por línea femenina, y de los de Granada por la masculina.

A este suçedió Abenabo que levantaron los turcos,

al cual trató de matar un Gonçalo Xeniz, y así lo hiço, que fué en poco tiempo traidor á Dios y al Rey, y á su amigo: mas estos fueron polvo y viento en comparaçion de la violenta muerte que diré aquí.

En dejandó uno á Dios, y mas los prínçipes que le son mas obligados, todas las cosas les desobedeçen. A Adan todas las cosas le desobedeçieron, en desobedeçiendo á Dios; ansi en ofendiéndole un xpiano, las tierras, las piedras, las tejas, las desgraçias, los desastres, todos arremangan sus brazos y aguzan sus cuchillos para dél vengarle, y cuantos demonios en el infierno hay, todos comerian al pobre pecador, si el mismo Señor ofendido no le defendiese y amparase. El Rey de Françia, (1) començó primero á consentir herejes, y despues á favoreçerlos, despues á ejecutar en católicos muertes estupendas, que nunca un pecado para en lo que comiença, y por donde él pensaba afirmarse, por allí debilitó su reino. Començó á ser sobrepujado de los ministros de Dios en ello, y á andar huido en guerras con sus mismos vasallos; y al fin estando sobre Paris en campo, en su tienda, salió un fraile dominico (2) de Paris á matar por el serviçio de Dios al tirano favoreçedor de herejes; y llegando á hablarle, le dió tres puñaladas, de que murió el Rey, no de la guerra que suele matar á hierro, á fuego, violenta y furiosamente, mas de la mansedumbre y santidad de un religioso de Dios y su siervo, al cual bienaventurado ataron á las colas de cuatro caballos, y así le dieron la muerte, y debiera antes el Rey de reducirse á Dios, pues veia que la graçia que sus anteçesores tenian de Dios de curar lamparones habia espirado en él por sus desméritos, habiendo convertido el quitar lamparones en quitar de las iglesias lámparas.

(1) Enrique II.
(2) Jacques Clement.

De un supersticioso caso.

En Valençia de la Torre, que's de la encomienda mayor del Conde, de la órden de Santiago, año de ochenta y çinco, hicieron uno Alcalde, tomó la vara y murió dentro de treinta dias; dióse luego á otro la vara, vivió con ella otros treinta, y murió luego; dióse luego á otro, que era su hermano, y ya tenian por sospechosa la vara, y tambien murió en doce dias, aunque del caso se burlaban. Elígese luego á otro Alcalde, no la quiso tomar: tomóla un alguacil, que enfermó y estuvo á la muerte, y por comun consentimiento quebraron la mortal vara; que la vara de Aaron, que se volvia en culebra á ratos, no espantó á los egipcios tanto como los de aquel pueblo destotra quedaron espantados; mas en esto no hay que espantar, que lo primero fué caso, y lo demas contagio que lo que mató al Alcalde dejó con aumento de todos inficionada la vara.

De prevençion y prudençia.

La discreçion y prudençia de Don Perafan de Ribera, duque de Alcalá, virey de Nápoles, fué como el claro sol en toda la tierra clara. Gobernó admirablemente sus cargos de Cataluña y Nápoles, y es gran trabajo con los buenos que en sus loores no se puede la pluma extender tanto como en los vituperios de los malos; como que el buen olor no deleita tanto como ofende el malo.

Estaba nuestra armada sobre los Gelves; venia poderosísima la del Turco, y cada hora le enviaba avisos: ya sale de Constantinopla; ya de todo el canal; ya entra en

el Arçipiélago; ya llega á la Morea; ya os está royendo las faldas.

Tras esto estando sitiado Maçalquivir por multitud de bárbaros, clamando á Dios por remedio niños, viejos, viudas de los çercados; estando el animoso marqués Don Martin de Córdoba, herido y hecha pedaços su gente, falta de munición y de vitualla, sin le poder venir socorro de la vecina España, de allá como del cielo le vino del reino de Nápoles, que el virey Don Perafan de su propio motu y cierta esciençia y poderío real absoluto de que aquel socorro quiso usar, se lo envió bastantísimo, sin ser para ello mandado ni tocalle esta provision á su cargo, que en viendo blanquear por el alto y azul mar las velas se levantaron los turcos con gran vileza, y salió trasellos el Marqués, en los que hizo gran matança.

Llegó luego la armada del Duque, que halló en este tiempo el lugar sitiado; la gente de hambre como espíritus consumidos y flacos, *nulli sua forma manebant*, y de los soles de la ardientísima Africa negros como alarves, y del nunca dormir vençidos, no del fuego ni del hierro, sino del sueño y de hambre; botas y rotas sus armas, ya sin mechas los arcabuzes, sin pelotas sus bolsas, y sin pólvora sus frascos; la muralla despedaçada y abierta cuarenta pasos; solo sirviendo de muro las valerosas manos del animoso Marqués y de los pocos que con él habian quedado, y junto á la ya no fuerza, sino flaca, monton de turcos muertos y hechos dellos giras.

Pues cuantos aquí se salvaron de muerte ú de cruel cativerio obra fué de la alta prevençion del duque de Alcalá; obra fué tambien suya no perderse la importante plaça, y no venir á poder de infieles la ciudad de Orán, con tanta muchedumbre de almas cristianas. Pues conservarse allí la honra y reputaçion española con tanta sangre y batallas ganadas en fin, no fué obra del duque de Al-

calá, mas de Dios, en cuya mano están los derechos de todos los reinos y señoríos.

De una útil habilidad.

Las habilidades sin provecho, como volcar el salto peligroso de los gitanos, correr la cabeça abajo y los piés arriba en un caballo y en dos caballos juntos, cosas que traen consigo mas de admiraçion que de utilidad, son como un árbol que llaman de paraiso, ó un plátano, que son muy hermosos, mas no llevan fruto; si bien ninguna planta formó nuestro Señor que no sea utilísima, aunque su importançia no sea clara y conoçida. Mas una de Martin Çeron, caballero de Sevilla, es muy de estimar para cuando se quiebra un freno ú las riendas, ú se le quita la barbada á un caballo á la brida. El es muy gentil ginete, va á la carrera en un caballo muy poderoso, y dada la vuelta para correr con la mano derecha, quítale las orejas, el freno y las cabeçadas, y el caballo, como una volante cometa, pasa la carrera á toda furia, y ya al fin ásele con entrambas manos de la boca, y á dos ú tres enviones, como si tuviena freno, donde quiere le para.

De una discreta determinaçion.

Don Alvaro de Sande, claro por mil hechos y mil jornadas que, siendo tesorero de Plasençia, como Aquiles dejó las faldas largas, y empuñó la espada y lança, y saltó en ser soldado, siendo çercado en los Gelves de una poderosísima turquesca armada, defendió el hechizo fuerte tres ú cuatro meses, sin se le poder entrar con mu-

chos y muy terribles asaltos, en los que mató infinitos turcos que quedaron por ahí tendidos en el campo:

Al lupo, al corvo, al aquila grifagna.

Mas no siendo socorrido y siendo espantable y rabiosa dentro la sed y la hambre, que comieron las cosas viles que comen otros çercados hasta acabarlas, y bebian el agua salada de la mar, sacada aun en poca cantidad por alquitaras, de lo que ya toda la gente enfermara; de las cuales tres cosas teniendo la muerte cierta, hambre, sed y enfermedad, rendir la plaça era vileza; defenderla era imposible, tomó un valentísimo medio que fué salir y morir peleando como un caballero tan señalado. Habla y anima á su gente; confiesan y comulgan todos; dan fuego á sus alhajuelas, que no les quedó otra cosa sino las armas, y salen á los enemigos con ellas en la mano; hieren y matan cuantos pueden, y al fin quedó preso Don Alvaro con mucha sangre de ambas partes, y el fuerte á los enemigos, no fuêrte antes flaco hecho, en los secanos y sirtes de Berbería (1). No se perdió reputaçion ninguna; otra cosa se perdió sino la hechura, por no ser de ningun peso ni importançia, como pareçe por este soneto hecho por un valiente soldado, del que pongo los cuatro versos primeros por no hacer mas á nuestro caso:

¿Quién eres tú que espantas solo en verte?
Soy muchedumbre de árboles cortados,
Que sobre flaca arena fabricados
Contra toda razon me llaman fuerte:

(1) De esta desastrosa jornada de los Gelves escribió Alonso de Ulloa, español domiciliado en Venecia, una extensa relacion con el siguiente título: *Suceso de la jornada que se comensó para Tripol, año de* 1559, *y se acabó en los Gelves el de* 1560. Venecia, en casa de Juan Griffo. MDLXII, 8.°

De allí Don Alvaro de Sande y Don Sancho de Leiba fueron llevados tras Constantinopla, á la torre del Mar Negro, de donde el que entra jamás sale; mas ellos salieron por gran milagro: Don Sancho trocado por otro turco principal que habia cautivo acá, y Don Alvaro, averiguando ser criado del emperador Don Fernando, casado con dama suya, con el cual emperador el Gran Turco tenia treguas por ciertos años.

De una hazaña de un françes.

En la batalla naval de San Miguel, á las islas de los Açores, donde el marqués de Santa Cruz hizo maravillas en armas, que con veinte navíos rompió, destroçó, desbarató y venció sesenta navíos gruesos de los contrarios, peleando cinco dias y noches sin cesar, hizo un alférez françés, enemigo, una señalada hazaña á lo Gentilicon romano, mas no conforme á buena x̄piandad, que cuando ya vió la batalla perdida y que su navío se le entraban, le vieron los nuestros poner en la proa de su navío y envuelto en su bandera, porque no viniese á las manos del enemigo, echarse dentro en la mar; y pues la honra de los extraños yo no callo, ¿quién será tan injusto que porque me huelgue de celebrar la de los nuestros me reprenda y tache?

De fortaleza.

La severidad y gravedad del duque de Alba, Don Fernando, se puede alabar entre otras sus virtudes y grandezas. Estando para partir con el Rey nuestro Señor para ir á Italia y Alemania y á Flandes, al mandamiento del Emperador, su padre, llególe la nueva de la muerte

de Don García de Toledo, su primogénito hijo, mançebo de gran índole; la cual él reçibió con tanta constançia y fortaleza que no hizo sentimiento ni mostró señal de él; no se puso luto ni consintió ponérsele nadie, por no enturbiar con el dolor particular de muchos sus deudos, amigos, servidores y criados (como de quien dependia infinidad de la gente de córte) el regocijo comun de la jornada, ni se consintió dar el pésame de ello ni hablar en ello ninguno jamás.

De cortesana abstinençia.

Don Enrique de Toledo, de la cámara del Emperador, un gran caballero que fué presidente del Consejo de Ordenes, comió un dia antes que lo fuese, con el duque de Alburquerque, Don Beltran II, y antes de comer, llegándose Don Enrique á la mesa de copa, que estaba llena de plata, de vasos de beber, y una gran taça de oro entre ellos, que pesaria mil ducados, tomándola en la mano, dijo Don Enrique: «¡Qué hermosa pieça es esta, qué oro tan puro y tan luciente!» Acudió el Duque, y dijo: «Sírvase Vmd. de ella para beber, que tiene de bueno, que no cabe poco vino en ella; venga un page del señor Don Enrique que la lleve.» En tomarla habia codiçia y bajeza, en no la tomar grosería y extrañeza grande; Don Enrique buscó para esto un cortesano medio, diciendo: «Beso las manos á V. S. por tan gran merçed; ella está donde debe; y para lo poco que yo bebo una copilla me basta, y por vida de Doña Isabel que la tomara, sino que no me contenta la hechura.»

De clemençia.

En ninguna cosa se pareçen tanto los hombres á Dios como perdonando. Dice un peladillo: «Un nonadie ninguno me la hizo que no me la pagase, y no puede ni vale nada.» Dice Dios que es todo poderoso: «cuantas veces viniere á mí el pecador, tantas será perdonado.» La inclemençia y el rigor falta es de esfuerço y ánimo, ¿qué cosa hay mas fácil de amansar que un leon y que un halcon, y que un caballo de domar? ¿Qué cosa mas imposible que una gallina de la hacer mansa, ú que una raposa tambien, que pueden tan poco y tan poco valen?

Y así dice un verso latino:

Quoque magis nobilis, tanto placabilis ira.

El Emperador en las revueltas de las Comunidades de España castigó tres ó cuatro, ceeto á pocos, perdonó á todos los demas, y aun de algunos se sirvió despues en su real casa, y los trujo en oficios y cargos, y dió libertad despues á su prisionero el Rey de Françia, y le casó con su hermana, y mandó con gran ira dejar libre al Sumo Pontífice, que contra su voluntad debelaron sus soldados, en Gante. Asimismo perdonó, con una penitençia leve, á los levantados en Nápoles; otro tanto en la rebelion de las Indias solos padeçieron los que castigó Gasca; los que quedaron al real arbitrio del Emperador fueron salvos, y en la sangrienta guerra de Alemania perdonó á los que con cien pieças de artillería le estuvieron tirando á campaña rasa, y los perdonó tambien venidos á sus piés Lanzgrave, y tomado prisionero Federico, duque de Sajonia.

El rey Felipe no menos ha usado de esta admirable

virtud, que tomado San Quintin y vençida la batalla de Françia, donde no murió ninguno, sino armado, al Condestable y Almirante despues que los tuvo presos á sus piés, no solo los mandó tratar como quien eran, mas les dió libertad, pagando á su General por ellos de rescate gran suma de ducados. En el otro levantamiento de la Nueva España perdonó á los que dejaron de castigar sus comisarios, y los que ofendieron se vinieron á socorrer y valer de quien habian ofendido, y en alguna manera habian sido culpados. Pues á los sacrílegos, homiçidas, sicarios y rebeldes moriscos del reino de Granada con solo un destierro liviano de aquella tierra les dió de tantas muertes, robos y incendios carta de pago, y en la contradicion que á la disposicion del cielo en su herencia hizo, aunque no todo, Portugal, sus leyes y sus libertades les dejó como antes, que hubiesen, los que erraron, errado.

Por lo que con razon tan pios y clementes Prínçipes ante Nuestro Señor alegarán la oracion del Pater noster; dia final, diciendo: *Dimitte nobis debita nostra, sicuti nos dimittimus debitoribus nostris*, y la otra de las siete bienaventuranças: «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos mismos misericordia conseguirán.»

De que el bien hacer nunca se pierde.

No hay regla sin excepcion, que en los buenos puede haber una falta de ingratitud ú otras cosas, y en los malos algun bien de agradesçimiento y de los demas, y así á todos se ha de hacer bien; á los unos porque lo usan, y á los otros porque lo podrian hacer; y cuando no hay, está el archivo universal que es Dios, donde lo que acá no pareçe allá está guardado, en espeçial lo que se hace

por él, el que á dignos y á indignos nos hace mercedes, cuya imitacion es loable para aun á los malos bien hacer, y la justiçia haga su oficio, y nosotros el nuestro, que por tal ruega el hombre algunas veces, que no admitiera si fuera juez *abrogado*.

Iba la hermandad tras un ladron; en Sierra Morena aportó á un lugar de un hombre rico y honrado.—¡Oh señor! ¡Por amor de Dios, válgame Vmd.! pues por amor de Dios yo os socorreré.» Acógele y tiénele escondido hasta que pasó la tormenta, y suéltale despues. ¿Quién pensára que guardando la vida de aquel guardaba tambien la suya misma? Pues dende algunos dias parte para Sevilla, y en el camino saltéanle unos ladrones á él y á otros dos ó tres pasajeros, que era una gran cáfila de ellos, y llévanlos maniatados á una cueva, donde halla el buen hombre otra compañía muy bien ataviados, y entre ellos alque él socorrió, con una ropa larga de seda. Reçíbele el ladron muy bien; envian fuera de allí á los que en el camino cogieron, y á él hospedáronle regaladamente. «Señor, Vmd. me dió la vida, mas que esto le debo, ¿no sabe Vmd. dónde llevaron á aquellos?—No por cierto, dijo él; pues llévanlos á una sima hondísima para los echar, porque no descubran, de Vmd. solamente nos contentamos con su juramento como de tal persona, y á quien yo tanto debo.» El juró cuanto quisieron, y se fué en paz, y aun le hizo volver aquel su ropa y su dinero, porque le hizo bien como he contado.

En Sevilla dicen que hay cofradía de ladrones con su prior y cónsules como mercaderes; hay depositario entre ellos, en cuya casa se recojen los hurtos, y arca de tres llaves, donde se echa lo que se hurta, y lo que se vende, y sacan de allí para el gasto y para cohechar los que pueden para su remedio. Cuando se ven en aprieto son muy recatados en reçibir que sean hombres esforçados y

ligeros, cristianos viejos; no acojen sino á criados de hombres poderosos y favoreçidos en la ciudad, ministros de justicia; y lo primero que juran es esto, que aunque los hagan cuartos pasarán su trabajo, mas no descubrirán los compañeros; y ansi cuando entre gente honrada de una casa falta algo, que dicen que el diablo lo llevó, levántanselo al diablo que no lo llevó, sino alguno de estos, y de haber la cofradía es cierto y durará mucho mas que la señoría de Veneçia, porque, aunque la justiçia entresaca algunos desdichados, nunca ha llegado al cabo de la hebra.

De un gran conoçimiento de un músico.

Si fué mucho de maravillar el conoçerse Protógenes y Apelles por una línea, tambien lo será como en la pintura lo que fué en la música. En Granada estaba á la ventana, de verano, de noche un gran músico, que se llamaba Silvestre (1), y pasaba uno por el Zacatin, tañendo una guitarrilla tan admirablemente, que los de la calle salieron á las puertas, y las mujeres á las ventanas; y como á un gran sermon los pasajeros se detuvieron en la calle á oirle, y él desde que tañó un rato, caminó y dejólos á todos con gran dentera y suspensísimos: el músico que estaba en la ventana, dijo: «Sin duda el de la guitarra es Don Hernando de Orellana, que otro no es posible y nunca le habia él oido tañer. Van tras él donde paró en su posada, y hallaron que era el mismo: ésto me aconteçió alguna vez justando encubierto, y en el echar la lanza en el ristre conoçerme.

---

(1) Es el célebre músico y poeta Gregorio Silvestre, que ya por este tiempo habia muerto.

De castigada soberbia.

Cuán detestable mal es la soberbia ante el divino acatamiento de Nuestro Señor, ¿quién lo ignora? Pues esta trujo al profundo del infierno de la gloria celestial á los ángeles malos, y es el primero de los siete pecados mortales, y el primer pecado del mundo. Por esta y por otras cosas, lavó Dios la tierra cubriendo su sobre haz con el general diluvio de sus aguas, como poéticamente dice Ovidio que por soberbia:

Affectasse ferunt regnum cœleste gigantes.

Por esta vino al mundo la confusion de las lenguas, y fué la torre de Babilonia asolada, qué tuvo cinco mil y ciento y setenta y cuatro pasos geométricos en alto, que cada uno es de donde el pié está firme hasta donde pasa por el otro, porque los comunes son así doblándolos (diez mil y docientos y cuarenta y ocho pasos); pensando que con el altura de la torre se podrian escapar de Nuestro Señor, aunque otra vez con otro nuevo diluvio se enojase, no viendo que ni por alto ni por bajo ninguno de su furor puede escaparse, y en lo mas alto menos, porque las alturas del que habita en lo alto se le acercan mucho mas. A estos no los confundió con terremotos ni rayos, sino con la behetria de las nuevas lenguas, que ellos mismos se hiciesen daño. ¿Quién duda que no serian innumerables los males no entenderse, bien comidos y bebidos, los trabajadores edificantes? Pedia uno ladrillo, dábanle cal; pedia otro cal, traíanle barro; sobre esto mil pendençias y escándalos, y así ellos mismos se castigaron.

Y de qué tiene que ensoberbeçerse el miserable hombre, como dice el santo Job (lo que le llora Plinio muchas veces); el hombre nasçido de mujer que vive breve tiempo, lleno de muchas miserias, que como flor, sale y se huella, y huye como sombra, y nunca permaneçe en el mismo estado. Otro autor hizo á este propósito estos versos:

Cum fœx cum li.....
Cum res vilissima si.....
Unde superbi.....
Ad terram terra reddi.....
} *mus.*

Lo que Alexandre dió bien á entender (aunque pretendió ser tenido por Dios), mas como la verdad se saca á luz con tormentos, asi le hizo á él confesar la verdad, el dolor que tenia de una herida, diciendo: «Vosotros me adorais por Dios, mas mucho me duele la llaga que tengo en esta pierna.»

Pues volviendo el agua al cauze de este molino, que al que le pareçiere molienda, lo puede dejar de leer, porque seria gran soberbia pensar yo decir los males que en ella hay. Digo que, estando en Flandes un dia en casa de un gran señor, hablando unos caballeros de un torneo de é pié que otro dia habia de haber, dijo uno: «¿qué cosa es caer? al que torneando cayese habíanle de poner luego una rueca;» y prosiguió otro diciendo: que si tal fealdad me acaesçiese que fraile ú hermitaño me metiera; y eran dos caballeros muy fuertes; y el siguiente dia los derribó á entrambos con un pedaço de lança un delicado mantenedor, que era el marqués de Vergas, que fué en Vinçe el torneo de á pié, y se mantenia con lanças de armas y golpes de espada.

Y otra vez en Bruselas, puesto para justar un caba-

llero á la tela, por hierro que no era aquella su vez, llegó otro valenton muy fiero, diciendo en alta voz: «¡Cuerpo de Dios, señor, por qué me quitais mi plaza! Dejadme justar, quitaos, afuera.» Retrujo atrás el primero su caballo, y sacóle poco á poco de la tela; entra el soberbio quitador, dále el mantenedor un encuentro, que le sacó limpio de la silla, y dió con él en tierra por sobre las ancas del caballo.

Y cuando en las cosas de burlas, que son las fiestas, como ensayes para las veras, ensaya así Nuestro Señor su justiçia en castigar las soberbias, ¿qué hará en las cosas de alguna sustançia?

De que el ánimo es muchas veces adivino.

Como el alma es inmortal, no puede dejar, aun encerrada en las groseras ataduras del cuerpo, de respirar y trascender lo que puede, como en sueños alcançan los hombres algunas veces lo que despiertos no alcançaban, y un hombre de quien no os acordábades habia muchos años os acordais de él, é incontinente topáisle. Jura uno «arrastrado muera,» y hoy muere arrastrado; otro que «malamente muera,» y así les acaesçe. No dice, pues, mal el refran: cada uno muere del mal que teme, y á mi padre oí muchas veces: ¡quién viese pasado este año! y no salió del que temia, que era el de quinientos cuarenta y cuatro.

Pues no ha muchos años que en Llerena, que es á lo que yo ahora voy, entrando un morador nuevo en una de las prinçipales casas de ella, soñaba cada noche que debajo de su misma cama habia un tesoro en su aposento; y esto fué tantas noches arreo (1), que ya se le hizo de

(1) Está sin duda por «consecutivamente, de seguida.»

vergüença no creer en sueños. Hace que un mozo suyo, de quien fiaba, le traiga una açada, aparta su cama, y á media noche con lumbre, no hacen sino á remuda cavar y sacar tierra, y el tesoro que tras mucho ahondar hallaron, fué todo él armadura y huesos de un cuerpo muerto. Que parece que Nuestro Señor, que debió de ser servido de dar buen lugar al alma de aquel hombre, fué servido de que á su cuerpo acá se le diese; y así se hizo, que con debida pompa se llevó á sagrado, y se le dió eclesiástica sepultura á aquel cuerpo, que murió peleando en esta vida debajo de la bandera de la iglesia militante.

De cosas singulares de España.

Este sea como índice de las cosas que en España hay, no porque yo piense incomprensibles á mí comprenderlas todas, ni ponerlas por órden, sino las que sin ella se me vinieren á mi pluma á la mano, y por mitigar en parte esta sed que tengo de celebrar y ensalçar mi patria.

El mejor y mas bien empleado dinero del mundo, y de donde con menos caudal se sacó mas provecho, fué un cuento de maravedís que el secretario Luis de Santangel prestó al rey Don Fernando Católico, con que se despachó Colon á las Indias, y tantas provinçias y reinos fueron añadidos á la Corona real de España.

El mejor cahiz de tierra la iglesia mayor de Sevilla, el Alcáçar real, la casa de la contratacion, el almacen del aceite, el Aduana, la Taraçana, la Casa de cabildo de la ciudad, la Lonja de los mercaderes, las Gradas y el Audiençia real.

La mayor ciudad de España y mas populosa Lisboa.

La mayor villa Madrid.

La mejor plaça la mayor de Valladolid ó el Rúxio de

Lisboa, ó la de Medina del Campo, ó la del Duque de Bergança, en Villaviciosa, ó la de ante Palaçio de la Casa Real.

La mejor calle el Coso de Çaragoça, ó el çarrerample de Barcelona, ó la rua nova de Lisboa, ó la corredera de Valladolid.

La mas alta torre la de Sevilla.

El mas hermoso fuerte y de mas admirable y hermosa fábrica el de junto á Palaçio en Lisboa.

El mas alto monte Monserrate.

El mas hermoso y llano campo el de Medellin.

El mejor coso para correr toros el de delante la casa de los condes de Medellin.

La mejor caballeriza la Real de Córdoba, y la mejor casta de caballos la del Rey, en la misma ciudad.

Las mejores açeñas las del Rey en Guadalquivir, que rentan veintiçinco mil fanegas de trigo cada año.

El mejor molino el de Guadalupe, que muele cada hora un cahiz de trigo, lo que vió el Rey nuestro señor sentado en una silla hasta que pasó la hora.

El mejor puerto de mar Cartagena.

La mejor playa Barcelona.

La mas poblada tierra Navarra.

La mas fértil, el campo de Urgel, que lleva todo junto pan, vino y aceite.

El mayor rio el gallego Miño.

La mas hermosa fuente, Trujala, en Segura de la Sierra, donde nace Guadalquivir.

La mayor puente, la de siete leguas de ancho por donde debajo, en la Mancha, pasa Guadiana.

La mayor dehesa la Serena, que renta al Rey veinte é cuatro cuentos cada año.

El mejor pozo el del Almaden del Açogue, que renta docientos y cincuenta mil ducados.

La mejor pesquería la de los atunes, que renta ochenta mil ducados.

La mejor pesquería de coral en Barcelona; la mejor fruta la de Toro; la mas temprana la de Plasençia; la mas barata en Granada.

El mas rápido rio el Çinga que va por Monçon, y llama Julio César *Rapax*.

El mayor señor de renta el duque de Osuna.

El de mayor calidad el duque de Bergança, que da doce cuentos de renta con el hábito de X̄pus, y provee en su tierra todo lo espiritual, y demas de ser Don Teodosio II, nieto de reyes, no tiene en todo un reino competidor ni igual.

El de mas vasallos, pues tiene treinta mil, y los mas hidalgos, el duque del Infantazgo.

El lugar de señor que mas renta él solo, Sanlúcar de Barrameda, que renta setenta mil ducados; y dije arriba el duque de Berganza de mayor calidad, porque aunque otros son desçendientes de reyes, no lo son tan cercanos.

El mayor lugar de señor Osuna del Duque, y tambien porque renta cuarenta mil ducados.

El mas rico lugar de señor Medina de Rioseco del Almirante, donde dicen que hay mas de mil hombres á cuento de hacienda.

La mayor dignidad de señor lego, el Condestable de Castilla por tierra, y el Almirante por la mar.

La mayor albuhera la de Valençia; el mejor vidrio el de Barçelona; el mejor barro el de Talavera; el mejor mármol el de Estremoz; el mejor paño el de Segovia; la mejor seda la de Granada; el mejor vino blanco el de San Martin; el mejor tinto el de Illana; el mejor moscatel el de Alcalá de Henares; la mejor agua la de Tajo, con Jarama, de Aranjuez.

La mayor abundançia de hierro en Vizcaya, y la de

plata en Sierra-Morena donde la mina de Guadalcanal dió mas de once millones en pocos años.

El mejor cercado la tapada (1) del duque de Bergança.

La mayor recreaçion Aranjuez.

La mejor huerta la del abadía del duque de Alba.

La mas honda fuente la de lo alto de la sierra de Bejar, donde nace el rio de Cuerpo de hombre.

La mas linda y abundante la de la Madalena de Jaen.

La mejor casa real de verano la de Sevilla.

La mas soberbia la de Toledo.

La mas bizarra delantera de casa la de la real de la Alhambra en Granada.

La mejor casa de caballero la de Don Luis Zapata, en Llerena, y mejor que la de muchos grandes.

La mayor iglesia la de Sevilla.

La mas rica la de Toledo.

El arçobispo de Toledo el mayor prelado.

La mas rica dignidad, en la misma iglesia, el arcedianazgo, que renta treinta mil ducados.

El mejor edificio y mas rico la casa de religion de San Lorenzo el Real.

La mas libre tierra Aragon.

Las mas libres ciudades de pecho Toledo y Salamanca.

La mejor feria la de Medina del Campo.

El de Llerena el mejor mercado franco.

El mejor hospital la Misericordia de Lisboa.

El mejor edifiçio el de Sevilla de las Cinco llagas.

El mas ameno sitio de templo el monasterio de Belen, enterramiento de los Reyes de Portugal.

La ciudad de mejores templos Sevilla.

El mayor pósito de dinero la Tabla de Barcelona.

---

(1) Tapada llaman en portugués al coto cerrado en que se conserva caza.

La mas extendida órden de todas la de San Francisco; la mas rica la de San Jerónimo; la mas noble la de Santiago; la mas encerrada la de los Cartujos; la mas penitente la de los Descalços; la mas estrecha la de la Merçed, porque han de quedar por los cautivos que redimen cautivos ellos en Africa.

La de mas predicaçion y de mas letra la de Santo Domingo, que se llama la órden de los Predicadores.

La mayor encomienda la de Socuéllamos; el mayor estudio el de Salamanca; la mayor legua de Tárraga á Cervera.

El mayor ingenio de agua el que hizo Juanelo y sube á Toledo ochenta estados del rio á la Casa Real.

El convento de mas religiosos el de Sant Estéban de Salamanca.

La mas mala y mas peligrosa puente del mundo es sobre Darro y Xenil, la de Huetor Tajar, lugar de Don Antonio de Luna, que es de dos maromas por bajo atravesadas por pasos llanos, y por pretiles otras dos sogas á los lados trabadas á las de abajo con cuerdas, que por su instabilidad al pasar la llaman la Cuna.

Los mejores neblies de las Hocinas; los mejores açores de Navarra; los mejores gavilanes del Pedroche; los mejores baharies de Cataluña; las mejores mulas de Villalon; los mejores toros los de Jarama.

El estado mas seguro el de Chinchon, porque tiene obligado por especial hipoteca al saneamiento el reino de Granada; y por general cuanto ganó el rey Don Fernando.

La mas limpia ciudad es Barcelona ó Sevilla, ó Toledo, y la mas puerca Málaga, y de villas, Llerena y Talavera.

El mayor órgano el de Móstoles, que tiene veintiuna diferençias admirables; lo ordinario, lo flautado, orlos (1);

(1) Pudiera tambien leerse *orcos*, aunque una y otra voz nos son enteramente desconocidas. Aun se conservan en Móstoles las ruinas de un edificio, que fué taberna, y por estar inmediata á unos pozos de

dulçainas, trompetillas, pajarillos, y aun veces humanas; vihuelas de arco, árias con temblantes, tamboriles, cornetas y chirimias.

La ciudad de mas fuerte sitio Toledo.

El mayor concurso de gente Madrid, donde se hallaron de confusion noveçientas mil personas legas, siendo alli corregidor el claro y honrado caballero Don Alonso de Cárdenas.

La mayor copia de clérigos la de Sevilla, donde dicen que hay de ordinario siete mil confessores, y quinoe mil sacerdotes por todos con religiosos y frailes.

La mejor alameda la de Sevilla, y quien dijere otra cosa, Julio César y Hércules que allí están, se lo harán conoçer por fuerza de armas.

La primer inquisicion del reino la de Llerena, y la de mayor jurisdiccion: que gobierna dos maestrazgos y cuatro obispados, Badajoz y Coria, Plasencia y Ciudad-Rodrigo.

La de mayor distrito la misma, despues que de Valladolid se ha sacado la del reino de Galicia.

El mayor secreto y maravilla es el de los moriscos de España, que los que lo mereceh están en mitad del fuego y no arden.

La mas alta cañería de agua la del Açogejo de Segovia.

La mas hermosa ermita Nuestra Señora del Prado, en Talavera, donde está un sepulcro, que se tomó de los

---

nieve, y teher el contratista obligacion de servir el vino frio en el verano, estaba cruzado por canales y conductos de plomo, por donde corria el vino. A este edificio, que ya no tiene uso, llaman los naturales del país *los Organos*, sin que se conserve noticia de haber habido allí el instrumento músico á que nuestro autor se refiere, y que naturalmente debió estar en alguna iglesia de mayores dimensiones que la que hoy tiene dicha villa.

montes Arcanos, y lo hizo Fray Françisco Jimenez, poner allí año de.....

La mas admirable puente sin mezcla y sin plomo, en el furioso rio Tajo, la de Alcántara.

El mas preeminente oficio el del Justiçia mayor de Aragon.

La mayor gobernaçion la del Asistente de Sevilla.

El mayor corregimiento el de Toledo.

El mayor cargo el de Presidente del Consejo Real de Castilla.

El mayor conde el de Benavente.

El mayor y mas poderoso rey que en España ha habido Felipe II, que Dios guarde.

La mas hermosa y mas sábia, y mas rara prinçesa del mundo, la Serenísima Doña Isabel, su hija mayor, que hasta hoy para su compañía no se le ha hallado igual.

De un nuevo y facineroso engaño.

Como los Fúcares, nobles alemanes (en cuya casa posaron el Emperador y el Rey en Alemania), tienen tratos en España y en todo el mundo, sus ministros manejan mucho dinero, y así el que tienen en la corte, como el que en Almagro y el que en Llerena, tienen fama de muy ricos. A esta acudió en Almagro un ladron muy sutil y atrevidísimo: hácese alguacil de la Inquisiçion, llama á dos familiares del Santo Oficio, y despues de haberles pedido para una prision muy grande favor y ayuda, va á casa de Juan Xelder, un autorizadísimo ministro de los Fúcares, y en llegando le dice que sea preso por el Santo Oficio. Enciérrale en una cámara al inocente, muy turbado, y asimismo toda su casa, y échale la llave encima; manda llamar un escribano público, secréstale todos sus

bienes; muéstrase muy pío y muy doloroso á los llantos y lágrimas de su familia; promételes buen suceso, poniéndoles delante la usada misericordia del Santo Oficio; manda traer un carro en que le lleven, y á los familiares que se aparejen hasta el primer lugar, camino de Toledo; no deja que le hable nadie, y á él se lo manda así. Queda el barrio todo escandaliçado, como cuando un gavilan toma entre otras una picaça, que las demas se hacen afuera y chirrian, y así ¿quién tal pensara de hombre tan honrado? Chirriaban las vecinas, y olvidábaseme agora lo que al ladron no se le olvidó, que fué tomar un zurron que halló mas á mano, atestado de escudos, suspirando por los reales que dejaba á mas no poder de llevar, diciendo aun que le daban mas, que no llevaba sino dos mil escudos para el gasto del preso; que así se lo habia mandado el Santo Oficio.

En otro lugar çercano despide al carretero y á los familiares, y págalos como muy hombre de bien (aunque él no lo era); dice que va á Toledo á dar cuenta de lo hecho, déjale en casa de un honrado familiar y rico; encárgale que le tratase muy bien, sin comunicaçion ninguna y á buen recaudo, hasta que se le mande lo que ha de hacer del que quedaba allí, y él trastrocando caminos y mudándose hábito, huyó con su dinero cuanto pudo.

En tanto, los que tenian en cargo á Juan Xelder, pasaron dos, cuatro, seis y doce dias hartos de tan extraordinario cuidado, y no teniendo que gastar con él, entiéndese la verdad, infórmanse del caso de raiz, dan al que estaba libre por libre, con gran contento de todo el mundo de ver sin pena al que estaba sin culpa; acuden con gran prisa para darla á quien la tenia, hállanle no lejos, como tiene tantas manos la justiçia; tráenle á Toledo con gran regocijo de toda la ciudad; métenle por ella en un macho lleno de campanillas; entréganle á la Inquisi-

cion con casi todo el dinero, que dió buena cuenta con pago, que habia gastado poquísimo; y por no remitirle á la justicia seglar la Santa Inquisicion, por ser mayor tribunal el suyo, conoce de su delito que fuera mortal en otro tribunal mas venial en el suyo, donde no se condena á sangre ni á muerte á nadie; condénanle á muchos açotes y ciertos años de galeras, y así porque el juicio seglar no pudo, y el espiritual no quiso, hurtándolos á ambos el cuerpo su dicha le escapó de tan atrozes casos. El dinero se cobró todo, porque lo habia dado á un banco para que se lo diesen en Aragon; llega una posta primero que él, espéranle al lazo en Zaragoza, donde él y el dinero juntamente fueron tomados con poco trabajo.

De la aguja del marear.

Perdióse una vez un caballero entre grandes dehesas con su familia, y entre tan vastas soledades no se halló quien le mostrase el camino, y despues que de allá y de ácá anduvieron un rato, mas perdiéndose, un criado muy docto en letras humanas y matemáticas que llevaba consigo, preguntó: ¿Hay algun reloj de sol aquí?—¿Para qué lo quereis? dijo su amo.—Ya vemos que es el medio dia, dijo él á su amo.—Vmd. lo verá: la aguja de este mira al Norte, el lugar donde vamos está á tal parte de donde partimos; por esta aguja hemos de navegar agora por tierra, como lós que van por la mar por el aguja. Toma el reloj de sol en la mano; puso donde le pareció el aguja, y dánse á andar tras él que iba delante, y cuando no se cataron dan sobre las Broças, que era el lugar donde iban. En Hungría, que es la tierra llana, dicen que van carros á la vela; ya no falta otra cosa á la sutileza hu-

mana, sino como se ande por la mar navegar la tierra, y que tratemos de volar otro dia.

Na era (1) de 1375 años foi ha ifante dona Isabel com ho Sõr. dom Duarte seu filho, é com a Señora dona Caterina sua filha e o duque dom João é filhos é filhas do duque, netos da ifante, a sua tapada de Villaviçosa, e thodos se meterão hem hum bergantin, em hum llaguo que avia nell, é amdarão de sima pera baixo naveguando; e acomteseo que a noite amtes de suas AA. sairem da dita tapada, arombou a parede do llaguo, e foi tamta a forsa daguas, que llevou thodos os asudas dos muinhos, e disen que avia dahi a muitas lleguas, e que se fora duas oras amtes se perdião thodos os desemdentes da casa de Barganса.

En cosas que parecen mentira y son verdad.

El Coletor de Su Santidad en Lisboa, obispo de..... hijo del Conde de..... (2) me dijo que habia estado sin dormir doce dias con sus noches, y me certificó que en su patria habia un hijo de un famoso letrado, llamado Estabo, que estuvo sin dormir seis años de dia y de noche, hasta que sin tener mas ya que el cuero y el pellejo por la dicha causa, y sin calentura en todo aquel tiempo, se murió.

Pedro Gaytan, canónigo de Toledo, nació año de siete, el mismo dia que el duque de Alba, y el mismo dia que el Duque murió, murió él (3).

---

(1) Este párrafo está, como se advierte, en portugués; no se ha creido necesario traducirlo á nuestra lengua, por ser tanta la semejanza entre uno y otro idioma, que fácilmente podrá el lector entenderlo.

(2) Hay claros en el manuscrito.

(3) Este párrafo está tachado en el manuscrito.

Tráese al rey de la India de ordinario mil quintales de canela y veinticinco mil quintales de pimienta, y réntale á Portugal, en dinero, con lo de la India, en dinero dos millones.

Tráenle de su parte de las Indias de Castilla tres millones en dineros y quinientos marcos de esmeraldas, y sesenta cajas de perlas, cada caja de dos terçias de largo, y un palmo y una cuarta en alto.

En los que de poca hacienda vinieron á mucho creçimiento y prosperidad.

Muy buen ejemplo será de esto el claro y nobilísimo caballero Don Alonso de Vargas, de Extremadura, natural de Xerez de los Caballeros, que entró en la milicia con cuatro escudos de pága, y andando el tiempo, por gran merçed, se le dieron tres escudos de ventaja, y vista despues su gran sufiçiençia y bondad, llegó á ser capitan general, y de el Consejo Supremo de Guerra del mayor Rey de la cristiandad, y Dios sabe en lo que parará....

.....

.....

.....

Fué aquel que en nuestros tiempos y en muchos de los pasados juntó en la miliçia dos cosas muy contrarias, como Cipion africano, religion y admirable valor militar, que como un fraile erá virtuoso, y lo hacia ser á los suyos, y como un demonio contra los enemigos osado y perjudiçial. En todas cuantas cosas yo escribo los mas de los sujetos quedan á deber á mi pluma algo, mas en este ella queda á deber al sujeto muy mucho por no tener la pobre y pelada suficiente capaçidad.

De fuerte y dura cabeza.

Hubo en Llerena un hombre de gente baja, de tan poderosa cabeça que le acaesçió á vista de todos en un mercado tomar ladrillos muy gruesos y platos, y morteros fuertes, y todas cosas, y hacerlos pedaços en la cabeça.

¡Oh, si este estuviera en aquella gran provinçia de Arauco, de veinte leguas en largo y de siete leguas en ancho, cuya cerviz fué invencible, y no domada hasta que unos pocos de Valdivia los vençieron, é indómita hasta que el grande y numeroso ejército del marqués de Cañete de hasta doscientos hombres, y veinte de á caballo los domaron y acabaron de sujetar por fuerça de armas, con grandes y increibles haçañas de ellos mismos!

Pues allí, donde por tener uno de aquestos un madero á cuestas, tan pesado que diez ganapanes no lo pudieran en España sostener, hacian á uno rey, yo creo que hicieran virey á este otro, que he dicho de tan gran cabeça que quebraba á topadas ladrillos y morteros, como digo.

De superflúa groseça y gordura en las gentes.

Todos los extremos son viciosos; mas el mas temeroso y abominable es el de la demasiada gordura: es grandísima fealdad que á la mas hermosa mujer afea, y al mas gentil hombre varon le desfigura. Los gordos se hacen terrero de graciosos y fisgantes, y son molde de dichos, de motes y de apodaduras; imposibilítanse para andar en sus piés, y no hay caballo que los sufra ni lleve, y han menester un ingenio para los poner á caballo y desçenderlos. Tambien tiénenlos sus enemigos vencidos ó

imposibilitados para volver por su honra, y salir á ningun campo ni desafío, ni están hábiles para la guerra, ni para servir á su patria, ni á sus prínçipes; esto es los demasiadamente gordos, que el medianamente todavía pasa. Fáltales el aliento, andan con el tiempo: de verano han los de estar echando aire con unos fuelles para que no se enciendan, como echar agua á una rueda de un artificio para que no se encienda, y en invierno yeláseles la gordura y son en extremo frios; viven poco, y en tanto que viven tienen poca salud; llenos de humores, de corrimientos, de reuma y de gota; apoplejía padecen muchas veces y romadiço, que de muchas dolencias es fuente. De mas de esto al mas sábio la discreçion se le entorpece y enturbia, como encolados y atapados los caños de los espíritus y el alma tambien, pasa grandísimo detrimento; que la carne, lo mas carne y sangre hace mas guerra. Los santos con abstinencias, por miedo de esto, se enflaquecieron tanto que vinieron á quedar hechos notomías; son todos espíritus sin cuerpo, y los gordísimos todos son cuerpos sin espíritus, como un cebon que viene á tener poquísima carne, sino gordura. Este tan pernicioso mal á los prinçipios, como todas las cosas tiene cura, que es la misma que dicen con que se cura el romadiço *esuriant, vigilent, sitiant qui rheuma tenent.*

Tambien en ciertos autores he visto que el rey Don Sancho, el Gordo, de Leon, que dió la libertad á Castilla por la gran deuda del caballo y el açor que le debia, enfadado de su demasiada gordura, se fué para un rey moro de Córdoba, donde habia grandes médicos, y le dieron unas yerbas con que enflaqueció, sin peligro, en pocos dias, y como cuanto á los cuerpos tenemos con los animales tanto parentesco los hombres, lo que á todas las otras criaturas engorda y enflaquece: jamás se vió correo de á pié gordo, lacayo ni jornalero. Otro con el comer es lo

que entorpeçe é hincha, y así en la casa del sueño fingieron los poetas el Ocio, de un canto corpulento é craso.

Yo temí esta dolencia tanto en mi juventud, viendo los inconvenientes dichos, que hice al remedio reparos grandísimos. No cené en mas de diez años, sino comiá al dia sola una vez; nunca bebí antes ni despues vino, con lo que se engorda mucho; no comí en grandísimo tiempo coçido; anduve algun tiempo vendado el cuerpo; dormí algunas noches con grebas para enflaquecer las piernas; vestia y calçaba tan justo, que era menester descoserme las calças á la noche para quitármelas (porque á la noche á todo hombre se le engruesan las piernas), y cuando habia sarao y dançar con las damas á la noche en palaçio, porque la cama enflaquece las piernas, me acaeçió muchas veces para las llevar delgadas estarme en la cama todo el dia, con lo que al fin salí, gracias á Dios, con mi intento, ni yo llegára hoy á sesenta y seis años con salud, si la templança no fuera en mi ayuda y remedio.

Mas un principal señor, que hoy vive descuidado de estas defensas, llegó á tanto extremo de gordo, que no cabe en las ordinarias sillas; tiene ancha silla hechiza; no puede dormir sino sentado, que echado se ahogaria. Luego todas las semanas, aunque no esté enfermo, le sangran dos veces, y una que se tardó, le sobrevinó una súbita y violenta erisipela, que de una vez le sacaron setenta y dos onzas de sangre, que son cuatro libras y media. Pues así al fin concluyo con que el comer y el ócio engorda halcones, caballos y perros, y á los hombres tambien de la misma manera, que el decir que el contento engorda, téngolo por falso, porque los condenados á muerte que no tienen mucho contento, salen de las cárçeles gordísimos; ni concluye el decir que el que ha de ser gordo no lo puede excusar, sino mucho mas que el que esto dice es neçio y lo ha de ser.

De que de lo que nos pensamos valer nos daña muchas veces.

Envia á Bulpian socorro, en Italia, el duque de Alba, á lo cual fueron caballeros muy honrados, y entre ellos Garçilaso, mançebo, hijo del honrado caballero Garçilaso, que murió en Francia. Hacen franceses una mina para entrarle, y estando todos los nuestros alerta por donde habia de parir la tierra y dar para muchos el mal parto, al fin voló la mina por un baluarte que estaba por dentro muy bien atrincherado y fuerte; y puesto el buen caballero á la defensa fué allí oprimido de un turbion de armas francesas y tomado, y al momento començándole á desbalijar y á quitar las armas, alegó en su defensa, que era pariente del duque de Alba «Pues por eso morireis, dijo uno, que á mí me hiço en esta guerra ahorcar un hermano,» y dióle en la desarmada cabeça una gran cuchillada, de que cayó luego muerto. Lo cual, tomado ya á prision, si no fuera por lo de que se pensó valer, no le empeciera como los que por salvarse de una nave que se anega descienden al batel y se ahogan todos, y ella se salva descargada ya de gente.

En pronósticos.

Al regoçijo de la nueva del casamiento del duque de Alba, hijo del primer Condestable de Navarra que hubo en la casa de Alba, Don Diego de Toledo, su hermano, quiso salir á unos toros, de que hubo cuatro ó cinco muy malos presagios. El primero fué todos sin ninguna ocasion suplicarle que no saliese á la plaça. Mas trujeron aquella mañana por las calles un toro ensogado; entra por la casa de Alba y en el aposento de Don Diego, y como si fuera persona que

le hubiera agarrochado, topeta cien veces con la cama de Don Diego, hace pedaços los colchones, sáçales del cuerpo lana, y sale en los cuernos con las dos almohadas. Otro dia va á oir misa Don Diego á San Francisco; hincase de rodillas ante el altar, húndesele la tierra y húndese él con ella hasta los pechos, que se vieron en trabajo de le sacar. Otro traen un muy buen caballo del duque de Alba, su hermano; puesto ante él comiença á temblar, y cáesele muerto delante, y por esto le suplicaron mucho mas todos que no saliese allá. No fué posible, y le acaeçió otro caso que los sacristanes que habian de repicar por su honra y regocijo, al entrar él en la plaça, encomiençan á doblar y á tañer á muerto, como si le lleváran á enterrar; en fin, comiença á andar con un toro, pónele un garrochon en la frente, da un rebufo el toro, hácele recoger la mano, y de su mismo garrochon el cuento métesele por el ojo derecho, y sale al colodrillo á la otra parte, y cayó luego muerto en la plaça.

De invençiones engañosas.

Dicen que la santidad fingida es maldad doblada, que el que por su autoridad es malo, á sí mismo se agravia y hace daño; mas el que con vara de justiçia no lo siendo ó representando la persona del Rey ó del Papa, ó de los siervos de Dios hace agravios y engaños y se hace santo, seria razon hacerle lo que dice el Evangelio, atarle al pescueço una piedra de tahona y zapuçarle en lo profundo del mar. Tales fueron los que aquí sacaré á plaça para que ellos sean perpetuo ejemplo para que no sean tenidos por santos, sino los que la Santa Iglesia hubiere aprobado y aprobare.

Fué en la ciudad de Córdoba, en el monasterio de

Santa Isabel francisca una monja, llamada Magdalena de la Cruz, á quien sus padres para segurarla del mundo metieron de siete años monja: Esta fué creçiendo en tanta religion y muestras de santidad, que á sus monjas primero, á su ciudad despues, mas tarde á todo el reino de España, y aun hasta Roma, y á todo el mundo le era admirable y espanto; mas sus obras eran tales que si interviniera en ellas Nuestro Señor, como el enemigo malo, pudiera con raçon ser tenida por santa. Estaba sin comer y beber muchos dias; dormia en el suelo en una seca estera; decia las cosas que se habian hurtado á la casa; traia perpetuo ciliçio; vianla estar en oraçion una vara del suelo en alto; trasportábase de cuando en cuando; decia quién la venia á buscar y de qué parte. Pasaba el Santísimo Sacramento por la calle un dia y abrió un agujero en la pared con un hierro, para que viese á adorarle, y decia que era por milagro. Dijo que habia visto la batalla de Pavia, y el mismo dia divulgó la prision del Rey de Françia. Hizo y dijo otras cosas maravillosas y grandes por obra del enemigo, y porque por descuido mentó á Jesus, le quebró el diablo un braço, que tuvo así dos dias, y otro se le conçertó y quedó sana, y hizo y dijo otras ilusiones y maravillas extrañas.

Tal manceba tuvo el diablo desde siete años, que le llamaba Balban; primero debió en su inocençia de tenerle por ángel de luz, despues que debió de entender quién era el enamorado, no quiso volverse atrás, ó por estar ya la amistad tan trabada, ó por no perder la reputaçion que tenia en todo el mundo de santa entre todos los prínçipes cristianos. La Emperatríz, nuestra señora, se le encomendaba; el Emperador, nuestro señor, cuando iba á Túnez, la envió á decir que le bendijese su estandarte, y el Sumo Pontífiçe la rogaba que encomendase á Nuestro Señor el estado de la república cristiana.

Al fin, á luengo andar, como la verdad es hija del tiempo, y estas obras eran todas hijas del diablo, començaron las monjas de su convento á andar de tantas visiones que veian asombradas; su mismo error les dió á entender que no eran aquellas obras de Dios, que suelen antes quietar que escandaliçar los ánimos: miraron en ello, y viéronla hablar con un negro; sabian que los ángeles no eran negros, sino hermosos y blancos, digo en la forma que suelen parecer, porque ellos que son espíritus no tienen ninguna. Llegó la nueva al Santo Oficio, que es el crisol donde se afinan y apuran las verdades. En efecto, fué presa y confesó la amistad del enemigo clara. Fué sentenciada á emparedamiento y cárçel perpetua en público y notorio auto, y en la iglesia de Córdoba fué hecho para ello un tablado; y porque pidió misericordia, no fué sentenciada á muerte. Fué privada de todas las cosas de la vida sin matarla; cayó de toda la honra y estimaçion del mundo; hizo buena vida en Andujar, en un monasterio, donde fué emparedada, y donde murió, y pudo ser que el cielo que por honra y favores era así imposible alcançar, por deshonra é infamia le alcançase.

Esto fué y sucedió en mi mocedad, año de cuarenta y seis. Agora el de ochenta y nueve pasó y se averiguó otra burleria, en el mundo tan notable, que no bastó este ejemplo, tan fresco para que la gente no se engañase. ¡Oh generacion abusionera y amiga de novedades, durísima é incrédula á creer lo cierto, y pronta á creer en falsedades, sino ojo á Mahoma y á Lutero, á quienes han creido; bestias con caras blancas, y nuestra santísima fe ha sido tan dura de recibir de judios y de moros y de herejes firme ella en su cierta verdad, confirmada con tantas profeçias ejemplos, doctrinas, martirios y milagros: por eso los que de ligero creen las mentiras y monstruos son

mas culpables, como lo que pasó agora en Lisboa con la monja que llamaban Santa.

Habia en la Anunciada de Lisboa, en un monasterio de monjas de Santo Domingo, una monja que llamaban María de la Visitacion, que la hicieron priora de aquel convento, que los portugueses prioresa la llaman. Esta llegó á toda la reputaçion á que Magdalena de la Cruz habia llegado, y aun á mas que en vida la llamaban Santa. Todo el mundo la obedeçia y acataba; hacia amistades imposibles; por su persuasion metió en el monasterio muchas monjas y muchos frailes; hizo dejar por la religion muchos cuentos de renta; tenia á todo Portugal y Castilla en la mano, y lo que mas se puede encareçer, engañó á su confesor fray Luis de Granada, al cual le costó la vida el desengaño, que murió de corrido y avergonçado, desde que lo que él tenia por oro fino pareçió ser alquimia falsa.

Mas esta no tenia pacto con el demonio; á sus solos embaimientos y ardides fué en cargo su alma. Grabábase el costado y los piés y manos, y decia que el bienaventurado San Francisco, por gracia de Nuestro Señor, le habia comunicado sus llagas; mostrábalas á todos con facilidad en las manos, y de su figura y llagas habia por todo el reino estampas; daba paños de ellas con unos ojitos como de dados, pintados en quinas en los paños, que muchas señoras de Portugal y Castilla las tenian con sus reliquias é imágenes; decia que Nuestro Señor venia con ella á ayudarla á reçar, y que se le comunicaba y decia que le resçibiese desde el Sagrario. Estando en conversacion decia que se arrobaba y quedaba sin sentido, y atónita por un rato; y si algun fraile de su órden se hallaba allí, que ayudaba á engañar como el compañero del que juega de manos, estando él tambien ganado, deciale á grandes voces: «Señora prioresa, yo le mando en

virtud de santa obediencia que vuelva en sí,» y luego ella tornaba como del otro mundo atónita y suspirando.

Al cabo el tiempo hizo su oficio la tierra, brotó lo que para ella y no para el cielo la prioresa habia sembrado; olieron las monjas en su convento el almagre; juntáronse con la Inquisición de Portugal á conoçer de esta causa ante el esclareçidísimo príncipe cardenal Alberto, inquisidor mayor y legado de Su Santidad, *à latere*, muchos obispos y personas graves, y el confesor de su Alteça Fray Juan de las Cuevas, de la órden de Santo Domingo, persona en letras y conciençia muy señalada; averiguáronse ser todos embaimientos, mentiras y falsedades, y por su confesion muchas veces. Con mucho arrepentimiento y lágrimas sacáronla á juicio público, con terrible admiracion de cuantos con su almagre habia el entendimiento enalmagrado: sentencióse la causa, cuya sentencia fué del tenor siguiente:

SENTENCIA.

«Condenamos á la dicha María de la Visitacion en privacion del cargo de priora del dicho monasterio de la Anunciada, y de voz activa y pasiva, para que perpetuamente no pueda servir cargo alguno en la religion, aunque sean de los que se proveen por eleccion, y que le sea quitado el velo negro de la profesion, y pierda su antigüedad para que siempre sea precedida de todas las religiosas del dicho monasterio donde estuviere; y la condenamos á cárcel perpetua en un monasterio de religiosas de su órden, fuera de la ciudad de Lisboa, que por nos le será señalado. La cual cárcel tendrá en una celda ú aposento que le será señalado, del cual no saldrá sino á oir la misa del dia, los miércoles y viernes de cada semana al capítulo, para que en ella reciba una disci-

plina, que durará mientras se dijere un salmo de *miserere mei Deus*, y los mismos dias ayunará á pan y agua, y comerá en refitorio en tierra, haciendo á la entrada y salida las postraciones acostumbradas en la Orden, para que pasen las otras religiosas por cima de ella; y lo que quedare de su comida, no se junte con lo de las otras; y no reciba cartas ni visitas por sí ni por interpósitas personas, ni hablará con mas religiosas que aquellas que la priora le nombrare y fueren nesçesarias para su consolacion. Y teniendo respeto al tiempo que indebidamente comulgó, recibiendo el Santísimo Sacramento, mandamos que los primeros çinco años de su reclusion y cárcel no lo reciba sino por las Pascuas de Resurreccion, Pentecostés y Navidad, ó habiendo en el dicho tiempo algun jubileo general del Santo Padre, ó estando en el artículo de la muerte; y pasados los cinco años, podrá comulgar solamente las veces que conforme á sus constituciones comulgan las otras religiosas de su órden.

Asimismo mandamos que un retrato de la dicha María de la Visitacion en que estaba pintada con las llagas en el capítulo del dicho monasterio, se quite y borre de manera que parezca que nunca allí estuvo, y que lo mismo se haga en todas las partes donde estuviere su retrato con las llagas, y se recojan todos los libros y papeles que de ella tratan, así impresos como de mano, y los autos que se hicieron de los milagros que se entendia que hacia, y se entreguen en el Santo Oficio, y los paños de las llagas y cruçes que daba con las mismas señales, y cualesquiera otras pieças que daba como reliquias, y en los lugares donde no residiere inquisicion se entregarán las dichas cosas á los prelados ó á las personas que ellos para este efecto diputaren, para lo cual se expedirán las provisiones necesarias. Dada en Lisboa á siete dias del mes de Noviembre de mil quinientos y ochenta y ocho

años.—Mateo Pereira lo suscribió.—El Cardenal Arçobispo de Lisboa.—El Obispo de la Guardia.—Fray Agustin, electo de Praga.—Paulo Alfonso.—Jorge Serrano.—Antonio de Mendoça.—Diego de Sosa.—Lope Xuarez de Albergueria.—Fray Diego Ramirez.—Fray Juan de las Cuevas.»

En estos tiempos y algunos años antes hubo unos falsos alumbrados clérigos en el distrito de la Inquisicion de Llerena, que querian que los tuviesen por santos; mas no lo eran, sino lobos rapaces hambrientos de femenil carne humana. Hicieron so color de santidad en muchas casadas y vírgines infinitos daños; negaban la oracion vocal; apartaban los matrimonios para quedar ellos señores del campo. Hubo hombre de ellos que tuvo treinta y seis doncellas á su cargo, ni eçetaban para sus malas obras tiempo ni lugar profano ni sagrado; mas de estas y de otras cosas no se fueron alabando que el Santo Oficio los castigó con su usada piedad. Fué de ellos hecho público auto; echados á galeras y á perpetuas cárçeles, y de sus órdenes sacras por sus desórdenes sacras (que quiere decir execrables) privados.

Que esto pase en los arrabales del mundo no es tanto de maravillar, como que en medio de la córte real, donde hay tantos sábios para entender la malicia y tanta justicia para refutarla, hubiese uno bastante atrevido para se llamar profeta, habiendo ya desde el advenimiento de Nuestro Señor las profecias pasado. Este, pues, que siendo soldado tomado en los Gelves cautivo y llevado á Constantinopla, cuando Don Sancho de Leiva y Don Alvaro de Sande, de allá vino con esta invencion, y como no hay mas de una de dos en las cosas, errar ó acertar, aunque debió de errar muchas, si acertó alguna con esto, no cabia ya su casa de literas y coches que iban al oráculo. Mas él paró en fin en ser por el Santo Oficio castigado y privado del don de la profecia, que no tenia;

antes la privacion de ella fué á los que en tales disparates creian.

Mas milagroso aun fué engañar muchos años ha, pero en mi tiempo, á venteros junto á la corte otros apóstoles falsos, los que llamaban á las puertas de ellos; entraba Nuestro Señor Jesusxpo, al parecer, y sus apóstoles engañantes; ponían les muy bien la mesa; lavábanles los piés los venteros; adorábanlos, decíanles ellos sus culpas, que no serian malas de adivinar; del dar malas medidas y pesos falsos (las que saben muy bien los jueces ordinarios sin ser apóstoles, cuando salen á visitar), haciéndoles poner en tabla el dinero mal ganado. Esto poco (les decian) que ganastes bien, quédese para vosotros; esto otro, San Pedro, que no se ganó muy mal, llevadlo vos para nuestro gasto: todo esto otro mal ganado con hurtos y falsedades, llévelo el diablo. El cual salia, como suelen sacarle en las farsas y comedias, con sus calças justas y con grandes llamas pintadas y lleno de colas y de cuernos del infierno, y llevábalo, asi que los dejaba á los tristes venteros sin blanca, por lo cual fueron los invencioneros despues de bien açotados, echados á las galeras.

Por lo cual supliquemos á Dios que pues tan fáciles son los oidos de la gente simple y vana de engañarse, y tan amigos de novedades, que la venida del Antecristo se dilate, que combatirá el mundo con espantos y dádivas y fingimientos, y que infunda nuevo espíritu en los hombres vanos para que de creer supersticiones y vanidades se dejen.

Grandeza del número doce.

Siempre, letor, aunque no la pidas, es bien que los autores te demos cuenta de nuestros intentos, y aun así plega á Dios que te tengamos contento. Por lo que digo,

pues, quise repartir este mi libro en doce partes (1), porque mas fácil será de andar que de un tiro jornada de doce leguas, si á cada legua halla el caminante una venta en que pare, y en este número doce hay muy notables cosas, por lo que para esto me aficioné á él.

Doce tríbus tuvo el pueblo de Israel: doce hijos tuvo Jacob, de los que salieron los *duodecim millia signati;* y á las doce de la noche nació Nuestro Señor, y doce fueron sus apóstoles con que conquistó este mundo para el otro; de seis veces doce fueron los otros discípulos setenta y dos; doce copinos (2) de pan sobraron del glorioso convite á los cinco mil hombres que hartó con cinco panes y dos peces; y doce veces seis los setenta y dos intérpretes que todos por obra de Espíritu Santo (aunque apartados) en la Sagrada traduçion de la Biblia dieron un sentido solo á las sagradas letras, como quiera que en todo el mundo no se hallen dos que conformen en parecer. Doce fueron al principio los doce claros varones del actual Consejo de España hasta que no ha muchos años, por el buen despacho de los negocios, se añadió de otros cuatro otra sala, y lo mismo en las dos Chancillerías Reales de Valladolid y de Granada; doce los trabajos de Hércules; doce los frutos de Espíritu Santo, caridad, gozo espiritual, paz, paciencia, longanimidad, bondad, benignidad, mansedumbre, verdad, modestia, continencia, castidad; doce los conjurados en la muerte del marqués Don Francisco Piçarro; doce casas son las de los judiciarios astrólogos, y doce mas verdaderos que ellos los doce profetas menores. Doce los famosos doce

---

(1) Ninguna prueba hallamos de que el autor hiciese de las materias de su libro la division aquí anunciada. Quizá tuvo intencion de hacerlo cuando le diese la última mano.

(2) Es decir cesta, del lat. *cophinus*.

Pares de Francia; doce meses tiene el año; doce signos el Zodiaco por donde se pasea el sol, y doce horas da en España el reloj, y no da mas; y doce horas hay de dia y doce de noche en los dos equinocios del año, y siempre en la línea equinocial que parte el dia y la noche por doce iguales partes. Doce son los leones de piedra sobre que está la fuente del patio del cuarto de Comares, que en hablando secreto por uno sale por la boca de todos la palabra: á las doce del dia se come los dias de ayuno en especial, y la espiritual milicia á las doce de la noche se levanta á pelear con sus armas de oracion en la mano; de doce años se puede casar una mujer, de doce puede testar. Doce hijos hacen por sus dias á un hombre hidalgo, y doce eran las leyes llamadas de las doce Tablas que tenian los romanos; doce son los Consejos principales que gobiernan nuestra machina; el Consejo Real de Castilla, de Inquisicion, de Estado, de Guerra, de Aragon, de Indias, de Ordenes, de Hacienda, de Cámara, de Portugal, de Italia, de Flandes; doce leguas hay de Madrid á Toledo; doce provincias principales tiene España: Castilla, Leon, reino de Toledo, Andalucía, Extremadura, Portugal, Galicia, Vizcaya, Navarra, Aragon, Cataluña, Valencia. Doce príncipes señores y señorías libres hay en Italia; el Papa, nuestro universal señor, vicario y padre; el rey de Nápoles, duque de Milan, duque de Savoya, de Florencia, Ferrara, Mántua, Urbino, Parma, Génova, Sena, Venecia, porque poniendo esta Ilma. Señoría á la postre ninguno de la precedencia en el escribirlos haga caso: un cahíz de trigo, de cebada y de tierra son doce fanegas, y doce celemines es la fanega; y año de doce y mil quinientos fué la carnicera batalla de Ravena, y doce arzobispados hay en la Corona Real de España: de Toledo, de Sevilla, de Granada, de Santiago, de Lisboa, de Praga de Evora, de Búrgos, de Zaragoza, de Valencia, de Mé-

jico, del Nuevo reino de Granada: y doce navíos mayores: galera Real, fusta, galeota, galeaza, galeon, esquirazo, nao, urca, carraca, caravela, zabra y escorchapin; porque el bucentoro (1) de Venecia no está en uso en el mundo; solo en Venecia le hay para aquella antigua ceremonia y costumbre de salir cada año á desposarse con la mar la Señoría. Doce frailes están al servicio del Santo Sepulcro en Jerusalen; de cintas hay una docena y doce docenas es una gruesa: doce saetas y la maestra tiran á un asaeteado; y una docena de açotes es el castigo ordinario de un muchacho, y no sé por que dicen los que juegan á los dados, de tan gentiles señorías y de tan gran estado, «docena de venados del que de oro pesa;» y doce arrobas de peso es una carga mayor, y dos veces doce son los que gobiernan á Córdoba, Granada y Sevilla que llaman veinticuatro, y doce gallinas y un gallo dicen que comen tanto como un caballo; y un molino tiene la santa casa de Guadalupe que muele doce fanegas cada hora; y en fin, con doce cisnes que andaban jugando por el aire, despues que una águila los dejó, mostró Vénus á Eneas que despues de la tormenta estaban ya sus navíos en salvo; y así, pues, serán doce las partes de esta mi varia historia, que son de una varia historia, y plega á Dios *que no vana, y no de las teulujias altas de Santo Tomás.*

Del inefable poder de Dios.

Contáronme por verdad lo que agora diré aquí: un desesperado jugador perdió cuanto tenia un dia, y estando para echarse en un rio, dijo: «Para qué quiero yo

(1) Entiéndase Bucentauro.

matarme, sino matar á quien tiene la culpa que es Dios.» Armase de todas armas el blasfemo, y sube en un buen caballo, y toma una gruesa lanza, y sale al campo, diciendo: «Salid aquí Dios á os matar conmigo;» en esto súbesele una pulga por el caballo arriba, y por las armas entrásele por la vista, y metésele en las narices, y comiença á escarvarle dentro con gran gravedad; echa él una mano á quitársela, y acudé con la otra hasta sacar sangre. Llama á unos y á otros que le defiendan de la pulga, y cuando él ni ellos no pudieron, sino que con gran crueldad la pulga le comia, entendiendo quién era el que le hacia la guerra, arroja por ahí la lança, apéase del caballo, echa las armas aquí y allí por el suelo, como las de Orlando, desnúdase y descálçase los zapatos hasta quedar en camisa; toma una cruz de dos palos con la mano izquierda, y con la derecha una piedra, con la que dándose grandes golpes en los pechos y andando de rodillas, decia á grandes voces: «Señor, yo me rindo, ¡misericordia, Señor, que yo me rindo! Y en fin, Nuestro Señor la hubo del que hizo el ejemplar castigo que oís por una pulga, y tuvo mas seso de ahí adelante. Esto me contó quien dijo que lo vió ó que lo habia leido en auténticos libros: mas falso ó verdadero que sea el cuento, sirva para que todos sepan que cuantas cosas hay criadas, hasta los gusanos mas mínimos, vengarian á Dios del hombre cuando le ofende, si para ello diese licençia su Divina bondad.

De fidelidad.

Bueno es que tras de un impío venga un caballero fidelísimo, que con el contrario quite el amargor y mal sabor del gusto. Andrea Doria, noble genovés, pobre, que

de humildes principios de su riqueza vino á ser gran señor y príncipe, y que habian de él miedo turcos, moros y bárbaros, y que su valor volaba la ribera de todo Poniente y Levante y de la Berbería, despues que de esto dió muestra, fué general de las galeras de Génova. Luego dejando aquestas, fué general de las galeras del Papa, y por no sé que desgrado de sus ministros, cumplidas sus capitulaciones con él y despedido de Su Santidad, hizo asiento con el valeroso Francisco I, Rey de Francia, y fué su Capitan general por mar; en cuyo servicio estando y pasando á vista de Nápoles, salen á él las galeras del Emperador, de Nápoles, y métense por bizarría mil caballeros en ellas, y Ascanio Colona y el marqués del Gasto, dánse la batalla por mar, y rompe á los napolitanos Andrea Doria. Vencen aquella batalla naval, y prenden, entre otros muchos muertos y presos, á Ascanio Colona y al marqués del Gasto; el cual viéndole mal contento de los franceses por muchas cosas y por sus malas pagas, persuádele que deje el servicio de un particular Rey y se pase al de un Emperador y gran Monarca. El oyó la plática, mas no aceptó el trato hasta haber cumplido su tiempo con su amo. Pásase despues al Emperador, y aquí dió fondo perpétuo, con quien revivió mozo y murió despues en servicio del poderoso Felipe, rey de España, y así vi en Génova un claro é ilustre epitafio, alrededor de sus casas; de modo que sirvió fielmente á una república y á tres príncipes de voluntad y condiciones diversas, cortando su servicio y fidelidad á la medida de sus talles. Pues otra lealtad usó mayor con su patria, que queriendo el Emperador hacerle señor perpétuo de Génova, él tanta merced no la aceptó, queriendo mas ser un fiel y gran ciudadano de ella que un desleal príncipe, tirano y señor de su patria.

De un miserable caso.

En Santo Domingo el Real, donde está enterrado en Madrid el rey Don Pedro, tienen su enterramiento los caballeros del apellido Castilla, donde dicen que cuando alguno del linage ha de morir hacen por de dentro señal en él; y así se dijo entonces, yo lo oí mas no lo afirmo: que cuando año de treinta y nueve murió la alta Emperatriz se hizo señal allí, como por persona de la misma casa de Castilla. En Madrid, pues, murió una señora de la Real sangre de ellos, moça y hermosa, y aunque no murió, no volvió mas al mundo. A la cual teniéndola por muerta de una dolencia, amortajada con grandes lutos, hombres y llantos por la mal lograda, puesta en un ataud, metieron en una bóveda, donde los de su linage se solian poner. Aquella noche y los tres ó cuatro dias siguientes las monjas no durmieron, ni pudieron dormir, porque *gemitus lachrimalis immo auditur tumulo*, que se oian en la capilla de los de Castilla espantosas voces y gemidos. Abren libros de conjuros, vienen con sus albas y estolas exorcistas, bendicen la iglesia, y echan por toda ella agua bendita, y parece que cesó el ruido con esto á cabo de tres dias. «No hay tal como acudir al remedio,» decia alguno de los libros. Dende á tres ó cuatro meses muere otro niño de los de Castilla; abren la bóveda para enterrarle y hállanla triste, desnuda y muerta, y tendida ante la puerta, ¡oh desdichada señora, muerta antes de su muerte, viva despues de enterrada, vírgen y mártir segun lo que padeció enterrada en vida, creida de ligero, antes que muriese no siendo muerta, y despues de enterrada no creida viva, que parece que como en la tumba se le pasó el paroxismo, despues saldria de ella á gran afan, romperia su mortaja, rasgaria su caja, comeria

sus manos, y oyendo cantar sus propias amigas monjas, daria puesta en las gradas y á la puerta por salir á la luz las terribles voces y gemidos, hasta que cansada de dar aullidos en vano, se quedó á la puerta helada, siendo dolor grande á sus deudos, y á todos gran lástima y maravilla! A las vírgenes vestales enterraban vivas, pero por culpas y cosas por ellas hechas: que cuando cometian el delito apenas era sabido que ya era castigado, y Dido decia:

Hunc ego, si potui, tantum sperare dolorem
Et perferre, soror, potero.

Con todo eso habia en ello llanto y dolor público, y tenian los romanos por aciago aquel dia; pero esto otro infelice por inadvertencia y no por yerro fué diversísimo.

Justa fué la sentencia que dicen que dió en semejante caso el Sumo Pontífice en dar por mujer al que en Florencia la sacó de la sepultura viva, aunque tenia otro marido, pues ya cuanto al mundo ella murió y espiró. El casamiento, como San Pablo dice: Muerto el varon, suelta es la mujer de la ley del varon; y por el contrario, muerta la mujer es lo mismo. A este propósito me contó el licençiado Salguero Manosalbas, que pasó un pleito en Valladolid. Estaban dos de Búrgos conçertados de secreto de casarse; pártese el mancebo á Flandes, y en su ausencia trátansele á la moça muchos casamientos; ella unas veces por unas dolencias y otras por otros achaques entretiene la obediençia que á sus viejos padres debia por ocho meses, que fué el tiempo que entre ambos por cartas se puso el ausente enamorado, que no pudo venir al plazo dejadas todas las cosas de allá. Dende á poco tiempo vino, pregunta por su amada señora luego en llegando á Búrgos, y dícenle: un mes ha que casaron contra su

voluntad á la desdichada, y de descontenta enterraron ahí á la mal logradita. El moço que esto oyó, de dolor estuvo para perder el juicio; va á donde estaba enterrada, hinche la iglesia de gritos y gemidos, da al sacristan porque se la deje ver despues de muerta cuatro escudos; abre la tumba que estaba en una bóveda, hállala viva, ¡ya podeis ver con cuanta alegría, mientras menos lo esperaba, seria de él el felice suceso recibido! *Sed quid ego hæc autem nequicquam ingrata revolvo, quidve moror?* Tiénela en la iglesia dos ó tres dias, llévala á su casa á poco tiempo, conócenla los padres y el falsamente viudo primer marido, pídela por justicia; anda el pleito, sentencia el Corregidor, amparando en su posesion al que la tenia, y la volvió de la muerte á la vida; fué el pleito por apelacion á Valladolid; en qué paró no lo sé, sino que fué á toda España el caso extraordinario notorísimo.

De una generosa piedad.

El duque de Sesa, Don Gonçalo Hernandez de Córdoba, nieto del Gran Capitan, llegó á Nápoles de paso que iba á ver sus estados con tanta virtud y fama en aquel reino ganados, y visitando, como es costumbre, él como un extranjero, las cosas notables de aquella amena y poderosa ciudad, halló al rincon de una iglesia, en dos tumbas, dos cuerpos, el uno de Musiur de Latreque, y el otro del conde Pedro Navarro, sin ningun decoro ni honra arrojados; y sabiendo el Duque el gran valor de entrambos, que aquel fué gran señor y Capitan General del Rey de Françia, y aqueste tambien general de españoles, que ganó á Tripol y á Bugia y á Orán con el arçobispo Don Fray Françisco Ximenez, sobre los que dió peste en la sitiada Nápoles, y fué soldado y hechura

de su abuelo el Gran Capitan, él, pues, les hizo hacer una suntuosa capilla, y poner en sus sepulturas de mármol honrosos letreros y epitafios, y les dotó con dos capellanías, una misa perpétua cada dia por sus almas. ¡Dignísimo es el Duque de perpétua alabanza!

Viendo Ciçeron que César levantaba de Pompeyo las caidas estátuas dijo: «Cuando César no deja caer estas de su enemigo, levanta las suyas.» Qué hiciera el Duque si fueran sus parientes ú amigos, cuando por los enemigos por solo su virtud de ellos y por la suya hizo tanto, ú como dejara de cumplir los testamentos y las almas de sus pasados, quien sin obligacion ninguna cumplió así las obras de las agenas voluntades, doliéndose de la miseria humana, que como dice Terencio en latin, *homo sum, humanum nichil à me alienum puto;* hombre soy y no pienso que me sea agena cosa humana.

Del admirable contar de un muchacho.

Pues de cosas maravillosas el lector gusta, no pienso que puede haber de poca justicia cosa de mayor maravilla que el contar de un muchacho, que año de cuarenta y seis se trujo ante el Rey á Guadalupe. Pasó así: que en el servicio de la casa habia un muchacho de trece años, labradorcillo rústico, de tierra de Trujillo, sin ninguna doctrina y sin saber leer ni escribir, que cualquier intrincada y monstruosa cuenta luego la desataba y desenvolvia. Tantos maravedises en escudos, ¿cuántas tarjas, cuántos reales, cuántos doblones serán? Pensaba un poco y muy poco, y decia tantos sin errar un maravedí. Para tantos soldados sácanse tantas varas de paño, tantos pares de alpargatas, tantas libras de plomo, tantas de pólvora, tantas de meclia, tanto pan, tanto vino, cada cosa

á tal precio ¿al mercader, y al bastimentero cuánto se deberá á cada uno?, decia de presto, tanto. Echábase despues la cuenta en gran rato por pluma, hallábase ser certísima, y así en reglas con tiempo y sin tiempo de compañía, cosa estupenda y casi increible. Mas yo lo ví, y otra cosa sería mas de espantar, acertar con cuya ayuda de Dios ú del demonio hacia esto. Yo tuve un criado el año de 1545 y 1546 con esta misma gracia, llamado Diego Portal.

Lo mismo dicen que hacia en Madrid pocos años ha un Juan de Leganés, labrador rústico de aquel pueblo, casi mocete y bono, sin ningun género de letra, ni de escribir ni leer. Le experimenté, y le pregunté cuentas que en dos dias un gran contador no acertára, y el Leganés sin dudar ni pasar las hacia. Esto fué en el patio de Palacio muchas veces con el Dotor Pedro de Argüello, juez de S. M., muy prudente.

De herencias extraordinarias.

Yo pienso que el desear los hombres las herencias se las hace desviar, y que el que desea la muerte á otro abrevia la suya, y dice al otro misas de salud; y jamás ví ser uno temprano heredero de su padre, sino el que no le pasó por el pensamiento de desearlo. ¿Cómo vino á ser duque de Alburquerque Don Beltran de la Cueva, tercero de este nombre en su casa? Muriéndose sin se acordar él de ello, doce ú trece antecesores sin él imaginarlo: murió el duque Don Beltran, virey de Navarra, su tio, una persona muy señalada; murieron sus tios Don Pedro de la Cueva, Comendador mayor de Alcántara, y el cardenal de la Cueva y el obispo de Jaen, y Don Luis la Cueva, capitan de la guardia del Emperador, y dos

hijos suyos, y Don Françisco de la Cueva, su mismo padre, y otros dos sus hermanos mayores; y volviendo á la raíz del árbol el marqués de Cuellar, hijo de Don Beltran, que casó con hija de Antonio de Leiva y Don Gabriel de la Cueva, su hermano segundo, gobernador de Milán, y una hija del dicho Don Gabriel, tras los que poseyó en paz el ducado de Alburquerque, con mucho valor y bondad. ¿Qué mas extraordinaria herencia pudo haber que la del marqués de Moya, que yendo al lado de su hermano mayor Don Pedro de Çúñiga, marqués de Moya, le dió su caballo en una pierna una coz que mató á su primogénito mayorazgo; el cual merecia tener herraduras de plata? ¡Oh caballo mas digno que cuantos poetas cuentan y que el Pegaso, que si este abrió la cabalina fuente fué con las manos, de la que bebiendo se hacian los hombres poetas, este otro con los piés se la hizo al Marqués en la pierna, y con su muerte poetas y historiadores cantan, haciéndole gran salva, y dándole para hacer bien y mal una fuente tan abundante!

Así antiguamente heredó el conde Don Alonso Pimentel en Alcalá de Henares á su mayor hermano, que estando arrimado á una barandilla de madera en su posada, se cayó con él la baranda, y yéndole Don Alonso á ayudar, le asió de una pierna, y no lo pudiendo tener, como iba á caer de manos, cayó de cabeza abajo, y murió luego, el cual de toda la córte fué con abundantes lágrimas llorado. Aina fuera así en el marquesado de Pliego, que de dos hijos que tenia el conde de Feria Don Pedro, muerto Don Lorenço el niño, la niña que fué despues marquesa de Pliego, cayó de un corredor abajo, y si un paje nó la arrecogiera en sus brazos, tambien quedaran sin heredero derecho ambos estados.

La herencia de la casa de Poza ha sido tambien harto extraordinaria: murió Don Luis de Rojas, el marqués

viejo, y Don Sancho de Rojas, su hijo mayorazgo, y otros tres sus hermanos: Don Luis de Rojas, clérigo; Don Pedro Sarmiento, imposibilitado; Don Juan de Rojas, clérigo; Don Gabriel y sus sucesores tres ó cuatro; y del dicho mayorazgo Don Sancho, su hijo mayor imposibilitado él y su tio Don Pedro; y el marqués Don Sancho que lo heredó fué muerto en una pendencia á cuchilladas, y así el que hoy año de noventa y dos tiene la casa la posee por las mas desvariadas herencias que se ha visto jamás: unos de vejez, otros de dolencias, dos imposibilitados, dos clérigos, muerto uno á cuchilladas.

La casa del conde de Palma Don Luis Puertocarrero, que parecia firmísima con tres firmes postes, tres grandes hijos como tres grandes árboles, en un súbito cayeron y sucedió otro muy noble conde, hijo ulteriosísimo del mismo príncipe.

Pues la ilustrísima casa del conde de Alba, quedando del conde Don Diego muchos y muy valerosos hijos: el conde Don Enrique, el prior de San Juan, Don Antonio de Toledo, caballerizo mayor del Rey nuestro señor; Don Fadrique Enriquez, comendador mayor de Alcántara; Don Pedro Enriquez, conde de Fuentes, capitan general de Portugal, persona señalada, y Don Diego de Guzman y sus hermanos y muchas hermanas, de las que no hay mas que decir tras la duquesa de Alba: reducida la casa al conde Don Enrique dicho, mayordomo mayor de la Reina nuestra señora, tuvo otros muchos hijos, unos muertos y dos del hábito de San Juan, y ainas quedára sin sucesion el estado, si no hubiera un honrado caballero que sucedió entrado en el estudio, y en ser clérigo muy adelante.

Mas la mayor maravilla de todas fué los reyes que para que sucediese el Rey Felipe nuestro señor en los reinos de Portugal, dispuso la Divina Magestad que

faltasen, *tantæ molis erat*. volver donde habia salido esta Real casa. El Rey Don Manuel, bisabuelo del nuestro murió y tuvo ocho hijos, y el Rey Don Juan, su hijo mayor otros diez, y de uno de ellos fué hijo el Rey Don Sebastian que murió peleando con los moros en Africa. Volvió el reino al tio del Rey, Don Enrique Cardenal; de allí vino á la Emperatriz Doña Isabel, nuestra señora, y á la princesa Doña María, hija del Rey Don Juan, y de los dos al Rey nuestro señor y al Príncipe de España su hijo Don Cárlos, y de la sucesion primera, cuando no hubo heredero, debió de tornar al tronco capital, donde aquel reino solia estar. Y en la muerte del Rey Enrique último hubo muchas cosas notables, que murió á media noche el mismo dia, mes y hora en que nació, de sesenta y ocho años, habiendo reinado diez y siete meses y cinco dias. Este dia de su muerte hubo un eclipse grande, y Don Enrique, conde de Portugal, fué el primero por quien se apartó Portugal de Castilla, y Enrique, el Rey postrero, por quien se tornó á juntar; habiendo durado la paz entre ambos reinos ciento y seis años, y en el suntuoso enterramiento de aquellos Reyes en Lisboa, en Belen, hubo ciertos sitios para difuntos Reyes hasta Don Enrique, como adivinando que no habia de haber mas Reyes, ni que allí se habian de enterrar mas, cómo dicen que cuando una persona que está mortal y se sangra no vuelve naturaleza á consolidar la sangría, porque aquello ya no es menester; de manera que fueron veinte y dos antecesores los que para tan alto sucesor habian de faltar: todo lo cual he dicho para que se vea cómo los reinos se acaban, cómo las esperanças y mudanças del mundo van, y cómo en la corruptible tierra no hay señorío firme ni estable, pues ninguno de cincuenta hijos heredó á Priamo en el reino de Troya y grandes señoríos de Asia. Pues ¿para qué se procuran riquezas y estados trabajosísimos de ga-

nar, breves en poseer, dificultosos de conservar para los dejar al cabo á muertos herederos extraños?

De herencias naturales.

Parecerse todas las criaturas en sus figuras á sus padres cosa es tan cierta que no la hay en el mundo mas. Como los pimpollos de los sauços no llevan hijos, ni los de los duraznos mançanas, y así en todas las plantas y árboles; y así es esta parecençia mas que en los hombres en los animales inracionales: que el hijo del buen caballero será bueno, y el del malo malo, sin salir uno al revés, y esto no solo en los talles y en los colores, mas en la traicion y lealtad. Pero no es en todo tan absolutamente; así que en los cuerpos difieren muchas veces muchos, porque en el generar se divierten á mil partes en imaginaciones varias de lo que tienen delante, y cuanto á las condiciones que dependen de los ánimos por el libre albedrio que tienen solos los hombres, disparan conforme á él de lo que heredaron de sus padres; y aun de lo que las estrellas los inclinan á bienes ú á males, y aun tambien desvian en los hombres la leche de las amas, y la doctrina de los maestros y la compañía de los sábios. Mas con todo esto los mas siguen á lo que deprendieron de sus linages. De Diego García de Paredes, valentísimo caballero y de grandísimas fuerças, heredó Don Hernando de Paredes, su nieto, lo mismo y aun de su abuelo las melancolías y furias espantables. El famosísimo Cardenal Don Fray Françisco Ximenez las tuvo á tiempos, por dilucidos intervalos, y decia, cuando se sentia querer adolecer, á sus camareros: «Cerrad esas puertas, y atadme y tambien «soltadme,» como Sileno cuando conocia que se le habia ya pasado. Y Don Benito de Cisneros, su sobrino, un honrado

y docto caballero, las heredó de su tio. A salto de caballo, la lançada del padre, el caballo y la mordedura del lobo certísimo es, y en los hombres se vió esto. Soler, un alcaide de la Puebla del Prior, nació sin dos uñas en las manos, y un hijo suyo, casado, tenia injustísima sospecha de su mujer preñada, honrada, buena y casta, y esperaba á que pariese para matarla, andando para perder el seso, atiçándole á ello el Diablo, parió una hija su mujer, la cual es hoy monja en Santa Isabel de Llerena; con que se puso en paz, porque nació con dos uñas menos, como su abuelo, en las manos.

Mas en nadie estas cosas maravillaron en nuestros tiempos tanto como en un caballero muy manso, muy cuerdo y muy honrado. Sale furioso de la córte, sin ninguna causa, y comiença á hacer las locuras de Orlando; arroja por ahí sus vestidos, queda en cueros, mató un asno á cuchilladas, y andaba con un baston tras los labradores á palos, y no pudiendo escudriñar de él la causa, decian que de una tia suya lo habia heredado, y así es cierto que hay dolencias y condiciones hereditarias. Los hijos de hidrópicos mueren de hidropesía; así murió el duque de Bejar Don Françisco y su hijó el marqués de Gibraleon Don Alonso, su mayorazgo. Fué fraile un conde de Benalcáçar; tambien Don Luis de Sotomayor, su nieto, fué fraile, y su biznieto lo es hoy dominico, el conde de Benalcáçar. Murió mi madre (1), hija del conde de Medellin, de mi parto, y no duró mas que un año casada, y Doña Leonor Puertocarrero, su sobrina, madre de mi hijo Don Françisco murió tambien de parto, sin llegar aun al mismo año.

Tuvo gota el Emperador, nuestro señor, y el mas templado de los hombres, su hijo, es de la misma gota ata-

(1) Doña María de Puertocarrero, hija de Don Juan, tercer conde de Medellin.

cado. Don Pedro Puertocarrero, el sordo, que por serlo fué así llamado, y Don Alonso de Cárdenas, conde de la Puebla, su nieto, tuvo la misma sordez heredada. Mi padre tenia en el pescuezo unas señales que de aceite hirbiendo, á la muralla de Fuenterrabía, le echaron entre las armas; yo saqué en la garganta las mismas señales. El famoso general marqués de Leganés (1) recibió en Flandes un mosquetazo en la oreja, y esta misma señal sacó su hijo en su nacimiento. Un señor de título, muy principal, le cupo en suerte ir con bubas á casarse, y dos hijos suyos al punto del casamiento las llevaron al tálamo.

Volviendo á las locuras ya dichas, habia un caballero muy principal que estuvo gran tiempo loco, y lo decia él «cuando yo estuve tal tiempo malo,» y le decia yo, de lo que él se holgaba, que entre necedad y locura habia esta diferencia grande, que del loco dicen que está loco, porque otro dia no lo estará mas; del necio no dicen que está necio, sino que es necio de juro y de heredad, que toda la vida lo será.

Y cuanto á las herencias, son morenos los conde de Benavente, los de la casa de Bejar barbinegros, y antes de tiempo calvos. Los duques de Alba pequeños de cuerpo, antes que su madre del duque Don Fernando prolongase la casta, y á los altos y esclareçidos prínçipes de la Real casa de Austria conocerán todos en los labios. Y con Achiles concluyo: con la inclinacion natural que no puede disimularse, que metido entre monjas de las de la vana gentilidad, ni curó de tocas ni espejos, sino en hábito de mujer; embraça un escudo y empuña una lança acudiendo á su natural. Por lo que avisen todos de conservar con buenas compañeras su casta, y los á quien no les cupo en suerte tenerla tal, de mejorarla.

---

(2) Este párrafo está escrito al márgen de distinta letra.

De cosas blancas.

Parece que la naturaleza, aun en las cosas que comunmente hizo de otros colores, tiene cierta inclinacion de hacer blanco. Yo he visto en Flandes ciervos y gamos blancos, y lobos hay allá tantos blancos, que mercaderes traen de las partes del Norte tantas pieles que se hacen de ellas aforros muy preciados; mas estos no son los propios nuestros, sino linces que dicen de la gran vista que llaman lobos cervales, y he visto mula de cuatro piés blancos. Tambien hay en Flandes aforros de liebres blancas traidas, como he dicho, de las partes setentrionales; y estas dicen que no lo son siempre cuando vivas, sino que en verano son de la color de las nuestras, y en invierno como la nieve blancas, que parece que como Nuestro Señor les dió solamente armas de huir y de estar encubiertas, para el huir les dió ligereça, y para estar escondidas la color de la misma tierra, con las mudanças que á tiempos con los frios se mudan allá; y maravillándome yo de esto y estando el pié en el estribo para no creerlo, me dijeron cazadores de liebres que no me espantase, que lo mismo acaescia á las de acá ponerse del color de la tierra á temporadas. Y así yo mirando en ello hallé despues en invierno, las liebres de color de barbecho el pelo, y de verano como las mieses y rastrojos pardas. De aves hay mucha mas abundancia, extraordinarias blancas; yo ví un açor de diez y ocho perdices al conde de Alba Don Enrique como una paloma blanca; y blanco á un buen girifalte del conde de la Puebla Don Pedro de Cárdenas, y un gavilan çahareño á Don Manrique de Zúñiga, hijo de la duquesa de Bejar, blanço, tomado

en tierra de Sevilla; nunca hizo con él nada. Visto he tambien perdiz, gorrion, cogujada, tórtolas blancas; onocrostes, de los que dice Plinio que les cabe un cántaro de agua en el papo, vinieron á tierra de Leon en estos tiempos cuatro, cuya armadura con plumas blancas de uno que mataron anduvo muchos dias en Castilla de uno en otro mostrándose.

Cuervo blanco no he visto yo, ni oido que le haya visto nadie, y así dicen en latin: «mas rara que cuervo blanco.» Mas muy mas raro fué estar en Génova esperando todo el mundo al Prínçipe de España, y un caballero español, muy prinçipal, saltar en tierra en Italia con ropa de por casa; y mas raro un señor muy rico y muy avisado andar entre los negocios del mundo, y teniendo él hartos en el patio de palàçio, con calças de paño verde y pantuflos, y un insustancial gavilan en la mano; mas tal vez hay que se aduerme el buen Homero.

Del bien público.

Cuando van jueces á algunas visitas de término, llevan consigo muchachos para que, sucediendo unos en pós de otros los tiempos, para en guarda de justiçia se les acuerde de lo que allí pasa. Ansi pienso yo, que me acaesçió á mí con Don Alvaro de Bazan, siendo yo de diez y seis ú diez y siete años; él, pues, paseándome yo con él en la corredera de Valladolid en nuestros caballos, estando la corte allí, me dijo que me queria decir lo que á él siendo moço como yo, para que se acordase de ello le habia dicho el Gran Capitan: Que si españoles pasasen en Levante serian señores de toda Grecia por los infinitos cristianos

que en ella y en Constantinopla hay; y que si turcos viniesen á España la pondrian en gran aprieto por los muchos moriscos armados y pláticos españoles que en España hay; y porque yo no sé de que moço fué este secreto que á mí Don Alvaro me encargó, y á él el Gran Capitan, por el bien público lo encomiendo yo aquí agora en estas letras á todos cuantos leerán este libro.

De una habilidad de un músico.

Fué en Valladolid, en mi moçedad, un músico de bihuela, llamado Narvaez, de tan extraña habilidad en la música, que sobre cuatro voces de canto de órgano de un libro echaba en la bihuela de repente otras cuatro, cosa á los que no entendian la música milagrosa, y á los que la entendian milagrosísima.

De la oportuna muerte.

A cuán buen tiempo para su honra murió el marqués de Santa Cruz, y á cuán malo para la nuestra, todo el mundo lo sabe, sin haber él recibido revés de fortuna contraria; que fué buen general de naos, despues de las galeras de Nápoles, despues de las de España, con las que se halló en mil empresas y en la batalla naval de Lepanto, para cuyo vençimiento fué gran parte por consejo y por las manos, y en el conquistado reino de Portugal, que venció la batalla marítima sobre la isla de San Miguel, y ganó todas las islas de los Açores, á quien ningun cosario le osaba hacer cara. Lleno de reputacion y

de servicios y esperança de muchos mas, al tiempo que dice Don Jorge Manrique:

Despues de puesta la vida
Muchas veces por su ley
Al tablero.
Despues de muy bien servida
La corona de su Rey
Verdadero (1).

Elegido por general en la mayor empresa del mundo como conquistar Inglaterra, y sin ninguna duda de todos que la conquistara, dió el alma á nuestro señor en Lisboa, estando para se embarcar para la jornada, con sentimiento de todo el mundo, con sospecha y despues con certeça, de que su muerte por su experiençia habia de hacer notoria falta, así que vivo no podia hacer mas que lo que de él se esperaba, y muerto ya en la opinion del mundo habia hecho la jornada. ¡Oh cuanto así el vivir menos hubiera á muchos hecho al caso! A Pompeyo hubiera valido harto morir antes que las guerras civiles se començáran. Cuanto á Çesar de dolencia hecho monarca, antes que á puñaladas le mataran en el Senado. Cuanto á muchos que, teniendo vida de comedias alegres y prósperas tuvieron desastrados y miserables fines trágicos. Mas le acaesçió al Marqués una cosa extraña, despues de muerto con unos soldados. Estos le guardaban el cuerpo muerto, armado, puesto en un templo para desde allí trasladarle al Viso, á su enterramiento. Con tal huésped bien afortunado, y los soldados que veian sobre él una hermosa cruz y unos candeleros y grandes blandones de plata, y codiçiando el escandaloso metal que el mundo

(1) Estos versos están sacados de una composicion que Don Jorge Manrique hizo en loor de su padre Don Rodrigo, y que se halla al fin de las célebres coplas de *Recuerde el alma*, &c., en algunas ediciones.

ha causado tantos males, conçiertan una noche de llevársele; mas como soldados pláticos que no quieren partirse sin licençia del capitan, llèganse á él y dicen: «¿Dános V. E. licençia para que nos vamos?» dijo uno á su cabeçera, haciéndole abajar la cabeça, qué «sí daba.» «Hácénos V. E. gracia de esta plata con su pasaporte, pues ha tantos años que servimos á Su Magestad,» decia el otro intérprete del muerto, abajándole la cabeça, «sí doy y si hago.» Pues con su buena licençia, ea, vamos;» sácanle todo lo que pudieron y vánse.

Pues sabido el hurto y la maldad á la mañana, con grandísima diligencia que se puso, no embargante el pasaporte, de ellos, y no ellos de la plata que llevaban, hicieron cuartos. Què me parece que fué como lo del Cid que despues de muerto el judío le queria llegar á la barba, que cayó el judío amortecido defendiéndola él con su espada por volver por su honra; quizá sino le tocára á él en ella no hiciera mas que hizo el Marqués de no volver por su plata. Cuando Bruto mató á César, luego llamó á Ciçeron congratulándose con el puñal alto y ensangrentado; así el gran Marqués me escribió á mí la toma de la Tercera, corriendo sangre el dia mismo que la habia tomado, dándome cuenta de ello.

De demasiada cortesía.

Trás un muy mal criado entra en el teatro otro de demasiada buena criança, para que echando el compás en medio pase en su puesto la buena criança y cortesía. Dice la Santa Iglesia en sus oraciones, *cujus servire regnare est*, así el servir á los reyes, vestirlos, calçarles las espuelas, es cosa de grandes señores y de Prínçipes; mas un Conde viejo, de poca discreçion y del buen tiempo, no lo enten-

dió así, que viendo al Emperador salir de luto con una loba de falda muy larga que le llevaba Musiur de Laxao, su camarero mayor, arremete á quererla él llevar, y á querer de ella asir, diciendo á Laxao: «déjela V. S. que yo la tomaré,» y anduvieron trás el Emperador ambos porfiando. Al principio Laxao desvióle dos ó tres veces, y despues puso contra el Conde mano á su espada, que pensó que le queria tomar aquella su preeminencia; mas despues visto que con bondad y simplicidad de un buen viejo lo hacia, fué en todos muy mucha la risa, y el Emperador tambien en su aposento despues riyó de ello mucho. Mas lo miraron todos mejor en Alemania, en Augusta, que habiendo de noche de ir el Rey al Emperador, no hubo nadie que tomase una vela para alumbrarle, por ser de los de la cámara aquello, y no tomarles nadie su oficio.

Igual inadvertimiento al primero fué el de un señor catalan, siendo á Barcelona el Emperador recien venido, que viendo aquella insignia de oro del Tuson, de que el Emperador es patron y agora lo es el Rey, su hijo, y que la dan á los Príncipes que son servidos por la última honra y merced grandísima, mandó á un platero que le hiciese como el del Emperador otro carnerillo, y salió un dia de la órden del Tuson, sin se le haber dado, de que hubo en palacio mucha risa; mas era de tanta calidad que en vacando uno de la órden se le dió jurídicamente la insignia: que son cincuenta collares de oro, que en vacando por muerte de uno, se vuelve el collar á su Maestre para que á su beneplácito le torne á dar.

De desesperados.

De cuantos desesperados ha habido y habrá en el mundo, el traidor Judas lleva la ventaja, que dicen que mas ofendió á Dios en no fiar ni esperar su misericordia

que en venderle, porque el hacerle traicion, aunque fué crímen *lesæ Majestatis* y la Magestad divina, esta fué maldad suya; pero pensar que no habia de perdonarle la inefable bondad de la omnipotencia de nuestro Señor Jesucristo, fué argüir de en nuestro Señor defecto y falta donde nunca cupo, y así tiene tomada posada á cuantos del inefable bien desconfian.

Pocos años ha, y este es el de noventa y dos, que una mujer veia á su marido en Llerena levantarse muchas noches, y á las postreras acechando á la puerta de su casa oíale hablar con uno, sin ver con quien hablaba, y decíale que ganaria mucha honra y haria muy gran hazaña en saltar de la torre abajo y que no se haria mal, que él le bajaria en su capa y en sus manos; que segun pareció despues debia de ser el diablo, lo que á su mujer nunca descubrió, porque el secreto se le habia mucho encomendado. Hé aquí cuando de alguna virtud usa el demonio, porque hace guardar el secreto; es virtud lo que él encomendó; mas fué infierno el ser el secreto para matarse. Creyose de él al fin, toma su consejo, y súbese á medio dia en la torre de la iglesia mayor, en lo mas alto; echa (como el profeta Elías la suya en el Jordan para pasarle) su capa tendida en el aire, y á vista de todos que estaban mirando lo que queria hacer, échase tras su capa desde allí abajo, donde, faltándole el ayuda del que á todos sus amigos falta, murió luego, y se fueron juntos ambos al infierno para donde las espuelas calçadas le estaba esperando el malo; y como nunca hay mal solo, todos echan centellas, y de un daño salen otros. Estaba una mujer en la plaça que de verlo venir abajo, tan extraordinario y espantable caso, hasta que murió quedó loca, de haberlo perdido el otro perdiendo el seso ella. Y despues de esto, uno que en Llerena vendia naranjas, envíale su mujer

por sal, y habiendo de ir á la plaça échase y ahógase en una noria en el campo, y sacáronle con los maravedís que llevaba por sal muy apretados en una mano. Otro hombre gracioso, que se llamaba Ortega, el Galan, diéronle una gran cuchillada en el rostro de oreja á oreja, que le dejaron caida en los pechos como bavero la cara, y en esta turbacion perdió una llavecilla de un cofrecillo en que tenia quinientos ducados; mas nunca se quiso curar en dos horas, desangrándose y enfriándosele la herida hasta que pareció su llave. Vino despues á morir dende á poco, é hizo todas las diligencias de cristiano; mas cuando vinieron á le olear, nunca quiso abrir para olearse la mano en que tenia la misma llave, y murió como buen alcaide con la llave en la mano.

Mejor dicha que los primeros hubo en Italia un buen soldado de Mérida que, segun él contaba y dió testigos bastantes, y él era tambien muy verdadero, dándose al diablo muchas veces en la plaça de un lugar, jugando le arrebató un torbellino de en medio todos, y le llevó en peso por una calle adelante; y queriéndose alçar mas con él el que le llevaba, se asió de una reja alta de una ventana (habiéndose primero asido de lo que mas hace al casó, de encomendarse á Dios), y quedó de ella colgado donde lo dejaron, y él se tuvo recio en ella hasta que trajeron escaleras para bajarle, de lo que él quedó bien arrepentido, y todos los que lo vieron muy espantados.

De fortaleza y constancia.

El conde de Benavente Don Alonso Pimentel, padre del conde Don Antonio, que fué virey de Valencia y que de medio mundo lo merecia ser por su valor y bondad, imitando, sin discrepar uno, á todos sus pasados; y así

lo es el Príncipe y serán los porvenir por ser su tierra fértil de tales árboles; tenia (ya trastumbada la edad) de piedra dolores insoportables, y consultados grandes maestros y cirujanos, hallaron que cuando mucho así podria vivir medio año, y sacándosela que seria gran maravilla escapar. Pues él se resolvió de hacerse abrir; confesó y comulgó, é hizo su testamento, y diéronle la extrema uncion, como á un mortal y católico cristiano, y ya estaban desnudos los brazos los cirujanos, y él puesto en una mesa de espaldas, y todos los instrumentos de fuego y de yerro delante, cuando acordaron los maestros de atalle, y se lo suplicaban en torno todos con muchas lágrimas, porque el menearse un punto era luego luego matalle. Él no lo consintió, y puesto como Sant Andres aspado, començaron á hacer su oficio los piadosos ministros de cruelísimas manos; cruzáronle la piedra, y retorciendo se la sacaron fuera con unas tenazas, y luego acudieron con los cauterios de fuego, y él sin gemir, ni aun decir ay, sino solo diciendo: «daos prisa, daos prisa.» Juraban los que estaban á su cabeza y á sus manos que no le sintieron menear un punto en media hora que duró el trabajo, y en poco tiempo con muchos sacrificios á Dios, quedó sin dolores, libre y sano.

De un gracioso engaño.

Yo envié un moço de á pié á Granada con un despacho desde Llerena á Luque, en término de San Niculas; ladrones en el camino le mataron, y en aquel tiempo, en el mismo término mataron un regidor de Costantina muy honrado. Sálenle á buscar sus deudos; topan el cuerpo del gallego moço de caballos, y con grandes lutos y llantos de la agena mujer, llévanle á Costantina, pensando

que era el cuerpo del regidor, su marido muy amado. Dícenle muchas misas de cuerpo presente; llora la triste viuda sobre el gallego: ¡ay mi marido muy querido! ¡Ay mi vida y mi alma! y de ánsia quiérese echar á morir en una sepultura con el moço de caballos, y gástanse en las honras, de quien no tenia ninguno, mas de docientos ducados. Dende á poco hállase el cuerpo del regidor de Costantina, lleno de lodo, comido de perros, desgarrado el vestido, y en lo último mal trecho. Llévanle sus deudos con poca pompa y sin ningun llanto, porque ya no habia dinero para mas honras, ni humor, segun lo que habian llorado al otro, para le llorar. Pregunto yo agora: ¿por el alma de quién irian aquellos sacrificios hechos? Que si la intencion de los otros fué por la del regidor y no por la del extraño, la intencion de Isac fué de dar su bendicion á Esau, su hijo mayor, que le hurtó Jacob, y por ella fué bendito y bien afortunado entre las gentes. Mas pienso yo que fué por el regidor, que la intencion de todos sacrificaban; que lo de Jacob fué diferente (y un poco que difiere una cosa difiere harto), porque todo aquello fué por permision de Dios, en figura de que el pueblo cristiano seguido habia de preceder al primogénito pueblo judáico. Y en pena de Esaú, que por una escudilla de lentejas vendió á Jacob la primogenitura, bendicion y mayorazgo: dos delitos graves, el uno desobediencia y menosprecio de la bendicion del padre, y el otro simonía de haber vendido por interés la bendicion sagrada. Mas la mayor simonía de todas entre otros mil males que tuvo el atroz caso, fué la de Judas que fué vender al santo de los santos, nuestro Señor Jesucristo por treinta monedas malas. Y tambien para restituir á Jacob en la mayoría, que por fuerza le llevó Esaú en el vientre de su madre. En lo cual todo, á lo que la santa Iglesia tiene me remito.

De un demostrado caso de un caballero cortesano.

Estando el Rey nuestro señor en el Pardo, salió á ojeo de conejos, donde hay tantos que el ojearlos es menester para que no se tomen con la gente, á la que tienen ya perdido todo su miedo natural; y era edicto inviolable, que ningun caballero de cuantos con el Rey en sus puestos estaban, matase liebre para que hubiese hartas; y estando cerca del Rey un caballero muy principal, vínole á tiro una liebre, y porque era corto de vista, pensando que era conejo, atravesóla de una birotada, y ella chillando, chillando fué á morir á los piés del Rey; ¿cómo? dijo el discretísimo conde de Chinchon Don Diego de Bobadilla (1), como que de su muerte pedia al Rey justicia, pues que sobre su seguro no le habia aprovechado; ¿quién la mató? quién? dijo el Rey.—Señor, dijeron todos: «Fulano que, como corto de vista, no vió á lo que tiraba.» No embargante esto cesó el ojeo, y hasta Madrid ninguno hubo que osase hablar palabra, segun la doctrina de los estóicos, que el que quebranta un precepto por poco, tanto ofende como el que le quiebra por harto.

De amor filial.

Pues en alguna parte he tratado de pios y buenos hijos, se me ofrece agora decir de una excelente madre que fué la marquesa de Priego, Doña Catalina Hernandez

(1) Estaba el nombre en blanco; pero tratándose del Consejero y privado de Felipe II, no puede ser otro que Don Diego Fernandez de Cabrera y Bobadilla, tercer conde de Chinchon, de los Consejos de Estado, Guerra é Italia, Tesorero general de la corona de Aragon, y gran privado de Felipe II.

de Córdova, madre del conde de Feria, Don Pedro, y del duque de Feria, Don Gomez de Figueroa, y del marqués de Priego, Don Alonso de Aguilar, la cual fué de las mas sábias mujeres que hubo en su tiempo, y mas amante de sus hijos, y en especial del mayor, del conde Don Pedro, que fué excelso. Estando, pues, ella en Montilla, llegó la nueva de que el Conde su hijo estaba muy malo en Çafra; levantóse de su estrado en oyéndolo; bájase de su aposento con su solo manto sobre la cabeça; manda tal y tal dueña venga conmigo; venga mi litera tras mí; venga mi servicio y mi gente; y á pié, sola, pasa por medio de Montilla ella y sus dueñas, alcançándola unos y otros caballeros suyos que salian al rebato corriendo; llega su litera en el campo; abren gran trecho; métese en ella; luego suben en mulas sus dueñas, y por todo el camino la fueron alcançando hasta Çafra sus caballeros desde Montilla, de donde salió con tan gran desaliento y ansia, en lo que se verifica lo que dice Ovidio: *non bene conveniunt, neque in una sede morantur majestas et amor*, pues el paternal amor pudo mas que la ilustrísima y presuntuosa autoridad.

De mansedumbre y templaça.

Andaba por Roma un italiano en hábito de loco, descaperuzado y en cuerpo, y con cañas en las manos, en tiempo que el santísimo Pio V habia dado licençia á un Cardenal que sacase dosçientas mil fanegas de trigo, que se pensaba que en Roma harian gran falta y no se lo osaba decir nadie, y pasando el Sumo Pontífiçe en una media litera, llega á él el loco y díxole: «Padre Santo, tú dejas sacar el trigo; Roma se morirá de hambre; tú te irás al infierno, y á quien lo has dado vivirá pocos dias.»

Queríanle dar de palos los de su guardia, el Papa no lo consintió, antes le echó su bendicion, y vuelto á su Palacio, revocó la conçesion del sacar trigo; y como dijo el loco, no vivió treinta dias el á quien lo habia dado, porque para obtenerlo ya hizo de su parte cuanto pudo.

Y este mismo año salió un herrero desgreñado al Papa diciendo: «Echeme su bendicion, santísimo Padre,» y él se la dió benignamente extendiendo sobre él su mano poderosísima.

De que la envidia con buenas obras creçe y engorda.

Aunque la envidia enflaqueçe á su dueño, como dice el poeta, *invidia alterius macrescit rebus opimis*, mas ella misma creçe y engorda, haciéndole bien y regalándola como cuartana; como con el Çid que, mientras mas bien obraba mas creçia con él la envidia, y Sinon puesto en su libertad y otorgádole la vida, encendió á Troya, y aunque aquello es poesía, es figura de lo que pasa en esta vida. A Judas el comer en la mesa de Nuestro Señor y en un plato y lavarle los piés, mas le atizó á su traicion urdida, y con Nuestro Señor mismo, por las tan milagrosas cosas que por ellos hizo, y la postrera de la resurreccion de Lázaro le entregaron á la pasion por envidia. Pues de cosas de mis tiempos estas me ocurren; el rey Françisco, sacado de la prision del Emperador, y aun dádole su hermana en casamiento, con mayor envidia que antes le contrastó y guerreó toda su vida. Y Mauricio á quien el Emperador hizo Duque y le envistió la eleccion del imperio, beneficios para serle siempre esclavo humilde, vino contra él á traicion en Esplu (1). Así que nadie es-

(1) Así en el manuscrito; pero habrá de entenderse Inspruc.

pero del desleal ni del traidor que le ha de amansar ni mudar por beneficios, que engorda y creçe, como dicho es, con buenas obras la envidia.

De un leon del señor Don Juan de Austria.

Son tantos los ejemplos antiguos del entendimiento y lealtad de estos animales, que cuanto á cosa tan sabida no hay aquí que tratar; mas lo que pasó en nuestros tiempos se diga, porque así lo uno por lo otro con facilidad se creerá. Hubo un leon real el señor Don Juan de Austria, que de su mismo nombre le llamó tambien Austria, que de dia y de noche nunca de su presencia se quitaba, como un leal capitan de su guarda. Al negociar con todos en Nápoles echado ante él le tenia puesto el pié encima, y como un lebrel la barba en tierra, y de contento con tal favor, coleando estaba á su comer á la mesa, y allí comia de lo que el señor Don Juan le daba, y venia asimismo cuando se lo mandaba dar, y en la galera el esquife de ella era su morada; y cuando iba á caballo iba á su estribo como un lacayo, y si á pié detras como un paje; ni habia oficio en su real casa que el manso y obediente leon no representase hasta ser de dia y de noche de los de su cámara, y tal vez si se enojaba con alguno que iba á arremeter con él para acometerle, á una voz del señor Don Juan, llamándole: «Austria, tate, pasa aquí,» se ponia en paz y se iba á echar en su misma cama. Este hermoso y raro animal, partido el señor Don Juan de Nápoles para Flandes, fueron tantos los gemidos y aullidos que dió de pesar, que puso á todos los de aquel reino gran maravilla y espanto, hasta que de pura tristeza de la ausencia y pérdida de su amo, comiendo mucho y comiendo poco, vino á acabarse, y *qui vidit testi-*

monium perhibit, y sabemos que *verum est testimonium eius;* y no de uno solo, sino de muchos caballeros que nos lo han contado.

De un consejo astuto del Draque mas insustancial.

Quedando muy ofendida la Reina Isabel de Inglaterra de que la poderosa armada de España hubiese ido á ocupar su reino, lo que por permision divina el tempestuoso tiempo les hizo malograr, intentó en vengança de esto de venir por mar con armada á España, *pelago duce fœmina fasti*, lo que diversas veces en su consejo de guerra propuso. Y metido Françisco Draque en él, que nunca habia sido admitido, y oyendo lo propuesto sobre lo dicho, pidió para resolverse y dar su paresçer dos dias: el primero trujo un gallo muy soberbio, y echóle en medio de la sala, el cual con fiero paso y levantado cuello começó cantando y con gran gallardía á pasear por allí, y con su gallo se salió del consejo sin decir nada, no pudiendo ninguno entender aquello á qué propósito habia sido. Volvió con el mismo gallo otro dia, pelado y sin pluma, desnudo, y tornóle á soltar allí; el gallo como hacia frio, temblando se estuvo quedo, y se les fué á meter debajo de los bancos á los del Consejo, buscando algun abrigo y desenvolviendo este enigma á los del Consejo, dijo: «Señores, esta soberbia y feroz ave del Rey de España que con su voz, como el gallo á los leones, espanta á todo el mundo, no se puede acometer agora sino poco á poco; vámosle quitando la pluma de esas riquezas que le traen de las orientales y occidentales Indias,» en lo cual se resolvió el Consejo; y así á lo que atendieron dende entonces los ingleses ha sido el robar como corsarios nuestros mares, á quien como enemigos no pueden empecer y nuecir.

De dos facinerosos.

Las penas á dos partes atienden y miran: la una á castigar al culpado, y la otra á escarmentar á los hombres porvenir, y la principal es esta postrera, pienso yo, porque para vengarse de quien la ofende una república, poco interese es justiciar á un culpado y anticiparle la muerte algunos años, pues al fin ha de morir, á respecto de que aquel mal no se prosigue en daño del linage humano y en su perjuicio, por lo cual se inventaron los extraordinarios castigos y los pregones públicos, así como el asolar de casas y otras perpétuas ignominiosas insignias que los muertos no sienten, y hacen espeluzar el pelo y asombran á los vivos, por lo que diré dos casos de estos en nuestros dias. Fueron Canerin y Aroba en el reino de Granada dos tan facinerosos moriscos, que robaban y asaltaban á cuantos habia en aquel reino, así á los que entendian en el camino en sus haciendas, como á los que iban á pleitos á Granada, y á los mismos oidores y alcaldes por los caminos, y aun en las huertas de Darro y Xenil no venian los caballeros seguros; y en la fuente de la Teja hecha para amenidad y recreacion, allí asaltaban á los que á solaçarse y á ver damas se iban por allí paseando seguros. Contra estos fué menester que advirtiese la Audiencia y el Capitan general de aquel reino, y proveyesen los caminos de escoltas, y los campos de presidios de infantes y compañías y otros que entrasen en tal maleça del soto de Roma á buscarlos, que era allí su refugio. Al fin fueron presos y hechos cuartos, mostrando, donde delinquieron y para vivir bien, general ejemplo los caminos. Otro bandolero hubo en Cataluña, noble y de mayor cuantía, que se llamó Antonio Roca que, aun

estando çerca el Emperador en Monçon, salteaba por las montañas y sierras con quinientos hombres en su ayuda. Estos bandoleros comiençan por afrentados ó afrentadores de otros, y sálense á la sierra para vengar sus iras; y como en los montes no hay pan, tómanlo á los que topan; y como es menester dinero para muchas cosas, salen en su demanda por los despoblados y caminos, y quitan en todo la obediencia á Dios y á la justicia, encadenando de un delito otros muy peores, que nunca acaban donde comiençan las culpas sino doblando la çernina. Contra este famoso bandolero, que famoso en latin es siempre tomado en mala parte, salieron escuadras de gente gruesas, con sus anchas mangas de arcabuçeros, y fué al fin roto y preso por el marqués de Aguilar, virey de Cataluña, y en un carro alto puesta la oficina de Vulcano en Barcelona, atenaçeado vino, y aseguradas las sierras y caminos, hacienda y vida de muchos con su muerte, de lo que *montes exultaverunt sicut arietes, et colles sicut agni ovium*, dejándolos seguros y en paz.

De una gran reputacion de capitan.

La mayor jornada y mas peligrosa empresa de cuantas el Emperador tuvo, fué la defensa del reino de Hungría y resistencia al gran Emperador de los turcos Soliman, que con doscientos mil hombres de á pié y cuarenta mil caballos, año de treinta y dos, venia á invadir la cristiandad; y si á la furiosa avenida suya no hallara tan fuerte muro y reparo, sin duda la media Europa ocupara, y en ella á la amena Italia y en la santa y pontifical Roma pusiera su silla infernal hecha de oro de despojos de todo esto, y de las victorias de Rodas y Buda y Belgrado esmaltada, y de otras partes antes manchada de

tanta crueldad. El Turco venia ya por los confines de Hungría, y el Emperador estaba en Ratisbona esperándole, y así los mayores dos poderes del mundo iban á encontrarse con las armas en la mano, uno de Poniente y otro de Levante; uno para defender y otro para conquistar; uno por la causa propia del cielo, otro por la infernal; uno trayendo á los santos de Dios por padrinos, otro á los demonios sus abogados. El campo de la batalla y combate habia de ser el llano y fertilísimo reino de Hungría, que el poder de ambos Príncipes le aseguraba á ambas partes, y Dios de ambos ejércitos juez supremo y soberano. El ejército nuestro era mucho menor que el del gran Turco la mitad, que era de diez mil caballos y cien mil infantes; mas en valor y esfuerço le hacia gran ventaja; «gente plática y soberbia, de muchas victorias llena, rica, lucida, próspera y triunfante.» Allí las sedas y los brocados y armas doradas eran vianda ordinaria; muchos arcabuçeros traian en sus escarçelas, para bajaes, pelotas de plata, y algunas de oro para el gran Turco y su persona Real. Pues en tan inminente peligro, y con tanta muchedumbre de gente, y tanto gasto, esperó el Emperador mas de treinta dias á Antonio de Leyva en Ratisbona, el que habia de ser Capitan general de la jornada, deshaciéndose y blasfemando los soldados de tanta tardança, que tenian ya por suya la victoria de los toros que veian ya en el coso, y ellos

A la trailla de la obediençia atados,
Como lebrel de Irlanda generoso
Que el jabalí çerdoso y fiero
Mira, debátese y sospira,
Fuerça y riñe, y apenas
Le constriñe el atadura &c.

y los que pretendian aquel cargo, culpando mucho al Em-

perador que esperasen á un solo tantos, y no hallase uno en tanta multitud que pudiese suplir su tardança. Llegó al fin el señor Don Antonio; sálele á recibir toda la corte y todo el ejército; entra de noche, y ven entre muchedumbre de hachas en una media litera que llevaban á remuda los alemanes de su guarda un caballero tullido, sin piés y sin manos, á quien tantos gallardos y bizarros estaban esperando tanto tiempo; mas en entrando se les quitó á todos el enfado de tanta tardança, y se prometieron de los paganos victoria plena. Porque se vea cuánto hace al caso el crédito y fama y opinion de un buen capitan para con los amigos de alegría y de confiança, y para los contrarios de espanto y miedo.

De que la prudencia es adevina á ratos.

Estuvieron á cincuenta millas los dos ejércitos algunos dias esperando y aparejándose para la batalla, y queriendo ya el Emperador ir á ellos, le llegó una apretadísima nueva que alborotó todo el campo; que el gran Turco con todo su poder venia ya á pelear, porque doçe mil caballos suyos, abrasando la tierra, veian venir delante. Todo el ejército imperial estaba alboratadísimo, y casi con las armas en la mano, y dada ante el Emperador la nueva, y todos teniéndola muy creida y alborotados, muy sosegado Don Antonio dijo: ¡Ah, perros, huís, huís, no nos osáis esperar! y vuelto al Emperador dijo: ya V. M. puede despedir su ejército, que los turcos huyen, que esta llamarada, este aspaviento que han hecho es para retirarse, y así fué que luego llegó otra nueva, que los turcos con vileza se habian levantado, é iban dejando tiendas, fardajes y carros, atravesando rios á nado y cortando puentes porque el Emperador no les fuese en el

alcançe. ¡Hé aquí lo que vale la experiencia y prudencia de un singular Capitan! aunque sin piés y sin manos; *¿homini homo quid præstat stulto, inteligens quid interest?* que pienso yo que en ninguna especie de ningun género hay tan gran diferencia de una á otra cosa, como en el racional género humano, y preciábase él á quien todos obedecian de obedecer á otro, y no como el serenísimo rey Don Sebastian en Africa, que quiso ser antes capitan que soldado, cuya quiebra ningun tiempo ni edad la soldará.

De disimulacion y fingimiento.

Toda disimulacion y fingimiento, segun Ciceron dice, se ha de quitar de en medio de toda la vida humana; mas maravíllome muy mucho que no reserve, ni eçete ningun caso, pues se ve que lo uno y lo otro han hecho evidentes beneficios; como disimulando, en hábito tudesco, Don Alvaro de Sande y Luis Picaño reconocieron el campo espantoso de los alemanes, que importó mucho; y dicen que el bienaventurado San Francisco disimuló con la justicia de haber visto un delincuente de muerte, diciendo y señalando sus mangas que no pasó por allí; y el último de los ejemplos, aunque nuestro Señor es sobre toda ley, cuando hácia el castillo de Emaus iba con sus bienaventurados discípulos, fingió que pasaba adelante; y así no gastaré mas tiempo de la prueba de esto, sino diré de algunas disimulaciones graciosas y de buen gusto, y de otras graves tambien.

Luis Alvarez, un hijodalgo de Medellin, que llamaban por nombre de burla «Gallipapo», pesábale, con ser muy de palacio, que así le llamasen, y mucho mas estando delante de gente de su tierra. Pues un dia, comiendo en

Medellin, con el Conde mi tio (1), dijo el Conde: «Trae aquí vino á Gallipapo»; acudió él de presto y dijo al paje: «Tambien á mí me trae un poco», pensando con la adversativa dar á entender que él era otro que el que habia dicho el Conde.

Aquel fué importante fingimiento el de Sancho de Vargas, un caballero de Trujillo; mataron allí un letrado, y dicen que le mató él, y en acabando de matarle sentóse muy despacio á escribir en su casa; salió el Corregidor á gran priesa é inquisicion del caso, y por algun rastro fué luego con él, y hallóle escribiendo muy descuidado. «Venga vuestra merced á la cárcel, dijo el Corregidor.—Señor, dijo él, querria saber por qué.—Por la muerte, dijo de hulano, letrado.—Por eso sea norabuena; pensé que era otra cosa mas pesada.—Venga, venga vuestra merced; mas veamos lo que va en esa carta.—Déjela vuestra merced, señor», y hace que la escondia, como cosa que el verla le hacia daño, siendo su total descargo. Tómala el Juez y halla escrito en ella á un su amigo: «A la hora que esta escribo pasan muchachos por aquí diciendo que han muerto á hulano; pésame mucho, que gran falta hará, y á mis negocios mas en esta ciudad.» Leido por el Juez esto, asosegósele el espíritu, y tornó á quererle llevar, y él dijo: «Mucho frio hace, y yo estoy medio sin ropa; mañana, si vuestra merced manda, yo me presentaré en la cárcel.» El Juez se satisfizo, y déjale debajo de su juramento de presentarse; él se presentó otro dia, y vista su sencillez dióle en fiado; hace otras muchas prisiones, por si viniese sobre ello juez; viene un alcalde de corte; llámanse á pregones los sospechados; preséntase Sancho de Vargas; dále la ciudad por cárcel; anda la pesquisa muy alta, y llegándole ya cerca el fuego,

(1) Don Juan Portocarrero, tercer conde de Medellin.

hace raya para atajarle, y un dia sale con un açor por la plaça de Trujillo y con sus perros, en su caballo. «¿Dónde va vuestra merced, señor Sancho de Vargas?» El dijo: «A matar un par de perdices, una para mí y otra para el Alcalde.» Sale al campo, y en trasponiendo echa á volar el açor, y quédanse con él los perros y no para hasta Portugal, y desde allí escribe á mi muy señor el alcalde Ortiz: «Por quitar á vuestra merced de trabajo, le hago saber que yo maté el letrado», de lo que el recto y severo juez se comia las manos.

Otro fingimiento hubo de ahí á pocos años de gran importancia. Salió de la córte Don Gonçalo Chacon, por un casamiento que hizo de que el Rey nuestro señor estaba muy enfadado, y todas las varas de justicia le andaban buscando; iba él en un coche que el canónigo Rebenga, canónigo de Sevilla por ser sobrino del Arçobispo de Sevilla Don N. de Zúñiga, cuyo criado y hechura él era, lo llevaba. Llega el alcalde de córte Salazar á par de ellos en su demanda; pregúntale adonde iba. El alcalde le dijo que ¡á qué atroz caso!—Revenga replicó: métase vuestra merced, pues, en este coche (iba allí Don Gonçalo), que el calor es grande, y mas servirá vuestra merced al Rey con su salud que con matarse.»—Señor, dijo él; «á vuestra merced beso las manos, mas los que han de servir y echar cargo á sus reyes no han de ser tan holgados,» y pasó á gran furia adelante. He aquí, aunque Ciceron diga lo que quisiere, que la disimulacion no es mala.

Y volviendo á las de burla, tuvo el conde de Benavente por huésped un embajador portugués, y estos grandes señores cuando ven en su casa un noble extranjero, para que cuente sus grandezas no ven honra que le hagan ni saben lugar donde ponerle. De esto estaban en su casa los caballeros muy enfadados, de ver hacer tanta ceremonia un príncipe tan grande á un sotil portu-

gués de mula de paso y dos pajes; de esta manera lo proveyeron y remediaron; tomaron una vacía de barbero, de plata, y otro un aguamanil y unas toallas, y sobre comida llegan al embajador á le lavar la barba. El pensó que era aquello para honrar los huéspedes y costumbre de Castilla y de aquella casa; estuvo quedo, y laváronle muy á su placer la barba, los que jamás hicieran tal, y los que no tenian ninguna; y eran tan desvergonçados que le traian la mano por las narices y boca, haciéndole hacer mil visages; cuantos caballeros habia en casa no se podian valer de risa; mas porque el Conde era asperísimo, no osaban sino estar muy callados, y el Conde tambien atónito del atrevimiento de aquellos y temerosísimo de aquel que tanto queria honrar, fuése de su casa deshonrado, y acudió á la disimulacion por remedio. Manda á los pajes que tambien á él le laven y el portugués, muy corrido de su mala crianza, pidiéndole mil perdones de haberse antes que él lavado, y alabando mucho aquella costumbre y limpieza, y que la habia de decir al Rey, su señor, para que en Portugal se usase. Despues del lavatorio partió el embajador muy contento y los pajes, aunque el Conde lo rió despues mucho, fueron muy bien castigados.

Otro paje de otro gran señor, y muy grave, apostó que daria un pescoçon á su amo á quien el aire no osaba llegar; llégase, pues, á su amo que se andaba paseando y dásele; el Duque revuelve á él con una daga que sacó en la mano; el paje escupió y pisó, y dijo: «Señor, una araña de las negras que le iba á Vuestra Señoría para entrarle en las espaldas;» el señor miró y vióla muerta, que así parecia lo pisado, y dijo: «Bien hiciste, que son estas muy ponçoñosas y muy malas; ¿quédame otra? míralo bien.—No señor, que esto basta.» Y así bastó para ganar lo que habia apostado.

De Rui Diez de Mendoça me contó Don Gonçalo Her-

nandez, duque de Sesa, que era su tio de la Excma. duquesa, su mujer, que estaba en aprobacion del hábito de Santiago en el convento de Ucles, y como cortesanía y religion son muy contrarias, andaba muy á malas con el Prior. ¡Ah, dijo Rui Diez, no daria yo un bofeton á este tacaño!—No hagais tal, dijo otro caballero, que no se os dará el hábito, y os cortará la cabeza el Emperador.—Pues juro á Dios que se lo he de dar, y no me ha de costar nada.—Ea, pues, si así ha de ser» dijo el otro. Luego Rui Diez comiença á dar risadas sin tiempo, á hacer ademanes excusados, á andar imaginativo, á hablar y responder sin propósitos, y á hacer todas las cosas, con que él ya persuadió al convento que estaba loco. Ya que él tenia con gran arte cobrada esta opinion, comiença á jugar al abejon con todos, y entre ellos, como dijo y sin pena da un gran bofeton al Prior, y anda á los pescoçones con todos, haciendo gestos y riendo, y por los mismos pasos que enloqueció, tornó á reciprocar y menguar la creciente de la mar, y á volverse su seso á su lugar, siendo lo uno y lo otro á todos maravilloso suceso, mas no á aquel que sabia el trato.

Otra mas provechosa ficcion fué esta: Doña María Manuel era dama de la Emperatriz, nuestra señora, y leyendo ante la Emperatriz una siesta un libro de caballerías al Emperador, dijo: «Capítulo de cómo Don Cristóbal Osorio, hijo del marqués de Villanueva, casaria con Doña María Manuel, dama de la Emperatriz, reina de España, si el Emperador para despues de los dias de su padre le hiciese merced de la encomienda de Estepa.» El Emperador dijo: «Torna á leer ese capítulo, Doña María.» Ella tornó á lo mismo, de la misma manera, y la Emperatriz acudió diciendo: «Señor, muy buen capítulo y muy justo es aquello.» El Emperador dijo: «Leed mas adelante, que no sabeis bien leer, que dice: sea mucho enhorabuena.»

Entonces ella besó las manos al Emperador y á la Emperatriz por la merced.

Y por no salir agora de Palacio, linda desimulacion fué la de los dos ladrones, que estando un viernes de consulta de justicia la sala del Emperador, llena de los del Consejo, en tiempo que por causa de esto otros caballeros ni oficiales de la casa no asisten en ella, entrándose muy bien vestidos y con una escalera, descuelgan un hermoso dosel de brocado, y dóblanle muy bien, y pónenle á un moço á cuestas, y sálense diciendo que era para traer otro y poner aquel en la capilla; mas fué en la suya que nunca parecieron mas. Así como esto fué lo que en Alcalá hizo otro en casa del arçobispo de Toledo Don Alonso de Fonseca, que estando dentro rezando el Arçobispo, y en su antecámara mucha gente, y tres candeleros de plata con tres velas en ellos, salió un hombre de buena persona y muy bien tratado, como de allá dentro, y dijo: «Desembaraçen vuestras mercedes esta pieça, que el Arçobispo, mi señor, quiere salir á ella.» Saliéronse luego todos, y él cerró la puerta; mata las velas, toma los candeleros y sálese con ellos por una ventana á otro corredor retraido que tenia el aposento.

Lo que se escribe con lo que se habla tiene gran parentesco; que de unas pláticas se va á otras en el mismo propósito de personas muy diferentes, como los pensamientos del que camina á caballo (que el de á pié harto tiene que mirar el camino), que se dispara con ellos y va á parar muy lejos; como mis capítulos pasados; aunque el que dice agora de corsarios no es muy diverso: que de ladrones á corsarios hay poca diferencia. Topóse los otros dias con una fusta de moros un galera nuestra, y los de la fusta, como se vieron perdidos, dijo uno: «Aquí no hay otro remedio, sino que de las ropas que aquí tenemos de cautivos nos pongamos á la española, y fulano

que sabe bien español hablará en su lengua, que fué como dijo Virgilio:

Mutemus clipeos, danaumque insignia nobis aptemus,
Dolum à virtute quis in hoste requirit?

Así concertado entre los moros, mudado el vestido, aparéjanse para el engaño á la voz de su mal aljamiado intérprete; llega á ellos nuestra galera, ¿qué gente, dijeron los nuestros? «mercaderes *cagalanes*,» dijeron ellos; mas como los vieron los bigotazos largos y otras señales turquescas, dijeron los nuestros: «Vosotros turcos sois.»—Dijo el moro: »Juro á Dios, mas cristianos que quisiéredes,» y «dónde íbades, caballeros;» á Bujaya, dijo aquel; á Bujaya ¡Ah perros! ¡embiste, embiste! y tomaron luego la fusta, y al momento echaron al remo á los españoles falsos.

Mas ya que con esta materia he de acabar, acuérdaseme que dijo uno al propósito, que á cierto negocio quería ir encubierto, y preguntó que como para que no le conociesen, y díjole su mordaz compañero: «Id en hábito de hombre de bien, y no os conocerá nadie.» Mas agora se me acuerda de otro engaño y fingimiento que ya puse en un capítulo de las excelencias reales, que llegando al fin de ellas y al cabo de la segunda plana, donde decia: «Una falta sola tiene el Rey,» un grave oyente dotor y jubilado de Valladolid, llegando aquí, reparó diciendo: ¡Jesus! el Rey, no hay en él ninguna falta, y eso es muy mal hablar, y no se lea mas. Dijo otro: «no juzgue vuestra merced;» volvamos la hoja, y vuelta proseguia; que era la falta haber venido en tiempo que no se vivia seiscientos años, para que con tal Rey gozára España de tanta felicidad, con lo que el leal auditor quedó descansado.

De un atrevimiento sobrenatural.

Bien castiga la justicia los pesos y medidas falsas, y ansi en los oficios Marco Tulio dice que merecia buen castigo el que los pesase mal. Echado mucho cuidado y diligencia y trabajo en adquirir hacienda en una balança y en otra el adquirirla para el sustento y menester humano, mas debe esta de pesar; mas echada la hacienda en una, y en otra la salud y la vida, esta pesa mucho mas. Echada la vida en una, y en otra la honra, la honra es mas de estimar; y echada la hacienda, vida y honra y cuanto en el mundo hay en una, y en la otra el alma, es sin comparacion lo que mas pesa y lo mas importante el alma. Mas aventurar uno la vida por lo en que ni alma, ni honra, ni hacienda va, eso es lo que habia de castigar la justicia con mucho rigor, como peso muy injusto y falso. Como lo que Juan de Vargas, caballero del conde de Medellin, Don Rodrigo Gerónimo, hacia con un caballero sobre la puente que sobre Guadiana allí hay, que hizo el conde de Medellin para el paso de los ganados, muy larga y muy alta, suntuosísima y de los mejores edificios de España, con sendos pretiles de piedra de tres piés de ancho á los lados; pues el Juan de Vargas, que digo, por cima de cada uno de estos pretiles pasaba la carrera á toda furia, sin aprension, porque tenia confianza de saber nadar. El pretil era angosto, resbaladizo, de piedra, y por allí metia desde fuera el caballo y corria á toda rienda sin irle en ello nada, y al pasar, que por fuerça, haciendo piernas, no cabia en el pretil el caballo, le hacia dar dentro en la puente un salto que á errar un punto, ahogado primero y pasado por agua, fuera á parar en

tan manifiesto peligro al infierno: ¡oh espantable é inútil atrevimiento! que entonces se ha de poner la vida al tablero cuando las cosas de mayor importancia pesen mas.

De otra peligrosa habilidad.

Don Diego Ramirez, hábil en muchas cosas, hacía una bien peligrosa y de poca importancia para ningun caso, que era quebrar con una mano en el pecho desnuda una espada, que á no cumplirlo alguna vez no habia de volver atras sino metérsela hasta el cabo.

De habilidades de ciegos.

Es cierto que lo que falta á un sentido se reparte luego á los otros, que como el agua que sale de una fuente, tapado un caño, ha de ir á henchir á los otros, ansi el sentido principal la virtud que habia de enviar á los cinco envia á los cuatro, cuando se le cierra una puerta para los demas; y como á una madre de animales negros y á una perra, que si de cinco hijos le quitan uno, los otros cuatro que le quedan cria mejor, y hubo tan necios antiguos filósofos que este sublime y milagroso sentido dieron y se privaron de él por quedar mas hábiles para las escusadas especulaciones altas. El poeta Homero cuán sabido y notorio es que fué ciego, y Appio Cláudio, senador romano, vió mas lo que cumplia á la autoridad de Roma, siendo ciego, que tres senadores sus compañeros vieran: que no consintió en la paz que otorgaban á Pirro los romanos hasta que sacase su ejército de Italia, diciendo al entrar en el Senado: «plugiera á los dioses que, como soy ciego, fuera sordo tambien, y no oyera

esta vergonzosa paz que con Pirro quereis hacer: que agora, habiendo perdido dos batallas, parecerá que la otorgais de miedo, y á él le haceis señor de todo, si aceptais las condiciones que os da y otras muchas cosas con que no se otorga la paz!» Y salióse Pirro de Italia espantado para hacer los conciertos, diciendo que Roma era aquella imaginada hidra córnea que cortándole una cabeça le salian siete; pues vencida una y dos batallas á los romanos, salian en campo con dobladas fuerças; y que si otra vez los venciera se acabara él totalmente: de los que decia el embajador de Pirro, Fineas, que no eran los que la gobernaban trescientos senadores sino trescientos reyes, que de su rey vencedor no quisieron recibir dones de grandes precios ellos ni sus mujeres, ni grandes dádivas. Pero volviendo á los ciegos de agora, ninguno dicen que igualó á Antonio Cabeçon, músico de órgano de su Magestad, ni en estos ni en los tiempos pasados. No solo le tocaba, mas le concertaba todo hasta la mínima parte de él, como si viera. Casó por amores, que fué gran maravilla, un ciego, bien que con los amores todos lo están; y tambien lo es que los enamorados no se quejan; así, pues, aun el ciego amor tiene dominio en los ciegos. Vivia antes que con el Rey con un obispo de Palencia, y en las manos conocia á todos cuantos vivian con él en tocándoles. Y otro, Fuenllana (1), ciego, cuando el rey de Bohemia gobernó á España, era postillon; que salia con los correos y caballeros de casa del maestro de postas, y les guiaba su jornada y les tornaba á volver, y así no se podrá decir: «cuando los ciegos guian guay de los que van detrás,» sino «guay de los que corren la posta.»

(1) Este Fuenllana, que se llamó Miguel, escribió un libro de música con el título de *Orfénica lira, para vihuela*, 1557, fol.

Un peligroso é inmenso trabajo, y de esto me espanté mucho, y es mucho de maravillar, que topé en Granada cuatro ciegos que se iban á una huerta á holgar, donde el ver la órden de las verduras y hermosura de los árboles, la variedad de las flores, la amenidad de las fuentes, es lo que ha de deleitar; y agora tambien hay en Toledo un carpintero ciego que cuantas cosas hay labra de madera muy bien, y así de noche como de dia, añadidas á las noturnas otras tinieblas dobladas; y yo no afirmo las cosas imposibles, pues tiene á todos tan persuadido el crédito mi verdad. Y con esto acabo que en Hornachos, siendo allí mi padre comendador, le oí por cosa cierta y llana que habia allí un ciego gran podador de viñas, siendo la tierra tan áspera, como es, que venido el tiempo de podarlas, por el mes de Febrero, le enviaban unos y otros á porfía á podar las suyas, y atinando, como si viera, el pago y la viña, dejaba en las cepas, á cual vara, á cual pulgar, que es lo que agricultura le mandaba.

De cuán buena cosa es tomar consejo.

Pasaba Don Alejo de Teves por una calle de noche en la córte, por donde alguno no le placia que pasase, y una de muchas noches que él usó de este paseo, llegó á él un ensabanado disciplinándose, y dijo á Don Alejo: «de parte de Dios te digo que te guardes y no te andes mas por esta calle, que te matarán.» El no dió ningun crédito al ensabanado en figura de fantasma, antes entre amigos hizo burla de lo que le habia dicho, y tomando una campanilla de la mesa de un caballero principal, su amigo, començola á tocar como quien tañe á las ánimas de purgatorio, diciendo: ¡ay quién haga bien por el ani-

ma de Don Alejo! Burlando lo dijo, y antes de tres dias de la calle por donde paseaba le llevaron á su madre muerto, y el ensabanado que le avisó no fué obligado á mas.

De motes interpretados.

Esto del interpretar letras y hacer que digan diferentemente con casi unas mismas palabras, es grandísima gala y tan de agradesçer al ingenio, como en un hermoso árbol ver llevar diferente fruta ingerta de muchas ramas, de lo que pondré algunos ejemplos aquí, para que los que gustaren de ello gusten, y los ingeniosos tomen el hilo de este ejemplo para imitarlo. El arçobispo de Toledo, Don Alonso de Fonseca y de Açevedo, traía estas armas en sus reposteros, un açebo y dos lobos por los Açevedos, y unas estrellas por los Fonsecas, y una cruz por su dignidad. Un chocarrero delante del Emperador y del Arçobispo, viendo pasar con esta enseña unas sus acémilas: «¿Sabeis, dijo al Emperador, qué quieren decir aquellas armas?» ¿Qué? dijeron el Arçobispo y el Emperador—que jura el Arçobispo á Dios y á aquella cruz, sino que malos lobos le coman y se vea colgado de aquel árbol, si tendrá nadie mas provecho dél que de las estrellas del cielo.» Esto fué porque el Arçobispo, que era muy cortesano, no le quiso dar, por entretenerle burlando, no sé qué cosa que le demandó.

Un caballero, muy flaco y muy amarillo, preciándose de muy hombre de bien, que era lo que estaba en su mano, porque ni de natura ni de fortuna no tenia cosa de que se preciar, traia por mote aquel verso de Horacio: *nihil conscire sibi, nullaque pallescere culpa*, y enmendáronle *nihil scire sibi nullaque pallescere pulpa*.

Otro gran personaje, hijo de labradores, y aun decian que de un hortelano, traia en sus reposteros *alia eo aliis*, y pusiéronle junto á esto: «ajos de ajos» (1). Otro traia y escribia siempre: *mens inmota manet*; interpretáronle por su mucha necedad, hiciéronle de la *n d*, y de la *m* otra *d* que decia así: *mens idiota manet.*

En una honrada villa hicieron para su enterramiento una bóveda unos grandes ladrones escribanos, que en todos los oficios hay malo y bueno; pues dende á poco enterrándose allí dos ó tres de ellos, sobre su subescricion y losa amaneció un dia un papel con esta letra: *Domus mea domus orationis est: vos autem fecistis eam speluncam latronum*, que dice en español: «Mi casa, casa de oracion es; mas vosotros la habeis fecho cueva de ladrones».

Un gran señor, muy pequeño de cuerpo, sobre cierto enojo envió á desafiar á otro gran señor, su deudo muy cercano, el cual haciendo burla del desafio, concluyó la respuesta de la carta: «que no quiero matar mono, ni que mono mate á mí.»

Una dama muy flaca, que casi tenia las cuatro *ffff* usaba del mote siguiente: «A las cosas de placer voy cual sé que he de volver», y pusiéronle en un papelillo en la saya: «A las cosas de placer voy; ¡cuán seca he de volver!

Escribió el almirante Don Fadrique á Gabriel su criado: «A mi pariente, primo y señor», y respondióle él en copla, de esta manera:

Tal manera de favor
No me le dé ni le quiero;
Para primo soy grosero,
Y pobre para señor.

(1) Una nota marginal de letra misma del autor, dice así: «Creo Don Juan García Guijarro ó Siliceo.»

Pues pariente
Viniendo por accidente
Mas quiero mi natural,
Que no dar en el real
Teniendo tan poca gente.

Servia un caballero á una dama que se llamaba Mençía, y sacó un gavilan con un capirote, que por irse se estaba en la mano en vano debatiendo, y con letra que decia en latin: *quidquid cogito de Mentia est.*

A un príncipe de no sé qué nombre, que se llamó Sexto, le pusieron en su sepultura:

Sextus Tarquinus, Nero Sextus, sextus et iste,
Roma, tibi ex sextis quanta ruina venit!

Llegó Don Diego de Acevedo á una venta en la Palomera de Avila, y preguntando á un muy entonado huésped, dijo que habia andado en palacio. ¿Criado de quién? Y dijo que del marqués de las Navas. ¿De qué oficio? Ya al fin le sacó que anduvo con sus acémilas, y le puso allí por alcaide. Don Diego, muy enfadado de la entonacion, puso por algunas paredes de la venta:

En la Palomera del aire,
Vos, mi acemilero, sereis alcaide.

A un caballero muy honrado y muy bien entendido, que se llamaba Don Iñigo de Baraona, que daba muchas vóces en el juego de la pelota, le dijo otro señor: «Don Iñigo de Barahunda; no tiene razon, y no porfíe mas vuestra merced».

Uno de la cámara de su Majestad á un ayuda de ella que se embaraçaba y le embaraçaba en darle á la mano cierto recado, le dijo: «Ayúdame aquí, estorba, y acaba ya.»

Ponia un caballero, poco latino, en cuantas posadas habia: *ne quid nimis, ne quid nimis.* Ya enfadóse de toparlo otro, y púsole en contra: si hulano *ne quid nimis*, porque pone tantas y tantas veces *ne quid nimis.* Cuando vino el Emperadorá España, ponian en las posadas á las puertas sus aposentadores flamencos: *tuti hulano*, que queria decir que toda aquella casa y la otra era del aposento de fulano; y un muy españolado aposentador de un señor, que iba á aposentarle y halló en el aposento dificultad, volvió á su amo diciendo: «Señor, no hay posada, que á este borracho de *Tuti* han dado cuantas hay».

Mote es, dicho breve por escrito, aunque muchas veces motejar se toma en mala parte, y en la insigne casa de San Jerónimo de Talavera, vi un buen epitafio que dos judíos antiguamente, grandes médicos, astrólogos y matemáticos, sobre sus sepulturas pusieron. En ellos inspiró Dios que se volviesen cristianos, é iniciada la alta y utilísima obra de creer en Dios y adorarle y darle sus almas, que no tenian presçio, dicen que despues de cristianos decian siempre: *vidimus stellam ejus in Oriente, et venimus cum muneribus adorare eum;* y yo añado mas: que sus almas *per aliam viam reversæ sunt in regionem suam,* que fué el cielo para donde fueron criadas primero, y como en pocos dias murieron y eran grandes amigos, hicieron poner esta letra en su sepultura.

Hizo á Antonio de Soria un conde de estos reinos unas malas coplas, y él, como soldado viejo en este oficio, le respondió con estotras, de esta manera:

Mas mancilla os hé señor
Que no envidia en el trobar,
Porque ser mal trobador
Nunca vi daño mayor,
Ni menos de perdonar.

Y pues esta poesía
Es ciencia que se os esconde,
Si mas Vuestra Señoría
En hacer coplas porfía;
Pésame de vos el Conde.

Traia una simple dama esta letra: *semper eadem*, añadiéronle estas letras: *nescia*.

Sanazaro al rey Federico de Nápoles.

EPÍGRAMA.

Scribendi estudium michi tu, Fœderice, dedisti,
Ingenium ad laudes dum trahis omne tuas;
Ecce suburbanum rus et nova prœdia donas,
Fecisti vatem, nunc facis agricolam.

Que quiere decir: diste, rey Federico, motivo de escribir, atrayendo todo ingenio á tus alabanças; despues dísteme una heredad junto á la ciudad y nuevos campos de labor; hicísteme con lo primero poeta, y con estotro labrador.

Don Luis Zapata (1) al Emperador y rey Don Felipe, nuestros señores, contrahecha á la de Sanazaro:

Reyes á quien yo he ensalçado
Hasta el çielo, mas no tanto
Cuanto á ello era obligado
Un tan grande y leal criado,
Y obligado á valor tanto.
Hízome vuestro valor
Poeta é historiador,
Tan gran materia á mí dada;
Mas no lo teniendo en nada
Me habeis hecho labrador.

(1) El mismo autor de esta *Miscelánea*.

Murió en Roma un romano, no muy honesto, y pusiéronle este epitafio en su sepultura: *propter nos homines et propter nostram salutem descendit ad inferos.*

Para haber las cátedras de Salamanca hay grandes competencias y bandos, y grandes aficionados, y así en pró y en contra ponen muchos letreros por todas partes, y á un pretendiente Almofara pusieron sus amigos esta letra:

Almofara la merece
Por ser mas, y mas parece.

Y sus contrarios añadieron en cada pié esta parte:

El albarda
Burra parda.

De manera que bien al reves del primer sentido decia así:

Almofara la merece, el albarda,
Por ser mas, y mas parece burra parda.

Y mil veces con pasion loan á quien no se lo merece, y desloan á quien han de alabar. Como al muy grave y docto caballero Juan de Ovando, que fué despues presidente del Consejo de Indias, pusieron:

Que nos lleva la cátedra Juan de Ovando
Sobornando,
Quis talia fando.

En unos motes que eran la cabeça de nuevas, puso Garcilaso este:

Si he de holgar con ellas
No pueden ser sino nuevas.

Don Félix de Guzman puso otro á su dama compendioso y breve. Si vuestra merced quisiere=Don Félix y luego la rúbrica.

El licenciado Gil Ramirez, insigne oidor de Valladolid en Salamanca, en pretension de una cátedra, tuvo cuatro opositores contrarios, que se llamaban el Dotor Leon, el Dotor Mondragon, el Dotor Aspe, y otro que por mala lengua llamaban Basilisco, y confiado en su hábilidad, decia á los estudiantes: «ea, señores, que con favor de vuestras mercedes, *super aspidem, et basiliscum ambulabo, et conculcabo leonem et Mondragonem.*

En otros motes, cuya cabeça era vida y luz, puso á su dama, ya viejo, el cortesanísimo duque de Alba Don Fadrique: *Reluzida, echaos á cuestas, mi vida.* Y respondió ella á su disimulado intento: «No, que es larga, y será pesada carga.»

Fué muy buena apodadura la que pusieron á un caballero moço, muy moreno, que salió un dia vestido de raso y terciopelo de labores, caballo tordillo, con una cabeça de moro; enmendó Rui Gomez: «No sino cabeça de mono.»

Un acemilero mayor del Rey traia por letra *inventa est*, y él queria entender lo que se sigue, *pretiosa margarita*, mas como reprendiéndole de que tratase de amores un hombre que no profesaba ser cortesano, añadióle una persona real: *Inventa est una acémila con dos piés.*

Murió un soldado muy valiente en la guerra, muy desesperado de que le habian hecho un agravio sobre una presa que hizo su general, Antonio de Leiva. Estando ya á la muerte, dijéronle que se confesase y que hiciese testamento; confesarse no quiso por entonces, mas proveyó donde le enterrasen, y que sobre su sepultura se pusiese esta letra: «Aquí yace Campuzano, cuya alma llevó el demonio y su ropa el señor Antonio.»

Estaba una dama muy principal de la Emperatriz, hermana del marqués de Montesclaros y cuñada del duque del Infantado, esperando para un gran casamiento que le traia la ayuda del Marqués su hermano, y púsosele este escrito cosido en la falda que se pudo hacer en la apretura de un sarao: *levavi oculos meos in montes claros, unde veniet auxilium mihi.*

De todo es razon que ponga delante el que á tantos y tan varios gustos ha de contentar, aunque en esto podria el autor recibir engaño; él gusta de una cosa, y á los convidados amarga: pues ¿qué hará sino poner tantas viandas que tope cada uno con su manjar? Yo ansi pongo aquí este soneto hecho por un buen caballero, á quien yo fuí despues de muerto muy aficionado, y contrahecho por un gran señor que lo fué grandísimo amo en vida, ansi que, para mí solo, aplico este plato, como un regalado convidante que decia al que le servia á la mesa: «Maestresala, mira por mí»; prefiriendo su gusto al de todos con mucho valor y libertad, aunque fuesen muy grandes los convidados.

Fué el duque de Sesa, Don Gonçalo Fernandez de Córdoba, nieto del Gran Capitan, tan gran capitan como él, tan bueno, tan sábio, tan liberal cuanto yo su servidor diria, si tuviera una onça de elocuençia para poderlo explicar; mas en la cosa de la hacienda tan infelicísimo, pues vendió y empeñó infinito; cuanto en la de los hijos, pues nunca tuvo ninguno, lo fué mucho mas; y el soneto contrahecho es el que se sigue:

Cuando reparo y miro lo que he andado
Y veo los pasos por donde he venido,
Yo hallo por mi cuenta que he perdido
El tiempo, la salud y lo gastado.
Y si codiçio verme retirado

Y vivir en mi casa recogido,
No puedo, porque tengo ya vendido
Cuanto mi pádre y mi madre me han dejado.
Yo me perdí por aprender el arte
De cortesano, y he ganado en ello,
Pues he salido con desengañarme.
Que pues mi voluntad pudo dañarme,
Privados que son menos de mi parte,
Pudiendo ¿qué harán sino hacello?

Dicen que un señor envió á un poeta discreto (y fué el señor almirante Don Fadrique á su criado Gabriel Mena, el poeta) unos piés de puerco con un billete que decia:

Estos piés de puerco tome
El señor que no los come.

Y porque el page daba á Gabriel gran priesa que respondiese, pidiendo él de priesa una pluma, le respondió bastantemente con poner solamente una *d* en el segundo verso, diciendo al page que así habia el billete de decir:

Estos piés de puerco tome
Del señor que no los come.

Hizo uno á Dido este galan dístico:

Infelix Dido, nulli bene nupta marito;
Hoc pereunte fugis, hoc fugiente, peris.

TRADUCCION PROPIA.

Dido, con ningun marido
De dos nunca bien casada;
Muerto uno, huyes, y ido
Otro, mueres con su espada.

Dame tu licencia, Dido,
Que te llame desdichada,
Pues que con ningun marido
Nunca fuiste bien casada.
El uno muerto, forçada
De miedo á huir, huiste;
Y el otro huido, moriste,
Matándote con su espada.

A un caballero de Castilla, muy discreto y muy principal, mas en su disposicion muy grosero y muy gordo y vasto, le hizo Lacorte esta copla:

Afuera, afuera Rodrigo (que así se llamaba)
El grosero castellano,
Acuérdate que eres gordo,
Y viene cerca el verano.

Estaban con una gran señora en Nápoles muchos caballeros cortesanos de España, donde era toda la gala y toda la damería de Italia; entre los cuales estaba Garcilaso, y ya á puesta del sol, que es la hora en que se ceban los alcones y azores de mejor gana, y entre dos luces la en que se visitan con mas comodidad las damas, los criados celosos acudieron con velas muy temprano, de que todas y todos muy mucho sé enfadaron, y la señora misma, y dijo: ¡oh ciega y sorda gente! Acudió luego Garcilaso con el fin del mismo verso de Petrarca (que cuadró allí) *qui si fà notte inanzi sera.*

Fué el mismo Garcilaso muy privado del virey marqués de Villafranca, y quedóse de la corte con él; mas fuese como falsa alquimia en humo toda su privança, y viniendo para residir allí Don Pedro de Toledo, que llamaban el aleman porque lo hablaba, consultando su que-

dada con Garcilaso que se partia de allá no muy mediado, le dijo: *¡heu! fuge crudele, terræ fuge littus avarum, nam Polidorus ego.*

Muy sabida y muy comun cosa es lo que agora diré; mas muchos y muy muchos años ha que ya conocí al vano de Rigo, por quien se dijo: si Aristóteles supiera de vos, reverendo cura, en sus libros, no escribiera ni dijera *nihil vanum in natura.*

Pasquin, que no perdonó á nadie, y por quien se puede decir lo que Don Jorge Manrique de la muerte:

Así que no hay cosa tan fuerte
Que á Papas y Emperadores
Y perlados,
Así los trata la muerte
Como á los pobres pastores
De ganados.

Cuando el Emperador estuvo esperando dos meses en su mismo reino al rey de Francia, y segun dicen del rey Don Sancho:

Cuando á Castilla reinó,
Que á pesar de los franceses
Los puertos de Aspa pasó,
Siete dias con sus noches
En campo lo esperó leál;
Pero desque vió que no venia
A Castilla, se volvió.

Así el Emperador, no saliendo al desafío el rey de Francia, que le esperó mas de setenta dias, se volvió á España, contento con lo mucho que habia hecho, y Pasquin le pintó las dos columnas sobre un canero que dicen que anda siempre hácia atrás, y con esta letra *plus ultra.*

Mas en los dichos y motes y recaudos falsos, concluyo que se han de guardar estos términos; que no sean sucios ni deshonestos, ni desacatados á Dios ni al Rey; ni de lástima ni malicia, ni contra la honra que en los hombres consiste en la valentía y en la honestidad de las mujeres; ni de cosa que se está ella dicha, ni contra el pobre, ni afligido, que es crueldad; ni al poderoso que no conviene; ni al amigo que no es razon y es perderle; ni al enemigo que es provocarle; ni al padre ni al hijo, ni al hermano ni á la mujer, sino legitimadas las personas como en pleito. Que sean las cosas galanas, agudas y nuevas, y leves; que no toquen en lo vivo, sino que solamente pasen por las plumas por alto. Tambien se ha de considerar el tiempo y lugar, que sea de burlas, y tambien no siempre, porque una vianda contínua enfada, y la miel á muchos les empalaga; y como á las gracias llaman sal, la sal ha de ser poca para que sea sabrosa y no amargue. Por lo que estos dichos, y recados falsos se han de tener en mucho cuando salen derechos, sin dar al través por entre tantos peñascos.

De burlas hechas á hombres, agradables.

Bien es que cuanto esta manera de gente que llamen hombres de placer burlan á otros, ellos sean burlados á las veces. Esto supo hacer el duque Cosme de Florencia mejor que nadie; tenia una silla de plata colgada de unas cuerdas de seda, altas y con tal artificio que se cerraba en sentando, puesta debajo de un dosel de brocado, y que incontinente con el que en ella se sentaba, se subia luego hasta el techo. Decian que era la silla de estado del Duque; llegá allí un chocarrero doctor que se preciaba de comer á la mesa con los señores; hízole el Duque sen-

tar á su mesa; sirven unos pasteles; viene uno muy hermoso en el medio; dásele el Duque por gran regalo, destápale él luego, y abaja la cabeça para entrarle; llega un paje por detrás con una hacha encendida; pégale fuego al pastel que era todo de pólvora, y vuela al dicho todas las barbas, y si le alcançara toda la pólvora no le quedara pestaña. Pasada esta turbacion, que con comer á la mesa del Duque se sosegó un hombre tan honrado, levántanse los manteles, pásase el Duque á la silla de su dosel, y hace sentar al loco en ella despues de muchas cortesías y crianças como por enmienda tanta honra del agravio pasado; ciérrase luego la silla, y hace su oficio que era subirse á lo alto como una lámpara, y el triste de verse subir al cielo quedó espantado. Armanse luego los pajes y caballeros moços de la ducal casa de frutas y naranjas, y comiençan á tirar al terrero en lo alto, que él hombre no ya de placer, sino de pesar, de estas cosas era el blanco; no le bastó, como mona, escudarse de acá y de allá; ríndese á tantos combatientes, pide misericordia al Duque, al fin dásele; bájanle del tormento, avisándole que los chocarreros no quieran sin castigo comer á la mesa de príncipes tan grandes.

En la casa de Benavente se usaba una cosa extraña, que pasó en nuestros tiempos, y era que cuando el duque Don Alonso estaba malencónico, tercianario, un poco antes que armase la ballesta hacia poner pajes con almohadas, y en ellas los ballesteaba, que á cada virotada, aunque no les hacia mal, les hacia dar saltos.

Con otro el Duque mismo de Florencia estando á comer, que menospreció una perdiz que le traian por dura y por muy mal asada, diciendo que era picaza, hízole el Duque poner en un aposento, y en cuatro dias no le dieron otra cosa sino picazas asadas á comer, porque otro dia sin despreciarlo comiese lo que le diesen.

En la casa de Alba que habia grandes maestros de estas burlas, encerróse un toro en una casa yerma para ensogarle aquella noche y correrle otro dia; hacen entender moços de aquella casa á un chocarrero, que estaba allí una buena moça encerrada; van con hachas allá, métenle dentro, y echánle la llave encima; y porque se viese él y el toro métenle por una gatera hachas. Pues quedóse; el toro va bramando para él; sacan la luz, luego queda embelesado el toro debajo de un albarda, y ansi alumbrando y dejando oscura la pieza no lo mató el toro, hasta que hubieron por bien dar oidos á sus plegarias y lágrimas de sacarle.

Mas la mas pesada burla de todas fué la que hizo el almirante de Castilla á un chocarrero que, yendo á ver con unos caballeros un huerto en verano, le dió veinte escudos porque se pusiese por arcaduz en una noria que traia un asno, con condicion que habia de dar tres vueltas y no mas. Pónese como para nadar en la noria, quitan dos ó tres arcaduces de ella y pónese en su lugar; comiença á andar el ingenio en nombre de Dios bien despacio; entra debajo del agua el arcaduz grande, tarda en salir un rato, que era muy pesado el bagaje, y sale cada vez muy trabado, y ya volvia los veinte escudos porque le quitasen, mas no los quisieron; y estando debajo del agua, cae el asno y estuvo él en gran peligro, que no se pudo levantar. Cortan las cuerdas de presto, todos caminan con la noria, que si no la llevaran hombres de presto, él se quedara ahogado; y cuando despues le daban matraca, decia que si él habia sido arcaduz, habian sido grandes asnos los caballeros.

De una hazaña de españoles en Envers.

Envers es una ciudad ocho leguas de Bruselas, en Flandes, de sesenta mil vecinos; la mas rica de todas aquellas tierras, cuyos muros baña el rio Escalda; el muro es fortísimo y ancho, que pueden ir por lo alto de él cuatro carros, y el foso tendrá lleno de agua del abundante rio mas de ochenta pasos de ancho. Es de las mas ricas plaças de la cristiandad, y tan fuerte á la fortificacion moderna, que grandes ingenieros y el alto ingenio del emperador Cárlos V no supieron mas imaginar, y de gente tenia de presidio treinta mil alemanes, y de la ciudad buenas cabeças y manos de gentío de ella innumerables. Antiguamente, antes de su poblacion, hubo en ella un gigante de quince codos en alto (y esto no es fábula), que de los huesos que en la casa de la villa tienen, de espantable grandeça de piernas y braços, se colige que es verdad. Llamóse en latin *Antuerpia*, que del nombre flamenco *hantuerpia* quiere decir: «mano cortada»; porque á los que pasaban por allí les constriñia el gigante á pagar cierto gran portazgo, y al que no queria ó no podia pagarle le cortaba la mano derecha, y así á tanta costa los daba la libertad. Llamóse Druon, el gigante, y Salvio Bravó el que le mató, de quien tomó la dominacion la provincia de Bravante; ni es de maravillar de estas denominaciones, pues el famoso Capitolio romano se llamó así de *caput*, una cabeça que se halló en él de un caballo, y *alba*, de una puerca blanca con muchedumbre de crias, y de *Carta*, la insigne ciudad de Cartago; antes las mas veces se ponen estos nombres á disparate. A esta villa, tan poderosa y populosa y tan fuerte, osaron acometer cincuenta mil españoles del presidio que tenia alo-

jado en el castillo y fuera el valeroso caballero Sancho de Avila, y en medio del dia hicieron á los que se les resistieron pedaços, y á los que nò, lés saquearon sus llenas, ricas y atestadas casas, que porque de lo menos se vea lo mas, hubo casa que tenia en trompas de París, en manteca, en pastel para paños mas de veinte mil ducados del dinero de todas las naciones del mundo ayuntado; y esto fué siendo capitan general contra los rebelados estados de Flandes Don Luis de Requesens, comendador mayor de Castilla, cuyo valor y bondad sería mayor hazaña emprender á escribir, que referir cuantas particularidades pasaron en este destrozo, expugnacion y saco, y que fué los españoles osarlo.

De brevedad en el escribir.

La brevedad en el escribir y aun en el hablar es cosa muy loable, y la prolijidad y lo supérfluo de grandísimo vituperio; y así los latinos dicen que en vano se hace por muchas palabras lo que se puede hacer por pocas, y aun nuestro Señor, aprobando la oracion breve, nò dió por oracion las largas de Demóstenes y de Tullio, sino la brevísima y compendiosa del Padre nuestro. De esta se preciaron mucho en Grecia los de Atenas, y llamában hablar ático por lo cóngruo, breve y conveniente. ¿Qué cosa mas linda fué que aquella carta que escribió á Roma Çesar sin mas palabras que *veni*, *vidi*, *vici*; vine, ví y vencí, que con solas tres dió á entender el suceso de una gran jornada. Y Çesar Ferramosca, caballerizo del Emperador, que en la batalla naval de Nápoles murió de nuestra parte despues, estando en España en servicio del Emperador, le vino de Italia nueva que convenia partirse para allá luego; él no tenia con qué y escribió esta larga peti-

cion al duque de Arcos en una carta breve, *profisciscitur Cæsar, ire necesse est, debere quidquam alicui malo tibi.* Çesar está de partida, el ir forçoso es; deber algo á alguno, mas quiero deberlo á tí.

Y yo que, como digo de todos sin excepcion de personas, tambien quiero decir de mí, envióme un hidalgo á decir: «Escríbame Don Luis llamándome, que con solas dos letras suyas, yo iré luego,» y así yo le escribí despues de la cruz de la carta en todo un pliego de papel blanco *ea*, y el sobrescrito como siempre solia, y así vino al momento por dos letras mias, excusando yo los preámbulos principio y fin de las cartas, que quitados los taraçones de los cabos queda una carta en lo sustancial; y así por ponçoñosa que sea, se puede una culebra comer, y con lo supréfluo mata; y Dios guarde muchos años á aquel que vedó la prolijidad supérflua de las cartas por su real edicto, quitando materia de gran confusion y de grandes rencillas y enemistades.

De cuán alto y noble ejercicio es el escribir.

Grande y antigua disputa ha sido entre los hombres cuál es oficio de mas loor, el de las letras ó el de las armas; mas como las armas pueden mas y lo meten todo á barato con raçon ó sin ella, con el dominio de todo, comó con las haciendas, á todas las ciencias y artes se han alçado. Esté un orador haciendo miles de sutiles argumentos, llegará un soldadillo y darle ha de palos, y hará burla de él. Como oyendo Anibal á un gran filósofo en su academia, en Atenas (1), dijo que muchos locos habia él visto, pero ninguno que así desatinase; y un gran as-

(1) Pudiera creerse que el autor, en lugar de Anibal, quiso poner Alexandre; pero no admite duda la leccion, y así se ha dejado.

trólogo midiendo los cielos y los cursos de las estrellas, llevará la milicia á la astrología á que vogue y mida con un remo las aguas, ó como estando haciendo Archímedes líneas y figuras geométricas admirables, aunque le pidió que se las dejase acabar, le mató un vil soldado. Así que todas las facultades á esta militar industria es raçon que le besen la mano; mas despues de esta las letras son las que mas en el mundo valen, y los escritores los que se deben de tener en mas; y porque el vil vulgo lo desprecia, y sino es de los poderosos y ricos para él no es concluyente ejemplo el de los santos y sabios, diré algunos de los reyes y capitanes, que antigua y modernamente escribieron, pôrque de todos no habria papel, en cuanto hay en Segovia, en que asentarlos.

Job, David y Salomon fueron Reyes, y ya se sabe las altas y divinas obras que escribieron. Çésar, Emperador y honra de todos los sucesivos Emperadores, cuyo nombre tomaron todos, y de quien todos ellos se precian, cosa sabida es que lo que peleaba en el campo escribia en sus tiendas, y que lo que batallaba de dia escribia de noche; y puesto en peligro de se ahogar en Alejandría, nadando con una mano y en alto con la otra, salvó en ellas su bueno y elocuente libro, de lo que llaman: «Los comentarios de Çésar,» ni salvó otras alhajas ni riquezas consigo, pues de creer es que el poderoso sobre todos tendria algunas joyas y cosas de gran precio. Pues el Emperador Augusto, su sucesor, escribió en poesía no tan grave cosa, é hizo muy buenos versos. Çiceron, cónsul de Roma y procónsul y capitan general en Asia, y Marco Varron y Caton, capitanes generales y caballeros, y Ovidio, el mejor de los poetas latinos (si solo su *Metamorfóseos* escribiera), tambien se hicieron célebres por sus escritos. Escritor fué San Gregorio, Papa, y el Papa Pio y San Jerónimo, y el conde Pico de la Mirandola, y Don Jorge

Manrique, y el marqués de Santillana, y Don Enrique de Villena en sus facultades, escritores, señores y caballeros. Pues nuestro Rey Don Alonso, por ser escritor le llamaron «el Sábio,» y mas memoria hay de él por sus *Tablas alfonsies* que por sus reinos; y Don Hernando II, duque de Bergança, nieto del Rey Alonso de Portugal, de donde aquella real casa salió, y revisabuelo del gran Príncipe Duque Don Teodosio II, que hoy es tambien como los demas, fué escritor, que escribió *Amadis de Gaula*, como lo supe yo de aquella real casa, y de su Alteça la señora Doña Catalina, su biznieta; y bien creia yo que tan alta y generosa composiçion habia de ser de buena casta, que hombre bajo no pudo hacerla, y así me alegré de lo saber, como fabulosamente el mismo doncel del Mar (1) de se hallar hijo del Rey se alegró, ó cómo con verdad se alegraria el señor Don Juan de Austria cuando de un moço caballero militante se halló hijo triunfante de un Emperador tàn alto.

Agora volviendo á nuestros tiempos y á los canonizados buenos escritores: el Condestable que hoy vive año de noventa y tres, es de clarísimo ingenio, el almirante Don Fadrique, que fué gobernador de España, el gran duque del Infantado, Don Iñigo (2), el marqués del Gasto, la marquesa de Pescara Vitoria Colona, el obispo de Segovia Covarrubias y el Cardenal de Toledo, Don Juan Martin Siliceo, Don Luis de Avila, comendador mayor de Alcántara, el duque de Gandía, poste el mayor de los de la

(1) El doncel del Mar no es otro que Amadís de Gaula, hijo del rey Perion y de la infanta Elisena, á quien sus padres, deseando ocultar su nacimiento, hicieron echar al mar en unas tablas; siendo despues hallado por el buen Gandales. Esta especie de que el duque de Braganza Don Teodosio fué el autor del *Amadis* no estriba sobre mas fundamentos que el dicho de nuestro autor.

(2) Don Iñigo Lopez de Mendoza, autor del *Memorial de cosas notables*, que son unos apuntes de historia antigua, sagrada y profana.

santa Compañía de Jesus, y los muy caballeros de quien hoy corre la sangre de la tinta fresca, y correrá para siempre, Boscan y Garcilaso; Don Diego de Mendoça, Pedro Mejía, Ludovico Ariosto, Sanazaro, y el conde Baltasar Castellon, y el Cardenal Bembo, y otros grandes caballeros escritores que un olvido de una hormiga de ponerlos aquí no les empece, por lo que se dice y el vulgo tiene costumbre (que los ignorantes el vulgo es) de hacer burla de los que escriben; mas los que escriben mal, burla y muy mayor pena merecen, porque se metieron donde no les llamaba su ingenio, y porque *poterat duci scena sine istis*, sin ellos podian pasar.

De un galan epígrama.

Pedro Luis Farnesio, duque de Parma y de Plasençia, hijo del Papa Paulo Tercio, porque antes que fuese Papa fué primero casado, fué muerto por ciertos vasallos suyos violentamente; y como no se supo por cuyo mandado, porque ellos sin favor de algun gran prínçipe no tuvieran ánimo para hacello, amaneció en Roma de autor incierto en pasquin este epígrama:

Cæsaris injussu Fernesius occidit heros,
Sed jussu sunt data præmia sicariis.
Tres sunt hæredes Duæ, Margarita, gemelli;
Hanc pater, hunc socer, hos expoliavit avus.

El que tradujo así Bustamante de Herrera (1).

El gran Farnesio murió,
Sin ser por Çésar mandado;
Mas por Çésar le fué dado

(1) No se da noticia de este escritor en la *Bib. Nov.* de Nicolás Antonio.

Gran premio al que le mató,
Tres herederos dejó
Duque, Madama y gemelos;
A este el suegro despojó,
Y á esta quien la engendró,
Y á los nietos el abuelo.

Y fué cosa muy notable la infelicidad que por nacer en la casa tuvo esta infanta en los casamientos que por divina permision contrajo; que primero fué casada con el duque de Florencia, que mató á puñaladas su primo Lusiñan de Médicis, y despues con Pedro Ruiz Farnesio, que tambien murió á hierro, duque de Parma y de Plasencia.

De un famoso milagro.

Estando la corte en Madrid y el Emperador en Flandes, y cuantos hijos de nobles habia en España criándonos en servicio del Rey que tambien era, ó sería de ocho, ó nueve años, fué un caballero de allí muy conocido á una iglesia, como muy buen cristiano que era, á recibir el Santísimo Sacramento una Semana Santa, y estando de rodillas y á ello, miró hácia él el clérigo que se llamaba Párraga, y vió que tenia llena de erisipela y muy hermeja la cara, y dióle tan gran asco, que se fué á otro clérigo, dejándole con el Santísimo Sacramento en las manos; y estando un poco despues reçando, y antes que saliese de la iglesia, se sintió mal dispuesto, y llegando á su casa le miró su madre, y le dijo: «Hijo, qué es eso que traes en el rostro? Válame nuestro Señor y cómo te pareces á Párraga,» y él iba cada rato empeorando. Echóse

con gran calentura en la cama, ardiéndole tanto el rostro que no hacia su madre sino quitar y poner en él paños de agua rosada; y luego se le secaba como yesca. En fin, ardiéndole cada rato mas y mas la cara, en breve tiempo murió. Fué cosa notorísima en toda la corte, como otro milagro en Alemania, en un lugar de un señor. El señor de aquel pueblo queria recibir el Santísimo Sacramento, y puesto en el altar entre sus vasallos, cuando se le querian dar, dijo que no queria él forma pequeña como sus villanos, sino que se le trujese una ostia grande; el cura, aunque vió la necedad del señor y su soberbia, dió el Santísimo Sacramento á los vasallos, y trajo del Sagrario para él una ostia grande; y estando para comulgar, hincado de rodillas en la peana, que era de piedra dura como un mármol, hundénsele las rodillas en la dura piedra; echa él las manos al altar, hundénsele las manos en el altar, que tambien era de piedra, como si fuera de masa, y hasta tanto se hundió en la peña cuanto le duró la obstinacion, y luego acudió al arrepentimiento, y tras su arrepentimiento luego la misericordia de Dios como suele. Y como entra luego la luz trás el súbito abrirse de una ventana, yo ví y toda la corte lo vió las rodillas y manos como en sus fundas de ellas en la viva y dura piedra señaladas, y me espantó con tal testimonio del Santísimo Sacramento en tierra de alemanes, como haya en toda aquella tierra quien dude de su verdad.

En España ha habido infinitos milagros que nuestro Señor ha hecho en prueba de sí mismo, como los hizo cuando moró en la tierra; como los corporales de Daroca, y el clérigo que alzó un niño Jesus diciendo misa en Portugal, á lo que se tapó los ojos el príncipe católico, diciendo á los otros: «Señor, que yo bien os creo.»

De otro milagro moderno de Nuestra Señora de Monserrate.

Cosa es muy sabida no haber mala sabandija en la montaña alta y larga de Nuestra Señora de Monserrate. Por gracia de Nuestro Señor y de su bendita Madre no ha habido, con ser tan grandes sierras, ningun peligro ni desastre, cuanto á que por parecencia de Nuestra Señora se fundó allí la casa, y esto es cosa ordinaria que en la peña de Nuestra Señora de Francia en todas aquellas sierras hay víboras, pero ninguna tiene veneno ni mata á nadie. Pues acaesció ansi que Doña María Manrique, dueña de honor de la Emperatriz, fué allí con su Magestad en su litera, y aun iba algo mala. Pues el literero por su descuido, ó porque la gloria de Dios se manifestase, erró un paso, y él y la litera y los machos cayeron á muchas braçadas de fondo abajo; ni se hicieron mal él ni la litera ni los machos, y cuando bajaron abajo hallaron cubierta la litera como solia caminar, y Doña María hincada ella de rodillas dando á Nuestro Señor muchas gracias. De esto no es menester confirmacion, pues pasó ante toda la corte y la Emperatriz nuestra señora delante.

De cuánto puede la oracion eficaz.

El santo monasterio de los Angeles, muy devoto en tierra de Córdoba, de frailes descalzos de la provincia de los Angeles, y cabeza de ella, está todo cercado de montes. Pues aquí en nuestros dias casualmente se encendió el fuego que venia con el viento y la llama y el humo al cielo, quemando contra la casa cuantas encinas y alcornoques y jarales topaba. Los frailes, viendo venir la mar

del fuego tan alta, que ni podian salir de allí para sacar el Santísimo Sacramento, ni las imágenes santas, como los dioses penates del espantoso fuego de Troya, acuden al último y eficaz remedio, que es Dios. Pónense todos llorando en oracion en la iglesia determinados de pasar lo que Nuestro Señor de ellos y de sus reliquias é imágenes dispusiese. Cierran sus puertas y no las bocas de gemir y suplicar á Dios; pasa el fuego por cima de la casa sin la tocar ni hacer ningun daño en ella. Mucho ayuda la buena vida para alcançar cualquier cosa en esta. Son estos religiosos en extremo abstinentes, comen sin manteles y siempre yerbas, con la poca ropa que andan vestidos echados en unos sarmientos duermen, y con una sola manta encima y una piedra por cabeçera; andan descalzos; visten sayal; tienen ayuno y disciplina perpétua, y ansi, para impetrar la dicha misericordia de Dios, tenian bien hecha la cama de sarmientos: que la buena vida es el cimiento, la oracion el edificio y el lecho, que con esto se alcança y se sube al cielo. Oraba Moisen y tenia las manos altas cuando los suyos estaban peleando; mientras estaba ansi vencian los suyos; en cayéndosele los braços (parece que á Nuestro Señor se le caian) para ayudarle tornábanselos á alçar y vencia luego, hasta que los suyos se los tuvieron en peso, con que fué vencida la batalla, que parece que con lo interior lo exterior tambien á Nuestro Señor aplace.

De otro milagro semejante.

Acaeció asimismo á Nuestra Señora de Monserrate, que teniendo la santa iglesia encima pendiente una gran peña, mayor que la misma casa, que cayendo no podia dejar de molerlo todo como alheña, y estrujarlo, porque estaba ya impendente, colgada de un hilo sobre sus ca-

beças; como la espada del tirano, pusiéronse los religiosos una noche en oracion, pidiéndole á Nuestro Señor y á Nuestra Señora socorro para su misma casa; y sintiendo venir la peña con tan grande estruendo, como si todo el monte se viniera abajo, dió por cima el peñasco un tan gran salto que salvó la casa, llevando tras sí cuanto encontró y los robles y peñas destrozando, y otro dia la vieron y la he visto yo por debajo de la casa, donde por la misericordia de Dios tomó perpétua posada.

De otro milagro en la casa de los Angeles.

Tambien quiero hablar de otro milagro en la dicha casa de los Angeles. Ella está en tan gran altura, como la torre de Sevilla, entre un rincón de dos sierras, como un nido de golondrinas pegado á la pared, y la subida es por una senda estrechísima, dificultosa para los de á pié, y para los de á caballo imposible. Aquí, pues, vino á ver un hermano suyo novicio un letrado de Ecija, y pensando que el camino iba derecho y hácia todos lados, subió con su caballo por él arriba; deslizase por no caber el caballo en él. Iban despeñándose él y el letrado por allí abajo; mas el letrado que conocia á Dios, se encomendó á él y á Nuestra Señora; tuvo remedio: ásese de un pendiente algarrobo, y el caballo cayó en tan hondo abismo que se hizo pedaços luego; mas su amo llamó y dió voces á los de lo alto, adonde desde arriba con largas sogas lo subieron.

De lo mismo.

La materia de los pasados capítulos me amonesta que, aunque sea fuera de lo acostumbrado, se prosiga de cuanto la oracion eficaz puede; y así yendo juntos tantos

milagros, el estupor y maravilla de los leyentes será menos, porque los milagros son cosas sobrenaturales, y que pocas veces acaesçen. Una viuda, pobre, de un lugar de Llerena, quedáronle dos hanequillas de tierra, que aun para cebada no eran, ni ella tenia mas de qué, ni de sus manos se sustentar. Uno la dió dos hanegas de cebada, á otro pidió que por amor de Dios se la cogiese, y así como todo fué por amor de Dios, así el amor de Dios le valió por lo demás; y estando ya en la era la cebada, alzó ella las manos á Dios, y dijo: «Señor, que puedes hacer de las piedras pan, haz trigo de esta mi cebada.» Pues la cebada que en la paja y en las fundas era cebada, fué lo de dentro trigo todo el grano, y de las espigas anduvieron muchas por Llerena y por toda la provincia, mostrándose que era cebada por de fuera, y desgranándose, trigo por de dentro.

De una admirable cura de un médico italiano.

La reina Doña Isabel, nuestra señora, hermana del rey Enrique de Françia, adolesçió en Madrid año de 1565, y fué la enfermedad (tan grande que cada dia en cuarenta dias fué empeorando mas siempre), no solo peligrosa, mas casi mortal; pasmada en todo un lado, sin conoçer ya á naide, y con un gran bulto de hinchaçon en la garganta, sin comer sino huevos frescos por un canuto de plata. En este medio tiempo todo era en la corte procesiones, disciplinas y plegarias, y muchas mas eran que las públicas las que todos, segun la amaban, hacian, particularmente en sus casas por sus bondades, por ser muy caritativa, liberal, muy misericordiosa y muy afable. Pues trayendo la Extremauncion de San Gil, que es la iglesia parroquiana de Palaçio, manda sobreseer el caso

y ponerla sobre una mesa el clarísimo duque de Alba, que sirvió así en aquella dolencia, que nunca comió en toda ella de cuarenta dias en mesa sino en la mano; nunca se acostó en cama; bajaba á tomar camisa á su aposento cada mañana. Venidas las cosas á este estado, junta á consulta todos los médicos reales, por cuyo decreto la Extremauncion estaba en Palacio. Entre ellos habia un famoso italiano que dijo que habia pensado una purga que creia que sería importante; la purga todos los demás la aprobaron; mas por no haber ya sugeto ni virtud para ella, teníanla por cosa de aire. El Duque preguntó: «¿Sin esto, por via ordinaria, cuánto podrá su Magestad durarnos?» Los médicos dijeron que aun no veinticuatro horas por el pulso, que es la señal por donde en las dolencias mortales conoce el médico experto la hora que jamás falta.—Pues, dijo el Duque, si la Reina nuestra señora no puede durar mas que eso, al paso que va por su curso ordinario, y por estotra via hay de vida alguna esperanza, ¿qué bueno sería dársela?» Todos lo remitieron al Duque; él dijo: «vamos al Rey, que sin su Magestad no es justo resolvernos en cosa tan grande.» Van el Duque y ellos al Rey; trátase del árduo caso, donde retirado en extremo dolor su Magestad estaba, al cual le pareció lo mismo que al Duque, y que se pusiese por obra lo que mandaba el médico italiano. Dásele luego la purga; esto sería á las siete de la mañana, y á las once del dia ya la esclarecida Reina estaba sin pasmo y en todo su acuerdo, sin calentura y sin peligro, y totalmente sana. Y porque se vea la ingratitud de los hombres; la imágen santa de Nuestra Señora de Atocha, que acompañada de toda la corte, vino en la gran necesidad á Palacio, despues de pasado el menester, se volvió sola con solos todos los capellanes; mas el Rey hizo muchas limosnas y obras pías á su casa.

De un duelo famoso en la mar.

Alonso de Contreras, hidalgo de Talavera, siendo en Italia soldado hizo un famoso hecho; y como yo de estos me mantengo, y es vianda que tan bien me sabe, convido al lector á esta. Andaba este soldado en las galeras de Malta, junto á la costa de Grecia, y de la Capitana, viendo á una milla la tierra, échase al agua un turco de rescate, que suelto traia el general en ella, de consejo. No habia tiempo; el esquife estaba embaraçado, las galeras en ancoras, y cualquier diligencia fuera negligencia en tal tiempo. Mas sin esperar á desnudarse, como estaba en calças y en jubon, se echa despues de él á la mar Contreras; da gran grita la gente de verlos ir por las olas, uno huyendo y otro siguiendo, como en tierra un generoso lebrel á una silvestre fiera; alcançale enmedio del camino, diciendo el cristiano al turco: «Vuelve, vuelve, perro.» No quiere el otro volver, antes viéndole cerca, se aferran ambos uno con otro como dos enemigos bajeles, vanse á lo hondo, y allá bajo sueltánse, y sale cada uno por su parte, miedo atónitos y soplando el agua como en tal caso se suele; y tornan cada uno como de antes á su intento. En esto pone mano á una daga el soldado, y váse contra el otro; alça la una mano con ella amenaçando que le mataria con la daga si no se tornaba á la galera; vuélvese el otro de miedo, y el soldado con la daga alta tras él. Ya en esto habian echado á la mar el esquife de su galera, en que mojados ambos y algo herido el turco los recogieron, y el soldado presentó al General el gran peçe que, estimándolo todos en lo que era justo, le dió trecientos ducados por ello, que quiso mas el soldado que renta: que segun en la vida que andan, traen la una y la otra tan á punto de perderlas.

De desengaño del mundo y de la infidelidad humana.

Venido el Emperador nuestro señor de Flandes en España para dar á su vida, recogido en Yuste, tan famoso cabo de año, pasó por Pancorbo, á doce leguas de Burgos, un lugar pequeño de la montaña, con su abreviada corte, mas lleno de buenos méritos con sus súbditos y de espectacion de grandeças y victorias y triunfos, y del final de sí mismo y del mundo con inmortal fama. Los de Pancorbo recibieron á su Magestad, como era justo, suntuosa y agradablemente, y le hicieron alegrísimo recibimiento, con servicio de un presente de gran precio y de gran abúndancia (como los moriscos hacen que antes del exordio de cualquier su pretension presentan, aunque sea un par de perdices, por ganar la benevolencia; que de toda la retórica es el mayor artificio para ganarla y despues hablan). Así los de Pancorbo suplicaron luego á su Magestad les diese cierta jurisdicioncilla conveniente á ellos; de poca importançia; el Emperador les agradeció la voluntad y el don; mas cuanto á lo que pedian, respondió que todos sus reinos habia renunciado, y que no tenia ya poder para hacerlo, ni era ya parte para nada. «Pues si es así, dijeron ellos, besamos humildemente las manos de vuestra Magestad por su buena voluntad, y volveremos á llevar nuestro presente;» y así se le tornaron á llevar, dando á entender al mundo con raro ejemplo que tanto cuanto uno puede tanto vale, por mas que se le deba, y que como un caudalosísimo rio que aventado aun los poderosísimos navíos en sus riberas temblaran, despues animales chicos le tienen en menos precio y vadeando le pasan.

En terribles golpes de espada.

El licençiado Salgero Manos Albas, honrado corregidor de Motril, en el levantamiento de Granada, año de setenta, en una famosa cabalgada que se hizo en Bacares, dió á un moço en el brazo izquierdo, con que hizo reparo, una tan brava cuchillada que le echó á tierra el codo con un geme de cada parte del molledo arriba, y otro geme del braço abajo hácia la mano, de manera que de un golpe le hizo el braço tres partes iguales, que como cola de culebra cortada estuvieron un poco las dos saltando: testigo Don Pedro de Padilla, maese de campo, y el capitan Cervantes y Françisco de Aguirre, vecino de Alcáçar, y un pedaço de nuestro campo.

De una osadía de una española como romana.

Año de mil quinientos sesenta, en Salamanca, moria de amores un caballero moço de una hermosa dama, y como nunca vinieron en su casamiento, como los de Piramo y Tisbe sus desenamorados padres, vedáronles aquello que no les pudieron vedar. Sácala él en un caballo, y ella en una mula de casa de un honrado caballero amigo de su padre. Todas las justicias de la ciudad se asonaron; sale tras ellos la diligente hermandad; repícanse al escandaloso insulto las campanas; el tiempo era tempestuosísimo de aguas; llegan á las barcas de Alconetar los dos amantes; quieren pasar por barca el soberbísimo y furioso Tajo; piden la barca al barquero, y no quiso pasarlos por uno, ni por dos, ni por diez ducados. Dábale ciento el caballero de mil que traia en un talego para el caso, porque la justicia les venia ya á las espaldas; mas ni ruego, ni

piedad, ni precio no aprovechó nada: desenvaina al fin para el barquero la espada; hínocasele de rodillas el sordo y pertinaz barquero delante, diciendo: «Señor, si vuestra merced me mata moriré en tierra, y no por mi culpa; mas si me embarco moriremos todos é irme he al infierno por me echar en este mónstruo, como desesperado, y y aun mi mujer y hijos no hallarán mi cuerpo ni me enterrarán.» Entonces el caballero dijo: «Mi señora, pasareis conmigo.» «¿Yo? señor, dijo ella; quien ha hecho por vos lo que ha hecho, por el agua y por el fuego pasará.» Tómala el caballero á las ancas de su caballo, y diciendo: «Teneos muy bien, muy bien, que Dios será con nosotros,» se echó al agua.

Los remolinos, las olas del rio eran tantas, que al principio fueron sin parecerse un rato despues, desde la orilla todos santiguándolos y encomendándolos á Dios; los veian ir como tres corchos sobre el agua; en fin, á la alta piedad plugo de los llevar en salvo á la orilla muy abajo de donde se engolfaron.

Llega luego la hermandad, venlos salir del rio remojados; mas ni en aquel ni en ocho dias no se pudo pasar la barca. En tanto llegaron ellos á Osuna; métense en la iglesia, cásalos el vicario, y hácenlo saber á sus padres, que visto su tanto amor, su tanto esfuerço y tan nueva y extraordinaria hazaña, han por bien el casamiento, y al cabo de algun tiempo envian por ellos una gentil litera y gente, y vuélvenlos con mucha fama y honra á su casa.

Del cual hecho no hay menos certeça que de que salió el sol sobre nuestro horizonte esta mañana, y hé aquí como dan vuelta unos mismos hechos á temporadas, el de Clelía y este en diversos cuerpos, como de las almas decia Pitágoras.

Siendo virey de Sicilia por el rey Felipe de España Marco Antonio Colona, el gran caballero romano, cabeça

de aquel ilustrísimo bando de los poloneses, de cuya casa fué el cardenal Colona, que honró tanto y le celebró tanto Petrarca, dos alféreces se afrontaron allí *ad invicem*, que se dieron sendos bofetones á la par; el uno era del marqués de la Favara y el otro del baron de Segullana, y muy amigos ambos. Concertáronse, por quitar diferencias y bandos, de sacarlos á matarse al campo, y de los dos los dos señores padrinos ambos. Comiénçanse á acuchillar á gran furia los dos agraviados, y en tanto dijo el Marqués al Baron su amigo: «Ea, señor, ¿qué hacemos aquí? ¿hemos como leños de estar mirando?—Pues ¿qué quiere vuesa señoría?—Que vuesa señoría y yo, dijo el Marqués, nos matemos ambos.—Pues sea en buen hora, y ponen los padrinos valentísimamente mano á las espadas con tanta braveça y estruendo, que los dos combatientes alféreces dejan su reñidísima batalla, y van á los que se mataban por su causa y pónenlos en paz á gran fuerça de cuchilladas, y todos cuatro enamorados así hechos amigos, llevólos el Marqués á comer consigo á su morada, y lo que la paz, ni la concordia, ni buenas raçones pudo acabar, lo consiguió la discordia en las armas.

De cuán útil fué á la Corona Real el rey Don Fernando, el Católico.

Entre los gloriosos reyes de España que tanto han en un cuerpo amontonado, pienso que de los mas útiles á este imperio fué el rey Católico Don Fernando, de este nombre sétimo, del cual de los reinos y señoríos que adquirió haré aquí inventario como de alhajas de su recámara.

Primeramente ganó á Castilla y á Leon venciendo en la batalla de Toro al rey de Portugal.

Item, venció en la batalla de Olmedo al príncipe Don

Alonso, hermano del rey Don Enrique por la misma causa.

Item, ganó el reino de Nápoles.

Item, el reino de Granada, que fué el postrer rey de los godos que acabó de ganar á España, despues que Pelayo comenzó á cobrarla, por lo que de ambos será su memoria perdurable.

Item, cobró el condado de Ruisellon, que tenia á esta corona usurpado el rey de Francia.

Item, las islas de las Canarias.

Mas descubrió las Indias y conquistó las islas de Santo Domingo y todas las de aquellas partes.

Mas ganó el populoso reino de Navarra.

Mas impetró de Su Santidad los tres maestrazgos, y tambien el patronazgo y provision de arzobispados y obispados que antes era á proveer de los Papas.

Mas por su persona y derechos hereditarios de ella allegó á nuestra Corona los reinos de Aragon, Cataluña y Valencia, y las islas de Sicilia, Mallorca, Menorca, Córcega, Cerdeña y Malta, Iviça y la Formentera, y otras islas del mar Mediterráneo adyacentes á España.

Mas ayuntó por casamiento de la serenísima reina Doña Juana, su hija, con el rey Don Felipe I, su yerno, todos los estados de Flandes, que como no los anduve todos, si acertare á ponerlos aquí no será poca hazaña: conviene á saber: Flandes, Brabante, Artues, Henao, Luxemburque, Frisa, Gueldres, Tirol, Borgoña, Holanda y Zelanda. Mas dejo seis ciudades en Francia, que como no se cuenta por hazaña el dinero del juego, que presto se pierde y se gana, así no se deben de contar. Lo ganado ultramarino en aquellas partes de Africa: Argel, Orán, Tripol, Bugía.

Redujo las cosas que estaban de mala data á su corona Real el marquesado de Villena, Córdoba, Cádiz y Gibraltar.

Paso las hermandades, echó los judíos como los moros de España, puso la santa Inquisicion, con que echó el seguro á la fé en sus reinos, con que con ella reinaron los Reyes en paz siempre, pues dice Dios: *Per me Reges regnant*, que no tiene nada seguro quien no estriba en esto, *et qui manet in charitate in me manet, et ego in eum.*

¿Qué haces niño junto á ese mar? preguntó á un muchacho un sábio. Respondió él: «Queria con este caracolillo sacar cuanta agua hay aquí.» La misma bobería me parece que he emprendido agora yo: querer con mi poco ingenio explicar las grandezas de un príncipe tan grande; mas tendrá un bien mi insuficiencia, que todos imputarán al artífice, y no á la honda y profunda materia, sino á mi rudeza, querer hacer tanto con el chico caracol de mi vaso.

De un galan socorro de un fuerte.

Estaba nuestro ejército en uno de los estados de Flandes, que es Holanda, sobre un lugar fuerte de los rebeldes, al que tenia en grandísimo aprieto, ni ellos tenian posibilidad de socorro por estar muy poderoso nuestro campo y muy superior al de ellos; ¿qué hacen? ya que Marte les negaba su ayuda, acuden por remedio á Neptuno, que le tienen muy enfrenado y muy á raya en aquellas tierras con sus reparos. Abren á pocas leguas de allí un dique, que así llaman los reparos de tierra y rama que tienen á la mar hechos; entra el Océano por allí con gran furia; viéndole venir, retíranse á los lugares altos de por allí los nuestros; llega la mar al pié del muy fuerte muro del pueblo, y por la vencedora agua muchos barcones y charrúas llenas de gente y de vitualla, y así á

vista de los nuestros socorrieron el pueblo: util y galan hecho que pues á los enemigos alabo, ¿quién se quejará de que con tanta razon loe siempre á los muy dignos de loor, nuestros soldados?

De cuán eficaz sea en todas las cosas la causa.

Podia muy bien ser cuestion entre los que todas las cosas disputan, cuál sea mas eficaz, la causa ó el efecto; pues lo uno sin lo otro como materia sin forma y forma sin materia no puede ser; y ansí lamentando la destruccion de Troya, Ennio dice: ¡Ojalá que no nacieran pinos en el monte Pelio, &c.! porque á no los haber no se labraran de ellos navíos; sin ellos París no robara á Elena; sin el robo no hubiera afrenta; sin afrenta no deseo de vengança; sin este estímulo no junta de griegos; sin griegos no guerra; sin guerra no asolamiento de aquella ciudad; así que el monte Pelio destruyó á Troya, y mas atrás el que no quiso dar á París la muerte, que contra malos agüeros habia nacido en casa del rey Priamo, su padre. En la religion de San Juan no castigan al que hiere sino al que dió la causa de la pendencia, que acaece el que revolvió el caso quedar muy mal herido, y curarle con mucho cuidado y regalo, y despues de sano rigurosamente castigarle, y no al que dió muchas cuchilladas, sino á quien de que se las diesen dió la causa.

Puestos á las riberas del rio Albis con sus dos campos, aquí el Emperador y allí el duque de Jasea, el rio alto no tenia puente; los enemigos tenian las barcas; no venciera el Emperador, si no fuera por un mancebo que al duque de Alba mostró el vado; de manera que un villano de Sajonia crió un potro; tomáronselo á su hijo alemanes, y el moço por vengarse dijo el vado al duque de

Alba, y el Duque al Emperador, y pasó nuestro ejército. Por eso fué vencido y preso el duque de Jassa, con una gran cuchillada por la cara; de manera que el potro que crió el sajon venció á su señor el duque de Jassa, y así un adivino pudiera decir antes al Duque: «Señor, manda matar ese potro que os ha de costar muy caro;» mas yo no soy de ese parecer remitiéndome al de la Iglesia santa, sino que lo que en tablas de diamante está escrito, que son la divina voluntad, de cualquier manera ha de pasar, que *fata viam invenient*.

Pues mostrado el camino al Duque por el moço tudesco, de los suyos muy agraviado, pasó el ejército por beneficio del humo de la artillería de entrambas partes; échanse siete ú ocho de los nuestros con las espadas en las bocas á nado, hacen con ellas maravillas en armas; por lo que yo pienso que estos nombres se deducen, españoles de espadas, porque á la espada española ninguna otra en el mundo se le iguala.

Por lo que en todas las cosas se deben de quitar las causas, porque aunque sin ellas hay en el mundo mil males sueltos, que hieren á los muy advertidos y recatados, con todo eso son mas los otros casos, y á lo menos en los que vinieren siguiendo, razon (que es el remedio) no será el hombre culpable, que es el último consuelo y descanso.

De una carta á su Magestad, de Bustos de Villegas.

Estando decretado por la Santa Silla apostólica (que es la que ata y desata en las cosas espirituales) que no tuviesen en España las iglesias jurisdicciones temporales, pues les toca la mejor parte, que es la vida contemplativa, y no esta otra activa de Marte, y que dispusiese

de ellas el Rey nuestro Señor para sus santos intentos, como cosas de ningun interés y que no rentan nada, movido Bustos de Villegas del celo de su iglesia de Toledo, de que entonces era gobernador y tenia á cargo, con su buena y pia intencion escribió al Rey nuestro Señor una discreta carta como que *honarum mentium est culpam timere ubi culpa non est*, porque culpa puede haber en lo que para suplicarlo hubo grandes causas y grandísimas para obtenerlo, pues lo concedió el Papa. Y ¿no vienen al justo los hermosos ejemplos que este pio y doctísimo varon trae, que aquellos Reyes tomaban por su autoridad las joyas y rentas de las iglesias, sin ser para defensa de la fé y sin la suprema autoridad del Señor de todo, que es el Papa? y esta que se sigue es la carta.

C. R. M. = Recibí la de V. M. de siete de este y juntamente la copia del breve que su Santidad ha concedido á V. M. para la venta de los vasallos, jurisdiccion y rentas temporales de las iglesias y monasterios, y acerca de ello haré lo que V. M. manda, advirtiendo primero por no faltar á lo que debo, que es tenerme V. M. puesto en este lugar por sombra del primado, á quien toca traer á la memoria á V. M. la defensa de la iglesia de España, ni el temor y nota de que en mi tiempo se vendan los vasallos de la de Toledo, ni otra ninguna consideracion humana me pudiera dar atrevimiento para suplicar á V. M. mande reveer este negocio, si no estuviera persuadido que hago en ello á V. M. el mayor servicio que podré hacer en mi vida, y en cosa muy importante á la conciencia, autoridad y reputacion de V. M. y á la religion y república cristiana, y segun el desasosiego que he tenido despues que recibí la de V. M. podria decir con verdad á V. M. lo que la mujer de Pilatos á su marido, que he padecido tanto (y no sueños), sino velando, que me ha compelido y forçado á dar á

V. M. esta pesadumbre y á suplicarle muy de veras que antes que se pase á la ejecucion lo considere V. M. mucho.

Y lo que principalmente me ha movido es haber visto lo contrario de lo que V. M. quiere hacer, firmado del Emperador nuestro Señor, que haya gloria, en las leyes de estos reinos y capítulos de las Córtes, donde por los procuradores le fué pedido esto mismo, y respondió que no convenia al servicio de Dios ni al suyo que se hiciese; y apretándole mas, refieren que dijo: «nunca plega Dios que quite yo á las iglesias lo que no les dí;» y tornando á consultarlo con el arçobispo de Toledo, que hoy es, y con fray Melchor Cano, y con el maestro Gallo y fray Alonso de Castro, respondieron á V. M. que ni el Papa podia dar licencia para ello, por no tener el señorío de estos bienes, ni V. M. pedirla con buena conciencia, y que ya que se pudiera dar y pedir, que no era cosa decente usar ni tratar de ella. Si ahora otros letrados han aconsejado á V. M. lo contrario, será justo considerar si son mayores que los juristas que respondieron á los capítulos de Córtes, y que los dichos cuatro teólogos, y tambien que tenemos ejemplos en la escritura de personas que con deseo de conseguir su efecto anduvieron de profeta en profeta hasta que Dios permitió que topasen con alguno que los engañase.

Conforme á la opinion de estos teólogos el breve y licencia que V. M. tiene de su Santidad no parece que relieva, y tambien se puede fundar que no basta la extrema necesidad que V. M. tiene, porque en el Deuteronomio y en otras partes de la Divina Escritura se prohibe con amenazas la enajenacion de estos bienes santificados para ningun efecto, por importante, necesario y forçoso que sea, especialmente que el estado eclesiástico con ser tan exento y privilegiado ha socorrido y servido á V. M.

con las tercias, subsidio y excusado, que son, segun dicen, cinco partes de diez de toda la renta eclesiástica, y mas, con lo que se ha vendido de las órdenes militares de los maestrazgos, que tambien es eclesiástico, y con las condonaciones pecuniarias, dejadas á parte las tercias y las pensiones y lo que se paga de ordinario por la langosta y por los cardenales, de solo subsidio y excusado ordinario paga un prelado, aunque sea hijodalgo, mas pechos y derechos á V. M. cada año que dos mil labradores, ni que cuatro mil caballeros é hijosdalgos. Para remedio de esta desigualdad considere V. M. si es buen consuelo venderle sus villas, vasallos, jurisdicciones y fortaleças, no habiendo los demas estados contribuido siquiera con otro tanto como el eclesiástico, porque realmente de pechos y alcabalas y otros derechos no paga á V. M. un seglar de veinte uno, pagando, como está dicho, el eclesiástico de diez cinco; de manera que cuando el estado eclesiástico no fuera exento y privilegiado, para justificar V. M. estas ventas era necesario que el estado seglar contribuyese siquiera con otro tanto, y si esta relacion se hiciera á Su Santidad, de creer es que no diera el dicho breve, aunque tuviera poder para darle, pues no es justo que la carga que toca al estado seglar la quiera echar por sobrecarga al eclesiástico.

Considere V. M. que estas donaciones que los santos Reyes, de gloriosa memoria, hicieron á las iglesias de lugares y vasallos no fueron graciosas, ni simples revocables, sino con grandes causas remuneratorias é irrevocables, y precediendo votos y promesas á Dios y á Nuestra Señora y á los santos, y siguiéndose victorias y dándoles Dios por ellas el centuplum de ciudades y reinos. El cual es de temer que ahora no revoque, porque en alguna manera parece que es hacer fraude á Dios y á Nuestra Señora y á los santos, que visible y realmente pelearon y

se hallaron en las batallas, haciendo los milagros que las historias cuentan, especialmente en las del infante Don Pelayo, que las hubo con tan poca gente y armas, volviéndose las saetas contra los que las tiraban, y sucediendo otros milagros y maravillas, con que se recobró España miraculosamente. Con gran raçon podria quejarse el Apóstol Santiago, de que habiendo bajado á pelear con armas y caballo en esta batalla, y mas particularmente en la de Clavijo, se le quitase ahora el sueldo que por ello le dió el rey Don Ramiro.

La santa madre Iglesia es muy delicada, y quiere ser regalada, y de donde no la tratan bien huye, y así por malos tratamientos que le hicieron en Asia y Africa huyó en los tiempos pasados, y se vino á Europa, y por la misma causa ha temido en los nuestros de algunas provincias de Europa, como son Alemania, Inglaterra y parte de Francia, y se ha acogido á España debajo de las alas, proteccion y amparo de V. M., dándole por ello nombre de Católico, en lo cual deberia V. M. considerar cuatro cosas: la primera, que no se le dé á la Iglesia ocasion que por esta causa y por nuestros pecados huya de España; la segunda, que en ley de caballero y cristiano está obligado V. M. á favorecer y á amparar al que se acoge á V. M.; la tercera, que siendo madre tal y tan santa, no es justo permitir que la despojen de su dote y joyas; la cuarta, que se daria en hacerlo no buen ejemplo á los reyes cristianos convecinos y pasto á los luteranos, porque aunque la causa porque V. M. lo hace sea diferente en efecto, el hecho y perjuicio para las Iglesias es uno mismo.

Los santos reyes Fernandos y Alonsos, antecesores de V. M., tuvieron meros estados y mayores necesidades y aprieto, porque poseian sola una parte de Castilla, y estaban rodeados de los reyes moros de Córdoba, Granada

y Sevilla, y de otros enemigos, y con todo eso para sustentar su reino y estado y ampliarle, y para conseguir victorias y defenderse de sus enemigos, tuvieron por mejor camino (como cierto lo es) dar á Dios y á las Iglesias que quitárselo, y así consiguieron en esta vida y en la otra el centuplum que Dios tiene prometido, y el nombre de santos y buenos reyes.

En harta afliccion y trabajo debia de estar el santo rey Don Fernando, que ganó á Sevilla, cuando teniendo puesto cerco sobre ella le fueron á decir los de su Consejo que ni se podria sustentar el cerco ni entretener el campo, sino se prevalia de los bienes de las Iglesias y de otros repartimientos; y respondió el santo Rey que mas queria un pater noster de ellos que tomarles sus bienes, y fué Dios servido que el dia siguiente se le entregó la ciudad sin pensarlo ni esperarlo.

Si todos los vasallos y cosas de la Iglesia se pudieran vender en un mes ó en un año y juntar los precios, y estos fueran suficientes para total socorro y remedio de V. M., fuera muy bien empleado, pero habiéndose de hacer las ventas por menudo y sacarse los dineros por alquitara (pues es cierto que no ha de haber luego compradores para todo), crea V. M. que á cabo de pocos años verná á hallarse con la misma ó mayor necesidad que ahora, habiendo hecho el daño y puéstose al peligro que está significado, dejando entre tantos triunfos y religiosa monarquía mancillado en sus crónicas, ó en las ajenas, por esta causa su glorioso nombre, y solo servirán estas ventas de enriquecer á los verdaderos enemigos de V. M., que son los extranjeros usurarios y logreros, en cuyas manos y provecho estos dineros han de parar y convertirse; de suerte, que si V. M. pone en una balança el daño tan perpétuo, perjudicial y peligroso, y en otra el poco provecho momentáneo y sin efecto, fácil y-

seguramente podrá V. M. con tiempo elegir lo que le conviene, especialmente si fuese cierta la opinion del tesórero Alonso de Baeça, que preguntándole qué era la causa porque lucian tan poco las rentas Reales habiéndose aumentado tanto, respondió que despues que los demas, y lo mismo en su casa entraban dineros del subsidio no se lograban se refiere haber dicho muchas veces el Comendador mayor Cobos, lo cual tiene fundamento en lo que en muchas partes los sábios y los santos doctores dicen.

Los graves perjuicios que de estas ventas vienen son muy notorios, y el mayor de ellos es desautorizar la Iglesia y prelados, como se hizo en Alemania y Inglaterra, que fué fundamento, orígen y principio de la perdicion de aquellos reinos y estados, que tan antiguos y católicos eran, y quedando los prelados sin nervios, autoridad y sustancia no podrán ayudar á resistir herejes, ni servir á su Rey al tiempo del menester, que, aunque en el de V. M. no sea necesario, no sabemos lo que será en los siglos venideros las voluntades pias y sufragios y memorias de los difuntos, que dieron estos vasallos á la Iglesia, quedando defraudados los vasallos que fueron vendidos, pierden limosnas y buen tratamiento, porque como no se escogen los compradores, sino que se admiten los que vienen con dineros, verisimilmente ternan mas consideracion tales compradores á pujar sus rentas que á relevar los vasallos de la recompensa que á las Iglesias y prelados se han de dar; se entiende que no puede ser justa, proporcionada ni equivalente, sino que así como el que compra joyel de oro, lleno de perlas preciosas y esmaltes por solo el peso, no satisface así el que compra villas, vasallos, fortaleças de la Iglesia por el valor de la poca renta, está claro que lo lleva por solo el peso, y que deja por pagar las prendas y esmaltes de la honra pree-

minencia y calidad, autoridad y circunstancias, que monta mucho mas que la renta y el peso.

Muy prósperos sucesos se han visto y se leen de los reyes, prínçipes y repúblicas que han atendido al aumento de las cosas de las Iglesias y templos, y muy adversos de los que han hecho lo contrario.

La mayor monarquía y mas poderoso y florido imperio que ha habido en el mundo fué el de los romanos, lo cual atribuye San Agustin á la religion y munificencia de que usaron con los templos y sus cosas; que ellos pensaban que eran de verdadero Dios; y las veces que sus capitanes y cónsules, sin su voluntad, se atrevieron á las cosas de los templos les sucedieron notables desgracias é infortunios, como fué cuando Marco Craso yendo á la conquista de los partos, de camino, por sola su autoridad y codiçia tomó del templo de Jerusalen muchas cosas de oro, y sucedióle por ello que los partos lo vencieron y mataron á él y á su hijo, y á él le echaron mucho oro derretido por la boca por matalle la sed que de ello tenia, ó mas propio y verdaderamente como ministros de Dios en castigo del sacrilegio del oro que habia tomado del templo. Desde el dia que el gran Pompeyo robó el mismo templo é hizo en él otras indecençias fué de mal en peor, hasta que perdió la vida, honra y estado, habiendo antes gozado del nombre de magno, y de tantos triunfos y victorias, y alcançado cuando menos á no tener ni consentir igual en el mundo. Por el robo de los vásos de oro que hizo Nabucodonosor del templo le vinieron muchas adversidades, y permitió Dios que de Rey se convirtiese en bestia, y anduviese mucho tiempo por los campos comiendo yerbas de él, y por solo haber usado de estos vasos el rey Baltasar, su hijo, vió aquel horrendo prodigio de la mano que escribia en la pared su muerte, y la destruccion de su reino que le declaró el profeta Da-

niel, y al contrario dió mucha prosperidad al magnánimo rey Ciro, su sucesor, porque restituyó al templo cinco mil y cuatrocientos vasos de oro y plata; liberalidad increible de gentil, si no lo dijera su Divina Escritura.

Por las grandes inmensas donaciones que el emperador Constantino hizo á la Iglesia ganó el nombre de Magno; y por lo que Dionisio y otros quitaron á los templos ganaron el de tiranos. Al rey Salomon, porque tan larga y explendidamente gastó en el templo, le pagó Dios en la misma moneda, y le dió la mayor riqueça y prosperidad que ha habido en el mundo, pues se dice en el libro de los Reyes que en su tiempo habia en Jerusalen tanta abundancia de plata como de piedras, y porque en España tenemos tantos ejemplos del tiempo de los señores Reyes, antecesores de V. M., y porque es de fé el céntuplum que está prometido á los que dieren á las Iglesias, será supérfluo entre cristianos traer mas ejemplos de la prosperidad y bonança que han conseguido los que con las Iglesias han sido largos, y así solo refiero á V. M. algunas desgracias é infortunios que han sucedido en todos tiempos y reinos á los que lo contrario han hecho; y dejado á parte lo de Nabucodonosor y su hijo, y lo de los cónsules y capitanes romanos, y lo de Dionisio y otros gentiles que presto cayeron en la perpétua infamia que he referido, al rey Jeroboan (como se cuenta en el libro de los Reyes), por echar mano á la ropa de un Profeta permitió Dios que se le secase la mano, y notan y ponen allí los santos doctores muchas amenaças á los Reyes y Príncipes que echaron mano de cosas de las Iglesias, diciendo que será causa de que sus estados caigan. Anania y Záfira, su mujer, porque quitaron á la Iglesia parte de lo que ellos mismos le habian dado, se cayeron muertos á los piés de San Pedro. Abimelec quiso alçarse por juez de Israel, y para hacer gente se socorrió de cuarenta

arrobas de plata de un templo, y dejolo Dios por eso de su mano, de manera que vino á hacer inauditas bestialidades y crueldades, y á matar sobre una misma piedra setenta hermanos suyos; y en fin se perdió y vino á morir á manos de una flaca mujercilla que le quebró la cabeça. Al mal rey Açar, por el despojo de un templo, le castigó gravemente Dios en su vida y en la muerte, y no le quisieron dar sepultura entre los reyes de Israel, y los libros de los Reyes y de los Macabeos están llenos de historias y tragedias de Reyes, Príncipes y personas, que por atreverse á cosas de las Iglesias y templos fueron miraculosamente destruidos.

El emperador Federico sacó los ojos á un secretario suyo con poca ocasion, y arrepintiéndose de tan feo caso, recibióle despues en su consejo, y sucedió que estando el Emperador en gran necesidad y no pudiendo sustentar el campo que tenia levantado, aconsejóle aquel secretario que vendiese de las cosas de la Iglesia para ello, y así lo hizo; y preguntándole otros al secretario por qué habia tan mal aconsejado al Emperador, respondió que para vengarse de él, y para que Dios le destruyese, como despues sucedió.

No pudiendo la reina Doña Urraca, hija del rey Don Alonso que ganó á Toledo, sustentar su ejército, pidió á los monjes del monasterio de San Isidro de Leon que le diesen de las cosas y riquezas del monasterio, y como ellos resistiesen, enojóse mucho la Reina con ellos, y apretándolos, respondieron que no osarian tocar á las cosas de Dios, que entrase ella y las tomase. Hízolo así, y dice su historia que saliendo con lo que habia tomado, rebentó á la puerta. Por haberse atrevido el rey Don Alonso de Aragon, el Batallador, marido de la dicha reina Doña Urraca, á tomar otras joyas de Iglesias, cuenta su historia que perdió el nombre y hechos de Batallador, y

que fué vencido de los moros, con grande ignominia, en la de Fraga, y que no paresció mas vivo ni muerto. El desastrado caso de la muerte del rey Don Enrique, el primero, al cual mató una teja en Palencia; atribuyeron algunos al poco cuidado que tuvo de hacer remediar, aun en su tierna edad, los agravios que á las Iglesias hicieron los hijos del conde Don Nuño de Lara sus fautores y gobernadores de sus reinos, y á ellos les sucedieron los desastres que cuenta la historia. El rey Don Alonso, el Sábio, como es notorio, murió lleno de infelicidades y despojado de su reino por su propio hijo, habiendo metido la mano primero en las tercias y rentas eclesiásticas. En tiempo del rey Don Juan, el primero, se hicieron grandes vejaciones á las Iglesias so color de patronazgos, y al Rey mismo le sucedió ser vencido con harta ignominia en la de Aljubarrota, y despues morir repentinamente de la caida de un caballo en Alcalá de Henares. Don Sancho Ramirez, rey de Navarra, habiéndose aprovechado en sus necesidades de los bienes eclesiásticos, y sucediéndole por ello cosas adversísimas, Don García, obispo de Jaca, su hermano, y Don Ramon, obispo de Roda, le compelieron á hacer penitencia pública en la Iglesia mayor, delante de toda su corte. Don Alonso, rey de Portugal, tuvo al principio prósperos sucesos contra los moros de Africa, y despues por meterse en los bienes eclesiásticos, murió con grande infelicidad y despecho. Al señor rey Don Manuel, abuelo de V. M., le començaron á suceder adversidades, de manera que le avisaron los suyos que era juicio y açote de Dios por haberse atrevido á las cosas de las Iglesias, hasta que persuadido por el Arçobispo de Lisboa y por otros, se desistió de ello. Al rey de Polonia Caçiamaco le sucedieron grandes desastres é infortunios por lo mucho que gravó los clérigos, y con ser para guerras contra el Turco, teniéndole tan veçino se le

levantaron sus ejércitos contra él, y dentro y fuera de su reino le sucedieron por esta causa muchas adversidades, miserias y trabajos.

Constantíno segundo, emperador de Greçia, tomó gran suma de las iglesias de Roma, y sucedióle por ello que le mataron los suyos á puñaladas. Porque Astolfo, rey de los lombardos, insistió con el Papa que todos los vasallos de la Iglesia le pagasen una moneda, y sobre ello le hizo guerra, le castigó Dios con matalle con un rayo. El emperador Oton cuarto, por malos tratamientos que hizo á la Iglesia, paró en morir descomulgado y depuesto del imperio. San Eulogio, mártir cordobés, dice que en su tiempo á los reyes moros de Córdoba les sucedian grandes y extraordinarias adversidades por causa del gravámen que ponian á las Iglesias y sus rentas. Al Xarife, rey de Marruecos, le aconsejó un judío en nuestros tiempos que para defenderse de sus enemigos, no bastándole sus rentas, podia tomar una de cuatro bolas de oro de tibar de mucho peso y grandeza, que estaban encima de una torre de una mezquita de Marruecos, é hízolo así, y despues que hubo hecho de ella gran número de doblas, y socorrida su necesidad, arrepintióse al Xarife de habello hecho, y mandó ahorcar al judío que le dió el consejo, de la torre de la misma mezquita, y el Xarife un su hermano menor le quitó la vida y el reino; lo cual atribuyeron los moros al atrevimiento que tuvo de tomar la bola de la mezquita. Lamentaciones de las historias francesas por las calamidades que han sucedido en aquel reino por esta misma causa no refiero, porque tiene V. M. entera noticia de ellas, y podemos decir que las ha visto.

Las maldiciones de los padres y abuelos, aunque ellos no sean santos ni ellas fundadas en justa causa, siempre fueron temidas en España, y cuando fuesen de antepa-

sados santos y buenos y con causa; son mas de temer, y todos los santos reyes que dieron estos vasallos á las iglesias al fin de sus privilegios ponen las palabras siguientes: «que si alguno contraviniere ahora, sea Rey ú otra persona, sea maldito y descomulgado y que se lo trague la tierra como á Datan y á Abiron, y arda en los infiernos con el traidor de Judas,» y ansi están puestas en los privilegios de la santa iglesia de Toledo, la cual tiene particulares causas para que V. M. haga merced de que no se entienda con ella lo de estas ventas. La primera, porque el rey Don Alonso, que ganó á Toledo, que fué el que dió casi todos los vasallos, no los dió al Arçobispo, ni aun á la Iglesia, sino á Nuestra Señora, y en dote, como él lo dice, y si las dotes de cualesquier mujeres son privilegiadas y no se pueden enajenar, podrá V. M. considerar si es justo que en la persona de Nuestra Señora su dote pierda este privilegio. La segunda, porque siendo esta santa Iglesia primada de las Españas, y estando en reinos tan grandes y opulentos como los de V. M., es justo que tenga mucha autoridad de vasallos cómo cabeça principal de ellos, que aun el santo papa Pio V refieren que dijo que si en Roma faltase la silla de San Pedro, que se podia colocar en Toledo en estos tiempos, y no sin causa, pues que por ella y por sus concilios se ha regido la Iglesia de Dios tantos siglos. La tercera, por haberla consagrado Nuestra Señora con su presencia cuando bajó á vestir la casulla á San Ildefonso, y haber tenido tantos santos prelados abogados de V. M., y otros tan valerosos y que sirvieron tanto en las guerras, que merecieron por sus personas que se les hiciese merced de estos vasallos. La cuarta, porque es conveniente cosa que en estos reinos haya prelado que tenga vasallos y fortaleças y autoridad para resistir herejes y servir á los reyes en tiempo de necesidad y ser

tutor de sus hijos y gobernador de sus reinos, como siempre lo han sido los arçobispos de Toledo, porque placerá á Dios dar á V. M. tantos hijos y sobrinos que quiera ofrecerle alguno y hacerle clérigo y á esta santa iglesia beneficio de darle este arçobispado, y en tal caso le pesaria á V. M. de haberle desautorizado. La sexta, porque de las rentas de este arçobispado se ha socorrido V. M. y socorre para estas necesidades con la cantidad que V. M. sabe, por lo cual solo seria justo que V. M. la relevase de esta carga. La sétima, porque el breve que V. M. tiene para estas ventas parece que no habla con la iglesia de Toledo, pues no solo excluye las Iglesias que estuvieron vacantes, sino tambien las que carecieron de pastor hasta que vuelva, lo cual parece en efecto que se puso por este arçobispado. La octava, porque siendo V. M. mas verdadero patron de esta santa iglesia que de otras, y estando su prelado preso (1) y ella constituida en afliccion y trabajo y necesitada del patrocinio de V. M., está mas obligado V. M. á favorecerla y defenderla. La novena, porque las guerras, peligros y gastos de V. M. están tan lejos de Toledo que no parece que le toca la defensa y socorro á este arçobispado. Suplico humildemente á V. M. *per viscera misericordiæ Dei nostri* y de su Madre benditísima y de los santos á quien estos vasallos fueron dados, y en nombre de esta santa Iglesia y de las demas de España y de toda la Religion, que se encomiende mucho á Dios este negocio como importantísimo y peligroso, aunque sordo; que lo mande V. M. reveer á personas cristianas y desapasionadas, ó siquiera en el tribunal de su pecho y conciencia, sin tener atencion á la poca autoridad de quien se lo suplica, sino á la razon

(1) Este prelado era Fr. Bartolomé Carranza, procesado cuando esto se escribia, por el tribunal de la Inquisicion.

y religion en que se funda, tomando ejemplo en Alejandro Magno, que yendo con poderoso ejército á tomar las cosas del templo de Jerusalen, le salió á resistir un solo sacerdote revestido, y viéndolo Alejandro con ser gentil, se apeó del caballo, y le besó la mano, y le hizo adoracion, y se volvió sin tocar cosa alguna del templo: hazaña digna de tan buen Príncipe y Monarca; ó en el rey Lotario de Francia, que teniendo para este efecto el consentimiento de todos los prelados de aquel reino, excepto uno que le dijo con gran liberalidad que si lo hacia, en breve le quitaria Dios el reino, á instancia de este solo se desistió dello.

Y sobre todo considere V. M. mucho que hace gran novedad en quitar á las Iglesias los vasallos poseidos, no solo de tiempo inmemorial, sino de trescientos y cuatrocientos años á esta parte dados, y vendidos en precio de los pecados de los progenitores de V. M. y para patrimonio de los pobres y de Jesucristo, en cuya mano consiste mas el verdadero remedio de las necesidades y buenos subcesos de V. M. que en los pocos dineros que de estas ventas se pueden sacar. Considere asimismo V. M. si habiendo tanta necesidad como sabe del favor de Dios y de las oraciones de las iglesias, si para conseguirle es seguro camino quitar á Dios y á la Iglesia, ó si será mejor hacer y decir lo que el rey Felipe de Francia, que disputándose delante de él esta misma materia de tomar las jurisdicciones eclesiásticas, estando presentes los grandes y prelados de aquel reino, y habiendo entre ellos opiniones, concluyó el buen Rey con un dicho de otro Emperador, diciendo que es mas de Príncipes aumentar lo que está dado á la Iglesia que quitarlo.

Nuestro Señor inspire á V. M., porque como tan gran Monarca estime en poco los dineros de estas ventas, y como tan católico Príncipe espere el remedio de sus ne-

cesidades de quien sin estos dineros y rodeos puede darlo, el cual guarde y tenga de su mano la muy Real persona de V. M. &c. de Toledo y de Julio 15—1574 años.

Con la cual carta se refrenó la enajenacion que se pensaba, dejando de venderse muchos eclesiásticos lugares, la cual se pone aquí para advertir á los hombres de cuánto puede una pia suplicacion ante un pio y catolicísimo Príncipe, y para suplicacion perpétua á cuantos reyes en España habrá mientras el mundo durare, y á los que de muy menores estados les apretaren para lo mismo urgentes necesidades, para que no usen de tan peligroso remedio, y porque se vea que quien habló tan libremente agradó mucho á la benignidad del Rey, pues por ello le hizo merced muy agradable.

¡Oh ejemplo maravilloso de la bondad Real! qué paciencia en los grandes Príncipes, en quien todo el poder es una virtud admirable, imitando al leon que, aunque gozques le ladren, pasa su camino real sin alterarse, ó al rey Antígono, sucesor de Alejandro, que hablando unos soldados mal de él detras de su tienda, como muchos autores dicen, oyéndolo él por de dentro, mudando la voz les dijo: «hablad paso, amigos, que si lo oye el Rey, quizá se enojará.»

Fui tu maestro, sujétate á los administradores de Dios, aunque sean publicanos y pecadores. Venga el agua á la fuente: que poco importa que los alcaduces sean de estaño ó de barro ó de otro metal.

De nombres á las cosas mismas contrarios.

Cierto es que por ciencia infusa á las cosas animadas é inanimadas puso nombre Adan; despues acá sus hijos, como somos llenos de desvaríos, ponemos á muchas co-

sas nombres contrarios. Llamamos á este orbe terrestre mundo, aunque él es inmundo harto; á la mar se llamó en latin *Ponto*, en la que ninguna puente hay, que no sabian los latinos lo de Zuazo, y á una isla del Mediterráneo *Arbol*, en la que no hay ningun árbol. Y así llaman al negro Moreno y Juan Blanco, y así se hizo á un cobardísimo y de baja suerte una copla no deselegante aludiendo á la desproporcion de sobrenombre ilustre á quien no le merecia tener, y de valiente á quien no lo era, cuyos dos principios dicen:

«Llamaros vos de Leon
Es como al negro Juan Blanco.»

Y conforme á esto hubo en nuestros tiempos dos caballeros, uno muy pequeño y otro muy alto de cuerpo, que el grande se llamaba *Niño*, que era de los caballeros Niños; el chico un grandísimo nombre de gigante *Don Pantaleon de Teves.*

De cuánto puede la industria humana.

Cuando se usaban los desafíos y campos en Italia, que llamaban duelos, que por el Santo Concilio de Trento tan justamente fueron prohibidos y vedados, procuraban los mejores padrinos que podian (como que les iba la vida en ello) desafiadores y desafiados; y hubo casi en un tiempo dos que el que primero los cogia, como al famoso letrado en los pleitos, tenia la victoria en la mano. El uno fué Maese Gaspar de Orihuela, que paró despues en maestro de esgrima del Rey nuestro Señor y de los pajes del Emperador, su padre, el cual me contaba de sus sucesos cosas notables; y el otro Millo Maniscote, que ya

era muerto, á quien él reconocia gran ventaja. El Maese Gaspar hizo á muchos vencedores con grandes dificultades; mas Millo Maniscote de cuantos sacó en campo jamás dejó de vencer nadie. Hacia á los chicos de cuerpo en las puntas de los ventalles de las celadas poner agudas navajas, con que juntándose con los altos los degollaban por las gargantas; y á los ahijados altos contra los chicos los armaba todos dejándoles lo alto de las cabeças desarmadas, adonde el chico no podia alcançar, y el alto heria en la cabeça al seguro al bajo. Y otra vez, cuando el ahijado era chico contra el muy alto, les daba celadas solas en petos, encambronadas, con las vistas tan altas, que el chico veia casi todo el cuerpo del alto, y el alto no veia al pequeño cuando se juntaban, sino los tejados de la plaça y las ventanas. Y siendo el contrario de muchas fuerças y el suyo muy débil y flaco, hinchia al suyo para que no pudiesen juntarse de muchas navajas. Otras, si su ahijado era cojo ó manco de una pierna ó de una mano, poníales en las tales piernas grevas con barras de hierro desde el quixote, tan tiesas que salian á combatir cojos ambos, y manoplas hechas de arte tan cerradas que iban entrambos mancos. Otras veces les dejaba medio lado del pecho desarmado, y tan diestros de una estocada por allí los suyos que como al matadero salian al campo los contrarios. Y si el ahijado era tuerto, hacia armas con media vista, que tenian cerrada de aquel lado la vista las celadas, y así iban tuertos y cojos y mancos ambos; y si su ahijado era flaco de complexion, ú pesado, tanto le trabajaba luchando y forcejeando y poniéndoles zapatos de plomo y gran peso en los piés y en las manos, que los sacaba en poco tiempo duros como moços de herreros y sueltos, quitados los pesos, como gabilanes; y así al cobarde, aun haciéndole fuerte, diestro y ligero, le hacia valiente y le daba ánimo como ve-

mos en los nidos de las cigüeñas y otras aves que tentando el viento y deprendiendo el vuelo de sus padres, cuando se hallan para ello suficientes, cobran para echarse á volar de una torre alta esfuerço y ánimo. Nunca tomaba ahijado afrentador, porque decia que no habia de ayudar á la soberbia, sino á los flacos, afligidos y afrentados; y así siempre daba él industria en los carteles que los suyos escogiesen las armas, que en ver las extrañezas é imposibilidades y diferencias de ellas quedaban los enemigos espantados, por lo cual todos, por mas bravos que fuesen, se templaban en toda Italia de no agraviar ni afrentar á otro: que sabian que á Dios y á la razon y á Millo Maniscote habia de tener de su parte el agraviado. ¡Varon, cierto, célebre y famoso y digno que de él se haga mencion! el cual tambien habia vencido por su persona muchos campos.

De una buena astucia de un juez para castigar un culpado.

Un médico castellano hizo un atroz caso, y el cometerlo y pasarse á Portugal fué todo uno, pensando allí estar seguro. Despachóse á ello de la corte un juez; halla al delincuente ausente, finge el letrado que es capitan que iba á la India, pónese en hábito corto y con sombrero con muchas plumas, lleva por sargento al escribano y dos alguaciles por pages hombres, y por atambor un verdugo. Entra en el mismo lugar donde el médico delincuente estaba, piden posada para el capitan Don Fulano, á medio dia, que fuese buena, porque venia muy enfermo y muy cansado; dánsela bonísima; apéase con grandes congojas, y échase en entrando sobre una cama, y pregunta si habrá allí algun buen médico que le cure. Acude luego á curarle el que no tenia cura ya; hace el juez al doctor que en una silla, allí junto de él,

se sentase; infórmase de su dolencia el médico; manda el juez que le traigan un clérigo, porque está tan malo que quiere confesarse, y tambien la justicia del pueblo, para de un direnillo que allí traia testar antes de dar el pulso. «Tal sea ¡mi vida! dijo el médico, hecho eso, señor, obrarán luego los remédios de nuestra medicina.» Prométele el juez justo pago, y que hará que salga de necesidad el buen médico, y que quizá no haya menester curar mas. Esto cumplió el juez á la letra; ni pronóstico por medicina fué tan verdadero jamás. Dice que se halla con lo hecho muy aliviado; levántase de la cama; manda cerrar las puertas; enarbola su vara de comision, estandarte de justicia Real; manda al turbadísimo médico que se confiese; él hácele saber su culpa que él sabia ya, léele la sentencia que traia ordenada, porque no muriese *indicta causa*, como se quejaron los amigos de Parmenion, que sin decirle por qué le habia Alexandro mandado matar, y en conclusion hace que el disimulado verdugo le dé garrote, y que honradamente le lleve la justicia á enterrar, espantándose mucho todo el pueblo de la súbita muerte de aquel, diciendo unos: «pues yo le ví ayer bueno y sano;» otros: «á mí me curó hoy,» y otro: «jaropado quedó; él purgó su delito, y no sé yo cuándo ni cómo me he de purgar.» Fué la primer vez que el paciente mató al médico, y el doliente al sano, haciendo vengança de los malos médicos que con autoridad de sus grados, y de lo que agora mil y quinientos años dijo Galeno mal interpretado, agora á mas de mil hombres matan.

De un agradable mónstruo de autor incierto.

Hé aquí, como yo no tengo otro principal fin de mi propia gloria, sino de acarrear al lector cosas que le den gusto, aunque sean agenas, como fué esta invencion nueva

que salió en nuestros tiempos, de que yo no sé el autor; mas Dios le dé salud ó temporal ó eterna por tan agradable parto de su entendimiento.

En estos nuestros tiempos nació un mónstruo en las malvas, hijo de madre selva y de padre no nadie, y fué su padrasto un monte alto de los que están sobre las murallas. Tiene el cuerpo de casa, cabellera de proceso, cabellos de sillero, frente de escuadron, orejas de abad, cejas de guitarra, ojos de puente, pestañas de raso, nariz de navío, ventanas de torre, boca de calle, lengua del agua, dientes de sierra, barba de ballena, cuello de garrafa, braços de mar, manos, una de papel y otra de mortero; coyuntura de negocios, muñecas de Flandes, piernas de sábanas, rodillas de fregar, y tres pies, uno de banco y otro de copa, y otro de copla, y su manera de vestir ordinaria era la siguiente:

Camisa de mujer, cuello de garça, puños de espada, jubon de açotes con aforro de chimenea, calças de Villadiego con rasos dé campo, cuchilladas de enemigos, con sus cañones, uno de ganso y otro de arcabuz, y medias de aguja, una de navegar y otra paladar; espada de espadar lino puesta en cinta de preñada, con sus tiros de artillería. Trae unas veces capa, una del verano, que es capa de pecadores, y otra de la noche, que es capa de malhechores, con sus dos capillas, una de horno y otra de cantores; otras veces trae capotes, uno de los cientos, y otro del enojado; hace su habitacion en una casa de ajedrez, que tiene una gran salarraez (1), y sus cuadras de lo que nos cuadra, cámaras de sangre y retretes de la guer-

(1) Salarraez es el nombre de un temido corsario de estos tiempos, y á no dudarlo, el autor de este ingenioso papel quiso jugar con las palabras *sala* y *rdez* (antiguamente *rafez* ó *rahes*), que vale tanto como «bajo, humilde,» y el nombre de aquel turco صالح الرايس Sáleh **Ar-ráes, ó Sáleh el capitan.**

ra, y entresuelos de escúderos, encaladas las cámaras con la de los jaeces, y enladrilladas con ladrillos de conserva. Y yeso del que se espanta, y por techo artesones en que amasan, y mazonería de truques, y las paredes de sillería hermosa de la brida y de la gineta, y sus pieças muy bien adereçadas, de campaña y de batir con cueros de viño y de lechon, y á la larga corredores de lonja y lonjas largas de tocino. La cual casa tiene hermosas açoteas de los muchachos y diversos patios, unos de viña mal labrada, y otros de conveniencia y pactos. El cual gentil hombre duerme en cama de melon con cortinas de edificio, hechas de redes de pescar, y come de ordinario su olla de vaca de Castro y de carnero de Iglesia, con manteca de colérico, y asados capones de música, perdigones de arcabuz, gallinas de cobarde, tortas de contento y de plaçer, picones de burlas, peçes de postemas, açedías de estómago, con sus frutas de postre, mançanas de espada, nueces de ballesta, guindas de borrachos, duraznos de miserables, uvas de beodos, pasas de negros, higos de sicilianos. Siéntase á la mesa maestral en un banco de Flandes; pónenle delante panecillos de dorar y roscas de colegiales, sal de donosos, cuchillos de saya, y sírvenle por pajes chicos rapacejos de mochilas y capellanes. Este tal casó dos veces razonablemente, que es cerca de ruin, una con Doña Puerca y otra con Doña Bellaca, y esta tenia por la cara un Dios nos guarde; mas era muy hermosa, con beneficio de inventario, en el rostro de citara, de color de retórico, y del gran turco Soliman. Diéronle á la tal en dote algunos cuentos donosos, y otros de lança, y por arras (1) la del obispo en Flandes; y le dió el novio lo que hizo dos anillos de espada, con sus piedras preciosas de molino y verdugado de açotes y sayavedra (2)

(1) Arras, ciudad episcopal de Flandes.

(2) Sayavedra, Saavedra, Savedra son apellidos muy conocidos.

de tela de oro de justa de tres saltos de casa, alcarchofada con alcarchofas de huerta; y el marido la hizo luego señora de dos buenos pueblos, uno de chinchon en la cabeça, y otro de puño en rostro en la cara, sembrada la tal saya de botones de fuego, y le dió botines cerrados y çapatas de Madrid, y hervillas de aparador en una arca de repartimiento de aguas, y en otra grande arcaz del linaje de los de Villafranca; y de tan buen casamiento hubieron felice generacion, conviene á saber: dos hijuelas, una de palmito y otra de repartimiento de alcabalas, á las que dió leche tierna una ama de la tercer persona del género, y las crió á los pechos reales, mamando tetas de almofrex. Y el ajuar fué un calderon de abolorio, y dos herradas del mundo, y un caço mantuano, y dos morillos de Africa para el fuego, y un rocadero de alcahuetas, y ruecas del rio, y un huso de los en que andamos, y un copo de nieve atretórino con que hilase.

De un milagro muy señalado.

Ya que á Nuestro Señor no le vale con los herejes para ser creido, y adorada su santísima vida, su alto y admirable ejemplo, su firme mas que diamante é infalible palabra (como á un hombre de bien insigne se debe creer y cree cualquier cosa, aunque sea muy grave), usa con ellos muchas veces de palpables demostraciones como los matemáticos que dicen: «Decís que lo grave no va al centro: mirad esta piedra adonde cae, y que no hay movimiento en las cosas, he aquí me veis mover; y que el agua no es redonda, mirad esta gota de agua en la mesa cuán redonda está; y que en cada cosa no hay todos cuatro elementos, mirad, pues, ese leño en que todos ellos vereis estar: el fuego le arde y consume; por los ca-

bos destila agua, y el humo qué es sino aire que sonando sale, y huyendo de los poderosos enemigos que en su casa estan se convierte en ceniza que es la tierra, en la que todas las cosas vienen á parar. Así Dios, en Polonia, á los herejes que dicen que no basta comulgar con el cuerpo, sino tambien con la sangre, y que en la hostia del Santísimo Sacramento solo su santísimo cuerpo y no su preciosa sangre está, hizo este grandísimo milagro con demostracion matemática.

Hurtaron en un lugar unos judíos el Santísimo Sacramento del altar, y *pro tribunali*, en su sinagoga, despues de escarneçido y hurlado, le dieron de puñaladas, el que no quebró como hostia de pan, sino recibió las heridas, como carne, y corrió de ellas en abundancia su sacratísima sangre. Atónitos los judíos la cogieron en un vaso, y fué luego manifiesto el gran milagro, y por el rey Ladislao los delicuentes mandados quemar, y muchos se convirtieron á comulgar como los católicos, con el verdadero cuerpo de Nuestro Señor de la consagrada hostia, viendo por clara demostracion en esto que en el vivo cuerpo hay sangre, lo uno y lo otro debajo de la visible especie de pan.

Yo sabia mucho de este milagro, y agora sé que lo han escrito los venerables Alonso de Villegas y Gonçalo de Illescas en su *Flos Sanctorum* (1), y en su *Pontifical* (2), y no quise por eso dejar cosa tan señalada, ya que tomé el escribir cosas de mi tiempo á mi cargo, y porque *cœli enarrant gloriam Dei*, y son once &c. Pues, que esto escribamos dos ó tres (pues tantos escribieron las burle-

(1) *Flos Sanctorum* de Fr. Alonso de Villegas, en cinco volúmenes ó partes, impresos entre 1591 y 1604.

(2) *Historia Pontifical y Católica* de Gonzalo de Illescas. Salamanca 1574, dos tomos en fólio: la continuaron el P. Márcos de Guadalajara y Xavier, y D. Luis Babia.

rías de los gentiles) no hace al caso, que en un navío solo no se traen las riquezas de las Indias al respecto de esto viles y de poca sustancia, sino en muchos, porque si uno se pierde, quede la hacienda en mas, y así si de estos nuestros libros con el tiempo, que todo lo gasta, se perdiere alguno, quede en el otro este famosísimo milagro.

De amistad y amigos grandes de estos tiempos.

Ser la amistad gran virtud y cosa muy difícil, aunque está tan á la mano, verse ha en cuan poca memoria hay de amigos que ha habido en tantos siglos pasados. A un hombre de bien mas que el deudo obliga la amistad, porque el parentesco es casa que se cayó, así como los que aciertan á ser huéspedes ú vecinos, en que hay de buenos y malos; mas la amistad es eleccion del claro y recto juicio asentada en sujeto digno con conocimiento de causa, y el amor que se ha de repartir en muchos, por ser muchos los deudos, no puede caber á cada uno mucha parte; mas en el amigo, porque no ha de ser mas de uno, mas fuerte estará la virtud junta que derramada. Este mútuo oficio ha sido por cuantos sabios ha habido muy alabado. De esto hizo un libro conjunto á otro *de Officiis* Marco Tulio Çiçeron, en que da avisos y preceptos muy saludables, entre los cuales el principal es que los amigos han de ser *usque ad aras*, que no se haga cosa contra Dios por el amigo; pues decia Aristóteles, con ser gentil, que era su amigo Platon, pero mas su amiga la verdad. Otra, que no se pida á los amigos lo injusto, ni tampoco se haga por ellos rogados, que en lo ilícito antes se puede llamar conjuracion que amistad la amistad entre dos malos; y todos afirman que consejeros tengan los hombres muchos mas, amigo fiel solo uno, que basta. Y

bien se redujo esta mercadurla á pocos, porque amigo fiel es muy difícil hallar, y cierto Nuestro Señor dispuso para ayuntarnos á todos en mútua caridad que unos tengan unas cosas y á otros les falten; y así del amigo al amigo es la ayuda necesaria, como lo pintó en su emblema el jurisconsulto Alciato: un cojo y un ciego juntos, el ciego llevando al cojo á cuestas que le sirva de piés, y el cojo al ciego porque no se despeñase de ojos. Por lo cual los desavenidos hombres, de pura necesidad, en una compañía y consorcio se juntaron, que el que hace çapatos calça al que le viste, y el armero arma á quien de los enemigos le ampara y le defiende, y el rico da para que coma el pobre, y el pobre trae de comer para entrambos, para sí y para el rico.

Pues porque ha habido tan pocos perpétuos amigos, porque aun como los hay es maravilla, muy grande, que las amistades ordinarias del mundo son como frutas, unas maduran hoy y se pudren luego; otras otro dia se pudren tambien mañana; de las cuales vemos muy pocas en conserva; de ellas deshace la edad; de ellas casos desastrados que acaecen dellas por su calidad; en unos y otros estados desfallecen. La edad, el tiempo y la fortuna todo lo mudan y trastornan; en habiendo alguna desigualdad, luego la amistad cojea, como ha de ser conforme en todas las mas cosas el amistad, que es como la conjuncion *quæ conjungit similes cásus et similia verba*, y como en aflojándose una cuerda toda la armonía música se desbarata, en acaeciendo algun trabajo luego el no perfecto amigo le desampara. Fué á caer uno que andaba en una maroma en Sevilla; en sintiéndolo los que le miraban y admiraban luego se hicieron á fuera, y le dejaron venir abajo. Váse uno á ahogar; nadie le da la mano; ofrécense en ausencia enojos, intereses, haciendas; la amistad luego se desbarata; en desconcertándose una ruede-

cita del reloj, luego la amistad se desconcierta; crece uno en cargos y en haciendas, luego menosprecia al amigo y no se acuerda aun del que le trajo á tan feliz estado.

San Pedro, cuando el dia de la transfiguracion santa se vió en tanto gozo, dijo: «Señor, hagamos tres tiendas aquí; para tí una; para Moisen otra, y otra para Elías, y no se acordó de decir: «Señor, venga aquí á la parte de esta gloria el que me trajo á tu servicio, y era mi hermano Andres.» Bien dijo uno viendo hacer una gran merced un Príncipe á un su amigo: ¡oh desdichado de mí, que he perdido mi amigo! sabiendo que no lo habia de conocer mas por allá.

Los reyes son los que no tienen amigos ellos ni sus privados; todo es lisonja y mentira, si no véase ¿cuándo les dicen verdad? y si no se la dicen tienen razon en parte, porque siempre es odiosa con todos esta mercaduría, y así dijo Terencio: *obsequium amicos, veritas odium parit*, que quiere decir que la obediencia y andar á gusto gana amigos, y odio y aborrecimiento la verdad. Y tambien dize de los privados, y mas cuando van cayendo, que les acaece como el trigo en esta parte, que en començando á subir su precio hay de él grandísima demanda, mas començado á bajar nadie lo quiere. De los que hubo otros tiempos, aunque fueron pocos, hubo escritores muchos; de los que ha habido en este diré algunas cosas si se me acuerdan.

El emperador Cárlos V, nuestro señor, tuvo por tan privado á Don Luis de Avila, hermano del marqués de las Navas, que despues fué comendador mayor de Alcántara, que enviándole á Andrea Doria, príncipe de Melfi, su Capitan general de la mar, le escribió con él diciendo: «Ahí os envio á Don Luis de Avila que es testigo de mis pensamientos,» y esta amistad que se llama

privança con los príncipes (porque el amor todo lo iguala) le duró inclusive hasta la vejez. Por él escogió el Emperador tierra donde, dejados los reinos en Yuste, encerróse, y Don Luis hasta la muerte con él estuvo, como San Juan al pié de la cruz con Nuestro Señor.

Muy su privado fué tambien Don Francisco de los Cobos, comendador mayor de Leon; mas fué diferente la privança como con Alexandre la de Ephestion y Cratero, que decia que Cratero era amigo del Rey, y Ephestion de Alexandre, y ansi Cobos lo fué de sus negocios del reino, y Don Luis de Avila de su persona real. Ni puede haber mayor loa en tanta multitud de caballeros que andan á la rebatiña por esta gracia, unos por la haber perdiendo hacienda, otros sangre, otros la vida, ser uno escogido en tantos llamados de un gran Rey.

El duque de Alba Don Fernando y Garcilaso de la Vega fueron muy amigos en guerra y en paz, aunque á Garcilaso unos villanos enemigos de la prudencia de esta amistad y de la vida le cortaron el hilo muy temprano. Garcilaso escribió cuán honorablemente pudo del Duque y de su linaje, y el Duque acudió siempre con favor y buenas obras á su mujer y á sus hijos despues de muerto: *inania morti munera* y *semper laus ejus in ore suo*, como lo merecia Garcilaso bien.

Entre los grandes amigos de estos tiempos se pueden contar Don Francisco de Toledo y Don Diego Pimentel, hermano del conde de Monterey, dos caballeros muy principales y ambos maeses de campo señalados, que en la infelice jornada de Inglaterra que contrastó la mar y el tiempo, y el fuego mas que los ingleses, estaban combatiendo el navío de Don Francisco y no podia socorrerle nuestra armada, «¿pues cómo tal ha de pasar en el mundo dijo Don Diego, que no podamos todos socorrer á caballero tan señalado? Y sin órden ni licença del Ge-

neral métese entre los enemigos con su galeon San Felipe, y comiença con todos á cañonearse, con lo que divierte á los ingleses del combate de Don Francisco, su grande amigo, y él hubo de la buena obra paga áspera y adversa, que fué tomado su galeon, y el Don Diego de muchos arcabuzazos muerto, y así puso con su vida y pérdida á Don Francisco en salvo; el cual, aunque se pelaba las barbas, no pudo socorrer á Don Diego en pago, ni acabar con los suyos con la espada en la mano acuchillándolos y hacer que su navío volviese para que á Don Diego, su amigo, en el honroso y riguroso fin pudiese acompañarle ó socorrerle.

Soliman, el gran emperador de los turcos, tuvo á Abrain Baxá por tan privado, que de ambos era una voluntad y de él que era señor absoluto de todo Oriente, y de parte de Mediodía y algo de Europa. Era Abrain resoluto señor suyo, que así permite Dios que á un elefante bestia terrible y fiera un triste indio le mande y le sujete.

Barbarroja Charadino, rey de Argel y de Tunez, y Dragut fueron grandísimos amigos ambos, que fué del Dragut su soldado y su hechura y su criado, que con su ayuda y favor vino á ser rey de Tripol y de Africa, y cresçer en tanto poder casi como el suyo, por tierra y por mar; el que por mucho poder no dejó meter las manos en la masa del pelear mandando; pues, murió sobre Malta, herido de un arcabuzazo por las sienes.

En fin, la amistad es una virtud rara y que la abraçan si pueden los infieles y los gentiles y bárbaros, como fué aquel raro ejemplo de Pílades y Orestes, que habiéndose hecho un delito digno de muerte en la Morea, que miraba á ambos, y condenado por él á muerte Orestes, sin ser conocido Orestes, Pílades dijo que él era Orestes, y Orestes que él lo era y no Pílades, y sobre esto des-

mintiéndose el uno al otro con grande ira, hinchen de voces el aula, aquella gloria de morir cada uno por su amigo deseándola para sí ambos eficazmente y con tanta afirmacion y fiereça, que no pudo jamás ser el delincuente conocido, siendo todos de tan nuevo caso muy espantados, y así quedó en el aire la sentencia, y no tuvo sobre quien caer el castigo sentenciado para el delincuente.

Del prudente médico.

Para todas las artes y oficios es la prudencia necesaria, como la caridad, que sin ella San Pablo dice que cuantas virtudes hay no valen nada, por estas palabras: «Si hablare en las lenguas de los hombres y de los ángeles seré como un metal sonante, insustancial y sin provecho; si tuviere don de profecía y de conocimiento de todos misterios y de todas ciençias, y si tuviere tanta fé que pasase los montes de una á otra parte, y no tuviere caridad no soy nada, y si gastare todos mis caudales en dar de comer á pobres, y si entregaré mi cuerpo al fuego así que arda y no tuviere caridad, no me aprovecha nada.» Así tenga un médico cuantas ciençias hay en su memoria, y en su estudio cuantos libros juntó Tolomeo, que fueron mas de veinte mil, y la discreta prudencia le falte, todo será para mayores daños de sus dolientes reos. Esta tuvo antiguamente el médico Cristrato que conoció en el pulso de Antioco su amorosa enfermedad, y que moria de amores de Estratónica, su madrasta, y le remedió de este arte gentilmente. Estaba muriéndose el mancebo, y callando, y conocido el amor de quien era, dijo al Rey, por lo que había al hallador ofrecido grandes premios, que ya estaba sabida la causa que al moço mataba. ¿Qué? dijo el Rey: ¡séan los dioses loados!

Señor, dijo el médico, él ama.—Pues este mal remedio tendrá, que ninguna en el mundo habrá, que porque no muera no le sea dada. ¡Oh señor! es cosa récia, no lo diré, sino me prometeis de no agraviar sobre ello á nadie. Prometióselo el Rey con grandes juramentos. «Pues, dijo el médico; mi mujer es por la que muere Antioco y ama—¡oh! por amor de los dioses que nos la dés para que con ella case.—Bien me puedes matar, dijo el médico; mas yo no consentiré tal.—El Rey le dijo gimiendo: ¡que muera mi único hijo por tal causa! que juro por los dioses que yo le diera la mia si él la amara, aunque es tanto como la vida lo que yo la amo. «Pues ella misma es, dijo el médico, por la que el honestísimo moço se va acabando; morirá sin falta.» Así, vista tan alta virtud, porque el amor por fuerça y el callar son virtud admirable, tuvo el Rey por bien que con gran dolor suyo el mortal de su hijo se curase.

Así fué tanta en Jerez de los Caballeros la discrecion del Dotor Santiago. Llega á él un rústico rabiando de dolor de la frente, que no paraba; tiéntale el pulso y vele sin calentura, y que el dolor de la cabeça era supervaneo; y vista que era la dolencia ocasionada, le dijo: «¿Habeis á dicha dormido debajo de algun árbol? Sí señor, dijo él; debajo de un nogal he estado esta mañana.—Pues eso es, dijo el médico; que allí hay mil ciento de piés; alguno por las narices se os ha entrado.»—Hace traer unos polvos para la boca; pónele boca arriba, sóplaselos por un cañuto por ambas ventanas, haciéndole estar boca arriba un rato el rústico rabiando; despues vuélvele boca abajo; hácele soplar recio por ambas ventanas; echa un ciento piés bien largo, con lo que quedó libre el rústico, dando á Dios muchas gracias por ello, y se las damos los hombres, que ya que por la necesidad de la composicion del mundo crió unas cosas para vianda de otras y para

medicinas admirables, y crió sabandijas extrañas, dió los remedios tan á la mano para ellas.

De Venecia.

Cosa es muy cierta contar los hombres en sus tierras lo que han visto en las agenas, y ansí yo diré lo que ví en Venecia cuando fuimos con el Rey, nuestro señor, donde el Emperador, su padre, en Alemania le esperaba.

Pues de camino desde Trento, ciertos caballeros y yo fuimos á ver aquella hermosa y extraordinaria ciudad, que tiene los piés en el agua, la cabeça en las nubes, segun sus edificios sublimes y altos, y cuyos braços se extienden á todo el orbe de la cristiandad; la que fundaron los venetos en aquellos bajios del mar Adriático, de miedo del cruel Atila, que los aguó en aquellos vados como aves, teniendo él ocupada á toda Italia; cuya señoría ha que procede ha mas de mil años, que dura tantos mas que el imperio de Roma; porque con su mucho consejo y pocas fuerças se conservan contra los que pueden mas, y principalmente con la fé católica y nuestra religion santa, que es la sal para conservarla, son siempre contra el mayor poder, y acostándose con el suyo como añadidura, á otra parte hacen estar en filo la balança. Tienen un Duque de cera que no hace otra cosa sino lo que el Consejo quiere y manda, que no sirve sino de dar á sus decretos autoridad; trata las partes segundas de las antiguas comedias como un enfermo que cuando está sin mas potencia, le hacen los suyos abajar ó menear la cabeça á lo que les place, ó como niño que los maestros para lo que quieren que escriba ó firme le traen la mano. Es acatadísimo en supremo grado, mas aunque se ensobervezca y hinche, tiénenle constituidos sus términos

donde no ha de pasar; no tratan de conquistas y ampliacion de imperio; solo su fin es conservarse, y porque ellos mismos no se levanten contra sí, y de las disensiones nazca el peligro que el Evangelio dice que todo reino en sí dividido será asolado, tienen personas prudentes y graves que quieten y sosieguen las discordias civiles de sus ciudadanos, cuyos dañosos ejemplos han visto tan manifiestos en los comarcantes; ni hay entre ellos quien trate de ser mayor ni mas principal.

Y lo que vimos allí es que cuando se ha de proveer algun oficio ó algun cargo, que para ellos señalan los mas cuerdos y no los mas belicosos, sino los mas mansos. Entran mas de tres mil hombres en una gran sala alta á votar, y sentados alrededor por los poyos de dos órdenes iguales como entran, no por preminencia ni anterioridad, van luego los hijos de los nobles que son ellos mismos con cestillos, como de pan bendito, llenos de pelotillas redondas de papel blancas, y reparten una á cada uno de aquellos nobles ciudadanos, y sálense luego y entran los mismos dende á poco, cada uno con una cajita de madera como linterna de tres apartamientos y cajas en la mano una blanca y otra negra, y otra colorada, con su entrada por otra por donde el que ha de votar meta la mano, y van de uno en otro de los que han de votar en los propuestos para el tal cargo.

Si al que vota le parece bien el propuesto para tal cargo, mete la pelotilla de su voto en el apartamiento blanco que sí, y si no les parece bueno en el apartamiento negro que no, y si le parece belicoso y que ha sobornado y andado pretendiendo el tal cargo, mete su pelotilla y voto en el apartamiento de la cajilla colorada, y esto es con tanto secreto que no ve ninguno por quién vota nadie; y el que pensó que todo lo tenía acabado con sus ruegos y promesas y dádivas, hallase con mu-

chedumbre de pelotillas en la cajeta y apartamiento colorado, con lo que amonestó y hizo que de él se guarden de ahí adelante, y queda por sobornador ambicioso para siempre inhabilitado. Y despues, hecho de aquesta manera con todos los propuestos, regulan ante el Duque los votos blancos, y el que tiene para el oficio mas votos aquel va. Así allí el procurar las honras es el no procurarlas; solamente con virtud y llaneza se alcanza lo que con humana diligencia se aparta, que tanto mas se resbala y desliza una anguila cuanto se aprieta mas; y era cosa de ver en una sala tres mil barbas blancas; ni es maravilla que una ciudad esté tan guardada y sègura, estando alrededor cercada de tres mil barbas canas, y así al salir hubo algunos bisoños que preguntaron que querian ver el tesoro de Venecia, como si ellos á los extranjeros lo hubieran de mostrar, y preguntándolo les dijeron que el tesoro de Venecia era aquellos viejos que la gobiernan, los que acá echan al muladar.

Del monstruoso hablar de un ave.

Siempre me querria separar de que de cualquier cosa mínima se puede escribir, como han hecho historiadores, filósofos y aun santos pasados, y mas saliendo del curso ordinario, como fué lo que agora diré de una hurraca en la torre de Don Jimeno, lugar en el Andalucía señalado.

Tenia aquí una mujer, que llamaban la viuda de Barueco, una que hablaba como lo concedió Dios, sin saber lo que dicen, á tordos y papagayos; mas ni con este límite, sino al hombre, no á ninguno de los animales, y así cuando hablan á propósito es prodigio y cosa dignísima de admirarse, como cuando el tordo respondió con

la mitad de un verso de David á Martin Papa, ¿qué piensas, Martin? le preguntó. Respondió él: «consideraba los dias antiguos, y en mi memoria tengo los eternos años.»

Pues pasando corriendo unos moços una vaca por donde esta hurraca estaba, y oyéndola uno chirriar mucho en su jaula, de una pedrada la derribó á ella y á la jaula adentro de la ventana, y la matara sino fuera por el reparo de la jaula; mas quedó medio muerta, y tardó suelta algunos dias en sanar. Vuelven á correr por la misma calle otro dia otra vaca, y como ella sintió el ruido, saltaba muchas veces afuera y adentro, y tornaba á esconderse yendo y viniendo á la ventana, diciendo á mas alta voz, consentido humano: «Vellacos, no han de andar piedras; no han de andar piedras, vellacos;» lo que se tomó por testimonio y de lo que fué testigo todo un lugar. Y aun despues les daban á los moços cuerda con lo que les dijo la hurraca. A estas aves llaman picaças en el campo, y en las jaulas hurracas, como los antiguos á su falsa diosa Minerva en las cienças, y Pallas en las batallas, y tambien se llama pega, aunque este es mas nombre portugués que castellano.

De la academia del Gran Capitan.

No solo en la conquista del reino de Nápoles el gran Gonçalo Hernandez hizo del reino la gran ganancia, mas crió (como buen hortelano que hace planteles y almáciga para trasplantar) tantos famosos caballeros y escógidos capitanes que para conquistar el mundo hubiera generales, si la ocasion se les pusiera delante; mas han sido nuestros príncipes tan cristianos que solamente han encarado á los que por grandes derechos y grandes ofensas los han provocado. De los discípulos de cuya milicia

diré algunos que se me acordaren, porque se vea cuanto el buen caçador hace buenos halcones, y cuanto el buen montero encarnando los buenos canes.

De esta escuela salió el Próspero Colona, que fué caballero y general señalado. Y el famoso Antonio de Leiva y otros muchos para cuyos hechos fuera menester historia particular, mas pues son tan conocidas, no haré mas que nombrarlos.

Don Ramon de Cardona que cañoneó á Venecia, y el ya dicho conde Pedro Navarro, y el conde Don Hernando de Andrada, y el conde de Melito Don Diego de Mendoça que de estas romerias sacaron estos caballeros y otros sus estados.

Y Don Diego de Córdoba caballero esforçado; y el Comendador Rosa que ganó á Ponblin; y el coronel Guevara que, perdido el rey Francisco y preso, á quien él entonces servia, pasó las reliquias de su ejército y su artillería á Francia.

Fué discípulo tambien suyo el famosísimo marqués de Pescara Don Fernando de Abalos.

Fuelo asimismo Fernando de Alarcon, marqués de la Valle Siciliana.

Fué su discípulo el famoso Diego García de Paredes, Hector ó Aquiles de España; y el valiente y prudente Juan de Urbina, que en la defensa de Nápoles hizo cosas tan señaladas, que le pusieron estátua alta de bronce dorado en Nuestra Señora de pié de Gruta, en Nápoles.

Aquí estudió el mas señalado ministro que pasó á las Indias, que fué el gran Carvajal, maestre de campo de Piçarro; Diego de Vera tambien fué platicante del Gran Capitan, que por tempestad terrible se perdió en Argel, que no merece poca fama el que fué igual del Emperador nuestro señor en el suceso y en la pretension de querer tomarle.

Fué tambien su soldado el maestre de campo Palomino; y el coronel Santa Cruz, y el maestre de campo Alvaro de Grado y Alvarado; y los maeses de campo Çamudio; y Rodrigo de Ruipalda; y Perucho de Garo; y Juan de Sumaça; y el coronel Villalba; y Francisco de Haro que metió pólvora en Pavía en sus caballos; y el maese de campo Juan de Vargas, de Medellin; Moreno, y finalmente Luis Piçaño que yendo á reconocer á Marsella mató allí dos franceses, y entraron con hábito tudesco en el campo horrendo de la liga de los alemanes él y Don Alvaro de Sande, y otros muy muchos, que el buen maestro saca buenos oficiales. Pues ¿cómo dirán agora que de esta mercadería hay alguna falta? Porque cuando se entra á conquistar un reino es diferente que cuando se defienden tantos, y donde la guerra es perpétua, allí hay los buenos soldados, como agora en Flandes, y así el príncipe de Parma es allí el mas valiente, sábio y plático capitan que se sabe.

De dichas ocasionadas.

Estima Nuestro Señor en tan poco las riquezas, ni de ningun hombre se han de estimar, que deja muchas veces como á caballo loco y desenfrenado correr por onde quiere el caso, y que haga de ellas á su voluntad, y ansi hubo muchos filósofos antiguos en pobreza perpétua, voluntaria; y bien considerado, ¿qué es un hombre rico sino despensero y mayordomo de sus criados, deudor y proveedor de cuantos de comer da, siervo de sus obligaciones y su censatario; guardian de su dinero; ministro de su vanidad. Mas presupongo, aunque las riquezas sean muy excelentes, el que no las ha menester en mejor estado está, como el harto que ninguna cosa se le dá de

cuantas viandas gustosas en el mundo hay, y el que no tiene sed poco le importa la pura y luciente agua, como el sábio que, pasando por una feria muy rica, de muchas cosas preciosas de oro y de plata, dijo: ¡de cuántas cosas yo no he menester ni tengo necesidad! y Nuestro Señor permite que el mayor enemigo de su servicio, que es el gran Turco, sea de los mas ricos y poderosos que en el mundo hay, y deja, como digo, á veces que á disparate las dé á quien quiere el caso, como agora se verá.

Habia dos caballeros de un mismo nombre en la corte, y para un oficio honroso mandó el Rey que se diese al uno, y el disponedor de ello se le dió al otro sin él pretenderlo ni pensarlo, y sabido por el Rey, mandó que se le diese á ambos lo que tuvo á gran dicha el que no lo pretendió, y otros lo juzgaron de otra arte; porque esto le enfrascó en hacer con el Rey una jornada muy costosa y muy larga.

Habia en Roma un muy honrado caballero eclesiástico; vacó una gran dignidad en una iglesia de España, de mas de seis mil ducados de renta; escribe el Rey por otro de su nombre ausente al Papa, provéesela el Papa luego; piensan sus datarios que era el que estaba allí, acuden á él por las albricias con la nueva; dánle sus títulos bastantes, besa á Su Santidad la mano. Cuando se advirtió el caso, ya no para hubo otra cosa lugar, y obtuvo el uno la dignidad del otro: ambos dignísimos, mas sin pretenderlo él y sin pedirlo el Rey, y sin pensarlo el Papa, como la bendicion de Esau Jacob, pensando los padres santos que á unos y no á otros la daban.

Sin pensarlo Abdolomino le hizo rey de Sidon Alexandre, que en un pobre pegujar estaba labrando; lo que pensó que era sueño cuando le fueron con la nueva, y un hermoso caballo y corona y ceptro de oro y otras insignias reales, y pensó que le burlaban; mas testificado

que sí, iba por calles diciendo á todos sus conocidos: «todo es mio cuanto veis; esta púrpura, este oro, este caballo.»

En fin, agora vereis aquí en cuan poco se deben tener las riquezas, y como donde ellas proceden los mandos, y como vienen á muchos sin pensarlo. Escribió Ciçeron á Çesar á Francia, desde Roma, en recomendacion de Marco Furio, un caballero romano, y de ahí á poco respondió á Ciçeron Çesar: «Marco Furio por quien me escribistes, ya yo le hecho rey: enviame otro por quien haga, en su obsequio cosa que sea provecho suyo.

De desdichas ocasionadas.

Tambien no hay desdichas que no vengan por ocasionados desastres. El duque Valentin, que se llamó Çesar Borja, hijo del papa Alejandro, el cual Duque fué hombre escandaloso y detestable, convidó á ciertos Príncipes de Italia para con veneno matarlos. Trocáronse los barriles del vino en que se les daba; bebieron de ellos él y su padre el Papa; mató á su mismo padre por aquesta ocasion, y él mismo estuvo á la muerte, y escapó, como era mas moço, que con la edad résistió mejor que el viejo á la ponçoña, metido en el cuerpo de dos ó tres caballos muertos.

Esta desdicha parece que fué con razon, y que de la crueldad del dante del veneno parece que todos estaban pidiendo á Dios vengança; porque matar á uno súpito y sin que se apareje para tal viaje, y á un sano y en la mitad de su edad, que pedia David á Dios que en medio de sus años no lo llevase, es mas que traidor y salteador y asesino y sicario. Mas matar por desastre á su Rey

y señor el caballerizo (1) del rey de Francia justando, y todo cuanto bien tenia y todas las esperanças de su privança, esta fué una casual desdicha para haber del matador las piedras lástima: como el caso pasó pienso que lo he escrito ya, y sabidísimo debe de ser en todas partes.

Otro miserable caso acaeció á un caballero con el Emperador en Flandes, que, habiendo estado de la gota en los piés muchos dias malo, salió al cabo de dos meses en público y á hacer su oficio de oir algunos negociantes, probando á estar un poco en pié sobre los vidriosos piés muy sentidos y fatigados. En esto llega á pedir merced al Emperador un caballero, que aun sin achaque le amoinaba; pisa muy recio un pié al Emperador, que le llegó el dolor al alma, y estuvo por ello muchos dias en la cama, y el caballero tambien adoleció de aquello, que se pudiera llamar, si lo fuera, crímen *lesæ majestatis;* pero no lo fué *quod enim crimen ejus errorem habebat* como cuando Acteon á la fuente vió desnuda á Diana. El Emperador con su bondad lo suplió, que le mandó despachar bien, sabida despues su demanda. Esta templança antiguamente usó con un barbero el católico rey Don Fernando, que le sacó una muela por otra, lo que pasó el Rey en paciencia, callando, y luego se las hubo de sacar ambas.

De un buen hecho de un caballero osado.

Hacer muy buenas cosas muchos hay que por gracia de Dios las han hecho; pero en salir bien de ellas eso es lo que á pocos es concedido por la divina piedad. Lo uno

(1) No fué caballerizo sino capitan de la guardia escocesa de Enrique II de Valois, y se llamó Montgomery.

y lo otro concurrió en lo que hizo un juez en Mérida, Alonso de Alvarado, el que mató los tres turcos en Galera, y el que en la batalla naval y en otras partes hizo muchas cosas señaladas.

Estando en la plaça de aquella ciudad, de donde él es natural, en un corro de caballeros, le dijo un hombre: «fulano con mucha gente os anda á buscar.» Él muy admirado, le dijo: «¿á mí, por qué? yo no sé que tenga conmigo nadie cosa por donde buscarme:» y estúvose quedo, y llegó luego otro con el mismo rebato. «Ya, dijo él, eso cierto debe de ser; pues él no me halla, yo lo quiero á él buscar.» Parte de la rueda con un pagecillo, y tópale en una calle con deudos y gente muy acompañado, y sin le decir nada embiste á todo el escuadron poniendo mano á su espada, y hiere á unos y espanta á otros, y hace volver á algunos las espaldas, y al que le buscaba dale en la cabeça una muy gran cuchillada. Entonces salen muchos que los desparten, y él mueve luego de allí á su paso largo; tópale la justicia envainando su espada, y díjole el juez: ¿qué es esto, señor Alvarado? Él con gran reposo respondió: «acuda vuestra merced presto allá, que se matan en tal calle.» Va allá luego el juez volando, y él *per aliam viam reversus est in regionem suam*, y así fué mucho mas del caso la salida que la entrada: que la mayor valentía es escaparse de la justicia un culpado, de la que aun los inocentes están temblando; y de dos cosas que son casi incompatibles, que son tener uno lengua y manos, él las tiene ambas, que como corto de razones es muy valiente, y como si no hubiese manos, es muy bien hablado.

De elefantes.

Por no salir agora de Mérida, diré lo que allí pasó con un elefante. Estos son los animales que de mayor entendimiento hay, y así parece que en la grandeça de su raza les infundió Dios cuanto cabe.

Pues trujeron del rey de Portugal uno á Valladolid al rey de Bohemia, Maximiliano, cuando por el Emperador nuestro señor gobernaba á España, que pasó por Mérida, y allí hizo de su entendimiento y presuncion esta muestra grande. Posaba con él el que le traia, en un meson, é hízole colgar de guadamecíes una sala baja y enramarla, echándole mucha juncia en el suelo en que pisase, y de ello mostró gran contento el animal real, mas no el mesonero huésped, que dijo: «cuerpo de Dios, hemos de hacer aquí tanta fiesta á una bestia fiera.» El le miró de mal ojo, gruñendo, como que por ello le amenazaba. Llégase su sirviente á él, quitado el sombrero, haciéndole mil reverencias delante, y diciéndole: «no haga Vuestra Señoría caso de este, que es gente que no sabe lo que ha de hacer y sin crianca.» El elefante todavía se quedó con su enojo, entre dientes regañando, de lo que entonces la gente no miró ni hizo caso; mas despues sale de su aposento el elefante á la entrada del meson, donde muchos durmiendo la siesta junto al mesonero estaban, y al mesonero de entre ellos cógele con la trompa por medio del cuerpo, y comiéncale á apretar tan recio para matarlo, que le hace dar grandes voces y abrir la boca y echar la lengua de fuera, como que se ahogaba. Acude su gobernador á priesa á los gritos, hincase de rodillas con la gorra en la mano, diciendo que suplicaba á su señoría que no le matase, y que perdonase á aquel necio por ser

su huésped, aunque tan mal criado. Entonces con voz mas mansa, como apaciguado, baja al triste que traia en el aire, y pónele ante sus piés medio muerto ya, en lo que dió claro ejemplo de la clemencia que todo hombre y mas el cristiano debe usar, tras el rigor de la satisfaccion y justa venganza.

De un estupendo y casi increible caso.

Done è voi chè le done habete in pregio,
Per Dio non date aquesta storia orecchie.

Dice el famoso Ludovico Ariosto que en español es «damas y los que las teneis en precio, por Dios no deis á aquesta historia oidos,» y mas adelante ruega al lector que pase tres ó cuatro hojas, que la historia estará bien en pié sin ellas, y lo uno y lo otro suplica al oyente por lo que al sexo femenino se debe.

En parte de este mundo malo, porque no quiero infamar (donde particularmente fué) el pueblo, hubo una doncella de honesta y honrada gente, aunque vituperable ella, la cual entrando á solas en su casa por vino en una bodega, vió en ella un gran sapo, y al principio espantada rehuyó de él de miedo, y despues el espanto acabó de perder con la costumbre, y de la costumbre vino la conversacion, y de la conversacion el darle de comer; y vínose á hacer tan grande que vino á tener diabólica amistad con ella, de la que se hinchó de cáncer, como son tan venenosos estos. Y estando de ello ella en peligro de muerte, comunicó con su confesor el mal caso, que no supo, sin comunicarlo con un teólogo, qué penitencia le daria, ni qué hacerse, del cual de ahí á muchos años sin me nombrar persona ni lugar lo supe yo cierta y verdaderamente.

El confesor, pues, entró en la bodega y al chiflo de una llave, que era de los amantes el contraseño, vino luego el mal mónstruo, el que mató luego con una ballesta, y á ella, llena de arrepentimiento y de lágrimas, le dió una horrenda y secreta penitencia en que no iguala tanta enorme culpa, y la que curó del cáncer del alma hizo curar del del cuerpo. De aquí se sigue (porque no hay mal de que no se pueda sacar provecho) cuánto las moças recatadas deben de huir las conversaciones, aun de cercanos deudos, pues entró el enemigo malo aun por tan horrible puerta, y cuánto es dañosa la soledad á este sexo, y cuán mejor es ir á la iglesia con su madre que quedarse encerrada la doncella honesta, y cuánto es mejor que todo casarlas, y añado yo al refran que «de la doncella y del potro tenga el cuidado otro.»

Y yo por escribir tan enorme culpa no parezca culpable, pues de Pasifae con el toro, y Leda con el cisne, y Mirha con su padre y otros inauditos casos por autores graves están los libros llenos.

De una (1) carta que Fray Pedro de Mendoça, de la órden de San Gerónimo, escribió al arçobispo de Sevilla, Don Hernando de Valdés, Inquisidor general, sobre la conversion del Doctor Agustin de Caçalla.

Ilustrísimo y reverendísimo señor: Ayer jueves por la tarde, el padre prior de esta casa, y yo por su mandado, fuimos á hablar al señor Inquisidor, Don Pedro de la Gorreta. En cuya conversacion estuvimos media hora, y al fin de ella nos mandó que fuésemos á hablar al Doctor Agustin de Caçalla, predicador y capellan de sus Alteças,

(1) Aquí el manuscrito decia de *otra* carta, suponiendo una primera que no se encuentra en toda la obra, por lo cual nos hemos creido autorizados á sustituir *una*.

para que le persuadiésemos confesase de plano la verdad de lo que judiciariamente le era pedido y preguntado, y le pusiésemos delante su muerte por los mas apretados términos y horribles amonestaciones que ser pudiesen, por ser varon que no era menester pequeña curiosidad y vigilancia para torcerle su gusto á ageno paladar, que este fué el principio de su caida. Finalmente, á las tres horas de la tarde, llegamos á donde residia el Santo Oficio de esta villa, y por el portero de ella fuimos llevados á donde estaba el dicho Doctor, al cual hallamos en una gruesa cadena, y un pié de amigo y otras prisiones, y le oimos que cantaba ó casi en tono decia aquel verso que dice: *deposuit potentes de sede et exaltavit humiles*, y por ser la oscuridad mucha, quisimos abrirle una ventanilla que hasta entonces no se le habia permitido abrir; y el dicho Doctor cuando nos vió, mostró haberse holgado con cierto semblante de alegría, aunque dificultoso de conocer, y dijo al padre prior: «Con razon me daba á sentir el alma que á una tribulacion tan grande me habia de suceder una consolacion tal cual la presente. Siéntese, Padre mio, donde hallare, que este lugar, aunque trabajoso, es de penitencial medicina, y plégale á Nuestro Señor, que satisfaga yo con él la mas mínima parte de mis hierros. No habia una hora, padre Prior, que imaginaba tener presente á mis ojos una grave persona, y que tratábamos del pecado de la soberbia, y me venia voluntad de predicar de él todos los naufragios en que yo por mi dañosa experiencia he caido, tanto por quebrantar el ánimo con la memoria de sus desatinados principios, cuanto por conservar el espíritu limpio para el fin que, mediante la sangre preciosísima de Jesucristo, espero tener. De suerte, que con esta imaginacion tiene ya la virtud domesticado tan duro enemigo como es este vicio.»

Todo lo cual decia con abundancia de lágrimas que le

impedian la voz y habla, y no hubiera dureza que esperara tan sangriento artificio con que mostraba hallarse arrepentido. El padre Prior disimuló como prudente, y díjole: «Grande era el deseo que tenia de verle, señor Doctor, mas no en prisiones y cadenas, como está, y agora se ha alegrado mi alma de vér que se sábe aprovechar de su habilidad y ciencia que, puesto caso que haya estado mucho tiempo escurecido el don de su doctrina, tal puede ser la fuerça del arrepentimiento que ponga la fé en firme balança y la esperanza de ser salvo en supremo asiento.»

Entonces el dicho Doctor respondió: «Padre mio, háse habido aquel supremo Redentor del mundo, Juez y médico y padre, conmigo tan misericordiosamente que, conociendo la enfermedad de mi ánima ser soberbia, y que convenia sangrarla, tomó la lanceta de su justicia, y acertóme en la vena, y habiendo evacuado tan pestífero humor, atóme con vendas de humildad, y púsome en cama de obediencia, que es este lugar y estas cadenas; y ansi doy gracias á Nuestro Señor porque mi mal reinaba ya en el celebro, que era el último y mas principal lugar que le quedaba por ocupar; y como la casa se hinchó de vanidad, convino que fuese refirmada con estas áncoras de reconocimiento, impidiéndole el camino que llevaba con estrecha cárcel y consideracion de enmienda.

Mas ¿qué me resta agora por hacer, Padre mio, para la satisfaccion que debo á estos señores padres del Santo Oficio y administradores de las causas de Dios? Y no como quiera, sino que osaría afirmar que la Santa Inquisicion fué enviada de los altos cielos, y sus estatutos, fueros, leyes y establecimientos fueron trasladados por mano de los ángeles para remedio de los que incautamente yerran, faltándoles el reconocimiento. Y que este traslado, junto con la patente, se dió al Sumo Pontífice, y de su mano

á estos señores, como á ejecutores de su honra, debido honor y reverencia.»

El padre Prior le respondió que lo que restaba hacer era confesar de plano la verdad de lo que judiciariamente le era pedido y preguntado, á lo cual respondiendo con grandes suspiros, dijo que en ese artículo no tenia mas que confesar, sino era levantándose á sí falso testimonio, y que lo que sabia y decia con mucha verdad era que jamás trató sus yerros con persona que no estuviese tocada de ellos, y muy puesta en seguirlos, y que no tenia mas que confesar.

El padre Prior le amonestó á que confesase, y estuvo confesando espacio de seis horas, en el discurso de las cuales siempre oíamos, acá fuera, los grandes gemidos y sollozos que daba. Acabado de confesar, me mandó llamar el señor Prior, y me dió una poca de colacion que traia en la manga, y rogó al dicho Doctor que comiese, y á su importunacion comimos todos, y no podia él comer bocado sin beber á cada paso, tornándole á dar el agua por los ojos.

Acabada la colacion le dijo el padre Prior que se esforçase, que le queria leer un papel que traia en la manga, y sacándole le leyó su sentencia, por el tenor de la cual era condenado á quemar su cuerpo. A este punto se nos desmayó y estuvo traspuesto espacio de una hora, y vuelto despues en sí, con la color de verdadero difunto, dijo al padre que si habria algun remedio para que no muriese, pues convertido se daba á la misericordia. El padre Prior le respondió que si confesaba de plano la verdad, que tendria remedio su muerte. Él dijo que no tenia mas que confesar, y á esta hora, que serían las doce de la noche, entraron otros letrados y religiosos de esta villa, y nosotros nos salimos. A la mañana pareció en el cadalso con una soga y una coroça, espectáculo el

mas horrendo y triste que ha representado la fortuna, porque se erizaba el pelo y se afligia el alma de ver un hombre que subió á tanta cumbre de méritos con sus Altezas, verle en tan ignominioso puesto, entregado á la mas infame y mas abatida muerte del mundo.

Llegados estos señores á sus asientos, pidió licencia para predicar al pueblo, y le mandaron que se sentase y callase, y luego pidió la bendicion al señor arçobispo de Santiago, y él se la dió. Luego le mandaron desgraduar, y á este punto de su tragedia se entristeció y lloró algunas lágrimas, aunque fueron bien presto reprendidas con un súbito ánimo que le sobrevino, dejando á los ojos que le miraban el oficio de celebrar con piadosas lágrimas sus tan desdichadas obsequias. Luego le leyeron su sentencia, y respondió que consentia en su muérte, como en reparo de su perdicion. Llevándole á quemar le rogamos que predicase al pertinaz herreruelo que delante de él iba, al cual comenzó á decir: «Mira, hermano, que vas camino del infierno, que yo sé mas que tú y mas he leido, y pues (1).....

De un honrado alférez.

En igual grado me parece que está el guardar un alcaide un castillo que un alférez su bandera, aunque el alcaide mucho mas, porque en la bandera piérdese solamente honra, mas en el perder el castillo honra y gran importancia, y ansi lo entendió un alférez en Galera una villa de la Alpujarra, que despues tomó el señor Don Juan de Austria, que por estar prolongada en un cerro

(1) Falta lo restante de esta carta-relacion, por haberse caido una hoja del libro antes de encuadernarle, ó por otro accidente.

se llamó Galera, aunque con muerte del muy honrado caballero Luis Quixada, su mayordomo mayor y su ayo, y casi padre, que así le llamaba, y muerte de otros soldados.

Pues despues de muchos casos y refriegas en que dicho alférez se habia señalado, un dia habiendo muerto algunos de los enemigos, él fué herido á una batería de un turco y tendido en tierra, el turco le sacó la bandera de las manos, y la metió en el lugar de Galera por nosotros cerrado, y él boqueando en el suelo, no se acordando de la vida que perdia al mismo punto, ni aun de lo que en tal tiempo le era mas necesario (que era el cielo), diciendo: ¡hay mi honra, hay mi bandera! al mismo punto se le salió el alma.

De un valeroso hecho de otro alférez.

Mejor dicha tuvo otro alférez, porque con igual esfuerço tuvo mejores manos. Alonso de Alvarado, caballero de Mérida, aunque casado despues en Llerena, por lo cual le podemos los de Llerena llamar paisano, fué en la misma guerra y sobre la misma Galera en el reino de Granada, alférez de Don Alonso de Vargas, hijo de Don Hernando de Vera y de Doña Blanca. En la última batería en que se tomó puso la primer bandera en el muro, y acometido de tres turcos, y viniendo con ellos á las manos, al uno mató en lo alto de la muralla, y con los dos no pudiendo ya mas, se abrazó con ellos, y hácia la parte de los suyos se dejó caer abraçado de allí abajo. Del golpe que cayó encima mató á uno, y al otro, antes que se levantase de tierra (quedando él mal herido), mató á puñaladas, por lo que despues de todo el campo y del señor Don Juan de Austria fué muy visitado,

y mas adelante le hizo el señor Don Juan segundo capitan de su guarda, y el Rey despues capitan de infantería española para Flandes é Italia, y hoy tiene doce banderas de infantes á su cargo, y está en viaje y sazon sobre mucha nobleça, de pasar adelante, como refiere Suetonio que decia César (como él anhelaba tanto por su creçimiento en poder y autoridad) que era mas difícil pasar del primer grado al segundo, que del segundo subir al último y extremidad.

De un infortunio de dos escuderos de Orán.

Ser gente muy imitadora las monas bien se sabe; que así como á los hombres parecen en sus figuras, así ellas quieren contrahacer cuanto hacen. Unos escuderos de Orán tenian á la puerta de Canastel una haça sembrada de cebada para sus caballos, que era toda su hacienda y caudal, y era en tiempo que estaba en berza y granaba ya. Saliéronla á ver, y tomando algunas espigas de ellas, volviéronse muy contentos á sus casas. Las monas que estaban allí en torno, que eran infinitas, bajan de sus atalayas, en volviendo ellos las espaldas, y como que era uso aquello, hacen lo que á los escuderos vieron hacer, y comienzan á cortar y derribar espigas; y cuando los dos de ahí á pocos dias volvieron vieron derribada antes de tiempo, y por el suelo toda su cebada, que fué el pago justo que contrahiciesen á los escuderos las monas, en pago de cuanto y con cuanto trabajo escuderos contrahacen á los caballeros en cuanto hay.

De cómo Caramami cumplió su palabra.

Tanto es de maravillar que un moro cumpla su palabra y diga verdad, como que un caballero cristiano la

quebrante y falte. Pues el Caramami, cautivo de Don Bernardino de Mendoça, que aunque le hubo Don Enrique, tornó á Don Bernardino por mejor joya como Capitan general en aquella batalla, hizo talla y no chica. Soltóle Don Bernardino sobre su palabra, y cumplió justa y cumplidamente al plaço el precio de su rescate, el cual despues corrió la mar con Dragut, y fué en parte de todos sus sucesores el mas temible, y en el hacerse señor de la ciudad de Africa el mas venturoso.

De gran esfuerço y ánimo.

A las veces con poca consideracion se hacen cosas que con mucha cordura y deliberacion no se harian. Don Enrique Enriquez, tio del señor de Bolaños, valiente caballero, que trayendo á sueldo del Emperador dos galeras en la batalla que las de España, cuyo general era Don Bernardino de Mendoça, vencieron á los cosarios junto á Arbolan, despues que echó á Caramaní, el mas principal de ellos á la mar, se vino á su galera nadando. Este Don Enrique era de la boca del Emperador en Alemania. Estaban, pues, en Augusta tres mil alemanes de la guardia ante palacio, pidiendo paga, y toda la corte y la ciudad sobre ello en arma, y porque en tales casos morir los caballeros con sus príncipes es cosa loada, Don Enrique salió de su posada como supo el caso, y con un capotillo de damasco sobre la coraça y en una haca con un lacayo solo ante sí, entra por entre la inviolable orden de ellos, y por medio del escuadron de los alemanes que al Emperador no estaban obedientes, y entonces á él y á su real persona amenazaban, y pasa diciendo: «aparta, aparta, borracho,» y haciéndole lugar todos, dando á unos y á otros de palos con su vara y sin ningun con-

traste de aquella belicosa y soberbísima gente, se entró en palacio por medio de los que alaba Petrarcha á Dios y á la natura porque puso los Alpes en medio entre los italianos y la tudesca rabia, diciendo: *provida natura est.*

De fé, firmeza y constancia.

¡Oh París! nuevo pueblo santo de Israel, ¿cómo podré yo alabar el año de 1590 tu fé, firmeza y constancia? mas te alabaré como pudiere; supla en mí Nuestro Señor tus alabanzas.

Cercado de Musiur de Vandoma, príncipe de Bearne, con poderoso ejército de luteranos, que se llamaba ya rey de Francia; mas por hereje é incapaz y excluido de todo bien, y por el Sumo Pontífice descomulgado, por no tener rey hereje ¡qué cosas pasó el católico pueblo de París en tres meses que de él estuvo cercado!

Comieron en este tiempo pan de avena los ricos, y puches del salvado della la gente baja; y á cuatro solas onças de pan de este salvado y polvos de piçarras molidas y de otras piedras con vino amasadas, y sebo de velas cocido y de ello hecho tortas y panes, y los caballeros á media libra de todas estas malas confaciones, y no mas. Comíase carne de perros y gatos, de asnos y de ratones y de caballos flacos, y cueros de ellos y de arcas cocidos y picados; y comieron mas de dos mil caballos y ochocientos muletos y asnos. Vendíanse á peso de dinero para comer hojas y yerbas incógnitas y de parras.

Las tabernas públicas eran por vino agua de regalíz y otras aguas, y en casi un més los frailes Franciscos no probaron bocado de pan, ni comian sino yerbas. Salian sobre sus cilicios y hábitos vestidas sus armas á las pe-

leas, y con sus rodelas y espadas quedábanse muertos de hambre en pié, como fantasmas arrimados á las paredes, por plazas y calles. Halláronse mas de doscientos niños muertos de hambre y echados fuera por sus padres á las puertas de sus casas, por no querer ser herejes, ni admitir Rey que lo fuese apartado de la santa Iglesia y de la obediencia del Papa.

Murieron en tres meses mas de cuarenta y cinco mil personas de esta rabia, sin se poder valer padres á hijos, maridos á mujeres, ni hermanos á hermanas, sin querer oir medios de tregua ni de paz ni de pan con los luteranos. Las ricas tiendas de joyas y de brocados otro tiempo, se tornaron entonces bodegones de mondongo, de tripas de bestias y de caballos traidos de los muladares. Comian cabezas de perros crudás, y los huesos de ellas molidos y hechos gachas, y veintidos niños muertos en los mismos cuerpos de donde habian salido tornaban á entrar y los sepultaron.

Las músicas que se oian eran horrendas alarmas de trompetas y de atambores, y cañonazos y arcabuzazos por de fuera y por de dentro, gemidos de viejos y de mujeres y niños, que boqueando se les salian las almas, diciedo: ¡Jesus, Jesus y pan, pan! Faltó tambien tanto la leña, que para cocer un mal tripicallo y unas puches de salvado de cebada y de polvos de piedras se quemaban y ardian dorados techos pintados y artesones, de que salia el oro derretido entre las llamas.

En tanto aprieto socorrió el rey Felipe de España; hizo huir los herejes y alçar el cerco y volver las almas á los cuerpos á los cercados, hinchéndoles de vitualla, y poniendo á aquel pueblo de Dios en libertad. ¡Oh bien aventurado pueblo! conformes en una fé chicos y grandes, dotos é indotos de morir por quien murió por nos haber á todos salvado. Y ¡oh bien aventurado Rey! á quien dió

Dios tanto poder que pudiese, y tanta virtud que quisiese salvarlos. En estas obras, pues, son las riquezas y los tesoros bien empleados.

Del Justador.

De las fiestas ordinarias que se hacen la justa es la mas galana y mas hermosa y mas bizarra, y con razon; pues la mas hermosa cosa del mundo dijo el Oráculo que era un caballero á caballo armado. Por lo que Curcio se echó en aquel boqueron que en Roma se habia abierto, en la plaça por donde toda se iba asolando, y con aquel tapador se tapó el abertura grande, la boca, y se le abrió perpétuamente á la fama; y aun por el deseo de ella su misma madre le tapó con su manto los ojos al caballo que retoçaba, harto mas racional en ello que no entrambos.

Pues si uno parece así, ¿cuánto mejor parecerán á una tela muchos caballeros armados, las armas lucientes y doradas, los paramentos embutidos y recamados; la variedad de las colores, penachos y plumas altas, y borlas de varios colores, colgadas las divisas diversas; las trompetas, menistriles y atabales; los padrinos, los lacayos llenos de colores, con sus bastones pintados en las manos; los pajes con sus libreas y caballos encubertados. Bien la llaman real, porque es fiesta de Reyes, y sino es en las córtes y por señores y caballeros que todo lo tienen, y hallan guisado es gran cansera (1) esta en una ciudad; que de otros se traen los caballos, de otros las armas; á uno le prestan la silla, á otro los adereços, y si á cada uno le quitasen los empréstitos, quedarian sin

(1) Entiéndase «lacayos, pajes ó escuderos.»

plumas, como el pájaro falsario que hurtaba las plumas á las aves, y desque cayeron en la cuenta, quedó de todos pelado. Como tambien estos que se meten en ejercicio ajeno son pelados, si bien esto en los presidios y en las guarniciones donde hay gente de armas bien se hace, aunque se convienen mal las armas con las calzas de paño, y con los moços de los que van á justar rotos y desharapados. En fin, ella es fiesta Real, como es tan ilustre y claro el ejercicio de las armas. Porque los toros y juegos de cañas, aunque son de mucho contento y regocijo, al fin ver toros por esos campos es cosa muy comun á todos, y tambien el ver ginetes correr la carrera y escaramuçar, aunque son bonísima fiesta los regocijos, que no se les quita su valor porque haya otra cosa mas, y sean las justas y fiestas mas raras y reales.

El justador ha de tener lo primero buen caballo, aunque parezca esto al juego de los muchachos; y el caballo ha de ser grande, ancho y fuerte, espeso, que por muchos encuentros no se resabian ni cansan. De la color no me empacho, porque cubiertos de sedas é de brocados, no se echa de ver la color de un caballo como paseando; mas aunque sea para ruar, la color es lo menos que hace al caso, aunque dicen que en un año se parecen el caballo y su amo, y por eso sería bien y por el contento que fuese de buena color el caballo, mas que para justas. En el pisar ha de ser muy soberbio y muy gallardo, que á la entrada parezca que no cabe en toda la plaça; que entre como señor del campo, abiertas las narices y bufando. Que despues se arrime muy bien á la tela, y que esté á ella muy quieto y muy sosegado; que parta muy seguro y no de tranco, y que corra con gran furia y muy menudo sobre los piés, y tan llano que se pudiese llevar á manerá de decir una taza llena de agua en la mano; que pare bien y no sobre los braços.

Son muy fuertes y muy hermosos los ruzios rodados y tordillos, castaños oscuros, bayos y alazanos tostados, aunque estos suelen ser de malas bocas y á muchas carreras se les calientan y no paran. El caballo no ha de pensar parar ni ha de ser menester que le vayan perneando, que es gran fealdad ir haldeando en un hombre de armas como milano á la dormida, como ir coleando el caballo, sino que al partir le toquen una vez las espuelas, y otra en medio de la carrera, como quien le acuerda el correr, y al parar otra, si quieren que pare redoblando.

Los piés ha de llevar el caballero iguales, como cuando un hombre anda, y un poco las puntas á fuera, porque si las llevase, como decian los del tiempo viejo, adentro mal podria picar y dar de las espuelas al caballo.

Las armas han de ser nuevas, porque tambien como todas las cosas se envejecen, como una capa y un sayo.

Las armas doradas y justas á la persona, y ellas de tal manera entre sí, que unas y otras ajusten, donde una con otra junta; y porque no suenen ni chapeen, con cuero delgado del envés estofadas. Porque es gran deslustre á un justador irle las armas como calderas sonando, ó como un armado de monumento. La celada no muy picuda, que parece gallo; ni muy fea, ni muy roma, que parece mochuelo; sino de hermosa proporcion y talle, estofada por de dentro, porque no suenen los encuentros, y bridada la cabeça, que es con un doblez de la misma estofa de tafetan ú de raso, que tome un poco de la frente con dos cintas; apretada la cabeça hácia el colodrillo de la celada, porque con el vaibien del encuentro no llegue la celada á la cara. La vista segura y pequeña, y pegada á los ojos, porque junto á ella se vea todo cuanto hay, y para el peligro guárdeos Dios que no entre raja, que si entra, no hace al caso para matar que entre un

dedo menos ú mas. El peto un poco salido á fuera en justa proporcion, para que pueda el justador alentar. La tarjeta pequeña y de buen talle, que hace á los hombres galanes; los braçales no anchos; la coraça y el talle mas alto que los huesos de los cuadriles, y que no le toquen las armas, que matarian en los lados. De braçales y grevas chicas las rodajas; los escarpes no puntiagudos ni anchos como zapatos de alemanes, sino romos como una bota; y nadie juste sin arnés de piernas, porque parece cazador, y no justador el caballero que no va todo armado, y es bueno y conveniente para no topar con los piés en la tela y contra tela y quebrárselos, y para entrar seguro entre las coçes de otros caballos. En la pierna derecha no quixote entero, sino medio, para asentar bien la lança; la arandela no muy cuba, ni muy plana, ni muy chica, sino un medio, que es donde la virtud está.

El ristre, en que consiste la mayor parte del bien justar, si muy bajo hácense mil calados con la lança y dánse mil encuentros feos; si muy alto, no se puede enristrar bien. Ni para encontrar conviene bajar mucho la lança; sino el medio antes dicho, y antes un poco alto el ristre que bajo, y no muy adelante en el peto ni muy atrás.

Los vestidos y paramentos galanes, ricos y bizarros; las divisas hermosas, discretas, nuevas, y á las personas y casos acomodadas. Los sayetes, si largo el caballero, largos, si pequeño cortos, si mediano en proporcion razonable.

La silla, si es largo de piernas el caballero, larga de ropa, porque no parezca çanquivano; si es corto, corta la ropa, porque el caballero no parezca mas grande en igual proporcion, y al justo de la corva, remediando la falta, como dicen: «que donde falta natura obre pintura,» como cuando un navío se acuesta á un lado es el seso acostarse

los navegantes á la parte contraria, y por eso es buen carguío el de los caballos, porque es esto lo que hace buen asiento. La silla no ancha, porque iria el caballero espernacado; no echada detrás, porque iria echado atrás, muy feo y mal puesto y aparejado para derribarle, sino que caiga en ella el hombre derecho, como en sus propios piés. Andar con un poco de asiento para el descanso, y no tan sobre el arçon delantero que el hombre como maleta se vaya adelante. En fin, la postura del caballero consiste en la silla; en mala silla no puede ir bien puesto por ningun caso. Las lanças han de ser cortas, gruesas, tiestas y livianas, que ser muy recias y fuertes no sirve de nada; deslómanse los caballos, desconciértanse los caballeros y quiébranse las manos; y tener mucha madera es (como aquellos bestiales indios de Arauco) mas que de caballeros y reyes, de ganapanes; que diferente es el entendimiento y virtud para gobernar qué es ser uno para príncipe, que no como acémila buena de carga, diciéndose el peso que un rey tiene á cuestas por metáfora. La lança de pino, porque de fresno ú de haya para justar (que al fin es burla) entre amigos sería la burla muy pesada, y para enemigos de las otras.

La tela ha de ser de ciento y cincuenta pasos, bien larga, que el buen hombre de armas hará mil lindezas con la lança, y el malo mil fealdades.

Agora el cómo se ha de justar, dígalo quien lo sabe. Citára yo aquí á grandes maestros de este arte, mas mi *Cárlo Famoso* (1) los dice bien á la larga. Solo diré lo que he oido y visto á grandes caballeros en esto muy hábiles, como el moço del cirujano que cura á falta de quien lo haga, aunque yo en esto (quiérolo decir) he sido de los mas ejercitados y venturosos de España.

(1) En varios lugares de su poema se entretiene Luis Zapata en referir justas y torneos.

El justador ha de estar y pasear por la tela puesto sobre los estribos, y no sentado en la silla, ni encojidas las piernas como gallina asada, sino derecho y estacado; y la medida de los estribos ha de ser que quepa entre el asiento del caballero y la silla una mano, porque si va larga, va feo y flojo y desgraciado. Pues partiendo sobre los estribos, despues que ve que el contrario se anda para partir, meneando de las espuelas á su caballo, salga muy inhiesto, la lança en cuja, cargado el cuerpo un poco sobre la lança y con mucha disimulacion; con tanta fuerza sobre ella, que como yo del mucho uso tenga en el muslo saltada la sangre del cuento de la lança, y llevando la lança un poco en cuja, en asentando el curso el caballo, sáquela retorciéndola alta, y póngala con un repulgo, y mas arriba torciendo la mano con buen aire en el ristre, y con otro la requiera, y poco á poco siga la raya, bajando sin calada. Y para no hacer caladas, aprovecha, como he dicho, el ristre un poco alto, que no se abraza el brazo con la lança; y aprovecha tambien para que con facilidad, sin hacer desden, barreando, le salga la lança de la mano, aunque el barrear se debe de excusar, porque es de las cosas feas que en el caso pasan. Pues bajando poco á poco, ha de acabar de bajar al punto que llega al encuentro al contrario.

Otros hay que bajan de golpe, que llaman pescar; esto no lo apruebo, porque mil veces se yerra el encuentro y se da en el contrario y en la tela palos, y se encuentran la tela y el caballo, y se hacen otros encuentros feos muy desgraciados. Lo que parece muy bien es volverse un poco el cuerpo al encuentro, que se dan mucho mayores y da buena gracia; que cualquiera cosa que menee un hombre armado parece bien, puesto que semeja vivo aquel cuerpo fantástico, y que no es todo hierro. Esto hacia galanamente el señalado caballero Don

Diego de Córdoba, que se sacudia muy graciosamente con las armas, con la loçanía que se sacude un halcon en el aire. Mas de postura en la silla ninguno de los hombres al rey Felipe, mi amo, hizo ventaja; no quebraba muchas lanças, porque esto es mas que certeza, caso.

Pasado el encuentro, ha de tornar á la cuja el cabo de lança, y luego echarle sin daño de los circunstantes. Luego correr otra y otra sin parar, de manera que tan presto corra como vuelva; mas esto ha de ser quebrando la lança, porque si fuese una y otra sin quebrarla, antes sería cosa de risa y embarazar la tela sin hacer nada, y le podrian decir que es justar mal y porfiar. Si se desalentare el justador por correr muchas carreras con el sabor de justar, háse de apartar á un aparte con achaque de que le alargue ó acorte el estribo un lacayo, ú que el padrino ú el armero le apriete la llave, como que lleva desguarnecido algo, como hacen los músicos que, cuando están cansados ú no se les acuerda que decir, encomienzan á templar. Lo que no hice yo en una justa partida, una vez, en la folla del parque de Bruselas, en Flandes, que me aparté á una parte de haber corrido muchas carreras, tan desalentado, que estando echado sobre el arzon de mi caballo me llegó Don Françisco de Mendoça, hijo del marqués de Mondejar, con mandado del Emperador nuestro señor, á decir que justase, que se perdia mi parte que iba de ganancia, lo que yo no pude obedecer en gran rato, como dicen que no le obedeció una vez un caballero justando, que pensando que lo hacia de cortés el no encontrar á su Magestad, le envió muy de veras á mandar que le encontrase, y el caballero le respondió que no podia encontrarle, y que juraba á Dios que no deseaba por entonces otra cosa mas.

Las follas son muy agradables, que se ven quebrar muchas lanzas, y el que la corriere ha de encontrar á uno

y á otro hasta que no le quede sino la empuñadura y el cabo de la lança, y hasta el último fin de la carrera no ha de sacar del ristre el cabo, porque por allí no le entre ningun encuentro, hallando sin arandela desarmada aquella parte.

Y si perdiere la lança por barrear, y por haberla en la folla acabado, vuelva atrás el braço y pase así la carrera, porque no se la quiebren y hagan pedaços.

Por eso las justas partidas son mas agradables, porque lo que la gente ama es ver quebrar á priesa muchas lanças; y en la mantenida no se puede esto hacer, porque á cada carrera es menester esperar cómo se han de oir á justicia las partes.

Así que el justar bien consiste, si es un hombre de buen entendimiento y no maniaco, en buen caballo y buenas armas; y las armas en tres cosas: bien concertadas, bien puesto el ristre, que cumple para el encontrar y llevar buenas lanças; bien hecha la silla para la postura del cuerpo, y la vista de las armas bien concertada para ver lo que se hace.

Hay justa de guerra y de targeta y de regocijos, que todo entra debajo de unos mismos casos; mas justo es con la justa acabar ya, y que yo me salga de la tela, y que pues de varios hilos es la de mi historia, sea ya de otro hurdiembre la trama.

De los extraños sobrenombres que hay hoy en un pequeño lugar.

De los apellidos hay tantas diversidades, como son la multitud y variedad de gentes, que unos se toman por hazañas, como Mucio romano tomó *Scevola* de la mano quemada; Cipion de la conquistada Africa *Africano*; grandes de su grandeza como el *Gran* Alexandro, Pom-

peyo *Magno*, Cárlo *Magno*, Quinto Fabio *Máximo*, Constantino *Magno*, el *Gran* Tamorlan, el *Gran* Capitan; *Machucas* de poderoso braço; *Osorios* de ser osados.

Otros de señales de sus personas ú ajenas, como Ciçeron de una berruga que tenia en el rostro á manera de garbanzo, que es lo que *cicer* en latin significa; y así los Fabios de *faba* ó haba; Çésar de *ceso* (utero) que le sacaron á sus pasados del vientre de su madre cortándole, ó de *cesaries* por la gran cabellera de uno de los suyos. De abispas que tenia en las narices Vespasiano, y se le quitaron despues que destruyó á Jerusalen, por las maldades que contra Nuestro Señor usó, de las que no hicieron penitencia en cuarenta años; y *Cerda* por una que el infante Don Hernando de la Cerda sacó del vientre de su madre.

Otros tomaron sus sobrenombres de otras naciones, por venir sus gentes de allá, como los Manriques del nombre aleman *manric*, que quiere decir hombre rico; *man*, hombre *ric*, rico, y Guzman que quiere decir hombre bueno; *Gut* bueno, *man* hombre, y Pacheco de un caballero de Julio Çésar; Castro, de Castrino, otro caballero suyo que en la batalla farsalica le dijo que venceria, y arrojó en los enemigos la primer lança.

Otros apellidos hay de cosas honrosas y dignas de preciarse, como Calderones, porque hacian en la guerra plato que solia ser de gran estima: pendon y caldera; *pendon*, de traer gente á su costa en servicio de sus reyes, y *caldera* en la que para muchos se adereçaba de comer en la guerra y hacer plato. Abarcas y Zapatas de venir del rey de Navarra Don Sancho Abarca, porque las traia cuando no conocido quién era, se crió en ellas en vil hábito.

Otros del efecto, como los caballeros de Guevara se llamaron Ladrones de aquel ladron que sacó al rey

Abarca de la laçada, y los príncipes de Italia Deste, duques de Ferrara, porque les dijo un Rey: «este señorée aquí;» cuando les dió á Ferrara, quedándoles *Este* por sobrenombre, en memoria de tan ilustre dádiva. Y acá los caballeros de Arellano, se llamaron ansi, porque viéndose un rey en gran peligro, se encomendó á un su caballero, y le prometió que si de él le sacaba le daria una villa ú estado, que es hoy del conde de Aguilar, cabeza de este linage.—Pues fírmelo vuesa Alteza,» dijo el caballero, y el Rey dijo:—No hay pluma ni papel,» que estaban á caballo, y el caballero dijo: Señor, sea en este arenal llano con esa lança. Firmó de esta manera el Rey, y guardó el caballero la arena en un paño, con la que despues hizo fé de la dádiva, y se llamaron despues sus descendientes los condes de Aguilar, *Arellanos*, de aquel arenal llano.

Los mas en esta España son de sus tierras y naturales lugares donde nacieron ellos y sus pasados, aunque era cosa comun á muchos, mas siendo tales sus hechos y sus grandezas hicieron propio el nombre comun y general como de Austria, de Castilla, de Mendoça, de Haro, Sepúlvedas, Balmasedas, Tovares, Córdobas, Toledos y Avilas, y otros mil que no se pueden contar en los que hay en todos los linages de buenos y de malos.

Otros sobrenombres hay á disparate, que ni se tomaron por nada ni significan nada, como Roma, y si dicen que de Remo, parece disparate, Sevilla, Cataluña, Toledo, Sicilia, Aragon y otros mil, como de personas Velasco, Fajardo, Bazan, Guevara y otros semejantes. Mas cuantos linages y apellidos hay son buenos ú malos, como por las partes que el agua pasa que á eso sabe; si por oro, oro, si por cieno ó pierazufre huele mal; si por raices amargosas, amarga; asi, si por grandes varones pasa cualquier apellido, será él grande y admirable; si por

viles y apocados abuelos, huele mal ó amarga. Otros hay de agradecidos criados con consentimiento de sus amos, que toman el nombre y armas de ellos, en memoria de quien los levantó, en lo que los unos y los otros son honrados.

Mas los apellidos extraños que hay hoy en un pequeño lugar son los siguientes:

Cabeças, Manosalvas, Barrigas, Tobillos, Piés, Carrillos, Cabellos, Barbas, Crespos, Peinados, Blancos, Rubios, Bermejos, Morenos, Toros, Becerros, Corderos, Borregos, Merinos, Machos, Chivos, Gatos, Leones, Zorros, de los Puercos, Palominos, Patiños, Palomas, Perdigones, Bordallos, Grillos, Sotos, Carrascos, Sarmientos, Viñas, Olivares, Naranjos, Olivos, Morales, Almendros, Olmedillas, Higueras, Romeros, Espinos, Piñas, Huertas, Manzanas, Escobares, Flores, Rosas, Centenos, Almirones, Ramos, Céspedes, Fuentes, Puentes, Portillos, Pilas, Peñas, Pizarros, Cantos, Cañuelos, Cañetes, Campos, Illanes, Hoyos, Rios, Arroyos, Montemayor, Monterroso, Montoya, Plazas, Calles, Capillas, Morillos, Sierras, Solanas, Riberas, Puertas, Portillos, Casares, Montaños, Barrosos, Pozos, Calderones, Oladas, Piésdorados, Guerreros, Santos, Tostados, Amor, Amores, Amadores, Caperuzas, Garridos, Lozanos, Panduros, Tunes, Capitanes, Merchanes, Reyes, Pages, Guerras, Paces, Roldanes, Oliveros, Casados, Canos, Cadenas, Ropones, Rompedores, Mesas, Sillas, Pardillos, Garzones, Hidalgos, Caballeros, Escuderos, Condes, Duques, Marqueses, Chillones, Hilones, Engorrillas, Francos, Parientes, Garzones, Barraganes, Gallardos, Corchuelo, Corros, Villates, Uñates, Matamoros, Corvos, Centenos, Chiquillos, Morillos, Horrillos, Mariacas, Malacastas, Duranes, Capados, Gordos, Gordones, Gordillos, Delgados, Delgadillos, Pardillos, Cardenas, Zapatas.

Y lo que mas de admirar es, porque se vea la vanidad del mundo, que no dejará ninguno de estos su apellido, aunque le maten, ni trocará el suyo por el ageno (pues alguno se engaña), ni les basta el miércoles de cada cuaresma acordarles la santa Iglesia: «acuérdate, hombre, que eres ceniza y que en polvo te has de tornar;» demas de que cada hora se lo están acordando mil dolencias y desventuras y trabajos.

De que dicha y bondad no caben siempre en un saco.

Pedro Hernandez de Villafranca, vecino de Córdoba, hombre muy discreto y de muy buena gracia, decia por sentencia particular suya: «Desdichado como hombre de bien, como son los que la fortuna trae muchas veces bando á la gresa (1) manera de hablar, porque en la verdad todo es lo que Nuestro Señor permite, y hace que á unos da desdichas por probarlos y aprobarlos, y á otros para que tengan algun contento acá, y á otros porque acá y allá es servido de dársele.»

De tres casas de la Real muy crecidas y aprovechadas.

Cuando veamos unos árboles de muchos pimpollos, muy crecidos y muy medrados, por estar en muy fértil tierra, ú son de muy buen beduño y casta, ó los cultiva y labra buen hortelano, ú todo junto, jardinero, casta y aire: todo lo cual concurrió en los caballeros de que haré mencion, é no porque se haga de unos hermosos árboles dejarán otros hermosísimos de ser muy loables; mas estos troncos tuvieron muchos hijos y todos personas señaladas.

(1) Así en el original que está muy claro, aunque no lo es tanto lo que nuestro autor se propuso decir.

La casa de Alba tuvo en nuestros tiempos estas hermosas plantas y crecidísimos ramos. El duque de Alba Don Fadrique I, tuvo en el mundo el lugar que todos saben: capitan general de los reinos en sus jornadas de guerra, y en la córte flor de todos los príncipes cortesanos. Fueron sus hermanos Don Hernando de Toledo, comendador mayor de Leon; y Don Pedro de Toledo, virey de Nápoles; y Don Diego de Toledo, gran prior de San Juan; y Don Fadrique de Toledo, comendador mayor de Alcántara; y Fray Juan de Toledo, cardenal de Búrgos; é Don Luis de Toledo, señor de Mançeda; y Don García de Toledo, señor de las Villorias; y Don Hernando de Toledo, señor de la Horcajada; y Don García de Toledo, su hijo mayor, que murió en los Gelves, en servicio de Dios y dè su santa fé y de su Rey, y en honra de su patria, dèl cuál brotó el alto y realísimo árbol Don Hernando Alvarez de Toledo, duque de Alba. Muchos ha habido en España muy señalados, mas tantos como en la casa que aquí digo, arguye su buena casta, la fértil tierra de tales personas, España, é la larga é industriosa mano del hortelano; mas no es maravilla siendo todos del Rey, hijos de su primo hermano. Vamos adelante.

Vino un hijo del marqués de Mondejar en mi tiempo á la córte, y díjole el comendador mayor Don Pedro de la Cueva: «¿á qué vienes acá? ¿qué, ya no tiene el Emperador que darte, que todo lo ha dado á tu padre é á sus hermanos?» Fué el marqués de Mondejar presidente del Consejo Real, y sus hermanos Don Antonio de Mendoça, virey de la nueva España; é Don Bernardino de Mendoça, capitan general de las galeras de España; Don Diego de Mendoça, embajador de Roma; Don Francisco de Mendoça, obispo de Jaen y cardenal; y el conde de Tendilla, hijo del marqués de Mondejar, capitan general del reino de Granada y virey de Nápoles.

Y de la casa de Alburquerque hubo á una mano estos grandes hombres hermanos en esta temporada: el duque Don Beltran, virey de Navarra; Don Pedro de la Cueva, comendador mayor de Alcántara; Don Luis de la Cueva, capitan de la guardia del Emperador; Don Diego de la Cueva, comendador de Castilnovo, que succdió despues al Duque su hermano, el cardenal de la Cueva; Don Antonio de la Cueva, mayordomo mayor en la casa Real de la Reina nuestra señora, señor de la Ladrada; Doña María de la Cueva, condesa de Urueña, que fué dama de la Emperatriz nuestra señora; y como he dicho, en otras y en otras casas han salido en este fértil tiempo aquí y allí preciosísimos árboles por sí solos *quasi oliva speciosa in campis*; mas no veo yo en ninguna casa como en estas que he dicho juntos tantos hijos en una era, y tan goçados.

Del cerco de París.

¿Qué loores no merece el católico Felipe de España, que estando la populosa y católica ciudad de París cercada de herejes y luteranos, y venida á tanto extremo de hambre que comian perros y gatos, caballos y asnos, y hasta las cosas que no tienen nombre, parecieron á vista con el príncipe de Parma, por mandado suyo, las banderas del católico ejército de España, y vistos por los enemigos herejes alçaron el cerco, cogieron sus velas y volvieron las espaldas, y al fin dejaron la sangrienta y cruel presa y empresa desamparada?

Panduntur portæ; juvat ire et diabolica castra,
Desertos videre locos, littusque relictum,

que quiere decir: «ábrense en París las puertas de par en

par; huélganse todos los de la ciudad de ver los reales del diablo y los sitios de ellos y riberas del rio desamparados.

Pues ¿qué corona obsidional merece el Rey por haber descercado á Paris? Cuantas mil coronas cívicas por haber salvado en él con sus familias cien mil ciudadanos, y cincuenta mil forasteros estudiantes, y tantos niños y mujeres y viejos inocentes y miserables, y tantos clérigos, monjes y frailes, contra los que los herejes se encruelecieran mas? Ni aun perdonaran en los templos y paredes á retablos, bultos sagrados é imágenes!

Pues ¿qué fama en el mundo se le debe, y qué gloria en el cielo se le ha de aparejar y dar despues de sus dias largos, por haber librado de las sacrílegas manos las reliquias santas de los santos y mártires, que innumerables en aquella ciudad hay? Yo pienso *(si fas est dicere)* que en el cielo hubo gran memoria de tan pio y de tan valeroso acto, y que por Dios se gratularian unos con otros los santos, viendo sus cuerpos y miembros que yacian en Paris incorruptos y enteros por privilegio particular, libres ahora de nuevos martirios de fuego y de yerro y de vituperios y escarnios de las sacrílegas, impías, cercadoras manos, y que volverian al Rey de la gloria, en cuya virtud el rey de España hizo y se obra todo sin pensar, diciendo *Te Deum laudamus.*

De temblores de tierra.

Cómo estos naturalmente se hacen es cosa tan sabida que no hay para qué tratar de ello; porque siendo en las cavernas de la tierra mas el aire que el vaso de ellas, como en el continente no cabe el contenido, busca por

donde salir, aunque sea como Encelado, echando la tierra que tiene encima de á cuestas y

qua data porta ruit ac terras turbine perflat.

Esto suele ser mas en las tierras á orillas de la mar que en las de en medio, y mas es de maravillar cuando acaece en las mediterráneas tierras.

Estos temblores solamente en mi edad, que ha sido gracias á Dios bien larga, de sesenta años, y á 16 de este Noviembre de 593 será de 61, los he visto solamente dos veces; la una dos ó tres años ha en Llerena que duró una Avemaría, y temblaron casas y mármoles con estruendo, y otra en Évora, en Portugal, año 93, estando en casa del conde de Tentubal (1), mi cuñado, y pensando que en un gran estruendo que hubo que entraba en casa algun carro no hubo carro, ni otra cosa, sino un breve y gran temblor de tierra, y vino luego nueva que habia temblado en toda Evora.

De un prudente advertimiento.

Cuán buena cosa sea un buen parecer á tiempo, en lo que agora diré se verá. El clarísimo conde de Feria Don Pedro, viéndose ir por una dolencia cuesta abajo, que le atajó mil gobiernos y mil cargos, de que era bien merecíente, trató de casar una hija que tenia sola heredera de sus dos estados, marquesado de Pliego y condado de Feria, con Don Gomez de Figueroa, su hermano, capitan de la guarda del Rey, por no dividir las dos casas, que el condado de Feria de derecho le venia á Don Go-

(1) Así, pero quizá haya de leerse Tentugal, que es título y apellido de una familia portuguesa.

mez, que mujer no le heredaba. Y estando en los capítulos ponia en la escritura el escribano: «Y que el dicho Don Gomez se obliga de pagar todas las deudas del Conde, su hermano, que serán mas de doscientos mil ducados;» mas Luis Venegas, que era un caballero muy prudente, y que á todos los habia criado, dijo: «No se ha de poner así, que se obliga el señor Don Gomez á todas.» Pues dijeron todos por ciento y cincuenta mil ducados de renta no se obligará á doscientos de deuda.—El dijo: y ¿si el casamiento no se hace? Todos se espantaron mucho, diciendo que cómo no se habia de hacer cosa tan importante, ¿puede ser? dijo Luis Venegas.—Sí puede ser, dijeron todos; mas tal cosa no es de pensar.—Ahora póngase, dijo él, que si no se hiciere, no pague el señor Don Gomez mas de las que están sobre la casa de Feria situadas.—Así sea, se resolvieron todos, y así se hizo; y el casamiento no hubo despues lugar, dejando el conde Don Gomez por amores, veinte villas, y diez y seis pueblos de vasallos, y cien mil ducados de renta en tan buena parte, que á no lo advertir Luis Venegas, creyendo que lo que no se piensa puede ser, quedára el duque de Feria Don Gomez con carga de doscientos mil ducados sobre solo el ducado de Feria, gravísima aun para entrambos estados.

Pues otra cosa pasó así en los tiempos pasados. La dehesa de Tablada, que está junto á Sevilla, era de un caballero, la que por ser tal y tan importante la trocaban con él, dándole, como le dieron, á Frexenal y su tierra, que son de mas de cuatro mil vasallos. Pues al hacer de las escrituras ya que estaban para otorgarse, dijo un avisado veinte y cuatro; y ponga ahí que si el señor fulano muere sin hijos que vuelva á Sevilla Frexenal. ¿Quién tal pensára, teniendo el caballero no sé cuantos, por lo cual se puso la condicion como al des-

gaire. El caballero despues murió sin hijos, volvió Frexenal á Sevilla, y quedó, como hoy está, con Frexenal y Tablada, para que se vea cuánto un sábio consejo en paz ú en guerra hace al caso, y de unos hombres á otros cuánto va.

De un valerosísimo alcaide contra turcos.

Digno de perpétua alabança es Nicoliche, un caballero húngaro, criado de Fernando, Rey de romanos, que fué Emperador despues, que puesto por su Rey á la guarda de un castillo á los confines de Hungría, que se llamaba Ginon, le defendió del Gran Turco, que fué sobre él en persona con doscientos mil hombres y cincuenta mil caballos, año de quinientos y treinta y dos, cuando el emperador Don Cárlos se opuso á su avenida, y el buen alcaide le defendió hasta el fin de la jornada, con muerte de muchos turcos y grandísimos daños.

De un criado traidor.

Hemos dicho de un fiel alcaide; digamos luego de un traidor criado, para que lo uno con lo otro mas salga y luza, para que alabando lo uno y abominando lo otro, hayan las dos contrarias cosas su justo pago.

¡Cuántas y cuántas cosas deben de pasar en el mundo, cuyo secreto se sabrá el dia del juicio! ¡Cuántos mayorazgos se poseen por ajenos hijos! ¡Cuántos han ahorcado por los ajenos hurtos! ¡Cuántos han sido muertos con veneno por sus mas parientes y amigos, criados! ¡Cuántos se han fingido locos sin serlo! ¡Cuántos han sido necios callando, que por callar no fueron en este mundo conocidos por tales!

Alonso de Ulloa, hermano menor de Juan de Ulloa Sarmiento, principales caballeros en Toro, criado del Emperador, enfermó é hizo su testamento en Toro, porque llegó muy al cabo. En el cual mandó cien ducados á un criado suyo, y como él estuviese ya sano y el moço viese que con la vida de su señor se le iba el luto y los cien ducados, dióle en el vino veneno oculto, así que tornó á enfermar. Luego á echa y levanta, como dicen, echóle otro y otro clavo, hasta que le sacó de esta vida. El fué con los muy honrados deudos, á quien él cubrió de paños de duelo, muy cubierto de luto, gimiendo y llorando por su señor que le habia hecho gemir hasta el cabo.

La cosa estuvo callada así, hasta que por otro hurto que hizo, como dicen en latin, *qui liber librum aperit*, fué preso y por justo juicio de Dios ahorcado; y estando al pié, donde muchas veces se dicen las verdades, publicó que habia muerto á Alonso de Ulloa, su amo, por el luto y porque le mandó, como he dicho, cien ducados.

De cómo acaso en nuestros tiempos se han parecido unas cosas á otras.

Esto no es tanto de maravillar, sino como no se parecen muy muchas, segun la multitud de cosas y negocios que en el mundo hay; mas diré las que se me acuerdan que han en nuestros tiempos pasado.

El Papa Gregorio treceno fué Papa trece años, y murió á trece dias de su dolencia; y á trece del mes el dia y mes que nació cuando cumplió años.

El emperador nuestro señor Don Cárlos nació dia de San Matías; coronóse el mismo dia de la corona de yerro en Aquisgran, y despues en Bolonia de la de oro, que

le dió el Papa; venció tambien la batalla de la Bicoça, y prendió el mismo dia en Pavía al rey de Francia.

En Llerena, en Extremadura, cabeça de la provincia de Leon (1), decia un hombre discreto, que se llamaba Diego Hernandez, platero, que aquel año de mil y quinientos y cincuenta y seis habia habido unas cosas muy semejantes, que Roman fué á Roma, y en ella murió, y Heredia heredó, y Juan Rico se hizo Rico, y hubo dos hombres que por hombres de bién fueron presos, porque en una eleccion de oficios fueron nombrados dos buenos hombres, porque discreparon en un nombramiento de alcaldes.

Asimismo hay otros símiles: Ludovico Ariosto escribió en poesía, y por el semejante en poesía Don Luis Zapata; en otavarima Don Luis, en octavas Ludovico; uno y otro en cantos; él ensalzando la casa de Ferrara, Don Luis la casa Real de los reyes de España; él caballero y noble, Don Luis noble y caballero; ambos de unas sílabas en los nombres, y Luis y Ludovico entrambos, cuyas pátrias de ambos fueron tambien de unas mismas sílabas Llerena y Ferrara. A Ariosto dió por su obra el cardenal Hipólito, á quien la dirigió, una pieza de raso, y de Don Luis tambien ha sido rasa su paga; mas en esto hemos sido muy desiguales, que él de su trabajo y servicio quedó muy descontento, como en una su sátira dice, y yo de haber servido en algo al Rey nuestro señor, no vive nadie mas contento ni mas rico.

Dos tias de Hernando Alvarez de Meneses en Talavera, fueron tan parecidas, que sino eran los vestidos, sus padres mismos no las diferenciaban. Nacieron de un vientre un mismo dia y una misma hora; cuando una adolecia, adolecia la otra, y murieron de una misma dolencia entrambas, un mismo dia.

(1) Entiéndase de la órden de Santiago.

De otra buena academia eclesiástica.

No solo por las armas fué señalada la ya dicha escuela del Gran Capitan, sino tambien de personas graves y de gobierno y cargos lo fué la del cardenal Don Juan Tavera, en la milicia eclesiástica, que salieron las eminentes personas que diré de su casa.

Sea, pues, el primero de este cuento Don Diego Tavera, su sobrino, que fué del Consejo Supremo del Santo Oficio y obispo de Jaen muy bastante. Y el obispo de Palencia, el famosísimo licençiado Gasca, que allanó las Indias levantadas, y venció una batalla, y con la ayuda de Dios mató el fuego de la rebelion de ellas, *forse human poter non potea smorzarlo.*

Y otro obispo de Ciudad-Rodrigo, de que no se me acuerda el nombre, quizá olvidándolo se me acordará, que la generosa memoria del hombre no quiere ser importunada.

Y por echar el sello á todo, que no habia para que pasar de aquí adelante, fué de su cámara su sucesor, que es hoy el arçobispo y cardenal de Toledo Don Gaspar de Quiroga, que no se sabe quien á quien excede la dignidad, á él en grandeça, ó él en méritos á la alta dignidad. Fué tambien de su cámara el cardenal Don Pedro de Deça, su sobrino, que fué digno presidente de la Chancillería Real de Granada. Asimismo fué de su cámara Diego de Guzman de Silva, embajador de Venecia y de Roma, que murió cardenal, y el cardenal Cibrian tambien de su cámara, cardenal en la Santa Iglesia de Santiago, de los que asisten allí al ministro del Apóstol santo, nuestro patron de las Españas y patron nuestro.

Fué tambien su criança y criado el obispo Alava,

presidente de la Real Chancillería de Granada; y pienso que tambien lo fué Don Pedro de Fonseca, de Toro, presidente del Consejo Real; y Redin, presidente de la Chancillería de Valladolid y del Consejo Supremo de la Inquisicion antes; y Don Gomez Giron Alderete, Melchor de Leon y Don Gabriel Manrique, jueces de Granada y de Sevilla, y capellanes de su Magestad; y sumilleres del oratorio del Rey nuestro señor, Juan de Ayala de Meneses y Don Luis Manrique, hijo del conde de Paredes, ambos primero de la cámara del Cardenal; y un prior de Roncesvalles, qué de la dignidad se me acuerda para que entre en esta compañía honrada, que el nombre no hace mucho al caso.

Pues canónigos de su mesma Iglesia Barza, Aponte, Yepes, Juan del Aguila y Sunça, y otros muchos, fueron tantos *quosque referre mora est*, y lo dicho baste para entender el valor de tan gran príncipe y tan buen prelado.

Y mas que los mas de estos no los promovió él á los altos cargos, en lo que pudiese parecer que llevaba el Cardenal su opinion adelante, sino que hizo él el plantel como buen hortelano, y los clarísimos juicios de los príncipes los trasplantaron.

De continencia.

Fray Juan Hurtado, de la órden de Santo Domingo, fué un religioso muy ejemplar y gran predicador, que predicaba al Emperador muchas veces, y que á él y á toda la corte era muy grato. Acaeció, pues, que en una temporada vacaron un obispado pequeño, y el arçobispado de Toledo, que de todas las dignidades de España es la mas rica y mas grande; que es cierto que vale hoy

casi trescientos mil ducados, por los que andaban en torno las pretensiones del mundo, y la codiçia, y las privanças. El Emperador, vista la bondad de este fraile, le mandó llamar, y con las mas encarecidas palabras que pudo, le dijo que le hacia merced de aquel obispado vaco, y él besando las manos á su Magestad por ello, dilató la respuesta para otro dia, y volviendo al Emperador al plazo, díjole que por harto obispado y cuidado de almas tenia la suya propia; de la que él tenia que para dar cuenta de ella no sería capaz, cuanto mas de tantas, y que por la merced besaba humildemente sus reales manos.

El Emperador, ido fray Juan, quedó confusísimo de ver su merced menospreciada, y pensó que porque no le daba el arçobispado de Toledo no habia querido el otro obispado pequeño que le daba; y viendo despues que para el de Toledo ninguno en el reino habia tan digno ni tan bastante, despues de mucho tiempo y discursos mandó llamar un dia al mismo fray Juan Hurtado, y díjole: «Padre, corrido estoy, y muy mucho, de mi engaño, que siendo vuestra virtud y letras tantas, que no caben en mucho espacio, os quisiese yo asentar en tan chica é incapaz silla, como la del obispado que el otro dia os daba; perdonadme, y yo os doy el arçobispado de Toledo; antes vos me le dais á mí en ser tal que yo haga esta vez eleccion tan justa y tan santa; muchos años la goceis, pues sois digno de ella y de mucho mas.»

Fray Juan Hurtado se echó á sus piés y se los quiso besar, y dijo: «¡Oh, señor! ¿quién podrá servir y satisfacer á tales palabras de beneficio tan alto? Mas suplico á Vuestra Magestad que para pensar cosa para mí tan nueva, me dé espacio de solos tres dias, porque yo estoy desproveidísimo de todo, y si esto se entendiese de súbito, caeria en mil faltas.» El Emperador lo tuvo por bien,

quedando contentísimo de lo que en esta eleccion habia acertado.

Vuelto Fray Juan al Emperador, le dijo: «Señor, yo soy vasallo y criado de Vuestra Magestad, é hijo de criados; y aun puedo decir que hechura de quien tanta merced me hace. Pues á quien tantas obligaciones tengo, no es razon que yo sea desleal y consienta que caiga Vuestra Magestad en tal engaño de tenerme en tanto que sea para mas que mi órden y mis libros bastante: á Vuestra Magestad suplico no me lo encargue, y en mis oraciones siempre mas que en eso Vuesa Magestad de mí se servirá.» Réplicó y porfió en ello muy mucho el Emperador, mas con grandes descargos y humildísimas disculpas no fué posible mas.

Y otra cosa dijo: «Suplico á Vuesa Magestad que sea servido de prometerme una cosa.» El Emperador que á todo le deseaba acudir y contentar, le prometió que cuanto él quisiese haria de muy buena voluntad, y él le dijo: «Lo que yo suplico á Vuestra Magestad, y agora me promete, es que mientras yo fuere vivo, sea servido de no decir esto á nadie, porque ya que de esa carga me escapé, de la vanagloria de ella tambien me salve.»

Prometiéndoselo el Emperador muy espantado, se partió de ante su presencia fray Juan, vencedor, y su Magestad vencido de tanta santidad. Y muriendo el bendito religioso de ahí á muchos años, sabido por el Emperador que le guardó fielmente el secreto, dijo públicamente á todos: «Digo vos que agora murió el mas señalado varon que en nuestros tiempos ha habido,» y contóles lo que le acaeció con él, y fué á todos manifiesto el caso, de lo cual los pretendientes de mayores á menores ú semejantes cosas queden avergonçados y confusos de sus negociaciones é ilícitos tratos con un ejemplo tan admirable.

De cuán difícil negociacion es con los pueblos.

Cierto y sabido es en confirmacion de esto aquello que acaesció á Don Alonso de Aguilar, en Córdoba, que pidiendo al Ayuntamiento una cosa leve, todos le dijeron que sí, que le servirian con gran voluntad por sí cada uno, y despues todos juntos no hicieron nada, y ansi él despues les dijo: «Señores, estrellados os beso las manos á cada uno, y en tortilla echóos todos á rodar.»

En nuestros dias acaesció lo mismo al gran conde de Benavente, que siendo tan insigne en todo el reino y tan benemérito de Valladolid, su patria, pidió á la villa que una pared vieja de muralla que tenia á las espaldas de su casa que le quitaba las vistas del rio, se la dejasen á su costa derribar, y les hacia una calçada á cierta parte que le costaria tres ó cuatro mil ducados; mas con ser quien era, y no le importar á la villa nada, no se le concedió, de que quedó harto enfadado. Mas vino luego Dios, y llovió el siguiente invierno tanto, que cayó de golpe toda la pared que él queria derribar, y sin costarle nada hubo lo que quiso, y gastó la villa por la decencia de ella en quitar la tierra de allí mas de mil ducados.

De una gran maravilla.

Año de noventa y dos vi en Lisboa un caballero clérigo que se llamaba..... (1), limosnero mayor del reino de Portugal, á cuyo cargo es repartir en obras pías ciertos bienes que los reyes de Portugal para ello de-

(1) Está el nombre en blanco.

jaron, y fué de esta manera: que yendo el confesor de su Alteza, fray Juan de las Cuevas y yo, en Lisboa, á ver el monasterio de San Bernaldo, que se començaba á edificar, se nos llegó allí el dicho....., tan sordo que trompetas cerca de sí no oye, y estuvo hablando con nosotros una hora en conversacion muy trabada; y despues de ido, me certificaron ser totalmente sordo y que hablaba como vi, y respondia á propósito en una trabada coversacion, como si totalmente oyera, en solo ver menear los labios. ¡Extraño y maravilloso caso! porque puede muy bien ser que el que habla sea sordo, pero que el sordo hable á propósito como hizo este, nunca se ha visto jamás.

De los que de poca hacienda en nuestros tiempos vinieron á prosperísima fortuna.

La mayor honra y gloria de las vanas de este mundo es ser un varon antiguamente noble, y haber por su persona despues subido á crecimiento grande; y aunque el crecimiento es mayor de humildes principios, y arguye mucho mayor valor en el presente, como mientras mas hondo es un valle mas trabajo y valor es desde allí subir á una cumbre alta; los descendientes querríanlo todo, lo que no puede ser, ser su linaje sin principio, lo que solamente reside en Dios, que es *Alpha* y *Omega*, es decir, sin principio ni fin. De los que de mucha bajeza antiguos vinieron á gran grandeza hay tantos como átomos en el sol; mas dos ejemplos pondré aquí para muestra de los demas. El gran Tamorlan que de hijo de un pastor y pastor fué casi señor del mundo, y Vetidio Basso que, habiendo pasado con Çesar con unas sus mulas de alquiler á Francia, fué cónsul y capitan general de Roma, y ven-

ció á los parthos, que mataron á Craso, y nadie los habia podido domar, y la misma Roma es buen ejemplo que á su primer fundador, que fué Rómulo, no se le supo padre, y por eso le ahijaron al dios Marte.

Y de los que siendo nobilísimos por su valor se hicieron antiguamente mas, fue uno Julio Çesar, descendiente de Eneas y de su hijo Julio Ascanio; y el Cid, hijo de Diego Laynez y nieto de Layn Calvo, uno de los dos jueces primeros de Castilla; y Gonzalo Hernandez de Córdoba, gran capitan, hermano de Don Alonso de Aguilar. Los dichos nobles de suyo, y clarísimos despues mas por sus hazañas, de los cuales de unos y de otros diré aquí en confuso; apártelos y dispóngalos despues el lector como mandare.

Pues sean aquí primer ejemplo los dos Barbarojas, hermanos, ambos hijos de un ollero de la isla de Metilene, y ambos reyes despues, y por mar y por tierra poderosísimos tiranos; y Dragut, hombre bajo, de una aldea de la Natolia, y despues rey de Tripol y de Africa.

El conde Pedro Navarro, hijo de un pobre hidalgo, fué conde y capitan general de España, é hizo mil cosas señaladas.

Andrea Doria, tambien un noble, aunque pobre genovés, fué despues príncipe dignísimo y señor de la mar, por el poder en él sostituido de los poderosos reyes de España.

Fué así el crecimiento del marqués de Mariñan, Juan Jacobo de Médicis, criado noble del duque de Urbino, y en su desgracia señor del lago de Como y capitan general de la artillería del emperador Carlos, y vino á tener un hermano Papa.

Y es mas de maravillar del que de moço de atambor fué capitan y maese de campo y comendador del hábito de Santiago, y de reputacion y estimacion muy grande,

que cuando los que Nuestro Señor convida á ser grandes y virtuosos, con los haber hecho hijos de otros tales, no salen á sus pasados. Dijo el padre de familias: «Salid por esas calles, y cojos y mancos siéntenlos á mi mesa,» y así por divina disposicion hinche su mesa la fortuna de convidados. Y así de buena y virtuosa gente, aunque pobrísima, fué el cardenal de Toledo Don Juan Martin Siliceo, varon insigne, padre de caballeros pobres, que hizo el colegio de las cien doncellas, en Toledo, para casarse.

Fué tambien cardenal pobrísimo el santísimo Pio V, que el honrado caballero Don Francisco de Reinoso sirvió en toda su pobreza y trabajos, y el mismo Don Francisco sea ejemplo, á quien dió treinta mil ducados de renta su amo, siendo Papa, para sí y para otros mas de dos mil.

Y acaeció así que viniendo el dicho cardenal Alejandrino en su pobreza de Alejandría, de cierto caso, como era inquisidor de Roma en tiempo del papa Paulo IV, llegó de invierno al sacro palacio, y se apeó allí sin se ir primero á desenlódar á otra parte, con el celo de su cristiandad, de dar cuenta del negocio al Papa; mas entrando al pontifical aposento le mandó sacar de él en brazos el Pontífice, ni quiso oirle hasta que se desenlodase, y dentro de siete años fué este expulso en la misma pieza metido y adorado Papa.

Mas los crecimientos por la Iglesia no son de considerar, que como en la triunfante, sin excepcion de personas y linajes, admite Nuestro Señor la sola virtud y cristiandad, de la misma muestra de ello en la militante de acá. Volvamos á los demas.

El clarísimo marqués de Santa Cruz, del claro linaje de Baçan, descendiente de hermano de la casa del conde de Miranda, é hijo del famoso Don Alvaro de Baçan, heredó cuatro mil ducados de renta, y por su valor y

bondad (ved si acrecentó bien su militar talento) dejó castrenses cuarenta mil ducados de renta, y esto con mucha fama con cinco vvvvv, *virtud*; *valor*, *valentía*, *vergüenza*, *verdad*.

Otro semejante á él fué Don Francisco de Toledo, hermano tercero del conde de Oropesa, caballero andante en la córte, pobre, mas muy rico de espíritu y virtuoso; zimbria en que se podian armar grandes esperanças, fué electo dignísimo virey del Perú. Del primer cargo, donde estuvo diez años, y de donde salió con gran dolor de la tierra y disgusto del Rey nuestro señor de que la dejase, y dejando de buen gobierno allá su ejemplo y su fama, volvió con ciento y ochenta mil ducados pública y notoriamente registrados, con los que hizo grandes obras pías y hospitales, y solo su muy alto oro de tibar no fué amarillo, de miedo, como otros de que en llegando por mal ganado se le quitasen. Traia escrita en la frente su cuenta, sin que acá se la pidiese nadie: cuarenta y ocho mil pesos se me daban de sueldo; gasté la mitad; esto para servir á Dios y al Rey lo traigo, de quien fué con mucho amor recibido, y el tiempo que vivió, que fué poco, muy estimado.

Los caballeros Piçarros de Trujillo (pues tratamos del Perú) fueron los que mas oro en el mundo hubieron á las manos; tuvieron cuanto el riquísimo Atabalipa y él cuanto oro mil ingas, reyes é indios pasados. Y el famoso Hernan Cortés, de un pobre hidalgo de Medellin, creció tanto, aunque poco segun lo que mereció, que tuvo de renta ciento ochenta mil ducados. Fué marqués del Valle, lo mejor de aquellas partes; mas no solo él de las riquezas de Méjico ganó para sí mismo, mas vió llenos de plata y de oro á sus pobres y hambrientos soldados.

El señor Antonio (no sé como se me olvidaba), hermano segundo de la casa de Sancho Martinez de Leyba,

en la Rioja, señores de chico estado, pues de la pobreza de un segundario y de casa no muy rica, mas muy principal, fué por su valor gran señor y príncipe de Asculi, quedándole la fortuna á deber aun mas.

Juan de Urbina, de un pobre hidalgo de las montañas, que pasó de soldado particular con el Gran Capitan, fué él gran capitan tambien y maese de campo y casi general en el ejército del Emperador, con veinte mil ducados de renta; y si la breve muerte no le atajara, llegara á la cumbre de lo que la milicia puede subir y levantar.

Hermano segundo del duque de Mántua fué Don Francisco de Gonzaga, que aunque de real casa, donde son mas los torçuelos (1) que las primas de otras partes, fué general del Emperador tras otros cargos por el valor de su brazo, que decian que la maça del señor Don Fernando era temida en toda Italia.

En cosas de la mar fué el mas rico hombre de España Juan Antonio Corço, noble extranjero, que vino á traer en la carrera de las Indias doce ó trece naos suyas, de un pobre gentil hombre de mar, con treinta mil ducados de renta, señor de Cantillana y de otros lugares; el que no aseguraba sus navíos en gradas, que es lo que se usa, sino en las de los altares, que muchos rogaban á Dios por ellás por su buen viaje. De cuanto cargaba daba á hospitales y monasterios, y hasta á pobres y viudas una parte, que un ducado y un real que á una viejecita daba, se hallaba despues rica con el retorno de doce ó de veinte ducados en sus naos; y estas se las traia en salvo con sus oraciones. Jamás se le perdió una, y cuando al retorno le traian cien mil ducados, era avieso el suceso del viaje; y luego

(1) Símile tomado de la altanería ó caza de azor, en que torçuelo significa un azor de pocos meses, y prima el que ha llegado á la plenitud de su edad.

pasaba con su compañía de pobres, de viejas, de monasterios y hospitales á la regla de tres; y sin poner nada en ello los de la cargazon, ni aun cuidado, sacaban de su casa las haldas llenas de reales.

Pues volviendo á la córte, Don Francisco de los Cobos, de un hidalgo pobre de Ubeda, dejó mandando el mundo (*per modum suffragii*) de renta cuarenta mil ducados. Fué Comendador mayor de Leon, señor de Sabiote, adelantado de Caçorla y marqués de Camarasa, y puso en una su capilla en Ubeda este mote:

Fides, labor et solertia hæc et majora donant,

que quiere decir: fe y trabajo y diligencia, estas y otras mayores cosas dan.

Melchor de Herrera, de un caballero pobre, tiene hoy de renta otro tanto, que despues de rico sirvió al Rey en tres veces en sus cuentas con casi cuatrocientos mil ducados. Asaz cresció otro hijodalgo de las montañas, Juan Fernandez de Spinosa, que casó con hija del honradísimo caballero Luis Venegas, su mismo amo, que fué tesorero del Rey, y tuvo de renta sesenta mil ducados, y fué como dicen alcançado de contadores en setecientos cuentos, que casi el guarismo no tiene letras en que explicarlo, que son un millon y ochocientos y cuarenta mil ducados, que si los alcançara á su Majestad él se viera (el Rey) en trabajo y muy alcançado de pagarlos.

Mas mucho mas es de haber envidia á la riqueza de Alonso de Baeza, otro tesorero real, que cada mes daba sus cuentas y queria dejar su oficio, é no se las tomando y pasando por sus manos todo el oro y plata del mundo, cuanto poseyó y gastó el Emperador, fué menester para enterrarle buscar dinero prestado.

En fin, sea el fin de este cuento el generoso conde de

Barajas (1), que siendo yo el mas rico de los Zapatas me dejó mucho, el cual tras de un cuento que hubo de su padre, dejó á sus venideros de renta, dicen, treinta mil ducados, é hijos y hermanos obispos y dignidades por casos y escalones tan varios, como corregidores de lo reducido del marquesado de Villena, corregidor de Córdoba, asistente de Sevilla, regidor de Madrid, presidente del Consejo Real y de los supremos Consejos reales, lo que se pone aquí para que los que tienen en algo estas riquezas de duendes, y estos cargos de entresueños, viendo para ir á ellos tantos caminos, los sigan y esperen con mas confiança; y los que no los estiman, viéndolos deshacer como humo, atiendan á los verdaderos bienes perdurables, y se conozca en fin cuanto el aspecto de un príncipe benévolo agrada mas que el de cuantos planetas ahí hacen al caso.

De los que de mucha riqueza vinieron á miseria grande.

Son tan ordinarias las vueltas y revueltas del mundo como de un rio, que diré que es mas felice estado el miserable que el felice, porque siendo víspera lo uno de lo otro, reciprocadamente en mejor punto está el que de las tinieblas espera luz, que no el que de la luz tiene la oscuridad cierta; y de que se alternen estas veces es gran justicia que los prósperos con su soberbia provocan á justa ira á los hombres y á Dios, y de los miserables pacientes y humildes á la puerta y al lado está la misericordia de Dios, y así hubo un libro en español, de muy buen título *Espejo de consolacion de tristes* (2), que dice

(1) Don Francisco Zapata de Cisneros, primer conde de este título.

(2) Escribiólo un franciscano llamado fray Juan de Dueñas, en dos partes ó tomos.

que mejor fué el abatimiento de Mardocheo que la privança de Aman (que por otras cosas justas se vedaron); que Aman, segunda persona del rey Asuero, fué ahorcado en la horca que para Mardocheo el mismo Aman habia mandado hacer; y el gran maestre Don Alvaro de Luna en la plaça de Valladolid, sin conocimiento de otro delito que su mucho poder degollado, y Belisario que desbarató los vándalos y triunfó de los partos, y libró no una sola vez á Roma de los bárbaros y echó los godos de Italia, sacados los ojos por mandado del emperador Justiniano, pedia limosna á los que pasaban por una calle; y un hijo de Perseo, sucesor de Alexandre, riquísimo rey de Macedonia, despues que en el triunfo entró cautivo con su príncipe en Roma, ganaba su vida en bajos oficios por sus manos.

Agora ya no quiero tratar de príncipes y capitanes antiguos, sino de riquísimos hombres particulares de agora, Villafania y Juan de Ortega, cambiantes aquel en la córte, y este en Medina del Campo, que en Roma y en Constantinopla se obedecian sus letras; alçados con mucho dinero ageno pensando encubrirlo, los sacaron de las Iglesias, y aunque les sobraban á cada uno cien mil ducados, despues de satisfechos sus acreedores para pagar sus alcanços, y ofrecida por su indemnidad gran suma, fueron públicamente ahorcados.

Pues Gerónimo de Salamanca, que de un pobre mercader llegó á tener de renta de solos juros sesenta mil ducados, se dieron tan buena maña á perseguirle sus contrarios (y los unos y los otros son ya muertos, mirad que ganancia), que murió en la cárcel por deudas y anduvieron para su enterramiento pidiendo en una taza, y me juró mucho antes que un dia en la bolsa de Enbers (1)

(1) Amberes.

(que á la lonja en que tratan los mercaderes así la llaman) ganó cincuenta mil ducados de esta manera. Habia menester cierta cantidad de dinero, pienso que el emperador Fernando, que fué Rey de Romanos, el cual no tenia allí, aunque Rey, crédito; dábanselos á muy mucho por ciento, hállalos el dicho Gerónimo casi de valde, y tómalos á tan poco precio, y dáselos al Emperador á mucho menos que se los daban á él, y sirvióle en esto mucho, y en esta partida solo ganó los dichos cincuenta mil ducados.

Pedro Lopez, escribano mayor de las Alpujarras, que mandaba todo el reino de Granada próspero y rico, aunque no en tanto grado, fué tambien como los otros ahorcado.

Y pues pararon en lo que los otros, así fué su tragedia la de los dos hermanos Garrafas, un caballero y un falso Duque de Paliano, (que agora echo de ver que se conformaron con sus nombres, que engarrafaban en tiempo del Papa su tio, cuantas riquezas podian y cuantos estados; y en quebrarse al fin como frágil vidrio fueron tambien garrafas) que al Cardenal mandó dar garrote el Papa, y al falso Duque hicieron cuartos.

Mas por concluir salga Antonio Perez al teatro, que tan en el teatro del mundo está; secretario de Aragon, tan rico que con la espuma de sus riquezas hiço la mas amena casa que en Madrid hay, hospedando en ella al señor Don Juan de Austria; que tenia camas y sillas, braseros, arcas y mesas de plata, y un solo brasero se apreció en sesenta mil ducados; que cada dia de los que el señor Don Juan posó en su casa, segun dicen, le daba nuevos servicios de plata, camas y ropa blanca y nuevas colgaduras de brocados; que llegó á tanto su lujo y fausto que tenia con que se limpiasen los zapatos los de á pie que entraban en su casa, que no faltaba sino que á la

puerta se los quitasen, como al entrar en las mezquitas hacen los moros; y que tenia por mançanas en los pilares de su cama ángeles de plata con letra que decia: «duerme Antonio Perez, entra paso.» Al tal no le prestó el de su guarda, que cayó en culpas que se le tomaron todas sus riquezas, antes de todos, como las agenas plumas á la otra ave, y á punto de ser cada dia justiciado; y lo fuera al fin si por astucia de su pía y buena mujer no se saliera de la cárcel, que se fué de ella á Aragon para mas daño, como el que llevó á Troya el fuego con que fué quemada, y de ahi fugitivo y mendigo un hombre, tan rico como he dicho, se fué á Françia, y plega á Dios que ahí el mal pare: que de unas cosas proceden otras; de la vianda chilo; del chilo sangre; de la sangre carne; de la carne gordura; y de esta supérflua abundancia, y del demasiado humor pudriçion, y de ello dolencias contagiosas pestilençiales, y así esta su suelta fué para el remedio á los aragoneses escándalo, y de los que le dejaron ir estulticia, y para su mujer é hijos trabajos.

De cosas maravillosas muy verdaderas que no parecen verdad.

Si los escritores decimos cosas comunes y ordinarias, los oyentes se nos dormirán; si peregrinas y raras, el crédito se bamboleará; mas con todo eso seguiré mi estilo que ya he hecho pacto con el auditorio, que me ha de creer cuanto dijere, porque cuanto dijere será verdad.

Yo ví al Rey nuestro señor un pedaço de madera, no se me acuerda de qué, muy denso, y muy maziço y muy apretado, que pasaba por medio de él un cabello que, estirandó pasó por él, y salia á la una y á la otra parte.

Mas, trajerón á su Majestad en un cuesco de çereza, colgado por un cordon de una asilla que tenia el cuesco,

esculpidos todos los pasos de la pasion en ambas partes.

Mas, hay en la armería Real en Madrid un alfange que le sacaron de debajo de un rio muy luciente y muy dorado, que en la cuchilla tenia engastados dos ó tres guijarros (1).

Mas, paseándose el Rey nuestro señor por una calle de muy altos cipreses, en la Mejorada, donde se habia retirado una semana santa, dijo: «¿no es cosa extraña que de cualquier manera que se corte una nuez de estas, se halla dentro una Verónica pintada? Maravillámonos mucho, y dijo: ¿quién trae un cuchillo? No habia allí ninguno, y díjome: «Don Luis, mostrad vos esa daga.» Hinqué la rodilla, y díselá, y cortó tres ó cuatro nueces al través, y á la larga, y siempre se hallaba la Verónica de nuestro Señor en la nuez cortada, de que fuimos muy maravillados, por lo que pienso yo que por esto que los cipreses representan, de mas de que son hermosos árboles, en las cosas de religion son tan ordinarios, y porque como ellos trasplantados no reverdecen, que así los hombres metidos en religion no han de tornar á reverdecer en cosas malas.

En Milan hay charlatanes que traen culebras mansas y pulgas atadas en una cadena; las mismas que víamos estar mostrando en las plazas y en las calles, y dejamos de verlas como cosa cierta, y porque no quisimos que nos dijesen que hacíamos caso de esto los bisoños venidos de España.

Un señor muy verdadero me contó otra cosa extraña:

---

(1) Consérvase hoy dia esta espada, no alfange como equivocadamente le llama nuestro autor, en la Real armería de S. M., señalada con el núm. 1814. Fué hallada en el rio Tajo por la parte de la vega del Colmenar y llevada á Don Sancho Busto de Villegas, á la sazon gobernador de aquel arzobispado, quien se la presentó al rey Felipe II. Es corta y ancha, y parecida en su forma y empuñadura á las que usaban los romanos.

que corriendo un toro en el patio de la casa de Alba, huyó un atambor á una puerta, y atoró (1) el atambor á la entrada, y vino otro mozuelo, y con el miedo del toro horadó el atambor y pasó de cabeça por ambos cueros de una á otra parte.

Luis Ponce, un caballero de Madrid, me dijo tambien que estando jugando á las tablas con Don Hugo de Moncada, general de galeras, muy belicoso y muy esforçado, se quejó mucho de un hombro. Vino allí luego un cirujano, tentó, y abriéndole el hombro con una navaja, le halló un pedazo de una coraça, que parece que en una refriega se la habian metido, y le entró en el hombro de un arcabuzazo, y salia por allí con el tiempo, como se hallan muchas veces armas y casquillos de una batalla que allí hubo en el puerto del Muladar.

Y yo conoçí á Diego Enriquez, el Mayorazgo, caballero de Cáçeres, que traia una pelota de arcabuz en el cuerpo, que le dieron siendo coronel en las Comunidades, por lo que bebia siempre muy caliente el agua. Y los ballesteros dicen que hallan siempre, y es cosa ordinaria, haber un hueso dentro del corazon de todo çiervo, y tambien dicen que han errado saeta á res y dado en una encina, y que al sacar la saeta de ella chorreó un buen rato, de que sacaron abundançia de miel.

Yo volé una vez garzota, que le hallé un cascabel al pié. Otra justando perdí al partir un estribo, y sin perder el cuidado de la lanza para quebrarla, le torné tentando en la carrera á cobrar.

Mas muy mayor maravilla es lo que me contó un caballero (no sé si como principal fué verdadero) que cayó un mozo en un charco, y pienso que decia que él, y que

---

(1) Entiéndase: lo dejó atascado ó fijo en la puerta y cubriendo el boquete.

entró tras él un ayo y perdió al entrar unas chinelas, y sacando al ahijado ya atónito del agua, sacó el moço las chinelas del ayo puestas en los piés, jurábamelo él; mas yo no daré por este juro á catorce mil el millar.

Mas, en un torneo de á caballo mantenido en la corredera de Valladolid, ha ya muchos años que yo ví, siendo page de la Emperatriz nuestra señora Doña Isabel, encontrarse Ascanio Carachulo (1) y Don Sancho de Leyba, que se vinieron al suelo, de lo que el un caballero se desespaldó y el otro quedó muerto, y Don Sancho se tardó en levantar un poco mas, y Ascanio se levantó en pié, y desarmada la cabezá, que le saltó la celada de ella, y la hallaron armada y echada una aldabilla, con que se veian algunas armaduras de cabeza, y la trajeron mostrando así á los jueces.

En Valladolid acaesció un doloroso caso en un juego de cañas, que Don Miguel Manrique, hijo del conde de Osorno, y Don Alonso Niño, hijo de Don Hernando Niño, merino mayor de allí, chocaron á la gineta en dos hermosos caballos. Ambos eran muy cortos de vista y con el polvo mas ciegos aun; y fué el encuentro tan bravo que los caballos de ambos murieron luego, y el uno quedó desensillado, que la silla con las cinchas sin romperse se colaron por las manos y por la cabeza del caballo, y Don Miguel murió luego quebrados los ojos por un casco de acero, de ventalle, que traia Don Alonso puesto, y Don Alonso murió á tercero dia, quebrado un brazo y una pierna, que á ambos del golpe de los caballos vieron botar de las sillas dos varas en alto, y allí fué el encuentro de ellos. Y á Don Miguel le pronosticaron astrólogos el desastre, y aquel dia hizo decir por sí mas de treinta

(1) Así en el original, pero sospechamos que habrá de leerse Caracciolo.

misas, y sus deudos no pudieron acabar con él que no saliese al juego, y él confesado y comulgado salió á él, y un exorcista que se llamaba fray Gerónimo de Frias, sacando el dia antes un demonio del cuerpo de una mujer, dice que le dijo que le dejase estar, porque si salia veria un gran desastre que en la plaza otro dia habia de hacer, y así el fraile anduvo de unos oidores en otros suplicando que no se hiciese el juego de cañas por causa de esto, ú se difiriese por este caso.

Ya se os acordará del título de este capítulo que es de cosas que parecen duras de creer; pues prosiguiendo esto, el prior de la provincia de Leon, Don Apolinario de Guergo, estuvo una vez tan al cabo de una dolencia en Llerena, que estuvo mas de veinte horas sin ningun pulso hablando y con su entendimiento claro, y vivió despues de oleado.

Maravillámonos que Omiego Barbarroja (1) se cortase el talon de un pié andando al remo, por salir de cautiverio, en nuestras galeras; el que despues fué rey. Pues los animales hacen lo mismo, que lo dice Eliano del castor, y en Encinasola tras de Sevilla, tres leguas de Frexenal, cayó un lobo en un cepo, que es un armadijo que ase la mano ú el pié, y mientras mas tira el animal, mucho mas lo tiene asido. Pues cuando mas estiró, sin para desasirse tener remedio, cortose la mano á bocados junto al codo, teniendo la mano por menor pérdida que la libertad; y hallaron en el cepo los caçadores la mano, y á él le mataron despues con tres piés, año de noventa, de ahí á pocos años.

Y nadie se fie de las armas, que es como el que pudiendo ponerse en salvo, en confiança de favorables fue-

(1) Barbarroja tuvo el sobrenombre de Omich, de donde los italianos tomaron *Omigo* y nosotros *Omiego*.

gos le ahorcan y matan. Así salió uno en Lisboa á una pendencia, en confiança de una finísima cota de malla; métese sin temor entre los contrarios; dánle una estocada tan fiera, aunque no le pasó la cota, que le metió entre costilla y costilla dentro del cuerpo un geme la espada con la malla, que como si estuviera en cueros murió luego, que fué una cosa extraña.

Maravilla fué grande en la misma ciudad, y muy verdadera, que año de noventa y dos cayó un niño de tres años de cinco tapias en alto, y dió de cabeça, que se le hundió del golpe mas de tres dedos el casco; curáronle por muerto, y el abollado casco como una masa tornósele á su lugar y en pocos dias quedó sano. Ande el ingenio aquí, águdos lectores; échelo quien quisiere á las estrellas ú al hado, que yo écholo á la divina voluntad.

Harto extraña cosa es la que han experimentado soldados en los presidios, que en ribera de la mar están en frontera; que el atun salado y pescados que les dan de racion, que tienen la escarcha de sal como los prados tal vez de hielo blanqueando, ponen á la resaca el pescado, y á dos ó tres veces que con la salada agua se lave, queda tan sin sal como si entonces muriera; con sal la sal lavada, como se cura á veces con fuego el fuego de una mano quemada.

Y pastores cuecen en una gran caldera leche, y despues que la leche hierve está tan frio el suelo de la caldera, por donde se le dá fuego, que ponen la mano en el suelo de ella seguramente sin quemarse, y lo mismo es con água; mas lo de la leche yo lo he experimentado.

Y para concluir con las maravillas, entre una verdadera zorra en esta conseja, pues hace comparacion de otra en verso el famoso Horaçio. En Hornachos entró en un corral de gallinas una raposa, donde el dueño tenia en una vara colgados sin desollar cabritos muertos; en-

traron dende á poco tras ella; hallaron en las gallinas hecho algun daño, degolladas y muertas alguna cantidad; mas á la zorra no la vieron en un buen rato, mirando de acá y de allá. Cuando mirando á los cabritos, uno la vió entre unos y otros muertos, como muerta, colgada de la vara y asida de las manos. «Héla, héla,» dijo él, y toman armas y palos para matarla. Ella, viéndose sentida, vá de acá y de allá para salvarse; las paredes del corral eran altas, y ella de lo que habia comido para salir por algun agujero, estaba muy hinchada; abájase uno junto á la pared del corral por una piedra para matarla, sáltale ella sobre las espaldas, y desde allí por sobre la pared sale fuera y sálvase.

De plantas y de árboles hay cada hora milagrosos casos naturales, porque la naturaleza, como en los animales, así en cantidad como en calidad dá monstruosos partos, como en el Andalucía, en Constantina, dió un nogal ciento y veinte mil nueces en un año, y en Odon, en el reino de Toledo, ha habido perál que ha dado de una vez ciento y veinte arrobas de peras en un año, y en el Cehel (1), ribera de la mar, en el reino de Granada, puesto un sarmiento con una estaca se ha hecho y crecido de treinta y seis piés de largo aquel mismo año, y en la misma tierra despues de cogido, en una haça de riego el pan del retoño, sin tornarse á sembrar, cogerse cuarenta hanegas, como si se hubiera barbechado y sembrado de nuevo y dejado holgar dos años.

Cuentan tambien muchos que han mirado en ello que yo, como cosa tan fácil no lo he experimentado, que los años de bisiesto que es cada cuatro años, al cortar de las naranjas, atraviesan las pepitas y quedan cortadas de

(1) Esta palabra que se escribe en arabigo الساحل *As-sáhel* vale tanto como costa ó ribera del mar.

manera que en las naranjas, sin tinta y papel, tenemos un natural calendario, y las hojas de los olivos se vuelven los años de bisiesto donde está la color parda en verde, y donde lo verde en pardo.

De Almorox, lugar del marqués de Villena, en el reino de Toledo, afirman cierto que hay dia que salen de solas brevas cuatrocientas cargas, y esto es ciertamente verdad. Y en el Cehel suelen salir cada año de perdices y conejos para Granada seiscientas cargas, y ha habido lance en la mar de que de solo un lance se han sacado setenta cargas de acémila de pescado.

En Toledo una mujer de un mercader se le antojó, estando preñada, de irse á rebolcar á la plaçeta delante de la puerta del Cambron. Díjolo á su marido y riose del disparate. Pare dende á poco la mujer, y pensaron que la criatura se les moria, que no quiso mamar en dos dias, hasta que dijo una: «esto será como el antojo de nuestra hermana.» Eso debe ser, dijo otra, llévanla con su ama todos allá, revuélcanla donde deseó rebolcarse su madre, y fué cierto que mamó luego, de que todos quedaron espantados; y porque yo tambien lo estoy, que de cosas de naturaleza no hay que espantar, afirmo que me lo juró por sus órdenes un religioso de la Merced que se llama fray Pedro, de Albalate de Zurita, viejo y de mucha verdad, que se lo juraron ante ella el marido y sus dos cuñados.

Y porque no hay buena olla sin tocino, lleve esta en proporcion de ella este poco de estos verdaderos casos. En Castilla oí á unos verdaderos clérigos, y á otros hombres honrados que habian visto vender allí un cebon por cuarenta ducados; otros pesar otro ciento veinte arreldes, que son cuatrocientas ochenta libras, ó sea diez y nueve arrobas y cinco libras; uno de los cuales estuvo algun tiempo sin se poder levantar, y levantado con maderos,

le vieron comido de ratones un poco de un lado, que aun esto faltó de un verdadero peso á la romana.

En Aranjuez ví una vaca con tres cuernos que la trujeron de la Mancha al Rey presentada, y el tercero le nació en medio de la frente hácia arriba, firme y grueso en el nacimiento, en la proporcion que Nuestro Señor hace sus cosas, como si así fueran hechas todas las vacas.

Tiene el Rey tambien un caballo pequeño, visiblemente hijo de toro y de vaca; en el rostro, en el cerviguillo y en todo lo demas, arremeda á toro y caballo.

Yo tuve en Monçon un alcotan y cernícalo, hijo de ambas castas; cernícalo en manos y pico y en el piar, y alcotan en cuerpo y azul y cola y alas, y acollarado.

Y el duque de Feria Don Gomez tuvo un gabilan y buharro, de grandeza de buharro, y pico y manos y bermejura y pinta por delante, y gabilan por detrás.

Y un jardinero de Aranjuez de mucha verdad me contó que habia visto en aquel sitio llevar en las manos un esmerejon á una picaça, y revolver la picaça sobre él, y asirse con tanta furia, que los cogió á entrambos, é hizo en su olla las amistades.

De una maravilla natural, sin ser milagro.

Háy muchas cosas naturales que escriben grandes y auténticos autores, y son verdad, que el vulgo tiene por fábula; mas en nuestros tiempos se vió en Motril, siendo el licenciado Salguero Manos-albas allí juez, una muy verdadera que es harto extraña. Mató allí en el campo, junto á Sierra Nevada, un hombre á otro, á media noche, que del jueves hasta el domingo por la mañana se conservó el cuerpo sin oler mal por la frialdad de la Sierra. Pues para comprobar la verdad, que la negaba el mata-

dor, le puso el juez delante en mitad de la plaza el cuerpo muerto, y ya la camisa la tenia tiesa con la sangre seca, y él yerto con la doblada frialdad de la nieve y de la muerte; y como puso delante el matador el cuerpo y le hizo desnudar por ver las heridas que tenia, en esta prueba por ambas partes de la estocada le comenzó á chorrear sangre, y hervir como si estuviera al fuego; lo cual se tomó por testimonio de escribano, siendo testigos casi todo el pueblo. Así ante Nuestro Señor clamó la sangre del justo Abel, que ansi la sangre sin fuego hierve, como en comun, aunque á otro propósito se diga.

De una desdichada nueva.

Iban unas señoras de Madrid á Palacio en un coche, cuyos maridos de algunas estaban en la guerra de Granada con el señor Don Juan de Austria, sobre la villa que llaman Galera que tenian sitiada, y tópanse un correo en la calle, ¿qué nueva? ¿qué nueva? El se paró y dijo: «señoras, muy buenas, que es tomada Galera, dénme vuestras mercedes albricias.» «Sí daremos, dijeron todas, sea Dios por ello bendito y alabado.» ¿El señor Don Juan queda muy bueno? «Sí dijo él y todo su campo, no falta nadie, solos dos caballeros murieron, Don Juan de Castilla, uno de aquí, y Don Francisco Pacheco, de Talavera» y dió del açote al caballo. Iba en el coche la desdichada mujer de Don Juan de Castilla, poco antes casada, y contenta esperándolas de su marido muy buenas, y en un punto viuda, triste y con tan malas nuevas desventurada. Oido esto, las otras señoras echan las compuertas del coche, y vuelven las riendas y la llevan á su casa, y la ponen medio muerta en su cama, tan atónita y desmayada de la mala nueva que por gran pieza por su estrecha

boca de su gran pena no pudo con llanto como de un vaso lleno salir palabra.

De la verdad.

Porque no se deje de hablar de todo en tantos propósitos, no será razon dejar de decir de la verdad; no se nos agravie diciendo que no se hace de ella caso; baste que tan corrida ande por todo el mundo la verdad, que si no es en las Iglesias y púlpitos (loándola todo el mundo) no halla rama verde en que posar. Ella es hija del tiempo por lo que dicen de su hilo que nunca quiebra aunque adelgaça, y ansi la verdad del Señor permanecerá en eterno, y Dios es verdad y aun se precia de ello, pues dice: *ego sum vestra veritas et vita*, por lo que es gran blasfemia comparar menudençias con Dios, y cosas que pueden ser y no sér, diçiendo: como Dios es verdad que el cielo y la tierra pasaran, mas un punto no ha de faltar de su verdad. Mas la verdad y autoridad no andan siempre juntas, que esta tienen muy muchos malos para ser creidos, y mil veces no lo es ni lo fué la una verdad que al mesmo dicen, ¡*¿si veritatem dico vobis, quare non creditis michi?* y á un rico neçio y mentiroso cuanto mas se le cree que á un pobre verdadero y sábio; y así en igual grado pone nuestro Señor ser creido un pobre como á manera de milagro, diçiendo así: los ciegos ven, los cojos andan y los pobres dicen verdad, y este es un camino real tan descansado y ancho que yo no sé cómo deseando todos descanso, echan los mas por las mentirosas sendas y atajos de la mentira que de tanto artificio y memoria tiene necesidad como dicen. Conviene que un mentiroso tenga memoria para que no le tomen con el hurto á cada paso mas presto al mentiroso que al cojo, y ansi para mentir

buscó Simon tantos circunloquios y rodeos falsos. Mucho ofende á la verdad de la natura el que se tiñe el pelo, pues parece que es querer enmendar con mentira lo que Dios hace con la edad, que se le puede decir: mientes, mientes por la barba; y así la fea ó vieja que se afeita; como dicen que dijo un reçien casado con una de estas á la mañana al levantarse, que no se casó con nadie, que pensó que su mujer era de mediana estatura, y le vió los chapines de una terçia largos, y que tenia dientes y eran postiços de hueso, y que tenia ojos y era el un ojo de plata, y en lugar de cabellos rubios una cabellera enrubiada, y color y blancura de viva, y era de soliman y color afeitada.

Pues, ¡oh dulce, hermosísima verdad, fundamento de justicia! Sin tí, en su reino un Rey no puede nada, sus leyes y premáticas no se guardan; con testigos falsos en manos de estos está la vida, hacienda y honra de los cuitados. El que se perjura trayendo á Dios por abonador de su enemiga la mentira grande serviçio le hace. ¡Oh cuanto deberian de ser estos castigados dignísimos del talion, aun antes que el castigo atentado pase! pues así se hicieron todas las diligencias de su parte, y el otro inoçente ya pasó el miedo, que de la pena pienso que es la mayor parte. La primer gran mentira que hubo en el mundo fué la que dijo á Eva el diablo: «comè de este fruto de este árbol, sereis como Dioses» será mucha mala ventura que de ellos os suçederá.

Viniendo pues á lo de agora, que es de lo que yo trato, el mayor mentiroso que en nuestros tiempos ha habido, y mas contra la verdad, fué Lutero nuevo Satanás y nuevo Mahoma que tantas almas hace arder. Pues plega á Dios en quien todo el poder es, que antes que nos muramos, esta falsa y mentirosa secta contagiosa sea por su divina mano reduçida á la verdad.

De unos casos semejantes.

Parece que á un trabajo y llaga del mundo Nuestro Señor luego con la medicina socorre. Cayeron del cielo los malos espíritus; luego para aquellos asientos vacíos crió al hombre, y el que por soberbia perdió Lucifer, dicen que por humildad San Francisco ú otro bienaventurado le ocupó. Eva fué engañada de la serpiente; crió Dios á Nuestra Señora, que le quebró la cabeza y la descalabró. Adam puso en perdiçion al linage humano; Nuestro Señor Jesucristo nuevo y sacratísimo Adam le redimió.

Viniendo pues á lo de agora, perdióse Constantinopla año de mil cuatrocientos cincuenta y tres, á veinte y nueve de Mayo, y el mismo año y aun dicen que el mismo dia, para restauracion de tal pérdida el rey Don Hernando el Católico nació. Soliman, emperador de los turcos, nació año de mil quinientos, y vino despues á ocupar la cristiandad el emperador Cárlos V, que nasçió el mismo año que el que en Ungría se le resistió, y los dos Emperadores en un dia se coronaron, uno en Poniente y otro en Levante para despedaçar y conturbar el mundo. En la Turingia, en Alemania, nasçió en mil quinientos cuatro el horrendo mónstruo de la cristiandad, Martin Lutero, que apartó y aparta hoy muchas almas de la santa Iglesia; el mismo año nació Hernan Cortés en Medellin, en España, que tantos millares de almas en la Nueva España al gremio de la santa Iglesia recogió. Finalmente, año de mil quinientos veinte y siete, tomada Roma por Borbon, la Iglesia romana padesçió por los licençiosos soldados tan gran açote; el mismo año nació quien la defensa sostiene y ampara, que es el rey Felipe II nuestro señor.

De mucha maravilla.

Es tanta la extrañeza, y palabras á nuestros oidos tan ásperas cuando van unidas, las de sacerdote é hijos, que diré como una maravilla de los que de estos tiempos se me acordaren y fueron primero casados.

El obispo de Lugo y de Talavera, que se llamó Don Juan Xuarez, dejó hijos y nietos herederos de una honrada casa.

El padre Francisco, de la Compañía de Jesus, fué duque de Gandía; enviudó y dejó hijos duques de Gandía muy señalados.

Los duques de Béjar son hoy biznietos del conde Don Alonso de Benalcazar, qne se metió fraile.

Y aun mucho mas en los Papas se ha extendido en este tiempo este milagro: ser Sumos Pontífices y haber sido antes casados. Alejandro VI tuvo por hijo al duque Valentin, que no debiera; y Paulo III á Pero Luis Farnesio, duque de Parma; ambos conformes en ser Papas y casados antes, y en las infelices muertes de sus hijos desdichados.

Y en un lugar del reino de Toledo, cerca de Madrid, me salió á decir misa un clérigo que me dijeron que era hijo de otro; y espantándome yo mucho de ello, supe que el padre suyo habia sido casado antes de ser clérigo, y aquí aun la maravilla no para, que habia tenido quince hijos varones y seis hembras, sin antes ni despues haber tenido ocasion de tener ningun hijo mas por su castidad, ¡maravilla mas grande! El se vió con dos hijos de estos al altar, diciendo él misa, y ellos diáconos y subdiáconos.

Tambien se me acuerda agora que el papa Clemen-

te IV, segun dice el venerable escritor Gonçalo de Illescas, tuvo dos hijas, siendo antes que Pontífice casado; que la una metió monja con treinta mil maravedís, y la otra casó comunmente dotándola en trescientos ducados: que los historiadores somos pescadores de caña que ponemos al lector en la mesa los peces que en la red de la memoria caen.

De fuerza.

Esta es habilidad de natura, que por no estar situada en el libre alvedrio de los hombres, se les debe á los que la tienen pocas graçias, y los que no la han ninguna culpa. Pienso que Çéspedes fué el que tuvo en nuestros tiempos mayor fuerça, bien que Diego García de Paredes, tuvo mucha, y Don Hernando de Paredes, su nieto, infinita.

Y entre otras grandes pruebas que hizo Çéspedes, dicen meneaba doce hombres con una mano, puestos contra él al cabo de un gran madero; y preguntóle un pasagero una vez por el camino, y alçó un timon de una carreta y «por allí vá,». dijo, señalando con él. Tenia tambien una rueda de una açeña para que no moliese, echándole cuanta agua en el caz podia caber.

Y acaesçió en Granada, asido con las manos de una reja, levantar un caballo en que iba á la gineta; al cúal mataron unos morillos en la rebelion del reino de Granada, y fué trocado el refran español, que dice: «á fuerça de bellaco hierro en medio,» que á tan gran fuerça de un noble y bueno sobrepujó el hierro y las armas de unos morillos contrapuestas del fuerte y valeroso pecho en medio.

Don Gerónimo de Ayanço, caballero navarro, fué señaladísimo en esto; horadaba un plato de plata con un

dedo, y con los dos largos le hacia como lechuguillas de un cuello, y con las dos manos quitó de un monasterio de monjas de dos ú trés enviones el locutorio de una reja; y un poderosísimo caballo de la gineta, puesto en él un gran caballero, le tenia con un braço que no partiese, aunque le espoleaba su dueño de encima y trasudaba el caballo, y tenia de un geme las narices abiertas.

Y un fraile de San Francisco, que se llamaba fray Sufras, tenia tan gran fuerza y hoy tiene, que se le ponian en las palmas de las manos dos grandes y gruesos clérigos de piés, y los traia por toda una sacristía de Casa Rubios en peso. Mas hacia; que en los pulgares de las manos, extendidos los brazos, que es cuando poniendo en las romanas el pilon de hierro al cabo hacen mucho mas peso, y él en las puntas de sus dedos pulgares tenia, mientras los desollaban, dos carneros. Y antes que se metiese fraile (y quizá entró en la religion por otras travesuras y por esta) yendo á caza en un monte, quísolè prender un caballero, cuyo el coto era, y no tenia ningunas armas; arranca un álamo, y con este bastoncillo dió, y aturdió y desbarató al caballero con su lanza á caballo, y dos ó tres guardas que iban con él. Comia al respeto de su fuerza, que no le podian sostentar si no era en un monasterio grande.

Y un hulano (1), Cantero por sobrenombre, en Casa Rubios, le vieron muchos alçar un carro con los lomos en peso, con cuarenta arrobas de vino cargado, y tomaba un guijarro pelado tan grande como un plato, y decia: ¿cuánto quereis de este; una libra, ú dos, ú la mitad? y partia de él una libra, ó dos, ó la mitad de una puñada.

Este sea el postrero de todos los capítulos de fuerza. Mas las fuerzas del cuerpo no se pueden igualar á las del

(1) Esta por «fulano.»

ingenio y del alma, que lo que no pueden hacer muy muchos hombres con fuerza, lo hace un niño con un torno, ó con los instrumentos de Arquímedes.

De la lealtad de un caballo.

En la conquista de Chile fué un hidalgo llamado Caravajal con el marqués de Cañete, que en una refriega grandísima, envuelto entre muchos indios, y él muy mal herido y derribado de su caballo, hizo el caballo una extrañeza grandísima, que herido tambien el caballo de una saetada por la frente, á coces y á bocados, andando al rededor de su amo, defendió y salvó á su señor caido, hasta que acudieron los suyos y fué dellos socorrido. De lo que yo soy muy cierto, aunque ningun autor ha de ello escrito.

De dos casos muy parecidos.

El eçelente conde de Feria, Don Pedro, tuvo un hijo y una hija que, siendo muy niños, el hijo murió de dolencia, y quedó el mas digno de suçesion que hubo, segun su valor y virtud, sin suçesion varonil. Dende á pocos dias la niña jugando par de una baranda, cayó de un corredor alto; vióla caer un page que estaba en el patio abajo, y arremetió presto y recogiola en sus brazos, viéndola venir, con lo que, aunque se maltrató algo del golpe, escapó con la vida, y fué despues señora de la casa de Aguilar, y marquesa de Pliego.

Y semejante á esto un hijo pequeño de un caballero en Extremadura, jugando junto á un pozo seco, muy hondo, cayó dentro del pozo que, aunque era casi seco, bastara para ahogar á un niño, que daria el agua á la

cintura. Esto no lo vió nadie, sino solamente una moza de casa que dando grandes gritos corrió luego, y se echó tras el muchacho en el pozo, de grandísima altura, y le ayudó tanto la dicha del niño, del padre y la de ella, y la voluntad de Dios mas que todas juntas, que no dió sobre el niño, que le matara cayendo, y alzóle de debajo del agua, y túvole en alto en sus manos, hasta que acudió gente á sus gritos, y entre ellos los atribulados padres que, echando sogas y atándose abajo la moza, sacó del vientre de la tierra y de la lengua del agua al hijo.

De recados falsos.

Los recados falsos son gran gala, mas es necesario guardar sus leyes, que ni ofendan, ni agravien, ni sean pesados: los finos son los que no acaban con la verdad de desengañarse los engañados, como sucedió en un caso que contaré.

Un caballero muy principal en Sevilla, clérigo, y muy vano, pretendiente de ser prelado, dieron ante él una carta de la Corte á otro caballero, en que habia muchas nuevas, y comiença á las leer: á tal se ha dado tal encomienda; á tal, tal corregimiento, y á Don fulano el obispado de tal parte. Dicho esto, hubo tanto regocijo y tantos parabienes, é ir á pedir albricias sus criados, que fué cosa extraña, y él acudió tambien diciendo: «así lo tenia yo entendido dias ha, que su Majestad se habia de acordar de mis méritos. Vinieron señores á darle el parabien y á visitarle; el que hizo la burla no pareció en muchos dias, y con gran vergüenza de los desengañantes despues no le podian desengañar. Este caso fué liviano al principio, mas despues saltó en gran pesadumbre, porque con el alegría se desmandan los hombres á decir cosas de que todos tienen que reir y mofar.

A un caballero muy hablador y que contaba siempre cuentos muy largos, se concertaron otros tres de le burlar de esta arte. En asomando salieron todos á recibirle con gran aplauso; métenle en su rueda luego, y él comiença á tomar la mano. Al momento uno de ellos dijo: «vuestra merced me dé licencia, que se me acuerda un negocio muy importante.» Prosigue él con su cuento, y luego otro tan á priesa como los nuncios de Job, dijo: «ya me parece que es tarde; me estará Doña hulana esperando,» y despidióse. Aun no habia acabado él de decir esto, cuando el que quedaba dijo: «tan lindas cosas como vuestra merced dice no son para uno solo; yo tambien me voy, y quedarse ha eso para la tarde.» El otro viéndose quedar solo y al blanco, que no era necio, aunque importuno, dijo: «pues qué no oís mi doctrina, y me dejais todos, quedad malditos del mi padre.»

Este fué galan encuentro en que el que burló, que fué el Rey nuestro señor, hizo en ello gran merced al burlado. Estaba un grande su privado enfermo, con quien su Majestad mucho burlaba; tocan á la puerta de su cámara. «Mirad quién está allí.—Señor, dijo el paje, hulano es, el albeitar de su Majestad.» Entre, dijo él, que luego entendió la burla. Entró, y dijo: «su Majestad está con gran pena del mal de vuestra señoría, y me envia que le cure.» El con gran risa dijo: «pues llegaos acá (y tenia un palo en la mano) y tomadme el pulso.» El albeitar le dijo: «señor no es menester, que en nuestro tribunal procedemos sin que se nos diga nada, y mañana traeré mi ballestilla para sangrar.»—Pues ballestero sois, dijo, badajo, sangraos á vos primero, y será la caridad bien ordenada.»

Otro caballero en Sevilla que se preciaba de esto, y todos le sufrian, enviaba cartas de desafío á dos caballeros, y hacíales salir uno á una puerta y otro á otra puerta

contraria de la ciudad, y echábales la justicia encima, que los encarcelaba sin haber sido ninguno culpado.

Otras veces traia pajes por toda la ciudad convidando á casa de un señor muy cortesano cuantos hombres habia de mal gusto; y cuando el señor no se cataba veia entrar quince ó veinte á hora de comer y enviar las mulas y gente á sus casas y quedarse plantados allí, donde toda la cortesanía del huésped era bien necesaria.

El Ladrillejo es hijo de vecino de Sevilla; allí se dan los mas bravos chascos del mundo en que acaecen cosas extrañas de hacer mil vilezas hombres fierísimos y bravos.

Otras veces, el que arriba dije, en topando la justicia de noche, echaba á huir; corria toda la camada de los corchetes tras él: «allí va, acá va; ataja, ataja, no se nos vaya.» Al fin, cuando se cansaba, parábase, que traia tras sí la justicia y toda su banda. Llegaba el teniente: «susténganle; ¿quién es, quién es?—Yo soy, señor Don hulano, decia él.—¡Oh señor! vuestra merced habia de haber hecho esto! decia el teniente.—¿Qué, señor, decia él, ese mal que se ha hecho aquí? no hay mal ninguno; mire vuestra merced cómo habla, pues como iban huyendo, «cené, decia él, agora; y como otros hacen ejercicio de pasear y yo corro de ordinario para digerir mas.»—Pues guarde Dios á vuestra merced, y váyase á dormir, dijo el teniente, que á todos nos trae corridos y desalentados.

Un caballero en la guerra no tenia qué jugar, y topóse con otro tan tahur como él, y conciértase de le jugar un caballo que tenia. ¿De qué color? díjoselo; ¿de qué edad? díjoselo; ¿en qué precio? no se descontentaron, que el otro tenia tanta gana de jugar como el dueño del caballo. «Mirad, señor, dijo este, que no os le vendo á vista de albéitares, sino con sus tachas buenas y malas.» Pues puestos asi al juego, le fué el del caballo perdiendo poco

á poco desde la oreja hasta el rabo; el uno muy contento de que le iba ganando, y el otro holgándose muy mucho de que le iba perdiendo. En fin el caballo se remató; manda enviar á su caballeriza que se le entreguen; va allá el ganancioso, sale el comprador, con que vieron en la caballeriza muerto el caballo; quiso pleitear sobre ello, mas segun la postura por derecho de guerra hallóse que no se podia rehusar de recibirle, y aun de la caballeriza era obligado á sacarle.

De estas burlas hay harto en Salamanca, que caballeros moços con gran priesa y ánsia sacan por allí á media noche médicos, cirujanos y parteras, diciendo que enfermos, heridos y señoras los esperan, que están en grande aprieto. Salen los llamados, y déjanlos en la calle al mejor tiempo, y porque haya mas lugar el engaño, traen tal vez un par de hachas con que hacen que se levanten de la cama el honrado y experto y famoso médico, y tal vez rehusando y diciendo que el burlador hulano debe de ser que no quieren mas, tanto le dicen y juran que al fin dice: «daca ese montante, que yo juro que si es burla que me lo han de pagar muy bien.» Sale, y á buen trecho de su casa matan las hachas, y unos de acá y otros de allá dan cuerda al honrado viejo, que muerto de frio se vuelve á su casa, y el montante no le montó nada ni le fué de ningun provecho.

Otro recado falso se me acuerda que se hizo á un hijo principal de un señor muy valiente en Toledo, que estando para jurar al príncipe Don Cárlos, nuestro señor, él estaba con gran ánsia de que le llamase el Rey para ello, y preguntando si habian de jurar los hijos de los señores primogénitos, urde esta maraña un caballero. Estando él y otros muchos con el gran conde de Benavente, y todos estaban prevenidos ya del caso, sino á quien la burla se hábia de hacer, entra un portero del

Conde y dice: «Aquí está un portero del Rey,» dijo el Conde.—¿A qué viene? Dijo el portero: «viene al señor Don Fulano de parte del Rey.» El que queria salir á él; no, no, sino entre. Entra un escudero muy mesurado, y dice: ¿Está aquí el señor Don Fulano?—Señor, dijo, él: yo soy.—¿Qué quereis?—Su Majestad, dijo el otro, dice que hoy es el dia solemne en que los tales como vuestra señoría le han de honrar, que le ruega y pide con gran instancia que se halle á jurar al Príncipe, que para tales personas conviene tal juramento.» El con su gorra en la mano, que nunca se la puso mientras estuvo allí el falso portero del Rey, respondió: «Decid á su Majestad, que yo haré lo que manda como mis pasados lo han hecho, y yo tengo particular obligacion para ello,» y al despedirse queria salir con él hasta la puerta, y salido rebentaron todos en gran risa; y desde que él lo entendió queria ir á matar al mensagero y al que lo habia causado.

Aquella fué pesada burla, y no guardó los límites de cuan livianos y sin pesadumbre han de ser los recados falsos, que yendo un camino Juan de Tejada, un caballero muy honrado de Salamanca, y Luis Alvarez, el hidalgo de Medellin, de quien hay muchos y muy graciosos cuentos, adelantóse un poco Luis Alvarez (y era un poco despues que echaron los judíos de Castilla), y da mandado á la justicia que iba huyendo un judío muy rico, diciendo que tenia muy largas narices, como él la urdimbre, y que le detuviesen, que se le sacaria buen dinero, y que no mirasen á sus palabras por cosa que dijese. Así salen y préndenle, y con muy malos tratamientos pónenle en la cárcel, y en dos dias no pudo salir hasta que llegaron conocidos allí, y dijeron la verdad de cuán caballero era, y Luis Alvarez se acogió por no entrar con razon en ella. Mas el Tejada vengóse dende á poco muy bien en Salamanca, que despues de esto vi-

niendo á ser su huésped Alvarez, como casi siempre lo era, puso en poder de la señora doscientos mil maravedís que traia de unos carneros, que era su trato aquel, y tuviéronle allí en su casa por ruegos mas de quince dias. A la mañana preguntábale el mayordomo: ¿Qué quiere vuestra merced comer? El decia: «Comamos esto y estotro, y Juan de Texada decíale cosas exquisitas para regalarle bien.—Traigan truchas de Bejar; traigan salmones de Oviedo; traigan lampreas de Alcántara.—Norabuena.—Y cuando al fin se quiso ir y pidió sus doscientos mil maravedís, tráenle lo que sobró, y la memoria del gasto que era mas de doscientos ducados en aquel poco de tiempo.

Otro recado falso se hizo en Augusta, en Alemania, muy sustancial. Estando en casa del duque de Alba muchos caballeros, entra un paje del Duque y dijo: «Señor, un criado del correo mayor me dió que diese á vuestra excelencia esta carta del rey de Escocia, y estaban los de alrededor avisados, y elegido el que habia de ser burlado.—Y dijeron todos: mande vuestra excelencia que la veamos.» Abrela, y léela que decia así, que hacia saber al Duque que tenia una muy importante guerra, y que le pedia que le enviase un caballero del Emperador muy plático para general de ella, donde sabia que habia tantos en tal escuela, en especial que él tenia puesto los ojos desde allá en un Don Pedro de Guzman, á quien entregaria luego el baston de todo su ejército, de lo que se ternia del Duque por muy agradado y satisfecho.

El caballero que lo oyó, pospuesta toda su presuncion, que no era poca, hincase de rodillas ante el Duque, diciendo: «Déme las manos vuestra Excelencia de las que yo sé que viene tanto bien, que me deje de haber propuesto al rey de Escocia para tan gran cargo y no por mis méritos.» El Duque, viéndole tan perdido, metién-

dose por aquel ciego nublado adelante, le dijo: «Señor, teneos, teneos, mas no pudo detenerle, sino que por fuerza se las habia de besar.» Caidos de risa los circunstantes, ni en un hora le pudieron desengañar, y cuando al cabo abrió los ojos al desengaño, quedó muerto y perdido, y el que lo ordenó, hasta que se le pasó el corrimiento y la ira á Don Pedro, se ausentó de allí, y con tiempo se puso en salvo.

Aquellas son buenas y leves burlas, yendo á caza, poner garça á la orilla de un arroyo, é hincada una estaca y llegar otro con grandes ruegos á volarla primero por cebar sus falcones, y porque no se fuese lanzarlos luego en valde, que son burlas que pesan poco y de poca sustancia, que antes dan luego risa á burladores que á burlados.

De la que un ladroncico Agangeldre, agente de los Fúcares, en nombre del Santo Oficio de Toledo hizo no hay que tratar, por ser hurto y cosa intratable del Santo Oficio y cosa de interese, que él fué muy bien castigado. Entre las gentilezas y galas hurtos no han de entrar.

Mas conforme á mi intento fué la burla que se hizo entre cortesanos á un caballero muy principal y muy discreto y muy burlon, hermano del duque de Maqueda, que se llamaba Don Alonso de Cárdenas. El era muy alto y muy gordo, y posaba en Valladolid en la casa de Don Juan Pimentel, y regalábale allí mucho y á todos un gran camarada de caballeros, y él decia: «Señor, no comamos tanto, ¿habéisnos de matar? No se puede sufrir esto.» Y acuerdan todos que un calçetero le vaya quitando cada dia un dedo de la pretina de las calças, y él juraba á Dios que iba allí por horas engordando, y que en sus calças lo veia, hasta que ya no le vinieron totalmente, y la bragueta fuera de toda geometría quedaba una torre abajo fuera de compás. Y él y ellos con mucha risa, en-

tendió la burla, y entendida, quiso poner pleito al calçetero por las calças, que se las habia desbaratado.

En esto se pasaba la vida en aquel cortesano tiempo, lo que agora si no es en pretensiones y pleitos no se gasta mas. La que diré fué muy desenfrenada y muy fiera burla, y no de la marca que he dicho que han de ser las burlas, motes y recados falsos. Envió el Rey á Aragon á un caballero muy principal con poderes bastantes, y habia otro en Zaragoza muy gracioso y muy su conociente, y gran guardador de los fueros que despues acá han costado tanto. Pues el comisario del Rey llama al caballero aragonés á su posada, y de acuerdo con otros caballeros hácele entrar en un aposento, y que se apareje, que le mandaba el Rey cortar la cabeça. Mete allá un su criado con hábito de fraile, y apretóle de manera que estuvo para perder el seso, y trasudaba ya. Rebientan todos con gran risa, que el engaño y el desengaño no tenia con aquel inculpado caballero buen lugar, mas naide ha de ser tan pesado ni abusar tan mal para burlas, que para veras un Rey le da.

El conde de Benavente Don Antonio, hízose muy corto de vista, y él y el duque de Nájera, muy amigos, fueron un dia al monte ambos, que uno con otro se juntaban muy de ordinario. El Duque en un prado vió un venado de los de orejas largas, y de los que suelen traer leña; mostróselo muy alterado al Conde diciendo: ¡Oh qué hermoso venado! paso, paso; tiralde vos, que yo os le rodearé con mi caballo, tan grande es como un asno.—Desmochado debe de ser, que no tiene cuernos. Dánle la vuelta con gran recato, aunque el venado no tenia ninguno; que no pensaba qué cosa le pudiera matar sino su albarda. Tírale el Conde y dale un gran arcabuzaço que encomençó á bailar rebuznando. Ya aquí el Conde entendió la burla, y queria cargar el arcabuz para matar

al Duque, aunque en gran risa dispararon luego ambos. Mas no rió de ello el mozuelo, cuyo era, que durmiendo estaba desviado, sino sale á ellos fatigado y llorando que le pagasen su asno. El Duque que le pagase el que le mató; el Conde que se le pagase quien se le hizo matar. En fin, paró el pleito en que por entero se le pagaron entrambos.

De toros y toreros.

El andar con los toros es mucha gentileza y razonable ánimo; mas no es tanto el peligro de la vida cuanto de la autoridad de andar un caballero por el suelo rodando, y ansi se aventura mas que se gana, porque el peligro es tan poco que no se sabe que en nuestros tiempos hayan muerto toros sino á Mateo Vazquez Coronado, alguacil mayor de Valladolid, que le hirió un toro en una pierna, de que murió en pocos dias.

De esta habilidad fué el mas insigne Don Pero Ponçe de Leon, de Sevilla, hermano del duque de Arcos, porque era cierto en ella y era esta la manera. Salia á la plaça solo, con unos anteojos en su caballo, y con un negro detrás que le llevaba una lança; muy revuelto en su capa y muy descuidado, cómo si no fuera á aquello ú no le viera nadie; y estábale todo el mundo mirando. Parábase delante de las ventanas de su muger Doña Catalina de Ribera y de las damas; veníase para el toro, alçaba la capa, tomaba de su lacayo y muy mesuradamente la lança; si no le queria el toro, tornábala al momento á dejar; ni andaba trás él desautorizándose, y si le venia ponísela en el pescueço, y metísela por él, que le salia á los braços, y dejábale en la tierra enclavado, y tornábase á andar paseando muy descuidado,

como si no hubiera hecho nada. Y esto jamás erró si no cuando le acertaba á ver el Duque su padre, y acaesció por esto ponerse á verle el Duque disimulado, y desbaratarle el toro ú derribarle á él, ú matarle el caballo.

Un barbero de Toledo decian que tambien acertaba á alancearlos, y á esta fama, delante del Emperador, salió y mató un toro en Toledo en la plaça, y yo lo ví; mas como cosa de hombre bajo no se tuvo en nada, y decian que como buen barbero les acertaba la vena, como con la lanceta con la lança. El buen linage es como luz que alumbra las buenas cosas que los generosos hacen, y por eso se llama oscuro el de la gente baja.

El Emperador salió un dia á unos toros en Valladolid, delante de la Emperatriz y de sus damas. Era un toro grande y negro como un cuervo, y se llamaba Mahoma. Yo lo ví; ya se puede ver la espectacion que habria de ver entrar en campo con una bestia fiera al Emperador de los cristianos; y aunque era bravísimo el toro no le quiso, sino junto á San Francisco se estaba quedo parado, bufando y escarbando. Entonces llegó Don Pero Velez de Guevara, un caballero viejo, gran maestro en aquel arte, y dijo: «Así le habia vuestra Majestad de llamar para que le entrase;» y dijo el Emperador: «Id vos y veamos cómo haceis.» Fué á él Don Pero Velez; parte contra él luego el toro, y derríbale, y échale fuera las tripas á su caballo, y vuelve á pié muy corrido al Emperador que le dijo: «Esa leccion, Don Pero, yo no la pienso tomar, si á Dios place.» Torna el toro á volverse á su puesto como antes, y como no venia á él parte para él el Emperador, y dále por el cerviguillo una lançada, de la que cayó luego muerto, enclavado con la lança.

Aquella noche, hablando de esto y de otras cosas, en un corrillo de caballeros ante el Emperador, dijo Don Diego de Acevedo al oido á Pedro de la Cueva, co-

mendador mayor de Alcántara: «Yo toreo razonablemente.» No lo habia aun él bien dicho, burlándo, que alçó la voz el Comendador mayor y dijo: «Don Pero dice que esto del torear lo hace bien, veamos cómo, dijo el Emperador;» quizás os acetaré por mejor medio que á Don Pero Velez.—Señor, dijo él; yo salgo con una lança de fresno, porque esotras de pino quiebran luego, y con un hierro ancho, muy agudo y limpio, que se podrán ver en él, y que cortará un pelo en el aire, y en un buen caballo, que los tengo siempre buenos para esto. Póngome lo mejor que puedo al toro, y mientras mas bravo mejor; parte al momento para mí, y en llegando no sé mas lo que pasa en el caso, que las mas veces, muerto mi caballo, me hallo en el suelo sin lança y sin capa y sin gorra, y cercado de pícaros que me andan quitando alrededor las pajas. Ya en esto tiene mi muger aparejada una sábana en vino en que envolverme, como cosa que casi siempre me acaece.» Al fin de la plática Don Pedro hizo una reverencia; todos rieron mucho. «Tampoco os quiero por maestro,» dijo riendo el Emperador, si así pasa.

Don Diego Ramirez ante el rey de Bohemia Maximiliano, que fué despues Emperador, hizo en Valladolid una muy buena suerte. Sale un toro muy bravo; tenia una dama de la Reina una hermosa garrocha, que no la osaba tirar por no perderla.—Tírela vuestra merced, dijo Don Diego, que yo prometo por mas bravo que el toro sea de se la volver. Pasó por debajo del tablado el toro; todas las damas le porfiaron que se la tirase; ella tiró al fin, y no fué como de dama el *telus* que *embelesina*, sino que en el lomo se la hincó luego. Baja Don Diego solo con su capa y espada; váse para el toro derecho, y sin andar desautorizado de acá y de allá tras él, dejando caer de un lado la capa con la mano izquierda, le quita la misma garrocha entre otras muchas, y con la derecha le da una

muy buena cuchillada en el rostro, que le hizo rehuir de él, y vuelve con ella á la dama, cumpliendo su palabra enteramente, no sé si con mas ánimo que dicha, ó si con mas dicha que ánimo de no andar arrastrado tras el toro y volver sin ella, que de peligro era aquí lo de menos; mas en fin lo dicho, uno y otro de ánimo y de ventura fué extremo y ejemplo grande.

En Salamanca hubo otra buena dicha un honrado caballero viejo, gran cristiano, mas dado ya á las cosas de Dios que á ser torero. Llamábase Melen Xuarez; mas no pudo excusarse de salir á la plaça un dia de toros, que allí hay una cofradía de salir á las fiestas los caballèros, y él por huir de nota, por ser cofrade, salió al juego de cañas. Llevaba un hermoso caballo rucio, muy soberbio, que tenia mas que averiguarse con él que con los toros, contra quien un bravísimo toro partió, el que él espero con poca resistencia. Llega, y por delante vuelve el caballo todo sobre él, que todos pensaron que con los arçones de la gineta le habia muerto; mas él se levantó sin lesion ninguna y riendo, y así esperó á subir en su caballo, que se le trujeron, de haber escapado en tal trance muy contento, y lo que le valió en tanto peligro no lo dijo á nadie, sino sin confesion á un religioso, su confesor, que lo dijo á quien á mí me lo dijo de quien yo lo supe: que Nuestra Señora estuvo allí con él, que le escapó de aprieto tanto.

Pensé atrás decir este caso que diré, y olvidóseme, como cuando del coso se escapa algun toro para correrse otra vez, y este cuento es de lo que pasa los dias de San Márcos cada año, en un lugar que se llama las Broças, tierra de Alcántara.

En aquel lugar teniendo alguno algun espantable y temeroso toro, y que de fiero no se pueden con él averiguar, dásele á la Iglesia. Llegando el dia de

San Márcos, á la víspera de él, va el mayordomo á esos montes por él, donde no le para hombre que vea, y llegado en su asnillo ante el embajador de San Márcos, le dice: «Márco, amigo, ven conmigo á las Broças, que de parte de San Márcos te llamo para su fiesta.» El toro luego deja sus pastos, y manso vése delante de él; entra á las vísperas en la Iglesia como un cordero manso, y pónenle en los cuernos rosas y guirnaldas las mugeres; y sin hacer mal á nadie, sálese acabadas las vísperas al campo allí cerca. Otro dia va en la procesion suelto entre la gente, y pasa por un arco del clautro, tan estrecho que ha menester para pasar ladear los cuernos, y esto sin que se lo diga naide, y toda la misa se está en pié, delante de las gradas del altar mayor, y acabada de alzar la hostia postrera y de consumir alguna vez, sálese de la Iglesia á todo correr, como muchacho de la escuela, y vése por esos montes y jarales, volviendo á su braveza natural.

En Talavera, corriendo unos toros, tomó uno á un vecino de ella, hombre ordinario, corriéndolos en la calle de Olivares. Llega con gran furia; métele el cuerno por la boca; acuden todos á él, pensando que le ha muerto ú rotas las quijadas; mas le acaeció mejor que tenia una muela que no se le habia podido sacar, de que moria de dolor, y sácasela el furioso cuerno del toro, y sin sentirlo con el miedo y sin hacerle ningun mal.

Otro dia, saliendo desmandado otro toro, estaban dos clérigos juntos, atendiendo á otras cosas, y mirando á otra parte, y no podia pasar sino entre ellos. Llega, y pasito métele un cuerno por medio, y luego con el otro al otro apartándolos (cosa visible que lo vieron todos, admirable á ellos de lo ver, y á nosotros agora de lo oir), y pasa sin les hacer daño, ó por la devocion que tienen con Nuestra Señora en Talavera, ó porque como el buey

conoció á su Señor en el pesebre, conoció aquí el toro á sus cristos (1) y criados.

Otra nueva manera de torear se ha introducido agora: torear con garrochon, con lo que han muerto toros caballeros á caballo. El primero Don Luis de Guzman, hijo del marqués de la Algava, en Madrid; luego Don Francisco Zapata Puertocarrero, mi hijo, en Granada; luego tambien en Madrid Don Ignacio de Médicis, hermano del duque de Florencia y el conde de Palma.

Mas aunque fué lastimoso caso el de Don Diego de Toledo, hermano natural del duque de Alba, quiero aquí contarlo, si bien ya en otro lugar dije alguna cosa de él. Era el tal un caballero moço, muy gentil hombre y muy señalado, el cual andando á los toros en Alba, con un garrochon, á las alegrías del casamiento del Duque, su hermano, pasó á uno el hierro en la frente, que no acertó á descogotarle; dió un rebufo el toro en alto, revuelve el garrochon, y escurre por su misma mano y dale con el cuerno en un ojo, y pásasele, y la cabeza y sesos, y sálele envuelto en ellos por la otra parte, y al caer muerto se le quebraron dos costillas sobre su misma espada. ¡Quién creyera que con sus mismas armas se habia de matar por sus manos, y que su ojo mismo diera puerta y paso á tanto daño!

De la gloria vana del mundo.

¡Cuán engañados son aquellos que piensan que los honran las gentes por su saber y bondad, y por lo que les dicen los que los alaban! Quitadles lo que pueden ó tienen, y verán cuán poco por ellos dan, conforme á lo que pasó en Badajoz por el ejemplo que aquí se verá.

---

(1) Está por «ungidos.»

Estando el Rey nuestro Señor allí, de camino para Portugal, cuando fué á cobrar aquel reino, murió un sobrino de un hombre de gran estimacion y de gran cargo, y tan noble é ignoto el moço, que apenas le conocian, ni tenian de él noticia en su propia casa, *innota manus procerum est,. et quot* (la privanza) *possit tunc patuit*, que grandes y señores y caballeros se le llevaron en hombros, y toda la córte fué á su enterramiento. Dende á quince dias muere el mismo personage despues, y de cuantos le amaban y lisonjeaban nadie le acompañaba, y le dejaron solo en la iglesia, y ninguno *magni illius viri tulit andas desertas*, que acaece al fin á los hombres lo que á las aves, que la que anda para, y pisada y tenida en poco, sube á la mesa de los grandes, y échanla despues de muerta al tejado: «holgaban con él y le traian los padres y reyes en las manos.»

De un gran peligro de un caminante.

Pasaba en Portugal un caminante entre Evora y Montemayor, y echóse á dormir en el campo, y despertando hácia la tarde halló dos lobos sentados en dos piés á sus lados. Él espantado, como era razon, no teniendo mas que un dardo en las manos, levantóse y fuese á gran paso, yendo disimulando un muy gran miedo, y volviendo una vez la cabeça, vió que iba en su seguimiento ya otro lobo, que eran tres, y luego otro, que eran cuatro. Y viendo crecer la tempestad y venir la mar tan alta, á rienda suelta de sus çapatos, corrió y subióse en un pino muy alto: llegó luego la avenida tras él y otro lobo, que eran cinco, los que encomiençan á abrazarse con el pino y á descortezarle por subir á él y comerle, que parece que no quisieron los dos primeros hacerlo hasta te-

ner mas número de convidados, donde pasó así hasta la mañana combatido de diferentes asaltos, hasta que dando voces acudieron unos arrieros á él y le socorrieron; que como me he ofrecido, yo averigüé el caso muy bien, porque á no decir verdad, mayores mentiras y mas de admiracion se pudieran poner; mas con lo cierto y mio echará Dios merced, como decia aquel salteador cosario.

De que el placer en el pesar es pesar doblado.

Ninguna cosa hay que tanto ofenda á un apesarado como mostrarle el retrato de un gran contento. Las penas del infierno no fueran tan grandes sino supieran los tristes que habia cielo y gloria para los bienaventurados, y así dijo el honrado caballero Juan Boscan:

Si en medio del placer tener memoria
De cualquier bien pasado es gran tormento, &c.

Conforme á esto fué lo que pasó en nuestros tiempos con el gran Turco al gran maestre de Rodas, Filipo Valerio de Visladan (1), que perdida la isla y muertas sus muchas gentes y valerosos caballeros y capitanes, yendo á negociar con el Turco su despacho, no consintieron que con sus ropas de luto, conforme á su tristeza, le hablase, sino para hablarle, despues de haber estado esperando audiencia lloviendo y venteando toda una tarde, le vistieron á la turquesca, de carmesí y de brocado; así que con coraçon de dolor y de luto, y corteza de alegría y de colorado, entró á su plática, aunque no diversa la color

(1) Este caballero, que fué de nacion inglés, se llamó Philippe Villiers de L'Isle Adam, y no como el autor, ó el que copió su manuscrito, le llama equivocadamente.

de la sangre turquesca que habia en aquel cerco derramado.

Así Priamo, de cincuenta hijos que tuvo, muerta la mayor parte, y entre ellos el fuertísimo Hector, pilar y sostento de Troya y de toda Asia, que en faltando él fué todo á destruccion y á asolacion declinando, y que vió á todo su bien llevarle tres veces alrededor de Troya arrastrando de un carro, yendo á pedir al cruel matador el cuerpo de su hijo amado, no le quiso oir hasta hacerle cortar el cabello y la barba, y lavarse, y por obtenerlo aceptó de comer á la mesa de quien con la sangre de su hijo habia sus manos lavado, sobre el comer y el beber derramando copiosas fuentes de lágrimas.

Y volviendo á nuestro tiempo, un caballero muy principal de Extremadura, teniendo concertada de hacer en su tierra la representacion de la Goleta, de moros y cristianos, porque casaba una su sobrina, llégale la nueva de que se le habia muerto una su hija, señora de título, en que perdia diez mil ducados de renta, que con ella habia dado; mas no cesó por eso el regocijo, y con las lágrimas en los ojos, y trompetas y atambores y atabales, y cascabeles en los caballos, regocijó la fiesta de la sobrina y cumplió la palabra que le habia dado de honrarla: que este es el valor de un real y valeroso pecho, navegar con viento contrario, de lo que se espanta el diablo. Y mas hubo aquí otra cosa notable, que la antecesora noche soñó la mujer del dicho que le llegaba la referida nueva de la muerte de su entenada, y lo dijo antes, como Patilio, patron de una gran nave de carga que estaba contando á sus marineros que habia soñado ver venir á Pompeyo desbaratado, y estando en esto, de la boca de un rio le ven salir en un barco capeando y haciendo señas que le acogiesen en aquella nave.

De una agradable competencia de dos trobadores de España.

Como todo mi intento en este mi trabajo es acordar, avisar, recrear y deleitar al oyente, á gloria de nuestro Señor y honra de mi Rey y mi patria, y de los famosos varones de España, eso se me da que sea mia ú ajena para poner á mis convidados en la mesa la vianda; y así diré agora esta graciosa emulacion que hubo entre Jorge de Montemayor y Alcalá, costándome tan poco como mandarlo escribir á un criado, con condicion que se oiga de calumnia, como entre dos enemigos, holgando con lo que se dijeron bien, y no creyendo lo que uno á otro se motejaron.

ALCALÁ Á MONTEMAYOR DIJO PRIMERO LO QUE SE SIGUE LOÁNDOLE.

Monte fértil lusitano,
Donde se crian laureles,
En la cumbre y en lo llano
Palmas y linaloéles
Y arboledas de verano.

Altas y hermosas matas
Son tus versos castellanos,
Elegantes y cristianos,
Mas mira como las atas,
No las trueques con tus manos.

Si aquí moviese cuestion
Arguyendo tu elocuencia,
Yo te demando perdon,
Aunque ya traigo licencia
De la fé y de la razon.

Mirando en tu Cancionero
La pasion que compusiste,
Ví un descuido que dijiste
Donde á Cristo verdadero
Uno y trino le hiciste.

Y si es tu voluntad,
Conforme á lo que hemos visto,
Mal sientes de la verdad,
Que la persona de Cristo
No es toda la Trinidad.

Hombre y Dios, yo ansi lo canto
Sin contrario ni reves,
Mas de las personas tres,
Padre, Hijo y Espíritu Santo
Segunda persona es.

Y si dices que se entiende
Que Dios es uno y es trino,
Tu metro no lo defiende
Ni lo declara, ni es dino
De pasar sin que se enmiende.

Porque Cristo es uno aquí,
Hijo de Dios que encarnó,
A quien el Padre engendró
De la sustancia de sí,
Igual al que le envió.

De los dos es procedente
El Santo espíritu Dios,
No menos Omnipotente.
Mas no tres dioses ni dos,
Sino un Dios tan solamente.

Distinto es Dios en personas,
Y uno es Dios sin division,
Y esta sacra distincion
No es ansi como blasonas,
Porque haces confusion.

Pues monte el mas singular,
Que ciñe nuestro horizonte
Vélate bien en trobar,
Porque con su leña el monte
Se suele á veces quemar.

Con caridad te lo digo,
Como en Jesucristo hermano,
Por eso, buen lusitano,
Recíbelo como amigo,
Que soy tuyo y tú cristiano.

RESPUESTA DE MONTEMAYOR Á ALCALÁ.

So palabras de loor,
Tratarme de mal cristiano,
Es golpe que de galano
Señala el esgrimidor,
Y esconde despues la mano.

Y aunque no me sobrepuja
Reprehension por tal via,
¿Quién nunca vió tal porfia,
Saltar de puntos de agüja
En puntos de teulugía?

La vela tengo bien alta,
Si al monte fuego le enciende,
En el mio no se entiende,
Porque aunque hay leña, le falta
La yesca con que se emprende.

Y es buscar nueva baraja
El mandarme tener vela,
Que segun se me revela
Si no es la casa de paja
Segura está la candela.

Aunque sin causa me abone,
Quieres uno y trino ver,
Sabe que se ha de entender
Concomitante ratione,
No segun tu parecer.

Que hablar de esa manera
Tres cristos ninguno osara,
Salvo quien considerara
Que si tres cristos hubiera,
Ninguno se le escapara.

Declarar la Trinidad
No es cosa para mí,
Y muy menos para tí,
Alcana, que esa verdad,
Solo por fé la entendí.

Y si en mis escritos yo
He nombrado al uno trino,
Deja el rigor, sé benino,
Baste el rigor que se usó
Con nuestro Verbo divino.

Dícesme que soy cristiano;
Aunque el verme bautizar
No se me puede acordar,
Es verdad, mas á tí, hermano,
No se le podrá olvidar.

Porque el que se bautizó
Cuando niño, no es razon
Se acuerde, como el varon
Que el bautismo recibió
En años de discrecion.

No sé de qué modo piense
Esto que me reprendes
Salvo, Alcana, si pretendes
Que lo entienda y lo dispenses
Del modo que tú lo entiendes.

Que el que en jactancia se pone,
Reprehende como amigo,
Mas concluyo aquí contigo
Concomitante ratione,
Que son los tres que uno digo.

REPLICA ALCALÁ.

Montaña escura y nublosa,
Llena de quiebras y riscos,
Triste, sola, ponzoñosa
Donde nunca habita cosa,
Sino fieros basiliscos.

Donde las aves del cielo
Huyen de hacer su vuelo,
Porque no hay en tí virtud
Para que les des salud,
Ni de sus plumas un pelo.

Has mostrado tu esgrimir,
Que es de lo que á mí notaste,
Con tal gana de reñir,
Que quiriendo me herir,
A tí mesmo te cortaste.

Callarte fuera mas sano,
Por no ser el mal cristiano,
Que por dar al otro enojo,
Asimismo quiebra el ojo
Con el dedo de su mano.

Sin ninguna proporcion
Parece que respondiste,
Y muy fuera de razon,
Pues que de nuestra intincion
En nada me concluiste.

Tu respuesta me semeja
(Dejada, que fué bermeja)
Si no en lo que te hablé,
Como al que piden el pié,
Y suele dar él oreja.

Como tordo ú papagayo
Que sin saber qué es vestir,
Ni saber qué cosa es sayo,
Dice sayo y dice Mayo,
Porque ansi lo oyó decir.

Así tu saber dispone
Lo que el letrado depone,
Del error que tú hiciste,
Que responde lo que oiste,
Concomitante ratione.

Como quien está hablando
Con un negro, sin saber
Que á cuando responde cuando,
Y si le dicen Hernando,
Eso torna á responder.

Y así tú sin discrecion
Dices la misma razon
Que á los otros has oido,
Sin poner de tu sentido
Dicho ni declaracion.

Has buscado quien te enmiende
Tu torpeza é ignorancia,
Que lo que tu copla entiende
No es lo que comprehende
Rationis concomitantia.

Que tu copla va diciendo,
Declarando y distinguiendo,
A la persona de Cristo,
Y en tal caso está bien visto
Que no cuadra tu remiendo.

Ni pertenece á tu cuento,
Concomitante ratione,
Porque este acompañamiento,
En el Santo Sacramento
Se digiere y se dispone.

Que el que este epíteto tiene,
Derechamente le viene,
Y así uno y trino Dios es;
Mas á cualquier de las tres
Personas no le conviene.

Si en la cena declaras
Que estaba Dios trino y uno,
Aunque á Cristo no nombraras
Cosa es cierta que acertaras,
Sin hacer yerro ninguno.

Mas si haces relacion
De Cristo y de su pasion,
Es uno el Verbo divino
Y no tres, que es descamino
Y es muy fuera de razon.

Pues para que no erraras,
Fuera menester buscar,
Porque el trobar es hallar,
Y si buscaras hallaras,
Y trobaras sin errar.

O si dijeras divino
Adonde dijiste trino,
Y siguiendo el mismo tino,
Donde dijiste divino,
Pudieras decir benino.

Porque quien ha de tachar
Ha de tachar avisado,
Tal que despues de tachado,
Sepa tambien enmendar
So pena de haber errado.

Y para hacer yo así
Y dar clara relacion,
De lo que reprehendí,
De tu trobada pasion,
Diré tus coplas aquí.

«Siendo el tiempo ya llegado,
Cuando Cristo determina
de ponerse en tal estado,
Que caiga sangre divina
Sobre el humano pecado,»

«Se puso el Señor en pié,
Con sus discípulos juntos
A la mesa, donde fué
Hecho y ordenado el punto
Mas delicado de fé.»

«Y estando allí el uno trino
Con su compaña Real,
Luego en el instante vino
El cordero material
Ante el Cordero divino.»

«Uno, sin vida, á la llana,
Y el otro sobre quien pasa
La reparacion humana.
Uno en la cena, en la casa,
Y otro en cruz á la mañana.»

Tambien era menester,
Amigo, Montemayor,
Que informaras al lector,
Si pudieras componer
Tus coplas con este error.

Y que fueras tan bastante
En sentido y elocuencia,
Y no menos elegante,
Si no en la misma sentencia,
En mudar el consonante.

Y esto no para enseñarte,
Porque dártelo á sentir
Será nunca concluir;
Pero para mas culparte
Pudieras así decir.

«Estando allí el Rey divino
Con su compaña Real,
Luego en el instante vino
El cordero material
Ante el Cordero benino.»

Y si pasé de coser
En puntos de teulugía,
Es cristiano mi saber,
Y el tuyo no puede ser,
Pues defiende tal porfia.

Y así tu padre el platero,
Que como fué caballero
Siguió su caballería,
Y no supo teulugía
Ni dijo saberla quiero.

Si tres cristos entendiste
(Que no entiendo) desatinas;
Mas digo y dije dijiste
Que á solo Cristo hiciste
Las tres personas divinas.

Y querer de mí sentir
Lo que no pensé decir
Es hacer del juego maña,
Y de la razon maraña,
Y contra la fé argüir.

Bien creo que si tomaran
Los que donde vienes fueron,
Tres cristos, que los matáran,
Porque en ellos se vengáran
Mas que en el uno pudieron.

Y como tu carne es
Pieza de su mismo arnés,
Sigues sus goznes y puntos,
Y para venderlos juntos
Al que es uno haces tres.

Si por nombrar la fé entiendes,
Sin decir que sientes della,
Como siempre te defiendes,
Y ansi parece que enciendes
En tu monte la centella.

Yo no declaro la fé
Si no lo que della sé,
Que como viejo me atrevo;
Pero tú como eres nuevo
Ni hablas ni sabes qué.

Mas sabes bien trabucar
Lengua morisca en mosáica,
Traducir é interpretar
De nuestro comun hablar
La cristiana en la hebráica.

Porque el nombre de Alcalá
Traducido en Alcaná (1),
Es uno de los ditados
A do tus antepasados
Hicieron la barahá (2).

¿Qué vale tu presuncion
Tener la vela subida,
Faltar yesca y eslabon,
Si contigo de nacion
Nació la llama encendida?

De tí sale quien te atiza
Y quien te hace ceniza,
No sé con quien te apostemas
Que con tu fuego te quemas
Sin ser la casa pajiza.

Metístete en el abismo
Del bautizar, y fué bien;
Porque confiesas tú mismo
Ser de Cristo mi bautismo
Y el tuyo ser de Moisen.

Que como el tuyo acabó
Cuando el mio comenzó,
Olvídaslo por ausente;
Mas como el mio es presente,
Siempre dél me acuerdo yo.

En tus coplas me mostraste
Dos verdades muy de plano:

(1) Alcaná es voz hebráica que equivale á calle, plaza, mercado público.

(2) Canto de bendicion.

Que del quemar te quemaste,
Y que tambien te afrentaste,
Porque te llamé cristiano.

El quemar fué mal hablado,
Que en casa del ahorcado
No se debe mentar soga;
Si te llamara sinoga (1)
No te hubieras afrentado.

Por tanto, Montemayor,
Mas te valiera apuntar
Otra cántica mejor,
Pues presumes de cantor
Y te precias de cantar.

Yo no sé mejor decillo,
Ni tuve para sufrillo
Mas paciencia y humildad,
Que si mal canta el Abad;
Mal responde el monacillo.

Pues bien es que concluyamos
Con estas que son terceras,
Pues de trinidad hablamos,
Que con tres solas partamos
En paz y gracia las peras.

No cures respuesta dar,
Porque si tú me replicas,
Habrete de replicar,
Y replicando picar,
Y repicar si repicas.

(1) Sinagoga, templo de judíos.

De la mudanza de los tiempos en la variedad de los precios de las cosas.

El que sea de condicion codiciosa y se hallara al desembarcar de Noe y tomar tierra, y viera una buena parte del mundo, como le repartieron entre sí, por regiones nuestros abuelos, los tres hijos de Noé, Sem y Cam y Japhet, cuando la tierra era comun á todos, ni se habia amojonado y dividido, como despues, y cuando no habia moneda, y se trocaban unas cosas por otras, y la tierra daba sin ser rogada ni apremiada con açadas, arados y rejas, los frutos que eran menester: que las mesas estaban puestas, y los convidados eran pocos y sobraba la comida para tan poca gente, y los ganados sin dueño se andaban libres por esos campos, ni porque paciesen aquí ú allí se les llevaba penas, ni tenian señal ni yerro, y agora los hombres ponen su hierro y señal, sus escudos y armas, aun en las aves que vuelan, y mucho mas acá en la restauracion de España; ¿qué campos, qué dehesas pudieron escoger cuando ser obispos era trabajo y martirio y no ninguna renta, ni lo querian muchos ser, ni comendadores ni maestres, tras aquel tiempo muchos años despues?

Pero aun mas modernamente ha habido en los preçios de las cosas los mónstruos que aquí diré. La dehesa de Valdepusa de la casa de los caballeros de Rivera, en Toledo, con sus entradas y salidas, montes y prados, pastos y abrevaderos, desde la hoza del monte hasta la piedra del rio, se compró por noventa mil maravedís, y vale hoy doce mil ducados de renta.

Y la dehesa de San Martin, término y jurisdicion de la villa de Valençia de la Torre, que daba el maestre Don Alonso de Cárdenas por sesenta mil maravedís de censo,

y no la quisieron, diciendo que no querian dejar aquella carga á sus herederos, renta hoy seis mil ducados al santo convento de las monjas de Santa Fé de Toledo.

El almona de Sevilla, que pienso que en arábigo quiere decir xabonería (1), que es el estanco del hacer xabon en Sevilla y su tierra, fué del condestable Don Ruì Lopez de Avalos, y rentaba entonces ciento y sesenta mil maravedís toda ella. Repartióse por bienes de aquel noble y gran caballero, que «allá ván leyes do quieren Reyes» y es la misma que hoy poseemos tres personas: el duque de Alcalá, el marqués de Villamanrique y yo, que lo que rentaba en tiempo de nuestros avuelos los dichos ciento y sesenta mil maravedís, hoy renta veinte mil ducados, y cada dia sube aquesta renta.

Que la multiplicacion de los hombres ha sido la causa y la abundancia del dinero, de se haber vuelto la tierra del enves, y de se haber sacado de sus entrañas tanto oro y plata, y traido de todo el mundo á este palmo de tierra, (que al respecto de él es España) tantas riquezas, es muy cierto; pero tambien lo es (dígase todo) que lo ha causado la malicia de los hombres y la poca caridad de ellos, que antiguamente decia uno: «Señor, mis ovejas no tienen yerba.—Pues á mí me sobra un rincon de las mias vengan á él en buena hora las vuestras.» Y agora dicen: «habeísmelo de pagar primero.» Entonces decia uno: «frio he, respondia el otro—pues señor de esa leña que nos dió Dios cortad y calentaos con la que hubierades menester,» y agora no os darán sino por peso de oro aun el agua y la leña. Entonces decia uno: «el invierno entra recio, cayóseme la casa ó quemóseme la choza» decia

(1) Tiene razon nuestro autor, *almona* es voz arábiga, de مونة *mouna* con el artículo ال *al-mouna*.

otro: «pues á mí me sobra un pedazo de casa, meteos allí norabuena; y agora bien pueden llover sobre vos y vuestros hijuelos lanças, yo no os daré un pajar en que os metais sino por buen alquiler, y aun de posada á un peregrino no le darán una noche, en que se meta sin paga, y aun con gran ceño y mal rostro el mesonero. A esta malicia se obvió con hacer hospitales generales que en ley de Dios y con el próximo todos habian de ser huéspedes del necesitado y forastero.

Y pues tanto se ván encareciendo las cosas de este mundo, que al fin son pobres, transitorias y perecederas, anhelemos á las verdaderas posesiones y riquezas del otro con que nos ruegan, donde tendremos debajo de los piés hecho de oro y azul el cielo y «de lazos de estrellas empedrado.»

De un cuerdo caballero honrado.

Aunque de esta facultad haya en estos tiempos habido muchos muy principales caballeros, muy verdaderos y muy sustanciales, porque de todos no se puede decir juntos á un tiempo, escogí uno por ejemplo y muestra como el mercader de halcones que saca á la vista un hermoso girifalte, un neblí del arco. Este fué Don Juan de Ayala, hermano segundo y sin hacienda de Don Bernaldino de Ayala, un muy discreto y muy buen caballero de Toledo que tenia de renta poco mas ó menos de mil ducados. Este salió de España y estuvo ocho años como deudo en servicio del marqués del Gasto, hasta que año de cuarenta se pasó al servicio del Emperador, y conocida su bondad, en poco tiempo le cogió á su servicio por gentilhombre de su casa, y luego de su boca, negociándolo por él solo su bondad y sus méritos, á la que nuestro señor

casi siempre ayuda, para que sin sentirse como un buen árbol crezca; y este oficio es donde entran caballeros mancebos, hijos mayores y menores de señores y de grandes, que es asistir á la mesa ante los Reyes, servirles la copa y ponerles el manjar en la mesa.

Pues el conçierto de Don Juan en la paz, la limpieza de su casa y sus criados, su honestidad, su verdad, era á toda la corte admirable y manifiesta. Nunca se vió ante justicia, ni por mercaderías, ni por salarios; sirvió con mucho esfuerzo al Emperador en todas sus guerras con Francia y con los alemanes, prestísimo con su caballo y armas, los ojos centelleando á lo que querian mandarle. Sabia muchas lenguas, entre las cuales tambien como los naturales la alemana, tanto que faltando al Rey y al Emperador su lengua algunas veces, un doctor Çelte, que lo tenia por oficio y honrosísimo cargo, era intérprete del Emperador con ciudades y príncipes alemanes, que era muy de tener en mucho y muy gran debite (1) ver un caballero moço ser intérprete de tan grandes príncipes de cosas tan grandes, con las cuales partes fué açeto y particular amigo del conde de Feria, Don Pedro, y del duque Don Gomez, su hermano, y del secretario Eraso, y de otro buen caballero Garçilaso, sobrino del famosísimo que murió en la torre en Francia, y uno de los doce grandes caballeros que traia el duque de Alva consigo, como de su alta milicia platicantes, en las dos guerras de Alemania, que ser familiar y açeto de grandes personages es de estimar en muy mucho, como dice Horacio *principibus placuisse viris non ultima laus est.*

Venidos al rey Don Felipe nuestro señor sus reinos, luego puso en él los ojos para encomendarle la cosa que tenia en los suyos mas, que fué el gobierno de Aranjuez,

(1) Sin duda por débito ó deuda.

modelo del Paraiso terrenal. Allí estuvo hasta que vista su honestidad y discreçion, como era para mas que criar árboles, se le encomendó por el Rey la criança de dos príncipes, sus sobrinos, hijos del emperador Maximiliano, dos hermanos, Ernesto y Alberto, como dos pimpollos reales.

Pues hechas tan grandes pruebas de su valor y bondad, ido el emperador Rodulfo moço á su imperio de Alemania, y puesto el príncipe cardenal Alberto su hermano en el conquistado reino de Portugal por virey y gobernador, aunque de quince, muy pocos años, diósele á Don Juan de Ayala por mayordomo mayor y ayo, como engiriendo en la experiencia y prudencia del uno la alta esperanza y gran índole del otro real ramo de la casa de Austria. Así que, de hermano segundo de una pequeña casa, salió al fin por casi gobernador de un reino nuevo y vidrioso, y ayo de un príncipe grande, y de ninguna hacienda, con veinte mil ducados de renta y merecer mucho mas, por lo que dicen latinos *suam cuique mores fingunt fortunam*, que las obras de cada uno le acarrean su misma fortuna; aunque no es siempre absoluta esta regla, que algunos hay muy valerosos, y muy buenos y muy desdichados, y otros muy sábios y con pocas riquezas: *fatum prudentia majus*, que mayor que todo el saber es el hado de lo que al nacer el hombre en las casas de las riquezas tiene asentado en los aspetos de los planetas por la divina voluntad, que es sobre todos, que en este mundo y en el otro hace lo que quiere como en su casa, que *omnia quæcumque voluit fecit et in cœlo et in terra.*

Venidos á Portugal grandes poderes de ingleses *longa referre mora est quæ consilio animoque utiliter fecit, tempestuoso tempore belli*, animando y alegrando á los nuestros, y espantando á los enemigos, sirviendo al Rey y aconsejando á su príncipe, que con tres mil hombres al

principio resistiese y atacase á dichos enemigos, como los venció y deshizo al cabo, y no fué de estimar en poco traer á su cargo para el servicio del Emperador, estando sobre Metz de Lorena veinte mil alemanes, sin ningun motin ni desórden de la indómita y soberbia gente, como si fuera de nuestros españoles y hubiera sido su capitan general muchos años.

Y vista su discrecion, prudencia y autoridad, fué muchas veces del Emperador y rey Felipe de España enviado de embajador de cosas muy grandes, *quando á Ponente*, *quando contra corsse*, *sempre sorcando un gran spatio di mare*, unas veces á Francia, otras á Venecia, otras al Papa, otras á Polonia, otras á Ingalaterra, soldando y reparando negocios casi imposibles de graves, ganando para sí reputacion sola y para sus príncipes grandísimas importancias, en lo que pasó catorce veces el canal de Ingalaterra y los peores que Scila y Caribdis, los temerosos bancos de Flandes, y así él fué como de Ulises ensalça Homero para haber adquirido con sus viajes prudencia grandísima *qui mores hominum multorum vidit et urbes.*

De una acomodada respuesta.

Garcilaso, como era un caballero muy cortesano, y el dotor Villalobos (1) un muy del Palacio y gracioso médico, así muy ordinariamente ambos se burlaban, y habiendo estado muy malo Garcilaso, curóle el doctor y sanóle muy cuidadosamente; y viendo que un dia y otro se tardaba la paga, envióle un page el dotor, que pues le habia

(1) Es el célebre Francisco de Villalobos autor de los *Problemas*, del *Tratado de las Bubas*, en verso, y de otras obras; el cual fué médico de Cámara de Cárlos V.

hecho tanto mal como volverle al mundo, que le pagase. El abriendo una arca vacía sacó de ella tambien una bolsa vacía, y enviósela con esta copla dentro:

La bolsa dice: yo vengo
como el arca do moré,
que es el arca de Noe
que quiere decir: «no tengo.»

De hado.

Fortuna, suerte, ni destino, ni hado, no hay otro sino la divina voluntad. A esta se vá por mil vias, caminos reales y atajos, que los hombres no pueden imaginar mas, por no traer por cada niñería á Dios en la boca. Los hombres llaman los casos que acaescen por aquellos nombres, aunque inciertos y desvariados.

Pues de esto acaesció uno en Valencia de la Torre, que con razon nos debe de espantar. Soñó una mujer que un toro que se habia de correr otro dia mataba á su marido; cuéntale ella el sueño, y ruégale con grandes ansias que no salga allá. Rie él de la vanidad de los sueños; llora ella en pensarlo, y échase á sus piés, que no salga; y en fin, tantos gritos y voces dió, poniéndole sus chicos hijos delante por criar, que él lo otorgó y se resumió de quedarse en casa. Vá ella á ver el toro; desnúdase él, échase á dormir en su cama, y ella cierra la puerta y échale él seguro encima la llave. Córrese el toro, desgarrétase y mátase de todo punto; vá ella á su casa, abre la puerta y dobla su manto, y despierta á su marido, diciendo: «ya, gracias á Dios, y á vos, marido, que habeis hecho mentirosas mis ansias.» Vá él paseándose á la plaza, vé el toro tendido y muerto, llégase á él, dále con el pié, diciendo: «¡tú eras

el que me habias de matar! Resbala en la sangre de él, y cae encima y metésele un cuerno por el estómago, de que cayó él tambien muerto al lado, sin hablar mas. ¡Oh caso extraño y árduo, que si no le vedáran el velle vivo, no fuera á le ver muerto; que le mató y no le matára en una ventana! Por lo que agora veo que, como la sangre del toro dicen que mata bebida, mató ansi tambien esta pisada, por lo que todos se dejen del todo en Dios, y se resignen en sus manos, que á las veces por rodear en el peligro dán en el peligroso atajo.

De un atroz hecho y de una justa piedad.

Ya que entró Portugal en el imperio del Rey nuestro señor y en su señorío, á sus criados y vasallos tocan las cosas de Portugal, y así yo de esta haré mencion como de cosa muy notable.

Estando el rey don Juan, último de este nombre, oyendo misa con aquella devocion que se usa en aquel devotísimo reino de Portugal, que en la Iglesia á los divinos oficios están todos mudos como estátuas, un desatinado y furioso se llegó ante el Rey al sacerdote, despues de haber consagrado; pone mano á su espada y comienza á darle de cuchilladas, teniendo al Santísimo Sacramento en sus manos. Acudieron todos con gran furia al remedio, y el Rey mismo echando mano á su espada; arrebatan al fiero asesino dejando muy mal herido al clérigo, que ensangrentado acabó de consumir y celebrar el oficio de ángeles. Queriánle matar allí luego; mas no consintió el Rey para saber de raiz quién y de dónde, y por qué habia perpetrado tan espantable caso. Sabido por varios tormentos que era inglés y herege, y que por esto habia sido agresor de tanto mal, fué con terribles tormentos justiciado.

Mas el rey Don Juan se cubrió de luto, y toda su casa y corte; retiróse en su aposento muchos dias; hizo hacer infinitos sacrificios; hizo grandes penitencias públicas, y en particular lloró y gimió muchos dias, y todo el mundo tuvo de qué consolarle, de que ante él tuviese nadie atrevimiento tan grande de ofender la divina Magestad.

De una extraña habilidad.

Yo ví en mi juventud agora cincuenta años, que por tan extraña cosa se me acuerda, que Feliciano de Silva, un caballero de Ciudad Rodrigo, hacia esto. Deciánle: «fulano y fulano combatieron» (que entonces se usaban mucho los desafíos y campos), y echaba sus cuentas, y pensando un poco, decia: «venció hulano,» y jamás en esto erraba. Y porque se pudiera pensar que diciéndole quién era, sabia antes el caso, no le decian mas de Pedro y Juan combatieron, y así siempre acertaba. Y ansi mesmo en los pleitos y en las cátedras: Pedro y Juan pleitearon, uno sentencian: ¿por quién se sentenció? decia él: «por hulano.» Opusiéronse dos, ó tres ó mas, á una cátedra: ¿quién la llevó? «hulano.» Extraña y nueva habilidad, y si como en lo pasado, se entendiera en lo porvenir, no hubiera cosa de mayor importancia para no pretender nadie con otro, sino lo que pudiera alcançar; mas esto de lo porvenir no es de nuestra harina, como lo avisa el Evangelio santo, sino de nuestro Señor, ante quien todo es presente, y tiene todas las cosas debajo de su potestad y en su mano (1).

(1) Escribiendo, como escribia nuestro autor entre los años de 1582 y 93, es claro que conoció á Feliciano de Silva, antes del año 40. No se sabe á punto fijo en qué año murió este caballero, tan célebre por sus libros caballerescos, pero hay razones para suponer que vivia aun en 1551. Véase el discurso preliminar á los *libros de Caballerías*, tomo XL de la coleccion de Rivadeneira. pág. XXXVII.

De dos españoles cónsules.

Buenos dos cónsules fueron el condestable de Castilla, Don Iñigo de Velasco, y el almirante Don Fadrique Enriquez, mientras por su poca edad no habia el emperador Don Cárlos venido á España, que estaban por gobernadores, que en poco tiempo por su servicio contra sus enemigos le vencieron dos batallas, una en Villalar á los comuneros, y otra en Pamplona á los franceses, que en la revuelta del reino entraron á ocupar á Navarra.

Dichosos aquellos príncipes que de otros casi príncipes se sirven, para lo cual como nervios y huesos en la república es bueno levantar y conservar señores y grandes, y mas dichosos aquellos que en su servicio hallan fieles y diligentes á los tales.

De observancia.

El conde de Osorno, Don Gabriel Manrique, presidente del consejo de Ordenes, me contaba, siendo yo de diez y siete años, porque viese yo cuán gran hombre de Orden era el comendador Zapata, mi padre, que los caballeros antiguos llamabánse comendadores, aunque fuesen señores de vasallos, por estimar en tanto la órden de Santiago. Así que me contaba que, estando en real en campo en Fuenterrabía alojaban el Conde y mi padre juntos en una tienda, por mucha amistad, y que le vió muchas noches que al otro le tocaba la guardia del campo, venir al alba del dia con sus armas y sentarse en su cama junto á la cama del Conde, y ponerse á rezar las horas de la Orden desde el principio, aunque los caballe-

ros que andan en la guerra no son á ello obligados, ni querer ponerse á reposar hasta que todas sus horas las habia acabado, la cual virtud merece que aun de su propio hijo sea alabado, aunque de valor y de otras muy muchas mas le pudiera alabar, si no fuera mi padre.

De dichas mal logradas.

Como no nacimos para este mundo ni para la gloria de él, de lo que por tantas doctrinas y ejemplos somos avisados, así tambien habla el hecho: que nadie goza de lo que pretende ó hace por suma felicidad; y así fué sábio el dicho de uno de los siete sábios, que ninguna cosa se debe mucho desear, porque las mas veces, como á los dados, se truecan las suertes, que lo que se teme es provecho, y de lo que se desea resulta mil veces daño.

Hace uno la soberbia casa; luego luego con toda su soberbia le llevan á enterrar de ella, y por eso los italianos que son grandes agoreros, y de agudos y sotiles ingenios, hacen la casa y dejan la portada, que es lo muy menos por acabar. Planta uno viñas, olivos; goza otro de ellos. De encinas y de palma jamás plantador cogió fruto ni dátiles.

Así halló el cabrero el mármol de que se hizo la sétima maravilla del mundo; que fué el templo de Diana, á quien honró despues de muerto por Dios la gentílica vanidad; mas de esta honra ni del templo no gozó, hecho ya proven, como vid que echan de cabeça debajo de tierra, que llamaron con razon proven, porque de ello resulta bien á la planta vieja, y así lo es de morir el hombre que se salva, como el *Mori lucrum* que puso sobre su sepultura el Comendador griego.

El Gran Capitan ganó el reino de Nápoles. El salió de él con injustas sospechas, y otros le fueron á gobernar

El marqués de Pescara que por su industria y valentía fué preso el Rey de Francia, en Pavía, vencida aquella batalla, otro le llevó á España, y el Marqués murió luego descontento y poco gratificado.

Borbon tomó á Roma y murió á la entrada.

Colon descubrió las Indias y no gozó del fruto de ellas; y por ser tanto lo que se le prometió con palabras de buena crianza, no quedaron los Reyes á ello obligados, y mas le acaesció de ir la postrera vez á las Indias de dos ó tres que allá fué, y un ministro Real no le dejar tomar puerto ni poner pié en la tierra que él habia hallado.

El conde de Alcaudete tomó el reino de Tremeçen sin ayuda de nadie, sino de los suyos, y por su lanza y por envidia de ver rey al Conde mandaronsele dejar.

Martin Delgado se halló la mina de Guadalcanal, mónstruo de riquezas, que dió mas de doce millones; murió en poco tiempo sin la gozar.

Cortés, aunque vivió muchos años despues de la conquista de la Nueva España, otros fueron en sus dias gobernadores y vireyes de ella, que parece que hacen los reyes con los hombres señalados lo que el conde de Medellin, Don Rodrigo Gerónimo (cuya fué esta invencion) hace con los gatos de algalia que, en saliendo á la luz, se los quita luego á sus madres, porque no se coman los hijos, y ansí los reyes quitan á los conquistadores los reinos que han ganado, porque no se los coman y tomen para sí; mas con injustos miedos, siendo ellos fielísimos y leales.

Con los caballeros Pizarros, que ganaron el Perú, se hizo lo mismo, aunque alguno de ellos dió de ello causa.

Halló un ginete de Málaga un jaez de millon y medio

de los Reyes de Portugal; dió por bien empleado volverle sin perder por él la vida por le haber ocultado (1).

Aparicio, un hijo hidalgo vizcaino que halló la salud de las heridas en su aceite, porque no dijo el secreto, se fué á Roma desterrado.

El famoso capitan Lucullo venció á tres reyes de Asia. Con varias y muchas batallas fué Pompeyo á gozar de la gloria de sus vencimientos y trabajos, y á fuerça de brazos y de la autoridad de Ciçeron se le concedió el triunfo tan bien peleado.

Los poetas hasta despues de muertos no gozan de sus premios, cuando ninguna cosa les importa sino un fresco soplo de viento de fama, y de estos «han cual y cual ó ninguno» como dice un autor grave.

De Homero se dice que en su vida no se hizo de él caso, *et sua riderunt tempora Meonidem.*

Del autor del famoso libro poético de Amadís no se sabe hasta hoy el nombre, honra de la nacion y lengua española, que en ninguna lengua hay tal poesía ni tan loable.

Yo pensé tambien que en haber hecho la historia del Emperador Cárlos V, nuestro señor, en verso, y dirigídola á su pio y poderosísimo hijo, con tantas y tan verdaderas loas de ellos y de nuestros españoles, que habia hecho algo. Costóme cuatrocientos mil maravedís la impresion, y de ella no saqué sino saña y alongamiento de mi voluntad.

De manera que podemos decir todos el *sic vos non vobis* de Virgilio, por lo cual todos de paso y como accesorio deben no poner su felicidad acá, donde no hay ninguna,

---

(1) Véase la pág. 15, donde ya el autor trató mas por extenso de este singular hallazgo.

(2) *Vide supra*, pág. 141.

sino atender á aquello que Dios les ha prometido: que si plantaren la viña de las buenas obras, gozarán perpétuamente del fruto de ella y otro no se la vendimiará.

De que á trabajosos principios suceden á veces felices fines.

Aunque por la mayor parte á buenos principios suceden felices fines, mas muchos dias amanecen nublosos y despues sucede claro sol y al reves; esto para que siempre mire un hombre á su norte, que es Dios, con quien con el bien no se ensoberbezca, ni en el mal de su misericordia desconfie.

Antonio de Leyva la primera batalla en que entró, se perdió, que fué la de Ravena, y despues fué sumo capitan clarísimo.

Colon, que tan útil lumbrera fué al mundo, fué tenido por burlador mucho tiempo, y Cortés padeció mil persecuciones y mil contrastes á los principios.

Pues Don García de Loaysa, moçuelo, tomó el hábito de Santo Domingo en San Pablo de Valladolid, y de allí le echaron de la órden antes que hiciese profesion, por le ver travieso y sarnosillo. El se salió del convento muy corrido amenazando á los de San Pablo que habia de valer mas que todos ellos, y todos habian de estar debajo de su mano en algun tiempo, como despues fué así. Vase á Peñafiel, y toma el hábito en un monasterio de la órden misma; estudió, y dióse tan buena maña, y prevaleció tanto en estimacion y en letras, que fué prior en su órden y provincial y general de ella, y despues confesor del Emperador, obispo de Sigüenza, inquisidor mayor y cardenal embajador de Roma y arçobispo de Sevilla; y dicen que con tanto valor hizo la embajada en los medios tercios de su prosperidad, que escribió

el Papa al Emperador que le quitase de allí aquel embajador tan soberbio, que no le podia sufrir, y que le concederia cuanto justamente le pidiese. El pues, vuelto acá á España, obtuvo los cargos y dignidades que he dicho, y vivió en ellos muchos años quieto y pacífico; hizo grandes obras y edificios. La casa de sus pasados hidalgos y nobles, y sin contradicion muy limpios, dejó señora de vasallos con mucha renta y con memorable é ilustre edificio. Hizo un espléndido monasterio de su órden, que se llama San Ginés, porque se llamaba así, siendo parroquia chica; hizo en la capilla mayor memorable sepulcro y sepultura suya de jaspe y de mármol, mas enriquecido y ornado de labor, me parece, que ninguno que yo haya visto, y en lo alto, á los lados del altar mayor, su padre y madre, de mármol, con lindos tabernáculos y bultos. Dejó á sus criados todos sus sueldos por todos los dias de sus vidas. Dejó con que los descendientes sus sobrinos repartiesen cada año mil ducados á pobres, y veinte dotes á huérfanas á cincuenta ducados á cada una. Obras reales y de gran príncipe; y así cumplió bien lo que prometió (cuando le echaron de la órden) á los de San Pablo de Valladolid, que valdria mas que todos ellos, como valió, y que los tendria debajo de su mano, como los tuvo, siendo prior y su provincial y generalísimo.

De una falsa mujer, y de un valiente marido honrado.

En Xerez de la Frontera hubo un rico hombre honrado que labraba y criaba en el campo, como muchos principales del Andalucía y de otras partes lo hacen, que tuvo una mujer perversa y mala; la cual, sin lo él entender, estuvo algun tiempo con un valenton de allí amancebada. Pues no contentos los dos «de contento, con

tanta çoçobra,» acordaron de matar al marido y llevar el dinero que habia, é irse los dos á otra parte. El marido iba al campo; busca el adúltero otros tres rufianes, *nequiores se* para el caso, y esconde ella en una huerta, para llevar despues de él muerto, seis mil ducados, que era el dote del nuevo casamiento abominable, como aquella que de todo el caudal de su marido, como tambien de su honra y vida tenia la llave.

Salen los cuatro á matarle, y como Çiceron dice en la oracion por Milon, que muchas veces mata el ladron al caminante, mas alguna el caminante al ladron le mata, así acaeció aquí que, acometido el descuidado marido en el campo de los cuatro, uno á uno los mató á todos con un alfanje, y de los que estaban heridos de él y boqueando, hizo de todo testigos caminantes, y por qué y cómo querian matarle. Vuelve con gran disimulacion á su casa, llama á su mujer á una cámara, y pregúntale la verdad. Ella negó al principio; hiérela él un poco, y amenaza que la matará sino se lo contaba, y así ella le dijo todo, dónde escondió el dinero y todo lo demas. Acabada su confesion, sin confesion acábala de matar, y con los testigos que supieron el caso de los mismos muertos, saca el dinero encerrado, y con él y con ellos preséntase ante la justicia, de la adúltera y de los cuatro rufianes corriendo sangre; ponen los cuatro cuerpos muertos en la plaça, y hecha la informacion cierta, antes de ocho dias se andaba por ella el justo homicida paseando. Lo cual por honradísima cosa yo aquí escribo, y con tanta verdad que los que vieron los cuerpos muertos, que les espantaron las cuchilladas del alfanje, con grandes juramentos me lo contaron.

De cosas romance y latin.

Aunque dicen que el lenguaje toscano es latin corrupto, el nuestro es incorrupto latin; ni ninguna lengua hay mas cercana del latin que la gloriosa nuestra española. Así, pues, se ven en libros antiguos nombres como los latinos: Sacarus, Julianus, Polus, Leomedus, de donde se infiere ser como el latin lo que acá se hablaba, de cuya fertilidad y bondad no diré aquí, porque de ello he ya mas largo otras veces tratado; mas pondré ejemplo, como es una misma cosa latin y romance, y bien se ve como se llamó *romance* de lenguaje romano, y el ejemplo de cosas agenas es así:

Una del arçobispo de Toledo D. Juan Martin Siliceo.

Tristes penas das amor,
Dulces glorias alegando,
Justos favores negando
Cuando justicia mayor.

Otra de un incierto autor.

Contrarias gracias amando,
Contra amores procurando,
Tú me condenas, amor,
De falsa gloria, dolor,
Falsas causas alegando.

Lo mismo de Juan de Mena.

Canta tu cristiana musa.

Otra de incierto autor.

María asa tres sardinas (1).

(1) Sobre esta clase de composiciones latino-hispanas, puede verse á Ticknor. *Liter. Esp.*, tomo IV, p. 191.

De rayos.

De esta materia han tantos tanto escrito con sus especulaciones altas, que ni yo puedo decir cosa nueva, ni quiero meter la hoz en agena facultad; sino como se dice en una escritura pública (como mas largamente lo dice Plinio y Aristóteles y sus semejantes), á que me refiero. Basta saber que son exhalaciones sutilísimas secas que con la fuerça del sol se levantan de la tierra y mar y rios y lagos, que llegan á la media frisima region del aire, y apretadas rebientan con la gran contrariedad, y de ello con la violencia; como de un eslabon en un pedernal salen centellas, proceden mas y menos trueno y relámpagos y rayos, en los que, segun la cantidad, así son menos ó mas, como con poca ó mucha pólvora hace los efectos un arcabuz ó un cañon reforçado. Y así unos rayos deshacen las torres y almenas y otros no pasan los tejados, como cerca de mí los unos y los otros han dado. Y mas me espanto: que hienden á puro piedra azufre los rayos, lo que pienso que procede de arriba lo de que acá el piedra azufre se hace, lo que verifica haber llovido con fuego piedra azufre en aquellas tristes ciudades. Por lo que, habiendo mas y menos en estos, no hacia inadvertidamente un emperador que se metia en los soterráneos y bóvedas bajas en tronando, que segun filósofos ningun rayo entra debajo de tierra mas de cinco piés, que parece que á la madre tierra guarda mas cortesía que á las murallas; y tambien porque en las piedras duras halla mas repugnancia, que es contra lo que él combate.

A los laureles dicen que no hieren ni en los lobos marinos, por lo que de sus pellejos aforraban sus tiendas los capitanes romanos.

Así los sapos y ranas, pienso yo que cuando llueve en verano instantáneamente se hacen, y no que se hacen acá en el suelo, sino que hechos de allá arriba caen, que como el humor de arriba con el polvo los habia de hacer acá, así el mismo polvo con los vapores gruesos subidos allá en lo alto los hacen; en la cual opinion me confirmó un verdadero mercader de girifaltes que me contaba que trayéndolos él de Dinamarca y de otras partes al Norte muy comarcanas, en tiempos así revueltos caian lironcillos de arriba en la mar, y sobre los barcos, no haciéndose acá, sino allá, formándose con la materia terrestre y celeste elemental.

Mas ya se ha sin filosofía filosofado harto; volvamos á la historia de mis tiempos, que es la que tomé á cargo.

En Usagre cayó en ellos poco ha un rayo, que deshizo en la torre todas las campanas, y ardieron dos ó tres dias las piedras, como pienso que los mismos tráen la combustible materia gruesa y pegajosa, que ella arde en sí misma, y arde cuanto se le pone delante, como se pega á cualquier cosa una olla de fuego artificial.

En Valencia de la Torre acaesció que comenzaba á lloviznar y á relampaguear, y estaban debajo de una pequeña encina unos pastores, y un muchacho de ellos, por no mojarse, que tenia la encinilla poca rama, se apartó de ellos y se fué allí cerca á otra mas copada, y cayó un rayo sobre la mas grande que la hizo pedazos y mató al moço, que en la mediana estaba mas seguro que no en la mas grande, y que le mató el fuego por huir del agua: como los hombres las mas veces se engañan y huyen de lo que temen, y lo que no temen les daña.

A Don Fadrique de Zúñiga, en Plasencia, un paje que iba á caballo tras él en el campo le mató un rayo, y á Cabeça de Vaca, un caballero de Zamora, le mató otro una mañana de San Juan, dando de beber en Duero á su caballo.

Y en San Lorenzo el Real hizo el estrago que en otro capítulo he contado, estando allí el Rey, cómo que á los reyes poderosos para acordarles que hay otros mas poderosos hay quien les tire de la falda.

Año de cuarenta y seis, á media noche, en Malinas, en Flandes, oyeron un espantable y nunca oido trueno, tal que parecia caerse el cielo y hundirse á los abismos el lugar; y cayó un rayo con tanto hedor de piedra azufre, que los oidos del trueno y las narices del hedor y los ojos de todos quedaron atónitos y pasmados, y ¡guay de los que el tacto de él probaron! como adelante se dirá. El, pues, con su furor dió en una gran torre de una puerta del lugar, donde habia casi mil barriles de pólvora, y de ella y del rayo desde los cimientos, la torre y la muralla junto á ella quedaron raso, y seca del foso el agua; y rasas tambien, mas de trescientas vecinas casas. Hubo al pié de quinientos hombres heridos, muertos y abrasados, y pedazos de hombres á gran trecho en ramas de árboles, y una muger por los cabellos colgada, y otra preñada, ambas muertas. A esta sacaron del vientre la criatura, que pudo vivir algun dia y ser bautizada, lavándola del fuego material y librándola del Limbo la divina agua. Cuyo destrozo vimos juntos yo y el doctísimo y excelente varon el maestro Estrella, que fué siempre mi honorable huesped aquella jornada. Y allí está el ave que llaman *hayna*, que es como un gran cisne, de pico mas ancho y largo y colorado, que vivia entonces desde el emperador Maximiliano, que le dejó renta como á fiel compañera de sus jornadas.

Esta relacion estuve en duda á quien le pertenecia en mis capítulos, si al de los incendiados, ó al de los rayos, entre los cuales dos no puede meterse naide; pero quise mas enojar á los incendios que á los rayos, que del

incendio se puede un hombre apartar, mas no del rayo que es inevitable.

De un peligroso venturoso y caso.

Francisco de Guzman, un hidalgo de Talavera, siendo ya hombre, estaba con otros moços, junto á un cauz de molino mirándose, y resbalándosele los piés, arrebatole al momento el raudal; asese él del primer palo que estaba en el cauz atravesado; asen de él y quiérenle subir arriba los suyos, mas no se lo consintió la fuerça del agua, que le fué llevando el cuerpo, los piés hácia delante, y allí aun asido y de espaldas á la furiosa corriente lo ahogaba. Da voces, pues, él que le dejen; suéltanle creyendo todos que el rodezno le haria pedaços, como yo he visto matar el rodezno á un gozque de la misma manera arrebatado, y con no haber aun media vara entre el rodezno y el suelo, pasa Guzman por allí debajo, sin perder sombrero ni capa, y sale á somorgujo allí luego, desconcertado un pié y herido un poco en una mano. Parece que su hora aun no habia llegado, porque, aunque el caso anduvo muy presto y solícito en su daño, la muerte estuvo como lebrel, la barba en tierra, mansa sin menearse, hasta que Dios se lo alargase, que es solo el que tiene la trahilla en su mano.

De otro terrestre maravilloso caso.

Y por no salir de Talavera por un rato, donde al presente estoy, lo que aquí pasó será añadidura de este y de otros maravillosos casos. Don Francisco de Carvajal, un principal caballero de ella, tiene una hermosa dehesa

que se llama Salinas, de tan buena renta y pasto y labor, que sola la bellota de ella renta tres mil ducados. Pues estando aquí un dia, apeáronse á ver unas colmenas, de que tambien tiene, como de conejos, abundancia él y su muger, y quedó un ama y un niño suyo de teta solos en el carro de cuatro caballos, y el cochero se fué tambien por ahí á espaciar. Pues enojadas las abejas de los que las castraban, descargan su ira en los caballos, y pícanlos con mucha crueldad, y ellos *qua data porta ruunt, ac terras turbine perflant*, que por donde tenian la puerta, que eran los extendidos campos, fueron con ímpetu y con grandísima polvareda con el niño solo y su ama; llevándolos como viento por el campo abierto hácia el rio de Alberche, de allí muy cercano. Las mugeres y familia comienzan á dar voces hasta el cielo, y Don Francisco y Doña Germana, su muger, híncanse de rodillas en el campo, pidiendo á Dios misericordia (el remedio solo en tan atroz y semejantes casos). Los caballos desapoderados corren con la medio muerta ama y el hijo no bien vivo, segun su poca edad. Mas la misericordia de Dios no estaba entonces parada, que á diez pasos del muy hondo rio topetan en una gruesa encina sola los caballos, dos á una parte, dos á otra, y con el timon enmedio, con tanta furia que se mete por la encina y la hace pedaços, y encalla allí el coche, y los caballos sueltos de sus ataduras se fueron como los de Faeton, desparramados por otras partes.

De cosas notables de un caballero.

Fué en estos tiempos un caballero, de claro linage, de robusta y fuerte disposicion, mas alto que mediano, muy emparentado en Castilla, señor de Peñaranda, lla-

mado Don Juan de Bracamonte, de asaz renta y hacienda, del que hará aquí mencion la historia de fuerzas y otras habilidades por ejemplo notable.

Cortaba sobre una mesa de un reves, puestas en gotas de cera diez y nueve velas sin derribarlas, y otras veces juntas cuatro hachas; y un dia, en Salamanca, estando solo y sin armas en un aposento, entraron dos enmascarados á él muy armados y determinados de matarle; ponen contra él mano á las espadas, él revolvió acá y allá los ojos; no habia en el aposento, ni él tenia ninguna espada, como el que estaba muy con ropa larga; y cuando se vió en tanto aprieto, arrebata de la silla en que estaba sentado, como del banco de los ladrones Orlando; y dá al uno un porrazo que le tendió en el suelo aturdido, y revuelve luego al otro, y con un trozo de la silla que se hizo pedazos, que le quedó en la mano, hizo del otro lo mismo, y con un cuchillo de uno de ellos les cortó á entrambos las caras y los echó, huyendo por una escalera abajo.

Y en Avila habia un juego de cañas en que él entraba; y estaba todavía en la plaza un importuno y bravísimo toro que no los dejaba que entrasen, ni de muchos que andaban tras él le podia nadie desjarretar. Tanto se enfadó Don Juan de esperar, que dijo: «Bueno es que un animal impida á tanto caballero el holgarse, y entra en la plaza antes del juego, y arremete á toda furia al toro, y el toro para él; júntanse ambos enmedio de la plaza; dále Don Juan tanta priesa al toro y tantas cuchilladas que no se meneó de allí, y le tendió hecho pedazos, y volvió á entrar con el juego de cañas.

Y para cualquier caballo por domar y cerril, aunque fuese de los muy grandes, no habia menester domador. Saltaba á la primer vista en él, en pelo y sin freno, y con un baston en la mano y sin poderle echar de sí, le

daba tantas carreras y tantos palos, que al fin el fin del caso era tender en el suelo al caballo ya manso y muy cansado.

Y con esto se concluye el cuento de estas hazañas, que á un criado suyo que le enojó una vez, le dió un tan gran bofeton, que le dejó sordo por toda su vida, que nunca oyó mas.

De un turco feréz y del Santo Bautismo.

La otra hazaña que prometí es la que hizo un turco cautivo en Toledo, que se llamaba Amete. Este nunca se quiso convertir á nuestra santa ley; curaba los caballos de su amo, aunque en su tierra decia él que era de buena y principal gente. Un dia, sintiéndose agraviado de haberle sobre cierta ocasion dado de palos, hizo lo que ahora contaré. Fué la causa del castigo la siguiente: hubo un dia juego de cañas, y él para ellas aderezó convenientemente su caballo, y fuese con su amo al juego. Parece que con la priesa se olvidaron de le dar de comer, y á la vuelta á su casa, cansado y rabiando de hambre, pidió á su señora con gran ánsia le diese de comer, que la hambre le tenia puesto en grande aprieto. La señora, descontenta de la manera poco reverente con que le pedia su ordinario sustento, comenzó de deshonrarle y llamarle perro. El viendo tamaña sinrazon, y estimulado del hambre, la maltrató de palabra, en ocasion que acudiendo á la grita el amo, le dió de palos con una vara que traia en la mano. Enfurecido el esclavo, va á la cámara y toma un cuchillo largo y vuelve á matar á su amo. El amo sin armas y del no pensado atrevimiento atemorizado, salió á la puerta de la casa, y el esclavo al momento cierra por dentro la puerta y se vuelve al aposento de las mu-

geres, y encontrando con un pariente del amo que tenia su espada, acomételo con extremada furia. El otro, por no matarle, métese en una cámara, y el turco cierra por de fuera la cámara, y vuelve donde las mugeres estaban; da luego de puñaladas á su ama, y hiere de las mugeres cruelmente á tres ó cuatro. A la gritería acude por de fuera mucha gente, y él saltando como un ave de tejado en tejado, se arroja al fin á una calle; vénle caer y síguenle, y por la parte del huerto del Marqués, camino de Escalona, échase como una ánade al Tajo, y va á parar de valle en valle, y de monte en monte al mismo rio Tajo, por donde es San Bernaldo, y torna otra segunda vez á pasarle y toma el camino de Madrid, donde con la multitud de la gente pensó salvarse. Llega á un lugar donde por las señas de los pregones contra él le conoció un carretero, y diciéndolo á la huéspeda, el turco que lo oyó lo hirió sobre ello con el mismo cuchillo muy mal, y á la tabernera tambien. Al fin fué preso y traido á la ciudad de Toledo; alli debiendo dos ó tres muertes, y no..... teniendo mas de una vida con que pagarlas, tómase por medio que..... pagase muchas atenaceándole (1).

Sácanle en cueros en un carro atado á un palo, y una fragua de fuego de un herrero á par de él. Comiénzanle á tenazear, que á los mismos interesados en las muertes era un cruel espectáculo, y sin él hacer movimiento á nada, á trechos córtanle entrambas manos, y

(1) Todo este párrafo se halla escrito al márgen de puño y letra del autor; pero habiéndose posteriormente empastado el tomo, el imperito encuadernador metió demasiado la cuchilla, como tienen de costumbre los de su oficio, llevándose con el papel buena porcion de lo escrito. Así es que pudiera muy bien suceder que alguna que otra palabra de las que hemos tenido que suplir no sea la que primitivamente hubo.

sin aguardar á qúe cirujanos se las cauterizasen, métenle los mismos troços de braços en el fuego de la fragua. Llegado á la plaza, le colgaron de los piés, y allí tambien los verdugos le atenazeaban de las mas dolorosas partes. Tenia ya casi el alma en los dientes, cuando dijo á voces: «¡Oh, Mahoma! ¿Cómo me has engañado? ¡Agora veo que todo eres mentira! ¡Bautismo, bautismo!» Acudieron luego teólogos que estaban al espectáculo, y consultado el caso, se determinó que prosiguiese el tormento, y diciéndole que ni habia de dejar de morir, ni cesar los tormentos, aunque se bautizase; él dijo que no pretendia eso, sino siendo cristiano salvarse. Habida licencia entonces, con gran priesa del Corregidor y cuanto al bautismo del vicario, bájanle de donde estaba boca abajo colgando; pide que le pongan de rodillas, ¿qué nombre dijeron todos? El de Juan Bautista; y así con tal nombre fué bautizado, y al momento se le salió el alma; y fué tanta la alegría pública, que mas de dos mil ojos se hicieron de placer fuentes de lágrimas, dando gracias á Dios por sus misericordias, que por tan desusado camino quiso que fuese aquel salvo, y esto dió materia en Toledo y en Salamanca á mil versos y á mil prosas.

De la brevedad de la vida humana.

Al principio escribí de vida larga, y ahora quiero escribir de la brevedad de ella, para que se vea cuán mal anda esta nonada en puntos y competencias, y aun precede muchas veces á la que nunca se acaba perdurable y sin fin con gozos increibles.

Comunmente se vive ahora sesenta años, y de estos muy pocos llegaron allá. Entre peligrosas dolencias, venenos y desastres, delitos y desórdenes, regalos y vicios,

no hay vidrio mas frágil que ella, que un vaso de vidrio ponelde en un almario ó en un arca, y vivirá muchedumbre de años; mas á los hombres donde quiera les ha la muerte de hallar. Dentro de sí sus mismos humores los ahogan y los mata la espada, la lança, la saeta, la calentura, el dolor, el toro, el caballo, la mar, los arroyuelos y los rios y otro sin número de cosas: *viris intentant omnia mortem.*

Mas de los que á sesenta años allegan, quiten del noturno sueño el espacio de tiempo por mitad, quedan treinta años, y de las siestas quítese tambien otro pedaço, invierno con verano una hora cada dia; esto es, de los muy ordenados, que reducidas las horas á dias quitarse han otro año y medio, quedan veinte y ocho y medio; pues de la infancia quítense otros siete años, que donde no hay uso de razon no se puede llamar vida, quedan veinte y un años y medio. De estos se pueden sacar de la puericia otros siete hasta catorce de leer y escribir y perpétua sujecion del açote y del maestro, quedan de vida catorce años y medio. Luego sobrevienen los ayos con sus pesadumbres desde catorce hasta veinte, cuando habia de respirar y holgarse la edad que, quitados otros seis, quedan de vida limpios diez años y medio. Para esto hay tantos convidados de males é infortunios, que la concedida con tantas cargas mas se puede llamar cativerio que vida, la mar, la guerra, la religion, los cargos, la reputacion, la honra, el qué dirán, las mujeres vivas ó muertas, los hijos, los pleitos.

De algunos hombres señalados de Sevilla.

Mil veces he pensado entre mí del agravio que á esta sublime ciudad sin razon se hace, en decir que no han salido de ella varones señalados á respecto de sus gran-

dezas en todo lo demas: que cierto han salido de ella tantos, que padecen mucho engaño los que dicen tal, sino que con el ruido y la mucha gente pienso que no se echa tanto de ver esto, como en otro lugar mas solo y desembaraçado.

Fueron, pues, de esta ciudad San Isidro y San Leandro, arzobispos de ella, y Santa Justa y Santa Rufina; mas dejados los santos aparte, de tierra de Sevilla ¡qué mayor grandeza! fueron Marcial y Juvenal y el gran emperador Trajano. Fué tambien de esta ciudad Don Alonso Perez de Guzman, primer señor de la casa de Niebla, que mató la sierpe en Africa, y su sucesor otro Don Alonso Perez, duque de Medina, ejemplo de fidelidad y ejemplo de buenos alcaides, que dió el cuchillo con que su hijo fué degollado, por no entregar á los moros á Gibraltar, por lo que le hizo el Rey merced de la pesquería de los atunes de las almadrabas, con estas palabras en el previlegio: «Por cuanto imitastes á nuestro padre Abrahan, vos por obra y él de voluntad, &c. »

De aquí fué el memorable conde de Niebla, á quien Juan de Mena nunca acaba de llorar. De aquí el valeroso marqués de Cádiz, que hizo tan valerosas cosas en la guerra del reino de Granada. De aquí salió Magallanes, imitador del sol una vez en lo que él ha hecho tantas, que dió vuelta á todo el mundo y mostró nuevos caminos por esos mares, y dió perpétuo nombre en vida á aquel estrecho, como nueva él llama de Eneas á Gaeta en Italia. De aquí fué Doña María Coronel, de quien Juan de Mena canta que amó mas un tizon ardiendo en vivas llamas que rendirse á las ilícitas de la sensualidad, de las que tantas se han dejado vencer al primer asalto.

De esta ciudad fué Farfan, caballero de la órden de San Juan, de quien se afirma que en el espantable cerco de Rodas, donde se perdió, mató tantos turcos que pu-

diera armar una galera con ellos de marlotas de seda y de brocado.

De aquí fué Portundo, general de las galeras de España; de aquí Don Pedro Ponce de Leon, certero matador de toros, y Don Luis Ponce, su hijo, que dejado de los suyos mataron en el Alpujarra los empinados moros en la postrer guerra de Granada, como en sierra Bermeja mataron á Don Alonso de Aguilar.

De aquí Don Perafan de Rivera, el sabio, el primer duque que socorrió á Orán y al buen Don Martin, marqués de Cortes en Mazalquivir, en el último aprieto, sin ser mandado: que proveyó y basteció en otro cruel cerco á Malta, y que á voces y con avisos claros muy á menudo, no pudo á nuestra armada, de que venia la del Turco, despertar.

De aquí el adelantado Don Diego de Rivera, que murió por una herida en la boca de una saetada, antecesor de los grandes duques de Alcalá.

De aquí el honrado y docto caballero Pedro Mejía (1), de cuya *Silva de varia leccion*, no solo españoles cogen flores y fruto, mas muchas naciones extranjeras en sus lenguas la tienen traducida y trasplantada.

Desde aquí midieron el cielo, la tierra y la mar Santa Cruz y Chaves (2), grandes astrólogos y matemáticos, alumbrando de muchas cosas á los que la luz del sol aun no habia alumbrado.

De teólogos, predicadores, médicos, arquitectos, músicos ha habido tantos notables, que no se pueden nume-

---

(1) Autor bien conocido, y que, además de *la Silva* aquí citada, escribió el libro de los *Coloquios* ó *Diálogos* (Sevilla 1547), y la *Historia imperial y Cesárea* (Sevilla 1544); y una relacion de la guerra de las Comunidades que anda manuscrito.

(2) Alfonso de Santacruz, y Hieronimo de Chaves, célebres cosmógrafos.

merar. De aquí fué el famoso Contreras (1), rescatador de cautivos, y otros mil que en mi tinta y papel no caben, ni diré mas de que de tan rara y clara gente las córtes, las provincias extrañas, los ejércitos, las academias y las Indias y los mares veo poblados.

De que el mal consejo para el que lo da es menos bueno.

Impicim consilium consultori pessimum, que es lo mismo que dice el sobrescrito de este capítulo, y así pasó de esta manera en la jornada del Turco. Gerónimo de Leyva, un principal capitan, se llegó al Emperador y le dijo, ó por congraciarse con él ó por malsinar al marqués del Gasto, Capitan general de la infantería en aquella jornada, que la infantería española no habia tantos infantes como su Magestad pagaba, y que el Marqués se quedaba con las pagas. El Emperador entonces mandó luego que Pedro Gonzalez de Mendoça, un su mayordomo, le tomase reseña: hízose así, y hallóse que en la infantería aun habia muchos mas que el sueldo que se les daba, por lo que averiguada la verdad, fué á Gerónimo de Leyva la cabeça cortada.

De los extraordinarios precios en que se han vendido halcones en España.

Pues de tantas maneras de cosas hemos tratado, bueno será que tengan aquí su lugar las aves, á las que yo tanto me he dado, y las que siguiendo cazadores y mirando al cielo han dado en hoyos y charcos caidas muy

(1) El beato Fernando de Contreras, misionero apostólico, cuya vida escrita por el Padre Gabriel de Arande, de la Compañía de Jesus, se imprimió en Sevilla en 1592, fólio.

grandes, y alegóricamente han gastado tanto y dejado por ir tras ellas negocios de la tierra, importantes y de mayor calidad. Así diré de los precios en que se han vendido muchos pájaros, porque se vea la largueza de unos y la constançia de otros, hasta llegar á dar por ellos tales precios, cuales no alcançó, *improbus ille puer, crudelis tu quoque mater.* Y aunque agora, por saberlo lo tenemos en poco, la diuturnidad hará despues tenerlo en algo, como el vino y otras cosas semejantes que ayer fué mosto de ningun precio, y ya es preciosísima cosa de quince ó de veinte años.

Tuvo el conde de Orgaz un neblí, que se llamó «el baron,» que mataba cuanto habia en el campo, sino era milano, que en su almonada le compró el duque de Medinaceli por quinientos ducados, que era indio, de tierra de Méjico, y vino tan roto y desharrapado que se andaba por casa como gallina, y mudó así el primer año.

Tuve yo otro neblí que se llamó Manrique, porque se hizo de bravo en casa del gran cazador Don Pedro Manrique, que habiéndome yo de ir en servicio del Rey, me dió el conde de Feria por él una cama de damasco morado y tela de oro, y un hermoso caballo rucio turco, y un peto y una celada á prueba de arcabuz, y cincuenta varas de terciopelo carmesí de Florencia, y cuatro neblíes de la tierra, bravos, y á mi cazador, que lo negoció conmigo, cuarenta ducados. Mataba garça y milano, rubio y negrillo, harpelleta y atabardado, averramia, garçota, saurel, garça blanca, alcaraban, lechuça, cuerva, cornejon, cuervo calvo, paviota, pato real, y estas cosas en mucha altura, solo y acompañado.

Dió el Rey nuestro señor por un sacre milanero, á Don Diego de Acevedo, que se llamaba el Conde, porque el conde de Monterrey se lo habia dado, como quien el comprador era, y al talle de su grandeza y liberalidad, doce

cazadores salariados, ceñidos y vestidos, y mantenidos sus caballos cada año, y los halcones que quisiesen sacar de los Arcos á costa de su Magestad, despues que escogiese su Real casa, y mil ducados para aviandarlos, y esto para todos los dias de su vida cada año.

Ansí el rey Don Sancho de Leon dió por un azor y un caballo al conde Fernan Gonzalez, mil marcos de plata para tal plazo, porque se vea que un rey de un reino no tuvo con qué luego pagarlos, y que si del plazo pasase, que la deuda cada dia fuese doblando, y en poco tiempo creció la suma, ansí que no hubo con qué la pagar sino con soltarle el vasallage que el reino de Leon tenia sobre Castilla, que de allí adelante fué libre, y reinó por sí, cuya suma de libertad igualó á la deuda sin número, porque tampoco la libertad se puede estimar.

Mas no vienen á cuento estas cosas de reyes; volvamos á los caballeros, que es nuestro comun manjar. Dió el duque de Feria á Don Francisco Zapata Puertocarrero, mi hijo, un sacre bravo; que por eso se llamó siempre el Duque, que echábamos un dia cuenta que de unas á otras manos que pasó, fué en veces vendido en cinco mil y tantos ducados y vivió once años.

Yo dí al clavero de Alcántara, Don Francisco de Toledo, un neblí altanero, que le dió por él el prior de San Juan, Don Diego de Toledo, doscientas hanegas de trigo cada año.

Mas esta compra excedió á todas, que por un neblí perdido que estaba en el aire, ni en diez y seis dias se habia podido hallar, dió el conde de Medellin, Don Rodrigo Gerónimo Portocarrero, á Don Luis de Guzman, hijo del marqués de la Laguna, setecientos ducados, y hallóse despues porque la largueza de la compra no quedase tambien en el aire.

Mas de estas larguezas del conde de Medellin no hay

que espantar, pues dió por un caballo rucio á un caballero de Córdoba nueve mil ovejas con sus padres y perros, y todo un hato, como si volara.

Y el primer conde de la Puebla, Don Alonso de Cárdenas, dió al dicho Don Pedro Manrique por un neblí, doscientas vacas.

Saliendo á caza el conde de Niebla en San Lúcar, hallaron con una garça en las manos un sacre, que con gran alegría le cogieron luego, y sin que el Conde lo viese le quitaron las armas, que eran de Don Juan de Bardaxí, un caballero de Zaragoça, que le habia el mismo dia con gran viento perdido con una garça. Túvole el Conde en mucho, y cazó con él medio invierno, hasta que con otro viento, llegó á Zaragoça la fama que estaba en Sevilla su sacre, gran cazador. Envia Don Juan en la demanda á uno de los suyos. Vá á la vara de los halcones del Conde, que estaban tomando el sol; reconoce su sacre, y saca testimonio de ello, y dá aviso por la posta á su amo que le habia hallado, y que el Conde no se lo queria dar. Escribe muy comedidamente Don Juan al Conde, que si queria servirse de él que se sirviese, y que si feriarle queria, aunque no tenia precio, con dos potros suyos se contentaba. El Conde no acudió á una cosa ni á otra; pónele demanda ante alcaldes en Sevilla, y en ese medio tiempo piérdese el sacre pasa el pleito adelante, condena la justicia al Conde en trescientos ducados y en las costas, que de vista y revista y oidas instancias serian otros tantos.

Como dió la isla de Malta el Emperador á la órden de San Juan, por ella de parias y reconocimiento le envia cierta cantidad de sacres y de neblíes cada año, que á la honra de los halcones toca que islas y tierras se paguen con ellos, por ser raza tan noble y tan estimable.

El rey de Túnez tambien fué obligado de enviar á España en reconocimiento y censo del reino que el Empe-

rador le ganó y le dió, demás de otras cosas, doce halcones cada año.

El Lanzgrave, general del campo de la liga de los alemanes, antes de esto, tuvo en espera un neblí de garças altas que por maravilla iba á la corte á verle volar, y suplicando un dia al Emperador que fuese servido de ir á verle, y el Emperador no queriendo ó pudiendo para ello desocuparse, le dijo el atrevido: «así lo pensé yo, señor, que vuestra Magestad todo su negocio es armas,» como quien vé á un mancebo á unas ó á otras cosas aficionado.

Aquella fué la mayor venta de ave de todas las dichas que, pasando un villano en Monçon, donde estaba la corte con un ruin gavilan recien tomado, el duque de Feria, Don Gomez, persuade al villano que vaya con él al marqués de Pescara, hijo del marqués del Gasto, que era mozo y nuevo cazador, y diga que le tomó con una picaça en las manos que llevaba muerta y que lo llevaba á vender al Duque que se lo pagaria muy bien. Creéle el Marqués; estima el gavilan en mucho; pídele por él cien ducados; en fin, dále el Marqués treinta por cosa rara, como haber muerto picaça, bravo. Guarnécele, y muy contento vá á dar con él higa al Duque, y con la picaça muerta de que se le habia salteado. Rebientan todos de risa, hasta que el Marqués, que aun no lo podia creer, entendió el engaño.

Y por concluir con las aves, de esto me he maravillado yo muchas veces, que en tiempos antiguos no se tenia noticia de cazar con aves, pues en cuantos libros antiguos hay no se halla rastro, y en especial con halcones, pues se estimaban los açores en tanto como he dicho del conde Fernan Gonzalez, y de que el mismo, cuando mató al Arcipreste en tanto aprieto de cosas, no se dejó por ahí el açor del Arcipreste, sino que se lo llevó: que si con halco-

nes cazaran ó supieran cazar, entonces no hicieran de los açores tanto caso, y en las historias modernas no hallo otro rastro sino desde cuando el rey Don Alonso el Casto le fué á hablar atrevidamente su sobrino Bernaldo, que estaba el Rey volando una garça.

De un milagro en Valladolid.

Hay una iglesia en Valladolid de mucha devocion, en el campo, cuya advocaçion es de San Cosme y San Damian. Pues un dia de sol, de estos bienaventurados santos, que toda Valladolid iba allá, arremetió un escudero un caballo, y no le pudiendo tener, cae de un despeñadero abajo que habia allí muy grande, y fué Dios servido por honra de los santos que, ni él, ni el caballo se hiciesen mal; y fué tan notorio y tan de admirar el caso, que en muchos dias no cesó el hormiguero de gente de toda Valladolid de ir á ver el salto no peligroso por la divina piedad.

De un castigo justo de un impío hecho.

Siempre castigó nuestro Señor los impíos, aunque en los gentiles no habia verdadera religion, porque parece que los que obraban mal contra lo que pensaban que era Dios, y no lo era, hicieran lo mismo contra el verdadero; porque aunque la religion era falsa, era cierta la impiedad; como si uno pensando que era el Señor agraviase al esclavo, y ya habia hecho el Señor el mismo agravio de eso. En los antiguos hubo mil ejemplos, que á los religiosos y píos hacia Dios grandes mercedes, y grandes castigos á los violadores de la religion falsa, por ser sombra

de la verdad. A lo menos no incurrió en esto el grande Alejandre que, yendo airado contra Jerusalen, se apeó de su caballo é hizo gran reverencia al gran sacerdote, y le besó la mano, y alzó su ira de la Santa Ciudad. Pues viniendo al caso, dicen que un cura muy gran cazador de conejos, en un lugarillo pequeño, un domingo de mañana, dejando sin misa sus feligreses, se fué á caza; halla un conejo que no debiera; enciérrase en un vivar; echa alrededor sus redes; mete por el vivar, para no vivir, la mano; halla allá otra mas poderosa, que con grandes gritos suyos le metió adentro por el chico agujero, tirando de él por el brazo, que no paresció mas. De esto andan por ahí coplas impresas, que casi que se pueden tener por ciertas; pues las dejan salir al mundo provisores y perlados, y he aquí cómo puede ser que entre un camello por el agugero de una aguja con el poder de Dios, á quien todo es fácil.

De que el mal se ha de dilatar lo posible, y el bien abreviar.

Fueron en Flandes por un insulto condenados á degollar diez soldados, que estaban ya puestos á la hila en la plaza, y el verdugo abajándoles los cuellos, como quien apara peras ó pepinos, el delantero antè quien ya estaba, sacó unos poços de escudos de un escondrijo del pecho, y dandóselos al verdugo, le dijo: «suplíçoos, hermano, que començeis por esotros, y pues tengo yo menos culpa que ninguno, sea yo el postrero.» El verdugo se lo otorgó, y con la facilidad que esto se hace en Flandes, començó á cortar cabeças, que pasa tan presto la espada, que salta á una parte la cabeça del cuerpo, y hablando algunas veces, acabando de gastar la lengua el aire que le venia de adentro de entre el paladar y los dientes. Pues

llegando ya cerca el verdugo, con el espacio que le obligaban los escudos (que fueron escudos de la vida de aquel) alargando la vida, como dicen, no el oro potable, sino como éste, el oro palpable, llegó en esto posta del duque de Alba, mandando que cesase el castigo en cualquier estado que estuviese, y así escapó la vida aquel sábio, como por detenerse Quintó Fabio la república romana.

De la presteza al bien hay cien mil antiguos ejemplos, y en junto toda la vida de Alejandro en sus conquistas y toda la de Julio César; y ¡cuanto le importára á este último, cuando la última vez fué al Senado, no diferir el leer el billete que le manifestaba todo el hecho de los contra su vida conjurados!

De modernos, el conde de Bura se salvó en su carro del furor de las aguas del mar, que licençiosas iban tras él, por dar á sus caballos prisa para meterse en un castillo suyo en un cerro alto, y así mi camarinete (1) dice: «quien ama la vida ociosa pierde el resto: piensa despacio la cosa y hazla presto.»

De como en esta vida no hay cosa de que hacer caudal.

Aunque parezca este cuento de Isopo, todavía lo diré para advertir al hombre cuan transitorio es lo de acá. Tuvo un hidalgo viejo un mozo bachiller y él muy enojadizo, con quien cada dia andaba á malas, al que dijo en la plaza un dia: «un convidado tengo; toma estos pollos y llévalos á mi casa.» Vá el mozo á la Iglesia, alza la losa de la bóveda del enterramiento de su amo, y arroja los pollos dentro y tórnala á cerrar. El amo y su convidado

(1) Camarin pequeño donde segun la antigua usanza habria la inscripcion que aquí copia el autor.

anduviéronse entreteniendo hasta medio dia ser hora de comer. Llegan á la morada de aquel, hallan puesta la mesa con todos sus anejos, que el ama no era nada descuidada; quítanse las capas; el mozo su capa y gorra, aparejado para el ministerio, y comienzan á partir el pan. «Sus, venga la vianda, dijo el hidalgo pobre, muy contento con sus pollos, que pensó que se habia salido de madre por el convidado.»—Dijo el ama: «señor, ¿qué viandas? ¡qué pollos, desdichada!—Los trujo este mozo, dijo él.—Cierto, él no me dió tal, dijo ella.—Pues los pollos, ladron, ¿no hiciste lo que te mandé?—Si, señor, por cierto; yo los llevé á la Iglesia.—Pues á la Iglesia, ¿para qué?—Tú me dijiste: «lleva estos pollos á mi casa; yo así lo hice, y eché los pollos en tu sepultura, que aquella, segun tu edad, es tu cierta y verdadera y perpétua casa, que esta no es sino posada de pocos dias.» Quísole dar de palos; no consintió el huésped; reservólo el hidalgo para que en dinero se los pagase; ni tampoco consintió esto la justicia, que se halló por derecho que el mozo cumplió bien con lo que mandó su amo, y él se quedó con su gasto hecho, y remendaron como mejor pudieron la comida, y el mozo de pena y culpa fué dado por libre y salvo.

En Valladolid alcancé yo un hombre, y él alcanzó á mi tiempo, que vió degollar al maestre Don Alvaro de Luna, que habia mas de cien años, y decia (aunque es cosa muy propia de viejos alargarse) que habia sido entonces cosa notoria que la grita que dió el pueblo se habia oido en Cabeçon, dos leguas de allí, al punto del degollarle.

Y en Toledo hubo agora un famoso médico que se llamaba el doctor Hamusco, que tuvo entre otros hijos dos de dos casamientos, que se llevaban uno á otro sesenta años los dos hermanos, y en Lisboa vivió otro hombre que enviaba á decir con un suyo este recaudo: «decíd á

mi nieto que me haga saber que tal está su nieto.»

Y Alonso Cornejo el de Talavera tuvo poco ha un hijo, siendo él de ochenta años. Y un Diego de Leon, de Çalamea, allegó poco ha tambien á ciento y seis, sin perder la vista ni ninguno de los otros sentidos; solos los dientes le faltaron, sin los que estuvo mucho tiempo, y al fin le tornaron á nacer, y murió de dolor de que le nasció una muela cordal.

Y á un capellan mayor de la capilla de sanct Juan Bautista de Llerena, que se llamaba Diego de Salazar, que habia perdido los dientes y la vista, le tornaron á nacer en suma vejez, y tornó á ver sin anteojos, y llegó á noventa y seis años.

Fué y será ejemplo de vida larga de mayor certeça y verdad el cardenal de Toledo, Don Gaspar de Quiroga, que hoy vive, y plaçerá á Dios que viva muchos años que, siendo de la capilla de la Reina nuestra señora Doña Juana, y muy mancebo, le envió la serenísima Reina, año de mil y quinientos y trece, á estudiar á su costa á Salamanca, que siendo hoy el año de noventa y tres, paresce que ha lo que digo justos ochenta años. A esta cuenta habria entonces quince ó diez y seis años, y es hoy por lo menos el señor reverendísimo de casi cien años, sin los que por la divina clemençia mas vivirá, y con tener de renta hoy mas de doscientos mil ducados, manda cobrar cada dia lo que la serenísima Reina le daba; y dice que mas que çuanto tiene lo tiene en mas. Y el obispo de Lugo, Don Juan Xuarez, instituidor de una honrada casa de Talavera, vivió otros ciento y cinco años.

Mas otra cosa excede á todas estas, y llegó á la cumbre de las cosas creibles: que Don Pedro de Silva, hijo del conde de la Videguera (1), dijo á un caballero muy prin-

(1) Vidigueyra, título de Portugal.

cipal que me lo contó á mí, que siendo virey de la India vió un hombre allá de trescientos años, que tres veces le habian nascido los dientes, una cada cien años, que paresce que á cada cien años de edad sirven unos dientes, como á un año una librea y vestido; y otra mas admirable, que tenia un hijo de cinco años: quizá que las cosas aromáticas de aquellas tierras que conservan los cuerpos muertos para no corromperse, preservan tambien los vivos para tan presto no acabarse.

Del mucho valor de los antiguos grandes de España.

Cosa es muy platicada entre todos del antiguo valor de los grandes de España, y que los de agora ya no son como los de aquel tiempo pasado, culpándolos; en lo que los reprehensores reciben grandísimo engaño, que mucho mas valen los de agora y son para mucho mas que los pasados. Sino que el mucho valor de los reyes presentes oscureçe (como el sol á las estrellas) lo que ellos valen, siendo la causa de ello los tiempos; creçiendo en poder tanto los reyes, que de una lumbre de un reino chico, y otro y otro pequeño, cada uno por sí juntos, ya de todos se ha hecho una gran llama; con los que no viene á cuento ni á comparacion ningun grande que *generatio unius*—ha sido y será *corruptio alterius*, que quiere decir que el crescimiento de los reyes ha sido descrecimiento de los grandes, digo en poder soberbio y desordenado, que cuanto á lo demas antes han crecido en rentas y en estados, como pelándoles las alas á los gallos, dicen que engordan mas, y así teniéndolos los reyes en suma tranquilidad y paz, quitadas las alas de la donosa soberbia, crecen en mas renta y tranquilidad.

Y las cosas de entonces pasaban de esta manera. El

duque de Medina Sidonia acompañaba al Rey estando en Sevilla, y decian todos: ¡hélo do vá con el Rey el duque de Sevilla! El Rey, torciendo á ello el gesto, le dijo un loquillo: «pues él sufre que os llameis rey de Gibraltar; sufrid vos que se llame él duque de Sevilla:» que habia poco que Gibraltar se les habia quitado á los duques de Medina de su casa.

Don Alonso de Aguilar trece años tuvo usurpadas al Rey las rentas de Córdoba, y fué llano señor de ella; y porque un obispo predicando murmuró algo de ello, le hizo poner en su mula, abajándose del púlpito y que se saliese con él afuera, y le mostró todos los caminos en que escogiese para ir y nunca volver mas á la ciudad.

El conde de Benavente, Don Alonso, llevando del braço á la reina Doña Isabel Católica, llegó llorando á su Alteza una mujer, y dijo:: «señora, justicia, que el Conde que ahí vá me mandó matar mi marido, ni le aprovechó este seguro de vuestra Alteza, que traia en el seno» y muestra la carta de seguro por la que atravesaba un pasador que le pasó por los pechos á las espaldas. El Conde entonces, dijo: «harto mas le valieran unas coraças.» La Reina, enojada, dijo: «de manera que vos, conde, no querïades que hubiese rey en Castilla?—Antes, señora, dijo él, querria que hubiese muchos.—¿Por qué? dijo la Reina.—Porque si hubiese tantos, sería yo uno de ellos.

El conde de Alba de Tormes, Don García, ya se sabe que sacó por fuerza de prision á su padre, como Garcilaso dice «despertando su ilustre y claro bando.»

Pues la condesa de Medellin, Doña Beatriz Pacheco, hija del maestre Don Juan Pacheco, mi revisagüela, siendo mas servidora del rey de Portugal que vasalla del rey de Castilla, metia acá muchas veces los portugueses, y le tomó á Mérida, y la Reina la envió á amenazar que se estuviese queda, sino que la haria hilar; y respondió ella:

«decid á la Reina, que si su Alteza me hiciere hilar, yo la haré rehilar.» A este propósito, hallándola enterrada en el Paular de Segovia, en una sepultura de mármol, y que el bulto le quitaba de ver el Santísimo Sacramento desde el coro, dijo la Reina: «encomiéndote yo á tal, que aun hasta aquí me has de ser contraria.»

El duque del Infantazgo Don Diego, cuando el Rey de Francia vino, se hizo malo de gota, de fantasía, por no le salir á recibir, y porque el Rey le viniese, como vino, á le visitar.

Otra vez el mismo duque, mandando Xevres el mundo, como ayo que habia sido del Emperador, topóle en el descanso de una escalera en Valladolid en palacio. Subia el Duque y Xevres bajaba, ó mas bien subia Xevres y los grandes abajaban ya; llegó Xevres humildísimo, y dijo: «suplico á vuestra Señoría me dé las manos.»—Respondió el Duque: «¡oh señor Xevres! levantaos, tengo os lo en merced, que yo haré por vos y os favoreceré en cuanto me mandardes,» y podia el otro dar favor á toda España.

Despues, cuando ya flojos estos brios, el duque del Infantazgo, su hijo, hizo aquella cosa tan bien hecha como fué al alguacil que se le desacató darle una cuchillada por la cara, mandado por el Emperador ir preso, cuantos señores habia en los tablados bajaron para acompañarle, no por vía de motin y escándalo, sino por hacer el oficio de acompañar á un compañero y amigo, é ir consolando á un enfadado.

El mismo Duque, cuando con la rastra de aquel tiempo iba la corte á Guadalajara, entró un arrogante aposentador en su casa, y dijo: «este aposento es para la Emperatriz, nuestra señora; este para sus damas; aquí la condesa de Haro; aquí la marquesa de Lombay, y aquí el conde de Miranda.»—¡Cuerpo de Dios! dijo el Duque á

estas tres postreras partidas. Para la Emperatriz, nuestra señora, norabuena, y para sus damas; mas no pienso salir de mi casa para la condesa de Faofao, ni para la marquesa de Birlinbao, ni para el bachiller de Miranda.» Ya las cosas se acabaron de trocar que, cuando los señores vieron que con los acompañamientos grandes no crecian en mas autoridad, y que toda la luz que tiene un grande es la que el sol de su Rey le dá, dejaron lo que llamaban «sierpes,» y por ahí se hallan por la corte á solas, como los antiguos capitanes y cónsules romanos, que acabados sus cargos volvian á ser á Roma hombres como los otros particulares y privados.

Y solian ademas las casas suyas como Iglesias á los delincuentes servir de receptáculos; mas, como digo, todo es ya por bien de todos al Rey y á sus ministros llano; no por culpa de los valerosos señores que en ella hoy hay, mas si ven que el gran Turco, y el rey de Francia, y la misma Roma no resisten á poder tanto como el del Rey nuestro señor, ¿que grande ha de contrastarle?

Pues demos gracias á Dios que en estos reinos nadie puede hacer agravio ni demasía á nadie, y si la hiciese en manos está el cetro que hará á todos justicia igual.

De los valerosos príncipes que hubo en el mundo una temporada.

Yo pienso que hay año y vez en todas las cosas de la tierra, en las tierras, en las viñas, en los olivares, y en cuantas plantas y árboles hay, y así un siglo lleva famosísimos hombres, y otro no lleva tantos, que la tierra parece que descansa. Nacieron un mismo dia año de mil y quinientos el emperador Don Cárlos y el emperador de los turcos Soliman, y fue en aquella era el rey Enrique de Ingalaterra y el rey Francisco de Francia, y el Papa

Paulo III, y el rey Don Juan de Portugal, y Christierno rey de Dinamarca, y agora en nuestra era ¿quién hay? Sólo produjo Dios al rey Felipe, segundo de España, y con solo tan raro rey de cuantos príncipes ha habido y pudiera haber mas, da el mundo á Dios cédula de contento y carta de pago.

Así como en este tiempo estos príncipes hubo de filósofos y de hombres militares, antiguamente otras dos felices temporadas. A los trescientos y treinta y seis años de la fundacion de Roma fueron Platon y Sócrates atenienses, y Demócrito abderita, y Empedocles de Agrígento, y Eudoxo, astrólogo nigdio, Hipócrates co-omédico, é Isócrates en Atenas rector, y el historiador Erodoto, y Eurípides y Sófocles trágicos, Diógenes, cínico, y otros muchos, aunque no de tan gran fama; y de los militares fueron en un tiempo dos Fábios, dos Cipiones, dos Metelos, Silla y Mário, dos Lúculos y de Cesar otros seis famosos soldados; Ventidio, Baso, Bruto y Casio, y otro que no se me acuerda en Ingalaterra, y Petronio y Graneo.

De una pertinancia cruel.

Hubo en Talavera una esclava de un caballero de allí que caida en una culpa, entendido que lo sabia su amo y que la amenazó con castigo, corre á priesa á un pozo muy hondo y con mucha agua, y échase dentro desesperada. Un muchacho pequeño que la vió, dió aviso á los demás; acuden los criados á sacalla, que no se habia hundido del todo, con la saya que hacia campana; échanle una caldera dende arriba con muchas braças de soga muy larga, diciendo que se asiese á ella, y procurando con ruegos de la sacar; mas ella no asió la soga, sino

que queria ahogarse. Acudió su amo al caso; mas obstinado el que ella mandaba darla con la caldera, para que se acabase; en fin, suplícale un amigo que le deje entrar por ella que la sacará; descuélganle por una soga, y dánle otra que lleve para atarla; mas la esclava en ninguna manera queria, y le rogaba por amor de Dios, allá bajo, que la dejase ahogar; mas al cabo la ató y la sacaron arriba muy contra su voluntad.

No se paresció esta á aquel leñador viejo, que junto al asno caido llamaba á grandes voces la muerte por salir de tan ordinario trabajo. Hé aquí que la muerte llega y se aparesció antes diciendo: «Aquí estoy.» ¿Qué me quieres, para qué me llamas? El viejo viendo su espantosa cara, respondió: «Para que me ayudes á cargar este asno que se me cayó con la carga.»

De aquí se puede sacar que nunca nadie amenace á esclavo, porque se matarán ó huirán, y que nunca hay ninguno tan viejo ni tan fatigado que no quiera vivir mas.

De algunos yerros poéticos.

Favorino, filósofo, segun cuenta Aulio Gelio, reprendió á Virgilio de estas pocas cosas; si tuvo razon ó no el lector lo vea, y juzgue tambien la intencion, que cuando no es con envidia ó con malignidad, la reprension antes es muy mucho de loar; como quien está en un camino muy pasagero, por donde los presentes y por venir lectores han de pasar; gran loa mereceria que se pusiese en él diciendo y mostrando con la mano: «caminante amigo, aquí atolló mi compadre Virgilio; aquí cayó el antiguo y ciego Homero: aparta, aparta caminante y echarás por otra parte.»

Favorino, pues, le reprehende que Palinuro dijese á Eneas en el infierno que buscase su cuerpo para enterrarle en los puertos de Velia. Velia no la habia entonces, ni se llamó así aquel puerto en tiempo de Eneas y de algunos reyes que despues de él pasaron, y así á tal parte, por aquel nombre que de ahí á muchos años tuvo, no podia atinar Eneas.

Otro yerro que le advirtió es que contando Virgilio del monte Etna, dice que Encelado escupia las arrancadas entrañas del monte, que fué impropísima y mostruosísima traslacion, como el otro indigno poeta de este nombre al nevar decia que escupia Júpiter en los Alpes.

Otra vez le reprehende que contando que salia Dido con magestad real entre sus príncipes y capitanes, la compara á Diana cuando sale á bailar con sus ninfas y á hacer danças y coreas.

Y otra mas: como que por la muerte de un ciervo casero que mató Ascanio, se revolviese tan mortal guerra entre los troyanos y los latinos.

Y San Gerónimo le reprehende otra cosa con mayor causa: que fué hacer mala á la castísima reina Dido, que Dido fué antes que Eneas trescientos años, porque Cartago fué fundada antes del advenimiento de Nuestro Señor mil y treinta y siete años, y Roma despues, antes del setecientos y treinta y siete, en lo que á Eneas no dió tampoco mucha honra Virgilio con hacerle burlador y engañador de una mujer y falto de su palabra; en lo que quitada la autoridad del santo doctor aparte, y aunque él no lo reprehendiera con el gran cargo de conciencia de tal infamia y cargo de gran conciencia, tal revolucion y confusion de tiempos se pudiera escusar *quia poterat duci cœna sine istis*, y no fuera su alta y excelente obra menos clara.

Otras tres le reprehendo yo: la primera, que al ven-

cer á Turno Eneas pintó á Turno tan vil y de tan bajo ánimo, que se le rindió, pidiéndole merced con tan miserables palabras, como jurarle por vida de su madre, y á Eneas tan cruel, *ergo* cobarde, que mató al rendido suplicante.

Tambien fué leve yerro de descuido suyo que quedando muerto Priamo en su real casa, como le mató Pirro despues, dice:

Jacet ingens littore truncus,
Avulsumque humeris caput, et sine nomine corpus.

Que estaba tendido descabeçado en la ribera, salvo sino llama ribera la tierra despues de asolada Troya *et campos ubi Troya fuit.*

Tambien fué descuido suyo que en su propio loor diciendo á Dido Eneas quién era, dijo que era pio por fama *super aetera notus* arrogantemente, pio y conocido por fama sobre las estrellas, que si sobre las estrellas le conocian mejor en la tierra, Dido le podia conocer. Mas en esto no tiene Virgilio disculpa, que queriendo él hacer tan fuerte caballero á Eneas no fué acto sino de no imaginable cobardía ver que mató Pirro ante sus ojos á su rey Priamo y su pariente, sin osar él defenderle ni venirle á la mano. Mas dice que se fué huyendo á poner en cobro su casa, y en el camino estuvo por matar á Elena, y hacia contra ella bravatas, como que de tanto daño habia sido la causa; cuyas sus mismas faltas entendió bien el autor, pues mandó quemar sus obras en su testamento, por no enmendadas, lo que defendió Augusto Çesar, que solo pudo remediar tan gran pérdida si así pasara.

Mejor entendió Musior del Escudo (1), un caballero

(1) Monsieur de l'Escu.

francés, la obligacion que tiene un caballero á su príncipe, que viendo ir de vencida al rey Francisco en Pavía y desacompañado de los que enante por ponerlos en favor y en mercedes les habia hecho muchas ventajas, dijo: *Sire, ou son los botres miñones de la Xambre?* (1) que en español dice: «Señor, ¿adónde están agora los vuestros privados de la cámara?» y se metió ante él en los enemigos, donde ante sus mal conocidos (2) ojos le mataron.

Çiceron en una poética ficcion suya, en el sueño de Çipion, cayó en otro gran yerro que, aunque yo lo reprehendo en otra parte, lo diré tambien aquí, como quien despacha una misma cosa por dos vias con el duplicato.

Tulio dice injustamente
Que de la décima espera
Y de la tardía primera
Se hace un son excelente.

De persona tan famosa
Fué mala imaginacion,
Que aunque sea fabulosa,
Donde no hay aire no hay son.

Otro gran indecoro de Virgilio noté leyendo acasó agora, que es que enviando Eneas al rey Latino cien embajadores para pedirle paz y amistad, y llevando grandes dones con ellos, al saltar en tierra él los recibió agradablemente, y les dió tambien otros dones de gran precio; y á la primer vista de los embajadores huéspedes envió á decir á Eneas que allí tenia una hija que casar con él,

(1) Así en el original, sin variar ni quitar nada. Debió decir con la ortografía de aquel tiempo: ¿Sire: ou sont les vestres mignons de la chambre? Mignon equivale á gentilhombre, page.

(2) Está por poco reconocidos ó ingratos.

que fué nueva manera con tanta aceleracion tratar luego á la primer vista de casamiento.

Lucano, aunque buen poeta, es muy prolijo, que nunca viene al cuento, tanto que desde que pone frente á frente para pelear á Çesar y á Pompeyo tarda once planas en venir al hecho. Todo se le va en declamar y en llorar duelos que, aunque tenga razon, bastaria una y no tantas veces; que enfada, y por eso dicen que se debe Lucano de contar mas entre los oradores que entre los poetas.

Ovidio en su *Metamorfóseos* ninguna reprehension padece, antes en ingenio, en invencion, en disposicion hace á todos los poetas ventaja. En elocucion Virgilio se la hace; mas en las otras obras Ovidio, aunque tiene algunas agudas é útiles sentencias, asimismo no le iguala. Esto es de poetas heróicos, porque de líricos y satíricos, cuyo príncipe es Horacio, seria cosa infinita ser nadie juez de tantos pleitos de menor contía de cada dístico ú epígrama.

Homero debe en palabras y versos de tener en su lengua gran melodía, pues de toda la antigüedad y de Alexandre fué tan alabado; mas de las cosas, segun vuelto en latin y español le leemos, ninguna hay que admirar; y como todos los poemas consten de palabras y de cosas, las cosas son en todos los que escriben de mas sustancia: que las palabras á charlatanería tiran muchas veces, y papagayos, tordos y picaças, aunque lo que dicen no lo entienden, hablan, porque bobería es grande decir: «fulano tiene lindo latin ó lindo griego;» eso muy poca loa es, porque del tal es su propia lengua materna, en la que le alaba.

Dante es tan pesado que jamás pude leer una hoja entera de él, y de mas de eso la materia es del Paraiso y del Purgatorio y del Infierno, en lo que no es bien que

nadie se entrometa, sino dejarlo á aquel cuyo es el todo.

Petrarca es admirable en su lengua, mas en esto erró en extremo, que con la silla apostólica no se llevaba bien, como dice aquel soneto que se me acuerda *la avara Babilonia* &c., y en una cancion:

In guardia á San Pietro
Hor non più, no
Intendami chi puo &c.

Y porque le entendemos; pienso que esto ó se le ha quitado ó se le debe de quitar. Lo demás que escribió en latin de próspera y adversa fortuna no son obras dignas de él.

Ludovico Ariosto, admirable y no asaz alabado poeta, que cuanto le loaren merece, cuantas fábulas tiene tomó de otros poetas, aun hasta de nuestro Amadís, cono la puente de Rodamonte, cuando con las armas de Amadís iba Don Guilan; el cual no hizo sino mudarles los nombres, y con otros vestidos nuevos sacarlos á representar al teatro. Mas en esto hizo lo que se debe, que es lo que se toma con gran exceso mejorarlo. Fué moço del *Inamoramento d'Orlando*, y del español *Espejo de caballerías*, que cada rato nos remite á ellos; escribió algunas cosas deshonestísimamente, lo demás de su ingenio, disposicion y elocucion, ya que la invencion de muchas fué agena, no puede acabarse de loar. Algunos culpan al buen caballero, que cómo supo Flor de Lis de la manera que Bradamarte murió, sin se lo haber dicho antes, hasta que Astolfo y Sansoneto le entraron con la nueva; mas yo le disculpo, diciendo que con la nueva precisa y cierta ellos le entraron, mas la tarde antes habia llegado la nueva; y como la fama tiene mil lenguas y mil agujeros por donde sus cosas publica y derrama, pudo Flor de Lis sa-

berlo con incertinidad todo; mas hasta que llegaron Astolfo y Sansoneto, no la certeza de la verdad.

Tambien dormitó cuando puso Hermanide de Olanda:

Il segno basso
Che per passargli il destro franco atesse.

Que dice en español que apuntó bajo, que por pasarle el diestro lado enderezó. Los que justan nunca encuentran el lado derecho, sino el izquierdo, y esto no es cosa superflua; está obligado á saberlo un caballero.

De otro descuidillo, si fuera vivo, le advirtiera yo tambien casi en la historia misma, que es muy liviano y lo diré yo para que todos entiendan que yo veo bien, como cuando sobre la vista porfian algunos: yo veo la matilla, yo la nubecilla chica á muy lejos, y porque no solo de los yerros grandes huyan los que escriben, sino aun adviertan en los descuidillos como este. Y pues yo amuestro, como un rústico, el camino á los escritores venideros quanto en mí está, casi obligado soy á decir guarda de la piedra en que puedes tropezar, como de la sima en que, si cayeres, perecereis.

Dice el buen Ludovico Ariosto, cuando envió á Agramante á desafiar á los tres para la isla Lipadusa:

Che se habian di trovar con numer pare
Di caballeri armati in Lipadusa,
Una isoleta è questa che del mare
Medesimo che la cinge è circunfusa.

Y mi reprension es que metió aquí mucho y muy escusado ripio, que bastó decir que era isla, sin añadir que del mar mismo que la ciñe estaba al rededor cercada, que eso con decir que era isla se entendia y pu-

diera para cumplir con su consonante ú con su verso decir otra particularidad nueva, como que la bañaba el Mediterráneo, ú otra cosa como él la supiera muy bien decir.

Volviendo á Virgilio, pues que lo leí agora; veo un indecoro en el sexto, grandísimo. Viendo Eneas á su padre en el infierno, dice que tres veces rodeó á echar sobre el cuello á su padre Anchises los braços; eso á un esclavo, á un hijo, á un vasallo, ó á un criado se habia con tanta indecencia de abrazar, y á su padre echársele á le besar los piés, y no á rodearle el cuello con los brazos, que las mentiras se han de decir con la decencia que si fuera verdad, que dice:

Ter conatus ibi collo dare brachia circum.

Y otro yerrecillo, aunque liviano, fué en su segunda octava Diro de Orlando &c., en decir que

Per amor vene in furore mato
Huom che si sagio era estimato:

De loco no es contrario el sábio, sino el cuerdo; y así habia de decir que por amor vino en furor y en ser loco de hombre que por tan cuerdo habia antes sido tenido.

En fin, otro yerrecillo pequeño hay suyo, que en los poetas unos son casquillos de saeta los hierros pequeños, otros de lançon y de lança grandísimos.

Bradamente era christiana,

y en la octava

Tu m'ay Ruger lasciata &c.

Dice que

Si conceso me avesero i Dei;

que siendo *cristiana* no habia de invocár sino á un sólo Dios, y de otros yerros le reprenden otros, que yo nó

me atreviera á hacer esto, si por gala no lo hiciera un comentador suyo.

Mas vengan luego nuestros españoles á dar cuenta de sí, que siendo yo el que se la he de tomar, seguros vendrán á juicio.

Juan de Mena la dureza de sus coplas, la falta del lenguaje atribúyase á la barbarie de aquel tiempo; mas esto miré en él esto otro dia, que para escribir la infelice muerte del conde de Niebla que habian de ser malos agüeros de desdichas, ¿para qué pone en su muerte señales de tempestades? Pues él no murió por tempestad en la mar, sino por hundirse con muchos la barca en que él iba, lo que en una salida á espaciarse por la mar suele acaescer.

Boscan muchas cosas dijo muy bien, y de muy buenas y razonables y notables consta su libro; mas su Leandro es prolijo, y «en el umbroso y fértil Oriente» es ajeno letra por letra, que el imitar el aire, el estilo es muy bueno; el tomar cositas de aquí y de allí para una obra, y asentarlas bien, es gala; como el que para su casa llevase de otras, de una la portada, de otra la fuente, de otra la reja; mas decir toda esta casa es mia siendo ajena, eso hurto y sin razon, y descontinencia grande es. Y acaescióles á los primeros que hurtaron cosas de Italia, donde pocos españoles habian aportado antes, pues por maravilla llamaban al que fué á Roma el romano, lo que acaesceria al que llevase hurtados bueyes ó caballos, ó ropas de un lugar á su tierra, y lo vendiese allá por suyo, que si un caminante pasase por aquel lugar robado y hallase á otro llorando por su cama, y á otro quejándose por su buey, tendria en menos la riqueza de su vecino, de que se alababa; pues si le quitara cada uno sus bienes, quedaria sin plumas, como cuando le tomaron las ajenas á la picaça por ser hurtadas.

En Garcilaso no hay cosa que reprender, sino infinitas que loar; sola una que en la urna de Tormes puso por pintura tantas guerras, tantas batallas, tantas galeras, tantas historias que en toda una casa no caben cuanto mas en una urna, estando en la otra media él recostado, y la otra media en el suelo, que ya que las ficciones se hacen porque deleiten y admiren, no deben, ser en todo falsas y mentiras en mentiras; y ya que unas cosas creemos por cortesía, otras no se pongan de manera que por ninguna via las podamos creer. Voló el caballo Pegaso por los aires; ya que se creyó esto, al poeta mas absurdo mentira y menos de creer fuera que voló sin tener para ello mas que un ala. Creeremos que Tormes supo las tantas historias por venir; creámoslo, mas ponga colorada esta ficcion en su gruta espaciosa y grande, para que no sea mas amarga y difícil al gusto de tragar la salsa, que la vianda misma. Miéntase, como hace el diablo padre de mentiras, que dice muchas verdades para que se le crea una cosa falsísima.

Bien veo que se expone á mucho en culpar faltas ajenas quien ha escrito como yo, y tiene tantas faltas suyas; mas harto será mi amigo el que en mi vida me las culpáre para que las enmiende ó lime.

De cosas extrañas que con peste acaescieron en Málaga.

Año de ochenta y dos hubo una espantable pestilencia en Málaga, en que murieron mas de catorce mil personas, de tan inficionado y venenoso aire, que no se vió en aquel tiempo pasar ave por sobre la ciudad; acabáronse muchas casas y muchas familias; habia herbazales grandes en las calles y plaças; no habia persona que pudiese salir á ningun rebato, en la que acaecieron innu-

merables admirables casos; mas dos contaré solos por cumplir con mi prometida verdad.

En dando á uno la landre por principal que fuese le arrebataban y le llevaban en una silla dos diputados ganapanes (de quien la muerte no hacia caso, ni ellos la temian, por no tener con ella que perder nada) á un barrio de casas fuera que se llama Los Percheles, junto á la mar, donde entraban infinitísimos á se curar, y morian cada dia doscientas, y algun dia trescientas personas y mas. Aquí llevaron una honrada muger de un platero, que estuvo en cura y convalecer (que se hirió dos veces) mas de sesenta dias, en los cuales teniéndola ya por muerta su marido, y hecha informacion de ello de los que enterraban, se tornó en haz de la Iglesia, siendo su muger viva, á casar. Los heridos convalecientes quedaban con unas túnicas de angeo por algun tiempo por señal, y ansi esta muger pasado el tiempo que se les dejaba entrar en Málaga, fué á su casa que halló toda de boda, y la nueva recien casada en su tálamo. Ella en figura de la misma muerte desflaquecida y vestida con su mortaja, arremete con la adúltera y coblueza; sube la grita al cielo, pensando que era la misma muerte, y sobre el marido incierto, mésanse muy bien entrambas, y á ambas llévanlas á la cárcel eclesiástica, y dieron por muger verdadera de aquel á la primera que lo era de verdad.

Tambien es de harta maravilla otro caso, que en tanta confusion (que medio vivos por despachar los embarazados ministros se arrojaban por ahí los recien muertos), echaron en el carnero un vivo y muchos muertos sobre él y cal viva para que los consumiese presto; y al echar de otros dió voces aquel vivo hombre sobre quien habia ya tres dias que se echaban en el carnero cuerpos muertos. Oyenle, respóndenle; sácanle vivo de la misma casa de la muerte con muchas llagas, de que le comió la cal

viva pechos y piernas, y braços; y en fin, en tanta mortandad quedó sanó y alcanzó despues largos dias de vida; pasando primero de la vida á la muerte, y despues de la misma muerte, tornando á volver á la vida acá. Y fué mucho mas de espantar que cuando de una contagiada ropa se causa con solo tocarla la muerte, por lo que se quemaron de sospechoso mueble mas de doscientos mil ducados, este hombre se levantase salvo de entre las mismas landres.

De que no hay tal engañar como con la verdad.

De mis propuestos capítulos cumpliré en confirmacion con dos ó tres ejemplos, porque con todos seria infinito, y la capacidad humana y mi incapacidad propia lo repugnan. Pues aun se dice que son mas los negocios que los vocablos.

Fué Don Luis de la Cueva, capitan de la guarda del Emperador, con gente por comision suya, sobre un fuerte y pequeño lugar, el que se puso muy en defensa, y á le requerir que se rindiese, como se usa, envió luego un trompeta, y sino que juraba que los degollaria á todos si esperaban que descargase su artillería. Esto decia él como haciendo burla en esta parte de su flaco poder, que no llevaba en sus acémilas sino cinco ó seis débiles tirillos. Ellos entendiendo que la artillería era gruesa, y que el descargarla era disparando furiosamente ella, se rindieron luego, y mas por la reputacion del Emperador, que era horrible á toda gente.

A esto se pareció el trato de casamiento que hizo con la hija de un señor para su amo un page de un caballero principal, aunque muy pobre, pues «¿qué hacienda tiene, dijo ella, ese caballero?»—No mas, dijo él, que solo un

baul, aunque con el baul y su persona merece la hija de un Rey.—«Pues, si el baul es bueno, yo me casaré con él,» dijo ella, pensando que era algun buen pueblo. Pues con esta verdad tan falsa se hizo el desigual casamiento.

Pasando el Emperador por la posta por Francia á Flandes, á castigar la rebelion de Gante, cuyo rey habia sido supreso y le habia movido despues grandes guerras y debates, y el viaje era contra el parecer de cuantos su servicio amaban, fué del Rey servido y regalado con cuanta opulencia y magnificencia y humildad pudiera, si estuviera todavía en Madrid, en su prision, en el Alcázar. Al fin le pidió que le diese á Milan, sobre que habian tenido tantas guerras y batallas; el Emperador se lo concedió alegrísimamente, no como á un cuñado, sino como á un verdaderísimo hermano; dále sus reales provisiones, de ello; á la despedida abráçanse; camina el Emperador su via, envia el Rey las patentes á Italia para ocupar el estado; mas ni el marqués del Gasto, gobernador, ni Don Alvaro de Luna, castellano de Milan, quisieron obedecerle ni otorgar la cesion hecha de ellas en Francia. Así con la pura verdad, sin cosa en contra, quedó frustrado el rey de Francia.

Pasando ahora á cosas de burlas, el conde de Ureña, Don Juan Giron, varon por su bondad y obras públicas pias celebérrimo, fué muy amigo de hombres dados á burlas, y así tenia en su casa mucha mercadería de esta y venian en su demanda muchos de ellos. A la fama de ello, pues, viniéronle dos hombres graciosos para asentar con él: «sal, dijo á Perico de Ayala (que estaba con él) y mira qué cosa son, porque un gracioso frio no hay peor cosa que él y un melon malo; y dime la verdad por amor de mi.—Yo os juro, dijo, de la decir, y aunque sean de mi oficio, no os la negaré.» Sale él á examinar los dos graciosos, muy enfadado de que acudiese á la miel tanta gente,

y pregunta á uño luego: «señor, sabeis nadar? Si, señor, dijo él; y al otro ¿y vos? Yo por cierto no lo se,» y vuelve al Conde sin les decir mas, que le preguntó: ¿pues qué te parece, Pedro? El dijo: «el uno nada y el otro no nada.—Pues si no valen nada, váyanse para echar cuervos;» y ansi quedó aquel solo, sin competencia de los que venian de nuevo á la parte, aunque eran muy agradables y muy buenos.

Así engañó con la verdad el rey Don Alonso á Alimaymon (1), rey de Toledo, diciéndole como su hermano el rey Don Sancho era muerto, aunque los suyos le decian que lo encubriese; mas él con decírselo le aseguró, y cuando mas seguro estaba el moro, se fué de él, y si como él lo sabia, se lo negara, segun Alimaymon despues dijo, nunca le dejara salir de cautiverio, así que no hay tal engañar como con la verdad.

De la víbora y de los escuerzos.

Un ballestero muy verdadero y viejo, que fué en su mocedad lacayo de mi padre, de su ballesta, que en aquel tiempo lo que agora usan traer los caballeros, guarda soles y otros regalos de respeto, traian siempre tras sí un page á caballo con una lanza, y un moço á pié con una ballesta, que los arcabuces aun no habian salido al mundo tan licençiosamente, me afirmó esto: que estando esperando un dia un venado á unas aguas, vió llegar una víbora á un carrasco, y salir luego de un agugero una gran

(1) Yahya I, denominado المامون *Al-mámon* (el fiel, aquel en quien las gentes confian), rey de Toledo, de la dinastía ó familia que reinó en Toledo desde 1043 á 1077, conocida con el nombre de Beni Dzenón. Ocupó el trono de dicha ciudad desde 1043 á 1077. Es el mismo á quien nuestros cronistas llaman equivocadamente *Alimaymon*.

araña negra, la cual se subió en los lomos, y la picó con tanta ponzoña ó fuerza, que la víbora partió huyendo de ella con la prisa que pudo, que es muy tarda. Y yendo la araña un rato tras ella en seguimiento suyo, yo me espanté mucho de oir que hubiese cosa que la víbora temiese, porque todas las cosas cosas vivas la temen.

Vió el mismo otra cosa extraña otro dia: pasar silvando de miedo cabe él, huyendo á gran prisa, una culebra, y de ahí á un rato pasar rastrando por su rastro como un ventor, un escuerzo, y llegar al pié de un árbol, y andar alrededor venteando, y alzar el rostro arriba al cogollo mas alto, donde enroscada de miedo de él se habia huido la culebra, y desde abajo escupió el escuerzo ó sapo, como cuando Hércules alcanzó al Centauro, que no podia por piés, con una saeta, y del ponzoñoso soplo muerta la culebra cayó abajo.

De invenciones nuevas.

¡Cuán enfadosa es la gala que tienen algunos de quejarse del tiempo y decir que los hombres de agora no son tan inventivos ni tan señalados, y que cada hora en esto vá empeorando! Yo quiero, pues, volver por la honra de esta nuestra edad, y mostrar cuanto en invenciones y sotilezas al mundo de agora somos en cargo, que de vicios y excesos hubo mas los tiempos pasados con la prosperidad de entonces, que con la prosperidad de agora los hay; y tambien probaré que con el poco poder del tiempo mas atrás, en la infancia de Roma, tambien en la resurreccion de España, que por milagros de Dios tornó á respirar, hubo grandísima abstinencia y templanza; mas vengamos agora á lo particular.

En las ciencias y artes hace el tiempo de agora al an-

tiguo grandísima ventaja. La teología es mayor, pues que tantos Dotores, tantos Santos, tantos sumos Pontífices, tantos concilios la han apurado. El mismo crecimiento hay agora en leyes y cánones, y mas hombres señalados.

Cuanto á la pintura, dejen los antiguos de blasonar de sus milagros, que yo pienso que como cosas nuevas, y ellos tambien nuevos, las admiraron; y creo que aquellos tan celebrados Apeles y Protógenes, y otros á las estampas de agora de Miguel Angel, de Alberto Durero, de Rafael de Urbino, y de otros famosos modernos de agora, no pueden igualarse.

Y á este propósito diré una graciosa invencion de Miguel Angel, con que se acaba de confirmar la opinion de algunos que no les parecen bien las cosas, si no les huelen á rancia antigüedad. El, pues, hizo una estátua, al parecer antigua, porque como pintor era escultor admirable, y enterróla en unas antiguas ruinas de Roma. Tambien, para que como á la antigualla se diese crédito al lugar, cavaron allí acaso disimuladamente; hállase á la sazon la estátua; admírala toda Roma y todos los escultores. Su Santidad, y sus Cardenales y todos, resuelven que lo antiguo era inimitable, y dánle á Miguel Angel sobre ello albricias. Llévanla á un jardin del Papa, que dijo que diera él diez mil escudos por otra semejante; mas Rafael de Urbino, competidor de Miguel, dijo que era imposible que nadie la pudiese imitar, cuanto mas igualarla. Entonces Miguel Angel, escarbando un encage que con gran arte hizo secretísimo en la estátua, sacó de dentro un papel que decia ansi, estando todos admirados: «Miguel Angel me hizo, en prueba de que Dios es tan liberal de ingenios con estos tiempos como con los pasados, pues Miguel Angel, mi autor, es de los menores de este arte.»

Ni en la música se aventajaron los antiguos, que en ella en nuestra edad ha habido mónstruos y milagros, que

si Anfion y Orfeo traian trás sí las fieras y árboles, háse de entender con esta alegoría que eran fieras y plantas los que de la música de entonces, porque era cosa nueva, se espantaban; que agora de las maravillas de este arte mas consumada que nunca, los hombres no se admiran ni espantan. Pues, ¿cuándo igualaron á las comedias y farsas de agora las frialdades de Terencio y de Plauto?

La agricultura de agora tambien á la antigua excede. ¿Cuándo supieron los antiguos hacer bordados y recamados de yerbas, y de ellas mismas fuentes, bultos é imágenes de personas que adornan los jardines y que parece que hablan?

¿Qué invencion tan útil fué á toda la redondez de la tierra el descubrimiento de las Indias que hizo Don Cristóbal Colon? ¿Cuántas riquezas, cuántas cosas salutíferas se han traido de allá? Y del camino del infierno, ¿cuántas almas de indios ha vuelto esta invencion para el cielo, que á causa de haberles predicado la fé han sido salvas?

Tambien fueron otras Indias nuevas el hallar Martin Delgado la rica y estupenda mina de Guadalcanal, de donde mas de doce millones de plata se han sacado.

¿Cuándo, como hoy, se vieron dos nortes? ¿Cuándo, como hoy, se supo ser habitable la tierra debajo de la línea equinocial? ¿Cuándo, como hoy, se dió vuelta por mar á todo el orbe? Como Magallanes la rodeó con su nave, que se llamó Vitoria, en señal que con vitoria españoles han pasado y llegado allá.

Las estampas y moldes é impresiones, y la artillería, invencion es de estos tiempos, hallada en Alemania para nosotros, aunque dicen que en la China la hay, y puede ser que se haya inventado en diversos cabos sin comunicacion de la invencion de unas á otras partes. Y no digo de los inventores de ella, así porque varían harto, como porque yo pienso que no fué uno solo el inventor, sino

que uno halló un poco y otro añadió otro poco mas, hasta que se perfeccionó y consumó el arte. Como antiguamente el arte del navegar; primero vió alguno andar calabaças y corchos sobre el agua; hizo luego alguna artesa, y metióse en ella en un estanque bajo; despues vió andar en poca agua algun cisne ó algun ançar, y meneando los piés ir por el agua adelante. Luego, bueno será, dijo, poner á la artesa unos palos, que agora llaman remos; despues vió la codorniz alzando el ala en que le diese el viento y no perder tiempo á su viage, por lo que puso vela á la artesa; y el timon de los navíos para navegar se tomó de la cola de los milanos, con que suavemente van cortando el aire, y al fin acreciendo así todo, perdieron los hombres el miedo, y, errando y acertando, hicieron navíos y galeras en perfeccion, y de los charquillos chicos se salieron á los rios hondos y al mar largo.

Las armas de los caballeros de España hasta poco ha, y de los antiguos romanos, eran un yelmazo redondo con mas aberturas por delante que una granada, y solo esto y el escudo era de pasta, que la loriga para el cuerpo, y para manos y brazos, todo era de malla; y así se daban golpes que se hendian, y encuentros que se pasaban de parte á parte. Agora, en nuestros tiempos, las armas de que un caballero se cubre son de metal, y tan fuertes, que no ha menester escudo él y su caballo, y despues de armado queda como una ciudad cercada de fuerte muro, y aun es su muro de acero, y aun á prueba de arcabuz algunas veces, para que en vano le combatan.

Poco ha que se halló el afinar con azogue á menos costa y mejor el oro y la plata. Poco ha que se sabe caçar con halcones. En cuantos libros he leido antiguos, latinos y españoles, no he hallado de ello rastro, que si se supiera, se pusiera en mil comparaciones que hubiera para

mil casas acomodadas, y si hubiera habido halcones entonces, no tomara en tanta apretura del Acipreste muerto el conde Hernan Gonzalez un açor, sino se le dejará por ahí; y tampoco, á saber qué cosa eran halcones, no se diera la libertad de Castilla por un açor y un caballo.

Invencion de estos tiempos es desde el rey Don Hernando el católico acá el matar milano con halcones, que todas las otras aves matan ellos por gana de comer natural; mas el milano por arte y por enemistad le matan.

Los relojes invencion es antigua; mas los de agora son de tantos primores y galas, que el mismo reloj, que es de las horas y de cuartos de ellas, es de dias, y de meses y de años, y señala en su proporcion la luna, media, y creciente y menguante, y señalan las horas carneros á topadas, ó con martillos caballeros armados, y pedir primero con música y punto de órgano atencion, como un retórico para que le oigan, que quiere dar; y que tengan los relojes despertador obediente para que tire de la oreja al que duerme para la hora en que el mismo le tiene señalada. Y el Rey nuestro señor tiene un reloj en un anillo que señala las horas por de dentro picando levemente en el dedo: ¿pues cuándo hubo tal invencion en los pasados?

Ya el bailar osos al son, y danzar con cascabeles hacas, y pasar por un aro de cuba como perrillos, por él á un cedazo, y hacer caballos la reverencia, y humillarse camellos, y traer alrededor muelles y ruedas hardas y ratones; servir sirgueros con el pico sus cubos de comida y agua, y perros traer grandes espuertas trás sus amos de la carnicería con ellos, y asar como buenos mozos de cocina, trayendo muchos asadores alrededor y otras semejantes cosas: no pienso que á los humanos ingenios es cosa nueva. Mas tuve por gran novedad lo que españoles me contaron que vieron en un lugar ocho leguas de Artemisa, en Ingalaterra, que entró por la puerta un mono

grande con su gorra y sayo, y capa y espada, caballero en un gran perro ensillado y enfrenado, y puestos los piés en los estribos, y con sus espuelas, con una vara en la otra mano, gobernándole, que en entrando les quitó la gorra á todos como un cortés caballero, y el que regia con freno y espuelas era un gran perro de agua.

Invencion de agora fué los barcones de fuego que echó contra nosotros en el canal de Ingalaterra el excelente hombre de mar, el inglés Draque, que fué modelo y rasguño de que el mundo se acabará con el fuego final, y así con el fuego de los barcones se destruyó nuestra armada.

De agora es el molino de Guadalupe que muele doce hanegas de trigo por hora, que, estando el Rey nuestro señor delante y allí, se puso á cerner trigo, echando á una parte el grano y á otra el salvado. De agora el aserrar madera con agua; de agora dos y tres arcabucillos en uno, que cuando piense el enemigo que ha disparado uno, queden dos pelotas á punto para matarle; de agora mil diferencias de armas que de un bordon sale una espada, y de un asta otras invenciones de hierros y de garabatos.

De agora fué la admirable invencion del aceite de Aparicio, con que hacia maravillas grandes, á quien por envidia echaron del reino médicos y cirujanos, como si fuera cosa nueva. En la Sagrada Escritura me parece que he visto esta manera de cura en dos partes: en el Testamento Viejo dijo un profeta: ¡oh ciudad despedazada, que no has hallado quien te cure con vino y con aceite! y en el Testamento Nuevo dijo nuestro Señor que: cayó uno en las manos de unos ladrones, al que no quisieron curar fariseos, y le curó con vino y con aceite el publicano: que el curar con estos dos licores no fué cosa nueva, mas cuál hubiese de ser este aceite, y con qué cosas se habia de confacionar fué cosa nueva el hallarlo.

De agora es el remedio del mal contagioso con el palo santo y la zarzaparrilla, que antes este mal solia ser incurable. Son tambien para él modernas las unciones con que hace curas casi imposibles el honrado cirujano de Çalamea Bartolomé de Velasco. Este mal vino primero de las Indias; diéronse por él en trueque las viruelas, tan crueles como las bubas, é igualmente ambos pestilenciales, y entrambos por ser al principio incógnitos mataban.

De allá se han traido agora las experiencias de la piedra bezoar y del mechuacán, y el uso de la pimienta colorada y chocolate, y las pavas de Indias, la mejor de todas las carnes, como de Persia se trujeron á Roma los prises, y Lucullo trujo primero las cerezas de Asia.

Galana invencion de agora fué la del conde de Medellin, Don Rodrigo Gerónimo Puertocarrero, hacer que criasen acá gatos de algalia; primero en pariendo los hijos se los comia la gata, hasta que en pariendo tuvieron cuenta con quitárseles.

En Hungria dicen que usan de poco tiempo acá algunos carros sin caballos, que ván á la vela con viento, como es la tierra llana. Yo ví uno de estos en Augusta en Alemania, porque el decir que carroças es invencion nueva es falso, que de Neron se escribe que salia con mil carroças tras sí cuando caminaba.

Invencion nueva es bemoles y semitonos con añadidas y entretegidas cuerdas en las harpas, y tambien castañetas de palo sonoras en los bailes.

Invencion de agora es traer tinta en polvo, que se puede llevar secreta en un lienzo ó en un papel, sin derramarse, que son unos polvos pardos, y echándolos en un plato ó en cualquier vaso encima una poca de agua, se tornan tinta negra y fina. Escríbese tambien con zumo de limon en papel, que queda como antes tan blanco, y en llegándolo al fuego se parecen las letras claras. Tambien

se trae en el seno un papel negro que sin pluma ni tinta se escribe con un palillo puesto debajo en papel blanco.

De agora desde que pasó Galeno, es el sangrar de la parte conjunta en los dolores de costado, lo que ha costado al mundo tan caro, por no se haber entendido en la traduccion de Galeno de griego en latin, lo que él en esta parte mandaba.

Mas de esto me maravillo cómo hasta nuestro tiempo no se usó en español el verso toscano, hasta que dieron en ello Boscan y Garcilaso. En esto los dos amigos padecen gran fuerza, que ambos vivieron en mútua amistad y quisieron quedar en un libro para siempre ambos, y agora glosadores modernos los apartan y hacen compañeros suyos á los que nunca trataron. Dignos son los testadores, y mas siendo tan nobles (1), que se les cumplan y guarden sus últimas voluntades.

De agora es tambien la invencion de amolar con bestias las espadas; trayendo alrededor una rueda con que anda, y los mazos de batir el hierro y las ruedas de limpiar las armas, y de agora el aserrar con sierra de acero la dura piedra del mármol.

Pusiera aquí por sotil invencion el asar con humo unas veces y otras con pesas de reloj la vianda, sin que traiga los asadores nadie, y el beber con nieve en la tierra y con salitre en la mar, donde todo genero de beber frio falta. Esto del salitre trujo á la Corte el marqués del Gasto, que halló que lo usaba un clérigo pasando por un lugarillo en el reino de Nápoles que no dijo, porque los regalos los escritores no los han de alabar, porque si ve-

(1) Se conoce que el autor tuvo á la vista un librito de estos tiempos que escribió el doctor Villalon con el título de *Ingeniosa comparacion entre lo antiguo y lo moderno*, . . .

dándolos corren á prisa á ellos todos, ¿qué harian si los alabasen?

Y lo que Agrícola dice que en moderado estiercol se sacarian huevos de aves con la perfeccion que los sacan sus madres, me contó un muy verdadero sacerdote que vió en Roma sacar en casa de un médico trescientos pollos, puestos los huevos de una vez en un horno con calor moderado.

Los príncipes poderosos y republicanos, como el nuestro, avivan los ingenios de los suyos y les hacen hacer cosas admirables, y se les debe la gloria como al capitan general de cuanto sus soldados hacen, aderezan y liman. Como Augusto César que hizo para las mercaderías, desde Roma á la mar, ir el Tiber por mas breve camino, y mas fácil, y cegar un lago grandísimo que vogaba muchas millas en torno con multitud de gente, y muchos años, por donde andaban sin provecho navíos, é agora se coge muchedumbre de pan para toda la comarca.

Semejantes á estas cosas son las que el rey Felipe II, nuestro señor, ha hecho, de que por su providencia é ingenio góza toda España, de las que diré las que se me acordaren, y las que mi incapaz sugeto ha podido abarcar.

Desde Toledo á Lisboa hacer navegable el rio Tajo.

Sacar de Ebro una acequia, con que se riegan en Aragon mas de sesenta leguas, que aunque el Emperador comenzó la obra iba errada.

Subir el rio á su alcaçar de Toledo mas de ochenta estados en alto, y se espera que con ingenios secretos y comunes hinchirá á Zocodover y toda la ciudad de agua.

Llevar á Bruxelas de Envers otro rio ocho leguas, y hacerle navegable.

Obra suya es tambien el milagroso muelle de Málaga.

Por su industria y mandado se truxeron avestruces á

Aranjuez, donde crian como gallinas ó patos estas peregrinas aves extrañas.

Mas, ¿qué digo de estas particularidades? hechura suya es todo Aranjuez, la mas alta, la mas amena, la mas admirable y singular cosa del mundo; traça del paraiso terrenal, donde están juntos cuantas plantas, árboles y yerbas, fuentes, lagos, animales, aves y pescados que en diversas partes en todo el mundo hay.

Suya es la invencion, pues se hace por su aprobacion ó mandado, de traer uno de Pontevedra allí vivas y dormidas lampreas con una yerba que las dá de comer, con que dura el sueño tres semanas.

Suyo será un gran lago de sollos donde crien, como en un mar hecho á mano.

Y suyo tambien el haber aclimatado allí aves del Cairo, coles de Constantinopla, rosas de Damasco, y otras mil menudencias admirables y semejantes.

Suya es, como he dicho, la invencion de los reales de á ocho y de á cuatro, que se hacen en Segovia con agua, sin que en la manufactura de ellos ponga persona la mano.

Tiene llaves maestras con que sobrecierra y abre todas las puertas de sus reales casas.

Trajano hizo la puente de Alcántara; el Rey nuestro señor la admirable puente de Madrid: de las cuales no sé cuál habrá ganado mas fama.

Suyas son las admirables açeñas de Córdoba que rentan veinte y cinco mil hanegas de trigo cada año.

Suya es la açuda de Ecija que hinche en la ciudad innumerables jardines, huertas, estanques y fuentes de agua.

Traza suya y de su alto ingenio es el fuerte de Lisboa, cosa estupenda y galana.

Por su industria y mandado se hizo fuerte, como si fuera un castillo chico, la populosa y belicosa ciudad de Milan.

Suya y su hechura es la admirable y divina obra de San Lorenzo el Real, digna funda perpétua de los gloriosos y reales cuerpos de los reyes de España, nueva y otava maravilla añadida á las siete maravillas del mundo, y pienso que mas señalada.

Suya propia es la reedificacion de la hermosa y famosa plaza de Valladolid, y el restituirla como á Job, que estaba en pavesa y ceniça, y la volvió como á él en hermosura y grandeza y riqueza doblada.

Suyo es el encerrar los toros en jaulas porque no hagan daño.

Suya tambien es la invencion de firmar con molde y estampa, con que despacha con brevedad tantos negocios tan graves, y todo es uno tener su firma debajo de llave, ú firmar con la llave de su Real mano.

Suyo tambien fué allanar á Sierra-Morena para que la artillería pasase. Y los escalones de Córdoba, antes aun para gente de pié intratables, por donde agora pasen carros.

En fin, suyas son las invenciones, mas el provecho nuestro y de toda España es, y muchas mas que se pudieren decir, como por la brevedad me callo: traer nuevas plantas y frutas, y nuevas yerbas y amenidades á nuestros jardines, y nuevas pinturas y fuentes á nuestras casas y á nuestros rios, y lagos y estanques nueva y utilísima muchedumbre de pescados.

De un gran hecho del señor Don Juan de Austria.

Un año despues de la batalla naval, estando el señor Don Juan en Nápoles, llégale la nueva, estando cenando en Cástilnovo de Nápoles, que la galera Renegada, nuestra, con setenta turcos, habiendo muerto cuatro cristia-

nos que habia en ella de guarda, se le habia levantado é iba la vuelta de Africa. Pues dado tan repentino rebato, deja Don Juan la mesa y la vianda. y sale precedido de dos pages con hachas, diciendo: «¡soldados, apriesa, apriesa, que se nos ha levantado una galera!» Métese en su Real con hasta una docena de infantes en una noche escura, que con la priesa que llevaba no pudo hallar mas; promete á nuestros forzados gran premio; ván al momento allá, y á seis leguas que le llevaban de ventaja, alcánzala junto á las bocas de Capria. Aborda y salta nuestra poca gente en ella, y el primero el sargento Rivera, un buen soldado, y comiençan á andar con los turcos á cuchilladas, que si entendieran estos cuan pocos eran los cristianos, que les engañó la soberbia galera Real, á los pocos hicieran pedazos tantos como ellos eran.

Así doce españoles vencieron y mataron á cien turcos libres, desesperados y ofendidos, y á la mañana, segun sus culpas, fueron castigados en el muelle de Nápules: unos cortadas las orejas y otros las narices; otros uno y otro; el autor fué colgado de lo alto de la entena de la galera Real, que sola pudo alcanzarlos de ciento y sesenta galeras que en el puerto estaban.

Una carta para el duque de Alva.

El duque de Alva, Don Francisco de Toledo, venia á guerra de Portugal á Llerena, por capitan general de ella, que partió para ella á los veinte y siete de Febrero de mil y quinientos y ochenta y dos años. Y yo, Don Luis (1), estando detenido en Valencia de la Torre, pasando á dos ó tres leguas por allí el Duque, le escribí esta que pongo

(1) Entiéndase Don Luis Zapata, el autor de esta *Miscelánea*.

aquí, por gustar el Duque de ella, y yo de acordarme de cualquier trato con persona tan señalada.

Excmo. Sr.: Los aires de la venida de V. E recrean y reverdecen las ya marchitas yerbas de esta tierra, y cuando el crepúsculo puede tanto en mí, ¿qué será la clara vision de tan Real presencia, cuya venida espero que será para mí advenimiento? Respuesta no la quiero por no entretejer cosas leves entre tan graves cuidados, y pues tan presto he de besar las manos á V. E. las que agora besa, Don Luis Zapata.=Al Excmo. Sr., el campeador duque de Alva, mi señor, en el camino.

Y el duque respondió así:

Ilustre señor: Con la visita de V. Md. con este su criado la recibí muy grande, que no tendria yo por aire ni venida, si con ella hubiese en que le poder servir. Huelgo mucho de saber que V. Md. tiene salud; yo vengo algo quebrado de la mia; mas como quiera la he de emplear toda en servirle. Nuestro Señor guarde la ilustre persona de V. Md. como yo deseo. De la Puebla á ocho de Marzo de mil quinientos ochenta años.=Servidor de V. Md.=El Duque y Marqués.=Al ilustre señor Don Luis Zapata, en Valencia de la Torre.

De una carta á Don García de Toledo, del duque de Alva Don Hernando.

Don García de Toledo vino á tanta cargazon de dolencia, que no podia andar en sus piés, de gota y de perlesía; levantaba tan mal sus brazos, que bajando el Rey nuestro señor una escalera de Palacio, y subiendo Don García en su silla, reparó que iba á quitarse la gorra con tanta dificultad, que le mandó su Majestad á priesa que lo

dejase. Llegó despues á tanta imposibilidad de su persona, que se andaba paseando en una haca con el señor Don Juan á pié en un jardin en Nápoles, por cuya causa le fué quitado el cargo de generalísimo de la mar á su desgrado; porque el *nosce te ipsum* en el mundo no lo hay, y él, muy discreto y muy valeroso, no podia persuadir á su espíritu pronto la enfermedad de su carne; y así el duque le escribió desde Flandes esta carta.

Señor primo: «Yo tengo salud y deseo muy mucho que V. S. la tenga, como su primo y como su amigo. Sabido he que os han rapado la barba; yo echo la mia en remojo, y no diré á ello mas.» Esto dijo el sapientísimo señor, estando en la cumbre de su mando, como él que sabia muy bien que ninguna potencia es larga; y así, aborrecido de los herejes de Flandes por los justos castigos que por órden de acá con ellos usaba, fuéle mandado dejar el proconsulado, en que hizo muchas hazañas por contentarles, y dende á poco se vino á España, por lo que han padecido tanto detrimento aquellos Estados.

De vejez.

¡Qué gran sinrazon se hace á esta honrada, sábia y prudente vieja, que todos la llaman, la procuran y la desean, y cuando llega á sus puertas, le hacen malo y desabrido gesto! ¡Pues, ¿por qué, hombre, me llamabas y suplicabas á Dios que te dejase verme? Pues si dijeres que no sabias aun mis propiedades, diré que mientes, que mil veces me habias visto en tus vecinos, parientes, padres y abuelos. Pues por no incurrir yo en este yerro, ya que te tengo en casa, diré algo de mil bienes que tienes, para que en lo que de tí dijere me lo pagues en serme buena huéspeda.

No hay cosa mas honrada en el mundo que un viejo. Así Roma lo entendió, pues de viejos que llaman *senes* hizo su regimiento y senado, que fueron al principio cien senadores, y despues trescientos; y Don Jorge Manrique dice:

Tanto tiempo los romanos
Prosperaron
Cuanto estimaron y honraron
Los ancianos.

Así lo hacen hoy las señorías de Génova y de Venecia, donde se tiñen de blanco las barbas para hacerse aptos para gobiernos. Y preguntando en Venecia algunos por el tesoro de aquella tan famosa ciudad, nos mostraron muy muchos viejos diciendo que aquel era el tesoro de Venecia. Roboan, porque se aconsejó con moços, perdió el reino, y para el alma es la vejez tan buena, que David, rey santo y profeta, habia aun á la mocedad miedo, y suplicaba á Dios: «no me llames, Señor, en la mitad de mis dias. ¿Que mas? el gobierno de la Santa silla de San Pedro está siempre en Papas viejos; vejísimo se eligió y vejísimo gobernó el sapientísimo papa Paulo tercio. Gran cosa es amigo viejo, criado viejo y soldado viejo; con tales conquistó Alexandre el mundo de sesenta años arriba, que parecian mas que milicia una república de senadores; cada uno se capitaneaba á sí, y se ponia luego en su lugar propio él que podia gobernar todo el ejército.

Andrea Doria siempre fué gran general de mar, temblándole la cabeza de viejo. Temblábale tambien al sumo predicador Gallo, obispo de Orihuela, y al supremo teólogo el maestro Navarro; y entonces es felice el reino cuando sus reyes son viejos. La nobleza es riqueza antigua y vieja; los linages mientras mas antiguos son mejo-

res y tenidos en mas precio. El vino es mejor el mas añejo, y aun el agua. Halláronse cisternas de agua en Tunez, cuando el Emperador la ganó, de mas de mil y quinientos años, del tiempo de Cartago, que era como bálsamo excelente.

Los poetas, que son comparados á los cisnes, escriben y cantan mejor de mas edad, antes que mueran. Los mejores de todos son los romances viejos; de novedades Dios nos libre, y de leyes y sectas nuevas y de jueces nuevos. Dice un bienaventurado doctor: «cosa de sacrilegio y de burla es despues de las profecías de tantas sibilas y profetas, y despues del testimonio de los apóstoles, y despues de la escritura de los sagrados evangelistas, y despues de las llagas de tantos mártires, y despues de los ejemplos de los confesores, y despues de la doctrina de los doctores santos, como de una fábula, disputar de nuestra santa ley vieja, cuyo orígen desde el principio del mundo es; porque nuestro Señor Jesucristo no vino á deshacer la antigua ley que Dios dió á Moisen, sino á hinchirla, cuya venida, aunque ha hoy mil y quinientos y noventa y cuatro años, desde siete mil que ha el mundo, se tuvo y creyó por cierta, en cuya fé los hombres antiguamente se salvaron, y se salvan hoy y se han de salvar siempre.»

Y las del mundo que nos gobiernan, leyes antiguas son de Solon y Licurgo, cónsules y emperadores romanos, Instituta, Códigos y Digestos; y cuando hay leyes de regimiento nuevas, se dice de ellas que se les miren á las manos y se tengan por sospechosas, porque las mas veces las novedades paren dificultades.

A la vejez pierden las almas la sensualidad loca; quítasele la leña al fuego; ya están hechas cenizas las brasas que abrasaron á Troya; pues qué, dirá alguno, ¿no tiéne fuerzas la vejez? ¿pues para qué son menester fuerzas para lo que un torno puede hacer? Archímedes con un

ingenio echaba al agua un navío que trescientos hombres en la mar no lo podian meter. Sus fuerzas causaron á Milon su muerte, abriendo el alto árbol que cerrado le cogió, como con sus conchas las hostias cogen los peces. Sanson, él mismo se mató por tanta fuerza, aunque tenerla es don de Dios y gracia suya, &c.

Dirán tambien que la vejez es decrépita y tiene perdida ya la memoria y la fuerza de los otros sentidos y potencias, y que pierde la materia, y que aun ha perdido la forma; eso no viene á cuento, como si sin cuño y señal no tuviese su valor ya del oro ni plata la moneda, y así por mil casos los moços aun las pierden. Un golpe en el celebro ha quitado la memoria á muchos muchas veces; una sangría de la cabeça ha quitado totalmente á un moço el seso; de un aire ha quedado alguno maniaco, boquituerto y frenético, aunque mancebos, y la moderna de mucha sangre y humor quita el juicio á un moço muy prudente, y á los hombres gordos cerrándoseles las vias, caños y órganos de los sentidos, el buen entendimiento se los entorpece, y así los éticos, los consumidos, los muy purgados mueren discretos.

En fin, la vejez es buena, con que sea limpia, grave y honesta, y mas si de su patria, Rey y república es llena de méritos. Andan muriendo y rastreando los hombres por saber por astrología y quiromancia y otras prohibidas artes sus vidas, y qué será de ellos y por maravilla por tantas vias ilícitas aciertan, pues á la vejez todo cuanto pasó lo saben cierto. Es esta buena vieja escuela de experiencias, madre de desengaños, posada cercana del descanso, fin del trabajoso camino de la vida; puerto del proceloso mar de este mundo lleno de tormentas y miserias, vida de la que es muerte, y puerta de la que es vida bienaventurada y eterna. *De senectute* hizo Ciceron á la larga un libro excelente de la vejez y sus excu-

lencias, y no como yo en epílogo y compendio; con lo que acabo suplicando á nuestro Señor que pues la vejez me tiene ya en tierra, que, como dicen los epitafios, me sea esta tierra leve.

De limpieza.

Ser los hombres limpios no hay cosa en el mundo más loable; mas serlo tanto que hagan de todas las cosas asco, es enfadosísima cosa y cansera y supérfluo trabajo, que no les sirve de nada, ni consideran los asquerosos de qué y cómo se vive y se come y se bebe: que no quiero mentar por no poner á los muy agenos de ser asquerosos grandísimo asco. Solo diré que cuantos reyes y príncipes están en una fiesta, en una sala, respiran el aire comun á todos cuantos limpios y no limpios, altos y bajos en la pieza hay; asimismo, ¿de qué somos, y qué hemos de ser, y en qué hemos de venir á parar? Solamente aconsejaria yo á quien se angustia tanto con estas cosas, que no vea ninguna cosa en que haya tal sospecha, ni hacerse el vino, ni el pan, ni el adereçar cuántas cosas hay, y que asimismo tape los ojos á la imaginacion para vivir descansado, que como nó nos ofende lo que bien ó mal de nosotros y sin oirlo se habla, tampoco saber y ver las semejantes cosas no enfada.

No hacia esta cuenta, ni consideraba esto un caballero muy asqueroso y muy principal; no bebia vino porque se pisaba; siempre bebia en vaso nuevo el agua. Las sillas que daba á algunos en su aposento, despues de idos hacia labarlas, soplar la ceniza de los huevos era matarle, oir escupir á una parte darle un arcabuzazo. La moneda que entraba en su poder se lavaba en tres aguas, el vaso en que habia de beber se le habia de traer alto en la re-

gion del aire, donde no llegasen los nublados del aliento del page.

En fin, con esto concluyo, que le dijo una vez un hermano suyo: «contaros—ya, hermano, una cosa, si no fuera no muy limpia:» ¡ta, ta, ta! hermano! muerto me habeis con eso; por vida vuestra que no me la digais, y no se la dijo, y solo esto bastó para no comer en dos dias bocado. Ibanle á visitar sus amigos: ¿qué tal está V. md.? ¿por qué no come? ¡Oh, señores! decia él, estoy muy malo; no puedo pasar cosa. ¿Por qué? decian ellos, ¿por qué causa? Yo creo que me moriré, decia él, por una cosa de asco que me quiso decir mi hermano Don García.

De un famoso desafio en la ciudad de Valencia.

¡Oh quién diera alas á mi pluma para celebrar el mas noble, el mas digno desafio que en nuestros tiempos ha pasado! Quisiera que al braço seglar de la prosa diera favor y ayuda el de las musas con su poesía sagrada.

Don Ximen Perez de Calatayud sobre una pretension de un término mandó desafiar á Don Ramon Ladron y á Don Baltasar Ladron, su hijo, que con él y con Don Luis de Calatayud, su hijo, los dichos padres é hijo, dos á dos se saliesen á matar. Don Ramon respondió que sobre el término traian pleito, y que siendo cosa de justicia y no caso de honra, que no habia por qué los desafiar, y que ya que hubiese de haber desafio, que no tenian para que los padres meter consigo á sus hijos, ni los viejos á los moços, en especial siendo sus solos y únicos herederos de sus mayorazgos. Don Ximen Perez replicó que padres é hijos, viejos y moços habian de entrar, y así muy contra su voluntad, aunque eran muy valientes los dos caballeros Ladrones, con los dos caballeros Calatayudes

vinieron á batalla. Unos y otros muy nobles y muy ricos; de cada quince y veinte mil ducados de renta, dos á dos padres é hijos con espadas y dagas, en calzas y en camisa, sobre una ancha y capaz peña junto á la mar.

Pues tras varios y temerosos insultos, que serian largos de contar, recibidas muchas y peligrosas heridas de ambas partes Don Ramon Ladron y Don Baltasar Ladron mataron á Don Ximen Perez y á Don Luis Perez de Calatayud, sus contrarios; que la razon, la mansedumbre, la humildad, todas hijas legítimas de Dios, pueden mucho contra la soberbiosa valentia de los que confian mucho en su ferocidad.

De dichos.

Yo pienso que de las cosas discretas se mantiene el alma del sábio, y cria de ellas el hígado buena sangre; y que el decir y el hacer comen siempre á una mesa; que el que dice los buenos dichos hace los buenos hechos, porque el decir bien procede de buen entendimiento, y el buen entendimiento entiende lo que es obligado, y el que lo entiende lo hace, sí cobardia ú codicia no lo impiden. Esto no cuanto á lo que se promete, porque el discreto no puede cumplir sus promesas todas veces, y hay prometedores muy ligeros, y con Dios la Escritura dice que le desplace la simple promesa. Mas para el decir no hay nacion tan aguda como la española, ni lengua con equívocos, con retruécanos, con mil diferencias de gracias tan acomodada, y bien se ve, pues los latinos celebraron tantas frialdades en Terencio, como *tute, lepus, es et pulpamentum quæris ? invidè quid otium et cibus faciat alienus?* Pues diré de ellos aquí algunos de los que se me acordaren de mi tiempo, no escogidos los mejores, sino

dichas las maneras que de ellos hay para que cada uno escoja lo que quisiere.

Este primero será del Emperador, que á las veces se parece mas la bondad y valor de un príncipe en un dicho que en muchas batallas que haya vencido, como la estatura de Hércules por su pié en el estadio olímpico, que él midió á piés. De las comunidades y comuneros de España quedó la Majestad real muy ofendida, de los cuales fueron muchos perdonados, exceptuados otros, y de otros hecho justicia. Los exceptuados del perdon general, andaban por ahí ocultos y huidos. Pues estando en Valladolid el Emperador llegó á él un su criado, pensando ganar muchas gracias, y dijo: «Señor, aviso á Vuestra Majestad que hulano, comunero, está aquí.» El Emperador respondió mansamente: «Mejor haríades en avisarle á él.»

Predicaba un predicador tardío en la fiesta de un santo, y por encarecerlo mas, dijo: ¿Dónde asentaremos á este bienaventurado, dónde pondremos este santo? Levantóse un caballero de su silla, y dijo: «Alto; póngale V. md. aquí, que yo me voy á comer; es la una y mi muger me espera.»

Iba un caballero de noche encubierto, estando la corte en Medina del Campo; y dos confesos hermanos fueron tras él para conocerle, y él ya de enfadado volvió á ellos y díjoles: *Quem quæritis ego sum.* Los cuales volviéndose atrás, cayeron luego en la cuenta, de cuán mal habian hecho en querer conocer á quien va desconocido.

Pedia un caballero á otro unas galanas sortijas de memoria, que traia en dos dedos, que eran galanas y ricas, y el que las tenia, que estaba muy blando para dárselas, respondió: «En verdad que no estoy para dároslas, sino en dos dedos; pero son los en que traigo las sortijas en la mano.

Don Diego Lopes de Haro era un caballero viejo, muy avisado y de mucha autoridad con los Reyes Católicos; diéronle un dia una cédula del Emperador, á su parecer muy agraviada, á la que respondió con brevedad lacónica: «Recibí una cédula que parece de Vuestra Majestad, por venir firmada de su Real nombre, si Vuestra Majestad la vió ¡guay de mí! y si no la vió, guay del reino!»

Don Enrique Enriquez, señor de Galera y de otros lugares, que por vivir allí le llamaban de Vaca, pasando por casa de un muy confeso, vió junto á la puerta una Verónica pintada, y dijo á los que iban con él: «Así hacen los buenos monteros, que en matando la res ponen á la puerta la cabeça.»

Don Frances (1), un hombre muy gracioso, vecino de Béjar, viendo á un caballero muy chico, armado, se llegó á él y le dijo: «Beso las manos mil veces al cascabel plateado.»

El mismo á un caballero muy grande y de muy grandes cuartos, dijo que era baharí torçuelo, criado á tetas de almofrex. Y el mismo al mismo, que era padrino de una justa, llegando á los juezes, donde estaba con la porfia de una lança, les dijo: «Dénle VV. SS. el precio, que dice la verdad San Cristóbal el pollo.»

Estas gracias le costaron al cabo la vida, que le mataron á cuchilladas. Salió su muger al ruido, diciendo: «¿Qué es esto, qué es esto? respondió él allí luego.—Señora, nada, sino que matan á vuestro marido.»

Estaba un caballero muy malo, y casi sin sentido á la muerte, y llegó á él una muger diciendo: «Señor,

---

(1) Don Francesillo, truhan de Cárlos V, cuya crónica burlesca se ha impreso por la vez primera en el tomo XXXIX de la *Biblioteca de Autores españoles* de Rivadeneira.

acuérdese V. md. de mí cuando esté ante Nuestro Señor.—Señora, dijo él; despachad con otro que no pienso ser esta vez el mensajero.»

Contóme un caballero que estando preso soñó que le sentenciaba un juez á le cortar la cabeça, y que muy congojado le enviaba en vano muchos medianeros. Así, dijo él, pues que no quiere, yo me dispertaré, y que se sacudió en la cama y despertó, y no hubo menester mas ruegos.

Una noche dieron de palos á un juez sin hacer él á tiempo defensa ninguna, y con el enojo corrió luego toda la ciudad, y cogió cuantas espadas pudo á la mañana. Fué á verle Don Enrique Enriquez que estaba malo de ello en la cama, y preguntó á sus criados al entrar: »¿Qué hace Musiur de la Paliça?—Señor, en la cama está;» y como entró y vió muchas espadas á un rincon, despues que le contó el caso, como reprendiéndole que no se habia bien defendido, le dijo: «Muy mal hizo V. md., saliendo el triunfo de bastos, guardar las espadas para la postre.»

Don Diego de Haro decia á uno que no era caballero y queria parecerlo en el vestido y en lo demás, que juraba que era tan caballero como el Rey á cincuenta pasos.

Gabriel, un criado del Almirante, muy admitido en el mundo y muy admitidos sus donaires y gracias, jugaba al ajedrez con Don Fadrique, duque de Alba, y Don Hernando de Toledo, su hermano, comendador mayor de Leon. Dábale mucha pesadumbre, porque estaba diciendo al Duque muchos lances. «Déjenos V. S., dijo Gabriel, déjenos por su vida y no nos diga nada. El Comendador sin hacer caso continuaba; en esto enojóse mucho y díjole: «Dejadnos, sino deciros he seis tachas que teneis.—Dilas, dijo el Comendador mayor, y yo prometo

de no hablar mas palabra. Gabriel miróle, y díjole sin mas pensar extempore:

La primera que pedís;
La segunda que no dais,
La tercera que reñís,
La cuarta que porfiais.
Y la quinta que traeis
El jubon lleno de grasa,
La sexta que pareceis
Pisada de gato en masa.

Todos y el Comendador mayor rieron tanto que por las seis tachas le dió allí luego el Comendador mayor seis ducados.

A un caballero muy gordo y muy grosero que traducía cierto paso de Virgilio, le hicieron esta siguiente copla:

Virgilio dicen que desto
Se halla muy agraviado,
Porque otra vez ha tornado
A estar colgado de un cesto.

En tiempo del rey Don Joan de Portugal, el postrero de este nombre, hubo en su consejo un muy sábio caballero, que propuesto un grave negocio á que estaba muy inclinado el Rey, tantas cosas y tan verdaderas dijo el caballero que el Rey cayó en la cuenta, y aunque con algun corrimiento de haberse engañado tanto, se redujo á su parecer, y luego el caballero se apartó á una parte, y con gran secreto dijo: «Hijo, vámonos á nuestra casa; ya no es tiempo de estar aquí, que el Rey sabe ya que sé mas que él, dando á entender que aquella ventaja que

Dios sobre los suyos dió á los Reyes, querian tambien ellos tener sobre sus entendimientos.»

En tiempo de la emperatriz Doña Isabel, nuestra señora, á quien yo serví de page, usaban sayos de tela de oro y muy ricas galas, y Don Guaçaran de Cardona (1) traia un sayo de brocado; llégase á él un chocarrero ante una dama que le servia, y díjole que por amor de aquella señora le diese el sayo. Ella dijo que no curase de eso, y él dijo que sí daria otro dia. Otro dia le preguntó la dama delante de Don Guaçarán si le habia dado el sayo? Él respondió: «sí señora; el sayo de brocado me dió y mas diez ducados, y la necedad de los diez ducados pudiera excusar.»

Un caballero pasaba en la corte por la calle, y vió á otro que conocia de recien venido, asomado á una ventana, y preguntóle: «Señor, ¿es ahí la posada? dijo el otro.—No señor si no macho; diciendo que era meson á donde estaba.

Entre otros caballeros vivia con el conde de Feria Don Pedro un page que tenia un cuento de renta y mas, y estando á la mesa con el Conde un su deudo, no entendiendo que *omne simile non est idem*, dijo al page que allí servia: «Hulano, díganme que teneis un buen açor, queréismele vender.—El page; caballero y tan rico, viéndose tratar así, púsose muy colorado y no dijo nada, y el Conde dijo á su page mismo: «Señor hulano, mire V. md. lo que dice el señor hulano, si le venderá su açor.—No se le venderé á él, dijo el page, pero haré lo que V. S. me mandáre.»

Vivia tambien con otro gran señor un caballero, su deudo, y llamábale vos, como era justo; en lo demás

(1) Así en el original; pero quizá debió decir «Galceran.»

comia con él á la mesa con todas las insignias de deudo muy cercano, y otro señor muy pequeño entró á gozar del barato de llamarle tambien vos como el grande su amo, porque hay varas para medir sedas, brocado y paño, mas para medirse uno á sí mismo no hay vara, y el caballero del grande, á quien él no quiso llamar merced, le dijo: «Señor, ú decídmela ú hacédmela, que este señor que no me la dice en dinero me lo paga.»

Tenia un señor una amiga que se daba á muchos, y decíanle que porque él consentia tal. El viendo que el guardar las propias criadas y mugeres basta, y que las públicas es cosa escusada, decia que los reyes dejan que curen sus médicos y cirujanos y barberos á todos, porque no olviden el arte.

Don Diego de Toledo entró una vez en el aposento de un señor que tenia todavía guadamecies en el invierno, mucho despues de pasado el verano, y porque hacia mucho frio en medio de la pieça un gran brasero de brasa; y como tal contrariedad vió, dijo aquel verso de Ovidio del antiguo chaos:

Frigida pugnabant calidis humentia siccis.

El conde de Chinchon, primer mayordomo del Rey, de su casa, gran sábio, gran caballero, gran cortesano, hallando un caballero muy delgado y muy negro en Monçon en la cama, que tenia encima una colcha de tafetan amarillo, dijo á otros que con él iban: «Agora, señores, no temeremos la quaresma, que tenemos una tortilla de huevos con una sardina en ella.»

Estaba con otros caballeros en la calle de Toledo en Nápoles Don Cárlos, hijo del rey de Túnez, que se habia tornado cristiano, y tañendo á las ánimas de purgatorio, él se estuvo quedo, y díjole uno: «Ahí te las tienes to-

davía, ¿por qué no rezas mal cristiano?—¿Cómo quereis que rece agora? dijo él, que sé que no tengo en el purgatorio ninguno de mis deudos.»

A Don Gabriel Zapata contentó mucho una espada del gran Don Fernando de Toledo, duque de Alba, que era á su proporcion cuando en largor de las espadas no habia premática; pidiósela, y aunque rehusó un poco, se la dió con mucha dificultad. Despues viéndole con ella el Rey nuestro señor le dijo: «Don Gabriel, ¿qué espada es esa, cómo la sacareis siendo tan larga? Él dijo:—Sí sacaré, señor, que mas hice en sacarla del duque de Alba»; debíale de venir así como otra á un yerno de Ciceron, pequeño de cuerpo, que dijo él por entretener los jueces cansados orando, ¿quién ató mi yerno á aquella espada?

El rey de Velez, tuerto, venido de España, que era muy esforçado y de tanta fuerça que deshacia un membrillo verde con la mano, preguntáronle si conocia á un señor, y si le habia visto, dijo: «No le conozco, que nunca le ví sino por las espaldas.»

Don Enrique Enriquez con un caballero de mucha presuncion y de poca renta, que pasó por él y por el virey de Granada sin hablarle, dijo: «Este para ser de viento poco salta.»

Queria hacer el duque de Camarino en Barcelona una máscara, y era su administrador Juan Bautista Gastaldo, que en la guerra de Alemania fué maese de Campo general del Emperador, y despues contra el Turco Capitan general del Rey de romanos, y pesábale que quisiese el Duque tanta costa, porque la queria hacer de brocado, y uno de los que habian de ser de la máscara era Don Juan de Mendoça, el Payo, y no decia otra cosa sino muy muchas veces: «Señor Juan Bautista, gastadlo.»

En la muchedumbre de acémilas de que iba el reguero y antes hormiguero tras el Rey nuestro señor, por esos

reinos extraños, acertó uno de unos caballeros Garcilasos á meter la mano en un lodo, la que sacó de él desnuda, dejando dentro descalzo todo el guante. Así con la carga en tres piés, iba muy fatigada; y un caballero que la vió dijo que en todas las acémilas de la jornada no iba otra tan garcilasa.

Un gobernador, que por su honra no digo su nombre, en un lugar que porque por ello no se entienda eso otro lo callo, yéndole á visitar á hora de comer dos hidalgos, halláronle entre dos jarros de vidrio, el uno de tinto y el otro de blanco; y el uno de aquellos dijo al otro: «mira cual está su merced entre los dos ladrones.» Acudió el otro, «pues á fé, yo os certifico que ninguno se salve,» dando á entender que como era bebedor de ventaja los despacharia á entrambos.

En Zaragoza habia tres señoras Anas muy hermosas, y otras tres Anas de gente baja, y dijeron que las unas eran de seda y las otras de lana.

Pasaba el marqués de Çenete por una calle, que era muy gentil hombre, y muy galan, y estaba una moça labrando con su madre; y como le oyó pasar, dijo: «quiero asomarme á ver al Marqués. Su madre le dijo: «¿para qué quieres verle, no le has visto ya?—pues porque le he visto, dijo ella, querria verle otra vez.»

Paseábanse juntos una vez en Barcelona Boscan, el caballero, que escribió el libro del *Cortesano*, que era muy escuro de rostro y muy moreno, y Juan de Saa, negro atezado, hijo de un rey indio, que le dió el rey de Portugal el hábito de Santiago, y Don Juan de Mendoça, caballero de Ribera (1), les hizo la copla siguiente:

Con Juan de Saa se pasea
Boscan, y aun acierta en esto,

(1) En el original *derribera*.

Porque alguna vez su gesto
Mejor que el del otro sea.
Lo que de esto me parece,
Es que tengais entendido,
Que en él un gesto anochece
Y el otro ha anochecido.

Este Juan de Saa dijeron así como era pequeño, mal tallado y negro y con el hábito de Santiago, que parecia costal de carbon con remiendo colorado.

Pasaba el rey de Portugal por la Rua nova de Lisboa, donde habia juntas dos tenderas, una extremo de hermosa y otra extremadísima de fea, y llegóse un caballero muy su privado á él y díjole: «por la una de aquellas dijo Dios por esta dejará el hombre su padre y madre, y por esta otra no desearás la mujer agena.»

Hacian copia de caballeros en la córte para un juego de cañas, y habia de entrar en ellos un caballero muy gordo, y Don Diego de Haro, que era page, dijo como iban contando: «en llegando á diez pase por extremo el señor hulano.»

Y tambien, siendo muy muchacho Don Enrique Enriquez, que era muy agudo, díjole un gran señor muy boto: «Don Enrique, no querria que fuésedes agora tan vivo, porque cuando grande despues no fuese al revés.» Respondió él: «¡qué vivo debia de ser vuestra señoría cuando muchacho!»

El mismo, de aquella edad, tardándose por estar con una dama, que le habia un señor esperado para comer, ¿dónde habeis estado, Don Enrique?—Perdone vuestra señoría, dijo él, que me perdí con la garça, y mi tardança esta fué.»

Don Bernaldino de Ayala, un caballero muy discreto, andando ya muy enfermo, dijo al Rey que suplicaba á

su Majestad se le hiciese merced, que prometia al caer de la hoja de tornársela, y ansi murió antes que el otoño pasase.

El mismo, estando á la muerte, no teniendo mejor aparejo de pagar á un simple médico lo mal que le habia curado, tomó un arcabuz que tenia á la cabezera, y despidióle diciendo: «señor, tomad este arcabuz, que con él y con lo que de medicina sabeis no habrá quien se os escape.»

Vistióse de amarillo, para ser padrino de una justa, un caballero muy negro y muy redondo, y dijeron de él que era píldora dorada.

Un caballero muy avisado tenia dos hijos muy necios y muy pesados, y siempre burlaban de manos con tanta pesadumbre que andaban á las pescoçadas. Hallóles así un dia el padre, y díjoles: «vosotros no burlais galanamente, como cortesanos, con motes y dichos de buena gracia, sino como bestias á coces y á bocados.» Ellos dijeron que mudarian sus burlas de allí adelante, los cuales comienzan de lengua á burlarse con tantas necedades y lástimas, tocándose en lo vivo de sus honras y de su linaje, y con tantas ignominias y afrentas de cosas pasadas, que espantado y corrido el padre, dijo: «sus, sus, hijos, tornad y burlad de manos.»

A los procuradores de Córtes acostumbran los Reyes hacer mercedes, con que se vayan agradescidos, como á quien le traen un dinero ó prestado ó de servicio, da algo por gentileza y cortesía. Pues dos procuradores, uno de una ciudad bien ilustre, pidió al Emperador, por un memorial, un hábito de Santiago, un corregimiento y algun juro, y tantas cosas, que fué su demanda á todos gran risa. El otro suplicó mejor, que se le hiciese merced de lo que se dejase de dar á su compañero.

Andaban unos ladrones de noche por el tejado de una casa de campo del duque del Infantazgo, donde él estaba,

y de una recámara, donde tenia sus ballestas y cosas de monte, y donde habia acaso ocho ó diez mil ducados que le trujeron y los habian metido allí; y como él lo sintió, dió voces diciendo: «¡hola! quitadme de allí aquellos dineros, no me hurten una ballesta por llevar aquella basura;» con que despreciándolo galanamente se puso en cobro el dinero.

Un caballero de Cáceres llevó á Silverillo á una su huerta, no muy amena, donde ni habia planta ni árbol que mirar, y preguntándole qué le habia parescido de ella, despues de vueltos á Cáceres, Silverio se la alabó mucho diciendo, que tenia una huerta que si Adan naciera allí, no pecara, pues ni habia en ella una mançana ni fruta en que pecar.

Yendo mancebo á la guerra de Tunez el referido marqués del Cenete, doctrinábale un su ayo muy fanfarron, diciendo: «en las escaramuças, entre Vuestra Señoría tras mí, y acabará de matar los moros que yo hiriere, para que se cebe.» El Marqués avergonçado le dijo: «mas seguidme vos, como decis, y los que yo matare, vos los besareis &c.»

Fué por embajador á Saboya un caballero muy apodencado y muy grueso, y cuando volvió, preguntábale Don Luis de la Cueva si sabia ya hablar sabueso.

Tenia un caballero unos hijos muy redondos y de mal talle, y tambien lo era él; «¿cómo mofaremos, dijo un cortesano, de estos muchachos, que es conciencia, siendo tan nuevos?»—«¿Cómo? dijo otro: riamos de su padre mientras los hijos fueren de edad.»

A un caballero que para unos motes se recogió á pensar y escribir para poner uno suyo, le hicieron esta copla:

La pluma muy bien cortada
Y el papel muy bien bruñido,

Y el galan muy retraido,
Mucho quedará corrido,
Si despues no dice nada.
Porque suele acontecer
Sobre mucho aparejar,
Cuando mas es menester
Borrar lo escrito de ayer,
Y escribir para borrar.

Al rey Don Sebastian de Portugal le dijo un portero: «Señor, ahí está Don Hernando de Alvarez de tal,» un Don nuevo y que él nunca habia oido; y el Rey le dijo: «entre Hernando de Alvarez, y al Don no le dejeis entrar.»

El Rey nuestro señor, que desde niño guardó, como hoy, su autoridad Real, envió á decir á un caballero viejo en un sarao que dançase. El otro escusóse con que no lo sabia hacer; tornó á decirle que le hiciese placer de dançar. Replicó el caballero que no era aquello ya de su edad; tornó á enviárselo á decir el Príncipe. El otro respondió: «decid á su Alteza que vea si se burla, y si no, que al fin lo haré, si de veras lo manda.»—«Decidle, dijo el Príncipe, que si no lo ha de hacer que lo digo de veras, y que si lo ha de hacer que me estaba burlando, como aun desde niño queriendo que si no era de burlas, no se dejase de hacer lo que mandase.»

Y mucho antes de esto, siendo de ocho ó nueve años, le estaba importunando uno: «Señor, cuando vuestra Alteza sea Rey, hacerme ha merced; prométame vuestra Alteza algo.» Y tornaba: «Señor, déme vuestra Alteza palabra que me hará merced.» Enfadado entonces de tan intempestiva importunidad, le dijo: «hulano, mucho me aprietas, y cras me besarás la mano.»

A un gobernador en las Indias apretábanle mucho en

su residencia en la corte, porque habia hurtado allá muchas joyas y mucho oro y plata. Dió el proceso á ver á un su discreto letrado y preguntóle: «¿qué le paresce á V. md. de mi residencia y lo que ha visto en ella?» Respondió él: «Señor, muy bien; todo es perlas y piedras preciosas cuanto hay en ella.»

Francisco Persoa, tesorero de la Emperatriz, decia una cosa muy discreta: que al que gastaba lo que tenia, le tenia por loco; y al que menos de lo que tenia, por cuerdo y sábio; y al que mas de lo que tenia, por ladron; de este arte, el loco por no proveerse para los casos de honra y otros que en la vida se ofrescen, forzosos, extraordinarios; el cuerdo, porque con gastar menos para cuantas ocasiones se ofresce está aparejado; el ladron, porque con los excesos del gastar mas ha de tomar el dinero ajeno que nunca se paga.

Su mujer de este tesorero era muy alta y muy hermosa, y él muy pequeño, y decíale él: «Señora, yo soy el Francisco, y vos la Persoa.»

Mi padre decia muy bien de los frailes, que en sus monesterios son ángeles, y por las calles hombres, y por las casas diablos.

Unos caballeros cortesanos pasaron por un lugar de un señor muy amigo de engrandecer sus cosas, y muy vano, y preguntaron ambos á uno del pueblo: «¿cuántos vecinos tiene este pueblo?»—«Tendrá, dijo él, seiscientos, aunque mil nos mandan que digamos.»

Un conde español, de semejante humor, que no tenia mas que solo un lugar, estando en Roma lloviendo copiosamente, dijo uno: «Parece agora que esta agua será general, dijo el Conde.—Sí, agora lloverse ha mi condado—á lo que replicó un circunstante.—Envíele vuestra señoría este sombrero, y no le caerá gota de agua.»

Un embajador de Roma, sin título, era de algunos

motivos bajos, y amaba mucho que le llamasen señoría, y andaba siempre á pié; y como es gran indecencia un caballero en las cortes y en las ciudades andar á pié, que el aguador le topa, y el ganapan le encuentra, y hay otras mil desconveniencias, díjole un loquillo gracioso: «Cuando vuestra señoría va á pié parece vuestra merced.»

Un hidalgo honrado de Medellin, que se llamaba Luis Alvarez, hombre de muy buen gusto y muy gracioso, fué á vender á Toledo unos carneros en que perdió la mitad del caudal, y enfermó sobre todo esto del mal postrero, y estando en este término, decia: «A lo menos no tendrá que decir mi muger, sino que vendí bien mis carneros, y vuelvo con salud á mi casa.» Y estando de esta manera, le envió el duque Don Fadrique á visitar, cuyo muy criado él era y él respondió al recado: «Decid al Duque, mi señor, que beso las manos á su señoría por el favor de querer saber de mí, y que le hago saber que yo me muero, porque no puedo hacer otra cosa.»

Levantadas las partes del Perú por ciertos decretos del consejo de Indias, que al parecer de ellos parecian ásperos, y acá no se pudieron derogar, envió el Emperador al Doctor de la Gasca á reducirlos ú á castigar los culpados; y entró en él con la usada clemencia del Emperador, ofreciendo el perdon delante, y Carvajal, un capitan famoso del levantamiento que habia sido soldado del Gran Capitan, envió á decir á su general, contra quien aquellas indulgencias y perdones venian, que le parecia que aquellas bullas se debian tomar, sino que tan buena garganta tenia él como todos para nunca faltar de su servicio, aunque se la cortasen, y así lo hizo, que en la deslealtad fué leal.

Este fué tan riguroso y áspero, y por servicio de su parte, usaba para sostenerla tanto de matar, que ya como cosa de burla lo trataba, y decia por hacer merced á

uno: «Escoja V. md. la mas hermosa encina de estas,» y allí le ahorcaba.—Pues teniendo en tales términos á uno, le dijo que le suplicaba que lo oyese, que por descargo de su conciencia le queria decir dos palabras. El se llegó á oirle, y díjole: «Señor, vea vuestra merced lo que es servido de mí; que aquí tengo para servirle cien ducados.» Entonces Carvajal alzó la voz, y dijo: «Que ¿de corona es V. md? llévenle, llévenle á su superior; bonito soy yo para estar descomulgado.»

Estando para pelear Gasca por el Emperador y contra él su general Gonçalo Pizarro, íbanse pasando muy muchos como á causa pia á nuestra parte, y comenzó Carvajal á decir, aunque no con mucho contento de verlos pasar:

Estos mis cabellos, madre,
Dos á dos me los lleva el aire.

En fin, él fué preso en la batalla despues de haber muy bien peleado, y viéndose ya perdido, preguntóle su general: «Señor Carvajal, ¿qué haremos? pelearemos como siempre como caballeros.—No señor, dijo Carvajal, sino muramos cristianos.»

Sacábanle á arrastrar por justicia, y trujéronle por menos pena no un seron, como suelen, sino una artesa en que arrastrarle; y viéndola, dijo él: «Gracias á Dios que vuelvo á la cuna á cabo de sesenta años.» En fin, él fué un sábio y valeroso capitan si en servicio de su Rey lo empleara.

Estando la Corte en Toledo, Don Antonio de Fonseca, caballero principal de Toro, con Doña Isabel Freile, una dama de la Emperatriz, á cuya muerte hizo Garcilaso una parte de la segunda egloga que lloró Boscan, habiendo sido su servidor antes que se casase en el nombre de Ne-

moroso de *nemus*, y ella en nombre de Elisa de Elisabet ó Isabel, que todo es uno, y al mar de Lusitania el nombre mio, porque era portuguesa, aunque algunos comentadores de Garcilaso, antes calumniadores, niegan que fuese Boscan este Nemoroso, diciendo que fué el mismo Don Antonio de Fonseca, porque casó con ella; en lo cual yerran, porque Don Antonio de Fonseca en su vida hizo copla ni fué de la compañía de Garcilaso, como Boscan, ni tuvo ramo de donde saliese y se dedujese como de Boscan *nemus* Nemoroso. Y volviendo al dicho, murió Doña Isabel luego como con ella Don Antonio se casó, y por eso Don Hurtado, marqués de Cañete, discretísimo caballero que fué despues virey del Perú, dijo: ¡oh dichoso hombre, que se casó con su amiga y se le murió su mujer!

Envió el Rey nuestro señor á las Indias tres varones muy señalados por serlo, á visitarlas con poderes grandísimos para dar y vender rentas, vasallos y jurisdiciones; el uno era un principal señor, el conde de Nieva, y el otro un principal caballero de Truxillo, Diego de Vargas Carvajal, y el otro un gran jurisconsulto caballero del Consejo Real, que se llamaba el licenciado Muñatones; y como los que gobiernan son siempre envidiados y meneaban tanto dinero para el Rey, de esto y de sus nombres tomaron ocasion de decir los agudos españoles de allá: «ya no hay oro en el Perú, que el de Nieva todo lo lleva, y Diego de Vargas á cargas, y Muñatones á montones.»

Reñia la mujer de Pero Hernandez de Córdova, diciéndole: «tú, bellaco, borracho, debes tener asados los hígados de puro beber.—No señora, dijo Pero Hernandez, sino de beber puro.»

A este propósito decian á un buen bebedor, que cómo bebia cada mañana en ayunas, y dijo otro: «Por cierto que os engañais, que él bebe con higado asado de antenoche.»

Otro que nunca bebia agua, decia: que aunque usaba el vino, ¡qué hermosa cosa era para él un jarro de agua, cuando se lo pedia el cuerpo, pero que habia muchos años que el cuerpo no se lo pedia!

Siendo niño el rey de Portugal, Don Sebastian, hacia correr en Palacio cuantos pasaban á caballo delante de él y pasaron dos entonados ministros de justicia como alcaldes de Corte á que llaman allá desembargadores, y mandóles decir que corriesen tambien ellos. El uno, con gran mesura, respondió: «Señor, nos non corremos sino trans ladrones.—Agora pues ansí es, dijo el Rey, corred uno en pos de otro.»

El rey, Don Juan de Portugal, salió una mañana en Mora á andar alrededor de la muralla, dando trazas para hacer un castillo muy fuerte; unos decian que de esta, y otros que de aquella manera, y otros que en tal y en tal parte. El Rey preguntó á un caballero de mucha autoridad que habia estado sin hablar, que qué le parecia. El respondió: «no hay ningun fuerte bueno, que todos los fuertes son aire, sino tener paz con Castilla.»

Al mismo Rey le llegó un escudero por una carta de seguro que luego el Rey se la mandó dar, el cual volvió dentro á poco, diciendo: «señor, ainda que me feçeistes merced de a carta, teño medo de meus henemicos.—¿Gran medo? respondió el Rey, a carta os podé dar, maus vos tirar o medo isso eu non poso.»

Un caballero muy pequeño hizo en Toledo una casa muy grande y muy vistosa, y de muchas ventanas. Preguntó el Rey nuestro señor cuya era desde la vega. Dijéronle que de un caballero muy pequeño de cuerpo; replicó el Rey que le parecia gran jaula para tan chico pájaro.

A un embajador en Roma de gran presuncion que se alababa de gran antigüedad, que de su nobleza podia mas, no de su casa, preguntáronle la antigüedad de ella, y dijo

que setenta años: replicóle un romano: ¡oh bella antiquitá!

Dicen que vino un portugués á la corte de Castilla, y que habiendo estado dias en ella queríase volver muy gastado y muy agastado á su casa; mas quiso hablar antes al Rey, y díjole: «yo, señor, ha tanto que estoy en esta Corte, y no solo no he alcançado lo que pretendia, mas he hecho tres grandes pérdidas: la primera de muchos cruzados que traia que he gastado; la segunda de mi honra que he perdido á las puertas de jueces y secretarios; la tercera, y que siento mas, que tambien he perdido, un poco de deseo que tráia de mi tierra de servir á Vuestra Majestad. Por en, pues ya no me queda mas que perder, Vuestra Majestad me dé licencia que me quiero tornar; en las cuales tres cosas el Rey le restituyó con una buena merced, á él muy fácil en quien tanto poder está.

El almirante Don Fadrique, que venció con el Condestable la batalla de Pamplona á los franceses, y á los Comuneros la de Villalar, gustaba mucho con hombres de ingenio, de coplas, y ansí activas y pasivas corria entonces esta mercadería agradable, y por esto era su muy privado el discreto Gabriel que otras veces he dicho, el cual por ser el almirante muy pequeño de cuerpo y señor del estado de Módica, en Sicilia le hizo estas coplas:

Almirante, no le miren
Porques malo de hallar,
Y aunque de cerca le tiren,
Nadie le podrá acertar.

El es mínimo en natura
Y páviota en el cebo,
Y porque módico fué
Módica fué su ventura.

Y esto es cosa muy extraña
Que un tan gentil señor
Siendo del mundo el menor,
Es de los grandes de España.

Conforme á esto estando de partida, le hizo esta copla un poetastro:

El almirante se parte,
Donosa cosa será,
¡Oh que buena quedará
Su amiga con la una parte!

Tan de escribir son los malos dichos y hechos para huir de ellos, como los buenos para ejemplar, y por tal disparate pondré aquí uno de un mal poeta que anduvo rumiando para poner en una copla encubiertamente el nombre de su amiga y el suyo. El se llamaba Sedeño y Catalina ella, y salió con esta

Cata linaloe atencion
(Aquí entra ella)
Se deño por bien amar
Héme aquí que voy tras ella.

Imitando aquellos galanos paréntesis de Virgilio, de estos versos:

Titere, dum reddeo, (brevis est via) pasce capellas
Et iter agendum occursare capro (cornu ferit ille) caveto,

porque se vea como el bien y el mal hablar pueden en una mala imitacion caber en un sugeto.

Sacaban dos soldados en Túnez en una escaramuça

un compañero muerto, y llegó á ellos una pieza de artillería que los mató á entrambos, y dijo un caballero allí: «de los tres, el mas seguro iba el muerto.»

A Tamayo, un hidalgo muy gracioso y muy avisado, preguntáronle á qué habia ido á Salamanca; dijo que á estudiar leyes, para decir las de su amo el conde de Osorno.

Trataba un contador de Don Iñigo, duque del Infantazgo, de reformar la casa de su amo, porque en un dia libraba diez cuentos de salarios, como lo mostraba por un memorial de los que habia menester y otros que podian excusarse, que le mostró unos y otros en dos memoriales. «Este, dijo, es de los que son menester, y estotro de los que no hay de ellos necesidad.» El duque miróles bien, y dijo: «pues estos, porque los hemos menester, y estotros porque nos han menester, quédense todos en casa.»

A una señora muy principal que era muy gruesa, casáronla primero con un principal señor de Flandes, despues con otro príncipe de una casa Real (1), y con la presuncion nueva mudó con las señoras el trato; y Doña Ana de Castilla, una señora de Toledo muy avisada, quejándosele algunas de la poca crianza de aquella, dijo: «No tiene razon por cierto, porque la vaciaron de vino y la hinchieron de viento.»

Entrando Don Enrique Enriquez en Granada, en los estrados, pidióle, como es costumbre, el espada un portero que tenia una gran cuchillada por la cara. Él corrido que á tan buen caballero se le pidiese la espada, miróle

(1) Esta debió ser Doña Mencía de Mendoza, marquesa del Cenete, que casó primero con Enrique, conde de Nasau-Orange, y muerto este en 1538 con D. Fernando de Aragon, duque de Calabria. Fué hija de D. Hurtado de Mendoza, marqués de aquel título.

y le dijo: «Señor, tomadla, aunque no fué la que hizo el daño.»

Decia un gran señor á un su hijo gordo que tenia para clérigo, y andaba siempre ahejando: «Hijo, vete á Roma, que si no fueres Papa serás resolla.»

Topó una noche un teniente en Córdoba á un hombre muy gracioso, y que aunque era rico, él solo lo profesaba: «¿Quién sois? dijo la justicia. ¿Y dónde vais?—¿Quién soy? dijo él, yo no tengo ser, ni tampoco sé donde voy.» Viendo que hablaba algo desentonado, le dijo el juez: «Llévenlo, llévenlo á la cárcel.» Yendo, pues, hácia allá, volvióse al juez y díjole: «Señor, ya sé quien soy.—¿Quién dijo él?—Que soy preso, y tambien sé ya donde voy.—¿A dónde? preguntó el otro.—A la cárcel.»

Gabriel, que era poeta y músico, contaba al Almirante de Castilla aquellas lamentaciones que dicen:

Mérida que en las Españas &c. . . . .

que entonces debian de ser muy frescas, y agora una muy rancia vejez, y sintió crugir la silla de bajo, y dijo de presto así:

Y tú, silla de caderas,
Que en sufrir hombres pesados
Te deshaces,
Si supieses bien de veras
Cuanto pesan mis cuidados,
Poco haces.

Y al mismo punto acabarse la copla, y caer la silla con él fué todo un caso.

El mismo íbanse él y otros de noche paseando, y toparon un su amigo que se llamaba Calderon, que traia

consigo dos mugeres enamoradas; hacia, que era verano, calor, y llegaron con sed á un poço, ¿qué haremos? que aquí agua hay, mas no hay con que sacarla del poço. Dijo Gabriel: «Ea, que no faltará, pues tenemos aquí un Calderon y dos herradas.»

Estaba preso por comunero en una fortaleza Fray Bernaldino Palomo, fraile agustino, gran predicador, que entre otras cosas exhortando á los comuneros á destruir un pueblo de leales, les dijo: *Ite in castellum quod contra vos est*, y el alcaide le hacia mil sinsabores por se hacer muy leal; y un dia, como milano, cosidos los ojos, estaba el fraile muy pensativo y muy cabizbajo, y le dijo el alcaide: «¿En qué piensa agora el fraile? él le respondió:—Escudero, de mi persona os han dado cargo, y no de mis pensamientos.»

Al cual le acaesció aquí en su prision una extraña cosa, que el fraile era moço y la muger del alcaide hermosa, y el alcaide muy celoso, y nunca salia de casa que no le dejasen debajo de llave, y una vez se le olvidó y fuese á caça. Volvió el alcaide del campo, y estando en conversacion todos cuatro, el Abad y su manceba y el herrero y su muger, un niño de cuatro años dijo al alcaide: «Padre, el fraile besó á mi madre.» Todos tres quedaron muertos, y ni uno ni otro, sin poder en gran rato hablar; el fraile de miedo de muerte, la muger tambien, y el diablo del alcaide (que era desesperado) pensando cómo los habia de matar, descoloridos y difuntos ya. Mas socorrió Dios en tan gran aprieto, que tornó el hijo, y dijo: «El negro tambien besó á mi madre; el page besó á mi madre; y la negra besó á mi madre.» Ya con esto sosegóse el alcaide, y el fraile desque vió que habia salido el triunfo, se metió con todos los de casa en la baraja. Jugaba con él al ajedrez, y sobre un lance estuvo con él muy descomedido, y quísole el alcaide poner las

manos, mas se refrenó diciendo: «Mirad otra vez como hablais con un soldado, que os diera un bofeton sino fuérades fraile.—Así lo creo yo, dijo él, que con los frailes sereis vos soldado, y con los soldados fraile.»

Era este fraile muy tahur, hasta jugar los hábitos, y le acaesció jugar toda la noche, y del juego ir al púlpito á predicar, y jugando con uno muy feo, el otro sobre un resto pérdido, dijo: ¡Oh, dome al diablo! y acudió Fray Bernaldino diciendo: «Sí llevará, sino es asqueroso.»

Un caballero portugués fué á cenar con un señor, pasando por un su lugar; vino la hora del beber; hincase de rodillas el maestre sala; el que traia la copa; el que quitó la sobrecopa; un page que traia la tohalla en dos platos, y dos que venian delante con dos hachas; y quitanse las gorras todos los criados alrededor. El portugués que estaba á la mesa hincóse tambien de rodillas persinándose; ¿qué hace vuestra merced? dijo el Duque. «Señor, dijo el portugués; hinquéme de rodillas, que pensé que tañian á la oracion.»

Llegóse un caballero de la cámara de su Magestad á unas damas, y traia como es costumbre, colgando una llave dorada. Díjole uno, ¡oh qué gran llave, señor hulano! acudió la otra.—Sí, la llave es de mas hierro que en toda la corte hay, como tocándole que no merecia oficio tan alto.

Llegaron Don Juan de Mendoça y Don Pedro de Guzman á una hostería en Flandes; apéanse, quitan á sus caballos las sillas, porque iban solos, ponen las sillas sobre una bota de vino, tráenles de comer, sácanles del vino de la bota, «¡oh qué buen vino! señor Don Pedro, dijo él muy contento.—Juro á Dios, señor Don Juan, que es el mejor vino que se encilla.»

Con el duque de Alba siempre se acogia toda la cortesanía de la corte, porque era él cortesanísimo, y con

otro gran señor todos los desvalidos y de mal gusto. Pues yendo á comer con el Duque de los sus escogidos, vieron embocar en la posada del otro grande toda la volatería. Dió uno de la mano á Garcilaso que mirase lo que allí iba; volvió él la cabeça, y dijo: «Andad malditos de mi padre, que no os entrareis en mi reino.»

Topó el mismo Garcilaso á Don Pedro de Guzman, que aunque era muy cortesano, no era muy gentil-hombre, sino corto de vista y muy pantorrillado, y díjole: «Perdonad, señor Don Pedro, que hablé á hulano por vos (otro no de su valor y no muy bien dispuesto), ¡oh señor! dijo Don Pedro, eso habíades de hacer; mucho me pesa de ello, mas me habeis de perdonar que le pesó al otro.»

Estando sobre el Emperador el campo de Alemaña de la Liga, habiase enviado á Don Pedro de Guzman á que tuviese en guarda á Inglostad, y aquel tempestuoso dia andaban las balas de los cañonazos, saltando entre todos, con muerte de hartos. Y decia Don Enrique, el de las galeras: «Por Dios, que se le ha hecho buen cargo el de Inglostad, que está seguro, á Don Pedro de Guzman.»

Un corregidor de Toledo, muy gordo, dormíase en cuantas visitas iba, aunque estuviese con señoras, estando en mitad de la plática. Y decia Doña Ana de Castilla, la muy decidora y muy avisada: «Por fuerza ha de tener el Corregidor mala residencia, porque le pondrán por capítulo que ha dormido con cuantas señoras en Toledo hay.»

Retirado del rio Albis el duque de Jassa, yendo en su seguimiento el Emperador, halló un crucifijo en el camino que herejes le habian dado de arcabuzazos; paróse, y con los ojos al cielo, dijo: «Señor, si vos sois servido que los alcance, yo os haré de nuestros enemigos vengado.»

Mandaba el Almirante dar á Gabriel cada dia una

carga de leña del monte de Bermeja, y por no sé que ocasion de que recibia el monte daño, mandósela quitar, y él escribióle luego esta copla:

Saliendo de una dolencia
Muy flaco, por ser muy larga,
No fué mala providencia
Mandarme quitar la carga.
Mas á esto dice mi dueña
Que no fué gran caridad,
Siendo la carga de leña
Y el tiempo por Navidad.

Bejarano, un escribano de Sevilla, muy discreto, vivia junto á gradas, y pasaba por allí un caballero que no lo era, y preguntóle: «¿Qué hora es por acá, señor Bejarano, pues vivís cerca del reloj?—Mejor lo sabrá V. md., dijo él, que vive dentro.»

Un confeso mandó á un caballero unas perdices, y enviándole por ellas, no se las dió, antes decian siempre que no estaba en casa, y ya enfadado, envióle esta copla:

Tres veces he ya enviado
Por las perdices y mas,
Y tantas habeis mandado
Que diga vuestro criado:
Tres veces me negarás.
Si lo haceis por ventura
Para venderlas, señor,
Mirad que vendais mejor
Esta vez la criatura,
Que la otra era al Criador.

Un acemilero de un señor muy guardoso quejóse á

fray Bernardino Palomo de su amo, que habiéndole dado librea, se la contaba en su partida, despidiéndole. «¡Oh, señor! ¿qué haré, decia él, á mal tan grande y á tan gran poquedad? lo que me dió dado que sea agora por mi dinero. Deme su merced remedio, ó como me vengue de él.»—«¿Contóosla en vuestro salario, dijo el fraile, habiéndoosla dado una vez?»—«Sí, señor, que me la contó,» dijo él.—«Pues si os la contó él á vos, dijo el frailè, contádselo vos á todo el mundo.»

Al que trobó la pasion dijeron, y no sin causa, que lo habia dicho tambien como testigo de vista. Este prometió á otro de su jaez que haria cierta cosa, y añadió que le daba su fé y palabra de ello. Tardábase en cumplir la promesa, y dijo el otro: «Señor, hacedlo, pues me distes vuestra fé de hacello.»—«Señor, dijo aquel, yo no puedo agora, y si os dí mi fé, fué para remendar la vuestra.» Estaba allí otro hombre honrado, y por ponerlos en paz dijo: «Bien está, señores, que como sois ambos de un paño, no se parecerá el remiendo.»

Dicen que entre los mismos confesos envió á tratar el uno con el otro por carta de darle su hija en casamiento, y él le respondió: «señor compadre, en merced os tengo la oferta, mas de judío harto tenemos acá, aunque no tan ruin como lo vuestro.»

A un perlado muy miserable y muy alto y muy derecho le pusieron á la puerta de su casa: «aquí posa el derecho civil.»

Lobo, fraile francisco, que despues de los santos ninguno ha tenido en el mundo tan gran auditorio, predicaba en las iglesias; no cabian las iglesias de gente, salíanse á las puertas, hinchíanse las plaças, y cubríanse los tejados. Convirtió muchos pecadores, hinchó de religiosos los monesterios; entre estos llevó tras sí á meter fraile un hijo moçuelo del marqués de Sarriá; fué tras él el Marqués,

diósselo la religion, volvió con él el Marqués muy contento diciendo que habia quitado su cordero al lobo.

Un corredor en la córte andaba muy cargado de joyas y de ropa, y traia un jarro de plata en la mano, y llegó á él en trage de hombre de bien un ladron, y díjole: «Veamos, señor, cuanto os pesa el jarro; y desque le tuvo en la mano preguntóle: «señor, ¿sois corredor?» El dijo: «sí, señor, corredor soy.»—Pues si sois corredor, dijo el ladron, agora lo veremos, y echa á huir; mas como estaba muy cargado, aunque corrió y corrió mucho, corrió mas el otro, que no le alcançó.

Don Hernando de Castro, que fué despues marqués de Sarriá, vistióse un dia de verde, y díjole Don Juan de Mendoça, el Payo: «hasta aquí era vuestra señoría Don Hernando de Castro, y agora es Castro verde.»

El duque de Alba hacia amistad al duque de Hariscote en Flandes, deseando que el Rey nuestro señor lo tratase como gran señor, como en efecto lo era, de lo que suele ser insignia el sentarse en la capilla real en el banco de los grandes que está diputado para esto; y el Duque se sentó un dia entre los otros grandes, sin que tuviese mandado, ni órden, ni merced de ello. El Rey se indignó de ello muy mucho, y mandando llamar al duque de Alba, su mayordomo mayor, le riñó mucho como le habia consentido él, á quien tocaba por su oficio el castigo de ello. El Duque respondió que á quien se le levantase á su Magestad habia castigado y castigaria siempre; pero á quien se asentase no sabia qué pena tuviese para castigarle.

Salido el duque de Alba de Uceda, donde por mandado del Rey estuvo detenido un poco de tiempo, su Magestad al camino le envió á mandar lo que habia de hacer, avisándole que habia de entrar en Portugal el conde de Alba por Zamora, y el conde de Lemus por Galicia, y el

duque de Feria por su tierra, y el marqués de Santa Cruz con gruesa armada por mar, y el Rey nuestro señor por Badajoz con ejército, y que le hiciese saber qué le parecia de este consejo. El Duque, algo desabrido de su prision leve y breve, y de no ser llamado al primero consejo, respondió que lo que su Magestad mandase era lo mejor, y que eso seguiria él hasta la muerte, y que aquello estaba muy bien, si la guerra habia de ser ojeo, dando á entender que con solo un campo grueso lo intentara él con efecto mayor. Mas fué este el designio del Rey: atemorizar á Portugal por menos daño, como el caçador que dispone acá y allá mucha gente para tomar viva una ave; porque si entrara de golpe un grueso ejército todo lo asolara.

Al mismo requerido y pedido que volviese el Val de Corneja á la casa de Oropesa, á que ella dice tener título por un antiguo derecho sobre que muchos herederos habian pasado, decia que él creia que lo poseia con buen título, por haber sido cristianísimos sus abuelos; «mas aunque fuera al revés (decia) no lo volviera, porque el cargo de conciencia fuera de los primeros, como en un pozo si cae uno se ahoga y otro y otro tambien; mas los postreros no se ahogan ya, que quedan en seco.»

Decia tambien con ironía: «si deseais la muerte á uno, y estais en ese pecado mortal, siempre es mejor no desearlo; pero si se ha de desear inevitablemente, matarle, y salir de él de una vez: lo uno y lo otro vean teólogos, que lo que la Santa Iglesia tiene determinado será lo mejor y lo mas cierto.»

Un grande de estos reinos envió un criado suyo á visitar y dar la enhorabuena al arçobispo de Toledo Don Juan Martin Silíceo, y como la provision era nueva, escribióle con menos cortesía que el Arçobispo pensaba, que tambien los recien electos rebientan con sus cargos. El

caballero, criado del grande, demas de ser feo de rostro, le afeaba mas el tener en él una buena cuchillada. El Arçobispo tomando la carta y mirando el sobrescrito, le dijo: «este vuestro amo debe de haber comido almodrote.—Sí, señor, respondió él, mas no con ajos.» El Arçobispo miró al embajador, y replicó.—Nunca pensé que respondiera tan bien hombre de tan mala cara,» como el que tenia por honra y ensalçaba mas su valor ser de honesta y virtuosa gente y de principios bajos.

El comendador Diego Falcon, caballero valenciano, y comendador de Montesa, la órden cuya administracion el Rey nuestro señor con bulas de su Santidad incorporó agora en la corona real, buen poeta español y latino, hizo este dístico á Dido (1), que por ser hecho en estos tiempos se dirá:

Infelix Dido, nulli bene nupta marito,
Hoc pereunte fugis, hoc fugiente peris.

Contaba un soldado viejo delante de Tamayo, que habia servido al rey Don Fernando y al rey Don Felipe, su yerno, y al Emperador, tres reyes, y con grandeza, que nunca entró en su gracia para hacerle merced: «haz cuenta, dijo Tamayo, que jugastes á la gana pierde, y que con tres reyes os dieron bolo.»

El conde de Chinchon, discretísimo caballero, decia que las casas de Borgoña de los príncipes de Bohemia y del señor Don Juan de Austria, eran como los hijos movidos, que tenian las figuras de hombres, pero disminuidas y no perfetas, á respeto de la casa real del Rey.

Rondando un corregidor una noche, topó unos ladrones que llevaban unos cofres: «tened, tened á la justicia,

(1) Queda ya puesto en otro lugar. Véase pág. 131.

dijeron veinte corchetes alrededor, que esto dijo el Corregidor.—«Señor, dijeron ellos, murióse el dueño de esta casa, y pasamos á otra posada estos cofres. Pues ¿cómo no lloran? dijo él. Los ladrones dijeron: «señor, mañana llorarán, que agora es fresca la cosa.» Otro dia pasó por allí el juez, y era tanta la grita que se oia en toda la calle, porque ladrones los habian robado aquella noche.

Traia un gran señor siempre, por no andar solo, un caballero al lado izquierdo de poco gusto, y trató con la córte como el compañero del predicador, y decian que era cero, que no valiendo él nada, trayéndole á su lado, daba valor al señor para que valiese mas, aunque era al lado contrario.

Decia un chocarrero al Rey de un conde, muy guardoso y muy apretado: «señor, este es conde, este es conde.»

Habia en Madrid dos oficiales del mismo oficio que iban á Toledo muchas veces; llamábase uno Guerra y otro Cervatos, y del Guerra no tenia su mujer buena fama. Hiciéronles esta copla:

Debriades de ir á ratos
A Toledo,
Porque es tierra que aunque jureis
Que sois Guerra
Os dirán que sois Cervatos.

A una mujer profana le decian que por qué era amiga de clérigos, que olian á ratos, y ella que no le debian de parecer mal, dijo: «y á ratos no.»

Habia un caballero muy cortesano que, aunque lo era, le pesaba mucho que le llamasen un nombre postizo, y llamábanselo, y no se lo osaba ya llamar un hombre de placer; y navegando por el golfo de Leon el Em-

perador una noche, llegaron todas las galeras á tomar nombre, y dijo el Emperador al chocarrero: «da tu nombre.» El dijo: *Pançarrion;* así que aquella noche fué este el nombre de toda el armada, y que el que no lo dijera moriria por ello, é hizo que por no sufrirlo él de un loco, se lo llamasen todos.

Caminando con el Rey nuestro señor el buen marqués de Santa Cruz iba descubierto, y de verle, apiadado su Magestad, que hacia mucho calor, mandóle que se cubriese. El fué á besarle las manos por la merced, porque el mandar los reyes cubrir á los señores es la postrer honra que se les puede hacer. Su Magestad, guardando esto para en otro tiempo, para que con mayores servicios se madurase, como despues se hizo, dijo al Marques: «por el sol, por el sol.»

Una hermosa dama, no muy discreta, dijo á otra que era muy avisada: «anda que sois muy fea.» La otra: «si yo soy fea, y vos os preciais de hermosa, á lo menos sois hermosa nesçia.»

Otra, á otra de casta de los reyes de Granada, le dijo una vez que era mora. «Si soy mora, soy á lo menos de casta de reyes.»—¿Qué se me da á mí, replicó la otra, que hayan sido reyes, si sabemos que no se salvó ninguno de ellos?—Mas quiero, dijo la infanta, tener reyes avuelos en el infierno, que no como vos escuderos en el paraiso.» Esto le dió por baldon, pero muy mucho se engañó en ello.

El ya dicho Bejerano se asomó á media noche en su casa á una ventana, y vió que le sacaban una arca de casa unos ladrones, y dijo á grandes voces: ¡ah! señores, ¿dónde nos mudamos? Ellos, oida la voz, dejaron el arca, y huyeron luego.

Un juez del Consejo de Indias, que se llamaba Xarava, iba á tomar residencia á las Indias á otros, y á castigar

insultos, y con cruel intencion de castigarlos á todos con todo rigor de derecho; y uno de acá les escribió en breves palabras para avisarles con la intencion que iba, sin que pudiese nadie reprehenderlos: «xara va.»

Cuando los Turcos vinieron sobre Malta estaba la cristiandad suspensa y temerosa de ello, y luego casi en llegando, tomaron la isla del Gozo, y esperábanse correos de Italia con grandes esperanzas y miedos cada dia. Llegó un caballero á casa de un correo mayor á saber lo que habia, y preguntóle otro señor: «¿Qué nueva? ¿qué? dijo él, muy mala, nuestro gozo en el pozo.»

Garçí Sanchez de Badajoz, príncipe de los trovadores de las coplas castellanas (1), enloqueció de amores, á lo que dicen, aunque yo pienso que porque profanó la sagrada Escritura, que fueron las Liciones de Job; y un hermano suyo, que era de bando contrario, le dijo: «Recia cosa es que hemos de sufrir aquí un año á este loco.» El dijo: «Señor, no es mucho que me sufrais un año de loco, pues yo os he sufrido de necio tantos años.»

El mismo á su hermano que estaba enfermo, le preguntó: ¿cómo os va, hermano? dijo él.—¿Cómo quereis que me vaya, que tengo una calentura lenta, lenta que nunca se me quita.—¿cómo, dijo él, no ha de ir lenta si va en asno?»

Pedia un pobre importunadamente que le diesen por amor de Dios; un impío íbale á dar con un palo despues que no podia acallarle. Dijo un señor: «¡Ah! no le deis, por amor de Dios, sino dadle por amor de Dios.» Hé aquí

(1) En el Cancionero General hay una obra de este poeta, con el título de *Liciones de Job*, apropiadas á sus pásiones de amor. Empiezan de esta manera:

Pues amor quiere que muera.

Halláranse en la edicion de 1557 á fól. CLXI.

unas mismas palabras buenas y malas, aunque *en directo* son contrarias.

Pedia otro á una dama de la Emperatriz limosna; ella le dijo: «No tengo mas; señor doctor, dadle un real por mí por me hacer merced.—No quiero, señora; que nunca vuestra merced me lo pagará.—¿Pues cuándo? dijo él,—dijo ella cuando se me quebrare esta,» y mostróle que traia en la cabeça una hermosa esmeralda.

De un caballero muy vano, y que con todo eso no valia nada, decia Don Enrique Enriquez que para ser de viento le faltaba poco.

Dia Sanchez de Quesada era un caballero muy principal, señor de un lugar pequeño, que se llamaba Garçiez, y traia con el marqués de Mondejar, alcaide del Alhambra, y capitan general del reino de Granada, bandos. Dijéronselo á Don Enrique Enriquez, y dijo él: «En ese juego poco ganará Dia Sanchez con Garçiez de pié, y teniendo el Marqués con mucho favor el Alhambra de mano.»

Don Guaçaran de Cardona era en Palacio servidor declarado de una dama, y andaba con gran ánsia por verla por todas partes; y salió una guarda vieja muy regañada, y dijo: «¿Qué busca vuestra merced, señor Don Guaçaran?—Busco lo que no hallo, y hallo lo que no busco,» dijo él.

El Comendador griego de Salamanca, cuyo propio nombre fué Hernan Nuñez, y Comendador se llamó, aunque impropiamente por ser del hábito de Santiago, y griego por ser gran griego, y en tiempo que casi no sabia nadie esta lengua, fué doctísimo en letras humanas; y provocado por su gran fama por letras de Roma para ir allá, estaba muy de camino para la jornada. Y llegó á él un hombre con un refran que le dijo que se le diria si le pagaba por él cien doblado de lo que por otros solia

pagar, y él dijo: «Por un cuarto me los dan todos; no hay para que yo pobre, dé doce reales.—Él es tan bueno, dijo el otro, que si le sabeis me los dareis, y sea con condicion que me los deis, si os contentáre, y si no, que no me deis nada. Acetólo así.—Ahora decid, dijo él: el refran es, á buey viejo mudadle el aire, y darte ha el pellejo.—Eso me habeis dicho; el mejor refran es del mundo; yo no voy á Roma: tomad vuestros doce reales.» Y como era muy satírico y maldiciente que no le contentaban todas las cosas, en un vejámen de un doctoramiento llégase á él el que le daba, antes que comenzase, como á tomar su bendicion, é hincado ante él de rodillas, le dijo: *jube, Domine, maledicere.*

A un caballero que contaba muy mal los cuentos que en conversacion venian á plática, y siempre los erraba, dijo otro viéndole aparejar para una narracion muy larga: «señor, esperad, tened tiento, que dais con el hierro por dar con el cuento.»

Viendo el Rey nuestro señor desde la vega en Toledo la casa del secretario Vargas que se acababa de hacer, llena de ventanas y torres, que es muy hermosa, y que él era muy peqneño de cuerpo, aunque muy rico su dueño, dijo que era gran jaula para tan chico pájaro (1).»

Y Don Enrique Enriquez, por la capilla del Gran Capitan en San Gerónimo en Granada, dijo, como era de sillería lo alto y de obra tosca lo de abajo, que era camisa de holanda con faldas de estopa.

De un perlado muy flaco y muy largo, y aun tambien que no se podia sacar mucho provecho de él, decian que eran dos lugares del marqués de Montemayor, Villaluenga y Villaseca.

Un caballero cortesano, muriendo por ver las damas,

(1) Este dicho de Felipe II se halla ya citado atrás.

estorbábaselo un portero viejo que tenia una mujer moza y hermosa y de no muy buena fama, y le hizo de presto esta copla; llamábase Brasa el portero:

Espantáisme, señor Brasa,
Y dello tengo gran pena,
Que viendo arder vuestra casa,
Echeis agua en el agena.

Y la qué diré ahijaron al comendador de la Magdalena de Salamanca, que iba con él no sé qué señor flaquísimo en extremo. Habida de él licencia, á gran importunacion, porque era muy áspero y muy desabrido, como res flaca, uno le hizo estas dos coplas allí luego:

Vuestro caballo mirado
Por compás y por nivel,
Os es tan pintiparado
Que él es vos y vos sois él.

Pero una cosa os socorre
En que no le pareceis,
Que él de flaco no corre,
Y vos de flaco os correis.

A la reina católica Doña Isabel, como era razon, pusieron premios al que en sus honras la loase mejor, y hartos de buscar qué decir grandes letrados, llegó un desarrapado estudiante, y dijo:

Ya sube al cielo Isabel
Y el mundo quedó sin ella,
Qué pudo ganar mas ella!
Qué pudo perder mas él!

Y ganó el premio, y yo jamás deseé hurtar versos, sino fueron estos, para quien los merecia muy bien, que fué la postrera reina Doña Isabel, señora nuestra, que llamaron de la Paz, por las que temporales puso entre España y Francia. Mas sea el dicho como brocado rico de dos hojas, de que se vistan ambas esclarecidas reinas tan señaladas; aquella fué excelente é innimitable copla, que oí de un incierto y discreto autor, que sin fin debe de alabarse:

Cruz, remedio de mis males,
Ancha sois, pues cupo en vos
El gran pontífice Dios,
Y cinco mil cardenales (1).

Garasa, italiano, famoso comediante, tuvo grandísimo auditorio en España, y en poco tiempo, volviendo á Italia, *bonis Occidentis onustum*, preguntábanle á qué habia ganado veinte mil ducados que llevaba; él dijo que á encerrar asnos en un corral, que en corrales es donde se representan las comedias en España.

Traíanle al duque de Ureña dos pajazos (2) muy grandes, y entraron delante de él, y le parecieron á la primera vista muy groseros; ¿cómo os llamais? dijo el Conde; el uno respondió: «señor, á mi me llaman Don Hernando, y ¿el otro? á mi Don Alvaro. Pues llamaos, dijo el Conde, vos Hernandon, y vos Alvardon.»

Estando el duque Don Fadrique doliente de la enfer-

(1) Estos versos atribuye al rey Felipe II el autor anónimo de un precioso cuanto raro librito intitulado: *Panegírico por la poesía*, Montilla, por Manuel de Payva, 1617, 8.° pág. 17. El mismo escritor atribuye al mismo Rey los que Rengifo pone en su *Arte poética*, y empiezan:

Contentamiento ¿do estás?
Que no te tiene ninguno;

(2) Pajes crecidos ó con estatura de hombres.

medad postrera, pasábanle de una parte á otra sus hijos y nietos, y entre ellos Don Hernando, que le habia de heredar, y díjole: «hijo, paréceos que peso poco,» dando á entender en gracia que siendo muerto holgara que pesara mas.

Moríase un conde de Miranda, y encomendaba á su hijo mayor muchas cosas, diciéndole: «haz esto y esto otro, y esto hiciera yo si viviera.» Vaya V. S. con Dios, dijo el hijo, que yo le certifico que no hará acá falta.

El valeroso almirante Don Fadrique Enriquez, pequeñísimo de cuerpo, vencedor de batallas y gobernador de estos reinos, por la poca edad aun del Emperador, era, como he dicho, muy amigo de cosas de ingenio, y así á un fraile (1) con quien se burlaba envió una mordaz copla; y tenia dos criados, entre otros un secretario que se llamaba Coca, y al gran trovador y cortesano Gabriel, y respondióle así á la copla el fraile:

Desta copla que me toca,
Solo es vuestro el papel;
Veo las manos de Coca
Y oyo la voz de Gabriel.
Bien sé que me vencereis
Y que no tengo remedio,
Pues que sois contra mí tres,
A lo menos dos y medio.

Alude á lo que dijo Isac: «toco las manos de Esau, mas siento la voz de Jacob.» Fué este fraile el gran filósofo, teólogo y trovador, á quien hizo aquellas quinientas (2) preguntas, que llamó el Almirante quincuagenas.

(1) Fr. Luis de Escobar, de la Orden de San Francisco.

(2) Debió decir *cuatrocientas* y no *quinientas*, pues tal es el número de ellas. Imprimiéronse por primera vez en Valladolid, año de 1545, en fólio; despues en la misma ciudad y por el mismo impresor en 1550; y finalmente, en 1552 salió á luz una segunda parte.

Estaba á examinar para clérigo un provisor á un bachiller estudiante, y no digo siempre quién y dónde, que suelen ser siempre buenos testigos, por no gastar mas para papel que merecen los leves cuentos, y díjole: *sedete.* El ordenante respondió: *señor*, yo no me llamo sedete. Pues ¿cómo? dijo el provisor. Respondió él: no sino Pedro del Campo. Replicó luego el prelado: pues sentaos, *pecora campi.*

De la miseria humana.

Es tan notoria á todos la razon de este capítulo, aunque no sea sino por las desventuras y miserias é imperfecciones que cada uno por su casa ve, que seria meterse el escritor de ello en un gran piélago, y cosa, pues tan sabida, muy escusada. Plinio nunca hace sino endechar al hombre en vida, diciendo que nace desnudo y de su cosecha pobre, si no le cubriesen con su hacienda de lana y seda y cuero otros animales ricos de ella; que llora en naciendo, que aun comer no sabe, que andar no puede, que sin doctrina alguna, los hombres no serian sino mas bestiales que bestias fieras.

Mucho antes que él Job lamentaba su infelicidad diciendo: «el hombre nacido de mujer (como por esto baldonándole) vive breve tiempo, lleno de muchas miserias, que como una flor sale y se huella y huye como sombra, y que nunca en un mismo estado permanece.»

Los latinos dijeron *homo bulla* á propósito de esto, que es como la panilla, que en lloviendo se hace y deshace en el agua; mas yo llámole *homo burla*; así dos filósofos de él y de todas sus acciones hacian burla y lloraban, Demócrito y Eráclito. Y ya que la edad mayor le va cada dia ganando pieças al hombre; un dia le gana

un diente; otro una muela y otro las barbas, hinchéndosele las venas; otro la vista, otro el oido y la memoria le huye, y así hasta en el entendimiento le deja, que caducando y al fin en casa cierta, que es la sepultura, le da mate. Representantes somos de farsa, y que unos salen reyes y otros pastores al teatro, y á las veces, los que salen reyes salen otro dia ganapanes, como Dionisio de Sicilia, poderoso y temeroso tirano, que vino á parar en Corinto á estarse con una habacera deshonrando, y Justiniano unas veces emperador, y otras sin narices desterrado, y los felicísimos pasan como las representaciones de un retablo de jugadores de manos; asoma la sábia Sibilla por una puerta y sale luego por otra; y lo mismo el rey Herodes y sus alabarderos, y los reyes magos. Y Petrarca hablando del mundo dice: *di qui esta morte che si chiama vita;* muerte la llama á esta vida, á parecer de simples tan agradable y tan dulce, pues ya si por lo adverso començásemos, *¿quis funera fando explicet? ¿aut possit lachrimis æquare labores?*

Mas de los que en este mundo tuvieron por próspe-ros traeré unos poquillos de ejemplos, que es á lo que desde el principio voy caminando, no á decir de los males y miserias de este dolentísimo hospital del mundo, de hombres llenos de plagas, sino de los que salieron con salud y prósperos de él como de hospital que hay de convalecientes. Veamos agora en lo que pararon sus prosperísimos cuerpos despues de muertos, antes que se entregasen á la compañía de los gusanos.

El cardenal Don Juan Tavera, el mas compuesto, el mas grave hombre, el mas respetado y temido gobernador de España, arçobispo de Toledo, cardenal y senador del santo y sacro Senado romano, inquisidor mayor, riquísimo antes que muriese, yo ví que no hallaron en que le dar un pisto sino en una media escadilla de barro que-

brada y con una cuchara de palo, que ya toda su plata y oro se habia alçado, y sus bajos palafreneros ante él (que solo para sentir esto le habia quedado espíritu) cubiertos y sentados.

Pues aquel gran duque de Alba, Don Fernando, aquel nunca asaz de mí ni de nadie alabado, aquel felicísimo en vida, aquel mas conocido en todo el mundo á manera de decir que los monarcas sus reyes de España, muerto en la cumbre de sus glorias, otro dia le abrieron el cuerpo para llevarle, le echaron por ahí las tripas y el menudo, y le salaron y le embutieron de estopa con olor y bálsamo, le cerraron y cosieron los ojos, y le dieron dos puntos en la boca, no por parlera ni vana, que nunca salieron por ella sino palabras discretas y graves.

El cardenal Espinosa, presidente del Consejo real, ante quien los grandes temblaban y los sábios, como dice Job, ponian su dedo en la boca, muerto en su próspero curso, cuando le abrian el vientre para dar con él en su casilla de palo, para llevarle, se estremeció y bulló, que aun no habia acabado cuando con la navaja los suyos le acabaron.

Y aquella señora de Castilla que en Santo Domingo el Real en Madrid la enterraron en su bóveda, viva, y por voces que dió despertando de aquella probadura de muerte, que al fin hubo de colarla, no la quisieron sus monjas y deudos creer pensando que era fantasma, y al poner otro cuerpo allí la hallaron en la escalera de la bóveda, donde acudió, muerta en cueros, y de pesar mesados sus cabellos y su hermosa cara arañada (1).

Y á Don Luis de Haro, un principal caballero, muerto de desconcierto de vientre, otra no chica miseria para un galan moço, récio, en su primera edad, muy estimado del mundo, muy privado de su amo, depositando su

(1) *Vide supra* pág. 82.

cuerpo en Madrid, en San Juan, con quien toda la corte fuimos acompañándole, yo ví un ganapan sobre él echándole espuertas de cal en su cuerpo y rostro, pisándole la cara para conservarle y para dar testimonio del depósito, ante un alcalde de corte y escribano (como hacen á un malhechor verdugo, escribano y juez) á un muy loable caballero y muy honrado.

«¿Qué traeis ahí, correo? preguntaron á uno que venia de Flandes, ó ¿cómo os habeis detenido en partir tanto?»—«Señores, dijo él, por traer conmigo á Don Luis de Córdoba, su hermano del Ilmo. Marqués de Comares.»—«¿Pues llegará presto?»—«Sí, muy presto, dijo él; ahí le traigo en ese baul que ya ha llegado.» Mas en esto él se engañó, que no era aquel que decia Don Luis de Córdoba (que era bien gentil hombre); sino la hermosa funda descosida, ya rota, de una gentil, virtuosa y cristianísima alma.

Mas con esto concluyo con infelices crepúsculos de las felices vidas pasadas. Murió un gran señor, un personaje muy próspero, grandísimo caballero, en Flandes; habian de traer su cuerpo acá; hiciéronle todos los desacatos y agravios ordinarios (para traerle sin oler mal), y al fin al fin despedáçanle y hácenle cuartos y pónenlos en una chimenea alta al humo, para que se secase, para traerle á un suntuoso sepulcro de brocado, como de un venado ó de un jabalí se suele hacer y poner al humo los tasajos.

En fin, en fin, porque dicen que la mar no sufre cuerpo muerto, á un valeroso caballero que murió en Túnez, en servicio del Emperador, no admitieron su cuerpo en su galera sus favorescidos y sus criados; pónenle en un ataud; dánle una soga de que se cuelgue, y llévanle por esas ondas tras sí á su triste enterramiento arrastrando.

¡Vuelta, pues; vuelta á Dios, ciego linaje humano! último consuelo de estas calamidades, como dice Don Jorge

Manrique, para lo que solamente es bueno este mundo; bueno fué si bien usaremos de él como debemos, porque segun nuestra fé espera alcançar á aquel que atendemos donde *per varios casus, per tot discrimina tendimus* al cielo *sedes ubi fata quietas ostendunt* para descanso.

Y otro hombre honrado de Talavera (de honesta generacion), llevándole á enterrar con la priesa que rabian todos de echar á un muerto de casa, sacó de la mortaja un brazo, y como vieron que estaba vivo, volviéronle medio muerto y medio vivo á su casa, donde le plugo á Dios que vivió, aunque bien asombrado, algunos años.

En cosas que parecen mentira y son verdad.

Aunque en las cosas de caza tienen los hombres casi la libertad que concede Horacio á los pintores y poetas, dos cosas me contó el conde de Tentugal, marqués de Ferreira, que á tan gran caballero se pueden muy mayores creer.

Una que un gavilan mató una garça dispuesta, que viéndola menear entre unos juncos la cabeça, la asió por ella, y la tuvo hasta que la socorrieron.

Otra que él y criados suyos con cuatro ó cinco gavilanes mataron cien frailecillos en un dia, que aquella en calidad, y esta en cantidad, fueron grandes cosas; mas todo y dicho por tan verdadero señor se debe tener por muy cierto.

¿Qué mayor maravilla que estar los gusanillos de la seda un año hechos simiente menudita, como mostaça, y en començando á brotar los morales de que han de comer, començar á revivir los gusanos huevas? Como las menudas de los peces que quedan pegadas á las peñas, pasado el invierno, que se secan sus charcos, y en habiendo aguas

vivas hacerse peces los granos, exemplificando Nuestro Señor de este revivir y resucitar la resurreccion final. Aunque en cien mil millones de especies se haya la sustancia humana trasformado, mas las cosas naturales de Dios, Nuestro Señor, como el nacer y crecer todas las cosas y todas las innumerables de mas no entren en cuenta para las admirar, porque todas ellas son con todas sus disimulaciones un estupendo milagro.

Yo ví paloma pasada con un virote por las tetillas volar, con el virote atravesado, mas de doscientos pasos, y caer muerta de mas de dos ordinarias torres en alto.

Ya el parir liebres y conejos todos machos y hembras, cosa es á todos los caçadores manifiesta, y me contó un Martin Muñoz de ella una cosa extraña acerca de esto, que yendo á caça él y otro con dos galgos, á condicion que fuese suya del dueño del galgo que matase la liebre, y hubiéranse ellos de matar sobre ello, pues muerto un gran lebraton macho, cada uno decia que su galgo habia muerto esta liebre. En fin, se concertaron que se dividiese; pónenla sobre un timon de arado, y pártenla con una hacha, y de la parte del vientre sale otra liebrecilla viva de mas de un geme, que estaba para nacer, y fué postuma, y tan ligera que corrieron tras de ella mas de un tiro de ballesta, siendo ansí la natura larga con los animales en naciendo, y el triste hombre ni andar ni comer no sabe sino le dan de comer y no lo envuelven.

Y unas ratas en Valencia de la Torre tomaron á un cura de allí cuatrocientos reales de á ocho y de á cuatro, y se los subieron á un tejado, que fué menester que un albañil trastejador subiese á lo alto por ellos.

En Talavera yendo dos en una mula á la fiesta de los toros, que solemnísima se hace allí, tropezó la mula y con tanta fiereça (que iban muy apriesa), y cayó con tanto ímpetu hácia adelante que echó á los dos que llevaba

encima por las orejas y la silla, y gurupera y pretales, y cinchas, y falsa rienda que le coló todo por el cuello y manos, sin cosa descomponerse ni descincharse, y esto fué ciertamente verdad.

Y aunque sea á despropósito, pues la variedad de este libro se precia de esto, el conde Juan Bautista Virlio, coletor de Su Santidad en Lisboa, persona muy grave y verdadera, me contó que habia estado doce dias y doce noches sin dormir sueño (1); y otra cosa mucho mayor que en su patria, Pavia, un hijo de un famoso letrado estuvo seis años sin dormir de dia ni de noche, sin otra ninguna dolencia sino esta, por mil remedios que le hicieron donde hay una famosa academia de médicos, de lo que sin tener ya mas por la dicha causa que el pellejo y el cuero, se fué consumiendo y acabando como una vela, y murió con admirable flaqueza al fin de ella.

De los caçadores dicen que se alargan mucho mas; con todo eso, entre ellos, hay quien diga mucha verdad, y yo supe infaliblemente que estando un ballestero del duque de Arcos en Marchena, que andaba con él, que es hoy Duque y era entonces muchacho y marqués de Zahara, tirando á pájaros», que le mostraron cinco tordos arreo, junto á una chimenea, en el caballete de un tejado. «Mata uno ú dos de aquellos, dijo y dióle el Marqués la ballesta; púsole él en ella una jugadera, y apuntó al primero, é hincando la flecha en la chimenea los mató á todos cinco y los clavó en la chimenea, llevándolos á todos en ella ensartados, y esto no hay que dudar, sino que pasó sin falta.

Y oí decir á mi padre que cerca de nuestros tiempos estaban un señor y un su ballestero en frente, esperando un ciervo á laço, y vino el ciervo al ballestero á tiro y

(1) *Vide supra*, pag. 63.

tiró, y errando al ciervo dió á su amo en la verga de su ballesta que tenia encarada, que yendo con yerba le matara, ó errando darle en la cara.

Y que á otro le dió otro su ballestero otra en un muslo, que el señor sacó un cuchillo de presto y se arredondeó la carne en el muslo, y sacó la saeta con yerba de la pierna con un pedaço de carne.

Tan buen aviso como este es el de otro caballero, que debiendo muchas deudas y cargando sobre él cada dia ejecutores, escogió el mas antiguo y á él el mas leal, y túvole en su pueblo de asiento, y en llegando la ejecucion nueva (que llovian sobre él á cada paso), salia con su escritura mas antigua, y quitaban al otro la dita y el dinero de la mano; de manera, que con una deuda y una ponçoña se libraba de otro como Mitridates, y como al que pica la víbora, que otra ninguna serpiente, aunque le pique no le hace daño.

Y ¿á quién no espantará el ardid de los lobos que las noches tempestuosas, gozando de la ocasion, dan unos por una parte en el ganado; acuden allí perros y pastores, y sacados del presidio la guarnicion, dan por la otra en el rebaño, y llevan y destroçan lo que quieren?

La misma astucia tienen en el Brasil, que es el enves del Perú, los micos, que estos son otro linage de gente que las monas, como hidalgos y nobles entre pecheros. Ellos acuden mucho á la caña dulce, ¿y qué hacen? Envian delante tres ó cuatro corredores que vienen á atalayar la tierra, y si la ven sin gente, viene multitud de micos sobre los árboles á los cañaverales de azúcar, que en poco rato los asuelan y destruyen, y los atalayas atalayando toda via, y viendo parecer un hombre las atalayas, gritan y tornan la multitud de los micos por sobre los árboles á irse.

Y en la misma tierra del Brasil, que está á plomo en

perpétuo equinocio debajo de la equinoccial, en el enves del Perú, donde hay otras fieras, otros árboles, otras aves que las de acá, me dijo un caballero de mucha verdad que mató en una laguna un pájaro sin cola como un pavo de Castilla, azul y amarillo, colorado los piés y pico, que sacudiéndole mucho, por dicho de un indio, le salieron de debajo de las alas dos pajarillos, que volando, donde quiera que van, como gitanos, llevan sus propios hijos.

Bien llaman en latin al colmillo de jabalí rayo, por las fierezas que hace, que dicen que corta estribos de la gineta y espuelas y colas de caballo, y yo vi que uno dió una cuchillada á un alano que llevaba unas armas del lomo de cuero de vaca por una parte y por otra, y en medio estofadas con mucha lana, y cortando ambos cueros y la lana á cercen, como con unas tijeras, abrió hasta lo hueco todos los pechos al alano.

Hay en la India tan gran abundancia de salvajinas y reses fieras, que me escribió mi primo, el arçobispo del nuevo reino de Granada, que un dia en aquel partido salió con muchos indios al campo, que entretejidos los brazos hacen un cerco grande, y que de los montes echados fuera entre otras fieras, mató con flechas y lanças y cuchilladas setenta y dos venados, y otro dia fué á una casa y coto de un caballero, y tocando una trompeta, desde una su hermosa huerta llena de variedad de hermosísimos árboles, acudieron á él de diversas maneras volando mas de mil aves, á las que en dándolas de comer sus cebos, segun sus especies, de diferentes manjares, sentándosele unas en la cabeça y otras en las manos, y dejando de tañer la trompeta se tornaron á volver volando, como cuenta Marco Varron, que Quinto Hortensio, orador, tenia en el campo Laurente una selva cercada alrededor de piedra seca, que tendria de tierra quinien-

tas yugadas, y allí habia un altillo hecho á mano, donde puestas las mesas cenaban, y Quinto Hortensio mandó llamar á Orfeo, que salió con su estola y cítara, y siéndole mandado que cantase, tocó una vocina, donde acudió al son, como al del antiguo Orfeo, tanta multitud de jabalíes y ciervos y cabras monteses, que quedaron los que cenaban con gran regocijo espantados.

Tambien pasando del monte á la caça vi un lavanco de golpe de neblí altanero, partido en dos el pico de abajo, y otro hendido de la furiosa uña, como con un cuchillo por las espaldas, como cuando parten por ellas para cecinar un parato; y otro de otro golpe echar la molleja por abajo, y sin recibir detrimento los halcones en el cuerpo ni en las manos.

Mas es grande la furia que traen, como vi otro que en buen altura de una caida cortó á un martinete una ala, y el ala vino al suelo por sí y por sí el cuerpo, cada una cosa por su parte.

Tambien entre las cosas admirables fué la que diré ser con toda verdad, porque aunque las maravillas sean grandes no es razon que á mí el crédito ordinario me sea quitado. En Valdemoro, lugar entre Toledo y Madrid, hubo una mujer que se llamó la de Correas, de cuyo vientre en hijos y nietos y biznietos procedieron en sus dias mas de trescientas personas que vió vivos, y fueron á su enterramiento, pues murió muy vieja de estos que he dicho doscientos; y esto es cierto y que diga verdad yo, siendo quien soy, no hay que agradecerme; mas esto certifico que ninguna cosa escribo sin haber antes averiguádola con gran diligencia que es cierta.

Y por igual maravilla se puede tener un hombre de muy alto y claro linaje comer seis docenas, que son setenta y dos huevos, de una sentada, y mas ser los mas en tortilla y entre otros manjares y diversidad de vianda.

Y aunque en cosas de caça suelen acaecer algunas cosas, diré aquí unas pocas que se me han agora acordado. El infante Don Luis de Portugal, estando en Almerim un paso (1), echó un neblí por una garçota alta, y habiendo pegado el neblí con ella en grande altura y trayéndola en las manos, al llegar poco mas de una torre del suelo, estando apeados los caçadores esperando, encoge los ganços con la garçota en las manos y da muchos tornos en el aire hasta que le perdieron de vista, y nunca la cobraron mas.

A Extremadura vino un caçador del Rey nuestro señor con un gerifalte á buscar garças, y volando una en la ribera de Guadaxida cae una águila á ellos, deja el gerifalte la garça y emprende con el águila, y surtiendo á ella como si fuera otra ave menor, pega con ella y tráela á tierra; socórrela el caçador, y trájola viva á su posada.

Este dia fué infelice para las águilas, que volando, un caçador de Don Gomez de Cárdenas una perdiz con un borní, el borní la colgó. En esto cae del cielo otra águila y quita al borní la perdiz de las manos; torna el borní por su honra y va tras el águila; métesele por debajo y tómale la perdiz de las uñas, y siéntase con ella en el suelo. Llega el caçador y socórrele, y el águila fuése su via muy corrida y avergonçada; y es de considerar que las águilas son tan fuertes que á un hombre harán gemir si le asen de un braço con sus fieras manos.

Otro fué para entre caçadores extraño lance, que el marqués de Pliego Don Lorenzo Xuarez de Figueroa, echando á un milano tres sacres acudieron otros dos milanos, y cada uno combatiendo al suyo, trajeron abajo y mataron los tres milanos, los tres sacres cada uno el suyo;

(1) Quizá debió decir en su *paço*, pues *paço* en portugués es lo mismo que en castellano palacio.

al socorro entró recio un caçador, esperase el sacre, déjale el milano en las manos, y emprende por un baharro, y tambien mátale.

Y á Don Gomez de Cárdenas se le perdió un sacre volando un milano, en Perales, dos leguas de Mérida, y el mismo dia le tomó un villano en Astúrias con él en las manos, á puesta del sol, en una aldea chica, á una legua de la mar, como se tomó por testimonio de escribano.

Otro aire corria cuando el señor de Peñaranda Don Juan de Bracamonte, al salir de la muda perdió un sacre con un fiador bien largo, y fué á parar á la gabia de un navío en Caliz, donde del fiador le asieron y cobraron. Húbole el primer conde de la Puebla, que le llamaron el marinero, y llamóse Hércules el otro buen sacre que perdió y cobró de las Astúrias su hijo Don Gomez de Cárdenas.

Y un Diego Rodriguez, juez de comision del Rey, me contó una cosa extraña, pero creida de mí por ser hombre muy de verdad, que en cierta tierra de Italia, cerca de donde bailan siempre los de la tarántula, hay maestros que curan (muchas veces hemos oido decir) narices cortadas, sacadas de un braço de esta manera. Cortan á uno las narices; da veinte ó treinta ducados á otro porque le deje hacer narices en su brazo; dale en él el cirujano una cuchillada, métele allí el rostro del que quiere hacer sus narices de nuevo; véndale sus pegadas narices con el ajeno braço por diez y nueve ó por veinte dias, que no sé por cuántos; déjanle descubierta la boca por un lado por donde coma, y al cabo del término desliánle, y sale el herido con un berrugon de carne ajena en sus narices, que le monda, afila y corta luego el cirujano, y le hace dos ventanas por donde respire como las naturales, y queda aquel con narices prestadas, que se le hacen tez y hueso en

poco rato; y lo mas de espantar es, que el que prestó al otro narices por veinte ó treinta ducados, si muere de ahí á pocos ó muchos años, se le caen las narices al vivo, que por eso dije que las tomó hasta la muerte del otro prestadas.

Este mismo vió, y ansí creo que lo escriben naturales, sentado cabe un hormiguero acaso que venian con una hormiga muerta tres ó cuatro cargadas; páranse al hormiguero, salen otras y reciben la difunta y métenla en su casa. Las que la trujeron están á la puerta un poco, como esperando la paga; salen las deudoras y dánles un grano de trigo, con el cual satisfechas, por donde habian venido con la muerta se tornaron.

A todas las criaturas da Dios sus remedios y sus contrarios; la salamanquesa teme mucho á una mosca, ó sea por enemistad ó por asco. Las arañas temen á las salamanquesas en sumo grado; ¿qué hacen? Para escaparse de tan ordinario peligro por vivir todas en una casa, toman una mosca muerta y pónenla en su tela á la entrada, de la cual huyen las salamanquesas, ni jamás se les ha visto, habiendo allí mosca, atravesar sus umbrales.

Año de noventa y tres vino á la corte de Aragon, hijo de chicos padres, un gigante de diez y ocho ó diez y nueve años, que tenia tres varas de alto, y el dedo de en medio de cada mano de una cuarta de largo, y que calçaba veinte y tres puntos de pié de zapato. Trujo tambien el príncipe de Asculi, de las partes del Norte de hácia Flandes, un salvaje cubierto todo de bello el cuerpo y rostro; solamente tenia rasas sin bello las manos.

Este año ví en Casarrubios una mujer pobre, que le nació un diente, de mas de ochenta años; y hubo otra que tuvo dos maridos, y quedándole el nombre del postrero, de que enviudó, que la llamaban la viuda, de que estuvo casada con el primer marido impotente treinta y

siete años, sin que nadie se lo sintiese, y fué al segundo matrimonio doncella, con tanta admiracion del segundo marido, como de lo contrario otros desdichados suelen tener.

Muerto el doctor Valles, de los mayores médicos del mundo, buscóse con gran diligencia quien sucediese á tan gran peso del cargo de la salud de la persona Real, en lo que sucedió un famoso y dignísimo varon el licenciado Merçado, y hubo un sábio y excelentísimo médico que no quiso poner los hombros en ello. ¡Oh prudente y continente varon! y digna tan gran discrecion de toda alabança, que si un clérigo no quiere ser cura, obispo ni arçobispo, por no ser cura de almas, ¡cuánta mayor empresa era esta otra, de quien pende salud y vida y fé y religion de tan gran mapa de la cristiandad!

El año del levantamiento del reino de Granada, que fué por Navidad, aquel otoño en Valdemoro llovió sangre, que parece que anunció la mortandad que hubo en los valles de moros del reino de Granada, de lo que fué por medio de Alvar Gomez de Castro llevado de testigos anténticos testimonio á Su Majestad.

Otro milagro acaesció allí cerca en Bayona, lugar del duque de Chinchon, pocos años antes, que puedo meter yo en mi jurisdiccion, como los alcaldes de corte á las cinco leguas, así que les sobre de ellas algo á un lugar que así pasa; ya he dicho que todo el tiempo de su gobierno de España, el cardenal Don Fray Francisco Jimenez amontonó gran suma de dinero para estar con el poder para tan gran cargo en cualquier necesidad; despues, acabándosele ya el cargo, rebentó su dinero en hacer las escuelas de Alcalá y otras cosas grandes, y en querer pasar en Africa. Hechos ya sus aparejos y alistada su gente por los lugares del arçobispado, hubo de él grandes murmuraciones. ¿Adónde quiere ir este loco contra la

tercer parte del mundo, que es Africa? ¿Adónde este fraile, cuando los grandes capitanes como Gonzalo Hernandez de Córdoba están como frailes recogidos ya? Y así pasó y estuvo el negocio suspenso casi un año, hasta que sobre Bayona, cinco leguas y media de Madrid, apareció muchos dias una cruz colorada como sangre. Llegó la nueva á Madrid, estando un discreto caballero, con el que debia de armar la jornada. Dicen de la cruz aparecida: «¿pues sobre Bayona, qué querrá decir?» dijo el Cardenal. «A la fé, señor, dijo el caballero, que V. S. Reverendísima vaya á su empresa ya, que en las cosas de Dios el hecho habla como la cruz que apareció á Constantino, diciendo en esta señal vencerás.»—«Sus, sus,» dijo el Cardenal, é hízose luego la jornada, y al mismo tiempo del desembarcar se mostró la misma cruz sobre Orán. «A ellos» dijeron los capitanes, y el mismo dia, contra voluntad de ellos, se acometió y tomó, que fuera imposible á tardar mas, porque llegó la morisma otro dia, que cubrió el campo, y de aquella hecha se tomó Bugía, Trípol y Orán.

De casos de honra.

En ninguna cosa acusa tanto la conciencia como en casos de honra; queda uno bien de un caso, tiene consigo una loçanía y gloria extraña; queda afrentado ó quebrado ó corto algo; asiéntasele una tristeza en los huesos que parece que está para ahorcarse, como hay un adagio en latin, que la conciencia es mil testigos, y otro proverbio de Salomon que dice: «huye el impío, aunque no le persiga nadie;» y así es gran dicha y merced la que á uno nuestro Señor hace que en una refriega quede medido al justo ni corto, ni largo; si corto el mayor mal es de la tierra. Una torre no pesa tanto como la carga de honra, si

queda un hombre afrentado; si demasiado y largo, no es cosa injusta que diga que estuvo fuera de razon un caballero muy honrado, que estar fuera de razon es lo mismo que estar uno loco, ó borracho, y aun peor; que el que está borracho todavía es hombre, aunque perdido y vituperable, y en algunas provincias no espanta; pero estar sin razon es de las bestias fieras irracionales, y de los afrentadores son los miedos y los recelos innumerables.

Ahora viniendo al caso: riñeron dos caballeros en casa de un gran señor en una sala; salió el señor al ruido preguntando: «¿quién tiene la culpa?» Dijo el mas advertido de ellos: «yo, señor, la tengo, yo la tengo; señor, vea vuestra señoría lo que manda.» Dijo tambien el otro: «yo soy, señor, el que la tengo; ¿quién la habia de tener sino yo? yo soy el culpado;» y así sobre quién tenia la culpa, echándosela cada uno á sí, estuvieron porfiando, y así fué fácil hacerlos amigos y concertarlos.

Tambien fué gran discrecion lo que acaesció en Madrid en San Ginés. Fué á las honras de un señor gran parte de la corte, y sobre los lugares del asentarse hubieron palabras dos caballeros, y dió uno á otro un gran bofeton, y no se entendió quién; mas de que oyeron el ruido todos y la palmada el que lo recibió, ¡oh advertimiento espantable! no le pudiendo luego matar, dijo: «tomad, bellaco, así castigo yo los tales.» El que lo dió tambien dijo: «llevaos vos ese, porque otra vez no seais mal criado.» Acudieron todos á meterlos en paz; el uno dijo: «por amor de Dios que nos hagais amigos, que le he afrentado.» El otro dijo: «ea, señores, luego nos hagan amigos antes que el bofeton que le dí le altere la sangre.» Mas, en fin, con entrambos fueron fáciles de acabar las amistades, y quedó el bofeton en el aire, y entrambos muy honrados; que la verdadera deshonra es la que uno á sí mismo se hace, porque el refran se cumpla que «es

harto ruin el que por ruin se tiene;» y ansí la propia conciencia es la que en estos casos hace ó deshace, porque se presupone que es tan terrible cosa una afrenta, que no podria sosegarse el que tiene encima tan gran carga.

En medicina dicen los médicos grandes que hasta conocerse el mal es la dificultad; póngase á la dolencia el nombre, que los principiantes médicos lo curarán; así en los casos de honra estén de acuerdo las partes en el hecho, que luego la satisfaccion se hallará, excepto entre labradores (el estado de todos mas bajo) que ó porque son duros de cerviz, ó de mas gruesos entendimientos, en hinchéndoles una cosa del entendimiento el vaso, no cabe otra para se la sacar, ni hay medios para concertarlos.

Y así, donde no parece que hay linaje hay tanto, que en aquella especie hay mas diferencia de unos á otros, de que parecen iguales que de aquella á otras de mas calidad; mas la ventaja no va entre ellos por la afirmativa como en la gente principal dedice el noble en mi linaje ha habido tantos reyes señores ó capitanes, sino por la negativa dice el villano en el mio como en el vuestro no ahorcaron ni açotaron á naide.

Y pensando yo cómo se quitaría la atrocidad del mentís que es llaga casi incurable, me parece que se debiera de hacer edito que fuera infame al que se dijera mas mentís vos y no el mentís, y así ninguno osaria por la respuesta desmentir á nadie, y esto una prematica Real lo puede hacer: que los reyes pueden hacer en sus reinos cuadrado de lo redondo y de lo redondo cuadrado.

De una gentil y cristiana devocion.

Despues que los primeros cristianos godos redujeron en España á la fé católica la gentílica abusion, hicieron lo mismo en la insigne villa de Talavera por sus grandísimas calidades del sitio, de llanura, de rio, de comarca y de abundancia de frutos y de caça, y de salidas y entradas ya entonces célebres, y célebres hoy por las personas que de ella han salido señaladas, de las que diré aquí las que se me acordaren.

Fueron de este lugar San Vicente y Santa Cristeta y Santa Sabina, tres hermanos que fueron martirizados en Avila, y el arçobispo de Toledo Don Pedro Tenorio, famoso guerreador y prelado, fundador de la santa casa de San Gerónimo de Talavera, y edificador de la puente del Arçobispo y de la puente de San Martin de Toledo, de claro y antiguo linage, que no está ya en uso por su antigüedad, y porque él á ninguno de sus deudos quiso hacer mayorazgo ni memoria, sino para sí eterna en el cielo.

Fué de aquí fray Hernando de Talavera, de la órden de San Gerónimo, confesor de los Reyes Católicos, primer arçobispo de Granada, tenido por santo, y persuasor grande de los Reyes Católicos en el asunto de la Santa Inquisicion. El fué el que suplicando al rey Don Fernando los judíos del reino que los testigos en el asunto de la Inquisicion fuesen públicos; y que le servirian con treinta mil ducados por ello, siendo su confesor le trujo en la manga un crucifijo y se le puso delante, diciendo: «Señor, los judíos compraron á Nuestro Señor por treinta dineros, ahora quieren por treinta mil ducados comprar á V. M., que en lo que pretenden consiste la observancia toda del Santo Oficio, que es el secreto que en él habrá.»

Fué tambien de aquí Rodrigo Maldonado, que llamaron el doctor de Talavera, gran jurisconsulto de los Reyes Católicos, que casó con hermana del conde de Benavente, y dejó una gran casa en Salamanca, la que oprimió despues el terremoto de las coquinidades; mas ¿quién puede ser dichoso á *parte post* de sus dias? Como serlo no fué en su mano, harto hizo, qué no es mas obligado el que con sus buenas obras lo es mientras vive.

Fueron de los modernos de aquí muy señalados Juan de Ayala de Meneses, semi-señor de Talavera, en dádivas, en obras pias y en vivir infinitos hidalgos de ella con él. Tiene por sepulcro la capilla mayor de la iglesia mayor de ella, que daba á toda la nobleza de Talavera de comer, y nadie hay casi hoy que no se precie de venir de sus abuelos, ó sus deudos, ó sus criados. Fué asimismo aposentador mayor de la Emperatriz.

Tambien fué natural de aquí Don Fray García de Loaysa, de la órden de Santo Domingo, que hizo á San Ginés, monesterio de dominicos, y en él el mas honrado sepulcro de su padre y madre y el suyo, que yo he visto jamás; arçobispo de Sevilla, confesor del Emperador, inquisidor general, que dejó en su honrada memoria y casa mil ducados para dar á pobres, y mil para casar huérfanas cada año. Y de la misma tierra y órden fué el famoso fray Juan Hurtado, que no quiso ser arçobispo de Toledo, ni que el no lo querer se supiese en su vida por huir de la vanidad. Es de aquí el que hoy vive, su sobrino García de Loaysa Girón, maestro del serenísimo Príncipe, nuestro señor, Don Felipe, el cual como los pasados ha igualado en bondad y en letras podrá igualarles en lo demas, que de su parte todo está ya hecho, que es tener para ello méritos.

Fué de aquí Juan Gaytan, cuya valentía era sobada

en toda Italia, con decir por extremo «espada y capa de Juan Gaytan;» y Don Antonio de Padilla, presidente del Consejo de Ordenes, y Don Pedro de Padilla, su hermano, castellano de Milan, y Don Cárlos de Meneses, famoso soldado que murió en el asalto de Mastriche, y Don Luis de Padilla, oidor de Granada, sus sobrinos, y Doña María de Toledo, madre de ambos, señalada señora y rara mujer, viuda, y el coronel Berdugo, capitan general de Frisia, almirante de aquella mar. Y de aquí fueron tres insignes varones, Frias eclesiástico, y Mariana y Orellana. Frias, valentísimo varon, consumadísimo astrólogo, y en todas las lenguas, tan natural que cualquier escritura ó libro ó carta leia *ex tempore*, y Mariana, de la Compañía de Jesus, famoso en doctísimas letras, divinas y humanas, y Orellana, dominico y tambien teólogo, consultor del supremo Consejo de la Inquisicion, que de los dos concuerdan todos que en la Iglesia de Dios no ha habido mas raros hombres despues de Santo Tomás, que hoy vive. Y el obispo de Lugo Juan Xuarez de Carvajal, de los consejos del Rey, instituidor de honrada casa en Talavera, que dejó mil ducados de renta para doce hijos de algo cada año, á quien sus sucesores los distribuyen, y por echar el sello á todo, guardando para la postre el mejor bocado, de aquí es Don Juan de Ayala, que hoy vive, mayordomo mayor del serenísimo cardenal y príncipe Alberto, de quien no diré mas por haber hecho de él capítulo particular.

Y el honrado caballero Francisco de Albornoz, del supremo Consejo Real, eminente en bondad y letras; Hernan Xuarez, privado íntimo del príncipe Don Cárlos. El señalado varon Fray Gerónimo de Guadalupe, prior de San Gerónimo de Talavera, de aquí es natural, en letras, doctrina y virtud venerable, y sobre cuantos priores ha habido en Talavera y en su santa casa, donde se

dan mas de tres mil ducados cada año de limosna á la puerta, y en casas necesitadas particulares.

Habia, pues, en Talavera, fuera en el campo, un templillo pequeño, dedicado á la diosa Pallas, fabulosa diosa de castidad, que redujeron á la verdadera pura Vírgen Nuestra Señora, y consagraron á su santo nombre, hermita nueva, como traduciendo á la letra de Pallas, prado, y del templo, hermita de Nuestra Señora que dicen del Prado. Allí le sacrificaban toros á Pallas; acá á honra de Nuestra Señora, y por regocijo de su virginal desposorio con San Jusepe, le corren en tres dias veinte y dos toros cada año, que se escogen y encierran en la santa ermita, y se corren allí en la plaza de la Iglesia mayor y en las parroquias de todo el lugar. De allí enviaba manadas de espigas de trigo á todos los de la villa. Agora de allí dan en comun panecillos de pan bendito; allí venian con cera al sacrificio todos los comarcanos; acá le traen á Nuestra Señora todas las aldeas hermosos cirios de cera, y en un dia, de los de la fiesta, porque toda está fundada en devocion y caridad, se dan de comer allí á dos mil pobres, una diversion grande de toros, dos cuartillos de vino, dos libras de pan. Y como todas las cosas aun de mal crecen, esta va creciendo en festividad y en bien en tanto grado, que de un templo chico, gentil, y de una cristiana ermitilla pequeña, ahora está la mas hermosa iglesia y casa de hermita de todo el reino, donde traen en un dia á ofrecerle para los pobres mas de mil cargas de leña toda la tierra, y muchos cirios gruesos de cruces con nuevas maneras de mangas de cera, con grandes cantares de doncellas y bailes.

Aquí está colgada la llave de la puerta de Canastel de Orán, la primera que ganó de los moros Bernardino de Meneses con mil hombres, de que fué capitan, que llevó

Don Fray Francisco Ximenez, de Talavera, brava y valerosa gente que se les encomendó el asalto primero con su dicho capitan Bernardino de Meneses. Tomóse dia de San Bernardino, y en una gran pestilencia (1).....

El domingo siguiente se hace un gran juego de cañas ordinario en honra de la Señora del mundo y santa de la fiesta, donde son tantos los caballos, los jaeces, las invenciones, las máscaras, las libreas, las caballerías, las lançadas á los toros de los claros é ilustres caballeros, que no se pueden ni explicar ni encarecer; mas yo debo de hacer mencion de ello (pues pasa agora) como escritor de estos tiempos y de sus cosas notables.

De la libre cara de la verdad.

Estaba el Emperador en Espluc (2) muy descuidado de tal atrevimiento, y ¡quién osára tal cosa imaginar cuando le vino súbitamente nueva que venia con gran poder Mauricio, elector del Imperio, contra su Majestad, á quien él habia dado la eleccion, que por su rebelion se quitó al duque Federico de Jassa. Apenas era tiempo de consejo, y así fué forzoso salir de allí luego á formar el campo que llevó contra Mosiur de Lorena, de lo que no toca á mí tratar; y así lloviendo y venteando y con tempestuosísimo tiempo de agua y lodos partió de noche con toda la corte cuantos le pudieron seguir. Aquí cae una acémila, y allí otra, y allí otras quedaban atolladas, acullá carros quebradas las ruedas en el lodo, y aquí y allí la gente noble dando gracias á Dios, y los carreteros y gente baja renegando.

Pues cerca de una casería chica esperó al Emperador

(1) Está cortada la hoja.
(2) Inspruc.

una honrada vieja con un crucifijo en la mano, y puesta sobre un vallado, altos los piés del lodo, le dijo estas palabras: «hijo, para, para.» El Emperador mandó parar su litera, pararon todos para escucharla; entonces prosiguió, y dijo: «cuando so color de rebeldes tomaste la causa de Dios, contra los herejes de Alemania, entonces contra todo su poder de ellos, que trajeron cien mil hombres armados Lanzgrave y el duque de Jassa, con el ayuda de Dios los venciste y desbarataste. Despues, que fuiste demasiado piadoso y perdonaste á los rebeldes y á las ciudades, no prosiguiendo el primer intento de castigar los herejes, sino que por castigo pagasen á tus soldados remitiendo al Concilio la pena de casas por otros muchos concilios condenadas, no te espantes, hijo, que contra tí aun los que has hecho de nada se levanten: ¡deprende, deprende de esto, hijo! que con los herejes no ha de haber piedad.»

Esto nos contó el obispo Gallo, famoso predicador, á Don Diego de Acevedo y á mí, que lo vió por sus ojos, que fuimos á visitarle en Monçon recien venido de Alemania.

De una discreta respuesta.

Como en los casos de honra no debe quedar cortado nadie, porque chico remedio al principio ataja graves y largos daños, es de estimar lo que un caballero dijo riñendo él y otro en casa de un señor en una sala. El ruido y la revuelta fué grande; sale el señor al ruido de su cámara, diciendo: ¿qué es esto? Dijéronle: señor, riñen hulano y hulano. El tornó y preguntó: ¿quién tiene la culpa? Saltó el uno de ellos diciendo: yo, yo tengo la culpa, que no la tiene otro nadie, como que en estos casos de honra tiene muy gran culpa el que no es en ellos culpado.

De la estatura que un hombre ha de tener.

Tiénese por comun cosa que no crece un hombre mas ni menos de al doble de la estatura que tuvo cuando niño de trés años; y esto teníalo yo por conseja y falso hasta que la prueba me ha hecho tenerlo por verdad. Tenia mi padre un criado muy alto, y acaso le pareció esperimentar esto; mandó tomar la medida á un mi hermano chico de tres años, y señaló mucho mas que la estatura grande del criado. Ríéronse todos de ello, y tuvieron por burla la medida; mas despues salió por cierta por mas de tres ó cuatro dedos de ventaja.

De otra santa y católica constancia.

Estando de embajador en Marruecos Pero Venegas de Córdoba, acaeció allí una cosa que entre las mas famosas merece ser contada. Un vecino de Madrid, hijo de un oficial real, que fué nuestro Señor servido que no se supiese su nombre, ó porque renegó estando cautivo en Marruecos, ó porque arrepentido gozase de la gloria eterna, sin dar á lo de acá ninguna parte, vuelto á la verdadera fé con grandes lágrimas y arrepentimiento, determinó de pasarse á España, aunque corriese el mayor peligro del mundo á ser tomado, como lo corrió y lo fué de aquellos bárbaros: que luego le destinaron á grandes tormentos y á la muerte, porque nunca tal creyeron de él por tenerle y quererle mucho y se fiar de él, que era alcaide de la Sagena (1), que es prision de cautivos, donde

(1) Voz arábiga سجانة *sachéna*, que significa prision, cárcel.

fiaban de él mucho de mas de diez mil cautivos cristianos.

Venido, pues, su dia, açótanle, arrástranle é hínchenle las llagas de los açotes de vinagre y de sal, y él entre mil vituperios predicando á Jesus á altas voces, deseando poder pasar por él mas de lo que pasaba. Métenle un clavo grueso por la frente: ¡oh clavo que curó en hierro echado assi en su honra! y por no le oir los loores que daba á Dios, y á ellos como los deshonraba y llamaba de perros, córtanle la lengua con gran crueza, y al fin de todos los trabajos le dieron la muerte en martirio de él deseada; y es cierto que el que vivo hedia á moro infiel y renegado oliendo ya á mártir santo, dió allí un celestial olor, mas que de ámbar y almizcle despues de muerto, de que fieles é infieles quedaron espantados.

De una astucia pia y muy sotil.

Siendo vicario de Alcalá el clarísimo Don Gaspar de Quiroga, que despues fué cardenal de Toledo por su valor, letra é bondad, viniéronle unas letras apostólicas, y por ser en contra del Emperador no las quiso obedecer, antes con mucho menosprecio las hizo pedaços; y muy indignado de ello el Nuncio, por parte de su Santidad, fué buscado con todo rigor para castigarle. Mas él *exinanivit semetipsum, formam servi accipiens*, y en hábito diferente se fué encubierto á Roma, donde tal llaga se habia de curar. Sirve á un cardenal con su barba larga, desconocido, en hábito corto y biçarro, porque á conocerle, no solo no le absolviera el pontífice Páulo, mas aun le quitara la vida por lo que habia osado.

Pónele, pues, un dia su amo á los piés del Padre santo; confiesa con encubiertas palabras su pecado: *Tu*,

quis es, dijo el Papa, *ego sum*, dijo él, *qui rogat*. Mira, dijo su Santidad, que no seas Quiroga. *Qui rogat* soy, dijo él, que nunca vi tal hombre como el que dice su Santidad. El Padre Santo dijo: pues eres *Qui rogat* y no Quiroga, á quien yo tanto deseaba, yo absuelvo á *Qui rogat*. Con tanta importunidad, tómalo él por testimonio y breve y bésale el pié por la absolucion, y pártese con gran contentamiento para España, y despues el Papa que tan enojado estaba, vista la piadosa astucia, le tornó á absolver, y convirtió la ira en mucho dolor sugo. ¡Digna persona, pues, de ser despues en el mundo la segunda persona de la cristiandad!

De la prudencia de un singular capitan.

Antonio de Leyva (1), de quien se podrian escribir muchas cosas, y algunas he escrito yo estando cercado en Pavía del poderosísimo ejército de Francisco rey de Francia, donde en persona él mismo estaba, habiéndole, pues, muerto muchos franceses y él por muchas partes de la ciudad habiendo sido otras veces acometido y asaltado, estando una noche durmiendo en su cama llegó un paisano de campo sin aliento, y despertándole dijo: «franceses, franceses, á la puerta de tal parte.» El sobresaltado, y aun no bien despierto, dijo: «pues no hay sino el Tesin, el Tesin; acudid á la defensa, con tal gente acudid á la otra contraria parte.» ¡Oh juicio de plático y experto capitan que supo mas durmiendo que los otros velando! Así que la irrupcion que querian hacer los franceses era por donde él medio dormido dijo, que parece que hacian

(1) En varios cantos de su *Carlo Famoso* hizo el autor mencion honorífica de este famoso capitan.

como los lobos que acometen al ganado por una parte para sacar tras sí los perros de su defensa, y despues envisten por la otra contraria, donde ninguna defensa hay. Como el licenciado Cuevas en Sevilla, gran cirujano, que le trajeron una vez un negro mal herido en la cabeça de una pedrada, y no trató de curarle aquello, sino tentándole con la mano le abrió la cabeça por la contraria parte, donde resquebrajándose con la piedra, estaba el daño en el casco, conforme á una yerba que hay en Valencia del Cid, que se llama pan y cal, que la ponen en la parte contraria de la herida, y por allí sana: que acaece un hierro de una saeta escupirla por la herida puesta en la parte contraria.

De cuánto la razon puede en las armas.

En Talavera estaban unos hijosdalgo á ver el encerrar de los toros uno de los solemnes dias, entre los cuales era Pero Suarez Pacheco, hermano de Juan Pacheco, caballeros y deudos del conde de Oropesa. Pasó un Antonio Vazquez, hidalgo, en quien tenia un canónigo de allí renunciada su canongía, y díjoles: «si vuestras mercedes tuvieran en qué andar no estuvieran á pié ahí;» y el Pero Suarez le respondió riendo: «mas queremos estar así que no ir en esa mula ratonada,» de que todos rieron mucho. Pasó así sin mas circunstancias la cosa; á la noche vino á su casa el Pero Suarez Pacheco herido de un toro en la muñeca de la mano derecha, y fuéronsela á curar en casa de un cirujano. «Señor, le dijo él, no traigais espada, que no estais para ello, y poned la mano en un cabestro, que está en mala parte la herida.» En este tiempo llegó Antonio Vazquez á casa de Alvaro de Loaisa, donde Pero Pacheco herido estaba, y apartóle y díjole

que le queria hablar un poco aparte, y sin decirle qué le queria le llevó hasta el rio. Razonando en el camino, Pero Pacheco le dijo: cómo, amigo señor, ¿dónde me llevais? que si es para que en alguna pendencia os ayude no estoy para ello, que tengo la mano derecha muy mala, que hoy me hirió en ella un toro, de la que no sé si quedaré manco.—Vamos, le dijo Pero Vazquez, que para lo que es yo os daré cuenta allá.»

Pues llegados al campo, le dijo Pero Vazquez: «hoy me dijistes ciertas palabras de mi mula en el Grado, decidme si fueron para afrentarme.» Pero Pacheco se corrió de ello mucho, diciendo: «ni las palabras, ni sobre el caso que eran fueron de ninguna importancia, ni por os agraviar me pasó por pensamiento, sino burlando por holgarnos.» Pero Vazquez le respondió que no se satisfacia de aquello, sino que se habian de matar. Pero Pacheco á porfiar que no y el otro á porfiar que sí, al fin fué fuerza y vergüença venir á las manos.

En el combate al Pero Pacheco, como tenia mala y con tanta flaqueza la mano, se le cayó la espada, y viéndose así cerró con todo eso con Pero Vazquez, y echó mano á una daga, y picándole con ella en el un hombro le trastornó en el suelo, pidiendo él á Pero Vazquez que se diese y bastase ya; mas él no quiso, sino tanto forcejó que á Pero Pacheco que tenia encima le tornó á poner debajo porfiando de le sacar la daga de la mano, y como no pudo, alargándose un poco para tomar una espada que estaba allí cerca para matarle, Pero Suarez Pacheco respiró un poco de debajo, le metió la daga por el costado, de que murió luego, matándole, no la daga de su enemigo, sino la soberbia y sin razon que con el amigo, sin causa y sin su voluntad y mal herido en la mano, habia usado.

De una cosa extraordinaria.

No puede ser otra mas que serlo un hombre primo-hermano de tres descendientes grados de abuela é hija y nieto, que todos estos fueron de Don Francisco de Meneses en Talavera, hijo de Don Cosme, primos-hermanos él y Doña María de Luna, hija de Hernan Dalvarez de Meneses, hermano mayor de su padre, primos él y Doña Germana, hija de la dicha Doña María y de Don Luis de Loaisa, primos, porque su madre Doña Lorenza era hermana de Don Luis de Loaisa, y él y Don Alvaro, hijo pequeño de Don Estéban, hermano de Don Luis de Loaisa, y hermano de su madre Doña Lorenza, tambien primos-hermanos, porque el dicho Don Alvaro niño fué nieto de la dicha Doña María de Luna; así que fué á un tiempo volviéndolo hácia arriba primo-hermano de hijo y de madre Doña Catalina y de abuela Doña María de Luna, que fué madre de Doña Catalina y de Doña Germana, y como dice la conseja, sin pecado con lícitos matrimonios por dispensacion de Papas.

De una constancia católica, ir con el de firmeza y constancia.

Viniendo con ejército Vandoma abrasando á toda Francia, año de noventa y dos, llegó y puso su terrible campo sobre París, donde todos los mas católicos de aquel reino se habian recogido, en lo cual, unos por entrar y otros por resistir, hicieron cuanto en una opugnacion é impugnacion se puede pensar, y fué tanta la hambre que se pasó allí, que llegó á valer una vaca ciento y veinte escudos, y comieron, sin ofenderles al gusto, cuantas sa-

bandijas malas ofendieran ahora al oido, si yo lo contase; y sin duda perecieran todos de hambre, como los de Sagunto, si los de la ciudad riquísima no compraran de los soldados de Vandoma, rotos y descalços y sin çapatos, á hurto escondidas viandas, y allí el embajador de España, Don Bernardino de Mendoça, hermano del conde de Coruña, en limosnas y en necesidades extremas hiço maravillas.

Al fin un glorioso y felice dia tuvieron los de la ciudad las reales banderas de España, por cuyo capitan general venia el príncipe de Parma cerca de París, y así en poco trecho estaba, como quien dice, la persona que hace y la que padece y el verbo, que venia á redimirlos y salvarlos.

En esto Vandoma envió luego un trompeta al duque de Parma desafiándole á batalla campal para singular dia; mas el Príncipe le respondió que él traia órden de Su Majestad solamente para descercar á París; mas que si para ello fuese menester pelear y darle la batalla, que tuviese por cierto se la daria; mas Vandoma viendo ya á París socorrido, se volvió corrido por donde habia llegado.

De cortesía.

Don Baltasar de Borja, en Valencia, moço de menos de veinte años, desafió á Don Miguel de Villanova, de treinta y cinco años, experto y valentísimo caballero, todos nobilísimos en aquella ciudad; y en el combate recibió Don Baltasar una fiera cuchillada en una pierna, debajo de la rodilla, que casi lo desgarretó; y estando herido y perdiendo mucha sangre, su contrario Villanova cayó tropezando, y apartóse Don Baltasar diciendo que se levantase. Levantóse, y desagradecidamente se volvió á

combatir otra vez, y otra tornó á tropezar y caer él mismo como antes, y Don Baltasar, ya casi agotadas las venas de su misma sangre, tornó á hacer que se levantase con la misma gentileza que la vez pasada. Entonces Don Miguel levantado, arrojó su espada diciendo: «no quiera Dios que yo me mate con tan cortés caballero. Vea vuestra merced qué satisfaccion manda que yo haga, que cuanto á nuestros enojos, con que no sea perdiendo mi honra, que vuesa merced no me mandará, haré todo cuanto le agradare,» y Don Baltasar dijo que no queria otra satisfaccion, y que aquello bastaba; y juntos, atándole la herida el que se la dió, se volvieron á Valencia, sin para su amistad haber menester justicia ni terceros.

De otra semejante cortesía.

Marco Antonio de Reus, herido en un desafio de una mala estocada de Don Juan de Gamboa, en Çaragoça, y saliéndosele mucha sangre, se retiró afuera Don Juan suplicándole que mirase que no estaba ya para mas pelear, y que lo hecho bastase. Marco Antonio todavía porfiaba, y al fin cayó desmayado; entonces Don Juan, saltándosele las lágrimas de le ver tal, encomenzó á atajarle y á atarle la sangre, y el Marco Antonio, casi mortal herido, le dijo: «señor, ya veis que la justicia viene, vos traeis una ruin haca, tomad y salvaos en mi caballo;» y así lo hizo Don Juan, quedando el Marco Antonio tendido en el campo.

De una rara mujer.

Ya que de armas en mi mocedad me pasé á las letras en mi vejez, y que la usada lança, sin hacer calada, de mis justas se trasformó en pluma, para con ella sin

poner mentira escribir cosas justas, bien es acordarme con ella de los mios; y pues de sí y de los suyos dicen que ha de començar la caridad: primero la limosna á los padres, luego á los hijos, y luego á deudos, criados y vecinos, començaré.

Fué, pues, Doña María de Toledo, mujer de Hernan Alvarez de Meneses, un caballero muy principal de Talavera, hermano mayor de Don Antonio de Padilla, presidente del Real Consejo de Ordenes, de las que raras en el mundo se pueden llamar y decir, que si la fecundidad fué de loar en los antiguos y se echaban del templo las estériles, dió en su honrada casa esta señora seis valerosos hijos. Fué con su gentil hombre marido enfermo á curarle á nuestra señora de Guadalupe, donde para el alma y para el cuerpo hay medicina y médicos grandísimos, donde se le murió en los braços. Pónele en un honrado sepulcro llórale mas de veinte años, las noches en su casa y en la iglesia, los dias rogando á Dios por él ante la bendita imágen; ¿sus misas, sus limosnas, sus devociones, sus obras pias, quién las podrá aquí contar?

Muere ella en su verde edad, en la mitad del camino de su vida, conforme su muerte á su pia y devota vida, sin se apartar de él hasta que la sepultura que tanto habia barrido con suspiros y regado con sus lágrimas, se la abren y echan su cuerpo muerto con los huesos y reliquias de su marido amado.

¡Oh flor de bondad y de cortesía!
Inclita hermana, á tu hermano perdona,
Si en los loores que de tí pregona,
Tan corta y escasa es la pluma mia.
De sábia y hermosa loarte podria
Por un ejemplo muy maravilloso,
Mas por ser tu hermano seré sospechoso;
Dirán que te pinto mejor que debia.

Y pues que no te puedo loar como merece, alábense de tí tres ilustres honradas villas: Llerena donde naciste, te dió la cuna; Talavera donde te anidaste, el nido, y Guadalupe, donde mientras durare el mundo, durará tu sepultura.

Del principio de las guerras entre España é Inglaterra.

Despues que por la muerte de la reina María, hija del rey Enrique Octavo, el rey Felipe, nuestro señor, dejó de ser de aquellas islas rey, hubo entre España é Inglaterra por muchos años una paz profunda é quieta como entre dos hermanos y cuñados, que nuestro Rey y su Reina eran, y en este medio tiempo apostó un navío inglés en nuestras océanas riberas, y siendo el juez de San Sebastian informado que los ingleses traian mercaderías contrabando, va allá en una barca, y métese en el navío, y encomienza á desenvolver todo cuanto traian, y á apartar y dar por perdida buena parte de ello:

Illi indignantes magno cum murmure gentes,
Circum claustra fremunt;

y viendo que ni por ruegos ni por razon no podian quietar al furioso, no su juez, levan áncoras y alçan velas, y como Paris, con el robo de Elena, llévansele por esa mar adelante, haciendo autos y requirimientos á Inglaterra; y mas que muy bien herrados los piés, nunca le consintieron dejar su vara de injusticia de la mano, haciendo burla de él, como pusieron grillos de oro á Dario los parricidas que le prendieron, y allá le trataron los ingleses muy asperamente y con mucho escarnio.

De esto resultó envidar acá unos agravios, y allá re-

envidar otros, hasta que se encendió el fuego de la guerra, que solo Dios sabe cuanto tiempo durará, por la codicia y liviandad de un juez vano é inconsiderado. ¡Cuánto mal á España y á otras provincias ha hecho! han nos sido tomadas tantas armadas de las Indias; acogióse á Inglaterra el escandaloso Don Antonio (1); perdimos tantos navíos, tantos caballeros muertos y cautivos sobre y en la conquista de Inglaterra, vinieron ingleses y saquearon con Don Antonio á Lisboa y á Cádiz; en fin, arrebatonos Draque ogaño, año de noventa y dos una nave de la India que

Illa arabum merces et fortunata Canopi
Dona feret nulli, nam bellum mortalibus infert.

Tú la arrebataste, mal juez.

Porque se vea cuánto sirven mas á sus príncipes jueces blandos y mansos, que no terribles y exhorbitantes haciendo desafueros.

En cosas que parecen mentira y son verdad.

Una de estas diré no mas de las que para escribir ha venido á mi pluma á la mano. El licenciado Salguero Manosalbas, buen letrado y hombre de mucha conciencia y verdad, me contó que cerca del año de noventa, estando de corregidor en Motril, vió allí un mozuelo de trece años, saludador, que en prueba de que lo era, hizo encender un horno con mas leña que la ordinaria, y cuando estaba ardiendo y hecho una brasa el suelo y las paredes abrasándose, llegó á la boca, y soplando tres so-

(1) D. Antonio, prior de Ocrato, pretendiente al trono de Portugal.

plos en cruz en la boca del horno, entróse dentro y se anduvo algun rato paseando, y salió sin recibir ningun mal ni daño, quedando tan ardiendo como antes: que se coció luego pan en él: cosa imposible, admirable y no vista desde Sidrac, Misach y Abdenago acá. Esta es buena prueba de saludadores, como se prueba echado en el fuego un diamante si es falso; mas esto no puedo sufrir que se hagan los que quieren saludadores sin serlo, y que los que lo son digan las cosas por venir, y donde están cosas hurtadas.

Y la dicha maravilla hizo el buen juez ante cuatro ó cinco escribanos tomar por testimonio, siendo testigo todo el pueblo y capitanes de gente de guerra, y el vicario de la Iglesia.

De animales.

Que los animales tengan instinto para todo lo que les cumple, parece que es justo y que Nuestro Señor que las crió tenia á ello alguna obligacion para conservar la especie; mas que hagan cosas que tiran á justicia, y razon, esto es muy de maravillar por competer solo á los hombres: lo que usaron las cigüeñas como aquí vereis.

En una aldea de Salamanca vinieron á criar dos cigüeñas; hecho ya su nido quedaba á guardarle el cigüeño, y la cigüeña se iba por ahi á buscar de comer; esta acordó de hacer traicion á su compañero en un prado, cerca de un riachuelo y cerca del pueblo, aunque desde la torre donde estaba el nido no se alcanzaba á ver, y allí veian los vecinos tomarse las cigüeñas adúlteras, y el legítimo compañero estarse en el nido sin entenderlo; mas al cabo de algunos dias tornando sobre la torre vió la traicion que le hacia la compañera, y como el nuevo dolor le ins-

tigó, dispara por ahi adelante, que en ocho ú diez dias no le vieron del pueblo.

Al fin vuelve el agraviado con doce ó trece cigüeñas, y van al prado donde los adúlteros estaban, y con gran furia y algazara de ellos matan á los dos culpados, y traen á la torre al desagraviado que ya podia decir cuernos fuera, y con grandes regocijos y fiestas le dejan casado con otra; y habiendo hecho tan notable justicia las demas, alzan el vuelo y se vuelven por donde vinieron. Fué á todo el lugarejo notorio el caso, y ver en el prado muertas, de muy muchas picadas, las dos adúlteras cigüeñas. Esto pienso que escribe el raro y venerable maestro Francisco Sanchez de las Broças, catedrático de retórica en Salamanca, la cual historieta por ser *cum tanto commune viro*, no podrá dejar de ser tenida por verdadera.

De visiones.

Cuanto á estas fantasmas y visiones hay dos bandos en el mundo: unos que no creen que las hay, y dicen toda mi vida he andado de noche, y no he topado ninguno; y otros que creen que las hay, como es justo, de que están los libros llenos de ejemplos.

Llegó al rio Rubicon César, donde sin ser declarado enemigo del pueblo romano, no se podia pasar con ejército, y reparando pensativo á la orilla de cuán gran cosa acometia en hacerse enemigo de Roma, le arrebató una fantasma de un suyo una trompeta, y comenzó pasando á la otra parte, con espantoso son á tocarla. «Vamos, pues, dijo César, de donde los hados y señales de los dioses nos llaman, que echados son los dados,» como quien dice de la fortuna, y pasó luego de la otra parte.

Y agora en confirmacion de ello fué certísimo lo que en Valencia del Cid pasaba en casa de un caballero muy conocido de allí, que se llamaba Marradas, donde cada rato se veian nuevas fantasmas, unas veces difuntos ensabanados, otras gigantes, otras enanos; otras jugaban á las cañas, otras combatian á pié, otras á caballo terribles caballéros armados. Otras veces se veian leones y osos, y sierpes, y fieras bravas; otras ponian la mesa; sentábase á ella Marradas, llamaba á comer á su muger, una honrada señora, y en un punto, ni habia mesa, ni platos, ni criados ni muger, todo era mentira y fantástico; pedia su caballo para salir fuera, venia relinchando, y sus lacayos sin caperuzas; ponia el pié para subir, no habia lacayos ni caballo, y daba por el suelo de manos.

Venia otra vez la gente verdadera, y unos á otros cuando se habian de creer no se creian; ya no se creia, ya no se tenia otro remedio, sino tomar nombre, y el que daba el nombre como en la guerra, era enemigo, y el nombre era Jesus, Jesus señora, quereis comer, Jesus señor; si Jesus esto y esto otro, y era fantasma el que no lo decia. Estas visiones ni hacian mal ni de ningun mal eran causa, corrian en casa toros, y los toros no hacian mal ni mataban, ni herian, aunque traian á los hombres en los cuernos en el aire; caballos armados combatian, llevando sus trompetas delante, y dábanse golpes terribles, hendíanse hasta los ojos y hasta los dientes las celadas; abríanse tambien por medio como dos medias cabezas de cabrito, y partíanse otros al través por las cinturas, y despues sin lision ni herida, como Orrilo, tornaban los cuerpos á juntarse.

En qué paró esto yo no lo sé, mas cuando año de cuarenta y dos estuvieron allí el Emperador, y el Rey, su hijo, hallamos reciente el verdaderísimo caso, hasta que los señores de ella dejaron la casa y se fueron á vivir á otra parte.

De un buen hecho.

En Bienvenida, un lugar de Extremadura, donde se usa que los regidores guardan los términos y penan, halló uno en una dehesa con sus bueyes á un gañan y por penalle y prendelle va tras él con su caballo y con su lança; él defendiase con piedras, porque no tenia otra arma, y dióse á huir en acabándosele; el regidor pensando asirle, luego hinca su lança en tierra, y apéase de su caballo y vá tras él con su espada; el moço dióse á huir en arco un rato y revuelve en torno, donde dejó el otro el caballo, salta presto en él y dále tantos contonazos que le dejó medio muerto con su propia lanza, como alargándose de sus enemigos venció Horacio: por lo que no es bien apretar uno tanto á la naranja que amargue, que un gato encerrado se viene á las barbas, por lo que es muy sábia cosa lo que dicen, «cuando huye el enemigo hacerle la puente de plata.»

De la increible diligencia que hizo Portillo Correa.

Despues de la batalla de Jassa, que venció el Emperador á los alemanes y á Federico el elector, duque de Jassa, estaban en España por el Emperador los ánimos suspensos y confusos, porque, aunque sin causa era tanto el amor que le tenian sus reinos, que estaban llenos de temor solícito y razonable. Estando, pues, en Valladolid con sus reales Consejos el esclarecido príncipe, vino con la nueva de la vitoria el correo Portillo, que anduvo mas de diez dias arreo, á cuarenta leguas cada dia, una diligencia no vista; mas se le añadió otra maravilla mas,

que desde que partió de allá se trujo consigo á Don Bernardino de Avila que mató un honrado caballero en particular desafio en Milan; no hizo, pues, tanta diligencia Polidamante, un caballero que con vestido arábigo en dos camellos con otro alárabe fué enviado á la provincia de Media, á que sus soldados matasen á Parmenion por mandado de Alexandre.

Mas otra mayor, segun me escribió el serenísimo duque de Saboya, hizo otra mi carta que desde Monçon les escribí, que un dia le hizo el Emperador capitan general de su ejército, y al otro le llegó mi letra dándole el parabien del cargo.

De sotileza de manos.

Fué en nuestros tiempos un valenciano, Dalmao, natural de Tortosa (así llamado) que hacia cosas maravillosas, tanto, que por ser al parecer casi sobrenaturales, fué llamado al Santo Oficio por ello, y dado por libre y porque en él no hallaron causa. Hacia de una baraja de naipes á vista de todos á un tiempo, unas veces todos ases y otras todos blancas, otras todos reyes. Yo ví ante la Emperatriz nuestra señora caérsele un doblon á una dama que lo andava á buscar con mucho cuidado, y dijo á Dalmao: por vida vuestra que me digais donde está! ¿qué me dará vuestra merced? dijo él; ella dijo: lo que quisiéredes—no quiero sino que me dé vuestra merced esos guantes. Ella se los dió luego, pues dijo: «en aquel membrillo que tiene la señora Doña Ana Manrique está» hicieron todos burla dello porque Dalmao no habia aun llegado allá; míranlo por todas partes; viéronle entero; ábrenle sin él tocarle y hallan el doblon en el membrillo, y otras mil cosas desta manera que entonces frescas espantaban

á todos, y agora yo no me acuerdo de todas ellas para contarlas.

De una maravillosa cosa.

Bien dice Ariosto, que el que va lejos de su tierra ve cosas que no se le creen en volviendo allá; y Don Jorge Manrique sábiamente aconseja las cosas de admiracion no las quentes que no saben todas gentes cómo son. A lo menos ya que del todo no quiebra, adelgaça á los contadores el crédito, y yo no sé cómo los profesores de hablar largo no miran cuán gran infamia es coger á uno en mentira, que si el decir á uno que miente, aun al que lo dice mintiendo, es la pena última afrenta, ¿cuánto será el mentir, aunque nadie se lo compruebe? Miranse unos á otros, y gimen debajo de una mentira como debajo de un cruel tirano que les tiraniza el entendimiento contra su voluntad, y despues queda el que lo inventa (como debe) por infame; y así á los letores pido que ninguna cosa me crean, si alguna me dejaren de creer, porque así como alterada una vez la honra de una muger no puede convalecer, así, quebrada una vez no puede volver á su lugar la honra y opinion de un caballero honrado.

Pues entre cuantas cosas por tierras extrañas yo he visto, la mas grande fué lo que su Majestad y toda la Corte vió en Holanda, en Dunquerque, menearse una torre de piedra como un árbol ó como un barco al tañerse una campana, tanto, que al menearse se veian desgajar las esquinas casi un palmo, y un caballero recien comido se mareó como si estuviera en una barca en el mar alto.

En aquel tiempo vimos lugares anegados del mar y asomar las torres y altos edificios por encima del agua, y en otros señalada en la iglesia donde llegó tal año y tal cerca del techo de ellas el agua, y con reparos é indus-

tria humana echada la mar á fuera, tan á peligro los pueblos cada dia de anegarse, donde si un mal cristiano quisiese abrir con una açada un dique y dar por allí entrada se anegarian todos, como les tienen cercados como enemigos las aguas. ¡Qué cosa para en los bandos de España y su cólera! que se ahogarian á sí mismos por ahogar á sus contrarios, como dijo pienso que Augusto en su proscripcion *cruelissima mortepereant amici, dum una secum invicem trucidant*: mueran los amigos, con que juntamente mueran los enemigos,» y en los anegados pueblos por donde pasaba la Corte, como acá en carretones, salian los pobres á pedir limosna en barcas; así que estas dos cosas me parecieron peregrinas y raras menearse una torre de piedra alta al toque de una campana, y con reparos de rama y tierra de aun no veinte piés de ancho resistir á la tempestuosa mar y echar fuera de la tierra diez y veinte leguas la salada, que aunque lo ví, estoy por no me lo creer yo mismo á mí, si no lo viera juntamente toda la Corte de España.

De un justo castigo á un nuevo insulto.

Año de noventa y uno, porque un consejo que hay político mandaba cortar tejados y salidiços y alaroçes en Madrid, júntanse mas de quinientos hombres y arrebatan al Condestable diciendo, que como protector de España suplicase al Rey que no se hiciese tal, que era en perjuicio comun; y llévanle á ello á Palacio con gran insulto de pueblo alterado escandalosísimamente. Vélos su Majestad venir, no dió aun sobre ello audiencia al Condestable, remítelos al conde de Barajas, presidente, y al alcalde Pareja que mire por su justiçia; ván á casa del Presidente, hínchese la plaza de ellos; entra el Condestable, asómase Pareja á una ventana diciendo que todos no pueden ha-

blar al Presidente que está malo, que entren dos docenas de ellos de los sábios y principales; van á porfia á entrar por mostrarse cada uno mas honrado. En entrando cierran la puerta, maniátanlos, los de fuera huyen al momento, y á los que entraron dieron cada doscientos azotes luego por las calles y echaron algunos á las galeras; y aun mas merecian por escandalosos alborotadores de pueblo; y el que los juzgó que fué Pareja, y el que los prendió que fué el alguacil de corte Pedro García, murieron dentro de un año en ocho dias. Fué señaladísimo héroe el tal alguacil, que en tres años que tuvo la vara prestada, alegó que echó mas de quinientos ladrones y vagamundos á galeras, por lo que la hubo perpétua, y dejó de tantas prisiones mas de mil ducados de renta. Este fué el Morfeo de nuestros tiempos, que para prender malhechores, unas veces se transformaba en vergante desarrapado con capilla corta y caperuça andaluça, y jugaba y trapaçeaba con ellos; otras en caminante mendigo; otras en peregrino romero, y otras en clérigo para no espantar los delincuentes, y otras en varias formas de mil maneras.

De un buen trueque.

Don Hernando Giron, un valiente soldado, caballero de Talavera, hermano menor de Don Juan de Salcedo, estuvo en Flandes ocho ú nueve años haciendo muy buenos hechos y probando en todo muy bien hasta agora ser capitan de caballos ligeros; y á una gran escaramuza con los flamencos rebelados, salió él en una haca muy cansada. Topa un caballero viejo de los nuestros en un muy hermoso y holgado caballo, que por su desasosiego estaba muy congojado con él. Quiéreme vuestra merced trocar esa su

roza (1) á este mi caballo que me lleva muerto,» dijo aquel. Respondió Don Hernando: «creo que se burla vuesa merced, mas yo le daré encima lo que pudiere;» el otro dijo: ¿qué me dará?—No traigo aquí mas de veinte escudos, dijo Don Hernando; pues vengan, replicó el otro, que por salir de este diablo yo lo haré;» apéanse y pasa adelante el concierto de que el vendedor del caballo pagó cruel la alcabala, que fué la muerte.

Pues puestos á caballo dende á poco carga gran golpe de enemigos sobre ellos; el otro que no pudo retirarse quedó allí luego muerto; mas Don Hernando con el buen caballo, sálese de los enemigos fácilmente, y á uno que le executaba mucho revuelve lejos de la banda de los compañeros, encuéntrale, tópale, derríbale, mátale, quítale una cadena de oro que valia trescientos ducados por lo menos, vuelve á cabalgar, cargan los enemigos sobre él, pone á su caballo las espuelas, topa un arroyo ancho delante, sáltale de la otra parte, quédanse los enemigos burlados y el otro de los suyos muerto, y él sacó de aquel trueque vida y honra, y un hermoso caballo y trescientos ducados en dinero.

De un cortesano, romance de apodadura.

Los libelos infamatorios de los motes y cosas graciosas y de burlas distan tanto, que casi no hay en tanta desproporcion comparacion bastante, como del cielo al infierno, que es la distancia mayor que en la compusicion

(1) En francés *rosse*.

de esta machina del mundo hay; el libelo es pecado mortal que mata el alma de quien le hace, como él mata la honra y fama del próximo, y para siempre, porque las cosas por escrito y agudamente dichas tienen vida larga, y casi es imposible la restitucion, mas las gracias son cosa de juego y de burla de caballeros y de cortesanos. Estas tocan en el cuerpo, y cosas leves que aun los mismos apoderados, si son discretos, gustan y huelgan de las cosas tales; mas los libelos llegan á lo vivo, disfaman casas y generaciones y linages, y justamente las leyes condenan á muerte á los tales, por lo que en Extremadura poco há por un juez real fueron dos crueles villanos libelantes ahorcados.

Hacen un libelo dos rústicos de, y no diré de dónde, por ser bestias tan fieras de cerca de mi patria, en que disfamaban á cuantos en su lugar desamaban, y dicen tambien de sí mesmos y publican que lo habia hecho uno que ellos querian mal, que estaba inocente de tal caso. Van á la Corte, contra él piden juez y dánsele, y por el camino le venian instruyendo como le habian de dar tormento al inculpado, su contrario, para que no negase; ofréscenseles doscientos ducados porque se desistan de la acusacion; ni el dinero, ni clérigos, ni frailes no fueron para ello parte; vése en grande aprieto el acusado, mas el sábio juez toma bien el pulso al negocio, conoce la cautela y el desamor, como el amor encubierto de Erisistrato; da por libre al libre, prende á los calumniosos ausentes, vuelve contra ellos las leyes y las armas, pónelos á tormento, dáles el que ellos para el otro por el camino le aconsejaban, entran en el toro de alambre que inventaron para otros, á Phalaris en el potro en que los tormentos se dán, confiesan la verdad, y fueron con sus mismas armas ahorcados; estos son los libelos perjudiciales, y esta es la poca pena que conforme á lo que merecen se les dá.

Mas los motes, las coplas y cosas de apodaduras, como este romance que diré, que tocan en el pelo de la capa y en cosas tan leves, es gentileza, es gracia de caballeros, y cosa muy para reir y holgar, como se gustara mas de ello si se conocieran las personas; mas presupóngase que fué vestido justísimo para lo que se hizo y á su mismo talle.

Ageno.

En las Córtes está el Rey,
En las Córtes de Monçon,
Con él muchos caballeros
Todos á su mandar son.
Con él está Roduarte,
Hijo de Muley Açon,
Y su primo Simpliçiano,
Que es hombre harto sin son.
Tambien está Pildoraque,
Muy preciado en su razon,
Parece garbanzo negro
Comido de neguizon.
De un caballero extranjero
Es bien se haga mencion,
Paresce tinajon pollo
Relleno de diaquilon,
Y mas paresce vendexo
Que le hizo Sasamon.
Y hay otro oso retumbante,
Puesto en calças y en jubon,
Panadero del desastre
Sus pasos son de anadon.
Con este tomó enemiga
Don Godofre de Bullon,
Por pretension que tenia
De heredarle el baston.

Parece Santiago rubio
Que está haciendo sermon,
A un frailecillo novicio
Santo, y de buena intencion,
Que á los tales como este
Engaña con su blason.
Este gobierna un difunto
Que murió de presuncion,
Parece grifo aguileño,
Ximio que está en oracion.
Llorábale Don Frisuelo
De todo su corazon.
Gozque que le han enviado
Para una cierta invencion,
Que le pide por marido
Doña Conexa Huron.
Tambien le llora Don Bueso
Que responde por pichon.
Otro primo tiene el grifo
De muy mala desistion
Lo que este nos parece
Naide nos parezca, non.
Parece músico moro,
Hombre que vende jabon.
Allí está un jayan torculo
De espantable proporcion,
Dromedario con alabarda,
Que la viste por jubon.
Decia á este su madre
De todo su corazon:
Filimi Absalonazo
O filimi Absalon,
Que te crié yo á las tetas
De un muy gran almofragon.

Hoy te dió lebre un gergon,
Bien es que nos acordemos
Dese Burlando Furion,
Muchos le tienen por bravo
Los que le conoçen, non.
Sino dígalo su hermano,
Ese pelado hurron,
Galguillo que fué ahorcado
Porque hizo una traicion.
Otro retumba en la corte,
Que dicen de Morexon,
Tono de ciego que reza
La oracion de San Leon.
Si la prima se le quiebra,
Dios os guarde de tal son,
Y esotro culebro vago,
De gentil despusicion,
Parece galan de paja
U hecho de diadicron.
Ni se nos puede en olvido
Aquel insigne varon,
Sastre con malas tijeras,
Que está cortando sayon
Para vestir en las bodas
Que se hacen en Leon.
Mas mata con su quijada
Que con la suya Sanson (1),

(1) Este romance se halla en el *Cancionero* manuscrito de Juan Fernandez de Ixar, aunque con muchas variantes. Verdad es que Zapata, al trasladarlo, advierte mas adelante que no lo recordaba todo, y que desde su memoria le fué infiel, suplió algun verso. En el citado *Cancionero* se hallan declarados al márgen los nombres de los personajes á quienes alude el romance, como se puede ver en las notas al Tiknor, tomo I, pág. 512.

Aqui la acelga cocida
Venga á dar de sí razon,
Tristeza de monja enferma,
Honestidad de capon,
Hombre que canta ¡Ha Belerma!
Sin esperar galardon.
Y de aqueste buen romance
Non me acuerdo de mas non,

Porque ha cuarenta y ocho años que se hizo, y que pasó sin entenderse entonces. Su autor pienso yo que fué Don Luis de Avila, un muy principal caballero y de muy buen gusto, y el acordarme yo de él agora ha sido de poco y á remiendos, y las engarzaduras como quier que ellas van de mi cosecha, sin saber cómo procedia esto, juntando como Esculapio á Virbio, miembro á miembro, ó como dicen que fueron los centones de las obras del ciego Homero, que llamaban rapsodia, que como iba cantando los versos de su Iliada y Odisea los pusieron despues por la mejor órden que pudieron.

De una santa burla hecha á un santísimo Papa.

Ser extrema la bondad de Pio V., Pontífice bienaventurado, dijéralo sino temiera lo que se suele temer en tales casos, que era disminuir mucho su loa por alabarle; mas esto le acaesció con sus criados.

Propuso de ayunar una cuaresma sin comer carne, ni pescado en vejez ya de casi ochenta años. Suplicábanle que no lo hiciese sus ministros y cardenales, mas no sé

pudo con él acabar; pasó la cuaresma, y pasada dijo á los suyos ¡qué gran merced me ha Dios hecho que por ver buena la obra, me hallo hoy mucho mejor por haber ayunado! La gran merced Nuestro Señor la ha hecho á toda la cristiandad (dijo Don Francisco de Reinoso) que fuera Vuestra Santidad muerto, sino hubiera inspirado en nosotros que le hiciésemos este engaño, que sepa que el agua en que se cocian las yerbas que comia Vuestra Santidad era de capones destilados. El Papa quedó confuso (como quien pasa un gran peligro durmiendo), sin saber qué hacerse, ú reir ú enojarse, mas queria tornar al ayuno de nuevo con clara y infalible agua; pero todos y su confesor mismo doctísimo se lo estorbaron.

Del que vivió cuarenta y cuatro años despues de haber estado enterrado un dia.

El protonotario Don Garci Ximenez, natural de Toledo, muriendo de dolencia en Roma, estaban sus condolidos amigos en enterrarle en campo santo, donde en veinte y cuatro horas se consumen y comen las carnes de los cuerpos muertos, del que en el cementerio de la Iglesia de Nuestra Señora de la Antigua de Valladolid hay tierra que hace el mismo efecto en tres dias; mas se resumieron en fin de le meter en una bóveda por ahorrarse el trabajo de la sepultura. En este tiempo estaba ausente de Roma un su amigo, y llegó otro dia que, sabido el caso dijo; ¡ah, y qué gran yerro! que le solian tomar unos desmayos muy á menudo.» Van á la bóveda á gran furia, y hallan al protonotario vivo, despues de lo cual vivió mas de cuarenta años en Casarrubios, donde fué cura; y el que le sacó á luz, que era de Salamanca, vino

á él por trigo, de que le dió gran cantidad en grandísima hambre y carestía, con lo que al que le dió la vida despues de muerto le escapó de la muerte vivo.

De que el que desea la muerte agena es su procurador para alargarle la vida.

Habia un clérigo que tenia en casa un criado y un sobrino clérigo. Dáles un gran beneficio en vida, que el criado con el pié de altar solo le sirva, y el sobrino haga frutos por pension, de mas de dos cientos mil maravedís. El que le servia á sesenta leguas del otro, no estaba sino en espera de cuando el que le llevaba la renta moriria; á cabo de veinticinco años muere este; aguijan á darle la nueva y á pedirle albricias y hállanle tambien muerto, que murieron ambos á las dos de la tarde un mismo dia.

De cifras.

De cifras hay muchas maneras, y puede haber tantas cuantas de pescados hay en la mar. Unos mudan las vocales; otros las consonantes; otros las trastruecan todas; otros ponen letras impertinentes que á cada tercer ó cuarto asiento no valen nada, sino para escurecer y hacer que nazcan mas dificultades; otros ponen nuevos caracteres; otros letras que con sólo agua se pueden leer; otros escritos con sebo que se lean poniendo encima papel quemado; otros que se vayan leyendo los renglones al revés; otros que se lea el papel por las espaldas; otros de abajo arriba; otros de arriba abajo; otros con cumo de limon ó de naranja, que no se pueden leer hasta ponerse al fuego ó calentarse mucho con el sol; otros que las primeras letras

de los renglones hablen; otros que las postreras; otros que á tercera ó cuarta, ó quinta casa; otros haciendo por otro papel ventanas, y que solas las letras que salieren por las ventanas valgan ó no valgan: cosa en la guerra, en negocios grandes utilísima y necesaria, porque si vienen á poder de enemigos las cartas *videntes non videant, et audientes non intelligant*; pero de todas es menester que á quien se envían tenga el abecedario.

Yo tuve un criado que tenía cuenta con mis papeles, que había sido contador del Duque de Bexar, que se llamaba Gonzalo Gutierrez, que sin abecedario ninguno cualquiera cifra de nuevos y no pensados garabatos decía lo que decia y la descifraba; á mi parecer cosa espantosa y rara, y que me costó mi dinero muchas veces, apostando que pudiera yo haber aprendido, de que me he arrepentido harto, aunque á saberlo yo lo supieran muchos, y fuera á muchas importancias gran daño. Y pienso yo que deben tener tal correspondencia en las letras entre sí las palabras y las sílabas unas con otras, y vocales, semivocales líquidas, mudas y consonantes, que por sus cadencias y infalible órden de construccion se alcanza; en fin, ella es grande habilidad, digna de ser entendida por muy pocos, y que los pocos de los príncipes fuesen tenidos en algo.

De un músico excelente.

Estaba el órgano de Granada por proveer, y mandó poner sus cartas de edicto Don Pedro Guerrero, arçobispo; juntanse de acá y de allá opositores infinitos, iban todos famosos una mañana á la música de oposicion: estuvo Silvestre con una capa parda á verlos, arrimado á un pilar de la iglesia: este no, y este otro no, y este

otro tampoco, y este otro menos á su parecer. Bajábanse ya el Arçobispo y la eclesiástica milicia alabando mucho á algunos, y procurando escoger á uno entre dos ó tres; llega con su capa parda Silvestre, y dijo que él queria tañer tambien, que le oyesen.—No hay que oir, que lo que han estos tañido, basta ya, dijo el Arzobispo; la Iglesia os agradece el buen deseo.—Señores, yo vengo de muchas leguas, dijo él, y por llegar á tiempo he andado hoy diez leguas, y agora me apeo; ya me manden oir, pues me han hecho venir sus cartas de edicto, que se han puesto por todo el reino. «—Dejadnos, dijeron los canónigos, que ya estamos hartos de música en ayunas, que nos vamos á comer.» —Señor, dijo él al Arçobispo; suplico á vuestra señoría no se me haga tan gran agravio, y yo protesto cuanto se puede protestar para no perder mi derecho.» Díjole un cantor: «señor, sabeis hacer tal y tal diferencia, porque los que su señoría ha oido han hecho todas estas.»—Lo que yo hiciere ahi se verá, justicia que se me oiga pido solamente.»—Oiga vuestra señoría á este importuno, dijo una dignidad, que poco se aventura en ello.» Vuelven, siéntanse, comienza á tañer, hace tantos mónstruos y diferencias que todo el dia se estuvieran oyéndole sin comer, que todos dijeron el órgano es suyo, sin discrepar uno de ellos. Y el que vino con su capa parda, sin pelo, bajó la escalera con ciento y cincuenta mil maravedís de renta cada año.

De un dichoso lance á los dados.

Estando el duque de Alcalá por virey en Nápoles, llega un francés tan roto y tan mal tratado, que puso á jugar su libertad para las galeras un verano por seis ducados. Saca el tablajero el bolson y dáselos, y pónelos una

vez en contra y el francés ganáselos; luego otros cuatro tambien, y ganáselos, é hizo ansi luego ocho ducados. Va de allí á otra mesa, é hizo diez y seis, y era condicion que nunca habia de jugar su persona hasta haber perdido el dinero que tuviese delante, y de ahi á otras mesas, arrebañó por todos cuarenta ducados, y fuese. Anduvo el rumor por todos y nadie osó jugar con él mas; sale á la nueva un ciudadano que traia tras sí dos criados, y contándole el caso, mandó llamar al francés, y le dijo que si jugaria con él aquel dinero á una mano, y porque él era muy dichoso, y él era muy desdichado, que habia de ser á quien echase menos puntos en los tres dados; acétase con esta condicion el desafio, y multitud de españoles é italianos, y soldados terrestres y de mar se ponen á ver el campo, que del ciudadano habia gran fama que era jugador de ventaja é hincaba el dedo.

Tómalos el napolitano en la mano, y pone en un monton juntos los ochenta ducados, comienza á almohazar los dados un rato, y «ahora de esta vá»—pues sus, dijo el francés, y echa el napolitano tres ases, de que quedaron todos espantados, y él iba ya á cojer los ducados. El francés no consintió; fuele á la mano, y todos dijeron que aun no lo habia perdido, que le dejase echar los dados. «Echelos, dijo el otro, que cuando mucho no hará mas de emparejar;» él tómalos y menéalos un rato: ea, pues, aquí va, y echa todos tres dados, uno sobre otro, y un as en el de encima. Sobre esto hubo grandes alteraciones y voces; van á los dados de debajo, y en cada uno no habia mas que otro as, de que quedaron todos espantados, y habia mil porfias. De cada parte depositóse el dinero; van con el debate al Regente, y á su tribunal; estuvo en probanzas el negocio siete dias, y al fin fué condenado en costas el napolitano, y dieron al francés, que se llamaba Remon, los ochenta ducados, de lo

que se tuvo por cierto, que aunque el otro hincaba los dados, el francés tenia algun familiar certísimo, que le ayudaba.

De una extrañeza de dos gemelas hermanas.

Sería yo escritor ridículo, ni para ningun caso mereceria tomar en las manos tinta y papel, si por un caso extrañísimo, como este que diré, perdiese el crédito que á tantos verdaderos se me ha dado.

En Talavera de la Reina tuvieron dos hijas Hernan Alvarez de Meneses y Doña Mencía de Ayala, padres de Francisco de Meneses, un caballero de aquel lugar, que nacieron en una misma hora y punto, y de un vientre, tan parecidas en disposicion y habla y rostro, y meneos entrambas, que si no era en los nombres y en los vestidos, su propio padre no las conocia mil veces; y si enfermaba la una enfermaba la otra, y de la misma dolencia, y al fin murieron de mas de diez y ocho años, en un mismo dia y punto, de una misma enfermedad las dos hermanas: cosa extraña para nuestros tiempos, aunque en los pasados pasaron algunas cosas de esta manera, y por eso digo que cada cien años como arcaduzes dan la vuelta en el mundo unos mismos casos.

Y por no salir agora de Talavera, aunque vaya este toro desmandado, como suelen de los cuentos otros toros que yo he contado, ví allí, en una pared, junto á la casa de Ayuntamiento, que haciéndole á un toro cocos un hombre, de cinco tapias en alto, el toro saltó por cojelle hácia la pared, y señaló en ella á un punto cuernos y piés y mano como murciélago, é hice medir el salto, y habia los cuernos señalados cuatro varas de medir en alto.

De gran habilidad en tirar.

Tenia un criado el emperador Hernando, hermano del emperador Cárlos, que habia sido antes Rey de romanos, que se llamaba Alava, tan hábil en tirar arcabuz, que mataba los ciervos corriendo, y las aves sin errar tiro, no solo buharros y milanos, sino palomas y cuervos, y otras aves mas chicas.

Y en Granada hubo otro semejante, cerca del año de mil quinientos y ochenta y nueve, que se llamaba Estacio, que me contaron verdaderísimos caballeros, que le veian hacer lo mismo al vuelo; y que no queria tirar á liebres y perdices echadas, sino que esperaba que estuviesen levantadas para matarlas, volando y corriendo (hoy es esta habilidad muy ordinaria), que parece que así como Dios en yerbas y plantas y piedras repartió propiedades varias, ansi en multitud de hombres muchedumbre de habilidades.

De una osada muger.

Mayor caridad dize Nuestro Señor que no tiene nadie que poner uno su ánima por sus amigos; ansi una honrada muger en Villagarcía, en Extremadura, dió su vida por salvar la de un nietezuelo suyo. Este cayó en un charco; arrójase ella luego sin sentido tras el nieto, aunque era algo honda el agua y ella no sabia nadar; levántale en alto vivo, con beneficio (sin se hundir) de una saya, y tómansele á la orilla los suyos de entre las manos, y con el muchacho descuidáronse de ella algo; vá la honrada muger, ya empapada la ropa, dos ó tres veces

abajo, sácanla medio muerta y medio viva; al cabo vuelvenla boca abajo, y echa sin sentido como una fuente de mármol dos dias por la boca agua; vuelve en su sentido por la piedad de Nuestro Señor para poder confesarse, mas ya la débil llama de su viejo calor natural, que de suyo se estaba apagando, entrándole encima tanta agua, se extinguió del todo. Esto pasó año de noventa y dos, y el mismo, al mismo punto que lo sé, escribo el caso.

De dos que por su remedio se fingieron locos.

En nuestra mocedad, los que nos criamos con el Rey nuestro señor en su servicio, como era en Madrid, ir á Nuestra Señora de Atocha, salida y recreacion suya, el mayor pasatiempo que los moços pages teniamos era burlar y hacer burla de un fray Hernando, religioso lego y loco, que habia allí; mas loco él no lo era, antes en grandísimo peligro de la vida hizo burla del mundo, cuya historia se dirá aquí.

Despues que por las Comunidades, cuyas partes habia seguido, vió unos descabezados y otros esceptados, y otros sembradas las casas de sal, metióse fraile en Nuestra Señora de Atocha de miedo, y aun así no teniéndose por seguro, saltó en hacerse loco de unas locuras discretas y agradables, como muy sábio que era, alto y de gentil disposicion, sirviendo á la órden muy bien en todo lo demas, y siendo muchos años recreacion de cortesanos y escarnio de toda manera de gente ruin, dando pescozones á hombres de cargo, sin que nadie de ellos se agraviase. Cuando tras mucho tiempo vió descuidado el mundo de las Comunidades, hizo vela y salióse del peligroso puerto donde estaba al alto mar del reino extraño de Francia, seguro y en salvo; y así por no ir á

la guerra se fingió loco Ulises por amor de su muger, y así disimuló Tetys en hábito de muger, encerrando á Achilles su hijo.

Hubo tambien en nuestros mas modernos tiempos, cerca del año de cincuenta, otro hombre cuerdo, rico y honrado, que teniéndole un gran personage (de quien él no se podia satisfacer) forzádamente usurpado un gran estado, si pretendia remedio, corria mucho peligro tras su primer trabajo; vístese como loco en cuerpo con diversos colores de tiras, y pónese dos cuernos de cabron en su caperuza andaluza con cascabeles y espejillos, y cada dia haciendo mil reverencias á los presidentes y á los del Real Consejo los acompañaba hasta las puertas del Consejo, diciendo solamente á unos y á otros: «Hambre tengo de justicia, hambre tengo de justicia,» y esto mismo decia ante los reyes de España y de Bohemia, cuando iban á misa, hasta que tanto hambreó con su hambre de justicia, que animadvertieron los del Consejo Real en ello, y llamado en secreto aparte, y en seso, que era hombre de muy buena razon, entendido su caso, proveyeron riguroso juez de comision, que castigando bravamente al culpado, le mataron su contínua é insaciable hambre de justicia, y lo que cuerdamente con informaciones y plazos no alcanzara, con la intencion de su locura lo hubo, como el famoso arquitecto que deseando hablar á Alexandre, y no le paresciendo entre tantas naciones y armas la entrada fácil ni posible, pónese un pellejo de leon, y toma en la mano una llave como Hércules, y una corona de laurel á la antigua, y va así á Alexandre, donde en un alto púlpito estaba concionando á los suyos el hábito altivo inusitado y nuevo. Semejante espectáculo causó admiracion en todo el ejército, y le dieron ancho paso entre todos, y fué fácil audiencia ante Alexandre para oirle. Este fué el que le ofreció que le haria

propia su figura y retrato en el alto monte Atos, y que en una mano suya tuviese una ciudad de diez mil vecinos, y en la otra el rio. El gran Alexandre, aunque no aceptó la oferta por sus intentos y fines comenzados, siempre tuvo en prescio la oferta del arquitecto, y le trujo con su ejército, y á su sueldo muy bien entretenido, no ya en hábito de Hércules, sino en el ordinario suyo.

De ligereza.

De correr y saltar fué el conde de Puñonrostro Don Rodrigo Arias Puertocarrero, en nuestros tiempos ejemplo, que entre otras cosas hacia lo que diré en prueba de esto. Hacia poner á la hila, de los de vendimiar seis grandes cestos, y venia de algo apartado á ellos, y con la priesa que traia saltaba dentro en el uno y en el otro, y en todos seis, entrando y saliendo de ellos, aunque le daban á los pechos, ¡ó ligereza extraña! lo que no un alcon mas ni un gavilan ligerísimo á subir no hiciera.

De mónstruos.

Año de noventa y tres, echándole encima mil y quinientos años, trujo el príncipe de Asculi, nieto de Antonio de Leyva, al Rey que vino de Flandes, dos salvajes, cubiertos de vello todos los cuerpos, y casi todas las caras, y un hombre tan grande como gigante que calzaba veintidos puntos de zapatos, y tenia tres varas de medir de alto, y aun habia de crecer mas, porque era moço de diez y siete años, de qué tierra eran diré despacio despues en informándome.

De un buen suceso adjudicado al favor de Nuestra Señora de Guadalupe.

En Santispíritus, en la Serena, se hacia una balsa ancha para fuente, que tenia cuatro estados de agua, y andando jugando niños junto á ella, cayó uno dentro sin lo ver nadie, y los niños de hasta tres años volvieron á sus madres corriendo espantados y balbuciendo, señalando el pozo á las madres. Ellas entendieron que habia caido alguno, en especial su misma madre, y fueron corriendo allá, y vieron asomar el niño y tornarse á meter adentro, que es lo que siempre los que se ahogan hacen. Labradores acudieron y comenzaron para entrar dentro á desnudarse; mas un forastero de Llerena, sin esperar tanto, se echó en la honda balsa vestido y calzado, ya vereis lo que en esto se podria tardar; déjase ir á lo hondo y no hallaba al niño; mas al fin atentando, tópale tendido en el suelo de la balsa, arrebátale y da un envion hácia arriba, y en lo alto tómansele de las manos, y los padres en esto estaban de rodillas, diciendo muchas veces: ¡oh Nuestra Señora de Guadalupe! llorando.

Pónenle boca abajo en unas almohadas, ya sin sentido y sin muestra de que estaba vivo, tal estaba, y el agua (que mas de dos cántaros echó por la boca), dejó á su dueño que era el vital aire la posada, y por la grandeza de Dios, revivió el niño donde salia el agua entrando el aire, y sus padres le llevaron á Guadalupe, y como en aquella tormenta habian prometido, le pesaron á Nuestra Señora á trigo y á cera y plata.

Del disfavor.

Bien merecia este traidor que en ninguna historia se hiciese mencion de él, cómo del incendiario del templo de Diana, que se procuró (en vano), que jamás de él la hubiese; mas como de la víbora y del basilisco se escribe, se escriba tambien de este tan malo que no se le conoce padre, mas madre sí, que es hijo adulterino de la envidia, que de ella el disfavor nasce y dicen que *ultimum terribilium mors*, mas Garcilaso por peor lo tiene que la muerte, que dice un su pastor:

Por cuan mejor librado tengo un muerto
Que acaba el curso de la vida humana,
Y es reducido á mas seguro puerto,
Que el que viviendo acá de vida ufana,
Y de un estado gozoso, noble y alto,
Es derribado de fortuna insana (1).

Que apartar un príncipe un valeroso hombre de sí, descomunion real es, como las espirituales que proceden del Papa; es ramo cortado del árbol que luego se seca, y todos se secan con él; miembro apartado del cuerpo que hiede donde quiera luego, que le comen gusanos que son deudas y pleitos, y el de la conciencia tambien, si hiciera, si dijera; carcoma es que roe un hermoso madero, y todas las aldas al favorescido despues.

Ni es de maravillar si un gran caballero favorescidísimo de un príncipe, como sacado del agua el pez, al disfavor, elemento nuevo, muere luego. De esto murió el gran

(1) Egloga II.

marqués del Gasto Don Alonso de Avalos, á quien los cantores decian que queria mucho el Emperador, ni es menester decir por qué causa á otros ni á él, porque perdió una batalla (como si tuviera en su mano la fortuna y suceso de ella) que siempre se presume causa en el príncipe, mas con causa ó sin causa siempre es mortal este veneno. De este se enflaqueció la virtud á Don Alvaro de Bazan, señalado caballero que vino á sumo trabajo y descontento, y el que navegaba mejor que Neptuno con muchas victorias por el elemento extraño del agua, no se daba á manos por el natural propio de la tierra.

De este murió en cuatro dias en Badajoz Don Antonio de Padilla, que no pudo resistir de él disfavor el aire nuevo y extraño.

De esto enfermó Francisco de Eraso, señor de Mon Hernando, persona muy capaz y de mucha verdad, secretario del Rey, y ¿qué gentil partido? que á tales enfermos que los habian de consolar todos, y todos los visitaban en salud, nadie los visita despues; sus salas se tornan montes, y del privado, privado; ni para en su çaguan caballo, ni litera, ni carro, y los puertos y puertas de los que privan, que suelen ser los de acá de España de arrebata capas, tórnanse los desiertos de Libia, y la inhabitable tórrida zona (como decian los antiguos), y de dia y de noche siempre línea equinoccial.

Agora, viniendo al cabo, como el conde de Barajas acompañó á los muy poderosos en suma potencia y autoridad, los acompañó tambien en el reverso de su fortuna.

De esta dolencia pierden todos la gana de comer y de procurarlo, y deseando los hombres la vejez, y verse en su lugar y en su casa que suele ser puerto en este mar de todas las tormentas, venida la vejez y eso otro que desearon, los mata el disfavor con descontento; y como en el mundo ninguna potencia es perpétua, como son vio-

lentas las mas, ni ningun señorío ni mando es durable, les acaesce á los poderosos y grandes privados al revés de lo que al agua: que esta tanto cuanto baja, sube; mas aquellos con el disfavor tanto cuanto suben, bajan.

Al fin, este mal ni por medicina ni cirugía tiene cura; solo ensalmo y palabras le podrian curar, y no todos médicos, sino aquellos solos que curan lamparones y corcobas que son los Reyes, cuyas palabras en una nómina ú billete les daria salud, y porque me preguntarán qué son las palabras, digo que estas son las de un Rey: *primo ó pariente, ¿cómo os va?*

De los desafíos de Valencia.

Los desafíos de Valencia, de Aragon, eran tan ordinarios antes, que por el santo edicto del Sumo Pontífice Gregorio XIII se mandó se quitasen: que no habia cosa mas puesta en plática. No desafiaban por afrenta, y tenian razon: que al que por su desdicha le quitaban la honra, no es bien que ande con quien se la quitó en posturas, poniendo en peligro, en pleito y en duda vengarse; sino que á quien la honra le quitó, como quiera que pudiere, le quite el alma; y así las cartas de desafíos de los caballeros valencianos decian: por el descontento que tengo de vos, os espero con tales armas, á tal hora, en tal parte, y así salian sin ningun recelo. El otro no habia de tener mas armas ni estar mas acompañado, y acaescia no hallar al caballero en casa y tomar la carta de desafío su muger, y leerla y decir al page: «anda hijo, que luego irá,» y venido el marido, dársela y decirle: «señor, id norabuena; haced como quien sois», y llorando darle á las veces el postrer abrazo, y con todo secreto quedar aparejando paños y meterse en su oratorio, suplicando á Nuestro

Señor y teniendo con todo secreto prevenido en casa el cirujano.

Mas habia en esto otra cosa muy recia, que en las cartas decian á las veces: «salid con un compañero con vos, que yo saco otro;» que entonces eran obligados á sacarlo y aun el que llamase á ir, so pena de ser tenido por cobarde; y acaescia ser parientes ó amigos los acompañados, que por enojos agenos tenian obligacion de matarse, *hanc Deus et melior litum natura diremit*, con quitar como quitó los desafíos el Papa; y era cosa terrible que con quien el señor no tratara, ni holgara de acompañarse de él, aun por su criado, habia de ir á combatir á su llamamiento, como si le llamara su amigo y su igual, ó si su padre del Rey mismo le llamara.

De una rigurosa costumbre en las enemistades de Valencia.

Los bandos de Cataluña, de Aragon y de Valencia en todo el mundo se sabe que se salen á la sierra de puro honrados, y por quitar la obediencia á la justicia, para su venganza quitársela tambien al Rey; y teniendo por enemigos á sus contrarios hácense enemigos tambien de lo que son obligados, y de su lealtad á los que llaman vandoleros, nombre ya tomado á mala parte, y al fin se va empeorando la cosa mas; pues como en los montes, no dan dineros ni se amasa pan, tómanlo á quien lo lleva, pues nunca puede estar á raya la hambre y la necesidad, y aun hay costumbre cruel de la que yo propuse de tratar, que sino se puede vengar del que le agravió le matan el deudo, el hijo, la muger y el perro, y el caballo; como hicieron con un hijo natural del duque de Segorbe, primo hermano del Rey Católico, que por vengarse del Duque le mataron á este hijo por el techo de una

casa de un arcabuzazo, y decia el pobre caballero mozo (que por su honestidad el Duque habia tenido encubierto): ¡«triste de mí que nunca me han tenido por hijo del Duque, sino para matarme!»

De mucho ánimo.

Al duque de Alba Don Fernando, estando en la Prohencia, en Francia, y saliéndose á pasear á caballo al campo, paresció de improviso una banda de caballeros franceses que serian hasta cincuenta lanças. El maestre de campo Juan de Vargas, que era de Medellin, que con él iba, y era valentísimo, mas no muy cuerdo soldado, le dijo: «Hagamos una burla á aquellos borrachos.—¿Cómo? dijo el Duque.—Aparecernos hemos por detrás de este cerro; ellos vendrán luego á nosotros, y revolveremos sobre ellos por detrás del cerrillo, y daremos en ellos por las espaldas, y así habrá lugar la emboscada, y cargando de golpe sobre ellos, harémosles mucho daño, ¿quiénes? dijo el Duque.—Juan de Vargas, respondió.—Todos tres, vuestra señoría y yo, y ese page.» Y jamás decia el Duque que se acordaba de esto que no riyese del disparate.

Del guardar las fiestas.

Nimis honorati sunt amici tui, Deus, et nimis confortatus est principatus eorum. Paga Nuestro Señor tan á colmo á los que pasaron persecuciones, muertes y deshonras por él, que se sirve con grandes muestras de que sean honradas sus memorias, y guardadas sus fiestas, y así fué lo que se me vino á la mano para escribir de este glorioso santo, hoy víspera de San Lorenzo. Este dia tienen en muchas

partes devocion de no hacer obra servil ninguna, como los atemorizados con estos ejemplos, ni aun encender fuego.

En Llerena amasó una muger, víspera de este santo, media hanega de pan, y no se sazonó, y la víspera, el mismo dia lo puso á cozer, y salió el pan del horno morado y azul por de dentro, y por todo el lugar anduvieron con los panes con grandísimo espanto y maravilla de todo el pueblo mostrándolo.

Otros en Pallares, aldea cerca de Llerena, porfiaron á desliar, que es limpiar una tinaja el dia de San Lorenzo, y entró uno dentro y comenzó á dar voces: que me ahogo, y el que estaba fuera metió en la tinaja el medio cuerpo para favorecerlo (que andaban en la obra entrambos), y entrambos se quedaron ahogados; el uno hincado de rodillas dentro, y el otro metido dentro el medio cuerpo.

Y en Cazalla porfió á dar fuego uno á un horno de ladrillo dia del dicho San Lorenzo, diciéndole todos que en tal dia no lo hiciese, y él dijo: ¡Cuerpo de Dios! si por eso lo habia de dejar», y porfió á darle fuego, y despues que estaba bien ardiendo, metiendo chamiza con la horquilla, la chamiza, la horquilla y él se colaron por el pequeño agujero, y allí sin poderse valer, se abrasó dentro, y todo esto fué en pocos años el mismo dia del santo.

Y en Fuente el Arco hay un arroyuelo, junto al cual habia enriado un hombre cincuenta haces de lino; acordó de revolverle el dia de San Lorenzo, y fué á comer allá, y á tiro de herron de allí, encendiendo con un eslabon fuego para una triste olluela, levántase un terrible viento, y al lino que habia comenzado á volver llevó maravillosamente el fuego, y sin hacer mas ningun daño, quemó solamente el lino, y en quemándose fué luego apagado.

Y porque acarreaban y trillaban en una casa, dia de

San Lorenzo, tan célebre, se quemó la casa á un vecino de Llerena.

Y otro año al mismo el mismo dia se le ahogaron una banda de gente negra (1).

Y otro siguiente año, tal dia, que trillaba y no habia escarmentado con tales ejemplos, y como enviase á un hijo suyo de la trilla por agua á un pozo, se ahogó, y acudiendo á su tardanza luego le hallaron muerto. Pues santa y justamente tornó á recomendar el santísimo Pio V el guardar y honrar las fiestas, y en gran reputacion debe de estar ante Dios el bienaventurado santo, pues tanto en este mundo le bandea, y gran nombre dió el pio rey Felipe II para sí y los reyes de España á su enterramiento, San Lorenzo el Real, que encomendado el sublime edificio á tan glorioso mártir y á tan buen santo, será perpétuo.

Por otros bienaventurados ha hecho Nuestro Señor lo mismo cuando toman sus memorias en menosprecio, como en Santiago, aldea de Jaen, habrá cuatro años que quiso dia de San Benito uno tresquilar sus ovejas, aunque le amonestaron muchos que no lo hiciese, y dijo que no tenia cuenta con eso, y estándolas tresquilando se le cayeron muertas mas de ciento; y en las que tenia en el campo dió un rayo y le mató cinco, y á un hijo de diez años se le dejó atónito por mucho tiempo. Todo cuanto he dicho es cierto, que pudiera alegar muchos testigos de vista que lo vieron, y de mucho crédito, mas fuera un proceso largo; baste que en Castilla y en el reino de Toledo, donde se usa mucho el carretear, se sabe y se cuenta por cierto que nunca se habrá tornado carretero muerto, quebrado los que van con él piernas ú brazos, ni ahorcado mulas, ni ahogado ellas y hombres pasando

(1) Una piara de cerdos.

vados, que no haya sido en dia de fiesta por la misma causa.

De un milagroso caso en Lérida.

Contar los milagros y maravillas de Dios, no solo de mis dias, que tengo hoy sesenta y seis años, sino de un hora, es una empresa, sino fuese pia, muy vana, pues dice David: *altitudinem cœli quis enarrabit?* Y esto otro es mas, ni sería poco en que entender escribir una hora sus hazañas, como quedara uno rico, si á un Sumo Pontífice ú al rey de España le pidiera de un solo dia la vacante. Pues en mi tiempo acaesció en la ciudad de Lérida (que el aurífero Segre baña) que diciendo misa un fraile, despues de haber dicho de la consagracion las sacrosantas palabras, dudó si estaba allí Nuestro Señor Jesucristo, cuán poderoso y cuán grande es en cuerpo y alma, y tanto reparó en la impía duda, que se tornó en sus mismas manos la sagrada hostia carne y sangre, y así en la iglesia mayor de la dicha ciudad el dia de hoy está.

De un gran caso acaescido á un pintor en Salamanca.

Y pues de maravillas del cielo tratamos, de otras dos tan grandes ú mayores diré por darles compañeras. A un pintor en San Gerónimo de Salamanca, le fué dado el encargo de hacer al ólio para el cláustro un retablo de la resurreccion de Nuestro Señor. La obra se acabó con gran loor del Prior y convento, y de todos los que la vieron. Estando para cobrar la paga, vino una tan gran tempestad una noche, que otro dia hallaron el retablo tabla rasa, sin pintura ninguna, como si mano de pintor no se

hubiera en ella puesto; pide el pintor su paga, los religiosos dicen que no, que él quedó de hacer la pintura al ólio, contra quien ninguna agua ni viento prevalece, aunque esté al descubierto; el pintor alegaba la aprobacion de todos, el haberla hecho al ólio como se concertó, y demas de que se dió por tal, despues de hecha. Ponia por testigos á todo el cielo; con todo eso los padres se reunieron de no pagársela, y aquella noche, á grandes lágrimas, porque le iba en ello todo su caudal, suplicó á Dios, pues en la gente no hallaba remedio, que su verdad, su divina piedad la socorriese y aclarase. Otro dia acude por algun partido al monasterio, hallan su retablo pintado como primero, que fué una cosa á toda la ciudad de gran espanto, que acudió á verlo: que parece que Nuestro Señor fué servido que la memoria de su divina resurreccion asimismo de esta manera resucitase.

De un valiente mozo contra cuatro turcos.

Junto á la ribera de la mar, en tierra de Almería, sin ser vista dió una fusta en tierra, y de ella se desmandaron para saltear, que sabian bien nuestra habla, cuatro turcos bravos, los cuales se volvian ya á la fusta sin haber hecho ninguna presa, cuando oyeron golpes como de hacha en un valle; van allá, y hallaron un pobre leñador viejo que estaba en el monte para cargar un su asnillo, golpeando; llegan á él, y aunque era de buena fuerza el viejo, como eran cuatro, maniátanle luego, y llevándole ya á la mar, «¡oh desdichado de mí! decia él; no me pesa sino que dejo allí por criar un hijito pequeño, que si le cantivarades conmigo no llevára yo tanta pena—Pues si quieres, dijeron ellos, llámale y le llevaremos contigo—Detrás de aquel cerrillo le dejé, dijo él—Vamos, dijeron

ellos. Allá van los turcos apriesa, para llevándolos á ambos haber hecho mayor cabalgada. El iba diciendo á voces: Perico, hijo, hijo Perico, ¿dónde estás? cuando sale de entre las matas Pedro, un moceton muy robusto, de veinte años, con una ballesta, con un pasador encarada, diciendo: «perros, dejad á mi padre», Cuando ellos le ven y se ven burlados, van con gran furia contra él, disparan dos arcabuces, y errándole dos arcabuzazos, él mata á uno con una jara, y entra á cuchilladas con los tres, y á otro tiende en el suelo de un fiero golpe en la cabeza; los otros dos que quisieran y no pudieron huir, ríndensele, viendo su denuedo, porque ellos venian á hurtar y no á pelear.

Amaniátanlos pues, á entrambos con las sogas de la leña; los turcos iban así presos, diciendo y lamentándose: «tu estar Perico, á la fé tu estar el diablo», y el viejo en un punto de un pobre leñador perdido y cautivo quedó libre y rico con dos esclavos.

De otro buen hecho.

Semejante á lo pasado fué lo que acaesció con otros diez turcos á un ginete. Dieron tres ó cuatro fustas una noche en los ingenios de azúcar de Málaga; siéntenlos de la tierra; venia atajando la costa un ginete; saltan diez turcos en tierra por unas planchas de tabla, por donde salieron; hace el ginete tocar una trompeta del ingenio, dá voces, «aquí, aquí, compañeros»; piensan los de las fustas que estaba allí toda la gente de guerra; levan las planchas de miedo, alárganse las galeotas, y dejan los diez turcos en tierra; á lanzadas y contonazos anda el ginete entre ellos, ríndensele luego todos; manda que se maniaten unos á otros, y atados con un cordel á la cola

de un caballo, mételos en Málaga por la puerta de la Mar; uno solo á todos diez, un poco antes soberbios y libres, y ya cautivos y esclavos.

De la honestidad de un caballo.

Aunque en muchas cosas arguyan á los hombres los animales, como en el agradecimiento el leon, la lealtad del perro, la providencia de la hormiga, la discrecion del castor, la presuncion del elefante, la humildad del camello, limpieza del arminio, la simpleza de la paloma, la prudencia de la serpiente, la vista del lince, la falsía del cuco, la sagacidad del lobo, la fantasía del pavo, el nadar de la nutria, la mansedumbre del buey, la paciencia del cordero, la astucia de la raposa, la medicina del animal de la uña, el gobierno y la policía de las abejas, la cortesía del gallo, la viudez de la tórtola, la piedad de la cigüeña, la templanza en comer y beber de todos ellos, y en general el consorcio y compañía de sus repúblicas particulares, y en cada especie su perpétua paz, y el no hacerse de ninguna manera unos á otros daño, á ellos y á los hombres arguyo de honestidad. En Extremadura no ha muchos años un buen caballo, llamado Corneta, que era del conde Don Martin, aunque todos los animales convienen con todas las de su especie á los tiempos que les es dado; mas este caballo, gran cubridor de yeguas, llegándole su madre, ó hija ú hermana, como que reconocia el deudo, se estaba triste y parado, aunque dió al mundo muy buenas y excelentes castas de caballos.

De cómo Nuestro Señor quebranta la soberbia.

Domingo Çerdán, caballero de la órden de San Juan, desafió en Zaragoza á Don García de Villalpando, señor

de Quinto, viejo el desafiado, de mas de cincuenta años y cuartanario, y el otro robustísimo, moço y gran soldado; y estando Don García herido de cuatro ú cinco heridas, y una de ellas en una pierna, que le hizo estar hincado una rodilla en tierra, como leñador que no le falta, sino un solo golpe para derribar una encina, le tiró un revés Don García, viejo cuartanario, desangrado y mal herido, que le cortó á cercen la cabeza, y se la hizo ir rodando por el campo *jacens ingens littore truncus &c.*

De cómo Nuestro Señor ayuda á los que le han menester.

Preguntado un sábio de los siete qué oficio tenian, ó en qué entendian los dioses, dijo que en humillar los soberbios y levantar los humildes, y así el Dios verdadero agora con quien hubo menester su ayuda lo hizo.

El dicho Domingo Çerdan en Malta se salió á matar con el comendador Marcilla, tambien aragonés, y del hábito mismo, y combatiéndose entrambos, se le quebró la espada por cerca de la guarnicion al comendador Marcilla; entonces pidió á Çerdan que le dejase ir por una espada, pues no era justo que un caballero como él usase de tanta ventaja como esta. Çerdan respondió que con aquellas espadas habian comenzado, que con ellas lo habian de acabar, que lo mismo pudiera haber sucedido por él, y con esto cerró con un estocada con él. Marcilla, viéndose perdido, arrojó su empuñadura de espada, y asió con ambas manos la espada á Çerdan por los vivos y agudos filos, y apretó tan recio que no le dejó ser señor de ella, sino que vinieron ambos á brazos, y en tanto acudió mucha gente que los despartieron.

De prudencia.

Fué asaz prudencia la de Antonio de Leyva que dádole el cargo de defender y guardar á Pavia, estando sobre ella el rey de Francia, la defendió de muchos y temerosos asaltos, y la precedente noche á la cruel batalla le dió nuestro campo con dos cañonazos juntos aviso del combate, que era el contraseño que tenian para que otro dia con su gente saliese á ayudarles. El respondió con otros dos que saldria, y venida el alba, salió y estuvo ante las puertas de Pavía, con lo que atemorizó á los franceses; mas fué muy prudente, que no quiso en la contienda meter las manos, porque á él no de pelear sino de defender y guardar aquella ciudad se le habia dado el cargo: lo que se ha de hacer en semejantes casos, como el bueno y sábio médico que por los deudos de un paciente llamado con gran ansia, si ve que no es menester, no hace nada; mas el ruin médico por hacer reputacion hace muchas cosas, no solo que no importan, mas con que hace daño.

En cosas que parecen mentira y son verdad.

Fué en estos tiempos un hombre extraño en Flandes, llamado Escoto, gobernando aquellos estados el príncipe de Parma, el cual hacia cosas tan admirables, que aunque me falte el crédito, no me hará nadie agravio; pero á sin razon, porque yo lo supe de caballeros muy verdaderos y muy principales.

Este Escoto decia allí lo que pasaba en todas partes; tomaba una baraja de naipes, y ponia la carta que cual-

quier caballero le pedia en la mesa, y haciala ser ú no ser lo que mostraba, sin él tocar las manos.

Y un dia quiso comprar un rocin de un villano, y dióle por él treinta escudos; dióselos en doblones, mételos el otro en la bolsa, sácalos en su casa muy contento con su muger, y halla que eran flacos, que son las tarjas de acá. Vuelve el otro confusísimo, buscándole donde él con mucha gente lo esperaba, dícele que miente, que él doblones le dió como se verá; torna á los sacar de la bolsa, y hallan que decia Escoto verdad. Vuélvese á ir y torna á hallarse sus tarjas; vuelve llorando mucho mas, y echa la moneda que ya era doblones delante, y aunque ansi los vió, dijo que los daba al diablo que mas queria su caballo; tómale y súbese en él, y váse santiguando del caso. Yendo por la calle, ve crecerle al rocin los cuernos, y tornarse una hermosa vaca. Y esto no era nada, sino que para asegurarse de los ladrones iban por el camino en su guarda dos ó tres mil caballos, y hacia pasear cuando queria en la campaña escuadrones de gente armada.

Y acaeciale convidar ocho ú diez caballeros, y siendo hora de comer acudir los convidados á su casa y andarla toda, y no hallar plato ni mesa en toda ella, ni fuego en la cocina; mas en un pasamano volverse los convidados y topar al convidante Escoto en la calle, y decirles: ea, señores, ¿no comemos? que es hora, y responder ellos que se iban, porque no veian aparejo de comer en su casa; hacialos volver y que enviasen sus caballos; entraban y vianlo todo como antes, tan desierto; hacíalos entrar en un aposento, y que en siendo hora de comer se lo dijese un muchacho suyo; salian todos, pues, llamándolos, y á la misma pieza por donde entraron veian las mesas puestas, atestadas de infinidad de viandas, y aunque todo era fingido la vianda era cierta, de singulares partes traida por sus familiares.

Otras veces llegaba con treinta de caballo á un meson, los que venian en los caballos, íbanse á cenar, hacíales posada el huesped; henchíales los pesebres y á la mañana pedia el huésped la paga, y él pagaba por sí y su haca no mas. Agraviándose de ello el huésped, no hallaba ningun caballo en la caballeriza, sino el pesebre lleno de cebada, y Escotó salia de allí con su acompañamiento como habia llegado.

Esto le acaeció con el duque de Terranova en Alemania. Dijo el Duque en una ocasion que de buena gana comeria un limon, y él dijo que con facilidad se lo traeria; tomó un plato y lo echó en el aire; despues alzó el brazo y recibió el plato con dos limones, y el Duque no se los queria comer, creyendo que no eran fingidos, sino de veras.

De varios sucesos en armas y justando.

El escribir es una manera de conversacion de cosas honestas y buenas, y sin perjuicio de nadie, que habla siempre uno como el que ora ó predica, aunque despues hablaran todos de lo que él habla; por lo que llamó Aulo Gelio á su escritura *Noches Áticas*, como en lo que en las noches de invierno se trataba en conversacion en Atenas parlando, y Ciceron á unas sus filosóficas cuestiones, porque se platicaron en una su heredad, tomando el nombre de ella, las llamó *Tusculanas*; y Sannazaro en una su egloga introdujo el nombre de Pansilipo; y yo así acerca de este propósito diré algunas cosas que se me acuerdan, que han en estos tiempos pasado.

En Valladolid, estando allí el Emperador con su floreciente corte, donde habia tanto caballero mancebo, y tanta dama, en una tela ante Palacio en la corredera se

ejercitaban cada dia por no dejar enmohecer las armas, y así allí la tela, y las damas en las ventanas, se estaba la mesa puesta para estos casos, y de los que se me acuerdan, siendo page de la esclarecida Emperatriz, diré que cada rato viamos allí cosas singulares desde sus aposentos y ventanas.

Hubo algunas veces encontrarse en los roquetes de las lanzas y allí hacerse pedazos; otras quebrar lanza, no á trozos como suelen, sino henderse en dos astillas, desde la punta hasta la mano.

Otra vez vimos un mal justador dar encuentro feo en la tela, y hacer en ella agujero, y volver luego y meter otra carrera por el mismo agujero la lanza.

Y hubo otro justador moderno que se ponia en la tela y partia á gran furia, y corria espoleando muy apriesa, echada su lanza en el ristre, sin salir nadie de la otra, y pasaba su carrera á puerto cavalgante, y así corria muchas carreras, como ya le conocian, sin salirle al encuentro nadie, con gran grita de los muchachos; de manera que podia alabarse que nadie se le osó poner delante, y quedó vencedor, sin haber á ninguno vencido, ó invictísimo caballero volviendo sin quebrar lanza.

A otro caballero le dieron un maravilloso encuentro, que se le hizo un boqueron en la derecha parte de la celada.

Allí vimos el alto Emperador salir á una justa por padrino de un caballero de su cámara, que se llamaba Musiur de Laxao, los dos solos delante de la Emperatriz, sin ningun aparato ni autoridad, y despues volver el Emperador armado con las armas y aderezo y caballo de Laxao así encubierto, sacando por padrino al mismo á quien él habia apadrinado.

Y en un torneo en Valladolid vimos á otro tambien, chocando con él su contrario en soslayo, despues de que-

bradas las lanzas, le sacó de la silla todo el cuerpo fuera, y él se tuvo un rato sobre los brazos sin caer, hasta que á gran trabajo y gran fuerza tornó á cobrarla.

Y hubo justador tan sin concierto, que pasado él con quien corría, por gana de encontrarle, abajó tanto la lanza que la quebró en el suelo de la otra parte.

Y otro pone un cartel de torneo mantenido á pié con trompetas y atabales; fíjale en las puertas de Palacio; llega el aplazado dia; sale con gran acompañamiento y lindas y lucientes armas; métese en la estacada; desde la mañana está todo el mundo á mirarlo, cuajada la plaza de gente, y de damas y de los reyes de Bohemia llenas las ventanas. Suben los caballos del sol hasta llegar á lo alto rebentando; pónese en su mayor altura del horizonte, sin ver desde arriba salir ningun aventurero al mantenedor bizarro; parte de allí cuesta abajo; espérale Tetis en sus brazos; desúncele y desenfrénale los caballos, y en fin no salió al torneo aventurero ninguno: todos los miradores todo el dia bostezando, y saliéndose el mantenedor muy corrido del campo. Esto fué por no advertir el buen caballero moderno en el oficio de no tomar quince ó veinte firmas de caballeros amigos, antes que, como he dicho, saliera en balde.

En Milan chocaron dos ante el Rey y ante el castillo, y quedaron muertos sus caballos de ambos.

En Gante que nos vistió la villa á dos partidas de brocado, me encontró un caballero en la justa en la testera de mi caballo, y le metió por la frente un palmo de lanza, de que murió; mas me sacó antes de la tela relinchando.

En fin, á un caballero en Salamanca justando se le quebró la barbada del freno de su caballo, que disparó como un rayo sin poderle detener su amo, y paró al fin, metiéndose con el caballero en una casa, y por una puerta

tan baja, que para sacarle fué menester desensillarle, sin recibir el que en él iba ningun daño.

De un recto y severo juez.

Al que por áspero y riguroso camino lleva arrastrando la virtud, nadie podrá culparle; mas el que con blandura mezclada la ejercitare será digno de mayor alabanza, como Nuestro Señor que tiene en dos pesos la justicia y la misericordia, sin que el fiel se incline mas á la una que á la otra parte.

Fué, pues, el referido juez el licenciado Alarcon, oidor en la Real Chancillería de Granada, pienso de mas de treinta contínuos años, de muchas letras y de gran conciencia, como el que dice Ariosto,

Il venerabil huom che alta bontade havea
Conjunta à natural prudenza.

En todos los cuales años ninguno le recusó en ningun pleito, ni hallaron en él causa, ni le acusó en ninguna visita nadie: que veia venir las tempestades y nublados de los visitadores de la Audiencia, sin se le dar nada como un buen pastor seguro desde un monte alto como el Tésalo Olimpio, donde no alcanzan á subir los nublados. No tuvo nunca mas ni menos hacienda en tanto tiempo, que cuando entró á servir su cargo; no tenia amigo ni enemigo, ni devoto ningun mercader, ni oficial, ni vendedor, ni cortador de carne, y á sus compradores mandaba que no dijesen cuyos eran, porque no les vendiesen las cosas por contentarle mas barato.

En los pleitos de sus parientes y amigos estaba muy confuso, y decia que siempre se habian de inclinar los

jueces á la otra parte, porque la amistad para no hacer justicia no les cegase.

De sus pocos criados á todos los amaba igualmente, y á sus prójimos sin en su gracia y favor aventajar á nadie; nunca pretendió pasar adelante, ni hizo por donde volver atrás, ni acrecentó hacienda; ni debia, ni le debian nada: en fin, era un espíritu recto en un cuerpo de bronce ú de mármol, sin nada moverle ni alterarle.

De los presentes trataba con pocos, sino con sus jueces compañeros en conversaciones públicas y generales, y de los ausentes con nadie; y así cuando murió, que fué ha ya mas de sesenta años, tuvo al justo lo que bastó para enterrarle, que ni él al mundo ni el mundo á él se quedaron á deber nada.

Fué llevado en hombros de toda Granada, y lo que hallaron mas en su recámara fueron tres ó cuatro arcas llenas de cartas de príncipes y señores, sin las haber visto ni leido, ni respondido á ellas, como se las dieron cerradas y selladas: como el que para hacer justicia no habia menester ruegos, y para dejarla de hacer ningunos bastaban. ¡Varon entero, recto y memorable, y que como tal merece que toda historia haga de él caso!

De una honrada muger y de un considerado marido, y de una templada y bastante venganza.

Los primeros movimientos no son en mano de los hombres, y ansi en este triste mundo se permite que á una honrada muger se le intenten amores templadamente por el que destempladamente la ama, y ella no por la primer vista debe de dar á su marido de ello parte, porque no entra en cuenta de pecado mortal con Dios el que sin mora y sin consentimiento por el pensamiento pasa; mas

una muger casada, perseguida de uno en Extremadura, dió de ello á su marido traslado, haciéndole saber como un galan le ponia á su casa cerco paseándola, y combatia su castidad por muchas partes. El marido le dice que acoja los enemigos en casa, y él publica que se va á un cortijo, y vuelve y pónese en lugar oculto en celada. Entra el engañado amante, y el marido y su muger y un muchacho salen á la defensa; desnúdanle y maniátanle y pónenle en el palo de una tahona, y hacen que la tire en lugar del macho, y con muchos azotes hacen que muela una tarea de pan, y aquel por su mala conciencia, temiendo de ser muerto, pasó en paciencia cuantos azotes y picones le daban, y castigado y escarmentado así, le dejaron ir en camisa á su casa, y á la mañana le enviaron una torta de pan de la harina que habia molido él, bien molido y quebrantado.

De la laguna de Antequera.

En término de Antequera hay una laguna que tiene media legua de ancho y una de largo, de agua salada, de que se hace infinita sal; tratan de arrendarla hombres codiciosos, dan por ella grandísimo precio á su Magestad; mas quien la crió allí por su divina gracia para bien de la gente no pasó por el arrendamiento que se hizo sin citarle, como no le plugo que Giezi llevase dinero por la cura que el profeta Elíseo hizo, y él por su mandado, y le convirtió por ello á él la lepra de que al enfermo habia sanado. Y así no cuajó mas el agua de ella de que se hacia sal, en haciéndose el arrendamiento; avisóse de ello al Rey nuestro señor, que vista la voluntad divina mandó á sus contadores que se deshiciese el contrato, y deshecho tornó luego en grandísima superabundancia á dar sal, la

que se reparte hoy por cada vecino y comarcano de todas cuantas ciudades y villas hay en la comarca, pienso que hanega por hombre cada año, y por cada hanega un cuarto para el que la sazona y hace: ¡oh maravillas de Dios! ¿quién no deseará ser pobre? que lo sea, ó que no lo sea, pues tienen los pobres en él procurador y tan buen padre.

Del Ajarafe.

Héreules que fué tan fuerte, fué tambien gran edificador; gran estrólogo y gran republicano, como que de un buen tronco, muchos buenos pimpollos salen que pobló á Sevilla, que no sé quién la obra del autor ú el autor de la obra, se debe mas de loar, dicen que hizo y plantó el Ajarafe de Sevilla, de Ecija, de Carmona, de Utrera de cuantos olivos en toda la fertilísima comarca en aldeas, villas y ciudades se crian, y esto publicando que los hombres plantasen, y que daria gran prescio por cada olivo, á lo que acudieron tantos, y plantaron tantos árboles, que al pagar fué la suma inmemorable como las estrellas del cielo y las arenas del mar. Pues visto que no habia poder para pagarles como señor universal de toda España, dióles la tierra en que pusieron los olivos.

De cartas mensajeras.

No estaban muy fuera de razon aquellos primeros indios bárbaros en no osar tocar á una carta, y así llevaban algunas de unas á otras partes en una caña ó en un palo alto, que creian como la veian hablar, que picaba y así pica: que podemos de ellas decir lo que de las len-

guas Hisopo, que son en extremo buena vianda, y en extremo mala; sino pregúntenselo á Urías que en la carta de David llevó su muerte disimulada. Dice un refran italiano: *non merce chi se fida esser gavato*, mas se habia de entender al contrario, que el que se fia de un sospechoso papel que se le da, merece bien ser damnificado, y el que fia lo que no se puede decir en las plazas de una hijuela de un papel fragil, podemos decir que es un Lucio Apuleyo y no dorado. En esta simpleza no cayó en nuestros tiempos Juan Jacobo de Médicis, marqués de Marina, ya dicho, el cual decia que las cartas suelen ser como hachas de mal cerero con una capa de cera de favor blando por encima, y pez y resina por de dentro, y píldora muy dorada por cima, en que va en la letra acíbar amargo en letras.

Solas las cartas reales y del Santo Oficio son *nolli me tangere*, y lleven lo que llevaren.

FIN.

ÍNDICE.

	Páginas.
Introduccion	v
De cómo no tienen los hombres culpa de sus dolencias todas veces	1
De un suceso de un caballero, á que siguió despues una cortesía honrada	2
De una víbora racional	3
De dos galanos epitafios	4
De un temblor de tierra admirable	5
De una vengada castidad	6
De descuidados	7
De un gran conocimiento de una bestia fiera, y de un gran esfuerzo de un grande	10
De joyas de gran valor y precio	10
De cuanto obliga el pan comido	19
De un fiero encuentro de lanza	20
De ingratitud	22
De mala crianza	26
De sufrimiento	26
De un súbito remedio en un caso de honra árduo	27
A la Serenísima Infanta	28
De una extraña habilidad en escribir	29
De un increible caso	32
De una habilidad bestial	32
De un discreto consuelo	32
De una naval de naves á las islas de los Azores	33
De un buen hombre de armas	34
De cómo la respuesta mansa quebranta la ira	35
De una hazaña de españoles	36
De cómo la conciencia es mal testigo	36
De la incertidumbre de la muerte del hombre y de la sepoltura mucho mas	38

Páginas.

De la incierta vida de los tiranos..... 39
De un supersticioso caso..... 41
De prevencion y prudencia..... 41
De una útil habilidad..... 43
De una discreta determinacion..... 43
De una hazaña de un frances..... 45
De fortaleza..... 45
De cortesana abstinencia..... 46
De clemencia..... 47
De que el bien hacer nunca se pierde..... 48
De un gran conocimiento de un músico..... 50
De castigada soberbia..... 51
De que el ánimo es muchas veces adivino..... 53
De cosas singulares de España..... 54
De un nuevo y facineroso engaño..... 60
De la aguja del marear..... 62
En cosas que parecen mentira y son verdad..... 63
En los que de poca hacienda vinieron á mucho crecimiento y prosperidad..... 64
De fuerte y dura cabeza..... 65
De supérflua groseça y gordura en las gentes..... 65
De que de lo que nos pensamos valer nos daña muchas veces..... 68
En pronósticos..... 68
De invenciones engañosas..... 69
Grandeza del número doce..... 76
Del inefable poder de Dios..... 79
De fidelidad..... 80
De un miserable caso..... 82
De una generosa piedad..... 84
Del admirable contar de un muchacho..... 85
De herencias extraordinarias..... 86
De herencias naturales..... 90
De cosas blancas..... 93
Del bien público..... 94
De una habilidad de un músico..... 95
De la oportuna muerte..... 95
De demasiada cortesía..... 97

Páginas.

De desesperados..... 98
De fortaleza y constancia..... 100
De un gracioso engaño..... 101
De un desastrado caso de un caballero cortesano..... 103
De amor filial..... 103
De mansedumbre y templanza..... 104
De que la envidia con buenas obras crece y engorda.... 105
De un leon del señor D. Juan de Austria..... 106
De un consejo astuto del Draque mas insustancial..... 107
De dos facinerosos..... 108
De una gran reputacion de capitan..... 109
De que la prudencia es adevina á ratos..... 111
De disimulacion y fingimiento..... 112
De un atrevimiento sobrenatural..... 119
De otra peligrosa habilidad..... 120
De habilidades de ciegos..... 120
De cuán buena cosa es tomar consejo..... 122
De motes interpretados..... 123
De burlas hechas á hombres, agradables..... 134
De una hazaña de españoles en Envers..... 137
De brevedad en el escribir..... 138
De cuán alto y noble ejercicio es el escribir..... 139
De un galan epígrama..... 142
De un famoso milagro..... 143
De otro milagro moderno de Nuestra Señora de Monserrate..... 144
De cuánto puede la oracion eficaz..... 145
De otro milagro semejante..... 146
De otro milagro en la casa de los Angeles..... 147
De lo mismo..... 147
De una admirable cura de un médico italiano..... 148
De un duelo famoso en la mar..... 150
Del desengaño del mundo y de la infidelidad humana... 151
En terribles golpes de espada..... 152
De una osadía de una española como romana..... 152
De cuán útil fué á la Corona Real el rey Don Fernando, el Católico..... 154
De un galan socorro de un fuerte..... 156

Páginas.

De cuán eficaz sea en todas las cosas la causa..... 157
De una carta á su Magestad, de Bustos de Villegas..... 158
De nombres á las cosas mismas contrarios..... 173
De cuánto puede la industriá humana..... 174
De una buena astucia de un juez para castigar un culpado..... 176
De un agradable monstruo de autor incierto..... 177
De un milagro muy señalado..... 180
De amistad y amigos grandes de estos tiempos..... 182
Del prudente médico..... 187
De Venecia..... 189
Del monstruso hablar de un ave..... 191
De la academia del Gran Capitan..... 192
De dichas ocasionadas..... 194
De desdichas ocasionadas..... 196
De un buen hecho de un caballero osado..... 197
De elefantes..... 199
De un estupendo y casi increible caso..... 200
De una carta que Fray Pedro de Mendoza, de la órden de San Gerónimo, escribió al arzobispo de Sevilla, Don Hernando de Valdés, Inquisidor general, sobre la conversion del Doctor Agustin de Cazalla..... 204
De un honrado alférez..... 205
De un valeroso hecho de otro alférez..... 206
De un infortunio de dos escuderos de Orán..... 207
De cómo Caramami cumplió su palabra..... 207
De gran esfuerzo y ánimo..... 208
De fé, firmeza y constancia..... 209
Del Justador..... 211
De los extraños sobrenombres que hay hoy en un pequeño lugar..... 218
De que dicha y bondad no caben siempre en un saco.. 222
De tres casas de la Real muy crecidas y aprovechadas.. 222
Del cerco de Paris..... 224
De temblores de tierra..... 225
De un prudente advertimiento..... 226
De un valerosísimo alcaide contra turcos..... 228
De un criado traidor..... 228

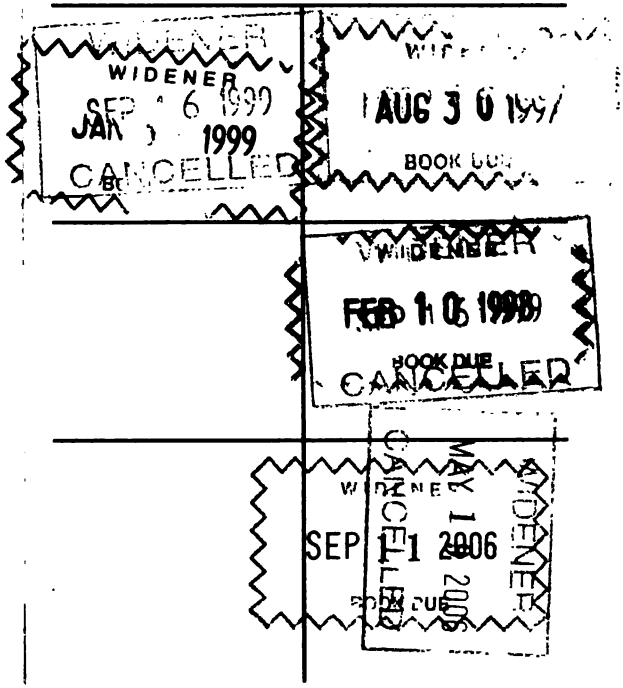
Páginas.

De cómo acaso en nuestros tiempos se han parecido unas cosas á otras..... 229
De otra buena academia eclesiástica..... 231
De continencia..... 232
De cuán difícil negociacion es con los pueblos..... 235
De una gran maravilla..... 235
De los que de poca hacienda en nuestros tiempos vinieron á prosperísima fortuna..... 236
De los que de mucha riqueza vinieron á miseria grande. 242
De cosas maravillosas muy verdaderas que no parecen verdad..... 245
De una maravilla natural, sin ser milagro..... 253
De una desdichada nueva..... 254
De la verdad..... 255
De unos casos semejantes..... 257
De mucha maravilla..... 258
De fuerza..... 259
De la lealtad de un caballo..... 261
De dos casos muy parecidos..... 261
De recados falsos..... 262
De toros y toreros..... 270
De la gloria vana del mundo..... 275
De un gran peligro de un caminante..... 276
De que el placer en el pesar es pesar doblado..... 277
De la mudanza de los tiempos en la variedad de los precios de las cosas..... 292
De un cuerdo caballero honrado..... 294
De una acomodada respuesta..... 297
De hado..... 298
De un atroz hecho y de una justa piedad..... 299
De una extraña habilidad..... 300
De dos españoles cónsules..... 301
De observancia..... 301
De dichas mal logradas..... 302
De que á trabajosos principios suceden á veces felices fines..... 305
De una falsa mujer, y de un valiente marido honrado.. 306
De cosas romance y latin..... 308

Páginas.

Del disfavor..... 466
De los desafíos de Valencia..... 468
De una rigurosa costumbre en las enemistades de Valencia..... 469
De mucho ánimo..... 470
Del guardar las fiestas..... 470
De un milagroso caso en Lérida..... 473
De un gran caso acaescido á un pintor en Salamanca... 473
De un valiente mozo contra cuatro turcos..... 474
De otro buen hecho..... 475
De la honestidad de un caballo..... 476
De cómo Nuestro Señor ayuda á los que le han menester. 477
De prudencia..... 478
En cosas que parecen mentira y son verdad..... 478
De varios sucesos en armas y justando..... 480
De un recto y severo juez..... 483
De una honrada mujer y de un considerado marido, y de una templada y bastante venganza..... 484
De la laguna de Antequera..... 485
Del Ajarafe..... 486
De cartas mensajeras..... 486

3 2044 018 998 989

THE BORROWER WILL BE CHARGED AN OVERDUE FEE IF THIS BOOK IS NOT RETURNED TO THE LIBRARY ON OR BEFORE THE LAST DATE STAMPED BELOW. NON-RECEIPT OF OVERDUE NOTICES DOES NOT EXEMPT THE BORROWER FROM OVERDUE FEES.

Harvard College Widener Library
Cambridge, MA 02138 (617) 495-2413